

MUNDOS PERDIDOS

CARLOS BLANCO

ÍNDICE

Prefacio

Miscelánea estético-filosófica:

I) *Invenciones*

Urlil y el arte de pensar lo impensable

Medemo, o el nihilismo

El libro del universo

La leyenda de Irsapur

El don de la palabra

El buscador

Beredpu-Ptah y el oasis desconocido

Las huellas de la inmortalidad

Tú, romano

Destilación filosófica

*Diálogo entre un dominico y un jesuita a propósito de la
omnisciencia divina y la libertad humana*

La agonía del descenso infinito

La huida hacia delante

Galamor y la lente omnisciente

Peripatético en un país peripatético

Breve diálogo entre una princesa y un perro

II) *Evocaciones*

En el ocaso de las ciencias y las artes

¿Por qué suspiras, tú que amas?

Universidades de Europa, almas de Europa (Oxford, Salamanca, Coimbra y Alcalá)

Heidelberg

Las maravillosas bibliotecas de Harvard

Tombuctú, hechizo del espíritu

Ansias que surcan mi ser

Tres pequeños poemas

Mis lugares favoritos del mundo (2019-2022)

Ferdousí en Gazni (2021)

Acto I

Acto II

Las preguntas básicas de la vida (1999-2000)

En torno a la existencia: Dios y el ser humano

El problema del mal

Sobre el alma

El hecho religioso

Las utopías

De cómo el antiguo alumno y el anciano maestro se reencuentran y entablan una interminable conversación

Presente y misterio (2003)

Capítulo I: Pasión por la historia

Capítulo II: La familia Drusborck

Capítulo III: Vuelta

Capítulo IV: Camino del pasado

Capítulo V: El misterio del presente

Referencias bibliográficas

PREFACIO

En este libro he compilado diversos escritos literarios, casi todos inéditos. La sección titulada “Miscelánea estético-filosófica” puede considerarse de naturaleza más artística que filosófica, o más bien como una tentativa de contemplar ideas filosóficas desde el prisma incomparable que nos ofrece la búsqueda de la belleza. Creo que la filosofía se encuentra a medio camino entre la ciencia y el arte, o entre la comprensión y la creación. Por ello, no es de extrañar que algunos textos exhiban un carácter más racional y analítico, mientras que en otros predominen la intuición y la sensibilidad. Esta parte concluye con *Mis lugares favoritos del mundo*, donde trazo estampas impresionistas de algunos de los enclaves que más me han fascinado.

También he incluido tres “pequeños libros” hasta ahora inéditos: *Ferdousí en Gazni*, *Las preguntas básicas de la vida* y *Presente y misterio*. El primero es una tragedia en dos actos que gira en torno a la figura del gran poeta persa Ferdousí. Tiene como eje sus tensas relaciones con el sultán gaznávida, y constituye una reflexión sobre las complejas relaciones entre arte y poder. El segundo, redactado en 1999, es un diálogo que versa sobre cuestiones fundamentales de la existencia humana. El tercero es una novela filosófica escrita en 2003, cuyo argumento es la atracción ejercida por un pasado que siempre tendemos a idealizar.

Agradezco a Álvaro Moreno Vallori su valiosa ayuda en la edición de este volumen.

MISCELÁNEA ESTÉTICO-FILOSÓFICA

I) INVENCIONES

URLIL Y EL ARTE DE PENSAR LO IMPENSABLE¹

¿Sería posible pensar lo impensable? ¿Qué preguntas hoy vedadas a nuestro espíritu podría formular una mente más elevada que la nuestra?

Sondeaba desde hacía tiempo las implicaciones de este hondo y desmesurado interrogante filosófico cuando leí que, según algunos testimonios, notablemente el de Andreas Philimander en su *Historia nationum orientalium*, en un enclave remoto de ese crisol de culturas que es la Ruta de la Seda había vivido una raza capaz de pensar lo impensable. Aunque las noticias son confusas, incluso contradictorias, pues el eminente erudito alemán y bibliotecario de la Universidad de Würzburg se basó en fuentes de dudosa procedencia, hasta entonces preservadas en un convento de Moravia y redactadas con una caligrafía casi ilegible, parece claro que algunos viajeros del siglo XIV habían expresado asombro ante la conjeturada existencia de unos seres cuya mente lograba trascender todos los límites que cercan nuestro intelecto.

No he podido resistir la tentación de investigar la veracidad de estos relatos. Si fueran ciertos, probablemente nos encontraríamos ante el mayor descubrimiento de la historia de la humanidad. Llevamos generaciones afanados en desentrañar los enigmas del universo y en elucidar el misterio de nuestra propia naturaleza, pero ¿puede haber mayor hallazgo que el de una mente superior a la nuestra, que el de una mente de resonancias divinas, apta para contemplar lo que nosotros no podemos intuir, pues desborda nuestra imaginación y sobrepasa nuestra facultad de razonamiento? Como prisioneros de ideales y ensoñaciones, ¿quién no se ha sentido exhortado a cruzar la delgada y porosa línea que separa lo real de lo posible?

El libro de Philimander toma como principal referencia la obra escrita por un viajero tardomedieval llamado Godofredo de Lieja, quien, émulo del legendario Marco Polo, se habría sumado a una expedición veneciana que se dirigía a la corte del emperador chino. En su obra *Thesaurus Sinae* (tan bellamente ilustrada por una secuencia de exquisitos grabados que, si hemos de creer a Philimander, proyectaría el alma a un cielo en miniatura), el liejense se habría propuesto recopilar las experiencias y reflexiones suscitadas por sus peligrosas aventuras a través de la Ruta de la Seda.

Según Philimander, Godofredo habría osado adentrarse en el vasto y exótico valle de Fergana, hendido en el corazón de Asia y flanqueado por la majestuosa cordillera de Tien Shan y por las no menos imponentes montañas Alai. En Bujara, perla del Jorasán, habría escuchado que existía un pueblo, el de los iblisios, algunos de cuyos miembros afirmaban haber entrado en contacto con unos seres fabulosos, dotados de una inteligencia descomunal. Tan extrañas criaturas les habrían encomendado la custodia de un secreto máspreciado que todo el oro, toda la plata y todos los diamantes del mundo.

Sin embargo, en la ciudad de Ismihtar, la otrora inexpugnable capital de la confederación iblisia (urbe que acabaría incorporada al kanato uzbeko de Kokand), es imposible identificar mención alguna de la relación entre los iblisios y esos hipotéticos seres venidos de otro mundo. Nada ha quedado de su biblioteca. Tamerlán arrasó todos

¹ Una primera versión de este relato ha sido publicada en *El Cuaderno* (<https://elcuadernodigital.com/2020/06/22/urlil-y-el-arte-de-pensar-lo-impensable/>).

sus monumentos en el ocaso de su reinado, como represalia por no haber roto lazos comerciales con el sultán de Delhi. Confieso, además, que no he podido acceder a ninguna copia del *Thesaurus Sinae*. Ni siquiera en Würzburg he conseguido una reproducción. Por ello, en un primer momento opté por ceñirme al relato de Philimander, quien seguramente había consultado alguno de los escasos ejemplares del texto de Godofredo que aún perduraban bajo la protección de unos frailes moravos de Olomouc.

Espoleado por una curiosidad avasalladora, mis pugnaces elucubraciones no cesaban de desasosegarme. Acuciado por la intriga, relegué todo lo demás: libros, artículos, clases... Sentí que no debía rendirme, y mi agitación desembocó en obsesión patológica, cuya voracidad amenazaba con absorber la totalidad de mis esfuerzos intelectuales. Inopinadamente, poco después de iniciar esta indagación tropecé con otra referencia indiscutible a un episodio de cariz similar —y para muchos similarmente inverosímil— en la obra de un viajero árabe de finales del siglo XIV llamado Muhammad Ibn Ifnán. Este mercader sirio, nacido en Damasco, aseveraba también haberse adentrado en las zonas más recónditas del valle de Fergana, convencido de que sus extensiones albergaban grandes misterios. El título del manuscrito de Ibn Ifnán era *Abr Almustahilat*. La edición alemana, publicada en el *Zeitschrift für Geschichte der arabisch-islamischen Wissenschaften*, lo traduce como “Compendio de viajes”, en vez de “Viajes improbables”, que sería más fiel al sentido original.

Lo que no alcanzo a comprender es cómo la noticia que nos brinda Ibn Ifnán ha podido pasar desapercibida para nuestros eruditos. Cualquier islamólogo que haya leído la citada revista debería haberse percatado de una alusión inequívoca y de relevancia incontestable, según la cual “*los iblisios de Ismihtar son los depositarios del tesoro de la luz más diáfana, revelación sagrada de los intelectos siderales que contiene todas las verdades del universo en un sistema coherente de proposiciones que habría superado los sueños del mismísimo Aristóteles. Fieles a su compromiso, los iblisios no dejan que nadie acceda al conocimiento de esas verdades, descendidas desde el “reino de la claridad inextinguible”, pues las custodian celosamente en un lugar ignoto de su confederación. Por fortuna para nosotros, un iblisio díscolo, de nombre Bandadur, condenado al exilio tras haber quebrantado varias leyes, me ha confesado la verdad sobre la eximia riqueza que sus compatriotas salvaguardan con piadoso esmero*”. Según Ibn Ifnán, los iblisios se referían a esos seres como los “*Binusi Armonate*”, expresión que significa, en esta lengua de matriz altaica emparentada con el turco y el manchú, “creadores de prodigios”. En otro párrafo, el damasceno asegura que esa revelación ha sido recogida en sánscrito y que se titula “*Mahavasana*”.

¿Sánscrito? Si la obra estaba escrita en este idioma, lo lógico era buscar en el legado de textos antiguos provenientes de la India que contiene el fondo de libros raros de mi universidad. Durante tres días me sumergí en ese pintoresco e inescrutable laberinto de códices, prolongaciones de orbes extintos, hasta que por fin identifiqué un manuscrito inédito en cuyo encabezamiento discerní, con la celeridad que sólo puede brotar del fervor, la palabra “*Mahavasana*”.

Ahí estaba. Indescriptible es la emoción que sentí cuando lo tuve entre mis manos. ¿Por qué lo habían redactado en la lengua de los *Vedas*? ¿Quizá porque para esos seres de otro mundo el sánscrito evocaba los más altos pináculos de excelencia estética y semántica, como ya advirtió el insigne gramático Panini, quien no escatimó alabanzas a la belleza, la sonoridad y la perfección de la lengua sagrada de la India?

Me asaltaron innumerables preguntas sobre la identidad de sus verdaderos autores. ¿Quiénes eran? ¿Por qué estos portentos del espíritu habían permanecido ocultos a ojos de la historia? ¿Por qué se habían escondido deliberadamente en una región tan distante, tan abandonada, aislados de cualquier vestigio de civilización? ¿Por qué habían decidido canalizar su ciencia a través de un pueblo tan oscuro, tan periférico, tan ausente en la historia universal, como el de los iblisios, convertidos en insospechados receptores de una sabiduría celestial? ¿Por qué semejante desvelo a la hora de ocultar las luminosas verdades sobre el mundo y la mente que su genio había esclarecido, y por qué se habían evaporado de la historia como una bruma efímera? La luz benéfica de su saber, ¿no nos habría encumbrado a cotas extraordinarias de progreso material y espiritual? ¿No habría disipado las tinieblas de una ignorancia desgarradora, para conducirnos a la auténtica libertad?

Arduo e ingrato me resultó bucear en el texto. Mi sánscrito estaba oxidado desde mis tiempos de estudiante en Heidelberg, por lo que no tuve más remedio que contactar con el profesor Hermann von Fluhenberg, egregio lingüista de origen danés, experto en védico y en sánscrito y viejo amigo de uno de mis colegas de departamento. Su edición del *Rigveda* gozaba de enorme prestigio entre los especialistas, y él tenía fama de cercano y de generoso con su tiempo. Von Fluhenberg ostentaba la cátedra de sánscrito en la Universidad de Erlangen. Despejar la incógnita merecía un viaje a esta hermosa ciudad bávara.

Von Fluhenberg se mostró fascinado con el manuscrito. En cuanto lo vio, no tardó ni un segundo en arrebátarmelo para lanzarse con avidez a interpretar su contenido. Yo observaba con atención e inquietud cómo sus grandes ojos azules se deslizaban ansiosamente por las pulcras y estilizadas líneas del *devanagari*, cuya elegancia transparentaba una perfección inasible para el común de los mortales. Si bien algunos términos resultaban tan novedosos que el profesor, toda una autoridad en lingüística indoeuropea, nunca había topado con ellos en su larga y distinguida carrera como indólogo, afortunadamente no supusieron una dificultad invencible para su acreditado talento filológico.

Pese a que esta compilación de una ciencia arcana ocupa más de cien páginas repletas de texto, el profesor Von Fluhenberg prometió enviarme con prontitud una traducción anotada del manuscrito. Cumplió su palabra, y al cabo de cinco días la había recibido en mi despacho. Lo he imaginado extasiado y absorto, tan ensimismado en la tarea que ha debido de perder la noción del tiempo para culminar con semejante rapidez una empresa incomparablemente laboriosa, que sólo puede calificarse de proeza.

Nos comprometimos a no anunciar nada hasta que no hubiéramos llegado a la raíz última de la cuestión. Temíamos que se desatara un posible escándalo académico, con inevitables acusaciones de fraude intelectual y con una probable condena al ostracismo. No podíamos olvidar el caso de Ernst Alfred Ostenhoff, admirado sumeriólogo de Tubinga que se había visto obligado a renunciar a su cátedra ante las acusaciones de que su reconstrucción de una supuesta epopeya escrita mil años antes que la de Gilgamesh había sido inventada. Yo no he perdido la fe en su honestidad, pero lo que yo crea poco importará a la implacable comunidad de sumeriólogos, que aún no le ha perdonado su atrevimiento de adelantar en casi mil años los albores de la literatura universal.

Ocultas tras el hermoso velo del sánscrito, lengua tejida de sonidos tan dulces y proféticos que parecen exhalados por la divinidad, nada sabemos sobre el verdadero idioma de los autores del *Mahavāsana*. Si cualquier lenguaje humano necesita seguir reglas lógicas, de cuyo cumplimiento difícilmente puede exonerarse, ¿qué tipo de sistema de comunicación debería emplear una mente capaz de comunicarse a sí misma conceptos y proposiciones que desafían nuestra idea de sentido? Solícitos o avezados, por suerte han elegido esta ancestral lengua indoeuropea para revelarnos su ciencia. Además, y aunque no soy experto en sumerio, en la transliteración sánscrita de determinados epónimos creo haber discernido fonemas de nítidas resonancias mesopotámicas, como “Nuaru”, “Lil” y “Enki”.

A la luz de nuestro trabajo, ¿estamos en condiciones de esclarecer la esquiva naturaleza del *Mahavāsana*? Pienso que sí. Este documento, de inabarcable densidad, nos ofrece un testamento científico, poético y filosófico, la transcripción de un apasionante legado intelectual, exuberancia de exuberancias y sabiduría de sabidurías. Su vocación de totalidad, su recapitulación de todas las esferas de actividad reservadas a una mente, le confiere una magia inimitable, un hechizo íntimo y seductor que fulmina todo recelo. En cuanto concluí su lectura, sentí que mi corazón y mi espíritu habían adquirido repentinamente alas, unas alas invisibles que elevaban mi entero ser a un cielo de inteligibilidad, grandeza y hermosura. Imbuido de una pureza turbadora, efluvio que excede cualquier expectativa lírica, este obsequio soberano satisface todas mis imploraciones y calma toda mi sed de entendimiento.

Continúo sobrecogido por semejante concatenación de verdades sublimes, montañas del alma en cuyas doctas y primorosas cimas brilla la imagen vívida de un saber eterno. Como arrullado por el canto de una voz angelical, atisbo que mis anhelos más profundos de comprensión se hallan por fin saciados. Toda esta belleza, suave y difusiva, me auspicia a un paraíso anegado de luz. Más allá de la oscuridad simbólica que envuelve el texto, lo que he podido inferir son los rasgos fundamentales de una mente milagrosa, que sólo puede infundir veneración en quien se abre a su magnificencia. Frente a ella, todos los genios que ha prodigado el género humano palidecen como destellos, siempre tenues y fugaces.

El pensamiento de los hijos de Uruil, herederos del “reino de la claridad inextinguible”, funciona no sólo con nociones lógicamente consistentes, o inspiradas en nuestra experiencia del mundo, sino con ideas que nosotros consideraríamos contradictorias. A través de la agudeza de sus construcciones conceptuales, de su original y elocuente sistema de categorías, han iluminado lo que para nosotros ha resultado nebuloso durante siglos.

Dado que saben reconciliar consistencia con completitud, cuando algo es inconsistente a nuestros ojos ellos perciben indicios de una completitud más profunda. Para su intelecto no existe incompatibilidad entre la completitud y la consistencia de un sistema axiomático. Han descubierto no sólo que con un conjunto infinito de axiomas sería posible probar todas las verdades inferidas en ese sistema y desterrar cualquier viso de contradicción, sino que las diferentes clases de infinito (y ellos han identificado nuevos infinitos, porque también han refutado nuestros teoremas sobre la finitud de los conjuntos de números —de hecho, han desvelado nuevos números hipercomplejos, cuya sutileza habría deslumbrado a Hamilton y a Graves—) producen diferentes clases de sistemas

axiomáticos, y por tanto diferentes clases de armonización entre completitud y consistencia.

Tal es el alcance de su entendimiento que los miembros de esta raza sobrehumana son capaces de demostrar intuitivamente todo teorema matemático, sin necesidad de prestar atención a los pasos intermedios. Al igual que Ramanujan (cuyo intelecto se perfila como un anticipo del suyo), saltan, por así decirlo, de la premisa a la conclusión sin aparente esfuerzo, como si toda la maquinaria inferencial de nuestra mente se les antojase vana e inútil. ¿No es éste el sueño por el que suspira cualquier gran matemático y pensador? ¿Quién no querría ver sin dificultades la solución a un problema, como si la respuesta estuviera contenida, prístina e inexorablemente, en la arquitectura de las afirmaciones iniciales?

En el plano de la aritmética, si nosotros memorizamos las tablas de multiplicar, ellos parecen disponer de un método que les permite retener sin dificultad todos los coeficientes del teorema del binomio hasta el centésimo exponente. El documento versa sobre aspectos puramente teóricos, por lo que ignoramos el nivel de su tecnología. No obstante, y con independencia de que hayan inventado o no algo parangonable a nuestras calculadoras, estoy convencido de que memorizan también las cien primeras potencias de los mil primeros números naturales y de los mil primeros números primos, pues en una de las líneas del texto he podido leer (tras batirme en duelo con su perspicaz sistema de notación, reminiscente del babilónico) "*tan evidente como el valor de 271^{317}* ". Saben, como nosotros, que existen infinitos primos, pero adivino que saben, a diferencia de nosotros, cuál es la fórmula exacta que permite generarlos de una manera eficientemente computable. En la quincuagésima página del manuscrito resplandece la siguiente sentencia, de infinita trascendencia matemática: "*En el primer universo existe un algoritmo universal; en él, toda secuencia, finita o infinita, es siempre computable*". La frase finaliza con un adverbio que Von Fluhenberg recomienda traducir por "polinómicamente" ("*padonse*"). Desconozco el significado preciso de la expresión "primer universo", pero es legítimo intuir que han desvelado una especie de "sistema lógico fundamental", en cuyo seno todo es estricta y cautivadoramente computable.

Dueños de un supremo instinto lógico, lo que en nosotros exige un esfuerzo consciente brota en ellos inconscientemente, como si dimanara de un automatismo enraizado en los abismos insondables de una naturaleza superior. Su mente se traslada de cualquier concepto a otro en una secuencia finita de etapas. Han atomizado todos los pensamientos posibles en sus constituyentes básicos, hasta destilar las categorías irreductibles que los conforman, los principios verdaderamente inmunes a la crítica, puntos arquimédicos tan robustos e indubitables como el *cogito* cartesiano. El bello e inagotable mundo de las combinaciones lógicas no esconde por tanto secreto alguno para estos seres, pues a partir de unos ingredientes metafísicos fundamentales (donde resuenan los ecos de una *característica universalis* leibniziana) han aprendido a construir cualquier pensamiento posible en cualquier sistema axiomático imaginable.

Los escépticos argüirán que los hijos de Urlil, más que una mente netamente superior a la nuestra, tan sólo poseen un mayor poder de cómputo, en cuya virtud procesan la información con mayor rapidez. Su mente no sería cualitativamente distinta a la nuestra; únicamente gozaría de diferencias de grado, cuantitativas y no esenciales. Sin embargo, discrepo de esta opinión. Ungidos con el óleo de un don insólito, la naturaleza de sus habilidades mentales queda reflejada en una característica que sólo puede

maravillarnos: la posibilidad de concebir una nueva matemática, sin conexión lógica con la nuestra. Así como nosotros hemos inventado conjuntos de números que, en crecientes niveles de abstracción, se separan de los enteros, de lo “empírico”, los hijos de Urlil han desarrollado no tanto una nueva familia de números como una forma completamente nueva de razonar matemáticamente. Si aún empleo el término “matemáticas” para aludir a ella lo hago en aras de la simplicidad, pues quizá este sistema de razonamiento no guarde relación alguna con lo que nosotros entendemos por matemáticas. Al igual que los números complejos operan con base en la unidad imaginaria $\sqrt{-1}$, los hijos de Urlil han diseñado artefactos conceptuales que violan reglas fundamentales de nuestro sistema, pero no de otros. Conciben raíces imaginarias, contemplan números que, multiplicados por cero, no dan cero, y han creado un nuevo conjunto de números donde las operaciones $0/0$ e ∞/∞ ya no resultan indeterminadas.

Huelga decir que se han adelantado a nuestros hallazgos científicos más señeros. Toda nuestra física, toda nuestra química y toda nuestra biología tienen que haberles sido familiares, y es posible que las dificultades que nosotros confrontamos para constituir ciencias sociales genuinamente científicas hayan sido solventadas por ellos hace siglos. De hecho, una primera aproximación al documento revela que todos los principios que arman nuestra visión científica del mundo lividecen ante la profundidad y la extensión de los conocimientos atesorados por este extraño pueblo, "llegados de las estrellas".

Para nosotros es imposible medir con absoluta precisión y de manera simultánea dos magnitudes canónicamente conjugadas. Podemos, ciertamente, pensar en una medida simultánea y exacta del momento y de la posición de una partícula, pero al hacerlo entramos en conflicto con otros principios de la mecánica cuántica, por lo que nuestro pensamiento en torno a esa posibilidad nos aboca fatalmente a inconsistencias insalvables. No obstante, los hijos de Urlil han descubierto que si tomamos en consideración una ley aún más básica de la naturaleza —que ellos denominan “ley de oro”, o *kanakanyaya*— cabe reducir el indeterminismo a un determinismo más profundo y universal. Así, la no conmutatividad de las observaciones cede el testigo a un principio más esencial, que sin embargo no exige apelar a variables ocultas como las preconizadas por De Broglie, Einstein y Bohm, entre otros físicos de renombre. Han descodificado esta ley de la determinación fundamental gracias al uso de una novedosa y sorprendente técnica matemática, que trata las indeterminaciones cuánticas como si fueran determinaciones en cada uno de los universos posibles, cuya integración produce una determinación extrapolable al nuestro. Este mecanismo les permite examinar el futuro de un universo posible cualquiera como si fuera el pasado de otro.

Toda aparente manifestación de caos responde para ellos a un proceso escrupulosamente determinista. Conciben cualquier subsistema del universo como expresión de un orden universal irrevocable. En su mente, todo lo indeterminado capitula siempre ante lo determinado. No sólo han logrado unificar todos sus conocimientos sobre la evolución temporal de los sistemas materiales, sino que lo han hecho de tal manera que en esa síntesis se armonizan sin dificultad conceptos teóricamente antitéticos. Poseen el modelo perfecto, la biyección plena, el mapa a escala 1:1 entre pensamiento y mundo, donde ningún elemento de la realidad carece de contrapartida en la descripción teórica.

El mínimo atisbo de discontinuidad se disipa ante su entendimiento. Para la clarividencia de su espíritu no existe discontinuidad ontológica en el seno de la naturaleza ni fisura lógica en el curso del razonamiento; una universal, suficiente y absoluta *lex*

continuitatis, cuya pujanza explicativa habría embelesado a Leibniz, rige todas las cristalizaciones del mundo y del pensamiento, que en último término no hacen sino remitir a un núcleo primordial, a una unidad racional de la que nacen todas las diferencias posibles. Aunque su intuición dé saltos, saltos asombrosos y envidiables, su razón allana todos los caminos de acuerdo con reglas de estricta continuidad.

Han descifrado todos los principios de organización celular compatibles con las leyes de la física y de la química, y en todo lo que nosotros juzgamos complejo ellos detectan un patrón de simplicidad subyacente, susceptible de formalización matemática. Lejos de contentarse con reconocer lo complejo y su miríada de propiedades emergentes, han identificado el mecanismo preciso de esa emergencia, las leyes de formación que permiten transitar de lo simple a lo complejo sin claudicar ante la ignorancia, la metáfora o el esoterismo. En su cosmovisión, nada procede *ex nihilo*; todo se alumbró *ex ratione*.

Tanto han avanzado en otros campos de la investigación científica que son capaces de predecir, con absoluta exactitud, qué especies surgirán a partir de las presentes, por una mezcla que hibrida selección natural, mutaciones genéticas aleatorias y un tercer principio que ni Von Flühenberg ni yo hemos alcanzado a dilucidar. Por supuesto, la modificación genética no esconde ningún secreto para sus mentes. Pueden transformar cualquier especie en otra, al igual que pueden transmutar cada uno de los quinientos elementos químicos que ellos han conseguido aislar hasta el momento. Por si fuera poco, están tan acostumbrados a las sutilezas del razonamiento abstracto, a la visualización formal de las estructuras y de las propiedades de los sistemas de la naturaleza, que les basta recibir una información mínima sobre cualquiera de esos elementos para intuir, de manera casi instantánea, el conjunto de reacciones químicas a las que darán lugar, así como para justificar sus respectivos mecanismos.

También han descubierto las leyes deterministas que gobiernan la evolución de todas las comunidades concebibles integradas por agentes racionales. Cualquier clase de organización social consciente obedecería, por tanto, a un rígido e inexorable proceso determinista. Las fluctuaciones intermedias sucumbirían siempre al triunfo ineluctable de una teleología preestablecida, cuyo cumplimiento no dependería del libre y oscilante arbitrio de un ser dotado de razón. El rumbo unidireccional de su desarrollo se sometería al imperio de una racionalidad universal, que no distinguiría entre lo dado y lo construido, pues como un delicado y refulgente hilo de Ariadna vincularía de modo apodíctico la física con la sociología, hilvanando todos los paisajes del espíritu. Gracias a este penetrante hallazgo acerca de la naturaleza de los fenómenos sociales, que habría colmado las más altas aspiraciones de Ibn Jaldún, Vico, Comte y Marx (por no hablar de Tylor, Morgan y otros conspicuos defensores del evolucionismo antropológico), los vástagos de Urtil abordan el ámbito de lo social con el mismo grado de rigor analítico y de soltura hermenéutica con que descomponen la complejidad de los sistemas físicos.

Su empeño unitario derriba todas las barreras epistemológicas. Han conseguido sustentar el estudio de lo social sobre el fundamento sólido de la neurociencia, y han confeccionado una teoría plenamente científica de la acción humana. Han comprendido, después de todo, que la libertad es uno de los nombres que adopta la necesidad, cuyo rostro sempiterno exhibe una multiplicidad de formas, siempre subordinadas a una unidad más profunda.

Elogian la originalidad estética, y su arte quizá humille al nuestro en grandeza, hondura y perfección, pero a la luz del *Mahavasana* entiendo que ellos se enorgullecen de haber esclarecido la conexión fundamental entre pasado y futuro, o entre necesidad y libertad, hasta el punto de que son capaces de predecir las nuevas creaciones de una mente racional, reconciliada con sus sentimientos y con sus intuiciones. En la fertilidad de su mundo, la razón y la imaginación no discurren en paralelo, abismadas en una divergencia euclídea y con frecuencia condenadas a sufrir un irredento antagonismo conceptual, sino que convergen en un mismo e inagotable espacio de intelección, donde las ciencias y las artes nos abren, hermanadas, a la verdad plena.

Sus mentes trabajan simultáneamente con todos los sistemas y subsistemas posibles de pensamiento filosófico (idealismo, constructivismo, realismo; teísmo, deísmo, panteísmo, ateísmo...) en todos los campos posibles de la reflexión, así como con la totalidad de sus combinaciones. La suya es una sabiduría auténticamente universal. A tenor del texto, todavía no he logrado dirimir si el número de estos sistemas es finito, pero vaticino que lo es. En consecuencia, y si contemplan N sistemas de pensamiento, sus intelectos han de operar al unísono con todas las combinaciones viables de esos N elementos. Cuando se centran en el análisis de un subsistema cualquiera, también han de ponderar las opciones combinatorias propias de ese conjunto. Como han conseguido imaginar todos los sistemas de leyes potenciales, conciben todos los mundos posibles con estremecedora facilidad, e intuyen cómo se comportaría cada uno de esos mundos posibles en caso de que cada uno de los sistemas posibles de pensamiento se alzara como su único principio rector.

Han edificado una filosofía absoluta, tan perfecta que se renueva constantemente con alguna de las infinitas posibilidades de pensamiento lógico existentes en todos los universos mentales. Siempre encuentran un concepto más extenso y profundo que resuelve todas las antítesis, pero no tanto en virtud del principio "*contraria sunt complementa*" de Nicolás de Cusa, cuyo vigor ampara las oposiciones en un indiferenciado y apático estatismo, sino con arreglo a un proceso análogo a la dialéctica hegeliana. No necesitan, sin embargo, coronar un concepto supremo, una verdadera *Aufhebung* como la que añoraba el filósofo de Stuttgart. Han aprendido a formalizar la tensión dialéctica en sí, la tenaz y enérgica conjunción de los opuestos en cuanto tal, el intacto antagonismo de los contrarios. Piensan, en suma, la contradicción en sí, la genuina e irreductible universalidad que subyace a toda ulterior escisión entre el ser y el no-ser, y vislumbran un punto focal que atrae los elementos de oposición hasta disolverlos en una nueva unidad, más dilatada y conceptualmente límpida. Esta unidad no se consume en sí misma, en su consagración como espíritu absoluto, pues es libre, y derrama las bondades indivisas de su fundamento, hermoso y abrumador, sobre toda eventual diferencia fenomenológica. No temen prolongar esa dolorosa tensión creadora hasta el insumiso infinito, hasta el ámbito de lo inagotable. Han desarrollado un sistema de categorías que se sirve de esta propiedad para corregir las nociones en liza, y así generar automáticamente un infinito de nuevas categorías. Por ejemplo, en su sinuoso mundo de pensamientos humanamente inconsistentes pero para ellos significativos, libertad e igualdad se reconcilian con una naturalidad embriagadora, hasta ascender a una síntesis que resplandece con inusitada pureza lógica. Para ellos, lo dado no es la oposición entre libertad e igualdad, o entre lo individual y su dimensión colectiva, sino la fecundidad de su armonía venidera como horizonte insoslayable de lo moral y de lo político, fuente primigenia de la que emanarían todas las diferencias posteriores. Recuerdo con viveza y entusiasmo lo que proclama una de las secciones del *Mahavasana*: "*Bella es la idea que*

vuela sobre los intereses particulares, bello es el pensamiento que nos eleva a un plano universal, cuya luz enaltece a todo el que busca”.

Puede decirse, en definitiva, que su mente piensa en y desde el infinito. Su dios es su saber, y su religión radica en adorar, transmitir e incrementar esa ciencia sublime que ellos han acumulado a lo largo de incontables generaciones, para progreso y deleite de quien pueda hoy asumirla y honrarla.

Si algo he aprendido del *Mahavasana*, si alguna conclusión he podido extraer de mi tímida incursión en este tesoro sapiencial que al unísono me exalta y conmueve, es una lección sencilla, mas inconmensurable, que premia todo sacrificio del espíritu humano: lo que llamamos impensable es sólo el reflejo de nuestra capacidad presente de concebir, pero no tiene por qué señalar un límite objetivo para formas superiores de pensamiento. Nuestra mente, rehén de la levedad insanable de su imaginación, no es rival para la suya. No hemos sido bendecidos con la singularidad de un intelecto tan alto y aquilatado como el de esta raza de seres sobrenaturales, pero no temamos trascender las fronteras del pensamiento, penetrar en el inmenso e inexplorado territorio de lo impensable.

"He respirado el aroma de estas verdades en los jardines del alma, allí donde se intuye lo que no puede negarse", leemos en los versículos inaugurales del *Mahavasana*, que semejan una obertura, cuya belleza serena mi entendimiento y vivifica mi voluntad. ¿Dónde se encuentran esos jardines, sino en una síntesis de fantasía, intuición y razón quizá inasequible para el hombre? Con el impulso de esa audaz concordia entre todas las potencias de nuestra mente, ¿no acariciaríamos la gran bóveda del espíritu, cuyas luces centellean para corazones anhelantes de un saber siempre más profundo?

Quienes han osado navegar por el océano indefinido de la pregunta aprecian en cada respuesta un nuevo comienzo, un nuevo y ondulante itinerario hacia un destino siempre más lejano. Se erigen en siervos de una búsqueda perenne. Y yo siento que este regalo incomparable representa no un término, sino una llamada que se pierde en el horizonte de una pregunta aún más honda, en la senda irrestricta hacia la posibilidad de las posibilidades. Lo que antes era un vago presagio se ha convertido en ardorosa ilusión. Tomar conciencia de las cúspides sapienciales a las que puede escalar un intelecto vivo, real, existente como objeto de un mundo cuyo seno sólo tolera infinitudes en la vastedad de la imaginación, me infunde fe en las posibilidades de la mente humana y alimenta mi amor por el futuro. Me invita a soñar con la consumación de mis ideales más sinceros, con el florecimiento de una creatividad libre e intrépida. Me insta a rebasar lo dado y a expandir el círculo de lo posible. Ahora entiendo el significado de la historia: construir, ensanchar, avanzar, forjar; inundar el espíritu con un pensamiento siempre mayor y con una luz aún más radiante, hasta sondear todo lo que puede y debe ser pensado.

El *Mahavasana*, “la gran memoria” de una raza superior, catedral de sabiduría y espejo de un nuevo universo de ciencia y belleza, constituye la recopilación de las verdades más firmes y profundas conquistadas por su intelecto. He contemplado la hipótesis de que estos seres hubiesen registrado su saber con la noble intención de inspirar al género humano, pero no he tardado en descartarla. No tiene sentido que hayan actuado con tal grado de secretismo allí donde sólo podíamos esperar una espléndida efusión de equilibrio, claridad y desprendimiento. Siempre cabe sospechar que, deseosos de respetar nuestra libertad, el derecho a crecer gracias al despliegue de nuestro propio ingenio y no

a la generosidad inmerecida de los astros, han rehusado entregarnos altruistamente joyas tan preciadas de conocimiento e iluminación para que las descubramos con las solas fuerzas de nuestra racionalidad, frágil y valerosa. O quizá estimen que la humanidad aún no está preparada para asimilar tantas y tan luminosas verdades, verdades desconcertantes, verdades revolucionarias que conculcan nuestros prejuicios más arraigados, persuadidos de que sólo un salto categorial en el poder de nuestra mente y en la amplitud de nuestra conciencia nos permitiría comprender la hondura de sus reflexiones. En cualquier caso, ¿qué mente, sino la de un ser cuya esencia colindara con lo divino, soportaría la cruz y la gloria de un saber pleno?

MEDEMO, O EL NIHILISMO²

Medemo. - ¿Qué te atormenta?

Pronesio. - El sinsentido. La ignorancia. Este vacío descomunal que me absorbe lentamente. La soledad del hombre ante fuerzas que nos superan, la fragilidad del deseo ante la necesidad y el destino. He visto un todo que era la nada, y una nada que era el todo, porque aun en la inmensidad sólo he hallado vacío, el silencio puro de una ausencia que atrapa todas las presencias. Pues ¿de qué sirve el todo si no significa nada, si esta rapsodia de fenómenos únicamente evoca sinsentido? Vivo rodeado por lo eterno, sí, por el eterno silencio y el eterno vacío, confrontados por el delirio creador de muestra estirpe. Quisiera ser un dios, para alumbrar un mundo ajeno al sufrimiento y a la contingencia; un mundo liberado del dolor del cuerpo y de la oscuridad del alma, donde ceñirme la corona del sentido. Crear un mundo con sentido es el privilegio del dios verdadero; pero este mundo no puede ser la obra de Dios.

Medemo. - Entonces sufres como cualquier otro hombre. Nada especial hay en ello, nada extraño, nada meritorio. Te aflige lo mismo que a los demás. Eres partícipe del dolor universal que conlleva ser humano.

Pronesio. - Pero cualquier hombre no es yo; yo sufro como sólo yo sé sufrir.

Medemo. - Si indagás en las causas más profundas de ese sufrimiento, advertirás que todo brota de una percepción hondamente humana. Sufres porque eres como cualquier otro hombre. Sufres porque vives. De la fuente de la vida nace también la necesidad de sufrir. Te engañarías si quisieras beber el agua de la vida sin ingerir también el veneno del sufrimiento. Manan de las mismas grutas.

Pronesio. - Di lo que quieras. Para mí no cabe consuelo, porque nadie puede vivir por mí ni sufrir por mí. En realidad, sufro porque soy un alma en busca de su destino. Sufro porque vivo sin saber para qué. Venimos a este mundo sin elegirlo y vivimos en él sin comprenderlo. Tanta ignorancia me consume.

Medemo. - ¡Ah, el destino! ¡Quién supiera qué es el destino, qué es la naturaleza, qué es la necesidad! ¡Quién pudiera pensar como un dios y vivir como un hombre!

Pronesio. - Llévame al más perfecto de los cielos, eleva las alas de mi espíritu a la bóveda eterna donde nada se extingue, y te aseguro que aun allí encontraré algún motivo de sufrimiento. No hay nada que no traicione mis expectativas, como si la totalidad del universo se hubiera conjurado para truncar el noble propósito de un ser consciente. Lo sublime me decepciona, lo espantoso me aterra y el vacío me sobrecoge. Me asusta sentir tanto y de tantas formas.

Medemo. - Entonces sufres porque eres finito. Honda es la tristeza de quien se hace cargo de su finitud. Una angustia sutil surge en quien contempla el mundo con una mirada sensible, con ojos puros, que no se conforman con el ser de las cosas, pues en todo intuyen

² Texto escrito en junio de 2021.

una posibilidad de perfeccionarlas. Pero no te inquietes por ello: si la finitud te estremece, si una sensibilidad demasiado profunda te atenaza e impide saborear las delicias de la vida, has entendido la gravedad de lo humano.

Pronesio.- ¿Qué es el hombre ante el infinito? Esto es insoportable. No puedo resistir semejante caudal de estímulos. Quiero liberarme de la mente y del corazón. Quiero trascender el pensamiento y la sensibilidad, para sólo ser. Quiero ser libre con respecto a todo lo que ahora soy. Quiero cesar de ser finito.

Medemo.- Necesitamos pensar para vivir, pero si únicamente pensamos en el misterio que nos rodea dejamos de vivir, y nos perdemos en el más oscuro de los laberintos. Ama la finitud del hombre y de la vida como si ambas condensaran un infinito verdadero.

Pronesio.- Incluso si fuera infinito seguiría sufriendo. Siempre hallaría una ausencia, un fondo oscuro, una porción de ser no sondeada. Siempre tendría ante mí imágenes de lo que no soy y podría ser. Porque la conciencia de lo que somos es deudora de la conciencia de lo que no somos. El amor al ser conlleva inevitablemente el miedo a la nada, la angustia ante un vacío de resonancias infinitas que asoma ante nosotros. Y sólo con pensar en la cantidad de mundos que jamás conoceré me lleno de angustia, de una angustia infinita ante el infinito que nunca desvelaré. Qué triste es haber nacido finito, pero qué triste es saber que aun en la infinitud nos acompañaría la sombra del dolor.

Medemo.- Si fueras infinito nada te sería ajeno. Lo serías todo, y todo habitaría en ti. Tu alma desembocaría en la totalidad, y la totalidad movería tu alma, enardecida por un impulso inagotable.

Pronesio.- Créeme: incluso en ese caso me quedarían mundos por contemplar. Siempre estoy retándome a mí mismo. Siempre hay espacio en mi mente para una idea nueva, y mi corazón no puede dejar de sentir, de sentir con frescura y vigor. No sé qué es más grande, si la mente o el corazón. Se me antojan dos infinitos en pugna. Hay demasiados infinitos en la mente. Una sola infinitud no basta. Sólo un dios podría trascender las fronteras mismas de lo infinito.

Medemo.- Pensar en el sentido, ¿no es cosa demasiado grave para un solo hombre? No hagas caso a esos filósofos y a esos predicadores para quienes una vida sin reflexión sobre el sentido último es vana. Sólo buscan captar nuestra atención, pues nadie conoce no ya el sentido de la vida, sino el sentido de plantearse esa pregunta, esa insana ambición que nos devora. Explora sentidos particulares, causas segundas, en lugar de obsesionarte con el sentido recapitulador y con la causa primigenia, locura de la razón humana.

Pronesio.- No puedo dejarme llevar por la inercia de los acontecimientos, sin detenerme y preguntar qué sentido tiene todo. No puedo sumirme en el falso sosiego de quien vive sin buscar. No sería humano, ni libre, ni creador si me viera poseído por la vida y por el tiempo, en vez de intentar poseer yo la vida y el tiempo.

Medemo.- Vivir es ya el sentido. Vivir planta su propia semilla de sentido. Vivir consiste en crear universos de significado, rayos de luz que iluminen esta senda oscura. La vida es un misterio entre misterios. Es movimiento, fuerza y creación. Es impulso y memoria. Es frustración y deseo. Es rugido y tempestad que siempre ceden ante el silencio y el vacío. La vida es acción en busca de razón, y flujo en busca de destino. Es afirmación y negación

que no cesan de transfigurarse la una en la otra. Es victoria sobre la inercia, es triunfo sobre la nada, es imagen de futuro. Vivir es sentir, y es desbordar; es caminar hacia lo desconocido. Vivir es construir un mundo frente al mundo, un todo frente al gran todo. Es la hermosura de un desafío. Es un poder que estremece y deslumbra, pues destruye lo antiguo para forjar lo nuevo. Porque la vida es el sueño de la libertad.

Pronesio.- Para mí, vivir no engendra sentido, sino sinsentido; un sinsentido que llena de sombras las profundidades de cualquier alma sensible, un sinsentido que teje la forma y la estructura de nuestro desencanto con la vida. Me ahogo en el océano de la vida. Me subyuga su desmesurada fuerza. No soporto su ruido atronador y su furia arrolladora. He nacido para otra clase de vida, no para ésta, abocada a la nada, al ciego y voraz hundimiento en un abismo sin fondo. Amaría la vida si de ella se extirpase cualquier vestigio de sinsentido, si su belleza y su vigor no se fundieran con el vacío, con el polvo, con el rostro sin alma de este universo. Amaría la vida si ella se justificase eternamente. Pero esta vida, este simulacro, esta sombra fugaz condenada a la desaparición, a verse fulminada por el sinsentido y absorbida por una nada inclemente, ¿quién puede amarla?

Medemo.- ¿Respirarías entonces si nadases en el océano de la muerte, allí donde ningún amor triunfaría?

Pronesio.- No sé cómo es la muerte, pero sé cómo es la vida. Y la vida sólo me inspira conciencia de finitud. Sólo me recuerda que soy hijo de la finitud. Sólo me infunde angustia y estremecimiento ante todos los mundos que jamás divisaré. Porque si soy alguien, ya no soy otro. Ser es negar, es determinar, es excluir, y al ser algo nos impedimos ser un infinito de cosas distintas. Somos conscientes de lo que somos, pero no de lo que no podemos ser. El espectro de la nada siempre acecha, como íntimo vigía de nuestro camino.

Medemo.- Lo que tú llamas nada no es la ausencia absoluta de ser, la verdadera nada metafísica, sino la transformación de unas manifestaciones del ser en otras.

Pronesio.- ¿Ves toda esta agitación, esta turbulencia, este fluir incesante que lleva de todo a todo? Es un espejismo. Detrás no hay nada. Todo se disolverá. Todo se apagará. Todo se fundirá con el presente, con el instante, con lo incapturable, lo único que en verdad existe, lo que único que en verdad impone orden sobre el caos. No te dejes abrumar por los caprichos del cosmos, por su exhibición de fuerza y exuberancia. Esconde debilidad, impotencia, condena predeterminada a un destino inclemente. Todo lo pasado se repliega en este presente insondable, cuya esencia se diluye en cuanto intentamos atraparla. Y el futuro, ¿qué es, sino el nombre de lo desconocido, el sueño de que el orden siga triunfando frente al caos? Lo que el hombre busca es una quimera. Persigue sin descanso lo que sólo un dios merece. No hay salvación para el hombre, porque lo finito no puede ser salvado.

Medemo.- ¿No te parece que siempre perdura el ser, invulnerable tras la variedad de modos que adopta? Incluso la muerte es un tránsito a otra forma de ser. No se produce una desaparición total, una aniquilación en el sentido más radical del término. No nos abismamos en una nada insondable, sino que penetramos en un cambio de modo de ser. Tu cuerpo sigue fluyendo por la vastedad cósmica, y tu alma, ligada indisolublemente a tu cuerpo, no hace sino derramarse al universo más allá de los confines de tu estructura orgánica. En todo vemos una transmutación, mas no una auténtica desaparición. Unas formas ceden el testigo a otras, pero siempre subyace el mismo ser, la misma naturaleza,

la misma e inatacable materia. La nada en su acepción más profunda es inasequible para el intelecto humano. Lo que concebimos como nada es siempre algo. No nos es dado negar el ser, sólo reinterpretarlo. Es el destino de la mente. La nada evoca la contradicción máxima, la imposibilidad absoluta, la negación última, y eso trasciende los límites de un entendimiento finito como el del hombre.

Pronesio.- Te aseguro que mi alma se debate entre lo posible y lo imposible, entre la radicalidad de lo que existe y el misterio de lo que no existe, pero puede existir. Porque sospecho que la nada no es otra cosa que el repertorio de posibilidades aún no realizadas; es la enormidad de lo que aún somos, pero podemos y debemos ser.

Medemo.- Tú quieres serlo todo; ser algo, pero al mismo tiempo ser todo lo que no eres. Anhelas lo imposible. Sólo Dios sería todo lo que puede ser.

Pronesio.- ¡Oh, tortura inhumana, castigo divino, condena sobrenatural! ¡Verme obligado a ser sólo esta pobre criatura, este fragmento transitorio de una realidad evanescente, este destello perdido en la oscura inmensidad de incontables mundos! Ser algo, pero no ser tantas cosas, ¿no constituye un suplicio injusto para un ser que piensa? ¿No debería serlo todo para dejar de sufrir? ¿Todos los infinitos? ¿Todos los dioses? ¿Todas las posibilidades?

Medemo.- Tu inquietud es absurda. Algo que sólo te hace sufrir y que no te infunde ningún atisbo de paz no puede ser propio de una mente racional, comprometida con el análisis desapasionado del mundo. Consuélate con tener una mente, con poder representarte lo externo y ser capaz de pensar, pues al pensar te abres al todo, incluso vislumbras los perfiles de la nada.

Pronesio.- ¿Absurda? Si esto es absurdo, todo lo es. Si preguntarse por el sentido de la vida es absurdo, ¿qué no lo es? Ese análisis objetivo y desapasionado al que aludes revela mi tragedia, que es nuestra tragedia: la eterna tragedia del hombre. Es la razón la que me lanza a las redes de esa araña silenciosa que es el vacío existencial. Pero tú eres sumamente dichoso, porque pareces feliz.

Medemo.- Mi felicidad es ontológica. Soy feliz por existir, por estar en el mundo. Nadie puede medir mi felicidad. Es demasiado profunda. No es computable. Trasciende cualquier sistema de referencia, pues me tiene a mí como eje y vector. Ser sujeto, alzarme sobre la tierra y poder mirar al cielo, es la verdadera fuente de mi felicidad. Amo el ser y no temo el no ser. Mi sentido es existir, y por el mero hecho de existir alcanzo una felicidad propia de dioses.

Pronesio.- Eres feliz porque te conformas con lo dado, con el aquí y el ahora, con la contingencia de un mundo en constante flujo, sometido a la necesidad invicta de unas leyes impersonales. Eres feliz porque no aspiras a la permanencia, y a convertir en eternidad lo que ante nosotros sólo evoca tránsito y finitud. Eres feliz porque renuncias a buscar un sentido más profundo, un significado auténtico, capaz de trascender los límites humanos.

Medemo.- Vivir y trabajar, sentir y construir, disipan la sombra de ese absurdo. Es el anhelo de perfeccionar la existencia con el poder de nuestras creaciones, en la senda de

una libertad que sólo brota como fruto de nuestro esfuerzo. He ahí el mundo, para que lo comprendamos, mejoremos y embellezcamos.

Pronesio.- Somos esclavos del gran ciclo de la vida, que entrelaza sin misericordia nacimientos y muertes como la vasta rueda del mundo encadena sin cesar auroras y ocasos. Pero todo esto, ¿para qué? Para nada, es decir, para servir al todo, al divino todo, y rendir pleitesía al altivo mundo, que no se preocupa por nosotros.

Medemo.- En el principio era la necesidad, síntesis de posibilidad, acción y lógica. Nosotros somos sus humildes siervos. El universo es el reino de la necesidad, expresable en lenguaje matemático. Consolémonos al menos con el afán de reordenar lo dado, de reconfigurar lo que existe, de explorar infinitas posibilidades cuyos itinerarios desembocan igualmente en este curso inexorable, que de la contradicción conduce al destino.

Pronesio.- Me estremece la eterna y sublime monotonía de este todo; el ciclo, la reiteración, el hundimiento de cualquier atisbo de novedad en un abismo amorfo e infinitamente profundo. ¿Qué amortiguará nuestra caída en ese pozo interminable? Cualquier esmero por traer novedad al mundo sólo puede desatar las risas burlescas de un dios que nos mire desde lo alto.

Medemo.- Deja de golpear tu corazón y tu mente con interrogantes infinitos, crepúsculos de racionalidad para los que ninguno de nosotros está preparado. El que vive con honestidad y sencillez ya ha descubierto el sentido de la vida. Morir es sólo transitar de una nada a otra. Nada fuiste antes y nada serás después. Pero si lo piensas con mayor detenimiento, seguirás siendo parte de ese gran todo que es el cosmos, de esa gran proeza que es la evolución del universo por direcciones que quizá nunca lleguemos a descifrar. No temer la muerte es signo de comprensión. Esta ausencia de miedo es santa y bella. Nace de haber entendido que la vida es un paréntesis entre inmensidades, y que haber saboreado sus delicias es ya el premio eterno, el fin puro, la meta en sí misma, no condicionada por aspiraciones de trascendencia. Una dicha y una claridad celestiales se apoderan entonces de nuestro espíritu, conscientes de que no hay caída allí donde se emprende una búsqueda sincera, y de que los precarios logros del hombre valen más que todos sus fracasos.

Pronesio.- Torrentes indómitos y mares tempestuosas nos llevan de un lugar a otro, de una experiencia a otra, de un sinsentido a otro. Encadenados a esta rueda que no cesa de girar, a este ciclo vano y omnipotente, todo impulso desemboca en la nada y todo anhelo se disuelve en lo imposible. Es la desdicha del espíritu humano, del que no dejan de brotar bellos y poderosos sueños, imágenes divinas que nunca terminamos de apresar, mientras todo un mundo de posibilidades se escapa de nuestras manos, y en nuestro pecho sentimos el doloroso ardor de quien se sabe finito y orientado a lo infinito. ¿Crear? ¡Qué triste empeño! Nada verdaderamente nuevo puede germinar en lo infinito, donde ya están todas las posibilidades concebibles, y el universo es infinito. ¿Amar? Pero amar a un ser finito condena la infinita fuerza del amor a un límite demasiado estrecho. ¿Comprender? Mientras no comprendamos el todo, cualquier cosa que creamos entender será un mero espejismo, una llama temblorosa, una certeza que flaquea, pues el sentido de la parte sólo puede dilucidarse a la luz del todo al que pertenece.

Medemo.- No te esfuerces. Acepta la triste posición del ser humano, finito en medio de lo infinito, naturaleza inconclusa que no acaricia nada pleno. El hombre es la naturaleza; encarna la fuerza y las posibilidades de la naturaleza. Es una manifestación de la infinita naturaleza en forma finita. No hay dos mundos; hay un solo mundo, que los hombres dividimos convencionalmente. Sin embargo, no dejes de creer en el valor de la vida, aunque seas el último hombre que camine sobre la tierra. Sentido y absurdo, épica y tragedia, gloria y cruz, entretengan este todo vital que no cesa de fluir hacia lo ignoto. De su fusión nace el verdadero sentido, el sentido omnipresente, llamado *ser*. No niegues la dualidad de luz y sombra, la sagrada bifurcación de un todo que siempre desemboca en lo necesario. Es una fuerza contra lo que no puedes luchar, y contra la que no merece la pena rebelarse.

Pronesio.- Vivimos presos en una cárcel de finitud. Qué crueles Dios o la naturaleza: sembrar en nosotros el deseo infinito y encerrarnos en una celda de experiencias finitas. ¡Y pensar que muchos llegamos a creer que en la brevedad de una existencia se libraba la lucha inexorable entre el bien y el mal, y que el hombre, espejo de Dios, merecía ascender a lo infinito, porque era partícipe de la misma naturaleza divina! Este combate universal entre el ser y la nada se nos antojaba visible pero también invisible en sus entrañas, pues lo juzgábamos exterior e interior al unísono, y afectaba tanto a la humanidad como a cada una de nuestras conciencias. Muchos imaginábamos que, asistidos por la gracia o arrastrados por el pecado, nuestro destino se decidía en el curso de nuestras elecciones libres. Estábamos convencidos de que lo eterno y divino posaba sus alas en lo transitorio, y de que el todopoderoso creador del mundo nos ayudaba con su gracia a resistir las tentadoras pulsiones del pecado, cuyos tentáculos no cejaban en su empeño de hundirnos en los pozos más profundos, en las simas de una nada demoníaca, infinitamente distante de la verdad y el bien. Aprendimos así a concebir la efímera vida de un hombre como la plasmación de un escenario cósmico, de una disputa inveterada entre las fuerzas de la luz y los siervos de la oscuridad. ¡Oh gran engaño, impureza ancestral y corrosiva, que nos ha hecho atribuir al insignificante horizonte de lo humano una importancia sobrenatural, capaz de trascender el espacio de lo contingente para elevarse al reino de la necesidad verdadera! Se trata de una ilusión aciaga y encandiladora. Su hechizo se clava en la fuente del deseo humano, en el alma escondida de todas nuestras lágrimas, y aviva el fuego y el ardor de una voluntad siempre ansiosa de encontrar un sentido. Este embrujo diabólico ha vendado los ojos de incontables generaciones. Nos ha impedido mirar cara a cara a lo que existe y percatarnos de que el universo es indiferente a nuestra salvación. La gracia divina no nos salvará; la providencia es el seguimiento ciego de las leyes impersonales que rigen los mecanismos de este mundo; el indómito pecado es nuestra constante caída en nosotros mismos, que nos aleja del progreso y ensombrece nuestras auténticas posibilidades. La razón es el ángel que nos devuelve a la cruda realidad, cuando yacíamos cautivados por el orden de las apariencias.

Medemo.- Has sido arrojado, sí, a este mundo sordo y desagradecido, ciego y oscuro, pero ahora depende de ti crear un mundo consciente y luminoso, capaz de irradiar lo que tú buscas. Porque el mundo tendrá el sentido que nosotros podamos y queramos darle.

Pronesio.- El amor a la vida siembra el temor a perderla. Y temer tanto el destino de la vida como para desear en lo profundo no haber nacido es un dolor que ningún hombre puede soportar. Es el peso aciago de la finitud. Podría distraerme con innumerables experiencias, podría degustar todos los placeres del mundo y entregarme a la pura disipación, pero por mucho que intentase silenciar la voz de la conciencia su eco nunca

dejaría de resonar en mi yo más íntimo. No puedo esconderme ante su llamada. Un ojo infinito sabe siempre dónde estoy.

Medemo. - No entiendes que la muerte sea el destino de la vida. Nunca lo has entendido y jamás lo entenderás. Lo tuyo es un amor inquebrantable a la vida, a la humanidad, a la comprensión. No te avergüences por no entenderlo. No te avergüences por derramar lágrimas, lágrimas tan sinceras que riegan con los destellos de su hermosura el futuro de una humanidad llamada a vivir, no a morir; a ser consciente, no a disolverse en la uniformidad de lo inconsciente. ¿Hay algo más sublime que una lágrima? Quien llora ante lo que no comprende clama por un mundo nuevo. Pues tan colosal es el vacío, el supremo vacío detrás de todo y subyacente a todo, que desgarrar la mente y el corazón, sobrecogidos por tanta hondura.

Pronesio. - Siento un respeto infinito hacia la muerte, porque no la comprendo, y por ello la temo, sumido en el recuerdo de lo que nunca regresará.

Medemo. - La fe en el ser es más poderosa que el miedo a la nada. El amor a la vida es más poderoso que tu angustia. Quedarse absorto en la evocación de dichas pasadas o en el lamento ante las tragedias presentes es un error imperdonable. La vida ofrece tantas posibilidades de felicidad, tantos rostros para la alegría, tantas experiencias para aprovechar esta oportunidad única, regalo de la necesidad que todo lo rige...

Pronesio. - Yo no quiero morir. Pese a todo, el mundo es demasiado bello. Que no se extinga la vida, que no se disipe nuestro ser como la sombra. Hay tanto por hacer, por sentir, por entender, por crear, por engrandecer, por amar... No merecemos desaparecer. El empeño del hombre es demasiado hermoso como para resultar inútil. Dios, si existiera, debería habernos creado dioses, eternos como Él, y no una mera imagen de aquello a lo que aspiramos.

Medemo. - Te cansarías de vivir eternamente. No hay suficientes experiencias en el mundo para llenar una existencia que no tiene término.

Pronesio. - Podría amar, conocer y crear indefinidamente. Ello aplacaría mi voluntad.

Medemo. - Te preguntas por la vida y por la muerte, pero no por cómo mejorar la vida y por cómo arrinconar la muerte. Sigo creyendo que desperdicias tiempo y reflexión.

Pronesio. - Ya estoy cansado de este mundo y de esta mente. Un tedio infinito me invade. Coloniza mi sensibilidad y encarcela mi entendimiento. Yo necesito un mundo nuevo y una mente nueva; un tiempo nuevo y una reflexión nueva, donde poder respirar juventud, es decir, amor incesante por la vida y eterno anhelo de renacer con pasión y dulzura.

Medemo. - Pero te preocupa tanto el destino que pierdes de vista el itinerario. ¿Qué importa adónde nos lleve la vida, si aprendemos a adueñarnos de cada instante? Vive, surca los senderos del mundo y encuentra tu sentido en vivir, en caminar sobre la entereza de esta tierra y en sobrevolar la hermosura de estos cielos, para crear la vida del futuro, para que florezca nuestro ser, para forjar con tus manos y con tu espíritu el más bello de los mundos. Una conciencia sensible como la tuya no puede permanecer indiferente a la suntuosidad del universo y a sus infinitas consecuencias, tesoro para quien sabe contemplar. Recuerda que sin pasión no podemos vivir. Sin ella, todo un planeta se convierte en una insignificante mota de polvo cósmico.

Pronesio.- Todo se me antoja un misterio. La muerte es un misterio. La vida es un misterio. El que nos preguntemos por la vida y por la muerte es un misterio. Ser es un misterio. Quisiera comprender este misterio, para aprender a amarlo. Pero pensar en el destino desencadena la más honda de las agonías, el vértigo más insondable al que puede enfrentarse la mente humana. Tanta profundidad me aterra. Sin embargo, no hacerlo es ceder ante el miedo, ante la conciencia de lo imposible, ante la fatal obediencia a leyes ajenas a nuestra voluntad. Debemos pensarnos, para así adueñarnos de ese abismo inescrutable, y afirmarnos como lo que somos: seres libres y creadores, un futuro de vida que clama por redimir todo pasado.

Medemo.- Lo que nos parece relevante es tan irrisorio a escala cósmica... Bajo este firmamento sublime, todo es tan pasajero, tan contingente, tan indescifrable... ¿No es una fe muy osada creer que el mundo debe conspirar a nuestro favor? Observa el universo y pregúntate qué son la vida y la muerte para el todo, fundamento de sí mismo, sustancia autoclausurada, frontera infranqueable para el intelecto humano. Relativizarás tus preocupaciones y aprenderás a amar la finitud de la vida como un don inusitado, como un singular privilegio que debemos entender, disfrutar y ensanchar.

Pronesio.- Para el todo quizá no seamos nada, pero para la conciencia lo somos todo. Quizá porque la conciencia sea ella misma el todo, y el ciego universo sea nada ante su poder y su grandeza.

Medemo.- ¿No es asombroso que la Tierra, indiferente a los avatares humanos, no cese de dar vueltas en torno al Sol, sin que nosotros lo notemos? ¿No es asombroso que exista el universo, gobernado por fuerzas invencibles, y que existamos nosotros, un milagro destinado a comprenderlas? Al igual que tú, confieso no entender el sentido de la vida. Yo tampoco sé para qué estamos aquí. Sólo sé que estamos, sumidos en un extraño sueño. Y yo quiero tejer un sueño aún mayor.

Pronesio.- Intimidantes como la mirada nocturna de un búho son los destellos de claridad y sentido que de vez en cuando captamos en medio de la oscuridad de esta vida. Por un lado, siento una cercanía absoluta, una identidad plena con ese sentido; por otro, me desgarran una distancia infinita, una separación abisal de esa tenue luz que en mí amanece, como alba insumisa tras la larga noche de lo que no comprendo. Pues cuanto más me aproximo a ella, más se aleja; cuanto más la busco, más me rehúye; cuanto más la amo, más reniega de mí. Continuidad y discontinuidad, ser y no ser. Veo y no veo lo que comparece ante mí, entiendo y no entiendo lo que represento en mí, deseo y no deseo lo que habita en mí. Y en esta contradicción vive mi espíritu, acosado por el espectro de percepciones tan divergentes.

Medemo.- No deja de sorprenderme la capacidad humana de dar sentido a este gigantesco absurdo cósmico. Anhelamos fervientemente que todo rebose de significado, de lógica, pero de una lógica conspirada con nuestros intereses. Deseamos que un orden superior modele nuestro destino con amor y providencia, para satisfacer nuestras ansias más profundas. ¿Tanto tememos nuestra soledad? ¿Tanto nos tememos a nosotros mismos?

Pronesio.- Intentamos darle sentido porque no podemos renunciar a preguntarnos por la razón última de todo, también de nuestro existir en medio de esta exuberancia de misterios y de mundos inexplorados.

Medemo.- ¿Por qué existes? Porque las leyes de la naturaleza te obligan a ello, aunque también te ofrecen la posibilidad de acabar con ello.

Pronesio.- Cuando reflexionas sobre nuestros mayores logros intelectuales y estéticos, cuando aprendes a admirar todas las conquistas del espíritu humano, ¿no llegas a creer que la vida tiene algún sentido, y que no somos un detalle contingente de la evolución cósmica, una feliz coincidencia en este mar de incertidumbre?

Medemo.- La idea de sentido es un producto necesario de nuestra mente. No podemos vivir sin racionalizar, sin buscar causas, sin percibir conexiones lógicas. Pensar en lo absurdo nos estremece. Al hacerlo traicionamos la naturaleza más profunda de nuestro intelecto, especializado en detectar patrones de significado. Por ello, albergar la noción misma de un sentido en un universo que parece abjurar de él no debe avergonzarnos. Viva o muerta, el alma de esta idea siempre será grande; siempre representará un triunfo de la conciencia en la larga trama de la evolución. Como ardiente esperanza brillará su luz en medio de este vacío en que habitamos. Después de todo, la idea de sentido es consustancial al hombre, y si hemos llegado hasta aquí es porque no hemos cesado de buscar un sentido. Quizá vivamos para crear la idea de sentido, y ser dioses que custodian esta inmensidad.

Pronesio.- Sólo el amor, la sabiduría y la belleza pueden dar sentido a este mundo inhóspito. Sólo a través de estos ideales podemos cuidar de este universo, falto de metas puras, necesitado de libertad.

Medemo.- En el fondo, ¿quién no querría ser un dios para todos los seres, un dios para todos los hijos de la naturaleza, un dios para los mortales, pero un dios tan humano que fuera capaz de morir por el amor y de sacrificarse por la belleza? ¿Quién no querría ser un dios salvador, que inundase el mundo de significados? No obstante, lo aceptemos o no, somos fruto de fuerzas ciegas que se nos manifiestan como azar y como necesidad. Antes me aterraba esta idea; ahora me fascina. Me infunde un sentimiento de responsabilidad ante la magnitud del don recibido. Estamos en manos del azar y de la necesidad, pero es imperativo que nuestra necesidad se imponga sobre el azar.

Pronesio.- Imagina un dios tan perfecto como para superarse sin cesar a sí mismo; tan perfecto como para ser infinitamente perfectible, e ir siempre más allá de sí mismo.

Medemo.- Ése es tu deseo: ser más que un dios, ser más que un solo infinito; ser todo lo que puede ser y aún no es. Hallas refugio en el oasis de esta intuición, que es grande y bella, que es profunda como los abismos del alma.

Pronesio.- Dime la verdad: ¿alguna vez no has sentido que debe haber algo más allá de lo que ven nuestros ojos, una realidad tan honda que ha de desbordar cualquiera de nuestras expectativas? Como una flecha de luz dorada, el reflejo de esa plenitud que mi corazón intuye apunta al destino, al destino auténtico, allí donde la felicidad no es una utopía. ¡Oh desdicha de quien siente y busca también comprender! ¡Oh fatalidad del hombre, hecho para llorar y entender, portador de la llama de la sensibilidad y de la antorcha de la inteligencia! Todo este caudal de impresiones me acongoja y fascina al mismo tiempo, porque me hunde y eleva al unísono, quizá para comunicarme una verdad demasiado grande, demasiado pura, que una mente finita sólo puede juzgar contradictoria. En ella atisbo una sensibilidad reconciliada con el entendimiento, un *pathos* abrazado al

logos, una perfección en la que se dan la mano la imagen y el concepto, y donde los sentimientos más profundos del corazón humano no hacen sino transparentar la verdad más profunda del propio cosmos.

Medemo. - Cuanto más medito sobre este universo descomunal, indiferente y enigmático, más empiezo a sospechar que el sentido de la vida reside en el asombro ante lo desconocido y ante lo posible, estímulos perennes de la búsqueda humana.

Pronesio. - Está claro que sin fe nada grande puede hacerse. Sea en Dios, en el hombre, en la ciencia o en el arte, hemos de creer en algo, en alguna fuente de sentido, en algún reino de luminosidad, o no descubriremos ese excelso impulso que nos invita no sólo a vivir, sino a buscar y a explorar en lo remoto. Pues nos asemejamos a aquello en lo que creemos.

Medemo. - La senda de la vida es siempre escarpada; tan pronto como la creemos llana y recta, libre de altibajos e incertidumbres, cambia rápidamente de forma, y adopta un perfil irregular. Porque no hay ciencia que nos enseñe a vivir. Sólo sabe vivir el que en verdad se despoja de temor a la propia vida y encuentra la manera de superar todas las dificultades. Vivir es desear la mejora incesante; vivir es actuar para comprender en qué consiste la propia vida. Y cuando, en medio del torbellino de la existencia, nos reconciliamos con nosotros mismos y alcanzamos la anhelada paz, al fin se disipa el misterio y resplandece la luz. ¿En qué necesitas creer? ¿Qué merece tu fe?

Pronesio. - Yo necesito creer en ideales supremos, en límites inagotables que siempre podrían inspirarnos con imágenes nuevas. Es mi único consuelo frente al sinsentido. Creo firmemente que la sabiduría, la belleza y el amor son los tres soles capaces de iluminar nuestra existencia, la santísima trinidad para un ser sensible que busca conocer. Cultivar la ciencia, el arte y la ética nos acerca a ellos, sin que su calor abra nuestras alas. En cuanto aprendemos a mirarlos cara a cara, como dioses bondadosos que velan por nuestro destino, ya no cae la noche sobre el espíritu humano, pues sólo brilla la más sublime de las luces, al amparo del eterno día.

Medemo. - El arte no nos salva de nada. Simplemente eleva la imaginación y hace la vida más llevadera, pero no nos salva, porque nada puede salvarnos. No hay salvación para la humanidad. Nuestro destino es la contingencia. Nuestro destino es hundirnos infinitamente, es caer en lo profundo. En una ocasión me preguntaste por una palabra tan poderosa que ella sola fuera capaz de conmover el mundo. Has buscado ese soplo incontenible que trastoque los pilares de lo existente, y allí donde ahora impere un orden, haga surgir un caos, y de él un orden nuevo y bello, en el ciclo de las potencias creadoras. Si supiera cuál es esa palabra, yo mismo sería Dios. Sólo un ser divino podría en verdad infundir el sagrado hálito de la vida mediante la palabra; sólo una palabra creadora, bendecida con fuerza infinita, podría dar vida a lo inerte. Sigue soñando que tú puedes ser Dios, porque es el destino de un hombre: crearse Dios, y a través de la cultura insuflar vida nueva a un mundo viejo, cuyos ecos se han agotado.

Pronesio. - Todos buscamos algo universalmente bueno. Todos estamos hambrientos de un fin que nos justifique, de una luz que resplandezca como el auténtico sentido de una vida humana. Pues ¿quién no quiere que brille el sol y que crezcan los árboles, que todo prospere y que toda nube se disipe en el gran cielo de una felicidad perpetua, para que sólo impere claridad? Llámalo paz, o bienestar, o satisfacción, o la plenitud de un ansia cumplida. Llámalo como prefieras, pero es lo que todos los hombres buscan y buscarán

por siempre, mientras sean hombres y no asciendan a las cimas de un espíritu nuevo, ocaso del antiguo y aurora de lo que ni siquiera podemos concebir. Mas no nos engañemos: ese anhelo que nos atrae y zarandea sin descanso es un espejismo, una tenebrosa ilusión, un espectro que siempre nos adelanta. Tan pronto como obtengamos lo que perseguimos, nos cubrirá con la sombra implacable de nuevos deseos, de insospechados horizontes, en un todo potencialmente infinito. Somos hijos de una voluntad jamás saciada. En cuanto alcanzamos nuestros fines, todo se desvanece como un objetivo inútil. Gloria y cruz del hombre, nuestra mayor grandeza y nuestra peor condena: la de desear sin fin, la de desear cuando creíamos que nunca más necesitaríamos beber de la ambigua fuente del deseo. Esclavos de la incesante necesidad, he aquí la pobreza humana, la penuria de un ser obligado a desear por desear, a desear el deseo mismo, a resignarse a sucumbir reiteradamente ante el deseo, corazón sin fondo, alma sin semblante, relámpago de un dios perdido. Es nuestro destierro de los campos de la paz y de la felicidad, nuestro exilio interminable por el desierto de los anhelos incumplidos y de las esperanzas imposibles. Jamás nos apoderaremos del deseo. Jamás reinaremos sobre nosotros mismos. Aun así, vivamos, amemos y conozcamos, enardecidos por un fuego que no se apaga. Aun así, no dejemos de desear, y de perfeccionar nuestro deseo a la luz de una historia que nos revela quiénes somos y quiénes podemos ser. Pues desear es bello. Es manantial de fuerza y creación.

Medemo. - Busquemos ser más de lo que podemos ser y habremos derrotado a esa sombra que nos acecha. No temamos crear. Crear es nuestro destino. Es el gozo del espíritu humano. Llenemos el mundo de imaginación, sabiduría y justicia. Iluminemos sus sendas con la claridad y la hermosura del amor. El mundo no es lo suficientemente grande como para contener nuestro deseo, pero sí lo suficientemente misterioso como para plantar en nosotros la semilla de un desafío, de un proyecto, de una búsqueda sublime. Todo en nuestro espíritu clama por lo que aún no existe, pues estamos hechos para el infinito: para el deseo infinito, para el saber infinito, para el amor infinito. Estamos hechos para alumbrar lo nuevo, y lo nuevo es infinito.

EL LIBRO DEL UNIVERSO³

He soñado con una biblioteca que alberga los libros del mañana. En ella, todas las ciencias, todas las artes, todas las cosmovisiones, todas las lenguas, todas las ideas concebibles y todas las esperanzas asumibles se hallan congregadas en un diálogo perenne. Dentro de esa biblioteca, descomunal e inabarcable como el pensamiento, la totalidad del saber acumulado a lo largo de la historia se condensa en un único volumen, que casi no ocupa espacio. Todos los libros posibles se plasman en un solo libro, en el único libro necesario, en el conjunto de todos los conjuntos: en la fiel estampa de un saber absoluto. Nada le es ajeno. Nada queda fuera de su alcance. Todo el conocimiento y toda la creatividad del ayer y del hoy se han resumido en ese texto, capaz de destilar la sustancia más valiosa de los tiempos que nos anteceden.

Esa biblioteca, se argüirá, está prácticamente vacía. No lo negaré. Un solo libro, una síntesis con vocación de completitud, figura en los vastos estantes de ese monumento que todo lo atesora y que todo lo integra. Sin embargo, la belleza del edificio es conmovedora, es inmortal. Las galerías son inmensas y diáfanas. Cualquier atisbo de sombra y tristeza se ha disipado en su seno. Jamás habría imaginado que un espacio carente de objetos pudiese resplandecer con tanta hermosura, con tanto vigor, con tanta exuberancia. Jamás habría adivinado que el vacío fuese tan sublime. Todo es infinito, como infinita es la posibilidad de sorprenderse y de enriquecer el alma humana. Mis ojos se sienten deslumbrados por lo que contemplan, por ese espacio desierto pero repleto de promesas y exento de confines. Mire adonde mire, presiento un horizonte luminoso. Yo anhelo abrazarme a él, ansioso de inspiración. Allí, en esa sala que ahora parece inerte, intuyo vida. Un chorro de claridad brota en la distancia, como si proclamase la irrupción de una primavera eterna. El saber venidero destella como la tímida luz de un alba que acaba de despuntar, para anegarlo todo con su fulgor.

Inicialmente, creí entender el porqué de tanto espacio libre. Supuse que jamás habría suficiente amplitud para acoger todo lo que la mente humana está llamada a descubrir y a crear. No obstante, pese a su infinitud potencial, pese a ensancharse cada noche y dilatarse sin término, la biblioteca no dejaba de alojar un único volumen. ¿Para qué, pues, un vacío tan colosal, si nada había de llenarlo? Pronto advertí que la expansión constante de la biblioteca no se debía a la necesidad de hospedar nuevos volúmenes, porque cada noche, cuando las divagaciones de mi mente regresaban a ese paraíso oculto, el incremento de tamaño no se traducía en un mayor número de libros. Un único ejemplar persistía, bello e impertérrito.

A la hora de catalogar ese libro, solitario como las cumbres más elevadas, no hace falta servirse de las clasificaciones habituales. Los criterios que aplicamos en nuestras bibliotecas son estériles. Si el libro es único, irreplicable como la totalidad, impenetrable como el universo, fútil es afanarse en conmensurarlo con los libros que pueblan nuestro mundo, ecos terrenales que palidecen ante la majestad y la sabiduría de la obra suprema. No hay clasificación posible para lo que es radicalmente singular. La unidad pura no puede quebrantarse en pluralidad, pues sobre ella descansan todas las fragmentaciones; ella es la identidad previa a cualquier diferencia ulterior. Clasificar entraña incluir un conjunto en otro conjunto; ¿cómo englobar el todo en un todo aún mayor? ¿Acaso existe ese nuevo todo? ¿Cuál es el límite de las totalidades sucesivas en las que injertar el gran

³ Texto escrito en mayo de 2022.

libro del universo? ¿Coronaría alguna mente la totalidad de totalidades, el libro de libros, el universo de universos? Al reflexionar sobre el misterio del todo, me siento derrotado por la vastedad de lo que jamás comprenderé. Soy finito, pero me asomo al desfiladero de lo infinito, y un fondo oscuro me sobrecoge, me aterra. Su profundidad apaga todas las voces del espíritu. Gloria y desventura es buscar una lógica en ese todo; dicha y tragedia para quien venera el orden y aborrece el caos. Pues cuanto más abarca ese libro, cuanto más completas y satisfactorias se me antojan sus enseñanzas, más hondo es el abismo que se abre ante mí, y más se aleja la verdad, como un rayo de luz que nunca atrapo. Me desvelo por discernir patrones de consistencia en ese todo siempre mayor, pero sólo encuentro señales que se desvanecen en el enigma. Entonces me avasalla la perplejidad. Entonces sucumbo ante lo arcano.

Por fortuna, ya había empezado a recelar de nuestros vanos intentos de organizar el saber. Con anterioridad a esta ilusión inopinada, a esta epifanía que jamás auguré, había comenzado a desconfiar de todo ímpetu esquemático. Ni siquiera el sistema de clasificación decimal, impecable y nítido, expresión máxima de la jerarquización del conocimiento, me impresiona hoy. Tratamos de imponer orden donde quizá sólo brille una libertad creadora, un poder incesante. En otro tiempo me fascinaron los modelos que se esmeraban en insertar la pluralidad de nuestros saberes y de nuestras obras dentro de estructuras fijas, de esquemas invariantes, de límites definidos: de finitudes. En este día me posee un profundo amor por lo infinito, porque en su aire respiro libertad, y me quito el yugo de toda forma de constricción. De poco valen las clasificaciones pretéritas ante el nuevo saber que amanecerá en el futuro, cuya gloria desbordará la unidad y el orden del presente. Será un saber vivo, un saber superior, un saber que desafíe lo imaginado; un saber en cuyo hermoso altar sacrificaría todo lo que ahora sospecho saber. Todo cuanto creemos comprender apunta a ese reino libre e insondable, de inusitadas dimensiones. Su fulgor relativizará todos los principios de nuestra ciencia e inaugurará creaciones más altas. Y ¿quién no querría ascender con las alas de un saber nuevo y de un arte nuevo, para vislumbrar los mundos que envuelven este mundo?

Cada noche, cuando se consuma el crepúsculo y emerge la oscuridad, manos imperceptibles toman el único libro que existe en esa biblioteca y extraen algunas páginas, al tiempo que cambian párrafos de otras. Al principio temí que lo hicieran por insensatez, malicia o ignorancia, pero luego me percaté de que cumplían con un deber inveterado. Un mandato santo, una responsabilidad ancestral, obliga a estas criaturas a expurgar del libro, del texto sagrado que todo lo contiene, los saberes obsoletos y las creaciones caducas, a fin de compendiar aún mejor el conocimiento de los hombres. Heraldos de la perfección, la simplicidad es la meta a la que se entregan estos espíritus. La cultivarán laboriosamente, con inefable entusiasmo. Perseverarán hasta fundir todas las proposiciones en el crisol de una concordia suprema, cuyo faro todo lo ilumine. En ese instante divino, lo infinitésimo asimilará lo infinitamente grande, y la cantidad desembocará en calidad. Poco importa que la biblioteca no cese de extenderse, porque toda la fuerza, toda la hermosura y todo el entendimiento se concentrarán en el único libro, en el libro de la plenitud, que todo lo integrará y todo lo ensalzará.

En esa biblioteca sólo puede subsistir un saber universal, despojado de contingencias y de parcialidades. Conforme fluyen los días, conforme una luz más bella y pura nos revela nuevas manifestaciones de la verdad, lo que considerábamos cierto se vuelve ambiguo o falso. Esos ángeles nocturnos tienen entonces que corregir múltiples proposiciones y borrar una cantidad no menor, para limpiar el texto y aquilatarlo. Desdeñan lo efímero. Son los siervos de la claridad, que con su trabajo infatigable

preparan el advenimiento de la aurora. Sus almas anuncian la mente futura. El filtro de los tiempos es implacable. Descorre progresivamente los velos de la infinita verdad por cuyo rostro inexorable suspiran los hombres, pero para ello es necesario consagrar vidas enteras, esfuerzos admirables y dedicaciones indecibles.

Cuando relato mis visiones a los eruditos, dudan unánimemente de su verosimilitud. Opinan que la posibilidad de reducir todo cuanto creemos saber a un número cada vez menor de enunciados es confusa. La juzgan fruto de la vaguedad, la fantasía o el delirio. La razón, alegan, no puede subsumir tanta diversidad en tanta unidad. La mente, replican, no puede capturar tanta información en tan pocos signos. Aún no ha nacido el lenguaje que lo logre, suelen aducir. Pero sus palabras no me perturban. No soy culpable de que sean sus almas las que permanecen ciegas ante la grandeza del universo. Pues ¿quién podría tocar las fronteras del cosmos? ¿Quién podría franquear sus muros y otear sus profundidades? Cerrada está su imaginación ante las cristalizaciones de lo inescrutable. No escuchan la voz de lo que no se agota. No han comprendido que con el saber nuevo llegará una mente nueva, y con la creación nueva florecerá un espíritu nuevo. Todo lo anterior resultará tan trivial, tan nimio, tan intrascendente, como los conocimientos del hombre prehistórico para el hombre contemporáneo. Al igual que en unas pocas fórmulas, receptáculos de información tendente al infinito, podemos sintetizar casi todo lo que consiguieron elucidar e inventar nuestros antepasados, mañana recapitularemos aún mejor el saber y el ingenio. Sencillo y armonioso, un conjunto mínimo de proposiciones comprenderá todo el entendimiento que nos precede. Lo que estimamos infinito se mostrará infinitésimo, y en el límite del destino englobaremos el todo en la unidad más honda, más simple y subyugante, reverberación del fundamento. Lo que ahora habita en mis sueños hundirá sus raíces en la tierra, y lo que cada noche inunda mi corazón de presagios bondadosos llenará también el mundo con su luz, hasta alumbrar los abismos.

La biblioteca aumentará continuamente su tamaño, hasta perderse en los dominios del infinito, hasta proyectarse a nuevas esferas y recoger provincias insólitas de la naturaleza y del alma. Sin embargo, un único libro, una sola insinuación de la totalidad indivisa, persistirá en su interior y recopilará todos los significados. Su pequeñez no menoscabará su valor, sino que lo resaltará con letras doradas. Disminuirá en envergadura, pero crecerá en excelencia. Cada vez más reducido, reemplazará lo antiguo por lo nuevo y absorberá el flujo del saber. Concentrará todo lo que es inteligible en el universo. Desprendido de lo superfluo, los restantes libros del cosmos confluirán en él, y lo que ahora entrevemos, lo que ahora se alza ante nosotros compuesto de un número inconmensurable de páginas separadas, convergerá en la unidad plena. Todo lo disperso se unificará. Un solo libro, una sola página, un solo párrafo, una sola línea...; un solo símbolo, en realidad, bastará para reunir todo el saber y toda la belleza a la que aspiran los hombres. Será el símbolo absoluto, con el que un dios lo crearía todo.

LA LEYENDA DE IRSAPUR⁴

Lo que voy a contarte lo escuché en boca de un sacerdote de Sais. Al parecer, él tuvo noticia de tan magno relato gracias a los testimonios de unos peregrinos llegados al Delta desde Nubia. ¿Qué buscaban? ¿Por qué habían decidido remontar el curso del sagrado Nilo desde las entrañas de África? Nadie sabe qué movió a estos caminantes a someterse a tantos peligros, acechados por salteadores, fieras, cocodrilos e hipopótamos, pero la joya que portaban bien merecía atravesar medio mundo para difundirla. Se trataba de un tesoro invisible, mas sublime; sus reflejos golpeaban el corazón, y como la más bella de las músicas penetraban en los fondos del alma. Unas pocas palabras contenían tanta sabiduría que ni todo el oro de Nubia se le podría equiparar.

En tiempos inmemoriales, cuando los hombres ni siquiera habían aprendido las divinas artes de la escritura, cuando ninguna mente había aún rasgado el velo de la ciencia, se alzaba un reino incomparablemente poderoso: la ciudad-Estado de Irsapur. Un gran soberano, de nombre Ceshher, hijo de Frenesh, perteneciente al linaje más ilustre de cuantos habían huido del desierto y se habían asentado a orillas del río azul —el linaje de Jalamaz—, gobernaba con prudencia y justicia. Su alma era una cumbre que no se dejaba erosionar por los vientos de un mundo cambiante. Las stirpes rivales, como las de Sherendaz y Ahelomor, habían renunciado a sus aspiraciones, lo que había propiciado largos períodos de paz y estabilidad. Al acordar que sólo los descendientes directos de Jalamaz podían ceñirse la corona, los conflictos se habían sofocado, y la prosperidad bendecía a los habitantes de Irsapur, que vivían venturosamente. Favorecidos por los dioses y exentos de infortunios, sus habitantes disfrutaban de ese bien tan escaso llamado felicidad. Entre noches arcanas y días laboriosos transcurría su existencia.

Adorado por sus súbditos, Ceshher había rechazado cualquier intento de ser idolatrado como una deidad. Antes de acceder al trono había visitado tierras lejanas y había conocido a hombres y mujeres de razas diversas. Montañas imponentes, hondos valles, ríos caudalosos, bosques impenetrables, desiertos infinitos... habían desfilado ante sus ojos y habían dilatado prodigiosamente su imaginación. Pero en vano había soñado con entender el significado de la vida. En sus viajes sólo había percibido barbarie y soledad. Había contemplado paisajes majestuosos, pero también había sido testigo de cómo la existencia de muchas personas en poco se diferenciaba de la de las bestias. Como se negaba a creer que ése fuera el verdadero destino del hombre, se había propuesto levantar en sus dominios un recinto inexpugnable para los ideales de la justicia, en cuyo seno pudieran florecer la sabiduría y la dicha como rosas invioladas.

Dentro de su ciudad-Estado, todo era hermoso. Todo rezumaba serenidad, y todo resplandecía como parte de un microcosmos autosuficiente. El oro brillaba en los pináculos de los templos, consagrados a las cien deidades del panteón de Irsapur, que recapitulaba todas las potencias espirituales alabadas por la mente de los hombres. De noche, la imagen de la luna reverberaba en el agua cristalina de los lagos, inspirando con la nitidez de sus destellos a los poetas y a los músicos. Una amplia avenida central, decorada con bellas y refulgentes estatuas, conectaba el palacio real con la plaza del mercado. Árboles exóticos flanqueaban las calles, e incontables flores, traídas de todos los rincones del mundo conocido, derramaban olorosos pétalos que alfombraban con

⁴ Texto escrito en junio de 2022.

exquisitez el suelo, como si por él fueran a pasear los mismos dioses, deslumbrados por tanta elegancia.

La urbe dibujaba un cuadrado perfecto, delimitado por altas y gruesas murallas, con una torre de vigilancia cada doscientos metros y con ocho puertas, simétricamente distribuidas a lo largo de su perímetro. Si en el mundo primaban las formas curvas, los fundadores de Irsapur habían decidido que su ciudad debía glorificar la rectitud, como símbolo del triunfo humano sobre la naturaleza y de la victoria de la perfección sobre la imperfección. Así, se habían esmerado en construir edificios rigurosamente rectilíneos, despojados de cualquier vestigio de sinuosidad. Ubicada en el centro de la ciudad, la plaza del mercado trazaba un cuadrado perfecto; las fachadas de las casas sólo podían ser cuadradas o rectangulares, mientras que los templos debían adoptar formas triangulares, signo de la elevación desde la tierra hasta las regiones celestes, morada de los dioses. Carros tirados por caballos surcaban las calles que confluían en la plaza del mercado. Se ignora cuándo habían empezado a fabricar ruedas con ejes, pero está claro que desde muy pronto los hijos de Irsapur habían aprendido los secretos de estas artes milenarias, junto con el de la metalurgia, que les había permitido producir sofisticadas herramientas y forjar armas invencibles. En la enorme planicie que rodeaba la muralla abundaban los cultivos, regados por un ingenioso sistema de canales que racionaba el agua del gran río azul, y que incluso en épocas de sequía no dejaban de satisfacer las necesidades de los agricultores. El arte de la ganadería tuvo que haber sido descubierta mucho antes, pues al parecer más allá de las montañas, en los fértiles valles de Jalamaz, al abrigo de las nieves perpetuas de Inagur, un pueblo emparentado con los de Irsapur ya había sido capaz de domesticar algunos animales y de utilizarlos en su provecho.

Cuatrocientos centinelas —cien por cada lado del cuadrilátero— velaban día y noche por la seguridad de Irsapur. Desde sus enhiestas atalayas podían divisar el horizonte, también las remotas montañas de Sunzenet, hogar de los belicosos Urnashin. Temida por sus vecinos, esta tribu guerrera era maestra en crueldad y pillaje. Atentaban contra todo lo que es bueno y bello. Como no producían alimentos ni vestimentas, su método de subsistencia consistía en robar y en asesinar. Una tradición oral narraba precisamente la noche más execrada de cuantas había vivido Irsapur. Fue cuando las hordas de Urnashin se abalanzaron silenciosamente y, al amparo de la oscuridad, sitiaron la ciudad y trataron de escalar sus murallas. Igual que el rugido concertado de mil leones, sus gritos habían resonado durante generaciones en el estremecido corazón de los habitantes de Irsapur, quienes jamás pudieron olvidar lo que ocurrió. Jamás pudieron desprenderse por completo del pavor inoculado en su memoria, presa para siempre de inquietudes ancestrales.

La riqueza de la ciudad procedía del comercio. Desde las profundidades de África, caravanas cargadas de metales y piedras preciosas surcaban vastos desiertos y sabanas interminables. Por el río arribaban naves repletas de valiosas mercancías, entre las que figuraban deliciosos manjares y finos tejidos. Leyes no escritas, basadas en costumbres irrevocables, firmemente arraigadas en el espíritu de Irsapur, garantizaban la propiedad de los bienes, individuales y comunes. No había esclavos; todos los hombres y mujeres eran libres y gozaban igualmente de la protección del rey. En las calles era posible oír una decena de lenguas, aunque esta diversidad no ocasionaba confusión, pues todos hablaban también una lengua franca, diseñada a partir de elementos comunes para simplificar la comunicación entre las diferentes razas.

Los antepasados de Ceshher habían aglutinado a las distintas tribus que poblaban la región y habían integrado numerosas tradiciones, de matriz indescifrable, en un único

y gran relato sobre los orígenes del reino. Sólo el monarca y sus más allegados eran conscientes de que constituía una ficción útil, sin la que probablemente cundirían los sentimientos más sombríos, como la desesperación y la desconfianza, enemigas mortales de la sociedad humana. Aun así, preferían sacrificar la veracidad en aras de la hondura y la luminosidad de un relato que enseñaba a los hombres a vivir en armonía, ajenos a la crueldad que imperaba en las inmensidades circundantes, donde los seres humanos aún no habían abandonado el estado de animalidad.

“*La Epopeya de los Cien Héroes*” es la principal referencia a Irsapur que poseen los sacerdotes de Sais. Fue transmitida por los cantores de Mitena. Estos rapsodas aprendían su arte de generación en generación y dedicaban su existencia a evocar la grandeza de la civilización pasada de Irsapur, como emblema de un mundo regido por la paz y el orden frente a las desdichas y turbulencias del presente. Sin embargo, cuando los hombres inventaron el arte de la escritura (algunos dicen que gracias a la generosidad de los dioses, quienes se lo habrían revelado por medio de Thot, escriba del cielo), tan insigne tradición quedó plasmada en los papiros de Bah, celosamente custodiados por los sacerdotes de uno de sus templos, en el Delta, allí donde el pujante Nilo desemboca en el Gran Verde y se expande sin límites por los costados del mundo.

Con sus dulces cánticos, los de Mitena no habían cesado de relatar los orígenes del hombre. Jamás se interrumpió la cadena que vinculaba a los cantores presentes con los del pasado, como un lazo áureo cuya firmeza se sobreponía al flujo incontenible del tiempo. Fue Urper, la deidad primera, quien creó el mundo en el eón inicial. Descorrió el velo más oscuro e insufló su espíritu sobre el eterno vacío, alumbrando el primer amanecer, el más bello que ha surgido nunca. En ese soplo exhaló su fuerza más íntima, el principio de su esencia y de su claridad, y puso en movimiento los engranajes del mundo, como una gigantesca sucesión de ruedas que se empujaban las unas a las otras. Luego se retiró, y en su creación dejó la semilla benéfica de su ser y de su poder, en forma de inteligencia. Mas en su sabiduría, ilimitada como un ciclo que todo lo abarca y absorbe, Urper resolvió que la luz de la inteligencia no despuntaría de una sola vez, sino que aparecería gradualmente. Lo hizo con el beneplácito de las noventa y nueve deidades restantes (subordinadas a él desde la eternidad, pero dueñas del don del consejo, que ni siquiera el dios supremo se atrevía a ignorar). Infundió, así, porciones de su espíritu en todas las obras que componían su creación, como notas igualmente necesarias de una gran melodía, de ecos perennes. A las cosas inanimadas las dotó de fuerza, pero las obligó a cumplir las promulgaciones de una inteligencia externa. Por eso siguen abnegadamente las leyes establecidas por los dioses, y nunca se equivocan en lo que hacen, ni jamás vacilan. Esta inteligencia no se expresa con palabras, pero sí con acciones, que en todo contribuyen al orden y a la armonía del universo. Después repartió medidas mayores de inteligencia entre los seres animados, a los que permitió moverse por su propio impulso, y no sólo por la fuerza externa. Finalmente nacieron los diez primeros hombres, cinco varones y cinco mujeres concebidos simultáneamente en el seno oculto. Les concedió el más excelso de los dones: el de pensar por sí mismos y entender las causas de las cosas.

Hasta aquí, el relato coincide con el de otros pueblos de la tierra, que bajo nombres distintos han venerado a los mismos dioses, y que bajo rostros diversos han proclamado la misma verdad: que el hombre es imagen de lo alto, y que en él los dioses han depositado la fuerza de su alma. No obstante, lo que hasta ahora pocos han sabido es la verdad más profunda sobre los dioses y los hombres. Todos comprenden que los dioses diseminaron la inteligencia entre las cosas creadas, y que a cada objeto del universo le confirieron proporciones diferentes. Sin embargo, lo que los soberanos de Irsapur se afanaron en

esconder tras el ropaje de sus mitos y alegorías es una doctrina aún más importante. Como la fe en la humanidad se había desvanecido en la mente de Ceshher, el gran rey se sintió incapaz de enseñar a sus súbditos una verdad pura y perturbadora. Tras recorrer el mundo, la visión del horror y de la crueldad ensombreció su espíritu, que ya no pudo acoger nuevas esperanzas. El futuro rey se convenció de que los dioses le habían revelado la verdad de las verdades, el alma del universo, el fundamento y el designio de su obra.

Según ella, el hombre no había nacido directamente de la tierra, ni había descendido abruptamente del cielo. En la creación de Urper, todo procedía de todo. De la simiente primordial plantada en el primero de los amaneceres había brotado la gran fuerza, la fuerza que todo lo impulsaba, animaba y elevaba: el receptáculo de toda existencia y de todo movimiento. De abajo, y no de arriba, provenía la inteligencia que todo lo permea, el horizonte al que todo apunta. Así, de las cosas inanimadas habían germinado, gradualmente, las animadas, y de las animadas, el hombre, en un proceso lento y constante. No todos los hombres habían alcanzado aún la cima de los dioses. Muchos permanecían apegados a sus raíces animales, avasallados por la brutalidad y el ansia ciega, cuya opresión ofuscaba sus corazones y eclipsaba sus mentes. Ceshher entendió que ésta era la verdad sobre la génesis del hombre, y de los animales, y de las plantas, y de los minerales, y de todos los mundos que contenía el mundo en su inmensidad, sembrada de misterios. Pero el temor invadió su alma. Si los hombres descubrían que no era de lo alto, de la esfera inmortal, sino de lo bajo, de las grutas terrenales, de donde procedían, ¿cómo cultivarían el deseo de elevarse a las estancias de los dioses? ¿No se verían tentados de regresar al estado anterior, a la triste esclavitud de la animalidad, a la sima oscura de la que muy pocos escapan? ¿No perderían la fe en sus posibilidades y en su llamada a convertirse en la viva imagen de los dioses? ¿No sucumbirían ante la fuerza y la agresividad, renegando de la inteligencia y del anhelo de ascender? Como las incontables tribus bárbaras que amenazaban día y noche la apacible existencia en Irsapur, los impulsos más violentos emergerían libremente, sin que nada pudiera controlarlos. Por tanto, Ceshher dispuso que los hombres debían creer que los dioses los habían gestado directamente de sus entrañas, como reflejo de su alma y semejanza de su gloria.

Sólo los sacerdotes de Sais han preservado este enigma. Aún hoy recelan de las intenciones humanas; aún hoy desconfían de las posibilidades del hombre. Como el legendario rey Ceshher, siguen creyendo que este saber es demasiado peligroso, pues desviaría a los hombres del recto camino y los haría claudicar ante las copiosas manifestaciones de la pasión, rebelde frente a la inteligencia, insumisa ante los dioses. Si he osado contártelo, es por mi amor al hombre, al débil y cambiante hombre, que crea y destruye con un mismo tesón, que ensalza y odia con un solo corazón, que comprende e ignora al unísono. Espero que me juzgues benévolamente por ello. No he querido profanar el secreto de los dioses, sino conocer la verdad, movido por un amor inquebrantable a mi raza, elegida por la tierra y destinada al cielo. Basta con que unas pocas almas esclarecidas la comprendan y se esfuercen en propagarla.

EL DON DE LA PALABRA⁵

Lo que está escrito perdura; lo que se borra es olvidado para siempre en la tierra; lo que se silencia es como si no hubiera existido.

¿Cuántas lágrimas no se han evaporado? ¿Cuántos sueños no se han perdido en la oscuridad? Ni rastro queda de honores y dignidades. Lo que creíamos trascendente ahora está marchito.

¿Quién no querría tener su nombre escrito en el gran libro de la vida, como un sol perenne que nace sin morir y brilla sin apagarse?

Dichoso el ser humano, que ha inventado la escritura y ha rasgado el velo de lo que no perece. Perdurar en la palabra es existir en un mundo intemporal, es fluir con el tiempo mismo y vencer las fronteras entre siglos y milenios.

Tantas maravillas de la naturaleza, tanta gloria y tanta exuberancia de formas e impulsos, ¿no merecían permanecer? Pero desaparecieron. La materia es inclemente consigo misma. Si no las recordáramos, ¿qué serían? Polvo estelar, vida transmutada en inercia, en silencio, en elemento inanimado.

Sin embargo, la humanidad conoce el secreto de la permanencia. Los dioses no se lo han revelado; es ella la que lo ha conquistado con su esfuerzo.

Podemos escribir todos los nombres de la vida y perpetuarlos en el libro inmortal, en el libro del universo, en el libro que jamás se ausenta. Podemos hacer que exista lo que ya no existe, y lo que puede existir, pero aún no existe.

Inmenso y aterrador es el poder que atesora el hombre, el poder de la memoria, el poder vivificante. Su luz ilumina la noche oscura del cosmos, transida de vacío, olvido y silencio.

Pronuncia el nombre y devuelve la existencia a lo que ya no está; guarda en la memoria lo que ya no existe, como ofrenda depositada en el sagrado templo de la vida. Llena de eternidad este mundo finito y caduco. Crea una memoria tan vasta, tan pura, tan sublime, como para acoger todos los nombres de la vida y todos los nombres de la humanidad.

Que nunca muera lo que ha de subsistir. Que la totalidad del pasado descanse y reviva en esa memoria sin límites, en esa morada universal. Que todo lo que ha existido exista para siempre en un presente inagotable. Que todo sea escrito y recordado en el espacio infinito de la memoria. Que los nombres olvidados recobren la vida, y las alas de la solidaridad abracen todos los siglos y todos los presentes.

Ubi sunt qui ante nos fuerunt? En la palabra, es allí donde deben estar los que nos precedieron.

⁵ Texto escrito en octubre de 2022.

EL BUSCADOR⁶

*

En la ciudad inglesa de Lincoln vivía un viajero empedernido. Se llamaba Richard Wisser. Hacía mucho que las Islas Británicas se le habían quedado pequeñas. Había dado la vuelta al mundo tres veces y acumulaba varios certificados por haber visitado todos los países pertenecientes a Naciones Unidas. Aunque había estudiado historia en el *King's College* de Cambridge, había creado un negocio de plataformas digitales y había amasado una considerable fortuna, lo que le permitía cultivar sus aficiones sin preocuparse por el dinero.

Un día, cansado ya de desplazarse de un lugar a otro y de fotografiar lugares célebres para envidia de sus amigos, decidió que sus aventuras por el mundo no le habían proporcionado la sabiduría cuya luz él tanto anhelaba. Se propuso entonces recorrer de nuevo el planeta, pero no para admirar sus tesoros arquitectónicos y sus maravillas naturales, sino para conocer a sabios que iluminaran su alma.

Mas ¿por dónde comenzar tan ambiciosa peregrinación? Pensó que al igual que la luz viene de Oriente allí habría de encontrarse la sabiduría más profunda. Como gozaba de abundantes recursos económicos, no tardó mucho en comprar un billete de avión de Londres a Tokio. Viajar en primera clase dulcificó las casi doce horas de vuelo, por lo que al aterrizar en una de las urbes más pobladas del globo no sintió sueño o fatiga. Desde la capital del Japón moderno tomó el tren *Shinkansen* hasta la antigua capital imperial, Kioto, ciudad hermosa donde las haya, morada de paz y equilibrio. En el trayecto contempló la majestuosa figura del Monte Fuji, mistificada por sus nieves perpetuas, que él ya había divisado en sus anteriores visitas al país del sol naciente.

Una vez en Kioto se dirigió al Pabellón Dorado, el *Kinkaku-ji*, pues decían que en un templo adyacente residía el monje más sabio de Japón. Se trataba de un maestro zen que había alcanzado la iluminación a los cien años (cuando nació, aún reinaba el emperador Meiji), tras décadas sumido en una búsqueda fatigosa y en una ingrata oscuridad. No debía de medir más de un metro y medio. Vestía un elegante kimono verde y no dejaba de juntar las manos. Consumado asceta, cuentan que ayunaba los días impares y que una vez por semana dormía sobre un suelo de madera. Su nombre era Kawanata Sakumani.

—Venerable maestro, tú que has coronado la iluminación por la que todos suspiran, ¿puedes enseñarme el secreto de la existencia humana? ¿Puedes revelarme la verdad más profunda sobre el universo?

—La verdad es la nada, y el sentido de la vida consiste en contemplar el vacío puro, la nada absoluta, la eterna y divina indiferencia de todas las cosas, como nos enseñó el Sublime. Su doctrina venturosa ha sido transmitida por los ilustres maestros que

⁶ Texto escrito en marzo de 2021.

llegaron de China durante la dinastía Tang, para llenar de luz nuestra tierra, primogénita del sol.

—¿Puedes concretar algo más sobre esa íntima naturaleza de las cosas? ¿Me prometes que si me entrego a la meditación contemplativa e interiorizo el vacío que todo lo sostiene elevaré mi alma a la auténtica morada de la sabiduría?

—Sí, porque esa sabiduría desemboca en la nada, en el silencio y en el vacío. Nada es consistente por sí mismo, y todo es inconsistente a la luz de la nada.

—Entonces, si callo y, anonadado ante tan excelsa perspectiva, renuncio a cualquier viso de actividad y ceso incluso de pensar y de sentir, ¿saciaré mi sed de verdad, de una verdad pura e incondicionada?

—Mientras tengas sed de verdad seguirás alejado de la sabiduría más profunda. Deja de tener sed o hambre. Concentra todas tus energías en la contemplación libre y abnegada del vacío, hasta penetrar en su recinto sagrado, en su reino eterno e imperturbable.

—¿Cómo lo sabes? ¿Puedes demostrar lo que afirmas? Yo no soy un buda completamente iluminado, y no recuerdo haber experimentado doscientas reencarnaciones en la gran cadena de la existencia.

—No es necesario demostrar nada. Basta con mostrarlo. El espíritu percibe inmediatamente lo que es verdadero. Intuye lo que no puede razonar. Es la esencia de la iluminación, donde la luz descendente de lo universal se funde con la luz ascendente de la conciencia.

—No obstante, si ese vacío puro que confluye con la nada constituye la verdad última del universo, sostienes entonces que la nada crea apariencias, pues teje el hechizo de este mundo.

—La nada es lo único consistente; el universo es inconsistente, pero lo que no es no cede a la inconsistencia.

—Luego la nada no es vacío puro, dado que goza de eficacia causal. Tiene poder. Es algo en vez de nada. ¿Cómo lo hace? ¿Con arreglo a qué leyes actúa la nada?

—La verdad y la falsedad son ilusiones que el hombre fabrica. La verdad es que todo es nada, y que todo lo que captan tus sentidos es inconsistente.

—Por tanto, la verdad es ya algo, porque la afirmación “La verdad es que todo es nada” es una proposición; es ser más que no-ser, por cuanto se funda sobre una identidad lógica.

—Todo es verdad o todo es falsedad según cómo se mire.

—Pero si todo es verdad, entonces también es verdad que no todo es verdad, y si todo es falsedad, entonces la frase “Todo es falsedad” es verdadera.

—Quieres atrapar con el ingenio lógico lo que desafía el ansia de comprensión. La verdad se contempla, no se entiende. El silencio se venera, no se afirma. El vacío se intuye, no se prueba. En su seno se disipan todas las contradicciones.

—Conviertes la nada en el nuevo absoluto. Prefiero el ser a la nada, lo presente a lo ausente, lo lleno a lo vacío, lo luminoso a lo oscuro.

*

Richard no acabó muy convencido de que meditar atentamente sobre la vacuidad de todo y la primacía de la nada bastase para alcanzar la sabiduría y conquistar la claridad de pensamiento, así que optó por acudir a otras escuelas. Recordó que años atrás le habían hablado de un monje taoísta cuya sabiduría despertaba admiración unánime. Habitaba uno de los monasterios enclavados en los Montes Wudang, situados en el corazón de China y repletos de hombres versados en artes marciales. Se llamaba Wang Lihou. Así que, sin más dilación, regresó a Tokio y desde allí cogió un vuelo a Shanghái. Un tren no tan veloz como el japonés lo llevó hasta la provincia de Hubei. Allí se vio obligado a desplazarse en un autobús destartado, que penetraba con torpeza en las altas y escarpadas montañas.

Al cabo de varias horas de viaje, por fin llegó a un monasterio construido en tiempos de la dinastía Ming. El edificio era magnífico. Se respiraba un aire insondablemente puro. Los rojizos muros se fundían armoniosamente con los suntuosos colores del entorno. Preguntó al portero por Wang Lihou. El venerable sabio tardó casi veinte minutos en aparecer. La túnica negra contrastaba con la inolvidable blancura de sus cabellos.

—Dime, maestro, tú que concitas tantas alabanzas entre quienes buscan la verdad, ¿cuál es el sentido de la existencia humana y cuál es la auténtica naturaleza de las cosas?

—Yo no sé nada. Yo no hago nada. Yo no sigo nada. Es el Tao el que sabe, el que hace y el que sigue. Es la fuerza eterna y bondadosa del Tao la luz que orienta nuestro espíritu. Sigue el Tao y alcanzarás la verdad.

—Pero ¿dónde está el Tao? ¿Cómo sé que sigo el Tao y no lo que yo concibo como el Tao?

—El Tao es el camino universal. Quien aprende a vivir en armonía con ese camino alcanza la paz, la sabiduría y el sentido.

—¿No puedes especificar algo más sobre la esencia del Tao?

—El Tao es el principio y el fin de todas las cosas. No hay nada anterior o posterior al Tao. Él es lo que subsiste detrás de todas las formas, de todas las apariencias. Sólo él es; todo lo demás participa de su ser, y todas las corrientes del espacio y del tiempo confluyen en su sustancia imperecedera.

—¿Entonces somos también parte del Tao? ¿Es el Tao el que actúa ahora en nosotros?

—Como nos enseñó Lao-Tse, el Tao es la fuente absoluta de todo, la raíz unitaria previa a toda diversificación. Todo lo que existe se conmensura con el Tao, pues todas las cosas nacen de su armonía primordial.

*

Nuestro hombre salió igualmente decepcionado del encuentro con el monje taoísta. Se deleitó con la belleza del paisaje y con la exuberancia de la naturaleza, pero empezó a creer que la anhelada sabiduría no se hallaba tampoco en ese remoto lugar al que tantos peregrinaban.

¿Adónde dirigirse ahora? ¿Por qué no a la India, meca de intuiciones metafísicas, fuente de doctrinas ancestrales y de indescifrables sistemas filosóficos, allí donde los *Vedas* y los *Upanishads* han iluminado el alma durante milenios con el mensaje de una conciencia cósmica y de una sabiduría perenne?

Inspirado, regresó a Shanghái y desde allí voló a Nueva Delhi. En la capital de la república, urbe atestada y fascinante construida por los británicos durante el período colonial, cogió un autobús con destino a Benarés, la ciudad más mística del subcontinente indio. Las orillas del Ganges rebotaban de actividad. Muchedumbres frenéticas se agolpaban para bañarse en las sagradas aguas que brotan del Himalaya y desembocan en el Golfo de Bengala. Pese a su misticismo y su pintoresca viveza, las calles apestaban y el calor era sofocante. Nuestro viajero ya había visitado la ciudad más venerada de la India, pero la efusión de olores e imágenes, cuyo exotismo permanecía intacto, no podía dejar de causarle una impresión tanto o más honda que la primera vez.

En la entrada de un templo hindú erigido en tiempos de los Gupta oyó que un gran sabio, Surnami Purawasi, discípulo del gran brahmán Sarsenesami, príncipe de los filósofos del Rajastán, había diseminado exitosamente su sabiduría a lo largo y ancho de la llanura gangeática. Ahora disfrutaba de una merecida jubilación en Benarés, faro de su alma, puerto de su corazón. No tardó en encontrarlo. Vivía en una humilde casa repleta de estatuas de dioses.

—Maestro, ¿cuál es la verdad sobre el todo? ¿Cuál es la auténtica naturaleza de las cosas y el genuino horizonte de la vida?

—El eterno Brahma es necesario, es perfecto, es eterno. La verdad es lo eterno, la naturaleza de las cosas confluye en lo eterno y el horizonte de la vida apunta a lo eterno, a la unidad irreductible de la que todo surge y a la que todo regresa. Creación, conservación y destrucción forman parte de un mismo ciclo: el ciclo del ser y de la totalidad. Materia y espíritu son las dos manifestaciones de ese fundamento único, de esa fuente imperecedera de la que todo brota y en cuya profundidad todo se diluye. Esta maravillosa variedad de seres, esta sublime profusión de formas, no hace sino sellar el triunfo absoluto de la unidad y de la diversidad, enlazadas a la realidad primigenia e insondable.

—Pero dime entonces cuáles son las leyes específicas por las que ese todo, esa unidad indiferenciada que crea, conserva y destruye, origina la maravillosa diversidad de seres que pueblan el universo y embellecen la tierra.

—Eso no necesitas saberlo. Basta con entender que todo nace del Uno y que todo retorna al Uno. Que toda multiplicidad esconde unidad, y que todas las formas enmascaran una verdad más profunda, una verdad espiritual, una verdad cuya luz trasciende lo sensible. No te hace falta comprender los detalles del proceso. La verdad reside en el todo, no en las partes. La verdad es más que las partes, pues es el principio sobre el que se fundan las partes.

—Mas en este desierto de apariencias que ocultan el rostro genuino de ese vasto e inagotable todo al que adoráis, ¿no existe la posibilidad de crear algo nuevo?

—Todo está determinado por el Uno-Absoluto. Todo es perfecto. Todo es necesario. Todo está completo en su propia e inescrutable esencia, porque todo obedece a la ley eterna y divina, a la ley pura, a la ley suprema del ser.

—Imagino que no debo preocuparme por nada ni alterarme ante nada. Supongo que todo debe transmitirme la misma y sublime indiferencia ante lo que ocurre o no ocurre. ¿Qué importa entonces que actúe o que no actúe, que me esfuerce o que me resigne, si todo está determinado y nada puede añadir el hombre a la necesidad, a la necesidad irrevocable del mundo y de la historia?

—Lo que hay y lo que no hay, el ser y el no-ser, sólo son nombres de la verdad más honda, que es la unidad, cuya grandeza todo lo absorbe. Su inmensidad es el abismo en el que sucumben todas las apariencias.

*

Frustrado nuevamente por las respuestas obtenidas, ¿adónde acudir ahora? Pocos años antes, en una conferencia impartida en el Museo Británico, el eminente profesor de iranología en Oxford Sir Edward Phyllington había disertado sobre poesía persa contemporánea. Richard evocó la belleza de algunas de las composiciones declamadas por el catedrático oxoniense. En particular, los versos de unos místicos sufíes que recogían las mejores tradiciones líricas de época safávida habían llamado poderosamente su atención. ¿Por qué no buscar en Irán, en la antigua Persia, en ese crisol de civilizaciones y en esa fuente de infinitas sugerencias estéticas, la verdadera iluminación? ¿No era allí donde zoroastrianos, cristianos y musulmanes de diversas sectas habían lanzado el fuego abrasador de sus profecías?

Desde Nueva Delhi voló a Teherán. Allí cogió un tren, lento pero pintoresco y hermoso, que lo llevó hasta Isfahán. La antigua capital de Persia, engrandecida por los emperadores safávidas, no había perdido un ápice de su embrujo. La maravillosa eclosión de colores, dominada por el azul del lapislázuli y el verde de la turquesa, la altura de las cúpulas que coronaban sus mezquitas, flanqueadas por esbeltos minaretes, la perfección geométrica de todos los detalles, la suntuosidad de sus estanques y jardines... Deslumbrado por tanta belleza, tan pura y cautivadora como la primera vez que la

contempló, entendió que allí todo invitaba al misticismo y a la licencia poética. Sintió ganas de sobrevolar ese milagro del arte en una alfombra mágica.

Preguntó por el nombre del sufí más sabio de Isfahán. Casi todos le aconsejaron hablar con un hombre llamado Mezdé Fathí, líder de una de las principales cofradías sufíes.

Residía en un edificio anexo a una mezquita. Al cruzar el umbral de la puerta observó a unos derviches giróvagos que no dejaban de dar vueltas en torno a sí mismos, mientras unas voces entonaban bellos y subyugantes cánticos en pahlavi. Se quedó absorto y embebido ante semejante espectáculo, tan vertiginoso como inolvidable. Parecía un baile de luciérnagas, un juego de luz pura, una reminiscencia de todos los paraísos y de todos los cielos. Casi mareado por verlos moverse de esa forma, con esa gracilidad y esa armonía, con esa cadencia y esa ceremoniosidad, Richard no tuvo más remedio que sentarse para recuperar el sentido. Al cabo de unos minutos se presentó en la sala un hombre vestido con una larga e impoluta túnica blanca y un sombrero negro tan alto como estrecho. Su barba era prominente y estilizada. Hermosos destellos resplandecían en su rostro. Su mirada era penetrante y serena al unísono. Todo en él transmitía misticismo, por lo que colmaba las expectativas de nuestro viajero, sediento de lo arcano.

—Yo te saludo, maestro Fathí, ilustre sabio y poeta, tú que has contemplado místicamente a Alá y has alcanzado la unión del alma con lo que es límpido y divino. Dime, ¿cuál es el sentido de la vida? ¿Cuál es el secreto de la felicidad? ¿Cuál es nuestro origen y a qué destino nos encaminamos?

—Todo gira en torno a Alá. Cada átomo del universo es una porción de la eternidad que no deja de dar gloria al Altísimo, al Compasivo y Misericordioso. Perfuma tu alma con el aroma del amor divino y alcanzarás la sabiduría más profunda. No temas ni aspire: busca a Dios en todo lo creado.

—Pero ¿cómo podré saber que he encontrado a Dios, si sólo percibo sensaciones mundanas, si sólo veo objetos físicos y si los más altos ideales del espíritu se desvanecen en cuanto tocan el duro suelo de la realidad?

—No te afanes en construir nada o en cambiar nada. La verdadera sabiduría conduce al silencio y a la contemplación, y desde allí al trance, como esos derviches giróvagos que acabas de ver con tus propios ojos. ¿Acaso temen el cansancio, el mareo, el desfallecimiento? No. Inspirados por la eterna música de Dios, danzan sin miedo. Renuncian a toda posesión material y a cualquier forma de placer que los aleje de lo permanente, del cielo imperecedero al que ha de dirigirse el corazón humano. Aman, y por ello comprenden. Ama y comprenderás.

—Frágil es todo amor humano, cegado por las impresiones y los deseos. Y si quiero comprender, la única fuente de verdades sólidas es la ciencia.

—La ciencia verdadera consiste en el conocimiento de Dios, pero para conocer al Eterno y Misericordioso es necesario renunciar a un saber demasiado humano. Sólo así podemos familiarizarnos con la contemplación mística y con la visión pura.

—Enséñame algo más sobre la naturaleza de ese amor.

—Ese amor hunde sus raíces en una renuncia santa, que nos da alas para elevarnos a nuestro verdadero hogar, cuyo carácter no es terreno, sino celeste y divino.

—¿Entonces debemos renunciar a las aspiraciones mundanas, a mejorar lo que nos rodea, a crear, a conocer, a ampliar los límites del espíritu?

—En el fondo, todo lo que mencionas es vano. Sumérgete en tu propio abismo, en tu propia contemplación, en tu propio dolor. Ama a los demás, sé generoso, da limosna, no temas servir...

—Para hacer todo eso no necesito creer en un ser supremo.

—Sólo quien es consciente de que Alá lo orienta todo y de que todo orbita en torno al sol de su espíritu infinito puede en verdad anegarse del bien y del amor.

—¿Por qué no me habla Alá directamente?

—Porque no escuchas su voz. Tus oídos espirituales están cerrados al mensaje eterno.

—Hago todo lo posible para tenerlos abiertos. Además, ¿cómo has alcanzado tan alta sabiduría? ¿Cómo puedes estar seguro de que tu enseñanza es correcta, y no la expresión de un deseo?

—Alá me habla en la soledad y en el silencio. Su voz eterna se comunica con mi corazón, y le enseña a amar. Yo, pobre criatura finita, no podría intuir el infinito si el Infinito mismo no sembrara en mi alma su semilla.

Richard apreciaba la belleza y la hondura de sus palabras, pero seguía sin estar convencido de que respondieran a sus auténticas inquietudes. Todo era hermoso, es cierto, pero no dejaba de reducirse a simple y cautivadora poesía. Aún debía buscar. En Isfahán había encontrado belleza y fascinación, pero no una verdad demostrable como la que él codiciaba.

*

Un alma ávida de sabiduría no podía olvidarse de Jerusalén. Al fin y al cabo, las tres grandes religiones monoteístas, que parecían recapitular el más sublime de los conceptos filosóficos, el de un único ser supremo, absoluto e incondicionado, desvelo de paganos como Platón, Aristóteles y Plotino, hundían sus raíces en la fe de Abraham, y la fe de Abraham había nutrido la fe de Isaac, e Isaac la de Jacob, y Jacob la de las doce tribus que conforman el pueblo hebreo, y el pueblo hebreo había convertido Jerusalén en la capital del ilustre reino davídico, y del tronco de Jesé, padre de David, había brotado la rama del Dios hecho hombre. En su odisea de Este a Oeste, cuando su fe en la verdad languidecía y el sol se ponía sobre su entusiasmo, Richard Wisser recaló en la ciudad tres veces santa, embeleso del espíritu y regalo para los sentidos.

¡Oh, Jerusalén! ¿Qué nuevo profeta cantará las alabanzas del Señor desde tus colinas? ¿Vestirá piel de camello y se alimentará de miel silvestre? ¿Proclamará una vez más que ese reino que no llega está cerca? ¿Nos liberará de la cautividad de este mundo de apariencias? ¿Qué nueva voz inspirada por lo alto abandonará el implacable desierto de Judea y subirá a tu tabernáculo para desde allí anunciar la gloria del que no tiene nombre? ¿Rayará desde ti la nueva aurora que todos esperan?

En una gruta junto al Muro de las Lamentaciones, el único vestigio del otrora imponente templo que el execrado rey Herodes había ampliado y embellecido, conoció a un rabino asquenazí llamado Jehudá Guimelovitch. El celo de su casa lo devoraba. Incalculables rollos de la Torá lo flanqueaban. Contenían la divina sabiduría, encapsulada en las sagradas y perfectas letras de una revelación que el arbitrio del creador del universo, omnipotente y libre, había otorgado al pueblo elegido, seleccionado de entre las abundantes naciones de la tierra para cumplir su designio. Otros rabinos rezaban, inclinando esporádicamente la cabeza y profiriendo oraciones en lengua hebrea.

—Ilustre rabino, busco la sabiduría.

—La eterna sabiduría de Dios ha sido puesta por escrito en la Torá. Todo lo demás es secundario.

—Pero ¿todo se halla en la Torá? ¿No hay ninguna verdad igualmente importante que no se encuentre en esos libros?

—Ninguna. Ni siquiera la Mishná y el Talmud añaden nada. Tan sólo comentan, desarrollan, hacen explícito lo implícito, pero no añaden ni a una coma a la Ley de Dios, que es eterna como eterno es su ser, que es pura como puro es su ser, que es omnisciente como omnisciente es la mente de Dios.

—¿Y en verdad crees que toda enseñanza valiosa para la salvación del hombre ha quedado reflejada en un conjunto de libros escritos hace más de dos mil años?

—Yo no creo: obedezco. Me limito a poner en práctica el mandato de Dios, establecido antes de la creación.

—Sin embargo, ¿cómo sabes que ése es el auténtico mandato de Dios? ¿Y si fuera un invento? ¿Y si Dios hubiera brindado otros mandatos a otros pueblos? ¿Y si ese mandato no fuera universal?

—Poco me importa. La fe sacia mi existencia y calma el hambre de mi espíritu. El que cree y pone en práctica lo que cree alcanza la salvación.

—Debes perdonar mi insistencia, pero ¿cómo puedes estar seguro de que esa salvación prometida a Israel brota de los labios de Dios y no de la imaginación de patriarcas, profetas y sacerdotes?

—Porque creo, y mi fe justifica toda razón ulterior. La Ley divina es eterna, es sabia y misericordiosa. Los profetas nos ayudan a interpretar el significado más profundo de la Ley para guiar nuestro peregrinaje por la historia. Los sabios y los poetas de Israel

nos enseñan a interiorizar la grandeza y la hermosura de esa Ley, para enriquecimiento del alma.

—Muchos libros y muchas leyes han atribuido los hombres a Dios. La verdadera ley universal, ¿no nace de la razón, que es universal?

Continuaron horas inmersos en el diálogo, sin avances significativos. La fuente de las religiones monoteístas, la promesa de Abraham, la descendencia mayor que las estrellas del cielo, tampoco satisfacía sus inquietudes.

Callejeó gozosamente por ese bello laberinto que es Jerusalén. Recorrió los barrios judío, armenio, árabe y cristiano. Surcó la Vía Dolorosa y entró en el Santo Sepulcro, no sin antes visitar una encantadora iglesia copta en la que celebraban la liturgia y una curiosa iglesia etíope primorosamente decorada.

Richard no pudo evitar volver a la Explanada de las Mezquitas y contemplar, extasiado, la resplandeciente Cúpula de la Roca, maravilla de Jerusalén. Bajo un cielo tan puro, el oro centelleaba, como si desprendiera finas evocaciones místicas. Todo infundía paz en el espíritu. Todo brillaba henchido de simetría, equilibrio y perfección. Síntesis de las culturas bizantina, árabe y persa, elevaba el alma y el corazón a un destino sublime.

*

Ni siquiera en Jerusalén, ciudad santa para judíos, cristianos y musulmanes, había encontrado la respuesta que él buscaba. Por muchos profetas que en ella hubieran predicado, por muchos apóstoles que desde ella hubieran difundido la Buena Nueva del Salvador y por muchos carros que desde ella hubieran ascendido al cielo, sentía la misma ignorancia, la misma impotencia, la misma incertidumbre ante la vida.

Había conversado con sabios budistas, taoístas, hindúes, chiíes y judíos. Al menos debía conceder una oportunidad a algún que otro sabio cristiano, por si ayudaba a rescatarlo de la oscuridad y liberaba su alma de tantas turbaciones. Pero ¿dónde encontrarlo? Jerusalén era demasiado intensa. Había demasiado bullicio. Muchas voces se oían en las calles y plazas jerosolimitanas. Richard necesitaba calma y sosiego. Recordó que en su visita al Santo Sepulcro había visto la figura hierática e impenetrable de un monje ortodoxo. Quizá en alguno de estos popes pudiera hallar la sabiduría que él ansiaba.

En un libro de historia de Grecia había leído sobre un enclave extraño, recóndito y seductor: Monte Athos. República constituida por veinte monasterios ortodoxos, congelada existencialmente en la Edad Media, tanto griegos como rusos, rumanos, serbios, georgianos y demás integrantes de la Ortodoxia habían contribuido a hacer de este lugar situado al nordeste de Grecia un paraíso de recogimiento, aislado del mundanal ruido por la fuerza de la geografía y por los requisitos del alma ascética.

No tardó mucho en decidirse. Desde Jerusalén cogió un tren hasta Tel Aviv. Desde Tel Aviv se dirigió a Atenas, y en el aeropuerto de Atenas tomó un vuelo interno a Tesalónica. Allí contrató los servicios de un guía para que lo acompañara hasta la

difícilmente accesible península de Monte Athos, escarpada y solitaria, inmensa y enigmática, poblada por monjes y anacoretas.

Sintió un gozo profundo al llegar a uno de los lugares más singulares del planeta. Sometido aún a la jurisdicción del patriarca ecuménico de Constantinopla, era como si nada hubiese ocurrido desde 1453 y el gran Imperio romano de Oriente siguiera intacto, cual celoso guardián de las esencias cristianas, ortodoxas y apostólicas. La belleza circundante lo embriagó. Estaba presidida por la imagen imponente de la montaña de Athos, que irradiaba santidad y misterio y adonde los monjes, devotos del Pseudo-Dionisio Areopagita, ascendían para respirar el divino silencio que reina en su mística cumbre. Desde una colina pudo contemplar la silueta del Monasterio de la Gran Laura. Fundado en el siglo X por San Atanasio de Athos, había sido mimado por los emperadores bizantinos y tolerado por los sultanes otomanos.

El guía le habló de un monje llamado Anastasios Sofiotimailis. Había pasado treinta años sin salir del noble recinto de Monte Athos, donde no pueden entrar ni mujeres ni animales hembra. Rodeado de sabios y virtuosos varones, había consagrado su existencia a la oración, la reflexión y la creación de iconos, que él consideraba el más hermoso de los sacramentos, pues elevaba el alma y la sensibilidad a Dios.

Figura espigada, de porte esbelto y mirada perforadora, vestía una larga túnica negra que contrastaba con la blancura de su barba, descuidada y profusa. La cruz pectoral de plata desprendía finos y relajantes destellos. En su semblante se adivinaban las penurias materiales que había debido de soportar como residente en el monasterio, donde todo atisbo de comodidad podía estimarse pecaminoso.

—Venerable maestro, tú que llevas tantos años al servicio de la meditación y de la oración, tú que has decidido libremente alejarte del mundo y de todo lo que ofusca la vida del alma, ¿sabes cuál es el sentido de la vida?

—El sentido de la existencia tiene un nombre: Jesucristo. Él es el centro de la historia, el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, el antes y el después, la clave que descifra el significado de la historia, que es la historia de la salvación de Dios al hombre. Y la Iglesia fundada por Cristo custodia este mensaje eterno, para bienaventuranza de todos los pueblos de la tierra. Es la heredera de Cristo y de la tradición apostólica. Los sínodos ecuménicos, desde Nicea hasta el tercero de Constantinopla, han definido a la perfección la naturaleza de esta doctrina. Ni una sola coma puede añadirse sin que resulte contaminada por los errores humanos.

—Pero si Jesucristo es el centro de la historia y nada más sublime puede acaecer después de su venida, de su muerte y de su resurrección, ¿por qué continúa transcurriendo el tiempo? ¿Por qué no ha detenido Dios el avance imparable de los siglos, si ya hemos alcanzado la consumación?

—Los designios del Señor sólo Él los conoce. Sus intenciones son inescrutables.

—Luego si son inescrutables, no merece la pena que nos afanemos en entender el sentido de la historia. Ni siquiera tenemos derecho a decir que Cristo encarna el significado de la historia, porque si todo es inescrutable, nadie comprende por qué Dios se ha hecho hombre.

—La verdad de Dios no se conoce: se ama. Dios no se entiende: se contempla. La revelación no se demuestra: se venera. Sólo el intelecto capaz de humillarse ante la grandeza y la bondad de Dios puede captar atisbos de su infinita sabiduría.

—Creo que conozco bastante bien ese mensaje. Lo he escuchado demasiadas veces. Yo necesito algo nuevo.

*

Aunque Richard había sido educado en el anglicanismo, en su juventud, antes de perder la fe cristiana, se había aproximado a la denominada *High Church*, la facción filocatólica de la Iglesia de Inglaterra. Recordaba con nostalgia el esplendor de las ceremonias litúrgicas anglocatólicas, donde el culto a Dios parecía absorbido por el culto a la belleza y donde una sensibilidad elevada por el arte tomaba las riendas del espíritu. Quizá en el catolicismo encontrara esa claridad susceptible de disipar por fin sus dudas. La Iglesia Católica, que había sobrevivido al paso de los milenios y que había legado al mundo maravillas artísticas insuperables, era también el hogar de grandes teólogos y pensadores como San Agustín, Santo Tomás de Aquino y Pascal. Merecía la pena regresar momentáneamente a ese redil para comprobar si los doctores de la Santa Madre Iglesia aún conservaban algo de su antigua lucidez filosófica.

Era en Roma, centro del catolicismo, sede del sucesor de Pedro, camino en el que concluyen todos los caminos, donde nuestro hombre tenía que buscar. Contactó con el fraile dominico Girolamo Rosertini, profesor de metafísica en el *Angelicum*, la pontificia universidad que la Orden de Predicadores tiene en la capital italiana. Gozaba de gran fama entre los teólogos católicos. Perteneecía, de hecho, a la Comisión Teológica Internacional y había asesorado a diversas congregaciones vaticanas. Su especialidad era la *Summa Theologica*, aunque también había dedicado tiempo al estudio de la neoescolástica española y de la metafísica del primer barroco italiano. Alabado por la fuerza y el vuelo de su oratoria, que desplegaba sin rubor en la basílica de *Santa Maria sopra Minerva*, sus encendidos sermones conquistaban almas y atraían corazones a la fe. Había sido también predicador de la casa pontificia, por lo que era una persona cercana al mismísimo obispo de Roma.

—Tú que conoces tan bien la doctrina católica, hasta el punto de que los papas confían en tu erudición y en tu juicio para redactar sus encíclicas, ¿puedes iluminarme? Busco el sentido de la vida, la verdad última de todo, el principio y el fin.

—Santo Tomás de Aquino ya respondió a esa pregunta con admirable profundidad filosófica: todo existe para dar gloria a Dios. La creación es un regalo libre del acto puro, del primer motor inmóvil, de la causa de las causas, que es infinito amor, y como tal no podemos sino darle gracias por su generosidad, sin la cual no existiríamos.

—Pero si Dios ha creado el universo movido por un designio amoroso, ¿se ha retirado ya de su obra, o sigue velando por el bien del universo?

—Todo lo que existe recibe el ser de Dios y se sostiene en el ser porque Dios lo quiere. La creación no fue un acto puntual, sino que Dios continúa creando el mundo.

—¿Cómo lo hace? ¿Cómo acontece exactamente la obra de Dios en este momento?

—Por su potencia activa. Es el fundamento de todo, el ser que lo es por sí mismo, el único en el que esencia y existencia se identifican plenamente. Es el que hace que las cosas sean.

—Pero no respondes a mi pregunta: ¿cómo interviene? ¿Cuál es el mecanismo?

—Todo lo que existe se funda sobre el ser divino. No hay necesidad de mecanismo.

—¿Sugieres entonces que todo lo que ocurre en el universo, la extraordinaria explosión de formas, la evolución de las especies, la creación y la extinción, tienen a Dios como causa?

—Como causa primera, pero no como causa segunda. La causalidad divina opera en un orden distinto al de las causas físicas. Es una causa metafísica, y por tanto previa.

—¿Previa temporalmente?

—No, previa lógicamente.

—Imagino que conocerás cómo se pasa de lo metafísico a lo físico, o al menos podrás demostrar que existe semejante tránsito.

—No necesito demostrarlo. Salta a la vista para cualquier razón atenta. Es parte de la filosofía perenne.

—No es esa filosofía la que me han enseñado otros sabios en Oriente, en Japón, en China y en la India.

—Sus filosofías son imperfectas, destellos incompletos de la verdad. La doctrina católica es la que más se acerca a la verdad divina.

—En cualquier caso, si como dices todo ha sido creado para salvación del hombre, ¿por qué ha tardado tanto el ser divino en llevar el mundo a su culminación?

—Sean seis días o miles de millones de años, ¿qué más da? Para Dios no hay tiempo. Es eterno e inmutable. El tiempo es atributo de seres finitos. Es la imagen móvil de la eternidad, como nos enseñó Platón.

—¿Acaso da igual? Tantas especies creadas para extinguirse, tanto sufrimiento, tanto llanto, tanta desolación...

—Y también tanta belleza, tanto y tan sublime espectáculo, tanto movimiento. Todo canta la grandeza de Dios, que de lo poco saca mucho y que, como escribió San Agustín, tolera el mal para de él extraer mayores bienes.

—Seguro que la divina sabiduría podría haber encontrado maneras más eficientes de crear el mundo y de infundir el alma en el ser humano, sin esperar a que transcurriesen millones de años de evolución ciega y azarosa.

—Detrás de todo brilla la voluntad de Dios, su eterno poder, su suprema sabiduría. Todo en Él es uno.

—¿Y no podía Dios salvarnos sin sacrificar a un inocente?

—La voluntad de Dios es inescrutable, como lo son sus designios. Conocemos lo que conocemos, pero conocemos más si amamos a la fuente del ser, que es Dios.

—Sí, tan inescrutables como nuestra ignorancia, tan osados como nuestro lenguaje, tan oscuros como nosotros mismos.

La belleza de Roma suplía la falta de respuestas que el viajero había cosechado en su conversación con el ilustre teólogo dominico. El desconuelo intelectual parecía mitigado por los tesoros inmortales de la ciudad eterna. En este caso era cierto que la belleza salvaba el alma y quizá el mundo. Al menos la sensibilidad proporcionaba lo que la razón era incapaz de ofrecer.

*

Cansado de tantas doctrinas filosóficas y teológicas, Richard Wisser empezó a sospechar que jamás encontraría la auténtica sabiduría en lugares exóticos, en sentencias místicas o en abstrusas disquisiciones teológicas, pues todo lo que decían era, en el mejor de los casos, o incontrastable o sencillamente tautológico, y en el peor, penosa y patéticamente falso. La hermosura de algunas de sus enseñanzas no justificaba su carácter inverificable. Respondían más al deseo que a la evidencia, más a la sensibilidad que a la razón, más a la analogía que a la lógica. Si quería conocer la verdad, tenía que preguntar a la ciencia. ¿Y qué lugar más propicio para ello que el fabuloso acelerador de partículas oculto bajo la frontera entre Suiza y Francia y gestionado por el CERN, la Organización Europea para la Investigación Nuclear? ¿No era allí donde las mentes más brillantes intentaban desentrañar los secretos más profundos del universo? Ginebra bien merecía una visita.

Un amigo de sus años cantabrigenses le recomendó visitar al doctor Klaus Himmelshof. Se trataba de un prestigioso científico alemán que había estudiado física teórica en Berlín y que se había especializado en física de altas energías en Múnich. Tras pasar unos años como profesor en Heidelberg y como investigador asociado del *Max Planck Institut*, se había incorporado al CERN para participar en un proyecto sobre la detección de partículas supersimétricas. Richard concertó una reunión con él, quien también le mostró amablemente las espectaculares instalaciones de esta meca del conocimiento científico.

—Profesor, vengo al CERN tras una hermosa y aleccionadora travesía por el desierto. He buscado respuestas y nadie me las ha ofrecido, pero al menos he podido contemplar la belleza del mundo y la exuberancia de la imaginación humana. Sin embargo, ahora quiero certezas, no suposiciones; evidencias demostradas, no bellas elucubraciones e

inspiradoras fantasías. ¿Sabe la ciencia contestar a mi pregunta? ¿Entiende ya la naturaleza más profunda del todo, el sentido último y universal?

—No soy filósofo, sino científico.

—Habla entonces como científico. Escucho ansiosamente.

—Hasta donde alcanza la ciencia, sabemos que el universo consta de cuatro fuerzas fundamentales y que todos los fenómenos observables responden a unas leyes susceptibles de expresarse en el lenguaje de las matemáticas. No me preguntes por el sentido de la vida. Yo sólo puedo revelarte la necesidad previa que ha llevado a tu vida, y a la mía, y a toda conjunción aparentemente azarosa, pero siempre fruto de unas fuerzas naturales regidas por sólidos principios de simetría y conservación. Puedo enseñarte a comprender la esencia matemática de esas fuerzas y a contemplar el cosmos como un vasto lienzo armado de lógica y geometría, pero no puedo decirte nada sobre el significado de todo este proceso que nos asombra y desconcierta al unísono. Lo contrario sería engañarte e inducirte a error. Todo lo que ven tus ojos, todo lo que piensa tu mente, todo lo que imaginas en tus sueños; todo lo que acontece en el seno del universo físico, todo lo que fluye por nuestros estados mentales y todo lo que nace y muere en la tierra, es obra de las leyes de la naturaleza, cuyo poder es irresistible. Somos hijos de lo inexorable. Somos el producto de la necesidad natural, puesta de manifiesto en la armonía matemática de sus leyes. Somos lo que somos porque el universo es como es, en virtud del sistema de sus leyes irrevocables. Cuanto más sepamos sobre la naturaleza y el alcance de estas leyes, más comprenderemos sobre nuestro propio ser, hasta quizá resolver algún día el misterio de la subjetividad.

—¿Y cuál es el origen de esas leyes? ¿De dónde viene todo? ¿Por qué hay cuatro interacciones básicas y no cuarenta?

—La ciencia se basa en evidencias, no en conjeturas. No puedo responderte. No lo sé. Por eso investigo: para esclarecer lo que ahora permanece en oscuridad, para desentrañar los enigmas que ahora nos intrigan, para hacer avanzar el pensamiento científico hasta descifrar el origen de todo, incluso llegar a entender si este universo es el único físicamente consistente o si pueden existir infinitos universos alternativos, cada uno con sus propias leyes y sus propias constantes.

El viajero, que había buscado la sabiduría con celo y devoción, salió algo más iluminado tras conversar con el científico del CERN. Percibió una saludable honestidad intelectual en su interlocutor, quien no había pretendido ofrecerle las respuestas que ni él mismo tenía, sino compartir su sabiduría, su ignorancia y su entusiasmo.

BEREDPU-PTAH Y EL OASIS DESCONOCIDO⁷

Según cuenta Heródoto, el rey persa Cambises II, hijo de Ciro el Grande y flamante conquistador de Egipto, perdió un ejército de casi cincuenta mil hombres que se dirigía al oasis de Dajla, al oeste de Luxor. Sin embargo, ¿cómo podía el desierto haberse tragado a un grupo tan numeroso? La desaparición de tantos hombres en el siglo VI a.C., ¿habría sido causada por una tormenta de arena, capaz de engullir a una fuerza expedicionaria de esa magnitud? ¿O más bien una emboscada de rebeldes, refugiados al occidente de Tebas, habría sido la responsable de acabar con la vida de los soldados del gran rey?

Desde su cómoda posición de catedrático de egiptología en Cambridge, Henry Dellenway se había especializado en el estudio de los períodos persa y ptolemaico, que abarcan casi cinco siglos de historia egipcia. Su despacho era amplio y luminoso. La atmósfera era medieval, pero con toques inconfundibles de modernidad. La ventana daba al patio central de uno de los hermosos *colleges* cantabrigenses, cuyos céspedes exhibían un verde immaculado, profundamente inspirador para el trabajo intelectual. Llevaba una vida prácticamente eremítica, consagrada al estudio de las civilizaciones antiguas y a la traducción de textos jeroglíficos, hieráticos, demóticos y coptos. Solía pasear junto al río Cam antes de cenar en el fastuoso comedor de *King's College*, donde participaba en animadas conversaciones sobre temas científicos y culturales. Con puntualidad británica, cada semana acudía a la reunión de los *senior fellows* y comentaba con sus colegas los avances en su investigación.

En esa época, el Imperio británico se encontraba en su apogeo. Egipto constituía uno de sus protectorados, sin duda un paraíso para los arqueólogos de Oxford y Cambridge que seguían la ilustre estela de Sir Flinders Petrie y anhelaban arrancar nuevos secretos a la tierra del Nilo.

Henry era consciente de que la mayor parte de los investigadores dudaba de la verosimilitud del relato de Heródoto. Pensaban que el historiador de Halicarnaso había sucumbido con demasiada frecuencia al embrujo de los sacerdotes egipcios, hábiles narradores que mezclaban datos reales con meras especulaciones o antiguas leyendas. El griego habría pecado de suma ingenuidad al prestar sus oídos a una narración tan chocante, tan extraña, pues resultaba difícil explicar que un ejército de semejante tamaño se hubiese esfumado abruptamente, aun después de haberse internado en un desierto vasto y peligroso.

Sin embargo, él estaba convencido de que la crónica de Heródoto era sustancialmente verdadera, sólo que los persas no habrían buscado Dajla, sino un oasis aún mayor. Pero con la excepción de Dajla, en los mapas oficiales no figuraba ningún oasis al sur de Siwa. No obstante, Henry creía en la existencia de indicios sólidos para sostener que más allá del legendario oasis de Siwa se emplazaba otro oasis aún más grande y fértil, llamado Sirpé. Había llegado a esta hipótesis tras estudiar minuciosamente unas problemáticas inscripciones de origen libio que él había identificado en la lámina de un libro de la biblioteca de Cambridge, titulado *Lybian trade routes from the Ramesside*

⁷ Texto escrito en diciembre de 2021.

period. Estaba seguro de que los libios, temerosos de los faraones, sus enemigos naturales, se habían cuidado mucho de mantenerlo velado en las fuentes escritas para no despertar la ambición expansionista de los egipcios. En las tradiciones orales de este pueblo tenía que ser posible, empero, discernir alusiones incontestables a un espacio tan singular.

Parecía claro que su departamento no financiaría una expedición tan alocada. Por ello, Henry decidió que pagaría de su propio bolsillo los costes del viaje, perfectamente asumibles para un profesor de Cambridge con una carrera tan insigne a sus espaldas. Solventó con relativa rapidez los preparativos y compró un billete para el primer barco con destino a Egipto.

La travesía desde Plymouth hasta Alejandría transcurrió de manera apacible. Aprovechó para leer y releer las *Historias* de Heródoto y otras referencias a la dominación persa en el país del Nilo. Al llegar a la ciudad fundada por Alejandro Magno, Henry sintió un gozo incontenible. Aunque ya la había visitado en su primer viaje a Egipto, no podía desprenderse de una fascinación profunda por ese lugar. Para un apasionado de la Antigüedad, Alejandría transparentaba lo mejor de un mundo desvanecido. Crisol de Egipto y del helenismo, emblema de una edad dorada, puente entre Oriente y Occidente, receptáculo de tradiciones ancestrales, baluarte del espíritu donde se cultivaron todos los saberes y donde se ensancharon los horizontes intelectuales de la humanidad, Henry no podía dejar de contemplar con admiración todo lo que esta célebre ciudad evocaba. Ahora no era más que un conjunto melancólico de ruinas, rodeadas de edificios decadentes y abigarrados. Casi no quedaban huellas de su pasado esplendor. No obstante, la belleza del Mediterráneo, la silueta de la isla de Faros, los restos de las construcciones helenísticas y la sombra omnipresente de su Biblioteca, monumento universal al deseo humano de conocimiento, lo impregnaban todo con un aire místico, no exento de nostalgia.

Desde Alejandría tomó un tren hasta El Cairo. Tuvo tiempo para ver una vez más las gloriosas mezquitas erigidas por los califas fatimíes, pues amaba el arte islámico casi tanto como el arte de los antiguos egipcios. En la capital del Egipto moderno embarcó en un vapor que lo llevó a Luxor, tras una molesta travesía nocturna por el Nilo. Llegó agotado. Para reponer fuerzas, optó por quedarse unos días en una residencia frecuentada por investigadores británicos. Aprovechó para visitar el gran templo de Karnak, una de las maravillas de Egipto, cuyas imponentes columnas volvieron a sobrecoger su espíritu como el primer día que las contempló, desbordado por tanta magnificencia. Cuando se sintió plenamente recuperado y capaz de emprender tan arduo viaje hacia el Oeste, hacia la vastedad innominada del desierto egipcio, alquiló un camello a un vendedor ambulante que se había apostado en las inmediaciones de los colosos de Memnón. Se detuvo un instante para admirar uno de los paisajes más bellos del mundo. Todo rebosaba de encanto. En esas piedras venerables, donde un pasado ilustre yacía congelado en la eternidad, ¿no dormían los sueños de un cosmos perdido? ¿Lograrían despertar a una vida nueva?

La luz a esa hora de la mañana era clara y brillante, lo que ensalzaba la hermosura del entorno. Los alrededores parecían un remanso de paz frente al bullicio de Luxor. Aunque las autoridades británicas le habían aconsejado contratar escolta, Henry prefirió viajar solo. Aleccionado por ciertas historias que había escuchado en Inglaterra, desconfiaba de esos supuestos protectores que en más de una ocasión habían acabado robando y asesinando a sus clientes en enclaves remotos.

Desde la orilla occidental de Tebas, Henry partió hacia lo desconocido. Expuesto a esa uniformidad, a esa monotonía inconmensurable, a la devastación de ese enmudecido

abismo, pronto lo invadió un sentimiento de impotencia y abandono. Estaba solo ante una inmensidad de dunas que no parecían tener fin. Nuestro hombre vaciló, acosado por inquietudes intempestivas. Se sumió en una cascada de dudas. ¿Merecía la pena continuar a través de esos parajes inhóspitos, desolados, sin atisbos de vida, abrasados por un sol tan sublime como implacable? ¿Y si estuviera arriesgando su vida para perseguir una leyenda, una quimera, un relato cuya extravagancia quizá hundiera sus raíces en la misma exuberancia mitológica que oscurece tantas otras fabulaciones de los pueblos antiguos, secuestrados por la ignorancia y la mentalidad precientífica?

Por resistente que fuera su camello y por muchas provisiones que llevara consigo, o encontraba pronto un oasis o empezaría a sufrir sed y hambre. El poderoso desierto no perdona, como no había perdonado al ejército del rey de reyes y soberano de incontables naciones. Habían transcurrido seis días desde su salida de Luxor, y la extensión hacia el Oeste se le antojaba infinita. El calor de los días y el frío de las noches pesaban ya demasiado en su cuerpo y en su mente. El silencio era desesperante. Sólo se oía la voz del viento, que aullaba esporádicamente, como si amenazara con desatar una tormenta de arena. Asfixiado y empapado de sudor a unas horas, congelado a otras por las gélidas temperaturas, sólo al alba y al ocaso podía disponer plenamente de sus fuerzas. Sin embargo, había llegado a un punto de no retorno: o tomaba la decisión de regresar al valle del Nilo o, de proseguir en su imprudente aventura, no tardaría mucho en quedarse sin agua y sin comida. Peor aún: ya no tendría tiempo de volver a Luxor antes de morir.

Al poco de ocultarse el sol, cuando las dunas se habían fundido en el océano de la noche, cuando el cielo se había cubierto de estrellas, puntos hermosos y rutilantes que invitaban a la fantasía y al ensueño, resolvió que se daría una última oportunidad: avanzaría un día más hacia occidente y en caso de no hallar ningún oasis regresaría sin dilación al mundo civilizado. En cuanto amaneció, Henry se puso en marcha. Fustigó a su camello para que corriera todo lo posible. Un espejismo insospechado lo deslumbró. Sus líneas veteaban el paisaje y cegaban sus ojos. Enseguida se percató del hechizo, otro más de los tantos que prodiga el despiadado desierto, inclemente con las aspiraciones humanas.

Su suerte cambió hacia el mediodía, cuando el sol había coronado su cénit y el calor se había vuelto insoportable. En la extensa franja del horizonte, nuestro hombre vislumbró la borrosa silueta de unas palmeras. Como intuía que se trataba de otro engaño óptico, en un principio sintió desazón. Sin embargo, la imagen era inequívoca. Pronto se convenció de que esta vez la realidad podía haber triunfado sobre la ilusión. El camello avanzó con paso firme, y al cabo de unos minutos habían alcanzado un oasis repleto de vegetación, un resquicio de vida y fresca en medio de la enormidad del desierto. Bajó del camello y se sentó a la sombra de una palmera, extenuado por tantos días de viaje. El sopor pudo con él. Cayó en un dulce sueño del que sólo despertó cuando notó la presencia de alguien. Abrió súbitamente los ojos y divisó a un anciano de estatura media y piel oscura que se le acercaba. Vestía a la manera de los antiguos egipcios. Las cejas estaban pintadas, y en el rostro se percibía la delicadeza del maquillaje. Llevaba una peluca negra y una falda corta de color blanco, fina textura y elegantes pliegues, que semejava un *shenti*. Todo ello hizo recordar a Henry las representaciones de los bajorrelieves que él había estudiado y traducido en algunas de sus publicaciones académicas. El hombre, que parecía asustado, como si no estuviera acostumbrado a relacionarse con extraños, le dirigió unas palabras en un idioma sorprendentemente similar al egipcio, pero en su versión ptolemaica. De hecho, mezclaba términos del egipcio clásico con vocablos

nítidamente griegos. ¿Cómo era posible que alguien hablase esa lengua, en teoría olvidada desde hacía más de mil quinientos años?

Por fortuna, nuestro hombre estaba versado en copto. De hecho, en una de sus visitas a El Cairo había tenido ocasión de practicar esta venerable lengua, un híbrido llamativo entre el egipcio y el griego que todavía se utilizaba en la liturgia de la iglesia copta, de tradición monofisita. También conocía el demótico, que había sido lengua vernácula en la época tardía del antiguo Egipto. No le resultó difícil, así pues, comprender el significado de diversos términos. Sin embargo, su estupor no menguaba, porque ¿no había quedado relegado el copto a un uso puramente religioso? Además, la lengua que hablaba ese enigmático anciano no era, en sentido estricto, el copto, sino algo reminiscente del demótico. Esta circunstancia añadía todavía más misterio a la situación.

Lo cierto es que, vencidas las reticencias iniciales, el asombro se tornó en curiosidad. Henry no pudo evitar pronunciar algunas palabras en demótico. Su interlocutor adoptó una clara y vívida expresión de extrañeza. Repitió algunos de los vocablos, pero empleando una fonética diferente, como esmerado en corregir la imperfecta pronunciación del forastero. El inglés se acordó de las encendidas discusiones sobre la forma fonética del egipcio antiguo en sus diferentes fases históricas, a las que había asistido en algún que otro seminario celebrado en Cambridge. De repente, el arcano se resolvió, y sus dudas se disiparon. Parecía, en efecto, que al pronunciar esa lengua próxima al demótico era necesario intercalar una especie de "e" interconsonántica, como habían postulado tantos filólogos a propósito del egipcio antiguo. Una vez asumida la pronunciación adecuada, le preguntó por su nombre. De inmediato, el anciano, ostensiblemente perplejo, respondió "*Beredpu-Ptah*". Todo un mundo empezó a perfilarse en la mente de Henry. Ese nombre, en el que resonaban los ecos de la nomenclatura egipcia, podía implicar que acababa de conocer a un descendiente directo de la antigua civilización que él tanto admiraba y a la que había dedicado su carrera.

Beredpu-Ptah lo invitó a entrar en el oasis. Después de cruzar un frondoso bosque de palmeras, de repente emergió ante sus ojos una maravilla en todo su esplendor, un tesoro de inesperada sublimidad. Como por arte de magia, brotó un inmenso lago, de aguas cristalinas salpicadas de nenúfares, rodeado por casas construidas al estilo de los antiguos egipcios. Unas falúas lo surcaban, y unas ocas graznaban en el sosiego de las orillas. Al fondo, destacaba la imagen de un templo cuya arquitectura recordaba a Philae. Era una de las estampas más bellas que jamás había visto. La contemplación de ese espacio único, donde la naturaleza y la obra del hombre alcanzaban una armonía excelsa, reconfortó a Henry y le hizo olvidar la dureza de la expedición a través del desierto occidental. Había valido la pena correr tanto riesgo, poner en peligro la vida con tal de observar con sus propios ojos un mundo escondido, un mundo perdido, un mundo que había discurrido en paralelo a nuestro mundo.

Situados en el extremo occidental del oasis, los enterramientos eran idénticos a las tumbas de época ptolemaica. El reino de los faraones parecía no haberse extinguido. Su luz no había cesado de brillar. La hermosura de esa civilización, alabada e incomprensible al unísono, aún pervivía en esos extraños dominios. Los habitantes del oasis rendían culto a los mismos dioses y preservaban las mismas prácticas que sus ilustres antepasados, inmortalizados en las grandiosas construcciones que flanquean el curso del Nilo. El templo que tanto había seducido a Henry estaba consagrado a Isis, diosa del amor y protectora de esa ciudad-oasis escondida en medio de la desmesura del desierto occidental. Inimitable era su belleza. Transmitía una serenidad de tintes celestiales.

El inglés no pudo contener la emoción. Finas lágrimas empezaron a bañar su rostro. Beredpu-Ptah no dejaba de mirarlo, como poseído por una mezcla de fascinación e inquietud ante la reacción del insospechado visitante. Henry comenzó a asaltarlo con preguntas cada vez mejor pronunciadas, como si no le hubiera costado mucho esfuerzo familiarizarse con las reglas fonéticas del demótico. Beredpu-Ptah le contó todo: el porqué de ese tesoro oculto, las fuentes de abastecimiento, el desvelo con el que cuidaban a sus animales, sus costumbres, su religiosidad, sus fiestas... Le explicó que los primeros asentamientos surgieron a raíz de la invasión asiria de Egipto, cuando, aterrados por la cercanía del ejército de Asarhadón, hijo del famoso rey Senaquerib, algunos tebanos huyeron a un oasis ya conocido desde los tiempos del gran señor de las Dos Tierras *Usermaatra Setepenra*: Ramsés II, el amado de Amón (uno de sus más valerosos generales lo habría hallado durante una incursión contra los rebeldes libios). Desde entonces, unas cincuenta personas habían residido allí ininterrumpidamente. Con la aquiescencia de sus visires, los sucesivos monarcas habían procurado preservar intacto el secreto, y si bien habían mandado abundantes víveres y ayuda ocasional, se habían afanado en silenciar el emplazamiento de esa preciada joya, un auténtico vergel enclavado en el corazón de la tierra de los libios. Cuando Cambises, nuevo soberano del país del Nilo, aquél bajo cuyo cetro se sometían tantas naciones, tuvo noticias de que un vasto y exuberante oasis repleto de riquezas se alzaba en medio del desierto occidental, no titubeó a la hora de enviar un gran ejército para saciar su codicia. Sin embargo, una descomunal tormenta de arena aniquiló al grueso de los soldados del aqueménida; el resto pereció poco después, calcinados por los inmisericordes rayos del sol y tras haber vagado sin rumbo durante días.

Aunque con los griegos, victoriosos sobre el imperio persa, Egipto no recobró su independencia, ni siquiera los soberanos lágidas dejaron de mimar ese lugar insólito; tampoco los césares romanos. Todo cambió, sin embargo, cuando el emperador cristiano Teodosio ordenó cerrar los templos egipcios y prohibió los cultos tradicionales, por considerarlos paganos. A partir de ese momento se rompieron los lazos con el valle del Nilo. El caos político de los siglos posteriores provocó que la existencia del oasis se evaporara de la memoria de los gobernantes cristianos, zoroastrianos y musulmanes que se alternaron en el trono de Egipto. De este modo, sus moradores quedaron venturosamente aislados de un mundo que sólo podía depararles peligros.

Ambos hombres recorrieron la orilla del lago. Se respiraba una paz insondable. Beredpu-Ptah le ofreció un cuenco con agua y un dátil. Un sediento y hambriento Henry se lo agradeció con efusividad. Ansioso de entendimiento, ávido de iniciarse en los inagotables misterios allí custodiados, continuó planteándole toda clase de preguntas. Las respuestas del egipcio arrojaban luz sobre los grandes enigmas de su antigua civilización. Incontables cuestiones que mantenían en vilo a los investigadores se desvanecieron de inmediato. Henry, que había olvidado su libreta al desmontar del camello, corrió a cogerla para anotar todo. Intrigado por la forma de su escritura, Beredpu-Ptah le pidió que pronunciara en voz alta los sonidos de las letras, y él mismo escribió algunos signos demóticos en una de las hojas. El inglés se sentía inmensamente feliz por haber estudiado en profundidad la escritura demótica, una derivación tardía del hierático concebida también para simplificar el complejo sistema jeroglífico.

El profesor de Cambridge permaneció dos meses en ese paraíso. Escrutó los secretos de un mundo en miniatura que reflejaba la esencia de la antigua civilización egipcia. Lo aprendió todo sobre su lengua, su técnica, su sistema productivo, sus creencias religiosas, su vida cotidiana, su universo simbólico... Un día, Beredpu-Ptah, de espíritu

siempre calmado y luminoso, le confesó que no era el primer extranjero en descubrir el oasis. Los registros evidenciaban que, veinte generaciones atrás, habían llegado unos hombres vestidos con turbantes y largas túnicas. Aunque los nativos los recibieron con hospitalidad y se mostraron amables en todo momento, pronto se dieron cuenta de sus viles intenciones: robar, asesinar y destruir. Se vieron obligados a ejecutarlos antes de que consumaran sus perversos propósitos. Henry le aseguró que su objetivo no era otro que comprender. No albergaba la pretensión de apoderarse de las riquezas del lugar. Tras una dilatada conversación, ambos convinieron en que lo mejor sería que Henry retornara a su mundo. El inglés le prometió, eso sí, que nunca revelaría la existencia del oasis. Publicaría algunas de las enseñanzas recibidas sobre las costumbres y creencias de los antiguos egipcios, pero las presentaría como hipótesis y deducciones propias, como hallazgos genuinos de sus investigaciones arqueológicas y filológicas, no como testimonio de los habitantes de ese remoto edén cuya ubicación exacta nadie debía desentrañar. La humanidad merecía conocer muchos de los secretos allí salvaguardados, aunque ellos tuvieran el derecho de preservar, prístino e incólume, su hermoso refugio, ajenos a las vicisitudes de la historia.

Beredpu-Ptah deliberó con los otros líderes del oasis. Consultó al sacerdote del templo de Isis y finalmente le comunicó la decisión consensuada: le permitirían marcharse. Henry no pudo sino sorprenderse ante semejante demostración de confianza. Quizá los habitantes de ese extraño mundo se hubieran cansado de vivir alejados del resto de la civilización, apegados a arcaicas tradiciones y condenados a permanecer en una jaula de oro, por lo que no les importaría asumir el riesgo de que un forastero los traicionara; o quizá se tratase de una manifestación inusitada de fe en un hombre que, en sus dos meses de estancia, había ofrecido pruebas más que suficientes de la nobleza de su espíritu.

Con aplomo y tristeza, Henry se despidió de quienes lo habían acogido con tanta generosidad, de quienes le habían desvelado los secretos de un mundo suspendido en la antigüedad. Entre lágrimas, subido al camello, dirigió una última mirada al oasis. Era grave y melancólica, como si anhelara retener el pasado en la morada del presente. Lleno de gratitud por haber podido venerar maravillas que nadie más había contemplado, todo lo juzgó más bello: más bellas las palmeras, más bello el cielo, más bellas las dunas que se perdían suavemente en el infinito...

LAS HUELLAS DE LA INMORTALIDAD⁸

En el luminoso sueño que me atrapa cada noche, el flujo del tiempo se suspende, y la historia comparece ante mí como un presente eterno. Lo que parece una sucesión de eventos, una concatenación de instantes que se superponen como puntos de una recta, emerge como una manifestación irreductible y simultánea de la totalidad.

Inmerso en la vaguedad de ese espacio, me siento infinitamente libre, verdaderamente libre. Un gozo sobrenatural se apodera de mi inteligencia y de mi voluntad, para proyectarme al horizonte que en verdad ansío. Envuelto en esta efusión de intuiciones, ninguna fuerza ajena es capaz de privarme de mis anhelos más profundos. Mi mente se dilata sin término por las extensiones de lo posible. Universos que añoro destellan ante mi alma, y la bendicen con los dones más preciados a los que puede aspirar un corazón finito. Bajo su auspicio, creo navegar por todos los pasados, como si la sabiduría de todas las edades hubiera sido convocada a este simposio perenne, de cuyo milagro soy anfitrión. Creo surcar todo lo hermoso que ha prodigado la historia de la humanidad, que es la historia de una búsqueda inacabada. En el aquí y ahora de mi frenesí onírico, todo cuanto ha sido bello e inspirador cristaliza en un presente perpetuo, colmado de evocaciones que me enaltecen a paraísos escondidos. Lo que fue se funde con lo que es y con lo que puede ser; las fronteras se difuminan, las sombras se disipan, la oscuridad sucumbe, y yo alcanzo una felicidad propia de dioses, porque las alas de mi espíritu vuelan sin miedo por la riqueza de lo inagotable.

Al amparo de este hechizo, mis ojos han escrutado todas las tablillas cuneiformes de la gran biblioteca de Asurbanipal en Nínive. En Eleusis me he iniciado en misterios sublimes, y en Delfos he preguntado al oráculo por mi destino. He conversado con brahmanes en Jodhpur, embriagado por el azul místico del Rajastán. En la academia de Gundeshapur he aprendido toda la ciencia de época sasánida, y a orillas del Éufrates he recordado los albores de la civilización. He recitado poemas en caldeo a las puertas de una Babilonia bajo el yugo de Nabucodonosor, quien consolaba a su esposa meda en los jardines colgantes. En Palenque he contemplado las estrellas desde lo alto de una pirámide repleta de inscripciones, y he leído manuscritos andalusíes en caligrafía cúfica custodiados en la mezquita de Djingareyber, cuya belleza no ha dejado de fascinarme. He visitado cenobios en Armenia, y en una caravana he recorrido el Jorasán, arrebatado por la hermosura de sus cúpulas y minaretes. He entonado himnos a Odín, padre de los dioses, contenidos en unas runas islandesas, y en un *studium* carolingio he conversado con Alcuino de York. En Nortumbria he conocido a Beda el Venerable, y en un monasterio irlandés he leído textos griegos con Escoto Erígena, absorto como estaba en la elaboración de su sistema panteísta. En Florencia, gracias al mecenazgo de Lorenzo el Magnífico, he colaborado con Marsilio Ficino en el desarrollo de una teología neoplatónica, y con Luca Pacioli he explorado las propiedades matemáticas de la proporción áurea. He redactado un *Tractatus de totalitate* y lo he depositado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, a la espera de que algún erudito descifre su mensaje secreto. En Leipzig he culminado el *Liber de infinitorum natura*, y en Gotinga me he familiarizado con la aritmética modular de Gauss. Con Alhacén he estudiado las leyes de la óptica, y con Madhava de Sangamagrama he profundizado en análisis y trigonometría bajo los resplandecientes cielos de Kerala.

⁸ Texto escrito en junio de 2022.

En un zoco de Fez, el fulgor del mediodía ha amenazado con cegarme, y en un lago de Kioto he visto reflejado el amor. En un jardín de planta octogonal he saboreado las delicias del paraíso, y desde una circunferencia perfecta mi alma se ha elevado a la contemplación de un bien puro, cuya magnificencia ha extasiado mis sentidos. He escuchado al coro de la catedral de Siena cantar el *Nisi Dominus* de Monteverdi, y a orillas del Ganges he venerado las sagradas nupcias entre la belleza y la fantasía. En Königsberg, junto al antiguo castillo de la orden teutónica, he dialogado con Kant sobre los conceptos puros del entendimiento, y en Hannover he ayudado a Leibniz a diseñar un sistema de clasificación de libros en clave binaria. He observado Urano con Herschel, y con un astrónomo babilonio he perfeccionado el sistema sexagesimal. Con Burton he diseccionado la melancolía, y ante Caramuel he impugnado el probabilismo. He percibido el amanecer de una intuición sobrehumana cuando Newton ha deducido las leyes de Kepler a partir del principio de la gravitación universal, y desde su cátedra lucasiana me ha instruido en el método de las fluxiones. En Viena he sido devoto de Beethoven, y en Toledo he visto al Greco pintar sus formas elongadas. He visto construir Santa Sofía en la ciudad de Constantino, y con Juan Filopono he investigado la caída de los graves. He conocido a magos y a alquimistas en la corte del emperador Rodolfo, y he declamado un soneto de Petrarca en la aurora toscana, mientras el sol derramaba sus primeros rayos sobre los sosegados campos de Arezzo. He visto a Torricelli medir la presión atmosférica, y a Young experimentar con la doble rendija. Con Comenio he mejorado la pedagogía, y en Basilea he revisado el *Encomium Moriae* de Erasmo. Con Suárez he vislumbrado una nueva metafísica, y con Hervás y Panduro he diseccionado las lenguas de la remota Polinesia, hasta entender la estructura común de esas lejanas familias. Con Teofrasto he revisado el *corpus aristotelicum*, y con San Isidoro he estudiado etimologías ibéricas. Con Filón he disertado sobre la interpretación alegórica de la Escritura, y he discrepado de Orígenes y de su apocatástasis de todas las cosas. He discutido sobre la voluntad del Salvador con los teólogos monotelitas de Bizancio, y he asistido a un sínodo en Numidia para solucionar el cisma donatista, presidido por San Agustín. He intervenido en ardorosas controversias entre católicos y protestantes en Augsburgo, y he abogado por la justificación a través de la fe, la ciencia y las obras. He sido estoico en el ágora de Atenas, y en el Areópago he debatido con cínicos y epicúreos sobre la teleología del cosmos. Con Cicerón he reflexionado sobre la naturaleza de los dioses, y en Qumrán he hallado nuevos rollos esenios. Me he rebelado contra la hermenéutica del *trimurti* según los Upanisads, y con Mencio he teorizado sobre la bondad natural del hombre. En un palimpsesto he leído textos olvidados de Arquímedes, y me ha entusiasmado el canto a Baal de una inscripción fenicia. En Leptis Magna me he deleitado con la representación de una comedia de Plauto, y en Stonehenge he bailado con druidas al despuntar el alba. En la compañía teatral de Shakespeare he visto estrenar *Hamlet*, y he sentido compasión por el príncipe danés abismado en la conciencia de la nada. Me he bañado en las fuentes del Nilo, y he peregrinado a La Meca con Mansa Musa. He visto al gran Akbar discutir con sabios de todas las religiones, y he acariciado la plenitud en los pétalos de una flor de Éfeso. En Tell el Amarna he dado la bienvenida al Sol recitando su gran himno, y desde el Faro de Alejandría he visto el poniente más bello con el que puede soñar un hombre. Con un sacerdote de Amón he glorificado al oculto cuando el ocaso se cernía sobre Tebas, y las tinciones anaranjadas del crepúsculo elevaban mi alma a un reino insondable. He devuelto papiros coptos usurpados a los monjes de Santa Catalina, y en un templo consagrado a Apolo he columbrado la perfección. He disuadido a Virgilio de quemar el manuscrito de *La Eneida*, y he navegado en falúa por Asuán. He leído bajorrelieves en Lineal A, y he paseado por el exótico palacio de Cnossos mucho antes de que Sir Arthur Evans lo excavase. He ayudado a Eratóstenes a calcular el diámetro de la Tierra, y en la

Selva Negra he admirado una luna llena cuya claridad evocaba el triunfo perenne de la luz. En Amalfi he respirado el aroma de lo imperecedero, y en la mañana me he dejado embrujar por los colores de un arcoíris que en mí despertaba ansia de rosas inmortales. He atisbado un cometa sobre Kairuán que inundaba la noche de misterio, y en Isfahán he sentido el poder del lapislázuli. He visto a los profetas llorar sobre las ruinas de Jerusalén, y a los bienaventurados gozar del silencio inefable del paraíso, trasunto de armonías primordiales. He oído los susurros de ángeles enamorados del hombre, y en la cima de un monte he inhalado la magia de lo que no habla. He buceado en busca de la Atlántida en un mar sin nombre, y desde Samotracia he venerado la belleza incandescente del Mediterráneo. He visto a Miguel Ángel esculpir la *Pietà*, teodicea en mármol, y a Bach componer la *Pasión según san Mateo*, el más hermoso tributo del hombre a Dios. En las colinas de Sión he compuesto un salmo para alabar la grandeza del autor del universo. He presenciado la caída de Hattusa ante los pueblos del mar, y en Samarkanda he contemplado una llama que no se apaga. En los mercados de Damasco he comprado dátiles, y en Menfis he visto inventar la cosmogonía heliopolitana. En El Escorial he jugado al ajedrez con Ruy López de Segura, y en Alcalá he escuchado las lecciones magistrales de Nebrija. En un patio cordobés he discutido sobre el primer motor inmóvil con Maimónides, y en una madrasa de El Cairo he conocido a un mustazilí que pregonaba el carácter creado del Corán frente a quienes proclaman su naturaleza eterna. He visto levantar las murallas de Jericó, y a Buda coronar el nirvana. En Salamanca he clamado por un saber universal, y desde una casa de Arlés he visto brotar la primavera. En la geniza de una sinagoga de Corinto he recuperado una copia hebrea de la Sirácida, y en la Propóntide me he extasiado con la suntuosidad del atardecer sobre el Bósforo. He sido maniqueo en Ctesifonte, he anhelado integrar todas las creencias del mundo y desvelar el rostro auténtico del dios escondido, que para mí reverbera en cada palabra pura surgida de los labios del hombre. En Esmirna he combatido la ortodoxia, y en Éfeso he rendido tributo a la dulce Artemisa. En las riberas del Ganges he cantado a Visnú y he suspirado por el advenimiento de su avatar Krishna. He oteado las líneas de Nazca, y en las vastas cordilleras de Asia Central he divisado un leopardo de las nieves. En la Casa de la Sabiduría de Bagdad he traducido textos siríacos al árabe, y en Konya he sido discípulo de Rumi. Con Fibonacci he buscado patrones en la naturaleza, y con Hölderlin he llorado la ausencia de los dioses junto a las poderosas aguas del Rin.

He trabajado a lo largo y ancho del mundo con quienes pugnan por abrir la mente a la verdad. Todos los conocimientos del mundo, todas las expresiones de la curiosidad humana, todos los deseos inveterados de aprendizaje y elevación, han desfilaro ante mi espíritu como un cofre abierto. Sus joyas incesantes me aguardaban para brindarme un premio inmerecido. Sus prodigios irradiaban luz más allá del tiempo, pues pertenecían a la eternidad.

¿Qué he descubierto? ¿Qué enseñanza puedo extraer de este viaje insólito por las inmensidades de la realidad y de la imaginación? He descubierto que la verdadera inmortalidad tiene un nombre: saber y belleza. Su hilo dorado perfora los siglos y une a los hombres en una misma tarea, en una misma búsqueda, en un mismo y divino sentido que justifica la historia y redime a la humanidad.

TÚ, ROMANO⁹

¿Quién, sino tú, romano, sueña con dominar a todos los pueblos de la tierra?
¿Quién, sino tú, ha sido destinado por los dioses a crear un imperio universal, orgullo del género humano, ante cuya gloria el mismo Júpiter sonrío?

No hay noche capaz de eclipsar la luz de Roma. De Siria a Britania, de Mauritania al Ponto Euxino, de Egipto a Hispania, inagotable es el esplendor de una ciudad que ha nacido para regir el mundo entero. Gloria y poder pertenecen a la esencia de Roma, y como hijo de su imperio no concibes una autoridad que pueda ensombrecer la de tu urbe eterna. Temes al gran imperio parto, a las huestes sometidas al yugo de la dinastía arsácida, que desde Ctesifonte gobierna la vasta e insondable Persia como dueña y señora de numerosas naciones. Temes la ira de los bárbaros que vagan al norte de las fronteras del imperio y que no cesan de amenazar la estabilidad del imperio, ansiosos de clavar sus espadas en el corazón de Roma, como ya intentarían hacer galos y cartagineses en tiempos antiguos. Sin embargo, confías aún más en la grandeza de nuestra urbe y en la valentía de sus legiones, a las que nada aterra.

Los dioses siempre serán propicios a la ciudad fundada por Rómulo y Remo. Ninguna oscuridad del mundo puede apagar el fulgor de un imperio llamado a civilizar a quienes desconocen la ley y la razón. Todos los enemigos de Roma no han hecho sino sucumbir ante lo inexorable. Día tras día el imperio se ensancha y conquista nuevos territorios. Las letras, las artes y la técnica de Roma iluminan a quienes vivían en la ignorancia. Allí donde el hombre sólo erige frágiles construcciones de madera, Roma levanta imponentes acueductos que poco han de envidiar a las edificaciones más soberbias de los egipcios y de los babilonios. Los logros intelectuales de Grecia se expanden por el orbe gracias a la devota Roma, que no cede ante ningún obstáculo para difundir la luz de la ciencia y del arte. Hemos enriquecido la herencia helena con el talento de un Cicerón, un Virgilio, un Séneca y un Quintiliano, cuya sabiduría y cuya elocuencia resplandecen de manera incomparable.

El comercio prospera allí donde rige la autoridad de Roma. Nuestros ingenieros unen enclaves remotos mediante largas calzadas y sólidos puentes, y nuestra flota protege las rutas marítimas frente a la piratería. Incontables lenguas se hablan y escriben allí donde los romanos velan por el cumplimiento de sus leyes. Hermosos templos, estadios formidables que acogen los espectáculos más grandiosos del mundo, colosales teatros y sofisticadas basílicas, ¿no rinden culto al placer y a la excelencia en todas las provincias del imperio? ¿No hay algo en Roma que a todos fascina? ¿En su gloria y en su belleza, no ve todo hombre reflejada un alma universal?

“Todo lo que brilla ha de extinguirse”, me dices; “toda flor debe marchitarse, por hermosa que se nos antoje”. Pero ¿no permanece el firmamento, intacto en su magnificencia? ¿No lucen las estrellas cada noche, aunque el sol deje de verter su admirable luz? ¿Por qué ha de desvanecerse la gloria de Roma, que es la gloria del hombre y la gloria de los dioses?

⁹ Texto escrito en noviembre de 2021.

DESTILACIÓN FILOSÓFICA¹⁰

Como soy aficionado a la química, he decidido destilar las ideas más importantes de cada uno de los grandes filósofos que integran el canon cultural de Occidente. Por supuesto, no he tenido más remedio que dejar a varios de lado, pues no ha sido mi intención ser exhaustivo, sino lograr el mayor grado de eficiencia posible con un material tan delicado como son los conceptos. Tampoco he pretendido armonizar ideas dispares; sólo mezclarlas para ver qué ocurre.

Dada la envergadura de la tarea, he optado por seleccionar una de entre las muchas ideas que podemos atribuir a los grandes maestros de la filosofía occidental, cuyas obras en teoría recapitulan el mejor fruto de la reflexión de uno u otro período de la historia occidental. Me he quedado con la que constituye, a mi juicio, la aportación más útil de sus especulaciones, a veces brillantes, otras decepcionantes, pero al menos inspiradoras.

Así pues, en mi laboratorio de filosofía química he introducido, en distintos matraces, los compuestos pertenecientes a cada uno de los grandes filósofos occidentales. Con un destilador he llegado a las siguientes esencias: de Tales he extraído el valor de la pregunta por el fundamento de todas las cosas, de Pitágoras, que las estructuras elementales de la realidad obedecen a principios matemáticos, de Demócrito, que el espíritu puede reducirse a materia, de Platón, que en este mundo sensible nunca alcanzamos el ideal, de Aristóteles, que la lógica se basa en axiomas indemostrables, de Epicuro, que la felicidad nace de un placer sabio y mesurado, de Séneca, que sólo es libre quien aprende a controlar sus pasiones, de Plotino, que el fundamento último ha de ser unitario, de San Agustín, que el escepticismo como propuesta absoluta es insostenible, de Ockham, el poder del lenguaje humano para construir conceptos, de Descartes, que en nuestros razonamientos hemos de buscar ideas claras y distintas, de Spinoza, que lo divino no puede separarse arbitrariamente de la naturaleza, de Leibniz, que en todo hemos de identificar una razón suficiente, de Locke, que no existen ideas innatas en el intelecto, de Hume, que debemos cuestionar el origen de nuestros conceptos metafísicos, de Kant, que nuestra mente filtra lo que percibimos, de Hegel, que lo humano ha de examinarse a la luz de su desarrollo histórico, de Marx, que las condiciones materiales influyen decisivamente en nuestra concepción del mundo, de Nietzsche, que lo humano no está terminado y puede superarse, de Russell, que no hay filosofía digna de tal nombre sin análisis lógico, de Heidegger, que el ser es temporalidad (de Wittgenstein no he destilado nada, porque sólo he encontrado trivialidades, de insuficiente categoría).

Para observar el producto de la reacción, he trasladado los resultados de todas mis destilaciones a un único matraz conservado a temperatura ambiente. No ha tardado mucho en aparecer un nuevo compuesto químico-filosófico, cuyos ingredientes son, como cabía esperar, todas las anteriores ideas. Pero, ¡oh sorpresa!, repentinamente el producto de reacción ha cambiado; lo que parecía una mezcla amorfa y caótica se ha convertido, como por arte de alquimia, en un nuevo compuesto. Tras analizarlo, he descubierto que cuenta con tres ingredientes básicos. Por mucho que lo he intentado, son irreductibles entre sí. La molécula que conforman responde a la siguiente estructura: R-E-I, “Razón-

¹⁰ Texto escrito en diciembre de 2021.

Experiencia-Imaginación”. La forma geométrica que adopta es sublime: un tetraedro. Se trata de una estructura molecular hermosa, llamativa, cercana a la perfección.

De mi análisis he podido concluir que la filosofía, esa llama que tantos desprecian pero que nunca deja de arder, consiste en un equilibrio entre tres componentes: razón, experiencia e imaginación. Quitá uno de ellos y no tendrás filosofía; combina sabiamente los tres y cultivarás el venerable arte del pensamiento.

DIÁLOGO ENTRE UN DOMINICO Y UN JESUITA A PROPÓSITO DE LA OMNISCENCIA DIVINA Y LA LIBERTAD HUMANA¹¹

(El intercambio de ideas entre el Reverendo Padre Villedo, de la Orden de Predicadores, y el Reverendo Padre Ribamontés, de la Compañía de Jesús, transcurre en un aula de las Escuelas Mayores de la Universidad de Salamanca. La audiencia, compuesta principalmente por dominicos y jesuitas, acoge también a clérigos de todas las órdenes presentes en tan egregia institución académica: agustinos, mercedarios, trinitarios, carmelitas... Incluso algún que otro monje benedictino, cisterciense y premonstratense ha acudido a esta disputa pública entre teólogos. Las frases de uno y otro interviniente suelen ir acompañadas por los vítores de sus partidarios y los aspavientos de sus detractores).

Villedo.- Ni el cien veces herético Pelagio habría osado decirlo de esa manera. Esa libertad que atribuíis al hombre menoscaba la inagotable grandeza y la sabiduría infinita de Dios, que todo lo ha dispuesto con “orden, peso y medida”, como proclama la Escritura. ¿Qué lugar hay para la gracia de Dios en vuestro sistema?

Ribamontés.- ¿Qué lugar hay para la libertad en el vuestro? ¿Qué salida tenemos frente al fatalismo y la necesidad que han ofuscado las mentes de tantos filósofos? Vuestro énfasis en la omnisciencia de Dios menoscaba la libertad del hombre, imagen de Dios, cima de la creación, cuya vida es gloria del Altísimo. ¿No escribió San Ireneo que “la gloria de Dios es el hombre viviente”? ¿No alabamos a Dios si admitimos que las acciones del hombre no están predeterminadas desde la eternidad, y que son su libertad y su responsabilidad las que lo justifican o condenan ante el Juez Supremo?

Villedo.- Dios no mueve al hombre a hacer el mal, sino el bien; Dios antecede a cualquier movimiento, pues su poder afecta a la generalidad de la esencia del movimiento como primer motor inmóvil, pero no ejecuta el movimiento en sí, y por tanto no es lícito imputarle la culpa en que incurra, hipotéticamente, un hombre concreto.

Ribamontés.- Detrás de semejantes palabras sólo detecto incongruencias, o incluso simples falacias. Explicadme cómo algo puede anteceder el movimiento de algo, pero no participar, aun indirectamente, en el efecto resultante.

Villedo.- Una cosa es la causa primera, metafísica, y otra la causa segunda; la primera trasciende el orden mecánico del mundo, mientras que la segunda permanece aprisionada por una necesidad invencible, por un curso inexorable que desemboca sin remedio en un destino prefijado. Mas Dios, que todo lo ha previsto, ha diseñado un universo regido por causas finales, de modo que en último término todo convergerá de acuerdo con el plan divino de la salvación. El padre Báñez ha hablado con meridiana claridad sobre estas cuestiones.

¹¹ Texto escrito en noviembre de 2021.

Ribamontés.- O más bien con vana elocuencia. Sigo sin entender cómo un Dios que todo lo sabe *ex ante*, y ante cuya ciencia de todo lo que existe nada puede quedar al margen, por ser infinita, ignora desde el principio que Adán y Eva debían caer en la tentación y prestar oídos a la serpiente, o Salomón traicionar a Dios, o Sedecías, cegado por una mezcla de temeridad y soberbia, despreciar las advertencias de Jeremías sobre el terrible castigo de Nabucodonosor. ¿Qué culpa tienen, si todo estaba previsto? Igualmente, ¿qué mérito poseen los que han cumplido los mandatos de Dios y han obrado bien en este mundo?

Villedo.- Que todo esté previsto de antemano no significa que Dios sea responsable de la acción concreta.

Ribamontés.- Sin embargo, si Dios es omnisciente, para que lo sepa todo es inevitable que todo esté determinado. En cuanto se produjera una mínima alteración imprevista, la omnisciencia de Dios no sería tal, pues habría al menos una situación que Él ignoraría. Si Dios es omnisciente, todo debe estar determinado, luego no hay espacio para la libertad del hombre, que es nuestro don más bello, la huella de nuestra divina semejanza.

Villedo.- Pero si Dios es eterno, e inmutable, y perfecto, no puede existir nada ajeno a su sabiduría, que es infinita, y todo lo abarca necesariamente. Ninguna acción y ninguna omisión del hombre pueden quedar al margen de su conocimiento, que es absoluto, pues nada escapa a su poder.

Ribamontés.- Creo que ni el mismísimo Calvino, enemigo aún más pernicioso de la fe verdadera que Pelagio, más de cien veces herético con su infame tesis de la predestinación de los justos al cielo y de los impíos al infierno, se hubiera atrevido a afirmar de manera tan rotunda la falsa doctrina del determinismo. Si todo está determinado, el hombre no es libre, por lo que Dios es en último término culpable de los males que cometamos. Es indigno de la infinita sabiduría de Dios y de su irrestricta perfección aparecer como cooperador necesario de todos los males que brotan de la libre voluntad humana. Además, ¿para qué esforzarse en la tarea de la salvación, si todo está determinado? Vuestra doctrina contiene una peligrosa exhortación a la indolencia y a la irresponsabilidad. No sólo niega el libre arbitrio, sino que justifica la inacción. No hay mérito ni culpa, y por tanto no hay premio ni castigo en vuestro sistema, donde todo tiene que haber sido prefijado por Dios desde la creación del mundo.

Villedo.- Decidme, pues, cómo salváis una contradicción tan manifiesta. Porque no entiendo cómo es posible que si Dios, quien por definición ha de saberlo todo, conoce de antemano el futuro del mundo que Él ha creado, ignore lo que cualquiera de sus criaturas realiza o realizará en cualquiera de los instantes del universo. Él es el creador único; la lógica del cosmos responde a sus designios. Todo lo ha hecho movido por amor hacia su obra, tanto como para encarnarse y compartir el destino con nosotros los hombres, simples mortales llamados a la vida divina.

Ribamontés.- Me parece que el reverendo padre Luis de Molina lo ha explicado perfectamente en su eximia obra *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis*: Dios conoce los futuros contingentes, esto es, cómo serían las cosas en caso de discurrir por un camino u otro. Así, junto con la ciencia de simple intelección, o de conocimiento de los posibles en cuanto tales, en la mente divina existe una ciencia media que se refiere a los futuros

contingentes, a lo que ocurriría si se produjera tal o cual acontecimiento. Por ello, los decretos de su gracia no pierden ni un ápice de eficiencia. La salvación del justo está garantizada. El determinismo no tiene la última palabra. La fatalidad no gobierna la obra de Dios, como en los falsos y oscuros sistemas de los griegos y de los árabes, que vuestra filosofía parece afanada en reproducir. El libre arbitrio del hombre queda así preservado, y ninguna culpa puede imputarse a Dios por los males que perpetramos en esta tierra, preludeo del cielo o antesala del infierno según el valor de nuestras acciones. Dios ha previsto todos los escenarios contingentes que pueden surgir en la historia, mas no necesariamente el itinerario concreto que conducirá a cada uno de ellos. La mente infinita del Creador conoce todo lo que es posible, como posible, pero no todo lo que es real, como real.

Villedo.- La sutileza de los hijos de San Ignacio no amedrenta a un hijo de Santo Domingo. Caleruega ha irradiado más luz al mundo que Loyola. Si Dios sólo conoce posibles en tanto que posibles, su infinita ciencia se circunscribe al dominio de las meras contingencias lógicas. No hay necesidad en ese paisaje infinito de posibilidades, y tampoco realidad. No hay, en suma, un conocimiento fáctico, preciso, real, del mundo y de su destino.

Ribamontés.- Os equivocáis. Cualquier manifestación de la realidad hunde sus raíces en la posibilidad. Para ser real debe ser antes posible, luego al conocer la totalidad de los posibles Dios conoce ya cualquier hipotética realidad que despunte en este mundo.

Villedo.- Pero no el posible específico que, según vuestro sistema, se transforma en realidad. Siguen existiendo lagunas en el conocimiento divino, carencias en su infinita sabiduría, algo impropio del ser absoluto, algo indigno de su naturaleza y de su gloria, que colma todos los cielos. Además, y por definición, un futuro contingente no es ni necesariamente verdadero ni necesariamente falso.

Ribamontés.- Precisamente por eso la omnisciencia de Dios no afecta a la libertad humana, pues lo que Dios conoce no es ni necesariamente verdadero ni necesariamente falso.

Villedo.- No obstante, si algo no es necesariamente verdadero o falso, si no tiene por qué acontecer en el mundo, admitís un resquicio de indeterminación, incompatible con la omnisciencia divina.

Ribamontés.- Luego reconocéis que la omnisciencia de Dios exige asumir un determinismo absoluto en el universo. Decidme entonces cómo mantenéis la eficacia de la libertad humana, que, aun sin poder enajenarse del influjo de la gracia divina, cuyo poder no conoce fronteras, goza de autonomía para obrar el bien o el mal.

Villedo.- Si el alcance de la gracia divina no tiene límite, debe haber una causa que lo permita. La razón estriba, justamente, en la necesidad de suponer que Dios lo ha previsto todo, y por ello su gracia no tropieza con ninguna frontera, sino que accede a todas las mentes y penetra en todos los corazones.

Ribamontés.- Entonces borráis de un plumazo cualquier atisbo de culpa o de mérito en la historia. Me recordáis a Orígenes, quien pensaba que al final de los tiempos todo sería

restaurado, y que incluso el diablo se convertiría, pues la luz de la gracia divina no podía excluir nada de lo creado.

Villedo. - Me reafirmo en la convicción de que Dios, siendo perfecto, ha de saberlo todo, y que admitir un agujero en su infinita sabiduría, por pequeño que se nos antoje, erosiona su grandeza. Sostener semejante tesis es impropio de un católico. Por tanto, no reniego de mi fe: Dios lo sabe todo, está detrás de todo, y todo participa de su ser infinito y glorioso. Aun así, dentro de su infinita sabiduría hay espacio para la libertad humana, y para que esta luz que habita en nosotros brille con claridad y hermosura.

Ribamontés. - Vuestra proclama es más un acto de voluntarismo que una deducción lógica. En cualquier caso, yo me reafirmo en mis ideas: Dios lo sabe todo, pero en lo que respecta a las posibilidades de acción del hombre, no a las realizaciones concretas de ese poder. Queda así preservada, como sagrado don de Dios, la libertad de todos los hombres, que es compatible con la infinita sabiduría de Dios.

LA AGONÍA DEL DESCENSO INFINITO¹²

María Gurichieva no se dignó saludar al ascensorista de aquel edificio de oficinas al que había acudido para sellar su añorado destino. Estaba demasiado ocupada como para prestar atención a tareas tan cotidianas. ¡Como si no tuviera cosas más importantes que hacer!

—Al piso cuadragésimo noveno, por favor.

—Enseguida, señora. Siento decirle que a causa de recientes reparaciones para aclimatar el artificio a las modernas tecnologías del ascenso y del descenso, el trayecto durará más de lo previsto. Espero que ello no trastoque sus planes, si ya había acordado la cita.

—No me preocupa. Esperaré lo necesario.

Pasaron los minutos, dieciséis en total, y María Gurichieva logró al fin llegar a la planta cuadragésima novena. La sensación de que todo en el edificio era interminable y agorafóbico se proyectaba también a los pasillos. Logró, sin embargo, encontrar el despacho que buscaba en diecisiete minutos, un minuto más del tiempo que había requerido para efectuar el ascenso.

Dos horas más tarde, visiblemente contenta, María Gurichieva abandonaba el recóndito despacho de la planta cuadragésima novena y, asombrosamente, empleó sólo catorce minutos en llegar al ascensor. No le habían ido mal las cosas, pese al nerviosismo inicial. Lo cierto es que la reunión mantenida con el prestigioso abogado cuyo despacho se ubicaba en la planta cuadragésima novena había sido tensa, aunque exitosa. Llevaba semanas preparándose para semejante cita, y no podía olvidar ninguno de los detalles. Ninguna minucia podía interponerse entre la consecución de sus objetivos (nobles, nadie lo niega) y ella. Segura de sí misma, consciente de que no había olvidado ningún detalle y de que todo había salido según lo previsto, Gurichieva llamó al ascensor para descender los cuarenta y nueve pisos que la separaban de la planta baja, en la cual ultimaría el trato acordado. Nunca más tendría que volver a ese edificio, que afectaba seriamente a su cultivado sentido estético, y podría por fin desprenderse de la pesada carga de vivir en esa ciudad. A partir de ese momento, consagraría sus ideas a lo que verdaderamente la hacía feliz: viajar, leer, escribir, conocer culturas, desarrollar el intelecto, estudiar a los próceres del pensar, enriquecer su sensibilidad artística y contribuir con su talento al progreso de la civilización humana.

Nobles tareas, sin duda, que María Gurichieva se planteaba ejecutar en los años que (según cálculos suyos, en los que hacía gala de un sorprendente conocimiento de las más recientes teorías sobre envejecimiento y regeneración celular) todavía le quedaban en el mundo terrenal. Ya no se preocuparía de cosas pequeñas, minúsculas en comparación con la elevación infinita de sus proyectos e ideales. Lo último que

¹² Texto escrito en 2004.

necesitaba, a saber, la cobertura económica necesaria para que sus aspiraciones no se convirtieran en meros sueños, le había sido concedido gracias a la brillante entrevista con el abogado del piso cuadragésimo noveno. Rentas y herencias, más lo acumulado en sus años de trabajo, le procuraban ya libertad absoluta. Ella, mujer espiritual donde las hubiera, que fijaba en los ideales más preclaros de la vida teórica el quehacer supremo de su vida, se había propuesto ascender los peldaños de la escalera a lo divino, a lo celeste, al ignoto reino de la contemplación, donde sólo perseguiría ánimos que deificasen al hombre y lo situasen en una esfera trascendente. ¡Desprenderse por fin de lo pragmático, de lo concreto, de lo objetivo, de lo pequeño, de lo temporal, de lo limitado, de lo dimensionado! Desprenderse por completo de esas minucias que tanto la agobiaban, alejándola de sus verdaderos afanes y reteniéndola en cuestiones secundarias, le permitiría por fin alcanzar la *theosis*, la superación de lo propio y de lo ajeno, la auténtica divinización del espíritu. No volvería a pisar ninguna gran ciudad moderna, sino que todas sus acciones se desarrollarían en lugares clásicos, antiguos, donde pudiera admirar las creaciones más sublimes del género humano y profundizar en la relación con lo divino. No era su intención ingresar en un convento oculto en los valles de la Selva Negra, ni transformarse en eremita, ermitaña o hesicasta. Sus intenciones eran mucho más elevadas. No se conformaría con ser Santa Brígida o Santa Teresa, pues ella tenía que aspirar a la superación absoluta de lo humano, de lo concreto, de todo límite temporal y espacial, para sumergirse en la esfera de lo divino. Sería un ascenso imparables e infinito, una trascendencia sobre la santidad misma, una fijación de sí misma en la absolutez de lo supremo; un logro inconmensurable que culminaría todo lo alcanzado por la Humanidad.

Desconocida durante mucho tiempo, había pasado del anonimato a la fama gracias a su esfuerzo, que le había permitido enseñar en algunas de las universidades más célebres del mundo. Pero ahora se disponía a abandonarlo todo. Había logrado convencerse de la vacuidad de lo dimensionado, de la fugacidad de los logros de los hombres, y estaba ahora en el recto camino de la sabiduría contemplativa. Haría pleno el encuentro con lo divino, el horizonte total de la fe del que hablaba Martin Buber; superaría el fracaso inherente a toda acción humana teorizado por Blondel para hallar en lo sobrenatural el éxito verdadero. El suyo sería un asentimiento total, una sublimada gramática de la fe y de la confianza donde convergerían la infinitud del conocer y la infinitud del desear. Estaba segura de que había superado en todo a sus predecesores, al advertir que la superación radica en la elevación a cotas inigualadas de perfección intelectual, expulsando de la mente todo anhelo por lo secundario, incluso toda preocupación por lo concreto. En cuanto hubiese abandonado ese edificio y hubiese dejado el país, ya no volvería a preocuparse por cosas insignificantes. Si la vida es demasiado corta como para proyectar la infinitud esencial de nuestro espíritu sobre las minucias de lo fugaz, sólo cabía un remedio: el ascenso infinito. María Gurichieva dejaría incluso de dormir, renunciaría a esa misteriosa necesidad humana que ha privado a los mayores genios de un tiempo precioso en el que podrían haber descubierto cosas grandiosas y haber respondido a los enigmas fundamentales de la Historia. Dormir era una condena injusta de Dios al hombre; una condena que lo alejaba aún más de la esfera divina, pues sumergía la conciencia en el misterio del sueño y de la suspensión, en una aniquilación temporal que sin embargo nos traslada a un mundo imaginario en el que se realizan todas las aspiraciones de la vida. ¡Qué crimen divino contra el hombre! ¡Y pensar que un Aristóteles, un Leonardo, un Goya o un Beethoven tuvieran que perder tanto tiempo, casi un tercio de sus vidas, sumidos en una inútil tarea que supuestamente contribuía a la regeneración de sus energías internas, pero que en realidad los privaba de la posibilidad de aprovechar todas las horas para enriquecer la creatividad humana!

Mientras esperaba la llegada del ascensor, una miríada de pensamientos surcó la mente de María Gurichieva. No podía evitar que los rápidos destellos del ideal atravesaran los mecanismos ignotos de su espíritu, recordándole la injusticia del sufrimiento de los niños en el mundo, de la presencia del mal en el hombre, incluso en la Naturaleza, del constante atropello de los derechos humanos, del constante desacato de los mandatos evangélicos, de la incomprensible voluntad humana de huir del camino de la perfección y de la elevación. ¿Acaso podría ella cumplir su tarea, alcanzar semejante estado de completitud ontológica, cuando en el mundo regía el imperio de la maldad y de la injusticia, cuando muchos morían de hambre y los niños, en lugar de disfrutar del gran don de la educación, derecho natural del hombre, se vieran obligados a trabajar en condiciones infrahumanas? ¿Tenía sentido un universo así, una realidad tan fea y repugnante, carente de finalidad alguna, dirigida por la oscura luz del ansia de poder? ¿Cómo podía ocurrir esto? ¿No era el hombre la joya de la Creación, el ser que había penetrado en los inescrutables misterios del Cosmos y que había concebido obras magistrales, sobrehumanas, huyendo de la necesidad natural y superando a la propia naturaleza, para elevarse a nuevas y más amplias realidades que le hacían comulgar con la inefabilidad de lo divino? ¿Cómo podía ella pretender olvidar las atroces realidades que sumían al mundo en el caos y en la desesperación? ¿Podía ser ajena a este silencioso sufrir de una humanidad tan falta de comprensión del todo y del uno, del universo y de su propia alma, tan incapaz de satisfacer sus más profundos anhelos? ¡No! Sus elevados deseos tenían por cometido mostrar al hombre que la liberación de lo concreto y el ascenso del espíritu a la esfera de lo divino eran posibles, asequibles a las fuerzas humanas, que, pese a su flaqueza material, no podían desfallecer.

Todas estas ideas parecían asaetearla sin piedad, mientras ella esperaba con impaciencia la llegada del ascensor. ¡Impaciencia! Volvieron a encenderse todas las alarmas en el seno de su conciencia. ¿Cuándo sería por fin capaz de vencer tan insoportable estado de impaciencia, semejante deseo de consecución inmediata, ansiosa por consagrar todas sus acciones a la contemplación de lo divino, para erigirse en auténtica dueña de su propio devenir? ¡Largo era el camino que le quedaba por recorrer! Todavía permanecía sujeta a la tiranía de sus propios impulsos, a una impaciencia que la incitaba a pulsar repetidamente el botón del ascensor, aun a sabiendas de que por mucho que insistiese el ascensor no tardaría menos, sino que simplemente tardaría lo que había de tardar. Pero el ascensor ni se determinaba a sí mismo ni respondía a los deseos e imperativos de María Gurichieva. Por un juego del destino, un invento pensado para facilitarnos la vida se convertía ahora en una fuente inesperada de angustia. Estaba claro que María Gurichieva necesitaría aún mucho tiempo para comprender en profundidad el misterio de lo real y de lo ilusorio, el misterio de lo humano, y alcanzar ese tercer estado del espíritu del que hablaba Hesse.

Pasaron los minutos, más de dieciséis desde que lo llamó (hecho indicativo de que el ascensor se había demorado más de lo normal, porque la calculadora María Gurichieva —aún no había logrado liberar su espíritu del tiránico apasionamiento por la exactitud matemática— recordaba que en el anterior trayecto había tardado dieciséis minutos en ascender desde la planta baja hasta el piso cuadragésimo noveno). Al fin llegó. María Gurichieva se dispuso a entrar. Ya no había ningún ascensorista en el interior, algo que ella atribuyó a la hora. Sin embargo, sólo eran las doce de la mañana. Además, se había dado cuenta de que la atmósfera del edificio parecía demasiado solitaria para ser un día laboral. Mas nada podía ya impedirle lograr su objetivo: a partir de ahora, abandonaría el país y sólo se centraría en ascender, en elevarse a lo divino. Pensó, sin embargo, en la dificultad de concebir semejante ascenso. ¿Tendría límite, o sería indefinido? Pero en un

ascenso indefinido no habría fin, pues jamás se recorrería la cadena de la infinitud. Ella tenía que trascender más que ascender; superar la barrera de la indefinición, de la infinitud, para alcanzar y asumir la grandeza del propio límite. Un ascenso indefinido no llegaría a punto alguno, sumido en el proceso mismo de ascender indefinidamente. Por el contrario, un ser que gozase de exterioridad con respecto a la acción misma de ascender y contemplase semejante acción desde fuera, con omnisciencia relativa, alcanzaría el verdadero infinito, superior a la noción misma de infinitud como indefinición.

Entró en el ascensor y, ansiosa de dejar la cuadragésima novena planta, se sentó en la cómoda butaca móvil, delante del espejo. Allí aguardó los dieciséis largos minutos que teóricamente tardaría el ascensor en llegar a la planta baja. Gurichieva solía aprovechar los tiempos de espera para leer alguna obra corta, pero en este caso había olvidado coger un libro. Trató de no pensar en nada, de relajarse y de esperar a que el ascensor cumpliera la tarea para la que había sido diseñado. El descenso le pareció una eternidad, máxime cuando se hallaba tan cerca de emprender su auténtico camino, el camino que ella siempre había ansiado y que ahora estaba a punto de comenzar. Pero ¿y si estuviese engañada, confundida en su conciencia del tiempo? Ella intentó tranquilizarse. “Es evidente que estamos descendiendo, porque tengo sensación de movimiento, y ningún genio maligno cartesiano puede negarlo. Noto algo, algo que no puede ser sino el resultado del movimiento de descenso del ascensor”.

Pero todo seguía igual. El ascensor continuaba descendiendo, y ella estaba allí, a la espera, ansiosa por llegar a la planta baja. ¿No podía aprovechar este descenso para simular en su mente lo que sería el ascenso infinito y la ulterior transcendencia de todo ascenso, hasta alcanzar lo divino? Sin embargo, la angustia se apoderó de ella. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué seguía descendiendo? ¿Acaso el ascensor descendía hasta el último de los sótanos, o era su propio nerviosismo, su deseo de abandonar el edificio cuanto antes, lo que le provocaba una percepción errónea del tiempo?

María Gurichieva esperó horas, días en realidad, aun sin saberlo. Mientras su mente se debatía entre el ascenso y el descenso, y pasaba revista a sus grandes proyectos, a su búsqueda vital, ella había permanecido sola, sentada en el interior de un ascensor que, a su juicio, no cesaba de descender, al contrario que su espíritu, que sólo buscaba ascender.

—¡Es ella! —dijo una voz desconocida para María Gurichieva.

—¡Es un milagro! —proclamó otra voz igualmente desconocida para ella.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? —preguntó ella, visiblemente angustiada.

—Soy el doctor Schevros, médico de este hospital. Ha permanecido tres días en estado de coma profundo. Fue el ascensorista del edificio en el que usted se encontraba quien hizo saber a los servicios de urgencia de este hospital que una mujer se encontraba en el interior de un ascensor parado en la planta cuadragésima novena, sentada en la butaca, como fuera de sí, y que no respondía a sus llamadas, a pesar de que había intentado reanimarla reiteradamente. Nos dijo que usted se hallaba como sumida en un éxtasis, y que, según tenía noticia, incluso antes de perder la conciencia usted había permanecido varias horas en el ascensor sin moverse de la planta cuadragésima novena porque no había pulsado botón alguno. Sólo había pronunciado una palabra: “ascenso”.

LA HUIDA HACIA DELANTE¹³

Dramatis personae: Erich Gastenburg: catedrático de historia de la Universidad de Münster
Frau Anna Gastenburg: mujer de Erich Gastenburg
Bruno y Gabriel Gastenburg: hijos de los Gastenburg, de veinticinco y veintitrés años respectivamente.
Otto Switzsa: amigo del Prof. Gastenburg
María Hurverd: criada de los Gastenburg
Sofía Ketlerge: secretaria del Prof. Gastenburg
Aurelius Sivedrek: rector de la Universidad y detractor académico del Prof. Gastenburg

(La acción transcurre en la ciudad westfaliana de Münster en 1870, en un solo acto)

ACTO I

Escena I

(La escena tiene lugar en un despacho de la Universidad de Münster, campus en cuyas verdes praderas y ornadas calles sucederá la tragedia del Prof. Gastenburg)

Sofía Ketlerge: —¡Dichoso todo aquél que lo viera!

Erich Gastenburg: —¿De qué se trata, Sofía?

Sofía Ketlerge: —De un elogioso artículo del Prof. Brunsted sobre vuestro último libro. Desgraciadamente, Aurelius Sivedrek ha publicado otro donde os acusa, a vos, el honrado profesor de esta insigne institución, de deshonestidad intelectual.

¹³ Texto escrito en 2003.

Erich Gastenburg: —No entiendo por qué os alteráis. Hemos de aceptar lo bueno y lo malo, el halago y la crítica. Sólo así aprende el hombre a aceptarse a sí mismo.

Sofía Ketlerge: —¡Pero es tan injusto!

Erich Gastenburg: —¿Y qué son lo justo y lo justo? Si sólo recibiese halagos, probablemente no continuaría trabajando. Me replegaría en el conformismo y en el vano orgullo del éxito inminente y fácil. La crítica puede ayudarme a progresar, Sofía.

Sofía Ketlerge: —Vos siempre tan optimista y comprensivo...

(Sofía Ketlerge abandona el despacho con un gesto de inusitada complacencia. Erich Gastenburg abre un sobre que tenía escondido en uno de los cajones de su mesa de trabajo; un sobre viejo y carcomido, pero de gran tamaño. Habla consigo a solas)

Erich Gastenburg: —No hará muchos días, mientras paseaba por el centro de Münster, entré en una antigua librería que llevaba funcionando más de un siglo, y en un sótano poco visitado encontré un manuscrito que, al parecer, había sido redactado unos años antes por un autor desconocido. Este objeto no ha dejado aún hoy de cautivar mi imaginación y de absorber mi pensamiento. Me enfrento al arduo dilema de hacer público el manuscrito y de revelar un secreto que, según el propio manuscrito, sólo puede ser conocido por la persona que lo descubra, o de condenarme a compartir conmigo mismo un secreto que me fascina, pero ante todo me aterra.

(Tras coger su maletín, deja el despacho para volver a casa. En uno de los pasillos se encuentra con Aurelius Sivedrek).

Aurelius Sivedrek: —El profesor parece tener prisa.

Erich Gastenburg: —En efecto.

Aurelius Sivedrek: —Pero el profesor no sólo parece tener prisa, sino que parece también muy preocupado por algo.

Erich Gastenburg: —No creo que fuese de vuestra incumbencia, en cualquier caso. Tenéis cosas más importantes que hacer, como escribir críticas destructivas a todo el que no comparte vuestras ideas.

Aurelius Sivedrek: —No es necesario recordaros que si, por cualquier remoto supuesto, hubieseis descubierto algo de interés para la universidad y lo estuvieseis ocultando, os denunciaría de inmediato.

Erich Gastenburg: —Bien decís: no es necesario recordármelo.

Escena II

(En el amplio salón de la vetusta casa de los Gastenburg; a la mesa se sientan la señora Gastenburg, sus dos hijos y Otto Switzsa, mientras María Hurverd se dispone a servir la comida)

Anna Gastenburg: —Un duro día de trabajo, supongo.

Erich Gastenburg: —Podría haber sido peor.

Bruno Gastenburg: —¿Habéis leído los periódicos?

Otto Switzsa: —Aún no, por mi parte.

Bruno Gastenburg: —El Concilio Vaticano I ha tenido que clausurarse abruptamente por la incipiente llegada de las tropas de Garibaldi. ¡Es el fin de los milenarios Estados Pontificios!

Gabriel Gastenburg: —Se trata, cuando menos, de un cambio histórico de enorme trascendencia. Si hace unas décadas cayó el Sacro Imperio por las victorias de Napoleón, ahora son los Estados Pontificios los que dejan de existir. ¡Qué vendrá después!

Erich Gastenburg: —Tú lo dices, hijo. Es la eterna pregunta que todo ser humano se plantea. ¿Qué vendrá? Pero lo cierto es que el mañana sólo nos confirma que somos prisioneros del futuro.

(Los comensales, extrañados por semejante reacción, se miran unos a otros mientras Erich Gastenburg continúa comiendo, como ensimismado)

Otto Switzsa: —Creo que sería justo agradecer a María la exquisita comida que nos ha preparado hoy.

Anna Gastenburg: —Verdaderamente exquisita, María.

María Hurverd: —Gracias, señora. He intentado preparar un plato innovador.

Erich Gastenburg: —¡Ah, la innovación! Innovamos, ¿para qué, si nuestro destino será igualmente trágico? Si Hamlet discutía sobre el ser y el no ser, yo digo que el destino es el no ser, la negación, la muerte, la anulación de nuestros sueños y de nuestras ilusiones.

Gabriel Gastenburg: —Os equivocáis, padre. Os equivocáis profundamente. ¿Cómo podéis decir tales cosas? Desde pequeños nos habéis educado en la fe cristiana y en la esperanza en un mundo mejor, en un mundo de

completitud, donde sólo triunfe el bien, y ahora nos decís que todo está abocado al fracaso, a la tragedia... No os entiendo.

Bruno Gastenburg: —Merece la pena vivir, merece la pena ayudar a los demás, y lo sabéis bien. ¿No erais vos quien ayudaba a los alumnos pobres que no podían costearse sus estudios universitarios, trabajando más horas de lo debido e impartiendo clases gratuitas? ¿De qué os ha servido todo eso?

Erich Gastenburg: —¿Cómo te atreves a dirigirte a mí en ese tono? ¡Eres un joven ingenuo, que no sabe nada de la vida! Con tus tonterías no has conseguido nada.

Anna Gastenburg: —¡Basta ya! ¡Erich! Estás siendo demasiado injusto con Bruno.

Otto Switzsa: —Yo, si me disculpáis, prefiero irme. Tengo cosas importantes que hacer y..., es un poco tarde.

Anna Gastenburg: —¿Qué te ocurre, Erich? No eres el mismo. ¿Dónde está el verdadero Erich Gastenburg?

Erich Gastenburg: —¿Acaso fui alguna vez el mismo? ¿Existe algún patrón que me defina categóricamente y me obligue a actuar siempre del mismo modo?

(Todos se retiran al salón. Bruno y Gabriel se marchan; Erich Gastenburg y su mujer se quedan, solos)

Anna Gastenburg: —No es necesario indagar mucho, Erich, para darse cuenta de que te ha ocurrido algo, algo grave. ¿Son acaso esas infames críticas de Aurelius Sivedrek la causa de tu extraño comportamiento?

Erich Gastenburg: —No insistas, Anna. La causa de mi desdicha es mía y de nadie más. Uno ha de saber afrontar la fatalidad por sí solo. Compartir lo bueno y ocultar lo malo. Sólo así todos seremos felices.

Anna Gastenburg: —¡Pero yo no puedo ser feliz si tú sufres!

Erich Gastenburg: —No hay más que hablar. Sólo la aceptación de la propia desesperación puede ayudarme a superar estas horas bajas en mi vida. Todo en cuanto creí se desvanece ahora en una terrible espiral de sospechas. Los ideales que amé ya no existen. Sólo queda el temor, temor ante lo desconocido, ante la fatalidad.

(Erich Gastenburg se va, y Anna se queda llorando en el salón)

ESCENA III

(En una solitaria calle de Münster, Erich Gastenburg se detiene a mirar su manuscrito)

Erich Gastenburg: —Aquí estás de nuevo. ¡Y pensar que no eres más que un sucio y carcomido trozo de papel! ¡Maldito el día en que la desdicha me llevó a encontrarte en aquella librería infausta! Y sólo contienen una frase, incisiva, personalizada, que parece dirigida a mí desde el albor de los tiempos: “*No intentes huir de tu fatalidad*”. ¿Cómo interpretarlo? ¿Obvia o reveladora sentencia? ¡Sin embargo, y como si hubiese llegado a mí en el menos propicio de los instantes de mi vida, me ha sumido en una inexplicable e indescriptible desesperación! ¿Qué quieres decirme? ¡Habla! ¿A qué fatalidad te refieres? ¿A mi fracaso, a mi incapacidad de lograr el respeto y la admiración entre los demás profesores alemanes, y a tener que sufrir las risas burlonas de mis colegas a causa de mis teorías? ¿O a que tengo que soportar las desventuras de unos hijos míos que, en lugar de buscarse un futuro más seguro, prefieren dedicarse a ayudar a los demás, desatendiendo los deberes familiares? ¡Yo, que en un tiempo creí que el mejor de los destinos era consagrar el tiempo y la existencia a ayudar al prójimo, me encuentro ahora sumido en esta absurda desesperación! ¿Qué ha sido, qué es y qué será de mi vida? ¿Puedo confiar en algo o en alguien? ¿Por qué triunfa siempre la injusticia? ¿Por qué brillan quienes tienen como único objetivo criticarme, reírse de mí, dañarme? ¿Tuvo algún sentido hacer lo que hice? ¡Desdichado fin el del hombre, preso del pasado y esclavo de la fatalidad!

ESCENA IV

(En el paraninfo de la Universidad de Münster se han reunido todos los profesores para celebrar la inauguración del nuevo curso. Aurelius Sivedrek, como rector de la Universidad, pronuncia un discurso. Asisten Gastenburg y su familia al completo)

Aurelius Sivedrek: —Nuestra universidad siempre ha tenido como fiel brújula la búsqueda de la verdad. En nuestra larga existencia hemos promovido investigaciones honestas en todos los campos del saber, y nunca hemos transigido con la mentira o la falsedad. Sin embargo, damas y caballeros, hay un aspecto que no puedo dejar de denunciar hoy, al comienzo de un nuevo curso, de una vida nueva para nuestra venerable institución. Hemos tolerado todas las ideas y credos entre nuestros docentes, pero nunca hemos tolerado la mentira y el ocultamiento de la verdad. Pero hay alguien aquí, sentado entre nosotros, que se beneficia del nombre y del prestigio de esta universidad para postular teorías fantasiosas que sólo nos

han traído el ridículo y el escarnio de otras universidades de Alemania. Alguien que se basa en fuentes inciertas, desconocidas excepto para él, y que ha sido expulsado de la Sociedad Germana de Historia por su falta de seriedad científica. Ha despreciado todos mis intentos de hacerle entrar en razón y en el recto camino de las ciencias, respondiéndome con ambigüedades. Se ha atrevido a rechazar el proyecto de trabajo que le asigné, la investigación que le propuse, y no ha cejado en su empeño de despreciar en múltiples foros mis trabajos sobre historia. ¿Acaso puede una universidad como la nuestra, que aspira a dar gloria a Alemania, permitir que en sus pasillos, en sus claustros y, peor aún, en sus aulas conviva con nosotros un profesor que desprecia la ciencia rigurosa y que sólo acude al engaño como instrumento de trabajo? ¿Puede la ciencia permitir que un hombre la deshonre y avergüence, postulando teorías ficticias sobre civilizaciones perdidas e islas sumergidas que sólo cuentan con el apoyo de unos pocos excéntricos, y además ocultar información que posee y que seguramente eche por tierra sus inverosímiles hipótesis?

(Erich Gastenburg se levanta)

Erich Gastenburg: —Uno de los escritos que según vos he ocultado decía, precisamente, “no intentes huir de tu fatalidad”. Lo que pienso hacer ahora es cumplir esa fatalidad.

(Saca un revólver y apunta directamente al Rector. Pero los dos hijos de Erich se levantan y tratan de detenerle)

Bruno Gastenburg: —¡No, padre; deberéis matarme a mí también si deseáis cometer un crimen tan horrendo!

Erich Gastenburg: —¡Aparta! ¡Sólo deseo matar a quien es la causa principal de mis tormentos! ¡Aparta!

Gabriel Gastenburg: —¡No, padre! ¡Confiad en vos, confiad en nosotros, confiad en el ser humano! ¡No hay fatalidad alguna inscrita en el destino, padre! La única fatalidad es la que nosotros mismos hemos creado. Ahora, en este momento, en este inescrutable instante que arma el presente, tenéis en vuestras manos la posibilidad de erigir un destino no fatal, sino dichoso. ¡Es ahora cuando forjáis vuestro destino! ¡Ahora y no en el futuro; ahora y no en el pasado! ¡Vos sois vuestro destino!

(Erich Gastenburg, conmovido por las palabras de sus vástagos, tira el revólver; al poco, la policía lo detiene)

GALAMOR Y LA LENTE OMNISCIENTE¹⁴

Érase una vez una pequeña aldea del bosque de Triweed. Más allá de donde cabe contemplar, en la lejanía del horizonte, se erguía una montaña que no cesaba de arder. Desde antiguo, los habitantes de Triweed habían creído que en esos recónditos montes se forjaba el tiempo: lo pasado, lo presente y lo futuro, los eventos que habían de acaecerles, tenían su origen en ellos.

A los aldeanos les estaba vedado franquear los límites de Triweed. En él encontraban todo cuanto ansiaban, y a él consagraban sus más denodados esfuerzos. Hubo un tiempo en que algunos aldeanos se atrevían a abandonar Triweed, pero aquellos tiempos eran ya remotos.

En el centro del bosque había una cascada. De ella y de los manantiales circundantes los aldeanos obtenían el agua que necesitaban. El suministro estaba así asegurado para largo, como sabían los más viejos.

Un día, la dama Galamor decidió abandonar su palacio. Éste se ubicaba en uno de los extremos del bosque, herencia de los antepasados de Galamor, que habían regido los destinos de Triweed desde sus albores, como recuerdan las crónicas más autorizadas. Era raro, ciertamente, que alguien de su condición (en este caso, una de las más ilustres familias de magos) decidiese dejar su refugio natural para adentrarse en la espesura del bosque. Los aldeanos, conscientes del poder y del conocimiento de los magos, se habían plegado desde antiguo a sus deseos, y mediante un celebrado pacto, el pacto de Esmitrial (así llamado por haberse firmado con el mago Esmitrial, quien vivió veinticinco generaciones antes que Galamor), formalizaron esta sumisión garantizando el respeto mutuo y la recíproca asistencia en caso de ataques de “criaturas extrañas” al bosque. Confesaré que las crónicas no precisan de qué tipo de criaturas se trata, pero podemos suponer que no son amistosas, en cualquier caso. Quizá troles, brujos, hechiceros y, en el peor de los supuestos, híbridos de animales y humanos, o, llevándolo al más terrible de los extremos, un híbrido de mago y hombre: los *remtros*, tan astutos como los magos y tan maliciosos como los hombres. Muchas otras criaturas, incluyendo orcos y toda clase de desagradables creaciones de la Naturaleza, eran enemigos seguros de los triweedianos. Afortunadamente, el buen funcionamiento del pacto había significado la preservación del bosque de Triweed.

Galamor no acostumbraba a salir, pero no era ahora la necesidad lo que la impulsaba a abandonar su palacio, sino la inquietud ante algo que había descubierto. En uno de sus paseos por los jardines del palacio había recibido un comunicado urgente: un misterioso envío. Sin remitente a quien atribuirlo, Galamor pensó que la lente que portaba el paquete era simplemente alguno de los bienes que le había legado su difunto padre, Esmitrial IV, desperdigado en alguna de las posesiones que éste había adquirido a lo largo del país. Pero se equivocaba. Una nota adjunta lo confirma: “*con él dominaré los corazones de los hombres*”. ¡Pobre Galamor! Jamás había aspirado a tal cosa, y sin embargo un dominio sobre los corazones de los hombres, incluyendo a los rebeldes de

¹⁴ Texto escrito en 2003.

Samortrue, aliados con orcos y remtros en contra de los triweedianos, parecía ahora una oportunidad deparada por sorpresa. Pero ¿cómo actuaba exactamente semejante artificio?

Galamor llamó a su ama de llaves, la venerable señora Árlega. En cuanto la criada se puso la lente, no podía creer lo que veía. Bajo un fondo oscuro, se le habían representado distintos objetos: un nuevo carromato, una bolsa repleta de monedas... ¿Qué sería aquello? Interrogada por el significado de estos objetos, Árlega argumentó que era precisamente lo que había estado esperando desde hacía meses: el mal estado del carromato que utilizaba para adquirir los productos en el mercado de Triweed hacía necesaria la compra de un nuevo modelo, y el exceso de trabajo demandaba un aumento de sueldo que Árlega no se atrevía a pedir a su señora. Pero en el fondo negro apareció otra cosa: una anciana señora sentada en trono, con el cetro de Triweed en una mano y un báculo dorado en la otra. Galamor intuyó que Árlega, en lo más profundo de su corazón, deseaba ser reina de Triweed, un título que ni siquiera ella misma poseía, pues había renunciado a él hacía ya mucho tiempo.

Atormentada por el inusitado poder de la lente, Galamor volvió a emplearla: todos, desde los jardineros hasta los ayudantes de cámara, ansiaban algo en lo más profundo de su corazón. En algunos casos, como en el de Árlega, estos deseos eran puramente materiales: ser reina, incrementar el número de propiedades... En otros, el mayor deseo era la felicidad de sus familiares más cercanos. ¿Qué otra cosa podían significar las imágenes de niños felices corriendo por verdes praderas, o de felices esposas disfrutando de agradables paseos junto a los lagos?

Galamor decidió probar la lente consigo misma. Se la puso y, mirando a un espejo, no contempló nada: un fondo totalmente oscuro, con un destello casi imperceptible radiando desde una cavidad. Atormentada, asustada por lo que aquello podría simbolizar, se marchó al bosque. Llegó al lago de Merlor, lugar de descanso y aislamiento para sus antepasados, y se sentó junto a la orilla. Desde allí contempló el paisaje, inmenso y hermoso como la aurora. Y el tiempo pasó...

Cuando Galamor despertó de su sueño, el lago de Merlor continuaba, sereno e impenetrable. El escenario no había cambiado. La lente permanecía junto a ella. Volvió al palacio, pero no encontró a nadie. “¿Dónde estoy?” –clamaba Galamor, invadida por el desconcierto.

Gritó en busca de su ama de llaves, y de sus jardineros, y de cualquiera de sus ayudantes. Pero nadie respondió a sus llamadas. Sin desistir en su intento de encontrar a alguien, se dirigió a la aldea. Cuál sería su sorpresa al comprobar que no había nada allí donde antes se había situado una aldea; sólo vegetación, vegetación y más vegetación geoméricamente dispuesta, guardando una exquisita simetría en todas direcciones. Trató de abandonar el bosque por los caminos tradicionales, pero sin éxito. Sin embargo, en el horizonte se erguía, más majestuosa aún, la montaña ardiente. “¿Acaso me veré obligada a marchar allí para averiguar qué ha ocurrido?” –se preguntaba Galamor.

Emprendió un viaje que todo el mundo habría considerado sumamente largo y peligroso. Pero a Galamor no se le hacía largo el camino: parecía una senda recta y continua. Enseguida llegó a la falda de la montaña. En la entrada, una inscripción en caracteres remtrianos (lengua que Galamor había aprendido en su infancia, instruida por su padre) rezaba: “Palacio de Cronodéspoto”. Nada evocó este nombre en la memoria de Galamor. A su juicio, no aparecía ni en los anales de los magos ni en los de los remtros, que con tanto detenimiento había estudiado. Subió una escalera, flanqueada por retratos

de hombres que le resultaban familiares, como el del antiguo rey Arsenamín, vencedor de las fuerzas oscuras.

En el fondo de la escalera, un destello casi la cegó. Abrió la puerta, y encontró a un hombre sentado. Aun anciano, preservaba su porte regio.

–Mi querida Galamor, desde hace tiempo os esperaba.

–Debo preguntaros quién sois.

–No tardaréis en saberlo. Soy Cronodéspoto, señor de los tiempos pasados y futuros, contemplador de mundos.

–¿Vos domináis el tiempo?

–Así es. Todos vuestros antepasados dedicaron los últimos años de su existencia terrena a buscarme. Se sentían atrapados por el tiempo, angustiados por la nostalgia del pasado y suspicaces frente al futuro. Esta sensación de continuo malestar los hizo venir en mi busca, y pedirme que los mantuviese o en el pasado más glorioso o en el futuro más deslumbrante. Pero se equivocaron al confiar tanto en mi poder. Yo sólo puedo controlar lo pasado o lo futuro. Esto quiere decir, Galamor, que puedo controlar lo que fue y lo que será, pero nada puedo hacer sobre el presente, sobre lo que es.

–¿Insinuáis entonces que mis antepasados yacen encerrados en la desdicha de pasados o de futuros?

–Lamento deciros que es así. Vuestros antepasados, como muchos otros magos antes que ellos, intentaron preservar lo más brillante del pasado y retener lo mejor de todo cuanto habría de venir. Pero ignoraron algo: el presente os pertenece a vos misma. No tengo poder alguno sobre el presente.

–Ahora entiendo lo que aquella misteriosa lente mostraba a mi espíritu más que a mis ojos.

–Ah, la lente...

–¿La enviasteis vos?

–No fui yo, sino el señor de los deseos. Falgor fue un mago, el más poderoso de cuantos han existido. Su poder llegó a ser tan proverbial que aprendió a descubrir los deseos más íntimos de los hombres y sus más secretas intenciones. Pero quiso algo más que conocimiento: buscó poder. Cansado de que los demás miembros de la Orden Suprema de los Magos ignorasen su valía, se alió con la oscuridad. Binbar, señor del mal, príncipe de las tinieblas, lo acogió en su orden y lo nombró decano supremo. Tantos halagos le tributó que Falgor le prometió lealtad perpetua. Pero nuestro mago descubrió que Binbar no deseaba otra cosa que la victoria final del mal sobre el bien. Consciente de que traicionaría los ideales más elevados a los que antes había servido, y aun sus más profundos anhelos, se enfrentó a Binbar. Antes de encaminarse al fatídico duelo, construyó una lente que recogía su sabiduría más preciada: la capacidad de ver los deseos más profundos de los hombres. La lucha fue colosal. Aunque Falgor podía adivinar la estrategia de Binbar, éste disponía de un poder tan asombroso que acabó por alzarse con la victoria. Condenado a internarse en las cavernas del mal, hendidas en el seno de la

montaña ardiente, nada más se supo de Falgor. Algunos aseguran que logró escapar; otros que murió vagando por los laberintos de las cuevas de Lerfreg, auténtica patria de Binbar.

–Ahora recuerdo haber escuchado en boca de mi padre el relato de un hombre que se había internado en las profundidades de la montaña ardiente, y del que nunca más se supo. Sin embargo, él mismo me aseguró que unos aldeanos habían divisado un espectro andante por las faldas de la montaña, y que ante el temor habían huido, despavoridos. Quién sabe si se trata de Falgor.

–Habéis de saber que antes de morir, Falgor acudió a mí en busca de ayuda. Nada pude hacer por él. Su deseo más profundo nada tenía que ver con lo pasado o con lo futuro, sino con lo presente. Descubrió que el presente es al mismo tiempo el pasado y el futuro, y que el dominio del presente, creador y destructor de mundos, significa el dominio del pasado y del futuro. Nada más supe de él. Me abandonó repentinamente, y antes de dejarme os envió la lente tan enigmática que habéis recibido.

–Decidme: Binbar, ¿dónde habita?

–La estela de destrucción y caos que deja Binbar se puede encontrar en toda la tierra. Afortunadamente, gracias a la valía de vuestros antepasados la maldad de Binbar no logró triunfar en las inmediaciones del bosque de Triweed.

–Debo buscar a Falgor. Debo hablar con él. Debo aprender de sus propios labios los secretos de la lente.

–Como os he dicho, no será fácil encontrarlo. Además, las cuevas de Lerfreg no están bajo el dominio del bien, pues carecen del hechizo de protección que envuelve Triweed y sus alrededores. Os aconsejaría que no fueseis, pero conociendo como conozco los deseos más profundos de vuestra alma, ¿podría negar que iréis?

–Señor de pasados y de futuros: conocéis la nobleza de mis propósitos, que sólo buscan conocer la verdad, la verdad del presente, para derrotar de una vez por todas a Binbar, señor del mal, que sólo domina los males pasados y los males futuros, porque el mal nunca puede triunfar sobre el presente, sobre este instante único que siempre pasa y nunca logra asentarse en lo perenne.

–No puedo, ilustre Galamor, aconsejaros que marchéis sola. He hecho llamar al príncipe Jorgan de Sabsen, célebre en el mundo entero por su valentía, cuyo padre fue amigo del vuestro. Desgraciadamente, Binbar invadió con sus fuerzas oscuras el reino de Sabsen y tomó preso al rey.

–¿Cuál fue el destino de Jorgan?

–Se refugió en la sala del trono, bajo el trono real. Era aún niño, y nadie advirtió su presencia. Cuando Binbar se sentó en el trono para tomar posesión del reino que acababa de conquistar, Jorgan, acurrucado y temeroso de que lo descubrieran, hizo la promesa eterna de luchar incansablemente contra Binbar y sus ejércitos. Consiguió huir con la complicidad de una criada y, aconsejado por un sabio de los bosques, vino a mí. Yo le enseñé saberes ancestrales. Años después se dedicó a vagar sin rumbo por toda la tierra y a atacar, en fútiles escaramuzas, a las fuerzas de Binbar, que tiranizaban a los pueblos conquistados.

–¿Cuándo vendrá? ¿Cómo podéis encontrarle si vaga sin rumbo? No puedo perder más tiempo. He de irme ya.

–No temáis, dulce Galamor. Yo conozco sus deseos futuros, por lo que puedo saber a qué lugar se dirige. Basta enviar un mensaje allí, para que él acuda a mí. Y en cuanto a cuándo llegará, lo cierto es que...

Un apuesto joven, en cuya figura resplandecía el más antiguo de los linajes reales, entró con paso firme en las estancias de Cronodéspot. Portaba una armadura orlada con el escudo del reino de Sabsen, y en su espada refulgía el brillo del metal más noble que existía en la tierra. Galamor, quien rara vez había franqueado los muros del palacio de su padre, no había conocido a nadie tan atractivo, tan imponente, cuya belleza la cautivaba de manera insondable. Jorgan no entró solo. Cinco hombres, que asombraban por su estatura y su aparente fuerza, lo acompañaban.

–Aquí estoy porque me habéis llamado, señor de pasados y de futuros. Permitidme que salude a la noble dama Galamor.

–La dulzura y la armonía que brotan de vuestras palabras son el mejor de los saludos, insigne caballero, príncipe de Sabsen.

–Nada en comparación con la magia que desprenden vuestros vocablos. Soy vuestro humilde siervo, Galamor.

Cronodéspot se irguió, y habló con voz solemne:

–Vosotros, siete en total, seis hombres y una dama, habéis de encontrar a Falgor para descubrir el auténtico misterio de la lente omnisciente. Ella os revelará los deseos pasados y futuros, pero, como debéis recordar, nada podrá revelaros sobre el presente. Debéis ser cautos ante las apariencias, pues lo que parece futuro es ya pasado, y lo que parece pasado es aún futuro. Además, las fuerzas de Binbar acechan por doquier, y es difícil percibir los deseos futuros en las fuerzas oscuras.

–Yo, Jorgan de Sabsen, daré mi vida si es necesario por proteger a esta dama y por encontrar a Falgor, y así harán también mis leales hombres: Gorgios, Sulidor, Hurfrod, Manedror y Clausior.

Ya en marcha por sendas confusas, Galamor y los seis caballeros no podían dejar de sentir cierta inquietud en sus corazones. Mientras surcaba los pintorescos y tupidos bosques de esas tierras, contemplando las más variopintas especies animales y vegetales reservadas a los ojos de los hombres, Galamor reflexionaba sobre la arcana naturaleza del tiempo. ¡Conocer las cosas pasadas y futuras! ¡Qué más querer, qué más buscar, si uno tiene ante sí el instrumento, el talismán más ansiado!

Llegaron finalmente a un río, que aparecía en los anales bajo el nombre de Jloped. Allí, un hombre de silueta casi espectral pedía limosna:

–¡Limosna, caballeros, limosna!

Jorgan se disponía a darle algunas monedas cuando Galamor preguntó:

–¿Conocéis a Falgor, señor?

–¿Y quién es la bella dama que se digna preguntármelo?

–Soy Galamor, hija de Esmitrial. Vengo de parte de Cronodéspoto.

–Me ofrecéis demasiados detalles, noble dama. ¿Qué le puede importar a un pobre viejo cansado ya de la vida y de la muerte?

–Conocéis a Falgor. Es la verdad.

–¿Qué son el conocer y el olvidar? ¿Ha logrado el hombre en algún lugar y en algún instante conocerse a sí mismo?

–¡Es Falgor! –exclamó jubilosamente Galamor, exultante de gozo porque la inescrutable providencia la hubiese conducido al objeto mismo de su búsqueda.

Sorprendidos, Jorgan y sus caballeros no podían sino admirar la presteza de Galamor, quien había tardado tan poco en identificar a Falgor.

–Tenéis un secreto que revelarnos, un secreto que mi corazón espera ansiosamente –le dijo Galamor.

–¿Acaso creéis que os revelaré el misterio final? ¿Acaso creéis que os revelaré el misterio de vuestra vida? ¡No! ¡No dejéis que la ingenuidad aprese vuestra mente! Comprendo que esperéis una revelación mía como tantos esperan la aurora o suspiran por la primavera. Mas yo no tengo tal revelación, y no creo que nadie la posea.

Jorgan se interpuso:

–¿Cómo? ¿Insinuáis acaso que todo es un engaño, que Cronodéspoto nos ha mentido al enviarnos aquí a buscaros; que todo ha sido en vano?

–Oh, no. No insinúo eso. En absoluto. Lo único que quiero deciros es que no debéis buscar fuera de vosotros mismos. El secreto, la revelación con tanto fervor buscáis, la respuesta a las contradictorias emociones que embargan vuestro espíritu y al mal que sufre el mundo, sólo lo encontraréis en vuestro interior. Cronodéspoto, señor del pasado y del futuro, puede daros a conocer lo que ya ocurrió o lo que habrá de ocurrir, pero nunca

podrá mostraros lo que realmente ocurre. Sólo una fuerza superior que ni yo mismo conozco podría saberlo.

–¡Pero vos conocéis los más íntimos deseos del hombre! –le espetó Galamor.

–Bien decís. Mas ¿qué deseo más íntimo que el propio deseo, que la propia ansia, que el propio afán de buscar y de descubrir? ¿No es el deseo de desear, la perpetua sed de lo ausente, el anhelo de hallar, lo que rige las estancias más profundas de vuestra alma? ¿No es el deseo de amor?

Falgor, visiblemente fatigado tras sus palabras, empezó a desfallecer.

–¡No! ¡No podéis abandonarnos ahora, en esta encrucijada, en este extraño destino!

–Recordar mis palabras: lo que buscáis está en vos.

Sus ojos se cerraron para no abrirse más. Falgor había muerto. Lo habían encontrado al fin, pero también lo habían perdido, sumidos ahora en un misterio mayor si cabe.

Sin tiempo de reaccionar, súbitamente unos caballeros vestidos de negro rodearon a Galamor, a Jorgan y a sus hombres.

–¿Qué es esto? ¿Qué pretendéis? –exclamó Jorgan.

–Pertenece a la guardia personal del gran Binbar, quien nos ha ordenado apresaros y llevaros a su palacio –dijo uno de los soldados.

Maniatados, Jorgan y sus caballeros fueron tratados como vulgares esclavos. Galamor fue más afortunada, pues pudo desplazarse a caballo. Tras varias horas de camino, llegaron a un palacio que, custodiado por incontables guardianes, se alzaba sobre una inmensa colina.

Las estancias eran tenebrosas, repletas de retratos de los antepasados de Binbar, así como de imágenes que representaban sus principales victorias. Cada pared parecía infundir un sentimiento de angustia, de desesperanza, de frustración y tragedia, al contemplar los rostros de los vencidos, la impiedad mostrada por Binbar y sus hombres en el campo de batalla. Tras haber recorrido un cuantioso número de estancias intermedias concebidas para intimidar al visitante, se encontraron con un gigantesco trono.

–Bienvenidos al corazón de mi imperio. No os pediré que os postréis ante mí, pues quiero algo más importante de vosotros –dijo Binbar, cuya imponente silueta resultaba estremecedora.

–¿Acaso puedo permitirme ignorar lo que queréis? –contestó Galamor.

–Sabéis perfectamente qué busco. Una preciosa herramienta que me otorgará el poder más absoluto, el dominio total sobre los destinos pasados y futuros; ¡la presciencia, la capacidad de predecir las acciones de mis enemigos, para así someterlos a mi voluntad!

–Jamás os haré entrega de tanpreciado objeto –exclamó, con voz firme, Galamor.

–¿Creéis que no? ¡Traedlos!

Los guardias de Binbar escoltaron a los cinco caballeros de Jorgan. Incomprensiblemente, parecían contentos de estar ante Binbar.

–Aquí los veis. Quienes hasta hace poco parecían ser vuestros más fieles servidores son ahora mis esclavos, sumisos a mi divina voluntad.

–¿Qué ha ocurrido para que vuestra alma caiga presa del poder de Binbar? ¿Tan grande es el temor que sentís? ¿Dónde está el valor? ¿Cómo habéis podido traicionarme? –exclamó Jorgan, con voz angustiada, Jorgan.

–No han sido nuestras pasiones, Jorgan, sino el convencimiento de que nada lograréis luchando contra Binbar. Sabemos que Binbar es el futuro y que vos sois el pasado –dijo Gorgios.

–¿Lo escucháis? Sed realista: yo, Binbar, soy el futuro, yo soy quien traerá a este mundo unidad, firmeza y ambición. Yo mostraré que el hombre podrá por fin superarse y vencer sus antiguos temores, que el hombre se elevará a la condición de hombre supremo, triunfal y resplandeciente, victorioso sobre sus antiguos temores, dueño de todo cuanto es. ¡Yo ensalzaré al hombre! ¡Yo enalteceré todos sus deseos! Dadme ahora la lente, Galamor.

–¡Jamás os la daré!

–Entonces contemplaréis con vuestros propios ojos cómo los que antes fueron vuestros leales servidores se convertirán ahora en vuestros verdugos. Galamor y Jorgan, un amor imposible, un amor irrealizable, un amor pasado y exento de futuro... ¡Encerradlos! Sufiréis mañana las consecuencias de vuestras acciones. Esta noche será la noche de vuestra última expiación.

Conducidos a los calabozos, Galamor y Jorgan no parecían asustados. Decididos a no entregarle la lente, estaban solos, unidos ante la fatalidad. Galamor pasó la noche recordando aquellas palabras pronunciadas por Falgor: “Lo que buscáis está en vos...”

–Perdonadme, príncipe Jorgan. Vinisteis aquí por mi culpa, y por ella vais a morir. Si me lo pedís, entregaré la lente a Binbar. No puedo obligaros a morir conmigo.

–Jamás os pediré tal cosa. Os amo, Galamor, os amo, y confía ciegamente en vos. Siempre os he amado, desde la primera vez que os vi en vuestro palacio, cuando aún era

niño y fui con mi familia a una fiesta que ofreció vuestro padre Esmitrial. Yo os observaba cuidadosamente, pero la timidez me impedía dirigirme a vos. ¡Esplendorosa, refulgente, acompañabais a vuestro padre en las recepciones! Soñaba con convertirlos algún día en mi esposa, para que mi amor, entonces inseguro, alcanzase algún día la plenitud deseada. Por ello, cuando Cronodéspoto me llamó, mi dicha no pudo ser más profunda. Descansad ahora, Galamor, porque si morimos, moriremos juntos.

Rayaba el alba cuando Galamor y Jorgan fueron llevados al salón del trono. Aun ocultos tras oscuras máscaras, era evidente que los verdugos eran dos de los caballeros de Jorgan. Binbar, cuyo rostro emanaba furia, una furia inconmensurable, se alzó y dijo, con voz grave:

—Vuestro destino se sellará ahora: ¡entregadme la lente omnisciente!

—Jamás lo haré —respondió, con voz desafiante, Galamor.

—Habéis decidido entonces vuestro futuro.

En ese preciso instante Jorgan logró deshacerse de los guardias que lo retenían y se abrazó fuertemente a Galamor.

—¡La lente! —gritó Binbar.

Sus soldados cogieron la lente omnisciente y se la entregaron a Binbar.

—Antes de morir, quiero que contempléis con vuestros propios ojos mi nuevo poder: el conocimiento de vuestros deseos futuros.

Binbar proyectó el artilugio sobre Galamor y Jorgan.

—¡Deseáis vencerme! ¡Ingenuos! Esta lente podrá predecir vuestros deseos futuros, pero no evitar vuestro fatal desenlace.

Sin embargo, el abrazo entre Galamor y Jorgan rebosaba de una pasión tan intensa que ni los soldados pudieron separarlos. De repente, un destello inusitadamente luminoso se elevó desde el talismán y se proyectó sobre Galamor y Jorgan.

—¡Es el triunfo del presente! —proclamó Galamor.

—¡Os amo, Jorgan, os amo, y éste es mi único deseo presente, mi deseo más firme!

—Recibid también vos una muestra de mi amor inquebrantable, de mi deseo presente, universo condensado en este beso con el que consagro mi alma a la vuestra y mi voluntad a vuestro destino.

Del beso surgió una luz blanca y purísima, que se unió a la que procedía de la lente. El destello cobró tal fuerza que cegó a la mayoría de los soldados de un Binbar cuyo cuerpo parecía evaporarse súbitamente, como abrasado por tanto fuego. Galamor y Jorgan aprovecharon la confusión reinante para huir del palacio. En el exterior, el sol de la aurora refulgía, esplendoroso. Cronodéspoto contemplaba lo sucedido desde lo alto de su montaña, diciéndose:

—Es el misterio del presente, su fuerza inextinguible, lo que les ha permitido vencer un mal que sólo domina pasados y futuros, pero nunca la incapturable magia del presente; porque siempre podremos desear el bien y obrarlo, y siempre existirá un presente que sobreponga a pasados y a futuros.

PERIPATÉTICO EN UN PAÍS PERIPATÉTICO¹⁵

Don Ildefonso María de Samasdemo y Urquiogue, insigne donde los hubiera entre los licenciados de Salamanca, doctorado por Alcalá y con toda clase de estudios en el extranjero (máster de Filosofía por Lovaina y de teología por Yale, prácticas de oratoria en Oxford, diploma de teoría política por La Sorbona y de filología oriental por Heidelberg), se disponía a comenzar su lección magistral de ontología en la Universidad de Pintilla del Horcajo de San Saturnino, cuando una mano temblorosa se alzó desde el fondo del aula:

–¿Desea preguntar algo? –inquirió el afamado docente.

–Querría... Querría... Lo cierto es que... ¿En qué consiste la ontología?

–Ontología es una denominación que procede del griego...

–No me refiero a eso, sino... ¿Se puede saber qué vamos a aprender en esta clase?

–¿Cómo? ¿Se atreve usted a despreciar en público y con tanto descaro la noble disciplina de la filosofía, en la que muchos próceres del intelecto han vertido los geniales destellos de su sabiduría, a fin de indagar en las preguntas fundamentales que se plantea el hombre?

–Mire, don Ildefonso, yo me matriculé en esta carrera porque mi familia me dijo que era necesario que tuviese estudios y, claro está, la condición de filósofo me proporcionaría gran prestigio entre mis paisanos.

–¡Qué irresponsabilidad, matricularse en esta carrera sin mostrar interés alguno por la materia!

–No se preocupe, don Ildefonso María. En cualquier caso, puede estar seguro de que mi pasión por el saber y por el aprendizaje me ha permitido efectuar ya profundas penetraciones en la ciencia gnóstica de la filosofía. Supongo que es una cuestión de talento natural, porque mi madre, doña Fulgencia Camila del Sacratísimo Corazón, acudía a las tertulias oficiales de Pintilla del Horcajo de San Saturnino para intervenir, en virtud de su vasto saber, en las discusiones de mayor actualidad.

–En ese caso, de mucho le servirá estudiar ontología, para que afine su crítica percepción de lo singular y lo universal.

–¡Ah! Para sentido crítico, el mío. En una ocasión dije al alcalde, don Honorio, casado con doña Gregoria Socorro de los Afligidos, que debía mejorar la disposición de las estanterías de la nueva biblioteca municipal. Y, por supuesto, fue mi familia la que le propuso crear esta universidad, de reconocido prestigio...

–¿Ha leído usted a Aristóteles?

–Hace poco leí que había fallecido. Triste no podrá irse, cuando acumuló tan inmensa fortuna.

–¡Me refiero a Aristóteles de Estagira, el que fuera preceptor de Alejandro Magno!

–¡Ah, por supuesto! ¿A quién cree usted que me refería yo? Leí, creo recordar, la *Ética a Polímaco*.

–A Nicómaco, querrá decir.

–No, no. Yo aludo al reciente descubrimiento de un manuscrito que contiene la *Ética a Polímaco*, y en el que ha participado mi gran amigo el párroco de Pintilla del Horcajo de San Saturnino, don Sandalio de San Buenaventura, sabio donde los haya.

¹⁵ Texto escrito en 2003.

–No tenía noticia de semejante hallazgo.

–Básicamente, nadie la tiene, porque todavía está en proceso de hallarse. El hallazgo no es completo. Hay indicios que sustentan la hipótesis pero, como usted comprenderá, hallar el hallazgo requiere tiempo.

–¿Hallar el hallazgo? Mejor, dejémoslo.

Tras finalizar las clases, don Ildefonso María decidió ir a la capital del reino para probar fortuna entre el círculo de filósofos de la ciudad. Acudió a la "Sociedad Nacional de Filosofía", aunque no estaba seguro de haberse dirigido al lugar correcto. Pues él, que había pasado demasiados años en el extranjero, estaba acostumbrado a que las academias y los círculos cultos de las ciudades se ubicaran en las propias universidades, en bibliotecas acondicionadas para la discusión entre damas y caballeros o en distinguidos edificios del centro. Sin embargo, en este caso, la afamada -o, mejor dicho, conocida- "Sociedad Nacional de Filosofía" se situaba, por supuestos motivos técnicos, en el interior de un café. "Querrán recuperar las prácticas de la vieja escuela peripatética, aunque en lugar de caminar disfruten de los exquisitos manjares que ofrece este café" -se decía a sí mismo.

Don Ildefonso María entró en el café y se dirigió a la "esquina de los filósofos" (él, culto entre los cultos, recordó de inmediato la célebre *Poet's corner* de la Abadía de Westminster). Se presentó ante la docena de caballeros ("¿dónde están las mujeres" -se preguntaba) allí sentados. Les informó de que sus investigaciones se centraban en la relación entre el concepto de naturaleza de Spinoza y la idea de Hegel, y de que además estaba inmerso en la redacción de un artículo sobre la *mathesis universalis* de Leibniz y su conexión con la noción de absolutez en Schelling, sin olvidar una dilucidación de la disputa sobre el cálculo infinitesimal y sobre sus implicaciones metafísicas.

–Espero esbozar importantes conclusiones sobre la relación entre la lógica y la metafísica, sobre la naturaleza de la polivalencia en el discurso de la Escuela de Lvov-Varsovia y sobre las actuales implicaciones de la cosmología relativista y de la cosmología cuántica para el estudio de la estructura del universo.

La audiencia, anonadada, se sumió en un silencio absoluto. Las pipas de los profundísimos filósofos no expulsaban humo, sino sorpresa. El café y los bollos se quedaron en la mesa, aunque a más de uno se le derramaron algunas gotitas y no pudo evitar la incómoda presencia de las migas del bollo sobre su camisa. Enseguida, el director de la Sociedad tomó la palabra.

–Es un auténtico placer contar con su presencia. Admiramos mucho sus trabajos y le exhortamos a que prosiga con tan hondas investigaciones, que ciertamente tienen cabida en el panorama actual del pensamiento filosófico que se desarrolla en nuestro país. Desgraciadamente, las cuestiones sobre las que versan las tertulias habituales de nuestra sociedad suelen restringirse a la esfera política.

–¿Política?

–En efecto. Tenemos la costumbre de comer en el café, y durante la tertulia debatimos sobre los problemas políticos de mayor trascendencia para nuestro tiempo. Es una fórmula

fantástica. Un buen almuerzo parece alumbrar las bombillas apagadas de nuestras neuronas. Al terminar, tras saborear el exquisito menú de nuestro exclusivo cocinero, es como si una nueva luz nos ayudara a pensar con mayor consistencia sobre temas políticos. ¡Si hasta los propios políticos se reúnen aquí y disfrutan de almuerzos de casi cuatro horas, en los que discuten las cuestiones principales para luego participar, durante unos quince minutos, en el obligado debate oficial! Y, que yo sepa, no va tan mal el mundo. ¡Algún secreto tendrían para tomar tan brillantes decisiones! Es la fórmula mágica del almuerzo, de debatir mientras comemos, de dar luces al género humano desde la propia mesa o, mejor aún, desde la sobremesa.

Don Ildefonso María no podía soportar que el director de la Sociedad, mientras disertaba sobre el imperativo de que política y filosofía se integrasen en la sobremesa, persistía en su empeño de fumar una pipa ya caduca, una pipa casi chamuscada que en vez de humo parecía desprender una polvareda.

—No se preocupen. Siento decirles que la política no es lo mío. Me considero apolítico, aunque no por ello me desentiendo completamente de la política; más bien contemplo el hecho político desde una perspectiva independiente, lo más neutral posible. Para mí, no existen ni derechas ni izquierdas. Son divisiones convencionales para quienes gustan de encasillar a los individuos en un modelo predeterminado. Yo, en mi concepción de la infinita apertura de la mente humana...

La audiencia no paraba de mirar fijamente a don Ildefonso María. Los rezagados, que aún iban por los postres, empezaron a ponerse algo nerviosos.

—¡Éstos son temas demasiado profundos para nuestra Sociedad! —susurraban algunos.

Algo defraudado, don Ildefonso María pensó que sólo en el Museo de Arte Moderno lograrían comprender sus inquietudes, si bien, todo sea dicho, ni él mismo sabía lo que quería exactamente. Prefería considerarse a sí mismo un peripatético, un filósofo ambulante que se desplazaba de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad para inculcar a sus compatriotas el noble apego a las disciplinas filosóficas. Sólo en el Museo de Arte Moderno, donde los genios más avanzados del arte abstracto iluminaban a los visitantes con la inasible profundidad de sus creaciones, podrían entender cabalmente las preocupaciones y aspiraciones de nuestro filósofo.

Así, y bajo estas prescripciones, don Ildefonso María entró en el Museo de Arte Moderno y se dirigió sin titubear al taller de creación artística, donde los mayores genios del arte abstracto de la ciudad se hallaban inmersos en la preparación de sus obras. En el extremo de la estancia, un joven artista, quien firmaba con un nombre tan extraño que ni el propio don Ildefonso María, conocedor de varias lenguas, podía pronunciar, aguardaba la culminación de su obra. Meditabundo, sumergido en un silencio casi insondable, calculó la posición precisa. Nada podía fallar o, de lo contrario, una obra destinada a refulgir en la historia del arte junto a los cuadros de ilustres pintores como Rubens, Velázquez, van Dyck o Goya se perdería en las tinieblas del olvido. Seguro de haber calculado hasta el más mínimo detalle, el artista lanzó un huevo (recién sacado del

gallinero que había en la trastienda de la casa de las musas, construido para proveer a algunos de los artistas que allí trabajaba del instrumental apropiado para la ejecución de sus obras) al centro mismo del cuadro, para que se situase sobre un círculo negro y un cuadrado marrón. Intrigado por la naturaleza y el significado de tan curiosa composición, don Ildefonso preguntó al artista:

–Disculpe mi ignorancia, pero no alcanzo a comprender el sentido preciso de la obra.

–No se preocupe. Sólo unos pocos, duchos en la difícil técnica de la pintura ultra-abstracta, o meta-abstracta, pueden entender mis creaciones. Se han organizado ya varios seminarios en las universidades más prestigiosas del país. Incluso se han escrito tesis doctorales sobre la filosofía subyacente a mi obra, que pretende no ya completar el proyecto abstraccionista en el arte, sino elevarlo a una nueva categoría, a un espacio "*meta*" desde el cual sea posible reflexionar no lógicamente, sino estéticamente sobre la naturaleza misma de la abstracción. En realidad, la cosa no es tan complicada como puede parecer: muchos dicen que trato de reproducir el instante primigenio del universo, el origen del cosmos en su mismidad, y que lo hago a través de la imagen de una integración imposible entre el círculo y el cuadrado, entre lo curvo y lo rectilíneo, quintaesencia de la contradicción no solventada, cristalización de lo mutuamente excluido. Para ciertos investigadores, este intento de profundizar en la naturaleza viva y dinámica de la contradicción proyecta el arte abstracto a una dimensión nueva, a un lenguaje inexplorado, dado que posibilita una comprensión distinta del arte mismo. En vez de abstraer formas y estructuras, en vez de descomponer para recomponer la esencia, desnuda y clara ante una visión geométrica del mundo que revele la vaciedad de su fundamento último, lo que hago es indagar en el origen mismo de la abstracción, en la forma que subyace a esa forma y a esa estructura, en la lógica de la lógica. De ahí el término "*meta-abstracción*", que supone la conquista de un espacio más profundo de reflexión sobre lo estético.

–¿Realmente se propone usted eso?

–La cosa es más sencilla de lo que dicen los especialistas en arte abstracto. Pongo un huevo en el centro de la composición porque es una materia prima barata y abundante. El cuadrado y el círculo son también las figuras más sencillas de pintar. En resumen: lo que he pintado es la sencillez misma, la suma simplicidad, reflejo de la simplicidad divina; el triunfo de lo sencillo, de lo natural, frente a la complejidad estética y el virtuosismo técnico, cuyas implicaciones filosóficas son de una trascendencia incontestable.

En la otra esquina de la sala, un artista dibujaba círculos, triángulos y toda clase de figuras geométricas. Utilizaba materiales alternativos, como agujas, varas metálicas e incluso rosas y jazmines recién cortados.

–Mi creación simboliza la armonía como principio constitutivo de la naturaleza; la convivencia de las formas lógicas y de sus plasmaciones reales que, como universalidad concreta, confiere al mundo una belleza inescrutable.

Don Ildefonso María pensó que el hombre debería haberse dedicado a la poesía en vez de a la pintura, porque los círculos carecían de simetría (aunque, pensaba nuestro filósofo, quizá el artista hubiera querido rebelarse contra la equidistancia que define la

esencia geométrica del círculo y en realidad hubiera optado por elipses o hipérbolas) y las rosas se habían impregnado de pintura violeta, lo que las desnaturalizaba. En cualquier caso, advirtió que no era ése el espacio adecuado para discutir sobre sus investigaciones filosóficas. No porque despreciara el arte moderno (de hecho, admiraba las obras de Picasso, Dalí y Miró), sino porque rechazaba el "arte por el arte", el "arte deshumanizado" denunciado por Ortega, así como el arte movido por el lucro, contra el que se alzaba Wagner.

“No hay lugar para un peripatético en este peripatético país” –pensaba nuestro hombre. ¿Dónde encontrará refugio, dónde hallará sosiego y calma para mitigar sus pesares? ¿Dónde cultivará su talento? ¿Dónde se curará del mal que padece, llamado ingenuidad?

Al fin y al cabo, don Idefonso María empezaba a convencerse de que, para ser feliz y deshacerse de sus males, una sola cosa bastaba: pasear.

BREVE DIÁLOGO ENTRE UNA PRINCESA Y UN PERRO¹⁶

Elena Federica Augusta de Hohenzollern-Sigmaringen Sajonia-Coburgo-Gotha Dos Siclias de Orléans Baviera-Hofmahl-Stuttgart Hohen von Grundzweiss Heidelberg-Comensis Westfalen-Coblenz von Lichtenstein, vulgarmente conocida como la "depresona", o en ocasiones como "la monja exclaustrada", se disponía a pasear plácidamente por los jardines del palacio de Hohenzollern-Sigmaringen Sajonia-Coburgo-Gotha... (dado que el palacio debía llamarse de igual modo que la familia a la que pertenecía, los aldeanos decidieron referirse a él como "El convento inclaustrado"). Era Navidad, y la blanca nieve sobre las germanas praderas constituía un serio obstáculo para los deseos de Su Alteza, tanto que se vio obligada a cancelar su tradicional paseo.

–¡Pero si no hay peligro alguno! –replicaba la insigne princesita a su padre, Wilhelm Georg Friedrich Ernst Otto von...

–No hay más que hablar: sería demasiado peligroso y cuando menos oneroso para mi familia que te cayeras y que tuviéramos que comprar un nuevo vestido con otro revestimiento de perlas de Sumatra. Por ello, es absolutamente imprescindible que permanezcas en el palacio, leyendo libros de santos ahora que estamos en Navidad, para que tu alma adquiera conciencia del sagrado evento que celebramos. He llamado, por otra parte, a dos monjas y a tres monjes para que te acompañen en estos días y te ayuden a rezar.

Otta, campesina donde las hubiera, se dirigió en ese preciso instante al ilustre palacio para ofrecer sus productos.

–¿Quién llama? –preguntó un criado.

–Soy Otta.

–¿Qué Otta? ¿Otta von...?

–No, simplemente Otta. ¡Y no me diga que hay otra llamada como yo, pues soy singular, nadie se me parece!

–Siento decirle que no esperamos a ninguna Otta. Si quiere vender productos del campo, le aconsejo que lo haga en el mercado del pueblo y no en la casa de los príncipes de Hohenzollern-Sigmaringen...

–¡Príncipes! ¡No me diga usted! ¿No será que también usted es un príncipe! Al menos lo aparenta.

–Bueno, lo cierto es que... Le agradezco su elogio. No, no soy un príncipe, pero soy el mayordomo de un príncipe.

–Ya sabía yo que no era usted un simple criado... Seguramente ocupará el cargo de camarlengo, o de secretario personal de Su Alteza.

–Veo que domina usted el mundo del protocolo.

Mientras el mayordomo y Otta iniciaban una animada conversación, el perro de Otta, comúnmente llamado "Ulrico", logró con no escasa habilidad introducirse en el *hall* del palacio, sin que el criado (mayordomo, para ser más exactos) lo notara. Ulrico era un perro muy especial. Cuando Otta lo encontró en las inmediaciones del palacio de Luis el

¹⁶ Texto escrito en 2003.

Loco de Baviera se rumoreaba que había sido el perro personal del monarca y que, contagiado también de la afamada locura de su amo, el animal había aprendido a hablar. Otros dicen que era amigo de las célebres ocas de Maxwell, y que al escuchar tantas cosas sobre ecuaciones diferenciales y campos electromagnéticos el perro había adquirido la facultad del habla, contagiado de tanta brillantez en tan breve espacio. En cualquier caso, la verdadera naturaleza de Ulrico era un profundo e insondable misterio, que ni el mismísimo Champollion habría conseguido descifrar. Con Otta formaba una pareja magnífica: la inteligente campesina y el genial perro se las arreglaban para ir de pueblo en pueblo y de palacio en palacio, ganándose el sustento con las técnicas más novedosas de seducción y engaño hasta entonces concebidas.

Ulrico, como si estuviera familiarizado con el palacio, entró directamente en los aposentos de Elena Augusta Federica. Llamó a la puerta, como cortés caballero, y salió a recibirlo uno de los monjes que estaba rezando el rosario con la princesa. Como no vio nada al abrir (el perro se había escondido sagazmente y se había internado en la estancia mientras el monje andaba por el pasillo en busca del que había golpeado la puerta), el religioso exclamó:

–¡Gritos de Lucifer! ¿Qué endemoniado tendrá por propósito distraernos en el santo ejercicio del rezo del rosario?

–No os preocupéis, hermano. El rosario se hace demasiado monótono sin alguna perturbación externa que nos ayude regresar a nuestro estado de concentración y quietud

–profirió el otro monje, que acababa de despertar de un dulce y espiritual sueño.

–En cualquier caso, no importa. Prosigamos –dijo la princesa.

Ulrico, a quien ninguna excentricidad o extravagancia podía ya sorprender, se posó delante de Elena, que dormitaba (al menos tenía los ojos entreabiertos) en una esquina de la habitación. Con un aullido la despertó bruscamente.

–¡Válgame Dios! –dijo ella.

–Pareéis Sancho Panza, pero en femenino –le espetó el perro.

–¡Santo Dios! ¡Un perro que habla! –gritó una de las monjas, Sor Vitrubia.

–¿Acaso os sorprende? ¿No se han obrado mayores milagros en la historia de la salvación? Al fin y al cabo, el Señor ha sido justo, después de tantos siglos deseando decir a los hombres que cuando nos entristecemos y nuestro rostro lloroso los mira atentamente, no es porque los amemos, sino porque asumimos resignadamente nuestra profunda frustración, obligados a soportarlos a perpetuidad y a ocultar nuestra desdicha.

–¡Chucho impertinente! –exclamó uno de los monjes.

–Impertinente no, padre, sino realista. He conocido a reyes, duques, condes y generales, y a todos les he hablado en los mismos términos. ¿No se les ha ocurrido nunca que deberían mirarse en un espejo o, por lo menos, replantearse seriamente su situación? ¿Son realmente conscientes del estado de su salud mental? De hecho, pueden considerarme un médico inusitado, que acude cuando el paciente lo requiere. Ciertamente es que, en este caso, me he autoinvitado a su distinguida casa, porque sé perfectamente que la señorita Elena Augusta Federica Hohenzollern-Sigmaringen Sajonia-Coburgo-Gotha y todo lo demás –discúlpenme, pero me agota recitar semejante letanía de apellidos rancios –, bueno, la "monja exclaustada"...

–¿Cómo os atrevéis a burlaros así de la sensibilidad religiosa de la princesa? –interrumpió una de las monjas.

–Disculpadme, pero la princesa está atravesando una grave crisis emocional, una dura depresión. ¿No es así?

–Es verdad. No sé cómo explicarlo. Siempre me encuentro triste, nostálgica, melancólica... Estaba dispuesta a ingresar en el convento de las carmelitas descalzas, pues las obras de Santa Teresa han sido mi único consuelo estos días. No puedo seguir así. La depresión coloniza lo más hondo de mi alma, tiraniza mi sentimiento, esclaviza mi deseo...

–¡Poética dama sois! –exclamó Ulrico – ¿Queréis que os administre una receta?

–Os escucho –respondió la princesa.

–Me llamaréis vulgar, ingenuo o aguafiestas, superficial o incluso absurdo, pero si queréis un remedio rápido, una medicina eficaz que alivie vuestros pesares, esta psicodramática imagen de un ideal inasible...

–¡Virgen santa! ¿Dónde ha aprendido un perro todos estos vocablos? ¿En la universidad? –preguntó uno de los monjes, que no salía de su asombro.

–¡Oh, no! No he necesitado ir a la universidad. Me ha bastado con estudiar detenidamente todas las acciones de mis amos. Eran tan sugestivas que la facultad del habla vino a mí por sí sola, como por ciencia infusa, o como si tan extraño don deseara huir de sus anteriores huéspedes para introducirse en uno nuevo. En cualquier caso, pues mi ama Otta estará ya esperándome...

De repente, entraron Otta y el mayordomo, quien se reía a carcajadas de las cosas que le contaba la astuta campesina.

–¡Qué es esto! –profirieron, exaltados, los monjes – ¡Cómo os atrevéis a entrar sin permiso en estos aposentos!

–Lo sentimos, excelencias –dijo el mayordomo–, pero la señora Otta me ha pedido que avise a Ulrico de que se hace tarde.

–No os preocupéis –replicó Ulrico –. Casi he acabado. Seré breve: para terminar con vuestros pesares será suficiente que cambiéis de apellido...

II) EVOCACIONES

EN EL OCASO DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES¹⁷

Cae la noche sobre mi espíritu. Una voz interior me exhorta a desistir. Todos los senderos que ha recorrido mi voluntad parecen cerrarse repentinamente. Las bellas promesas de la juventud ya no surten efecto en mí. Todo un mundo de expectativas languidece ante la fuerza implacable de la realidad. Por más que avance, no encuentro lo que creí vislumbrar en el horizonte, como una figura vaga y hermosa que atraía y secuestraba mi imaginación.

¿De qué ha servido tanto esfuerzo, tanta ilusión, un deseo tan profundo por elevarme a las cimas de la contemplación intelectual y por integrar todos los reinos del saber en el crisol de la unidad más pura? ¿Acaso estoy condenado a envejecer en lo inexorable? ¿Qué soy y qué he de ser?

Tantas horas solitarias iluminado por mi propia conciencia se me antojan ahora vanos intentos de coronar lo imposible. Todas las esperanzas que deposité en un conocimiento capaz de dar sentido a la vida se desvanecen hoy como brumas efímeras, disipadas por la cruda realidad de que la ignorancia siempre triunfa sobre el saber.

¿Dónde discerniré ese sentido que me persigue con su sombra impasible? ¿Dónde podré respirar al fin el aroma de una verdad perenne, que me libere de todo tormento y recompense mi anhelo de sabiduría? ¿Dónde habita la paz por la que suspira todo mi ser, embarcado en una aventura que no conduce a ningún puerto?

¡Oh ciencia! En tu largo y sinuoso camino creí hallar todo lo que mi corazón buscaba. Extasiado ante tu divina semejanza, mi espíritu volaba por cielos infinitos cuando se entregaba al estudio de tus verdades, y un placer inconmensurable me embriagaba con fuerza irresistible. El beso de un amor incondicionado parecía consagrarme por entero a la más alta y noble de las empresas, y un gozo inusitado me abrazaba con sus soberbios rayos. Un paraíso de comprensión inundaba de claridad mi alma cuando desentrañaba los secretos del mundo, escritos en el lenguaje de las matemáticas, y captaba la conexión de todo con todo en el escenario universal de la razón y de la experiencia. La desbordante complejidad del firmamento parecía sucumbir ante la simplicidad y la elegancia de tus principios, armados de orden, consistencia y simetría, pues en un puñado de signos se condensaba el vigor inabarcable de la naturaleza, revelado a quien aprende a descifrar su idioma más íntimo. Engastada en armonía, la diversidad desembocaba en la unidad, y una belleza inagotable me embargaba con su música sublime, cuyos sagrados y delicados ecos resonaban continuamente en mi entendimiento y en mi voluntad. La infinitud del espíritu convergía en el poder de unos pocos símbolos, rebosantes de potencia y de significado. Todos los mares de la materia y de la vida se vertían dulce y silenciosamente en el cáliz de la inteligencia humana. Las lentes de la ciencia me mostraban el poder oculto en lo que no vemos, la riqueza insondable de lo que pocos perciben, y el brío de la abstracción matemática me introducía en el extraño mundo de lo que podemos concebir, mas no imaginar. Cautivado por esta magia que simulaba dominar la totalidad del cosmos con su energía inescrutable, el mundo parecía resplandecer lleno de sentido, como si fuera la obra de una mente superior, artífice de

¹⁷ Texto escrito en septiembre de 2020.

maravillas. Mis temores cedían ante la pujanza de una comprensión racional, que con la antorcha de la lógica alumbraba lo que no nos pertenece, y todo mi ser rejuvenecía al contacto con verdades tan bellas y dilucidadoras. Pero cuanto más he avanzado en los senderos del saber científico, más ha crecido mi sensación de impotencia ante un universo que nunca dejará de desafiarnos. Un hondo desasosiego se ha adueñado de mí en esta espiral de preguntas sin respuesta, pues soy consciente de que siempre podría saber más, y de que cada nueva verdad no hace sino expandir el círculo de nuestra ignorancia. Pese a los nobles empeños de la humanidad, lo incontrollable emerge sin cesar desde profundidades inasibles, y lo que hoy creemos saber mañana quizá se muestre incierto. Nos afanamos en describir el universo mediante las matemáticas, cuyo rigor nos eleva a un olimpo de perfección y hermosura, pero hay siempre un exceso de irracionalidad en todo lo que contemplamos y experimentamos, que el espíritu geométrico jamás aprehenderá en su búsqueda de exactitud. Un manto de oscuridad e incompreensión nos envuelve, enigma indoblegable que ni un dios lograría deshacer. Una vastedad de misterios subsiste en el cosmos y humilla la grandeza de la mente, que creía bañarse en las fuentes de lo inteligible.

Ansioso de alcanzar alguna certeza, me consagré también a la filosofía, y en su pila bautismal me sumergí como neófito. Con la ingenuidad de un niño vagaba de un sistema a otro. Conciliaba todos los opuestos en el espacio de lo universal y, embrujado por la ligereza del pensamiento puro, llegaba a sentir destellos de plenitud admirando la solidez y la ambición de algunas elaboraciones metafísicas. Como regalos celestiales, las ideas más profundas florecían en mi alma y la anegaban de luz y fervor. La fuerza de las contradicciones se derretía al calor de una intuición grande y resplandeciente, y todo brillaba con claridad angélica. Las infinitas distinciones se difuminaban ante mi anhelo de unidad, y la cadena de lo necesario parecía vincular todas las esferas de la materia y del espíritu con hilos de oro. Hambriento de retos sobrenaturales, soñaba con desenterrar el fundamento último de todo, escondido tras apariencias cegadoras, y con el hechizo de la abstracción ascendía a bóvedas siderales, tejidas de amplias y profundas verdades. Pero las sutiles especulaciones de los filósofos no me han enseñado nada seguro, ninguna conclusión firme, nada que no esté sujeto a duda, salvo lo trivial, y ninguna me ha rescatado del miedo a la muerte, ni me ha ayudado a vivir y a mejorar un mundo en el que abunda el dolor. El gozo de la vida no es mayor para quien se ha esforzado por comprender, y la incompreensión nos rescata muchas veces de la angustia y del abandono. Aunque me haya desvelado razones y posibilidades, el esplendoroso cielo del pensamiento filosófico no ha hecho sino acrecentar mi sensación de soledad cósmica. La ignorancia sobre el fundamento persistirá siempre, como un océano sin orillas por el que nunca cesaremos de navegar. Todos los intentos por iluminar este vacío me parecen hoy afanes inútiles, proyectos risibles, obsesiones de quien aún no ha entendido la gravedad de una existencia que sólo puede precipitarse al abismo más voraz.

En el arte, que es el nombre más hermoso de la libertad, me pareció también encontrar ese paraíso añorado, saciado de sentido. En la belleza de las grandes creaciones del espíritu creía imbuirme de un poder eterno, cuya gloria igualaba a los hombres con los dioses. En todo me empeñaba en buscar una profunda y evocadora unidad estética, una dimensión oculta que sólo el arte conseguía expresar y que justificaba todo el sufrimiento y toda la oscuridad de la vida. El arte me reconciliaba con mi propia humanidad, me hermanaba al pasado y me abría a un futuro lleno de virtud y esperanza. La contemplación de algunas creaciones me subyugaba suavemente y convocaba mis lágrimas, ávidas de derramarse en la copa de lo universal. Pero me bastó reflexionar sobre la fugacidad de todas nuestras obras para desfallecer de nuevo, encarcelado por la

desesperación, crepúsculo indómito cuyo manto se cierne sobre todo el que busca. Pasarán los siglos y se desvanecerá nuestro arte, derrotado por el inmisericorde tiempo, enemigo invencible. Todo lo grande, bello y profundo que ha creado la humanidad, todo lo que hoy nos enorgullece porque nos eleva, no tardará en ser pasto de las llamas, y lo que hoy consideramos sublime e imperecedero se convertirá mañana en polvo y ceniza, secuestrado por el olvido que ha de cubrir la faz de esta tierra.

Cuando se apague la sensibilidad humana, disuelta en el inmenso lago de la nostalgia, cuando la indiferencia cósmica recupere su reino perdido, ¿dónde residirá toda la belleza que hoy cultivamos con esmero? ¿Dónde se preservará lo que hoy nos inspira cuando se sequen los mares de la imaginación, y dónde se consumará nuestro anhelo de persistencia, vaso que nada colma? ¿Dónde descansarán las alas de la creatividad, que surcan el cielo de lo inexplorado, penetran en el hogar de lo recóndito y atraviesan océanos tempestuosos con la brújula de la fantasía y del ensueño? ¿Qué valor tiene la libertad creadora del hombre, si todos sus frutos se consumirán en la insignificancia?

Decepcionado con el presente, busqué también sentido en el estudio del pasado. Con ilusión primaveral buceaba en civilizaciones remotas, en mundos fenecidos y en acontecimientos brillantes. Desde el oasis de la imaginación paseaba por los grandes escenarios de la Antigüedad y dialogaba con las supremas glorias del espíritu. Idealizaba espacios ausentes y tiempos desvanecidos porque quería huir de un presente inhóspito y de un futuro incierto. Pero enseguida comprendí que la historia ilumina el presente, mas no lo justifica; que subsiste siempre un exceso de poder y de responsabilidad en el aquí y en el ahora y que nunca el pasado ha obedecido a los sueños que proyectamos sobre él. Pues ¿qué lección cabe extraer de la irrevocabilidad de una historia en la que han prevalecido injusticias irredentas y afanes descomedidos de opresión? ¿Cuándo ha imperado el ideal sobre la realidad? Si algo enseña la historia es que nunca ha logrado la humanidad ser verdaderamente libre, y que nunca el saber ha disipado por completo las nieblas de la ignorancia. Si algo enseña la historia es que el único deber del hombre es vivir en el hoy para allanar el camino al mañana.

Estoy cansado de contemplar estos paisajes, sin poder otear mundos nuevos con ojos nuevos. ¿Adónde se dirigirá mi entusiasmo, que ahora languidece como prisionero de la insatisfacción perpetua? ¿No quería yo ascender al cielo de la perfección y del entendimiento pleno, allí donde se despejarían todas las incógnitas y se agotaría el cáliz de todas las verdades, en la aurora del saber auténtico? Sé que sin conocimiento no hay libertad, pero ¿a partir de qué punto no empieza el conocimiento a esclavizarnos y no se marchitan sus promesas de liberación?

¡Devuélveme la confianza perdida en este ocaso, oh conocimiento, oh espejo devoto de mis ansias más puras, tú que antes irradiabas el fulgor más preciado y me bendecías con las olas de tu claridad y de tu exuberancia! Pues sin fe en la ciencia y en el arte, sin fe en el poder del espíritu humano para escrutar los secretos del universo e impulsar la nave de la voluntad con un soplo siempre nuevo, ¿cómo recobraré la ilusión por la vida? ¿Cómo avivaré ese fuego íntimo que no cesa de vibrar en mi conciencia y que me insta a no conformarme con nada ni a recluir mi mente tras límite alguno? ¿Para qué luchar y para qué anhelar, si la finitud de nuestros afanes jamás conquistará un ápice de la infinitud del universo? ¿Cuándo entenderé la razón que subyace a todo y dónde beberé el agua de la vida verdadera, rebosante de entusiasmo?

Hoy recuerdo los días venturosos en que aún tenía fe en la ciencia, en la filosofía y en el arte. Enardecido por un amor singular, el faro del saber y de la belleza no dejaba de abrir mi corazón a lo nuevo, propiciando experiencias que para mí reflejaban dones eternos y aquilatados. Un sinnúmero de estrellas despuntaba en la solitaria vastedad de mi mente. Orientado por sus rayos bondadosos, creía descubrir por mí mismo lo que otros proclamaban y me parecía encender mi propia luz en esta tierra. Despojado de odios y recelos, me entregaba a engrandecer el mundo con el fulgor de una creación honesta, cuya savia fortalecía mi amor por la vida. Como un espíritu libre, flotaba piadosamente por todos los pasados y vislumbraba proféticamente todos los futuros. Inmortal en mi dicha y en mi ensueño, como si me hubiera bañado en las profundidades de una aurora infinita, una dulzura inagotable se apoderaba de mi alma y saciaba el anhelo que brota de un corazón ansioso de conocimiento y de sensibilidad. Pero ahora me hundo en el desasosiego, y las finas agujas de la incomprensión desgarran mi espíritu. Inmerso en una senda inacabada, ¿para qué continuaré buscando, si nunca encontraré nada definitivo? ¿Cuándo se evaporarán los manantiales del deseo y cuándo se extinguirá la llama de la curiosidad?

La oscuridad es el destino de la vida humana. Por mucho que descubramos, por sublimes que sean las cumbres de nuestro pensamiento y los horizontes de nuestra libertad, la sombra del sinsentido siempre nos atenazará con el halo de la angustia. Ni la naturaleza ni el arte pueden calmar nuestra sed de sentido. Tampoco pueden salvarnos de la muerte. Sentenciados a peregrinar infatigablemente por la noche de la incomprensión, a ofrecer un nuevo rostro a lo innombrable y a ensanchar el radio de un saber siempre incompleto, ninguna aurora nos abrirá nunca las puertas del verdadero mediodía y de la felicidad pura. Libres en la necesidad, piezas en el gran mosaico del destino y de sus excelsas manifestaciones, sólo nos queda seguir, amar el futuro, inaugurar nuevos mundos con la luz creadora del espíritu y acercarnos indefinidamente a esa verdad que es infinita, como infinito es el mundo de lo posible; así hasta que el destino nos absorba, hasta que un universo que no cesa de reinventarse a sí mismo nos reclame como a sus hijos pródigos. Es la dignidad de lo efímero, pero igualmente necesario para dar gloria al todo y a la multiplicidad de sus formas.

Descendamos a las simas de nuestra soledad para después ascender a un cielo de creación y audacia, pues sólo quien se reconcilia con su sufrimiento puede forjar algo valioso. Nutriremos la mente con aquello que nadie ha contemplado, y entonaremos un cántico jamás oído. Porque renace el espíritu humano con cada anhelo de superar lo existente, de ampliar lo que ya es y de lanzarse a tallar la faz de lo que aún no es; con cada esfuerzo por trascender este entendimiento y esta voluntad, para mejorar el mundo. Lo que un día amamos resucita con el trabajo por construir lo nuevo, perenne primavera para todo el que busca. Pues al negar lo que es dejamos paso a lo que puede ser.

¿POR QUÉ SUSPIRAS, TÚ QUE AMAS?¹⁸

*

¿Por qué suspiras, tú que amas? ¿Acaso no suspiras por caer en los brazos de un amor aún más bello?

¿Tiene fronteras el amor? ¿Puede haber límites a la belleza y a la gloria que llega a alcanzar este sentimiento?

No, porque el amor trasciende todas las fronteras. El amor es vida, y ningún muro basta para contenerlo. Ni siquiera la verdad limita el amor. El amor crea su propio mundo, sus propias leyes, su propio rostro, tallado con pasión y desvelo. ¿Qué límite podría existir para el amor, si su destino es infinito, e irradia su luz a los lugares más recónditos?

Quien ama sólo puede temer dejar de amar, que su amor se precipite en abismos de desidia y olvido. Todo lo demás es esperanza: esperanza en un amanecer siempre nuevo, en una lágrima de alegría y no de dolor, en un sufrimiento redimido por el inconmensurable poder del amor, que supera todos los obstáculos con su ardiente audacia. La esperanza es el origen y el destino del amor, y el amor rubrica el triunfo de la esperanza.

Quien se rinde al amor, no teme las lágrimas. Llorar de amor es fluir de vida. Quien ama conoce el valor del llanto y de la espera. No tiene miedo a perderse, porque sabe que siempre se encontrará en el destino universal del amor. Todas las encrucijadas del existir se desvanecen como brumas transitorias, y la trama de la vida emerge como un mar rodeado por un único continente, que es el amor. Navegue adonde navegue, sólo podrá arribar a la brillantez de sus orillas, que son el reflejo inmortal de algo demasiado puro, demasiado grande y hermoso para el hombre.

Quien ha soñado con derramar la inmensidad del océano en una sola copa ha soñado con amar, con amar infinitamente, con acoger en su seno el espíritu del amor, que da sentido a la existencia.

¿Y en qué consiste ese espíritu, ese beso irresistible de un ángel capaz de envolvernos con la más excelsa ternura?

En la imaginación suspendida en su propio paraíso de luz, en las alas que surcan una vastedad sin nombre, en la sensibilidad que se apodera del entendimiento, para mostrarle un nuevo y dorado camino hacia el futuro.

*

¹⁸ Texto escrito en 2020.

¿Qué es, pues, el amor, sino el cielo ya en la tierra, el ser nuevo que reemplaza al viejo, la perenne juventud de una entrega auténtica al amado?

El ser poseído de amor no vive para sí, sino para un mundo nuevo y bello. Su existencia es como un árbol que crece hasta rasgar las alturas, disipando las nubes y llenándolo todo de claridad, para que sólo resplandezca el azul del cielo. Encaramado a su copa, el que ama se siente partícipe de una verdad más profunda, más tierna, más dulce y reveladora.

Todo amanece con una luz pura para el que se deja conquistar por el amor. Las noches y los días se revisten de un significado nuevo, como si todos los misterios de la vida se hubieran descifrado con una clave universal, que abre las infinitas puertas del firmamento.

El espíritu del amor todo lo transfigura en emblema de luz y vida. Pues el amor es luz; es la propia e inspirada fuente de la luz. Como un manantial que nunca se consume, del amor no cesa de brotar un agua siempre fresca y cristalina.

*

En el amor, el amado contempla un destello de lo eterno, la hondura y la luminosidad de un trazo divino, que parece bendecirnos con el óleo de un don libre.

Nadie es dueño del amor. Tan sólo somos sus siervos abnegados, sus humildes recipientes, cálices desbordados por la sublimidad de lo que custodian.

El amor sólo obedece a su propia dignidad y a su propia belleza, a la libertad de amar y a la necesidad de ser amado. Porque el amor verdadero no es posesión: es libertad; libertad de crear juntos un mundo y un destino, libertad de dar y de recibir, libertad de expandir el corazón en el otro, en el horizonte insondable de su cuerpo y de su alma.

No existe el amor perfecto, porque el amor genuino se nutre siempre de la hermosa e indolegable imperfección del ser humano, semilla de autonomía creadora. Si el amor fuera perfecto, no sería libre. Tan grande y gozoso es el amor que ha de ser imperfecto, para que cada uno descubra su propia imperfección, su propia llamada a elevarse.

*

En ese canto divino que es el amor, todas las sospechas retroceden. Poco importa la naturaleza del interés que lo mueva. Poco importa que la sensibilidad sucumba fácilmente a los encantos de la hermosura. Poco importa que el amor esconda un impulso ancestral, el hambre de placer, pues su yugo es demasiado suave, tanto como para desear que nos esclavice por siempre.

No temas la pasión. Es la brisa de un amor que llega, el heraldo de una lírica ancestral que golpea las puertas del espíritu, para despertar un futuro aún durmiente.

Belleza de bellezas y eternidad de eternidades es el amor. El amor es siempre sabio. Es hijo de la sabiduría más antigua y profunda a la que puede aspirar un ser sensible. Porque amamos, comprendemos, y porque comprendemos, queremos amar aún más, con la excelencia de un vigor desconocido, pues el amor nunca se cansa de amar, de expresarse a través de nosotros, frágiles criaturas que necesitan dar y recibir amor.

El amor nace de un impulso, pero sólo es amor si logra elevarse por encima de ese impulso. Admiramos la astucia del amor, que primero lanza cuerdas hechas de pasión y ciego impulso, pero en cuanto nos ha capturado externamente, libera su verdadera esencia, la fragancia imperecedera de su alma, el perpetuo renacer, el efluvio inescrutable y enaltecedor que ampara desde la eternidad, desprendido como la nieve que se convierte en arroyo. Su aroma perfuma la totalidad de nuestro ser con su fuerza desinteresada, invitándonos a un espacio incondicionado, a un territorio inabarcable, anegado de luz. Es la incesante luz de una estrella que irradia su fulgor sin exigir nada, sólo por la nobleza inagotable del propio amor, de un amor que no deja de esperarnos.

*

El amor dilata tiempos y ensancha espacios. En la cúspide de su gloria, hace que las horas parezcan minutos y que las distancias se evaporen. Quiebra las leyes del tiempo y pulveriza toda sensación de lejanía con el soplo de su plenitud.

El amor transforma toda debilidad en fortaleza. Forja de la nada una brújula con la que orientarse por los senderos del mundo, y la limpidez de su magia nos ayuda a ascender a las más altas cimas del cuerpo y del espíritu.

A quien rebosa de amor no le asusta la oscuridad de la existencia. No teme rechazar a Dios. Su corazón está repleto de energía, de un ímpetu vivaz y centelleante que colma todo su ser.

Quien ama no necesita creer en Dios. Sabe que el amor es ya divino, es ya la faz de un absoluto encarnado en la hermosura de la entrega sincera al otro, a la nueva alma destinada a unir ambas almas. Los hombres inventaron a Dios para representar un amor infinito, pero es en el amor verdadero donde se alumbra ya ese infinito, como ofrenda clara y pura. Es en quien ama donde habita el Dios que todos buscan.

*

El amor engrandece la sensibilidad y el entendimiento. Todo lo reconcilia, todo lo redime, todo lo impulsa hacia una meta más hermosa y resplandeciente.

Gracias a la pujanza del amor, sombríos pasados se inundan ahora de luz y claridad, y la tristeza del presente cede el testigo a la alegría de un mañana convertido en hoy. Desde sus cumbres, el mundo se contempla no con nostalgia, sino con esperanza y anhelo, pues ante los ojos emergen la amplitud y la franqueza de un reino inexplorado.

El cielo sobrenatural se ha aposentado en las profundidades de un alma enamorada, y nada puede expulsarlo. Perfumado con un aroma inextinguible, en su interior crece el auténtico cielo, el cielo del amor, bello y santo, premio que cubre lo efímero con la luz de lo permanente.

*

¿Por qué es tan poderoso el amor? ¿Cuál es la fuente última de su insólita potencia? ¿Por qué puede tanto, incluso todo? ¿Qué desata la maravilla del amor, cuya fuerza rompe todas las cadenas del espíritu?

El amor ensalza la vida. Con sus rayos convierte todo dolor en semilla de felicidad inusitada. Todo lo puede, porque si el amor es manifestación suprema de vida, y si amar es vivir en grado sumo, el amor es poderoso porque es vida, y la vida es ya triunfo sobre lo ciego e inerte.

El amor abrasa la sensibilidad, y al hacerlo coloniza la intimidad del alma. No hay fuerza superior al amor. Su hechizo es tan bello, tan real, tan salvaje y reluciente que uno se siente predestinado a fusionarse con aquél a quien ama, como si la flecha del amor hubiera nacido en los albores del cosmos y hubiera apuntado directamente a cada uno de nosotros desde la creación de todos los mundos. Es la armonía preestablecida del amor, morada universal de quien merece llamarse humano.

Sólo el amor suple en verdad el vacío de la existencia. Ni toda la sabiduría del mundo llenaría tanto el alma como un único destello de amor auténtico. Aunque viva en la pobreza, el que ama siente atisbos de plenitud, y la riqueza sin amor nada vale.

*

¿De qué sirve toda la gloria del mundo si no tenemos amor? ¿De qué sirve contemplar las maravillas del cielo y de la tierra si no somos amados ni sabemos amar?

Bendice nuestros ojos con la belleza más sublime, pero, más aún, ilumínalos con la luz del amor, la única que puede llenar el vacío del alma humana, la única que puede dar sentido a la vida, la única que puede otorgarnos la ansiada felicidad.

*

El amor es un mensaje para la eternidad. Cuando reina en nosotros, su fuerza sagrada engendra una aurora que vence todos los crepúsculos. Con su rayo de luz dorada, ilumina los resquicios de la inteligencia.

El amor es un sueño que sobrevuela el mudo y frío cosmos, para infundirle la savia de la vida y de la voluntad.

Por fin, la palabra, y además la más sublime de cuantas podíamos concebir: la palabra en forma de amor, el lenguaje más transparente y elevado con el que podrían obsequiarnos los labios invisibles de este mundo.

Es el milagro de que todo el poder de la naturaleza haya avivado la llama y la voz de su espíritu, el fuego creador que nos incita a amar, y a trascendernos mediante el amor.

Amemos, porque el amor es anhelo de vida, de sabiduría y de belleza; es ansia de creación.

Bienaventurado sea el amor, que nos rescata de nosotros mismos.

Bienaventurado sea el amor, que abre nuestro ser y lo multiplica.

Bienaventurado sea el amor, que nos revela la verdad más hermosa y profunda de la existencia.

UNIVERSIDADES DE EUROPA, ALMAS DE EUROPA¹⁹

Las universidades custodian el tesoro máspreciado de nuestra cultura europea, su legado más imperecedero, su enseñanza más noble. Visitarlas y ser partícipe de la inabarcable experiencia del sentido de lo histórico que suscitan en nuestra conciencia nos pone frente al pulcro espejo de lo ilustre, nos exhorta a la admiración de lo grande y nos obliga a no perder nunca el espíritu de agradecimiento a cuantos con su saber y su esfuerzo inagotable contribuyeron a que Europa sea lo que hoy es.

*En las universidades se conserva,
como si de dorada arca se tratara,
el alma de Europa,
un alma que no muere,
un alma que no se escapa,
un alma que perdura
en todos cuantos la aman.*

La experiencia de propiciar que nuestras huellas estén impresas en estas insignes urbes, junto a las de los genios, sabios y doctores, junto a las de las mentes de Europa y del mundo que confirieron a su tiempo una luz casi inextinguible, es en verdad sublime. Pues ¿hay algo que pueda satisfacer en mayor grado nuestras ansias que la conciencia de pertenecer a un pasado glorioso? ¿Hay algo que pueda enorgullecernos y hechizarnos más que el recuerdo de los ilustres tiempos pasados, de los tiempos en que los sabios que hoy admiramos y cuyas teorías estudiamos atentamente convivieron con sus semejantes, vivieron en la cotidianeidad del existir y se afanaron en unir lo antiguo con lo que habría de ser futuro?

Caminando por las ciudades que tienen el honor de acoger universidades que, desde el Medioevo, han sido faros de Europa, algo inescrutable e íntimo nos retrotrae a un pasado que sólo puede suscitar en nosotros un cierto sentimiento de añoranza por una historia que aún hoy sigue brillando. La sombra de la muerte no cesa de ahogar nuestros sueños, y puede llegar a sumir nuestras vidas en una constante desesperación. Sólo la conciencia de lo eterno y la fuerza incontenible de la creatividad humana pueden ayudarnos a luchar contra esta fatalidad persistente. Es la belleza del futuro, nutriente de la voluntad, pues aun rechazándolo o temiéndolo, la fuerza de la vida se impone sobre lo trágico, despliega una esperanza de vocación infinita y se sobrepone a la inminencia de lo irreversible, de esa oscuridad que quiebra la existencia humana y frustra los incontables proyectos que concibe nuestra mente. ¡Ojalá contemplemos consuelo en el pasado, loando las vidas de los grandes sabios que, unidos en un mismo destino y conscientes también de la muerte y de su inexorabilidad, no por ello dejaron de imaginar y de crear maravillas, muchas hoy convertidas en realidad, que no sólo les dieron sosiego y consuelo, sino que

¹⁹ Texto escrito en 2003. Durante el verano de ese año visité las universidades de Oxford, Salamanca, Coimbra y Alcalá. Insatisfecho con las versiones originales de los poemas, he añadido y quitado algunos versos.

también sirvieron de guía para quienes les habrían de suceder en la misteriosa tarea de vivir!

Nunca podremos deshacernos de la certera pero inexplicable decepción que, en mayor o menor medida, nos acompaña siempre que viajamos a lugares afamados, a lugares de los que todo el mundo ha oído hablar y a los que tantos acuden también hoy (quienes no lo hayan hecho podrán consolarse recordando que uno de los espíritus más agudos de la humanidad, Kant, probablemente nunca salió de su ciudad natal, Königsberg, aunque fue capaz de llegar, como pocos hasta entonces, al fondo mismo de las cuestiones fundamentales del pensamiento). Oxford, Salamanca... Estamos tan acostumbrados a escuchar elogios de estos y de otros lugares que nuestras expectativas difícilmente pueden ser satisfechas. ¿Acaso alguien no ha sentido que al viajar a Londres o a París o, en general, al contemplar enclaves célebres de la historia, no todo era como se lo esperaba? ¿No ha estado tentado de creer que ciertas voces exageraban al hablar tan grandilocuente sobre ellos? Y en ocasiones, ¿no han sido la vergüenza y el miedo al ridículo lo que les ha impedido confesar cuáles fueron sus verdaderas impresiones de estos lugares? Ni siquiera las pirámides que, majestuosas y sobrecogedoras, descansan sobre las arenas de Egipto desde hace cuarenta y cinco centurias pueden agotar los horizontes de una imaginación siempre ávida de algo más grande y deslumbrante.

Sólo si somos conscientes de que, en definitiva, nada humano puede saciarnos, y que ni las urbes más grandiosas ni los museos más bellos ni las bibliotecas más espectaculares pueden satisfacer por completo nuestra ansia de completitud, nuestro anhelo de lo inexplicable, que nos hace parecer niños infinitamente caprichosos en un océano de finitud, lograremos apreciar en lo poco, en la dignidad de toda creación humana, un valor perenne, un destello de eternidad, una huella de la imagen divina inserta en la naturaleza humana, y podremos así vislumbrar el auténtico camino hacia la felicidad más pura y profunda.

He escogido cuatro universidades insignes de Europa: Oxford, decoro de Inglaterra, Salamanca, cima de juristas y teólogos, Coimbra, romanticismo encarnado en todo su esplendor luso, y Alcalá, memoria viva del cardenal Cisneros, admiración de lingüistas y ornamento de España. Cuatro perspectivas, cuatro modos de mirar al mundo y a la historia desde las cumbres de la erudición y del orgullo nacionales; cuatro formas de acudir al pasado para ofrecer luces siempre nuevas al futuro, permitiendo así que el hombre encuentre esa luz única que sólo puede hallarse cuando nos sumergimos en el misterio del presente.

*

Visto desde Oxford

He visitado Oxford y nunca dejaré de admirar la cultura inglesa. Mi imaginación no puede desprenderse de la romántica idea de las verdes campiñas oxonienses y de sus hermosas edificaciones medievales, que tanta celebridad han dado a esta pequeña villa. Sin embargo, no es la magnificencia lo que impera en el espíritu de Oxford. No es la

grandeza de las construcciones, la impresión provocada por los edificios, la tiranía que el prestigio y la historia ejercen sobre nuestra mente y que nos obligan a admirar y reverenciar constantemente un pasado quizá ya perdido. Si hay algo que me fascina como europeo y, más aún, como humano, es precisamente la sencillez que todo lo envuelve. Cada vez advierto con mayor claridad que los ingleses son grandes en la sencillez.

Resulta profundamente placentero recorrer las calles otrora transitadas por los próceres del intelecto y de la creatividad. Uno se siente en comunión con la historia. En Oxford he visto la huella del cristianismo, impresa en la esencia misma de Europa. Esta experiencia me invita a preguntarme por la identidad de nuestro continente, por lo que hoy puede significar ser europeo. El clasicismo inglés, su espíritu de superación, de elegancia, de orden y armonía, de cultura y distinción, de apego a una forma preestablecida, ha de convivir hoy con nuevas realidades. En Oxford contemplamos la pluralidad intrínseca a un mundo globalizado, donde lo propio y lo impropio convergen en una aparente realidad objetiva cuyas raíces más profundas somos incapaces de identificar. Esta fuerza que todo lo arrastra, este proceso de globalización que no deja de extenderse a lo largo y ancho del mundo, ¿cómo afectará a la identidad de Europa y a su conciencia histórica? ¿Logrará Europa mantenerse fiel a la tradición en la innovación misma, sin disolverse en la "masa global", pero sin aferrarse a pasados caducos y a glorias marchitas?

Esas verdes praderas de Inglaterra albergan un tesoro de erudición, el legado de grandes espíritus que, como Berkeley, Carroll o Newman, nos han enseñado a contemplar el mundo desde la sencillez y la naturalidad. No se trata de ahogar nuestro espíritu en la nostalgia por imperios desvanecidos, sino de asumir la grandeza del pasado para buscar mejor nuevos horizontes de futuro, que nos ayuden a descubrir las posibilidades de la humanidad.

*Espigas doradas me invitan a soñar
desde las altas cúpulas de los colleges;
es de noche junto al río Isis,
y el reflejo de las aguas
mece suavemente mi espíritu,
enamorado de tanto misterio
allí donde los sabios crean luz.*

*En el profundo silencio de Christ Church,
un remanso de dones celestiales me otorga
la paz por la que suspira mi alma,
sedienta de calma y hermosura.*

*Todo evoca aquí conocimiento,
claridad y sosiego.*

*El corazón se eleva
a un cielo de búsqueda y entendimiento,
impulsado por la belleza,
que todo lo reconcilia*

en la vastedad de su seno.

*Aun en la oscuridad,
siento que todo resplandece
lleno de vida y entusiasmo;
lo antiguo y lo moderno
convergen en un mismo crisol,
rebotante de impulsos divinos.*

*Todo el saber del mundo
parece concentrarse en estas campiñas,
y en estas estancias,
y en estos venerables monasterios,
en los que aún susurran voces distinguidas
y vagan pasiones dormitadas.*

*El infinito espacio del arte y de la ciencia
me acoge y traslada
a los cielos más sublimes;
la llama de todos los saberes
y de todas las creaciones
vibra en estas calles,
junto a hermosos canales
y místicos pináculos
que esparcen inspiración
por las entrañas del alma,
bajo el centelleo de estas estrellas
que hoy brillan sobre Oxford.*

*La sencillez de una belleza pura
consagra el alma al saber,
e impide que lujos y apariencias
la distraigan y encandilen
con vanas promesas.*

*Esta paz y esta armonía
evocan los sentimientos más hondos;
el espíritu se recoge en su parnaso perdido,
pues en él encuentra su auténtica morada,
y la razón y la sensibilidad conquistan
todo un universo de posibilidades.*

*¿Quién olvidara la perennidad del recuerdo
en el perpetuo destello del astro
que ella sola alumbra todo el firmamento,
y alejara de su memoria un nombre, un alma,
que en todos resuena con fulgor continuo,
de esta villa de Oxford, sede de sapiencia,
donde la noble Inglaterra
imprimió en las verdes campiñas*

*la conciencia de un ansia imperecedera,
el anhelo de buscar siempre lo eterno?*

*¡Susurren los leves sonidos,
las criaturas que dan vida a Oxford
y que nutren el campo puro
con un dulce aroma de frescura invicta!*

*¡Canten los coros de los colleges,
los coros que engrandecen
la memoria de los tiempos,
las glorias de Inglaterra,
las glorias de nuestra Europa,
las glorias de la humanidad!*

*¡Luminosos espíritus de Inglaterra,
que hicisteis de Oxford, magna villa,
un paraíso para el saber,
un oasis para los sueños del hombre,
cuya fuente ha inspirado al mundo entero!*

*Oxford, corazón de Inglaterra...
¿Puede encontrar la mente
lugar más propicio
para reunir dos ansias,
la de la realidad y la del sueño,
hermanadas en la búsqueda de la verdad
y en el cultivo de la belleza!*

*

Visto desde Salamanca

*Salamanca eterna,
Salamanca única,
Salamanca bañada
por el dulce resplandor del Tormes,
que parece llevar ante ti,
como la ofrenda más excelsa
que cabe concebir,
toda la ciencia acumulada
en tierras de España.*

*La desnudez de los fríos álamos
de una Castilla solitaria
cede ahora el testigo*

*a la viveza y la gloria
de este templo del saber,
que, como la escalera de Soto,
eleva el alma a lo innombrable.*

*Tu blancura me sobrecoge;
los destellos de tus piedras francas
penetran inescrutablemente en mí,
anegando las entrañas de mi alma;
como expresión de la luz más radiante,
iluminan mi búsqueda del saber
y nutren mi anhelo de belleza
con formas nuevas.*

*Agraciada con los colores más puros del cielo,
todo en ti clama a la historia
y al destino,
mientras te yergues, solemne,
en lo alto,
envuelta en la majestad de tus catedrales
y en la magia de tus colegios.*

*Ansias celestes y terrenas
convergen en tus calles,
y aún hoy oigo las voces
de filósofos y teólogos
que discuten sobre la libertad
y la omnisciencia
de dioses y hombres.*

*¿Cómo plasmaré
los sentimientos de pasado y de futuro
que acuden a mi corazón
tras visitar la urbe salmantina,
orgullo de España?*

*Salamanca antigua y nueva,
Salamanca, sierva del saber,
Salamanca, evocación inmortal
de las más altas aspiraciones del alma,
en ti entregada a la ciencia y a la belleza;
Salamanca inagotable,
en cuyas aulas aún hoy resuenan
las doctas palabras de Fray Luis
y su lección eterna.*

*Salamanca,
porción del cielo en la tierra,
emblema de deseos inmortales
que elevan la naturaleza y el espíritu*

a su patria verdadera.

Nadie puede negar la suprema fascinación que ejerce lo antiguo, la necesidad que el intelecto tiene de admirar los momentos más brillantes de la historia. Y es que caminando por las inspiradoras calles de Salamanca se respira historia, se saborea historia, se contempla historia, se comulga con la historia, y fluye por nuestras venas como linfa regeneradora, en forma de memoria y de conciencia de un pasado que también hoy puede iluminar nuestra búsqueda.

Salamanca "*enhechiza la voluntad de volver a ella*", como escribió Cervantes. Un halo indefinible, una luz que resplandece en todos los monumentos de la ciudad, no hace sino trasladarnos a un momento glorioso de la historia de España, presidido por las más altas evocaciones de sabiduría y erudición que cabe imaginar. Salamanca encarna el saber y, más aún, el anhelo que nos mueve a saciar nuestra sed infinita de conocimiento. Salamanca, donde España brilló en el Siglo de Oro, nos permite rememorar a Francisco de Vitoria, padre del derecho internacional, a Francisco de Salinas, ilustre musicólogo, o a Fray Luis de León, cima de la poesía lírica castellana y mente inabarcable, colindante con la mística, en cuyos versos aún hoy resuenan los esquivos ecos de la eternidad.

¿Y cómo olvidar a Miguel de Unamuno, prócer de España, que hizo de las lenguas, de la filosofía y de las artes sus compañeras más íntimas, sus anteojos más seguros, en la noble pero difícil tarea de vivir como verdadero hombre en el tiempo que le tocó? Algunos de sus poemas aún hoy nos conmocionan, nos desgarran con su hondura existencial. En ellos plasmó la presencia ineludible de un sentimiento trágico en el alma humana, motivado por la inminencia de la muerte, cuyas tinieblas amenazan de continuo las raíces mismas de la vida. Las palabras que, cercanas y sinceras, íntimas donde las haya, consagró al Cristo de Velázquez, a la imagen de Jesús, del humilde Nazareno, estremecen por su honestidad. En Unamuno se confundían, para al fin y al cabo encontrarse, la prosa y el verso. Ni la niebla de la fatalidad, que tan bien conoció él al leerla con inigualable maestría en los clásicos de Grecia y Roma, ni ese deseo imperecedero de que aun en la guerra fuese la paz lo que rigiese los corazones humanos, ni los avatares de la tía Tula y de Abel Sánchez, ni las divagaciones sobre lo castizo, lo propio y lo externo, pueden compararse con el pensamiento más profundo de Unamuno, con ese anhelo de hacer del hombre palabra, palabra que no calle ni aunque la muerte la repudie, palabra que no calle ante el horror, ante el interminable horror de la injusticia. En Unamuno se encarna el alma de una España posible, de una intrahistoria que pervive por milenios y se inscribe en el alma nacional con una intensidad que causa no tanto fascinación como emoción, admiración irredenta por lo que puede ser. Unamuno meditó con agudeza sobre la relación entre la historia y la intrahistoria, sobre la pervivencia de lo histórico en el espíritu humano, en la inmensidad del deseo, en la cotidianeidad de una existencia abocada a la muerte. En sus grandes obras, como *Niebla* (¡inolvidable Augusto Pérez, el misterio de cuya muerte es comparable al de Iván Illich en el inmortal texto de Tolstoi!) o *Del sentimiento trágico de la vida*, nos hizo partícipes de las dudas que le atormentaban, de la ciclópea e inacabada tarea de dar respuesta al trágico destino del alma humana, a la presencia indoblegable de una muerte que infecta los resortes más profundos de la conciencia humana con su sombra ponzoñosa, condenados como estamos al peor de los destinos. Y en el hacer cotidiano, en la sencillez del campesino español, en la dorada y siempre dulce pluma de los místicos y de los santos, en el verbo y en su expresión,

Unamuno encontró el vehículo privilegiado para canalizar los sentimientos más nobles. Porque, en efecto, vivimos y sentimos la vida en su tragedia, pero somos capaces de conferir un significado eternamente nuevo a nuestro mundo. Es el temor a la muerte, junto con el deseo imperturbable de vivir, lo que nos inspira a crear, a actuar, a dotar al mundo y a nuestro mundo de un sentido que pueda ser admirado y que venza finalmente a la muerte.

La lucha entre la verdad trágica y la mentira consoladora, narrada por Unamuno en su hermosísimo *San Manuel Bueno, mártir*, el conflicto eterno entre la fe y la increencia (que para Goethe representaba el auténtico motor de la historia) determina la existencia humana y nos enfrenta a una naturaleza ciega y sorda a nuestras aspiraciones más profundas. Unamuno no vio la grandeza humana en las sutiles abstracciones y en los agudos pensamientos que, tras el barniz de la más alta filosofía, no hacen sino alejarnos del sentir general del hombre. Por el contrario, la grandeza humana la contempló en la existencia misma, en el vivir, fuerza indómita, en la posibilidad de determinarse a uno mismo y de dar sentido a una vida dominada indefectiblemente por la temible sombra de la muerte, que nunca nos ofrece tregua. Y Unamuno no cesó de buscar un destello de lo eterno, de una luz que en verdad pudiese alumbrar una existencia inexorablemente trágica. Porque nacemos en un mundo al que hemos de conferir significado, al que debemos aportar nuestra propia unicidad, subsidiaria de la unicidad del presente. Sin embargo, vivimos también en un mundo vinculado a lo eterno, en un mundo atravesado por la huella de lo eterno, que perfora intangiblemente la conciencia humana y la impulsa a desear algo que trasciende las rígidas determinaciones de la naturaleza. En lugar de vernos definidos por esa misma naturaleza que nos acoge, somos nosotros mismos los que creamos nuestro propio mundo, conscientes de que es en la tarea de hacernos a nosotros mismos y de hacernos con los demás donde brilla con mayor fuerza la verdadera esencia de la humanidad.

Leer la historia de Augusto Pérez en *Niebla* es una experiencia sobrecogedora; conocer sus ansias, su firme deseo de convertirse en un ser real, de vivir no sólo como idea, sino en la singularidad de un ser de carne y hueso. El autor aparece como una deidad, cuya voluntad otorga o niega la verdadera vida a sus criaturas. Las ideas pueden vivir y los sueños pueden ser reales si la mente humana, artífice inagotable, se empeña en ello.

Una figura como la de Unamuno, que cultivó tantos campos del saber y tantas ramas de las artes, engrandece Salamanca, abriantada por la hondura de su pensamiento. Fiel admirador de Kierkegaard, conocedor de un número considerable de lenguas indoeuropeas que lo convirtieron en un notable erudito, el que fuera rector de Salamanca pervive cuando nos planteamos una de las preguntas más profundas que puede plantearse la mente humana: ¿es en verdad trágico nuestro destino, esta breve oportunidad que nos ofrece la naturaleza para llenar el mundo de sentido, de posibilidad y luz? Quizá nunca lo sepamos, pero al menos tendremos siempre las iluminadoras reflexiones de Miguel de Unamuno y Jugo, que sin duda hubo de meditar sobre cómo se entrelazan la necesidad y la contingencia en el existir humano mientras caminaba por las empedradas calles salmantinas o por los hermosos parajes que circundan el lago de Sanabria.

¿Y qué decir de Fray Luis de León? ¿Llegó en verdad a encontrar sosiego, auténtica vida descansada donde reposar junto a su amado Virgilio, en la arcadia de un saber puro? El que fuera condenado injustamente a prisión a causa de envidias, odios y celos, ¿halló en el púlpito de su cátedra salmantina, en esa célebre aula a la que regresó

con solemnidad y orgullo, en el claustro integrado por tan grandes maestros o en el patio de las Escuelas, que rebosa de belleza e inspira un profundo sentimiento de comunión con la historia, esa vida amena y honda que siempre añoró su espíritu, preñado de lirismo? Su poesía refleja un arte profundamente humano, un arte humanizado, que no pierde de vista el sentido espiritual, el ansia de elevación a los cielos más bellos y puros. Y sólo puedo intuir que, en Salamanca, en sus inolvidables callejuelas, en las fachadas de sus nobles edificios blasonados, en esa atmósfera que transparenta sabiduría y sensibilidad, el ilustre poeta castellano encontró atisbos de esa paz por la que suspiró denodadamente. Poseída por un deseo divino, por un anhelo de integrar el arte con esa dimensión suprema a la que sólo parecen acceder los místicos, un alma como la de Fray Luis vivió dominada por la búsqueda de una belleza pura, de una belleza basada en la simplicidad y en la armonía, en un equilibrio de tintes geométricos, reminiscente de una perfección celestial.

Salamanca es mundo, pero un mundo tan puro, tan profundo, tan hermoso, que en ella el sabio puede huir del ruido, alejarse del bullicio y ascender a una esfera más noble, ya no presidida por el afán de poder y de fama, ni por un deseo vano de saber sin compartir lo sabido; un mundo de autenticidad, regido por la sabiduría e impulsado por la belleza, es sin duda la críptica y esquiva senda que recorren los pocos sabios que en el mundo han sido...

Salamanca, alma de España y de Europa, patrimonio de la humanidad; don de dioses tallado por hombres. Por sus aulas, graves y austeras, desfilaron insignes maestros, y la hermosura de sus calles hubo de nutrir la imaginación inmortal de Fernando de Rojas. La piedra franca de Villamayor no cesa de resplandecer y de irradiar una belleza serena, cuya blancura engrandece aún más los incontables monumentos salmantinos, verdaderas joyas arquitectónicas que sobresalen en los más diversos estilos artísticos (románico, gótico, plateresco, barroco, neoclásico...). Tan larga y hermosa es la sombra de esta meca del saber hispano que ha debido de estar presente de una u otra forma en la conciencia de las principales figuras literarias de España. Célebre entre las universidades europeas, ninguna guerra, ni siquiera la de independencia, que sumió al país en el caos, han podido destruir un legado eterno, cristalizado en forma de piedra y de palabra y, más aún, de idea, de concepto, de sabiduría que se difunde por el mundo entero.

*

Visto desde Coimbra

Alzada sobre una prominente colina sorprende al visitante la Universidad de Coimbra. La atmósfera inconfundiblemente romántica que impregna esta célebre institución portuguesa, cuyo aire gris y melancólico evoca nostalgia por una nación que fue grande y que aún hoy busca recobrar sus glorias pasadas, resulta profundamente seductora. Coimbra es recuerdo, es memoria de un país, es un fado en piedra a Portugal, a la añoranza por lo que fue, por su carácter de pionero en la exploración de los mares y en la llegada a los confines del mundo.

Portugal abrió la mente occidental con el descubrimiento de nuevas rutas hacia lugares prácticamente desconocidos para los occidentales. Gracias al mecenazgo del

príncipe Enrique, osados marinos portugueses navegaron por los mares más recónditos y engrandecieron la necesidad humana de hallazgo y aventura, aunque sus frutos no siempre fueran dulces, sino con frecuencia sumamente amargos para otros pueblos. Desde el extremo de Europa, esta nación orientada al Atlántico inauguró para la humanidad un horizonte fascinante. Nos libró de temores ancestrales, causados por leyendas inveteradas que nos habían aterrorizado con la idea de un fin de la tierra y de un océano poblado de monstruos y de toda clase de terribles criaturas. Nombre como los de Vasco de Gama y Magallanes pertenecen ya a la memoria universal de la humanidad. Fue Camoens, el príncipe de los poetas portugueses, quien cantó las glorias de una noción cuyo centro educativo más ilustre no es otro que la Universidad de Coimbra. Una cultura que no se extingue, y que en la melancólica atmósfera lisboeta o bajo el hermoso y desbordante sol del Alentejo nos invita a reconciliarnos con el pasado para así crear una mejor perspectiva de futuro.

De un país tan pequeño surgió una llama universal, que aún hoy vibra en la amabilidad de sus gentes. Y la belleza de Coimbra, la elegancia y distinción de sus monumentos, la exuberancia de su biblioteca joanina, que corona cimas incomparables de belleza y clasicismo, parecen unirnos a una época brillante, que aún hoy se afana en decir algo al mundo.

*Lisboa que se yergue
a orillas del Tajo, alma de Iberia;
Coimbra que se eleva
y que deleita al viajero
con las luces insondables
de lo antiguo y de lo nuevo.*

*¡Oh romántico fulgor conimbricense,
recuerdo místico
de las glorias fenecidas
que hicieron a esta urbe,
a esa sede sapiencial,
grande entre las grandes,
cima de las insignes!*

*En ella convivieron el alma lusa
y el alma europea;
dos almas universales
en busca de sentido,
para alumbrar los siglos
pasados y venideros
con la llama ferviente
de un conocimiento vivo.*

*En tus colinas
y en tus empinadas cuevas
asciende la conciencia a su cielo
de belleza, saber y desafío,
ansiosa de conocimiento y vida,*

*de pensamiento y experiencia.
Desde allí evoca el espíritu
lo que un día fue grande,
la nobleza de una nación
que se aventuró por mares remotos
y por tierras prohibidas,
proclamando al mundo
la universalidad de lo humano.*

*¿No hablan en tus piedras
y en las puertas de tus facultades
las voces de los grandes,
de los maestros y eruditos de Coimbra,
de Fonseca y Lemos?
¿No resuenan aún los ecos
de su saber y de su filosofía?
¿No permanece la huella imborrable
del que fuera marqués de Pombal,
de quien hiciera de Lisboa
una ciudad nueva que renació
orgullosa tras la catástrofe?*

*El corazón inhala
el aroma de la belleza
al entrar en tu biblioteca joanina,
en la capilla de San Miguel,
en la férrea puerta que lleva
la fuerza del alma portuguesa,
la exquisitez de su saber
y el hierro de su deseo,
o en ese paraninfo rodeado
por los retratos de nombres ilustres,
de gobernantes y docentes
que rigieron los destinos
de una gran nación como la lusa,
cuyo ser resplandece en las nobles piedras de Coimbra.*

*Porque proclamar tu grandeza
es rendir tributo a Portugal,
tierra de ensueño.*

En Coimbra conviven la grandeza pasada de Portugal y su voluntad decidida de entrar con paso firme en el moderno mundo europeo, donde sin duda está llamada a desempeñar un importante papel. Y contemplando los retratos de quienes aún hoy gozan de distinción por sus contribuciones al saber, observando sus rostros y sus escudos de armas, uno sólo puede reflexionar sobre la capacidad que poseen algunos lugares para plasmar en poco espacio toda el alma de una tierra.

Al ingresar en el patio de la universidad, quintaesencia de Coimbra, el viajero descansa en el centro de un universo de erudición, porque tras cruzar la puerta férrea se eleva ante sus ojos la unión del recuerdo y del saber. Se imbuje de una atmósfera mística, de la mística del conocimiento fundido con el arte, como si el saber y la belleza apuntaran a un mismo e inescrutable horizonte que sólo puede suscitar fascinación y aspiración en quien lo sondea.

Desde sus vistas, que dan al río y a los montes circundantes, desde sus colinas y desde esas cuestas empinadas que hacen del esfuerzo la herramienta indispensable para alcanzar la cima, imagen del sacrificio requerido para ascender a las cumbres sapienciales desde el suelo de la ignorancia, pues sólo desde lo alto se contempla el todo, se adquiere perspectiva, se divisa el mundo, con sus carencias y sus posibilidades; desde allí, tras subir los elegantes peldaños de la escalera de Minerva, joya arquitectónica y evocación de la necesidad de trabajo, lucha y entrega que ha de desplegar quien en verdad busca una sabiduría profunda, quien en verdad sueña con elevarse, como el búho divino, a un cielo de claridad y comprensión allí donde sólo parece reinar el silencio de la noche, uno siente orgullo y nostalgia. Desde allí se admira la gran ciudad que es Coimbra, con sus hermosas casas, cuyas estructuras parecen colgar de la montaña y cuyas fachadas no hacen sino orientarse al centro mismo, al corazón de este bello tesoro que custodia Portugal: la Universidad de Coimbra, insigne trono del conocimiento humano.

*

Visto desde Alcalá

¡Oh Alcalá!

*¿No es cada una de tus piedras
un tributo de memoria viva
y evocación inexorable
a la figura infinita
de Miguel de Cervantes?*

*¿No se percibe en cada esquina,
en cada calle,
en cada fachada
de esta cuna de emperadores, reyes y sabios
un destello de perpetuidad?*

*Alcalá de Cervantes,
Alcalá de la historia,
Alcalá de España y de Europa.*

*Junto a la fachada
del colegio de San Ildefonso
he suspirado por la simetría más excelsa*

*y por la belleza más pura,
labrada en resplandecientes piedras
y adornada con piadosos signos
de todo un universo de sabiduría;
he soñado con esa Ciudad de Dios
que el cardenal Cisneros
anheló reproducir
en la fragilidad de la tierra,
como ventana a lo eterno.*

*Fe y saber
unidos en un mismo espíritu,
en un mismo cáliz,
en una misma ofrenda
a las posibilidades creadoras del hombre,
ansioso de vida y hermosura.*

*Cielo de primor y luz
consagrado al saber y a la belleza;
no puedo aspirar a nada más alto,
a nada más profundo,
a nada más divino y humano al unísono.*

*No puede la imaginación,
la voluntad de concebir lo nuevo
desde la mismidad del recuerdo,
resistir la pujanza y el encanto
de este enclave saciado de alegorías
y de reflejos límpidos,
transparencias de fervor y deseo
que despliegan sus alas
como ángeles insondables,
dispuestos a elevarnos a lugares amenos
con la exuberancia de sus besos intangibles;
es el hechizo de la piedra alcaláina,
es la universalidad custodiada
en la nobleza de sus edificios,
que aquí y en el mundo entero,
también en la lejana América,
brillan con un fulgor singular,
dulce reminiscencia
de aspiraciones inagotables.*

*¡Oh santos de Alcalá!
¡Oh memoria de Cisneros,
mano sublime que hizo de esta urbe
la sede inconfundible
de todo un universo de aprendizaje y búsqueda
en el largo sendero de la sabiduría!*

*Las altas musas nos invitan
a meditar en el sosiego de tus patios,
mecida el alma por susurros divinos;
un oasis de inspiración y claridad
emerge en tu paraninfo
de ensueño y memoria.*

*Vemos a Nebrija y a Suárez
caminar por sus aulas
en aquel dorado siglo
de sabios y humanistas.*

*¿Y no estudió aquí el gran Lope,
y el gran Quevedo,
y el gran Calderón?*

*¿No surgió aquí
la más ilustre de las Biblias políglotas?*

*En el conspicuo aire de tus calles
es la emoción lo que pervive;
allí se admiran la gloria y el talento,
mas no por vanidad,
sino por deseo sincero
de rendir homenaje
a lo que fue grande,
de sentir agradecimiento
por toda la luz que esparció
el genio complutense
a lo largo y ancho de España.*

*Alcalá,
refugio de paz y sabiduría
para quien sólo busca gozar
las delicias del cielo verdadero,
allí donde exulta el corazón
con la contemplación de la verdad
y la adoración de la belleza.*

*Pues en ti renace la historia
con solemnidad y vigor;
en ti se reencuentra la conciencia
con pasados y futuros;
en ti sueña el alma
con coronar cumbres nuevas.*

En árabe, Alcalá significa fortaleza. Y la fortaleza del Henares es un castillo repleto de historia y de gloria. Al pasear junto a sus hermosas murallas, al recorrer esas

calles, esos sus soportales y esas plazas rebosantes de vida, se ensancha nuestra conciencia histórica, pues rememoramos la grandeza de una ciudad que en su día resplandeció en el mundo entero como meca de ciencias y de artes. Emperadores, reyes y príncipes, políticos de renombre de los últimos siglos, sabios, doctores, lingüistas, juristas, teólogos y, sobre todo, un hombre que aún hoy brilla en el panteón de las letras españolas, pues con su pluma forjó todo un mundo que no ha cesado de cautivar la imaginación humana, vieron la luz en esta distinguida urbe madrileña, patrimonio universal.

Un convento donde estuvo Santa Teresa, una casa donde residió San Ignacio de Loyola. una catedral que es magistral, honor insólito que pocas sedes catedralicias comparten, una capilla de San Ildefonso donde descansa el cuerpo del cardenal Ximénez de Cisneros, quien colmó esta villa episcopal, dependiente de los poderosos arzobispos toledanos, de los mayores dones que cabía concebir en esa época. Al mandar erigir la célebre universidad que aún hoy perdura, *Complutum* entró en un espacio universal, proyectó su nombre sobre el mundo y pasó a encarnar los más profundos ideales de erudición y sabiduría.

La memoria de los momentos más luminosos de la historia española resplandece en Alcalá y permanece inmortalizada en los magníficos edificios de su universidad, en sus claustros, colegios, conventos y bibliotecas. Alcalá, perla del Renacimiento español, aurora de belleza en un mundo que caminaba inexorablemente hacia la modernidad.

¡Alcalá, unida para siempre al alma más bella de Europa!

HEIDELBERG²⁰

Bañada por las aguas del Neckar, Heidelberg brilla como una de las ciudades más hermosas de Alemania. Al igual que en Tubinga, su alma gemela, todo en ella resplandece: el ancho y sosegado río, el ceremonioso puente de Carlos Teodoro (así llamado en honor del elector palatino), las estilosas y coloridas fachadas, la vivaz Plaza del Mercado, la elegante iglesia del Espíritu Santo, las boscosas colinas circundantes, que parecen una prolongación natural de la Selva Negra... Una joya del Sacro Imperio Romano Germánico que no ha perdido un ápice de su valor estético.

Entre tantos tesoros culturales destaca el imponente castillo del siglo XIII, desde cuya altura vigila la placidez del valle y cuya majestuosa silueta inspiró de manera profunda a la flor y nata de los autores románticos. Reliquia de un mundo desvanecido, con sus admirables y elocuentes ruinas de arenisca roja, en su día reflejó lo mejor de la arquitectura medieval y renacentista europea.

En un entorno tan evocador han reflexionado algunos de los mayores filósofos de los últimos siglos. Aún hoy recordamos esta ilustre estela de sabiduría al recorrer el célebre “Sendero de los Filósofos”. No es de extrañar que un paisaje tan expresivo, tan puro y pintoresco, donde la naturaleza exhibe una exuberancia de formas perfectamente armonizadas con las obras de la civilización, haya auspiciado grandes pensamientos. Tanta belleza ilumina el alma, pues todo fertiliza el trabajo de la mente, la búsqueda de los conceptos más hondos y poderosos. Ante esta estampa, diáfana y sublime, la inteligencia navega libremente por el sagrado cielo de las ideas y otea una vastedad de posibilidades interpretativas. Poco importa el mundo exterior, porque la naturaleza y la cultura alcanzan tal grado de simbiosis y de elevación estética que su sola contemplación disipa las preocupaciones de la vida ordinaria. Por fin descansamos, por fin cerramos los ojos a lo caduco y nos entregamos a una visión más profunda y embriagadora. Nos olvidamos del mundo y de nosotros mismos, y la auténtica proyección del mundo y de nosotros mismos se nos muestra como una epifanía celestial. Todo se nos antoja grande, grande y puro. Como si el tiempo se hubiera detenido, como si un presente eterno nos hubiese capturado para trasladarnos a un espacio inalterable, regido por la verdad y la hermosura, lleno de claridad y de sentido, o como si la mano de Dios no cesase de tocar la música de Bach en cualquier instante, el más humilde de los estímulos basta para encender la chispa de la imaginación creadora, que derrama también su luz sobre el quehacer filosófico.

En Heidelberg, encarnación del alma romántica, todo rebosa de paz, y una conciencia lúcida siente esa autonomía, esa holgura, esa independencia por la que siempre ha suspirado. Efusión de colores dominada por el verde, el blanco, el rojo y el azul, atmósfera medievalizante vivificada por el prestigio de su universidad, que nos retrotrae a una época donde la razón y la fe convergían en una sola búsqueda, todo en ella invita a soñar, o a pensar soñando. El intelecto y el corazón, la lógica y la sensibilidad, apuntan a un mismo y poderoso horizonte, como si se encaminaran inexorablemente hacia un destino idéntico. Bienaventurado el que decidió fundar aquí una universidad, un centro consagrado a la difusión y al progreso del saber. Tomó lo mejor del espíritu monástico,

²⁰ Texto escrito en diciembre de 2020.

de su venerable aislamiento del mundo, para tratar de entender el mundo desde fuera, pero sin renunciar al propio mundo, fuente de todo mal y de todo bien.

Arropado por la belleza, que es la auténtica dueña y señora de la ciudad, todo pensamiento filosófico se vuelve casi inevitablemente idealista, como si se esforzase por lograr una fusión escatológica de todos los reinos de la naturaleza y del espíritu, una síntesis definitiva que hermane las infinitas parcelas del universo, la inmensidad del ser. Súbitamente, lo que creíamos imposible destella como una posibilidad real, y de repente el mundo y la historia adquieren un significado. Se abre la aurora, y el sufrimiento y las lágrimas se transforman en luz, en la esperanza que amanece tras la larga y oscura noche de la incompreensión. En semejante apocatástasis, la mente acaricia la plenitud y el corazón sondea los sentimientos más profundos. Irrumpe una alegre primavera para el espíritu, una concordia entre razón y sensibilidad que nos permite ascender a las más altas y gozosas cimas de la contemplación intelectual. Al amparo de una naturaleza siempre inescrutable, en esta suprema consonancia entre todas las fuerzas del hombre renacemos a una vida nueva. Todos nuestros agobios, todas las presiones de la civilización y del trabajo, se desvanecen como la bruma matinal y ceden el testigo a un pensamiento que no conoce fronteras, al pensamiento en sí, al pensar puro que no se subordina a un fin más allá de él mismo. Como si las alas de un ángel nos hubieran rescatado del frío mundo, ingresamos en nuestro verdadero hogar y nos encontramos con nuestro ser auténtico, que abandona su letargo, desadormecido por la belleza. El sueño de los filósofos al fin se hace realidad, alumbrado por una hermosura que todo lo serena, regalo de los dioses.

En lugares tan bellos la mente se expande, las fronteras se dilatan y el miedo se evapora. Nos sentimos infinitamente libres, liberados de la oscuridad del temor, libres de vivir y de pensar sin las restricciones que imponen la convención y la necesidad de complacer a otros. Reconfortados por esta convicción, volamos a través de lo insondable y nos atrevemos a transgredir lo que parece prohibido por las leyes del pensamiento y del arte. ¡Cuánto puede soñar el alma humana cuando se siente genuinamente libre, y su única necesidad es vivir en plenitud esa libertad conquistada! Creamos nuestra propia ley, la regla que emana de una subjetividad libre. No es entonces extraño que plantemos la semilla de un idealismo visionario, porque la belleza y la calma son el mejor fermento para pensar en grande, para pensar con audacia y servir únicamente a una intuición ansiosa de verdad. Una calma que emociona, pues nos sumerge en un mundo tan profundo como luminoso y nos abre a caminos inexplorados de la reflexión. Parecemos respirar una brisa eterna y el fuego de las ideas más valientes se aviva en el interior de una conciencia que ahora se sabe libre. Los celos se diluyen en una sutil y esclarecedora corriente de confianza en nuestras propias posibilidades. Todo ayuda a pensar en grande, sin que nos intimiden los grandes conceptos o las grandes palabras, porque sentimos una grandeza que nos posee y enaltece.

Pocas sensaciones pueden compararse a esta intuición de una libertad profunda e inequívoca, casi absoluta. En cuanto despunta, nos sobrecoge, nos conduce al éxtasis, nos revela detalles insólitos de lo que podemos pensar y de lo que podemos sentir. Como un rayo benéfico y amoroso, nos alumbra, nos bendice, nos salva, pues nos hace ascender, y descubrir todo un mundo inusitado y subyugante. Los afanes mundanos ya no tienen valor. Todo lo pequeño se transfigura, se renueva, se engrandece. Rodeados de belleza y de historia, sentimos una comunión divina con el todo, con la verdad, con aquello a lo que aspiramos en lo más hondo de nuestro ser, como si el abismo de la voluntad se viera finalmente anegado de luz, de una luz santa y vigorosa que desvela los secretos del alma humana. Lo que antes nos asustaba pensar, lo que creíamos absurdo, ingenuo,

inconsistente, desfasado o irracional, brilla ahora con todo su esplendor, como posibilidad asequible para el pensamiento. Connaturalizados con lo grande, pensamos y sentimos en grande, pues ya no nos tememos a nosotros mismos. Reconciliados con nuestra propia humanidad, aprendemos a amarla.

¿Por qué Heidelberg es capaz de obrar este hechizo? La pureza del aire, la belleza de las montañas, la elegancia de las construcciones, la vitalidad del ambiente universitario, la tranquilidad de las aguas del Neckar... No puedo indicar una única causa que explique la magia de este enclave, sus poderes casi sobrenaturales para saciar la sed del corazón y elevar los horizontes del espíritu. Una confluencia de afortunadas razones inunda de felicidad esta pequeña urbe alemana. En ella se puede meditar sin distracciones. Todo el frenesí de la vida moderna se concentra en el pensamiento, ardiente e insumiso, que vierte su fascinante pujanza en forma de arte y de filosofía. El indómito deseo, motor de la vida, que tantas veces nos absorbe y ahoga, ahora desemboca en un lago inmenso y apacible, cuyo sosiego todo lo dulcifica y amansa. No es necesario desear nada terrenal. Todo anhelo se vuelca en el mundo del espíritu, siempre más vasto que el mundo de la materia, y un fulgor demasiado puro emerge en las estancias más recónditas del alma humana. La mente ansía comunicar la profundidad de sus sentimientos, pero sabe que no puede hacerlo, porque se enfrenta a lo que es indescriptible, a lo que es trascendente: a una intuición superior, luz temblorosa en nuestro espíritu, acobardado ante lo que cree vislumbrar. Sólo el corazón consigue penetrar tímidamente en la naturaleza de este objeto que experimentamos, pero no comprendemos, pues en él resuena lo infinito. Sin embargo, de esta tensión entre la inteligencia y la sensibilidad brota un ímpetu maravilloso, una exhortación a reconciliar potencias supuestamente antagónicas. La mente, que no deja de buscar un sentido, al fin encuentra atisbos de él. El alma, ahora más grande que nunca, no teme contemplar las ideas más osadas. Tan bello, tan poderoso, todo contribuye a fecundar no sólo los sentidos, expuestos a sensaciones singulares, sino el propio intelecto en su dimensión más abstracta. La frontera entre lo universal y lo concreto se difumina misteriosamente, porque en este microcosmos de naturaleza y sabiduría, donde todo es siempre más hermoso y donde la belleza habla por sí misma, un alma despierta no pierde la oportunidad de percibir, en los más ínfimos detalles, la huella de algo vasto y profundo.

LAS MARAVILLOSAS BIBLIOTECAS DE HARVARD²¹

Pocas creaciones humanas expresan tanto, y de modo tan magistral, sobre nuestras más hondas aspiraciones como las bibliotecas. El hecho de que a lo largo de los siglos hayamos construido edificios destinados a albergar los manantiales vivificadores del conocimiento, y a servir como templos de esa sabiduría que hemos adquirido con ingente esfuerzo, constituye un valioso testimonio de la vigencia de aquella lúcida intuición que inaugura la *Metafísica* de Aristóteles: “Todos los hombres quieren por naturaleza conocer”. Haberles consagrado tantas energías y tanta belleza a las bibliotecas nos enaltece como humanidad.

El mundo antiguo erigió bibliotecas legendarias, como la del rey Asurbanipal en Nínive, situada junto a su majestuoso palacio, o la de Alejandría, levantada por Ptolomeo I Sóter en el siglo III a.C., la cual llegó a dar cabida a casi setecientos mil manuscritos. Se convirtió, así, en el más insigne depósito de sabiduría del orbe clásico. Esta biblioteca ha sido felizmente reconstruida, hace escasos años, bajo el patrocinio de la UNESCO.

La Universidad de Harvard posee un sistema de bibliotecas verdaderamente extraordinario, sólo superado, en Estados Unidos, por la *Library of Congress* en Washington D.C. Se calcula que Harvard brinda cobijo a unos dieciséis millones de volúmenes, distribuidos en decenas de archivos a lo largo y ancho de su inolvidable campus. La más venerable es, sin duda alguna, la *Widener Library*.

Harry Elkins Widener (1885-1912) era el vástago de una adinerada familia de Filadelfia, y le fascinó el coleccionismo de libros desde su juventud. Estudió en Harvard, institución de la que se graduó en 1907, pero falleció a una edad muy temprana, al encontrarse entre los pasajeros del más (y más tristemente) célebre de los transatlánticos, el *Titanic*, hundido en el Atlántico norte en una fatídica noche de abril de 1912, tras resquebrajarse el casco de este gigantesco buque a causa de la aciaga rozadura de un iceberg. A su muerte, la madre de Widener decidió realizar una cuantiosa donación al *alma mater* de su retoño, dinero con el que se financiaría una biblioteca en memoria de su hijo. La *Harry Elkins Widener Memorial Library* es, hoy en día, la biblioteca universitaria más grande del mundo, y ha perpetuado el nombre de Widener para la posteridad. La *Widener Library*, emplazada frente a *Memorial Church*, domina solemnemente el hermoso paisaje de Harvard Yard.

He de confesar que me sentí cautivado por la Biblioteca Widener desde el primer instante. Me sedujeron arrebatadoramente sus interminables pasillos, repletos de ceremoniosas estanterías y de enmudecidos anaqueles que acogen millones de ejemplares. Me deslumbraron esas laberínticas galerías que, al recorrerlas, le sumergen a uno en el más profundo e inspirador de los silencios. Me hechizaron sus suntuosas escaleras de entrada y su impresionante sala de lectura, en la que el filósofo alemán Ernst Bloch (1885-1977) redactó importantes secciones de su obra más lograda, *El Principio Esperanza*. Todo en Widener es imponente. Pasear por sus corredores y estancias equivale a vagar por el “*sanctasanctorum*” de la erudición en Harvard, por el más vivo reflejo de lo que una universidad ampara tras sus muros: las cimas de conocimiento ya

²¹ Artículo escrito en 2010 para el blog de la Fundación Caja Madrid.

coronadas, su fértil cultivo por parte de los hombres y mujeres del presente y su diligente legado a las generaciones venideras, para que lo impulsen, con audacia, hacia un estado de mayor y más brillante desarrollo.

Otras bibliotecas harvardianas que me han impactado poderosamente son la *Houghton Library*, la cual atesora una exquisita colección de manuscritos antiguos, y la *Andover Theological Library*, estrechamente vinculada a la *Harvard Divinity School*, y cuyos fondos en materia de historia de las religiones y de teología son, sencillamente, formidables.

Es inevitable percibir un palpito gratificante, un desbordamiento jubiloso, cuando se consulta el catálogo de las bibliotecas de Harvard, el denominado "*Hollis Catalog*". Prácticamente todo se contiene en él; prácticamente todo y sobre cualquier rama, por recóndita, del saber humano, se recoge en el *Hollis*; prácticamente toda obra de vanguardia, todo artículo, toda monografía, toda edición original, toda acta de un simposio, todo libro de homenaje.... Muchas personas habrán experimentado cómo, con independencia de su campo específico de investigación, casi todo (por no decir todo) cuanto buscaban se hallaba en este meticuloso inventario que registra la inconmensurable riqueza bibliográfica de Harvard. Semejante caudal de fuentes científicas y humanísticas presta una inestimable ayuda en el trabajo académico, pero también puede desorientarnos peligrosamente. Evadir este potencial riesgo es nuestra responsabilidad intransferible: la biblioteca es sólo un medio, y el fin (cómo y para qué usarla) lo debemos determinar nosotros mismos.

Una sociedad que acopia tanto conocimiento se enfrenta a un reto insoslayable: aprender a organizar adecuadamente ese vasto y sustancioso cúmulo de información, de manera que contribuya a la mejora de nuestras vidas y al fomento de la reflexión, de la crítica y de la creatividad intelectual, para así garantizar que el día de mañana sepamos aún más que hoy. Y enclaves tan evocadores como la *Widener Library* de la Universidad de Harvard no sólo cooperan en esta imperiosa tarea, sino que también nos exhortan a soñar, proféticamente, con aquella biblioteca infinita que imaginara Jorge Luis Borges.

TOMBUCTÚ, HECHIZO DEL ESPÍRITU²²

En el límite meridional del Sahara, extensión inimaginable cubierta de rocas y dunas, se alza una ciudad sublime. Lo que era un desierto carente de vida, una infinitud de silencio y hostilidad en la que sólo unas pocas criaturas son capaces de subsistir, se transforma de manera bastante abrupta en ese inmenso vergel que es el África ecuatorial. Y a unos siete kilómetros al norte del río Níger, uno de los más largos y caudalosos del continente, como dando la bienvenida a los osados viajeros que se han atrevido a cruzar la vastedad del desierto, Tombuctú, salpicada de minaretes, se sitúa a la vanguardia de todo un mundo de exuberancia, de vida, de posibilidades.

En ella se abren las puertas del África subsahariana. Entre la hermosa y próspera Marrakech, antigua capital del imperio almorávide, y la “ciudad de los trescientos treinta y tres santos” no existe prácticamente ningún resquicio de vida. Sólo unas cuantas tribus nómadas son capaces de vagar y de sobrevivir en un ambiente tan inhóspito. Las caravanas que se aventuran a transitar de una urbe a otra son conscientes de los incontables peligros a los que se enfrentan: la implacable sed, el calor abrasador del día, el frío mortal de la noche, los ataques inesperados de los bandidos... Lo increíble es que el miedo no haya frustrado el desarrollo de importantes rutas comerciales transaharianas no sólo con Marruecos, sino también con la costa argelina, con Libia e incluso con Egipto y Etiopía. En Tombuctú tenemos la prueba más vívida de que el comercio ha sido un extraordinario motor de la civilización, un objetivo común que ha unido a los pueblos por encima de todos los obstáculos físicos posibles. Por desgracia, desde tiempos inmemoriales ese ímpetu comercial ha incluido el tráfico de esclavos. Millares de seres humanos privados de libertad y condenados a caminar miles de kilómetros por el desierto, en las condiciones más penosas concebibles, para luego ser vendidos al mejor postor en los bulliciosos mercados de Marrakech.

Contemplar la silueta de Tombuctú tras tantas jornadas de travesía por el desierto bendice al viajero con una experiencia inefable, cuya magia le infunde un gozo celestial. De repente, esa vastedad innominada y estéril que es el Sahara, el único ecosistema conocido al sur de la cordillera del Atlas, deja paso a una fuente suntuosa de vida. El espectáculo sobrecoge por su belleza. Hechiza indescriptiblemente el alma, pues le revela que la vida siempre triunfa sobre la muerte, la desolación y el caos. De un lado, la nada; del otro, el todo que es la vida. De un lado, el silencio absoluto; del otro, la palabra creadora, el poder que brota del espíritu humano.

Punto de encuentro entre mundos dispares, estampa de la civilización, ciudad de riqueza legendaria y de sobresaliente cultura, Tombuctú floreció bajo el dominio de Musa I, *Mansa* del gran imperio de Malí desde 1312. Enamorado de la ciudad, este gobernante, que acumulaba más oro que el mítico rey Midas, se propuso convertir semejante joya de África en un centro del saber universal. Para ello atrajo a notables eruditos, la mayoría venidos de Al Ándalus y del Magreb. Durante su célebre *Hach*, la peregrinación a La Meca que todo musulmán devoto ha de intentar realizar al menos una vez en la vida, conoció a figuras distinguidas del arte y de la ciencia del mundo islámico. Fuera por el brillo del oro o por el valor intrínseco del proyecto, lo cierto es que logró convencer a estos sabios y creadores para que trabajaran en Tombuctú. Dispuesto a embellecer la ciudad de sus sueños, encargó la construcción de un buen número de mezquitas, madrazas

²² Texto escrito en febrero de 2021.

y bibliotecas, por lo general erigidas con paja, barro y madera. La evidente fragilidad de estos materiales les ha imprimido, sin embargo, un encanto singular, que ha hecho de la ciudad maliense la quintaesencia del exotismo para los occidentales.

El anhelo de engrandecer Tombuctú y de transformarla en un centro universal de la cultura resplandece en la que quizá sea la obra arquitectónica más destacada promovida por el emperador: la mezquita de Djingareyber. Junto con la mezquita de Sankore, durante siglos constituyó el epicentro de una universidad consagrada al estudio no sólo del saber islámico, sino de todas las ciencias. Ilustres astrónomos, matemáticos y literatos poblaron sus aulas.

Gracias al testimonio de Ibn Jaldún, filósofo e historiador tunecino de origen andalusí y uno de los más profundos observadores del desarrollo histórico de las sociedades, sabemos que el emperador Musa conoció en La Meca a un arquitecto y poeta granadino llamado Abu Isaq Es Saheli. Ignoramos qué cantidad exacta de oro le ofreció; seguramente una auténtica fortuna para la época. Finalmente, Es Saheli aceptó el encargo y diseñó una de las mezquitas más deslumbrantes del orbe islámico, un don eterno para todo amante de la belleza. Alguien tan familiarizado con el arte de la poesía consiguió infundir un audaz soplo de lirismo en este edificio, monumento tan puro y original que representa uno de los tesoros más hermosos de esa perla del desierto que es Tombuctú, donde la humanidad se reencuentra consigo misma.

ANSIAS QUE SURCAN MI SER²³

*

¡Cuántas maravillas admiramos! Es todo una sorpresa. Es todo una constante exhortación a elevarnos por encima de lo concreto.

Ningún espíritu puede permanecer impassible ante la figura de los grandes místicos castellanos.

¡Nueve meses solo con su breviario en una mísera celda, en la inmundicia de lo humano! Fue ese sufrir indeleble, ese dolor inenarrable, lo que le llevó a buscar en la belleza de lo que nadie podía robarle, en el pensamiento y en el habla, los cánticos eternos al Altísimo. Sólo así pudo llegar a la cumbre de la mística, cuando en la más absoluta soledad advirtió que Dios le rodeaba por doquier. Allí, solo, con la tinta de un amable carcelero, sin libros ni la compañía de doctos y académicos, escribió algunas de las obras más sublimes del genio creativo humano, que aún hoy conmueven y remueven los avatares del espíritu. Pequeño, humilde, ¡cuánta bondad! ¿Brotó de las tierras de España alguien más bello y divino? Se extasiaba al oír hablar de Dios; era su espíritu un místico refulgir. Éstos son los hombres que engrandecen el mundo, que ofrecen su tiempo y su historia como don a Dios. Son ellos quienes santifican el mundo, en quienes “*misericordias Dei semper cantabo*”.

*¡Absorto se quedó,
pendido de la cuerda,
en la oscura noche que vio
su alma en complacencia!*

*Un silencio atronador,
cuya fuerza el alma golpeaba,
invadía la esfera de su vida;
y sin más tesoro que su amor
infinito por el Soberano
parecía que el fin*

²³ Texto escrito en 2004.

próximo ya estaba.

*¡Oh dichosa esperanza,
que las almas iluminas!
Porque inclinó su rostro,
descansó su faz sobre el amado,
y el silencio tornó en fluir,
clamoroso y acrisolado,
del agua pura que mana
de la fuente eterna y transmudana.*

*Y allí, en el más glorioso fondo,
prendía y refulgía una llama,
¡una llama de amor viva!,
de la que brotaba
la auténtica energía
que el mundo, el hombre y la vida guía.*

*Salió en la noche oscura,
buscando un bien que quien ansía
no cesa en gozo ya ni en alegría,
sin otra luz que la espesura
del interior del alma como guía.*

*¡Y salió en esa santa noche,
noche de moradas estelares,
en que el orbe entero contempla
el más alto de los amores
que una criatura desplegara*

en busca de lo soberano y sublime!

*¡Oh noche gozosa,
oh claro espejo de realidades,
que en las tinieblas de lo humano
cobijaste a un alma pura y silenciosa,
que presto acudía a la llamada
del más alto de los señores,
alcanzando la escala suma
a que aspiran las perfecciones!*

*¡Oh Teresa transverberada,
en mármol inmortalizada,
en Roma glorificada,
en el mundo alabada!*

*¡Oh Teresa transfinita,
oh Teresa poseída
por la fuerza de quien es
luz, Verbo y Guía!*

*¿Cómo no caer ante
esta sublime maravilla
en que Dios mismo te posee,
te hace suya, te humilla,
postrado y sin aliento,
esgrimiendo a nuestro amado
ósculos dorados
que en ti, Teresa,*

memoria eterna

siempre hallaban?

*

En los verdes y aristocráticos jardines del palacio de los duques de Osuna, la Ilustración, lo neoclásico, el orden y la armonía de ese apolíneo despertar que sugieren sus hermosas obras no hacen sino surcar mi mente, cual sueños ya pasados. ¡Ansia de haber vivido en toda época, de haber asumido el infinito despliegue de la Historia, mas gozo y júbilo por estar en la presente! Sentimiento contradictorio, sin duda, el que invade mi espíritu: la admiración por lo pasado y la advertencia de sus límites. Las ampulosas creaciones de los nobles de aquel tiempo y el sufrir de las gentes que aún no eran auténticos protagonistas de su destino, del decurso histórico. La consumación de la injusticia, el dominio tiránico, que sólo los ideales de libertad, progreso y razón han empezado a vencer. Pero, ante todo, más allá de toda admiración y de toda crítica, reinan la fascinación, el misterio, ¡el deseo!

Al contemplar el brotar,

el verde y límpido surgir,

las formas crear,

no puedo sino advertir

una fuerza que trasciende

el todo y la nada;

una fuerza que arde

en mí y en ello,

un poder sobrehumano,

¡un vigoroso destello!

¿Cómo podré controlar mi ansia,

el dominio intempestivo

de un ardor soberano

que brota de la nada,

que se yergue sobre mí,

me subyuga, me eleva,

*me abre, mas me cierra;
y el todo anhela convertir
en estrado de mi poder,
y someterme a mí con él
a la tiranía del no-ser?*

*¿Cómo calmar el fuego,
la llama que el todo aviva,
y le confiere un poder admirable
de crear y destruir,
de hacer y deshacer?*

*¡Tensión cósmica,
permanente conflicto
entre todo cuanto es!*

*¿De dónde, sino de dicha potencia,
procede el camino y guía,
el impulso de maravilla y fascinación
que en todo se admira?*

*¿Qué no ha logrado el hombre?
¡Transfinitud del Arte,
sublime mediodía de las ciencias!*

*¿Hay misterio mayor
que el humano preguntar,
que trasciende toda disyunción
y domina toda oposición,*

*que tiene en sí la fuerza
del ser y su despliegue,
y otorga a lo inane sentido,
hace del futuro un horizonte
y del hoy una esperanza!*

*¿Dónde puede acabar la inspiración?
¿Qué puede poner freno
a la voluntad perenne de crear
con la palabra un mundo nuevo,
de elevarnos sobre el existir
y religarnos con el ser;
de cumplir un mandato
cuyo origen ignoramos,
mas brota de lo inasible
y nos exhorta a trascender
todo cuanto es,
para llegar a la esencia,
a lo profundo que nos llama,
que nos esclaviza en verdad,
pues en esta vida
contemplamos orden y belleza,
mas también caos y desdicha?*

*Pero este impulso parece inextinguible,
y nos remite a un siempre más allá...*

¿Hasta dónde?

¿Cuál es mi verdad?

*

La verdad, la totalidad, la diferencia, la identidad, el sujeto...: en su aparente abstracción, no son sino expresiones de los intentos humanos por conferir sentido a su existencia, por hallar su lugar más propio, por abrir sus horizontes a la infinitud. Así lo hizo Goethe, y así lo narró Stefan Zweig al describir los momentos estelares de la Humanidad, aquéllos en que el misterio del genio ha brillado con grandioso fulgor en el escenario de la Historia.

*¡Sólo la pasión,
sólo el desbordante mar
que del profundo sentir emanaba
del corazón del gran poeta,
pudo inspirar aquellos versos
que encierran lo humano y lo divino,
que son canto a la esperanza,
y más aún canto al progreso!*

*¿Qué, sino el profundo vivir,
la fuerza de lo ignoto en uno mismo,
lo que se ansía mas escapa,
lo infinito que desborda e hiere,
puede conceder a quien busca
un destello en lo oscuro,
una luz en la noche,
que presto devendrá ocaso y luto?*

¿No es ese momento,

*ese estelar y límpido suceso,
conciencia de plenitud,
que nos arroba y conquista,
y que sólo la inasible grandeza
de este nuestro humano yo
alcanza a dar sentido?*

*Un tiempo eterno,
una integración suma,
una síntesis suprema
donde todo converge
y donde el significado
del ser y de la nada
se une al infatigable anhelo
de caminar y preguntar,
donde toda tiniebla es luz
y toda luz es tiniebla,
y encuentra así aquel interrogar
intempestivo y dramático
del Hamlet inmortal
una respuesta que es en sí
pregunta sin final.*

*¡Ser hombre, ser yo,
un universo sin igual,
de apertura trascendental!*

*Y así la herida y el dolor
de saberse en un lugar,*

*mas no saberse uno mismo,
de hallarse inmerso en un espacio
que nace, crece y muere,
de ver sus afanes abocados
a presto diluirse
en el inmisericorde fluir del tiempo;
de observar el avance del destino,
de lo irreversible, de lo fatídico,
de un mundo y de una vida
que huyen de nuestro dominio,
y de un yo que no se encuentra,
de un yo en lo infinito perdido;
sólo así ese dardo,
esa flecha venenosa
clavada en el centro
de nuestra indeleble conciencia,
es capaz de tornarse
en llama que abrasa y ciega,
llama que infunde en nosotros,
la esperanza de lo pleno,
misiva de lo absoluto,
perenne consuelo.*

*Y descubrimos que es el yo
que se descubre al ser llamado,
quien en su recorrer
la senda del ser y de la nada
deviene absolutidad y mismidad,
grandeza que siempre se trasciende.*

*¡Es este avanzar del yo,
es esta infinitización de lo humano
que en el progreso contemplamos
en su más puro emerger,
la verdad, la excelencia,
la forma de las formas,
lo pleno de lo pleno,
el ser que es
y que siendo transmite
la fuerza y la tensión
que crea lo nuevo;
novedad que es
reflejo del absoluto
en su caminar,
en el espacio que lo es todo,
potencia que es
amor y amor supremo!*

TRES PEQUEÑOS POEMAS²⁴

Deseo de Europa

*Yo quiero escalar
las cumbres del espíritu,
y quiero divisar con mi mirada
lo que tantos otros han ansiado;
yo quiero ser de todo y para todos.*

*Quiero vivir, viajar, conocer,
amar y ser amado,
quiero que esta Europa mía
me muestre sus tesoros,
abra sus bibliotecas,
resucite a sus genios y maestros,
me haga cabalgar por sus praderas
y subir a sus montañas,
atravesar sus ríos milenarios
y bañarme en las fuentes de su ciencia.*

*Yo quiero que haya luz
donde antes no había sino odio,
y quiero perderme en los monasterios
que en su día tanta fe albergaron,
y quiero recorrer las plazas,*

²⁴ Breves poemas escritos en 2003 y 2009, respectivamente.

*esculpidas con tanto ahínco y esfuerzo,
y admirar el arte que determina
supremamente nuestro mundo,
y quiero pasear por los parques,
por los jardines y los manantiales
de esta Europa mía.*

*Yo quiero que Europa nunca me deje,
y que yo no deje a Europa.*

*Yo quiero que Europa viva en cada rincón
del recóndito espacio que nos une,
y quiero que su caudal de vida,
amor y deseo
inunde a todo hombre.*

*No quiero dejar de nutrirme
de la fecunda sabia de la historia,
ni olvidar un pasado
que es en sí riqueza,
para que las doradas letras que adornan
los más ilustres monumentos
de esta Europa mía
siempre me hagan rendir tributo
al genio humano y a su sabiduría,
y las cristalinas nieves de Austria y Alemania,
las gigantescas estepas de Rusia,
la belleza y el lirismo de Italia
y el esplendor de la Florencia eterna,*

*el eco de la música de las catedrales
y de las salas de conciertos,
y todo lo que en Europa ha trasladado
nuestra mente siempre inquieta
al más hermoso de los sueños
siempre me acompañe.*

Cuando era joven

*Cuando dirigía la mirada al horizonte
y la luz de un más allá ignoto y nuevo
no hacía sino fascinarme,
advertía que mi vida debía ser
una continua búsqueda
de algo que siempre me faltase,
anheloso de ingresar
en un paraíso de conocimiento,
amor, belleza y deseo.*

*Y nunca cesar en el empeño
de oír en cada cosa
algo grande,
y de ansiar llegar a todo,
y con ello transformarme.*

La vida descansada

*¡Qué descansada vida!,
escuchando las gloriosas y santas melodías,
al unísono y en sintonía
con aquellas sinfonías
que las angélicas voces proclaman cada día.*

MIS LUGARES FAVORITOS DEL MUNDO

Tan sólo he visitado una ínfima porción de los lugares más hermosos de la tierra. Aquí quiero ofrecer unas pocas pinceladas de mis impresiones sobre la grandeza de algunos de estos espacios deslumbrantes, llenos de magia y simbolismo.

He optado por ceñirme a unos cuantos, que para mí representan lo más bello e inspirador de este mundo. Además, he preferido incluir un único enclave por país (como la Capilla Sixtina pertenece a la Ciudad del Vaticano, no he quebrantado este criterio al escoger también Venecia). Me he permitido, eso sí, hacer una excepción con Estados Unidos. Dada la diferencia tan nítida que existe entre los paisajes de la Costa Este y los de la Costa Oeste —hasta el punto de formar, prácticamente, dos países, o incluso dos continentes, separados por las Montañas Rocosas—, he creído conveniente mencionar una de las joyas de la primera (el otoño en Nueva Inglaterra) y uno de los tesoros de la segunda, que en realidad constituye una de las maravillas naturales del mundo: el Gran Cañón del Colorado.

Podría haber invocado otros muchos enclaves, creados por la naturaleza o por la mano del hombre, pero he decidido ser sintético y seleccionar tan sólo una pequeña muestra de los portentos físicos y espirituales que nos rodean en este fascinante y enigmático planeta.

Casi todos ellos, capaces tanto de enardecer las emociones como de turbar el pensamiento, se hallan inscritos en el catálogo de Patrimonio de la Humanidad elaborado por la UNESCO. Confieso que esta lista inigualable, esta recapitulación de las maravillas de la tierra, me reconcilia con la naturaleza y con la especie humana. Siempre que viajo a un país nuevo me informo antes de los sitios que tiene registrados en el Patrimonio Mundial, pues esta rúbrica de excelencia condensa lo más distintivo y atrayente que puede brindarnos la casa común de la humanidad.

Índice

Acrópolis de Atenas

Ámsterdam

Arlés, Provenza

Bamberg, Baviera

Bastión de los Pescadores, Budapest

Brujas

Capilla Sixtina

Cataratas de Iguazú

Catedrales del Kremlin

Dubrovnik

Estambul

Glencoe, Escocia

Gran Cañón del Colorado

Jardín del Administrador Humilde, Shuzhou

Jardín de las Rosas, Berna

Jardines de Menara, Marrakech

Jerusalén

La Habana vieja

Luxemburgo, Ciudad Vieja

Nueva Inglaterra en otoño

Nyhavn, Copenhague

Pabellón Dorado, Kinkaku-ji, Kioto

Palacio da Pena, Sintra

Puente de Carlos, Praga

Salamanca

Salzburgo

Saqqara, Egipto

Torun, Polonia

Uxmal, México

Venecia

Acrópolis de Atenas

No recuerdo cuánto tiempo pasé aquella tarde admirando la Acrópolis desde la colina Pnyx, ni cuántas ideas recorrieron mi mente arrebatada. Para cualquiera que ame el arte y la filosofía visitar Atenas supone una exhortación a regresar a las fuentes del pensamiento occidental, a los ideales de “claridad, entendimiento y mesura” en los que, a juicio de Schiller, cristalizaba la esencia de la cultura griega. Equilibrio. El apogeo del equilibrio es lo que se percibe de forma ubicua en la Acrópolis, promontorio ancestral ungido con el óleo de la belleza más pura concitada por la civilización clásica. Un equilibrio insondablemente racional y bello, cuya excelsa perfección matemática remite a los ideales más hondos y genuinos de toda alma cautivada por lo permanente. Simetría atrapada en piedra, rayos de luz y crisoles de simplicidad que nos elevan a la contemplación de una armonía arquetípica entre el mundo y el hombre, entre el orden cósmico y la regla de la razón. La lógica parece emerger sin esfuerzo del reino de la naturaleza, de las profundidades telúricas de la tierra, como si el fulgor del espíritu y de la libertad brotase cadenciosamente del suelo de lo inanimado.

Si esas Cariátides hablaran, si ese Partenón recuperara su esplendor originario, si esa sabiduría iluminara también hoy la historia...

Ámsterdam

Pasear sosegadamente junto a sus canales, cruzar en bicicleta el centro histórico, contemplar la hermosura de las fachadas de las casas, con sus colores amables...

Comparada con otras capitales del mundo, Ámsterdam parece una miniatura, pero quizás resida aquí una de las causas más profundas de su enorme belleza. No cuesta mucho tiempo ni mucho esfuerzo recorrer el casco histórico de la principal ciudad de los Países Bajos, y en cada esquina puede encontrarse un lugar agradable.

He de reconocer que me conmovió visitar la Sinagoga de Ámsterdam, no tanto por el valor arquitectónico del edificio, sino por evocar la figura de Spinoza, uno de los hijos más ilustres de la capital holandesa. Excomulgado a los veinticuatro años, repudiado por su comunidad, la sefardí, se retiró a la campiña holandesa y acabó por convertirse en el creador de uno de los sistemas metafísicos más intrigantes de la historia del pensamiento occidental.

Arlés, La Provenza

La Provenza es una de las regiones más hermosas de Francia. Iluminada por un sol amable, bajo un cielo de claridad perenne cuyo azul es incomparablemente puro, se halla inundada de campos de lavanda y de inmensos viñedos.

Amena y fragante, ubicada a orillas del Ródano, Arlés se encuentra enclavada en el corazón de La Provenza. Impresiona su legado romano, en especial su imponente anfiteatro. También merecen mención los monumentos medievales que aún perduran.

Creo, no obstante, que la manifestación más vívida y profunda de belleza custodiada en esta cautivadora ciudad del sur de Francia reside en sus callejuelas, estrechas y armoniosas, donde se respira una paz infinita, un sosiego inagotable. En ellas es posible imaginar deambulando a uno de sus huéspedes más ilustres, Vincent Van Gogh, entonces un pintor desventurado que seguramente pasó desapercibido para la mayoría de los habitantes de Arlés, pero que a la larga se convertiría en uno de los grandes genios del arte universal. Él contribuiría como nadie a apuntalar la leyenda de La Provenza.

Los soleados paisajes de La Provenza, salpicados del púrpura que emiten las plantaciones de lavanda, calman el espíritu. Sus pueblecitos encaramados a suaves colinas, los vivaces colores de sus fachadas, sus elocuentes castillos, el oloroso aroma de la lavanda... Todo conspira a favor de la belleza y del encanto. Al perderse gozosamente por Arlés y, más aún, al recorrer La Provenza es fácil entender que sus pintorescas estampas hayan sido fuente de inspiración para grandes artistas.

Bamberg, Baviera

En Baviera, en el vértice de un triángulo compartido con Nüremberg y Würzburg, se encuentra la hermosísima ciudad de Bamberg. Situada a orillas del río Regnitz y cercana al cauce del Meno, sorprende por su capacidad de armonizarse plenamente con un paisaje inspirador, salpicado de torres catedralicias y abaciales que trasladan nuestra imaginación al Medioevo.

Como extraída de un cuento de los hermanos Grimm, o como destinada a ejemplificar la esencia del romanticismo germano, el área circundante al antiguo ayuntamiento, con sus fachadas de frescos coloridos y su estilo rococó, derrocha una belleza sencilla y serena.

Cuando uno pasea por las calles del centro de Bamberg y cruza sus puentes, es probable que piense en el *Sturm und Drang* y en los grandes clásicos del idealismo, porque todo refleja esa atmósfera de exaltación de la sensibilidad, de un espíritu que se afana en reconciliarse estéticamente con la naturaleza, superando la oposición entre lo objetivo y lo subjetivo.

Bastión de los Pescadores, Budapest

Budapest es la ciudad de la elegancia. Cómo olvidar una comida en el Café New York, que parece transportarnos a los momentos más brillantes del Imperio austrohúngaro, cuando a principios del siglo XX el dueto formado por Viena y Budapest alcanzó las más altas cotas de excelencia intelectual y artística, o la majestuosa vista del Castillo de Buda desde la habitación del Intercontinental, o la cena en el restaurante anexo

al Bastión de los Pescadores, con la lluvia de constantes pinceladas poéticas que nos ofrece la panorámica del Parlamento...

Si me viera obligado a escoger un lugar de la capital húngara, sin duda me quedaría con el Bastión, cumbre de belleza. Encaramados a este mirador de blancura y serenidad singulares, junto al que considero uno de los templos más hermosos del mundo, la Iglesia de Matías, es posible contemplar la estampa más señera y embrujadora de Pest. Admirar la belleza de Pest desde la belleza de Buda; imbuirse de la belleza única y suntuosa de Budapest, simbiosis de orillas y ciudades que refleja lo mejor de nuestra cultura europea. El Parlamento, de obligada visita, con el rubor de su cúpula y la claridad de sus fachadas, el crucero nocturno por el Danubio, fuente infinita de inspiración para toda mente sensible a la llamada de la belleza, la armonía entre lo natural y lo artificial que allí se percibe...

Budapest, rostro vivo de Europa.

Brujas

Esta Venecia septentrional en la que residió nuestro Juan Luis Vives nos ofrece lo mejor de Flandes. Sin duda, estamos ante uno de los tesoros de Europa, con sus amplios canales surcados por estilosos cisnes, flanqueados a su vez por casas de fachadas coloridas, por exuberantes sauces llorones y por hermosas iglesias cuyas vidrieras diseminadas irradian una luz serena y hechizante... Cenar en su encantadora *Grote Markt*, digna émula de la *GrandPlatz* bruselense, es una experiencia inolvidable, y más aún lo es perderse por cada calle, por cada rincón, escoltados por edificios de estilo gótico flamenco que parecen sacados de un cuento de hadas. Brujas es una obra de arte, una de las ciudades más bellas del mundo y una invitación continua a soñar.

Capilla Sixtina

Toda la belleza imaginable condensada en un único espacio. Techos y paredes pintados con las imágenes más sublimes que ha creado nunca el hombre. Una manifestación divina, en verdad, del genio artístico de nuestra especie, de esa luz insondable que despuntó hace miles de años, en las frías e inhóspitas cuevas que acogen las pinturas rupestres de Indonesia, España y Francia. Un hilo dorado que vincula la prehistoria con la cumbre del Renacimiento. Es la cadena de la belleza, la recapitulación más pura del poder que atesora el espíritu humano para legar algo perdurable, algo capaz de vencer el tiempo y de proyectarnos a la esfera de un arte universal, de un arte que no puede envejecer nunca, pues es tan hermoso, tan profundo, tan vasto y desbordante, que sólo evoca juventud, creatividad e inspiración.

Eso es la Capilla Sixtina. La que quizás sea la estancia más famosa del mundo, donde los cardenales se encierran para deliberar sobre la elección de los nuevos pontífices romanos, constituye la muestra suprema de la belleza que podemos conquistar. De las cinco veces que he visitado Roma, inexplicablemente sólo en una ocasión he estado en la

Capilla Sixtina. Pero con una vez me ha bastado para sentir el éxtasis estético más puro y profundo.

Si hubiera que salvar un solo tesoro artístico, me siento tentado de escoger los frescos de Miguel Ángel, sobre todo esa escena en la que el dedo de Dios Padre está a punto de tocar el de Adán, el mítico primer hombre. El acto creador representado de la forma más excelsa y pura concebible, como una muestra de amor infinito, como una ofrenda lírica que conmueve por igual la mente y el corazón. Lo divino y lo humano en busca de una síntesis reconciliadora. La mirada compasiva del Todopoderoso que se afana en alcanzar al hombre, para elevarlo. La belleza y la perfección de los cuerpos fusionada con la hermosura y la pureza de un mismo espíritu, que sin embargo no se realiza allí, no se incoa en ese preciso instante, pues entre la mano de Dios y la del hombre permanece un pequeño vacío, rúbrica de todo un universo de posibilidades que ha de ser llenado en el futuro, como si se tratara de una invitación a buscar esa unión sobrenatural que aún no hemos logrado.

Al contemplar los frescos de la Capilla Sixtina, maravilla de las maravillas, sólo podemos enorgullecernos de pertenecer a la humanidad, uno de cuyos miembros ha conseguido coronar esta cima eterna de belleza.

Cataratas de Iguazú

Amanecer en una habitación del hotel Sheraton, salir a la terraza y contemplar uno de los espectáculos más sublimes que nos depara la naturaleza: las cataratas de Iguazú. Jamás he vuelto a ver una maravilla natural tan extraordinaria, tan divina, tan estremecedora. Todo es violento y atronador, como la ciclópea Garganta del Diablo, sínodo de cascadas que vierte el mayor volumen de agua del mundo. Aún recuerdo la excursión en lancha a las inmediaciones de ese estruendo voraz y desafiante, feroz exhibición de grandeza que amenazaba con engullirnos de forma inmisericorde. Sin embargo, lo más fascinante es observar cómo de esa furia incontenible, expansiva y ensordecedora, de ese rugido conmovedor de la naturaleza, surge una belleza infinita, una belleza atroz e irrefrenable: el milagro de una policromía colosal y perturbadora que humilla el alcance de nuestro asombro, un éxtasis de sensaciones cuya magnitud inescrutable desborda nuestra capacidad de percepción. Ante el eco indómito de esta belleza extrema y salvaje, uno se pregunta quién está preparado para divisar al unísono tanta hermosura, tanto caudal de fuerza, la condensación de tanta y de tan absorbente magia creadora.

En verdad, la naturaleza puede superar al hombre a la hora de forjar belleza. E Iguazú es la prueba más sobresaliente de que la naturaleza es, después de todo, arte, o quizás de que el arte es más bien naturaleza elevada al cielo de nuestros ideales.

Catedrales del Kremlin

Sé que Moscú cuenta con enclaves de gran belleza, como la catedral de Cristo Salvador y, por supuesto, la inefable y emblemática catedral de San Basilio, en la Plaza Roja, pero en una de las catedrales del Kremlin tuve una experiencia cuasi mística que convierte este entorno en uno de mis lugares favoritos del mundo. Fue entrar y escuchar los cantos de unos monjes, cuyas voces parecían elevarse con suma facilidad al cielo, para sentir el éxtasis. Todo era insondablemente hermoso en ese templo de planta de cruz griega por cuyas paredes, finamente decoradas, resonaban los ecos de una música sobrenatural. Una belleza divina, pura, irreducible, grave y armoniosa al unísono, que emanaba de la delicadeza de esos cánticos, reminiscentes del gregoriano, pero bañados con ese toque único, mezcla de austeridad y efusividad, que se percibe en las iglesias ortodoxas. Es el poder del arte para inspirar las emociones más profundas, para autosugestionarnos y creer que hemos trascendido los límites de la finitud humana. Por mucho que se trate de una ilusión, de un hermoso hechizo que inunda de luz los abismos del corazón humano, produce tanto gozo, infunde un espíritu de comunión con el todo, que es inevitable admirarlo.

Dubrovnik

Es fácil y placentero sucumbir al hechizo de la perla del Adriático. Dubrovnik, capital de la antigua República de Ragusa y hoy uno de los destinos turísticos más importantes de Croacia, desprende una belleza tan apacible como inusitada. Conocida como “la Atenas Dálmata”, ha sido cuna de grandes científicos, entre los que destacan Roger Bosovich, pionero de la hipótesis atómica. El jardín y el claustro del convento franciscano, el esplendor de sus palacios gótico-renacentistas, como el de Sponza, hoy sede del Archivo de Dubrovnik, o el del Príncipe, una de sus construcciones más logradas; la elegancia de sus edificios barrocos, como su exquisita catedral; la luminosidad de calles como *Placa*, también llamada *Stradun*, su arteria vertebradora, pavimentada con caliza pulcra y refulgente... Basta con admirar los tesoros arquitectónicos que custodia para percatarse de la riqueza cultural y de la relevancia política que esta pequeña ciudad llegó a ostentar en su época dorada. Paradójicamente, el período más brillante de Dubrovnik coincide con el auge del Imperio otomano, pues turcos y ragusianos llegaron a un acuerdo por el que, a cambio de un cuantioso tributo, el sultán concedía numerosos privilegios políticos y económicos a la joya de Dalmacia. Dotada de una libertad inexistente en otros enclaves sometidos al yugo otomano, logró rivalizar con grandes urbes italianas, como Florencia y Pisa, así como con la mismísima Venecia, su gran competidora por el control de las rutas comerciales del Adriático.

Cómo no recordar sus aguas turquesadas, sus murallas relumbrantes, la cautivadora vista desde la colina Sdr, a la que se asciende en un teleférico... Pero de entre tanta concentración de belleza y refinamiento me quedo con la antigua sinagoga, escondida en una de las callejuelas de la ciudad vieja. Fundada por los sefardíes en el siglo XIV, pasé casi una hora sentado en uno de sus bancos, embebido con la contemplación de esa austeridad decorativa, de ese vacío y de esa diafanidad que parecen evocar el *Deus Absconditus* de Isaías y que contrastan de manera tan significativa con la exuberancia simbólica y ornamental de las iglesias católicas. Geometría pura, silencio cósmico, dialéctica entre lo presente y lo ausente, luz innominada que es también oscuridad cuando nos enfrentamos a la sombra de lo indecible... Sin duda, la sinagoga

más hermosa que he visitado, más incluso que la de Budapest, aunque sea menos grandiosa, porque en su simplicidad fulgura una belleza demasiado profunda.

Estambul

Me enamoré de Estambul desde el primer instante. La considero la ciudad más bella que he conocido, y estoy seguro de que es la urbe más hermosa del mundo. No puedo imaginar nada más sublime que esta preciosa convergencia de agua, tierra y cielo, de la cultura romana, del cristianismo, del islam, de la modernidad... Cómo no caer rendido ante su encanto y sus vivos colores, cómo olvidar sus esbeltos y ceremoniosos minaretes, sus resplandecientes cúpulas, sus altas y sólidas murallas, el milagro del Bósforo y de su armoniosa unión de continentes, de religiones, de edades históricas... Parecería que alguien hubiese compendiado los tesoros de Roma, de Venecia, de Jerusalén, de Marrakech y de El Cairo para crear esta maravilla de la humanidad, capital consumada de imperios a lo largo de casi diecisiete siglos.

Estambul es puente entre civilizaciones y encarnación de belleza; un cónclave de ensoñaciones líricas que fusiona las almas de Oriente y de Occidente para ensanchar nuestro espíritu. Y por encima de la silueta incomparable del Cuerno de Oro y de la Torre Gálata, o de la fastuosidad de la Mezquita Azul y de la Mezquita de Solimán, pulcra y destellante como sólo la obra más aquilatada del ilustre arquitecto Sinán podía serlo, gloria suprema del arte otomano, centellea la mayor de las riquezas de Estambul, de Constantinopla, de Bizancio, de esta síntesis reconciliadora de toda la belleza del mundo: Santa Sofía. Divina Sabiduría. El nombre más excelso que podía atribuirse a este prodigio imperecedero. No hay palabras para describir la sensación de grandeza que se percibe en su interior. El adjetivo “majestuoso” es insuficiente para transmitir semejante estado de comunión con la historia, con el arte, con la belleza más elevada y conmovedora. Mandada erigir por el emperador Justiniano en su actual forma, una emoción celestial, un sobrecogimiento inefable, un eco paralizante y redentor, una epifanía de resonancias cósmicas se apodera de quien se adentra en esta hazaña de la búsqueda de plenitud, en la solemnidad de este canto apasionado a una belleza perenne que aquí nos obsequia con una de sus manifestaciones más logradas y enaltecidas. Cómo resistir tanta y tan vívida densidad estética, tanta poesía encapsulada en esta iglesia, en esta mezquita, en este gigantesco y arrebatador museo, en esta cúspide de la creatividad humana. Sepultado y extasiado bajo la apoteosis de su bóveda, obra maestra del arte universal, qué pequeño se siente uno, pero qué grande al unísono, al pertenecer a una humanidad capaz de construir esta proeza. Ella sola glorifica todos nuestros desvelos por alzarnos con el trofeo de la belleza más perfecta e inspiradora. Sin embargo, y estremecido por su magnificencia, me resulta inevitable pensar también en cuánto sufrimiento, en cuánta injusticia, en cuántas lágrimas hubieron de derramarse para llevar a cabo esta maravilla. Es la dialéctica entre la grandeza y el horror, entre la civilización y la barbarie, entre la gloria y la cruz. Pero ahora sólo quiero resaltar la gloria, aunque me cueste ocultar la cruz y seguir soñando con un mundo presidido por la justicia y la igualdad entre los seres humanos.

Glencoe, Escocia

Escocia inspira calma, serenidad; una paz reveladora. Hermosos parajes salpicados por hondos lagos que alimentan toda clase de leyendas (los famosos "lochs"), y cuyas aguas no hacen sino incrementar esa profunda sensación de tranquilidad, gozo y exuberancia.

Tras visitar los majestuosos puentes de Forth y el emblemático castillo de Stirling, recorrer las sinuosas carreteras del parque nacional de Loch Lomond y los Trossachs, con sus 'glens' repletos de frondosos bosques que contienen los colores más bellos concebibles, bendecidos por lagos fabulosos, es un canto a la imaginación y a la libertad. La mente vaga sin restricciones, recreándose en ese cielo tan puro que se refleja en el sosiego de las aguas. Conforme avanzamos, penetramos en la idílica región de las tierras altas; tierras vastas, desnudas, casi vacías, cuya belleza deslumbra al viajero con sus escarpadas montañas y largos valles que parecen alfombrados de terciopelo verde.

Las "Highlands" me han impactado. Enardecen el espíritu romántico. Constituyen una inmensidad suave, amable, desolada pero gentil. De repente surgen cimas espigadas que se alzan sobre grandes valles, tapizados por un deleitoso verde amarillento e irrigados por inesperados riachuelos.

Al hablar de Escocia no podemos olvidar la ilustre ciudad de Edimburgo, la "Atenas del norte"; icono de elegancia que brilló en tiempos de la Ilustración y en la que desarrollaron su pensamiento figuras tan relevantes para la cultura universal como Adam Smith y David Hume.

Gran Cañón del Colorado

¡Qué milagros obra la naturaleza! De la ciega necesidad, emerge una belleza sublime.

No puedo imaginar la sensación de grandeza y desmesura que hubieron de sentir los primeros exploradores españoles que se aventuraron por las vastas e inhóspitas regiones del actual estado de Arizona. Tras vagar por desiertos estremecedores, abrumados por toda clase de penalidades, observaron con sus propios ojos el inmenso cañón que formaba un río cuyas aguas exhibían una curiosa tinción parduzca, lo que les inspiró el nombre de "Colorado".

El río y su cañón eran sagrados para los habitantes de estas tierras, como la tribu de los Hualapai. Y sagrada es la experiencia que nos invade al contemplar esta maravilla. Sagrada y profundamente hermosa. Infinita, más bien, pues abre la mente a lo infinito, proyecta el espíritu a lo desbordante, al abismo que no se agota y que se dilata sin término. Un dios pétreo detiene nuestro paso, y nos obliga a dejarnos llevar por algo que nos supera, para que la emoción fluya sin límites.

Sus espectaculares hondonadas, sobrevoladas por águilas majestuosas (¡y quién no querría surcar la claridad de esos cielos como un águila, oteándolo todo sin temor, cual reina de espacios gloriosos!), sus riscos, sus meandros, sus alturas imponentes (es aconsejable asomarse al famoso "Skywalk" en "Eagle Point")... Todo es vertiginoso. Todo desafía la imaginación, elevándola y conmoviéndola al unísono. El alma se siente

sobrecogida, y entonces descubre su verdadero horizonte. La sensibilidad se recrea en un prodigio que ha brotado inconscientemente, sin intervención del hombre.

Fruto de la tectónica de placas y de millones de años de erosión, este milagro de la geología nos muestra cuán pequeños somos, pero también cuánto merece la pena admirar la belleza del mundo, y cuánto nos dignifica extasiarnos ante estos portentos que la naturaleza nos ofrece.

Jardín del Administrador Humilde, Shuzhou

China me ha deslumbrado, pese a que sólo he visitado unos pocos enclaves del tercer país más grande de la tierra. Únicamente en Egipto había topado con tantos tesoros artísticos como el país del Lejano Oriente. Grandeza ubicua, excelencia estética, detallismo, vastedad de paisajes...

Todo en China es desmesurado, desbordante, abrumador para el viajero que contempla, con una mezcla de admiración e inquietud, el asombroso crecimiento del gigante asiático, destinado quizás a dominar el mundo en las próximas décadas.

Me he sentido poderosamente fascinado por algunos de sus monumentos más ilustres, como la inagotable y estremecedora Gran Muralla (que visité en el tramo Mutianyu), con sus serpenteantes perfiles adheridos a las cimas de las montañas, como un dragón interminable que protege a China de sus enemigos, o la desafortunada Ciudad Prohibida, con sus inmensos patios, sus espectaculares paredes rojizas y sus salones de nombres inspiradores, como el de la Armonía Suprema, seguida por el bellísimo Yuhuyuan, el esmerado jardín imperial, desde lo alto de cuya colina es posible contemplar la vastedad de Pekín y, de nuevo, la infinita grandeza de la Ciudad Prohibida, o el refinamiento del Palacio de Verano, que tuve la oportunidad de ver medio nevado y con las aguas del lago casi heladas (así como de ascender a la Pagoda del Buda fragante, cuyo sola mención infunde ya un sentimiento de serenidad acorde con el mensaje del Sublime), o las tumbas de los emperadores de la dinastía Ming, que tanta gloria brindó a China, exquisitamente decoradas, o los increíbles guerreros de terracota, tallados para custodiar en la otra vida al primer emperador, Qin Shi Huang, estatuas que producen una honda impresión en quien las observa a las afueras de Xian, o los espectaculares budas del templo de Lingyin, a cual más misterioso y embriagador.

Sin embargo, de las numerosas maravillas que nos depara esta tierra extraña y remota me quedo con la sencillez del Jardín del Administrador Humilde, en Shuzhou, a media de hora de tren del bullicio y de los rascacielos de Shanghái.

Como he optado por circunscribirme a un lugar por país, he dudado entre Shuzhou y Hangzhou, con su hermoso lago occidental, fuente de inspiración para poetas y pintores, que, contemplado desde la pagoda de Leifeng, transmite una paz de reminiscencias celestiales. Creo, en cualquier caso, que Shuzhou representa mejor la esencia de la cultura china. Llamada “la Venecia del Este” por el infatigable Marco Polo, todo allí parece más condensado, más puro, más cálido y diáfano. En todo se percibe un equilibrio entre fuerzas y elementos de la naturaleza, en sintonía con las enseñanzas del taoísmo. Se trata

de un pensamiento armónico y mistificador, de cadencia holística, que contrasta de manera tan clara con nuestra visión occidental, más dialéctica, más crítica, más firmemente fundada sobre el análisis racional, la separación conceptual y la diferenciación del individuo con respecto a la naturaleza. Pero lo cierto es que la filosofía subyacente a la ordenación espacial de los más hermosos jardines chinos, como el del Administrador Humilde, ha motivado extraordinarios logros estéticos, amparados en un profundo simbolismo.

No puedo sino evocar la exquisitez de los jardines de Shuzhou, bastión de elegancia y de paz espiritual que destila a la perfección una de las dimensiones fundamentales de la tradición china. El agua, la piedra, el aire, la madera, las flores coloridas...; la naturaleza como un todo armonizado que irradia paz, irisación del paraíso en la tierra.

Jardín de las Rosas, Berna

Difícilmente se encontrará un mirador tan suntuoso como el del Jardín de las Rosas, balcón único a la elegancia y la hermosura de la capital suiza. Desde su altura, y al amparo de las innumerables flores que lo adornan, es posible contemplar la Ciudad Vieja de Berna, rodeada por el río Aar y declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Al caminar por esas calles es fácil retrotraerse a la Edad Media, dado que una parte significativa de los edificios se remonta precisamente a los siglos XII y XIV. Esta joya medieval, prácticamente intacta, despliega una belleza exuberante y serena al unísono; una belleza apacible, circundada por montañas y bosques frondosos que, en armonía con las construcciones medievales, le imprime un carácter singular.

Sin embargo, Berna no sólo proyecta nuestra imaginación a un mundo desvanecido, con su catedral, sus estatuas repartidas por las esquinas más insospechadas, su encantadora fuente del arcabucero, su sobresaliente torre del reloj (*Zytgloggeturm*), sus osos... Más allá de esta inmersión en la historia helvética, Berna fue testigo de una de las revoluciones intelectuales más profundas del siglo XX: la creación de la teoría de la relatividad especial y la primera aplicación de la teoría cuántica de Planck al problema de la naturaleza de la luz. Tuve la suerte de visitar la casa en la que Einstein residió durante sus años como empleado de la Oficina de Patentes de Berna, situada en la *Kramgasse*, una de las arterias principales de la ciudad. En ese pequeño apartamento, Einstein y su entonces mujer Mileva Maric hubieron de protagonizar apasionantes discusiones sobre física y matemáticas. Ese esfuerzo titánico por entender el mundo desembocó en la redacción de cuatro célebres artículos publicados en 1905 (el *annus mirabilis* de Einstein) que supusieron un progreso incontestable en nuestra comprensión del universo.

Allí, en esa casa tranquila y austera, la mente de Einstein sintió la inspiración necesaria para revisar los fundamentos de la física clásica y abrir las puertas de un nuevo reino científico. Emergió un horizonte hasta entonces desconocido que, sustentado sobre los pilares de la mecánica cuántica y de la mecánica relativista, determina hoy nuestra visión del cosmos en todas sus escalas.

Es siempre emocionante, y en realidad conmovedor, ver con nuestros propios ojos cómo grandes ideas han nacido con frecuencia en lugares humildes, donde de tiempo en tiempo despunta la genialidad de ciertos individuos bendecidos con un talento especial y con una fuerza de voluntad pareja a la magnitud de esas capacidades innatas. Éste fue, sin duda, el caso de Einstein, paradigma de genio científico, quien desde sencillas y profundas intuiciones incubadas en sus solitarios paseos por Berna (y, por qué no, en las meditaciones que seguramente alumbró en el Jardín de las Rosas) protagonizó un salto de gigante en la historia del pensamiento humano.

Jardines de Menara, Marrakech

He intentado no caer en exotismos extemporáneos, pero no he podido. La plaza de Yamaa el Fna, en el corazón de la gran ciudad imperial de Marrakech, es una de las maravillas de este mundo. Una maravilla repleta del exotismo más puro y deslumbrante que pueda imaginar un viajero occidental, que topa con este enclave insólito a tan sólo dos horas en avión desde Madrid.

Comerciantes, encantadores de serpientes, músicos, bailarines, hombres con monos subidos a su espalda... Todo en el bullicio de este gigantesco zoco al aire libre ratifica, uno por uno, los tópicos que podamos albergar sobre el mundo islámico, sobre el embrujo que ejerce en quienes procedemos de otra civilización. Pero no me importa. Viajé a Marrakech para experimentar ese exotismo de primera mano. Y perdido entre las callejuelas circundantes a Yamaa el Fna, atravesado por la mirada perforadora de los vendedores ambulantes, palpé el significado del exotismo islámico.

Por fortuna, en Marrakech hay algo más que bullicio y exotismo. También hay paz. Es lo que encontré en los espléndidos jardines de Menara.

Jerusalén

¡Oh, Jerusalén! Me perdería eternamente por tus calles y saborearía cada elemento de misticismo y arte que te enardece.

Tantas culturas, tantas memorias, tantos sueños, tanta belleza diseminada por cada uno de tus barrios... La ciudad espiritual por antonomasia, tan deslumbrante que incluso el paraíso ha sido comparado con una Nueva Jerusalén. La comunión con los anhelos más profundos del alma humana, tantas veces ansiosa por ascender a las colinas de Sión.

Si he de elegir alguna de tus maravillas, me quedo con la Explanada de las Mezquitas. En medio del bullicio jerosolimitano, allí se respira la paz que bendice los jardines islámicos. Y la Cúpula de la Roca, dorada y brillante, quintaesencia de simetría y belleza, cual piadosa eclosión de evocaciones, parece coronar todo un universo de misterio que sólo puede contemplarse con asombro extasiado. Aureolada por los colores más hermosos que me atrevo a concebir, simbiosis de lo rectilíneo y de lo curvo, domina el horizonte de la ciudad tres veces santa por la que han suspirado tantos profetas y a la

que se han entonado tantos salmos. El suyo es un beso de belleza angelical que perforaría toda alma sensible.

La espléndida blancura de las piedras de Jerusalén trasluce una pureza expiativa, de reminiscencias celestiales, que ni los más enconados conflictos políticos podrían nunca apagar.

La Habana Vieja

Al visitar La Habana es fácil entender por qué Cuba fue llamada “la perla del Caribe”, y por qué España sufrió una auténtica tragedia existencial tras perderla en 1898. Sus calles coloridas, cuyas fachadas pintadas en ocasiones reflejaban la ideología de su dueño (si era favorable a la independencia o a la permanencia en el Reino de España), sus calles empedradas, sus plazas, los patios de sus edificios..., no hacían sino recordarme a las ciudades andaluzas. La impronta española es tan profunda que ni las décadas subsiguientes de americanización (al menos hasta el triunfo de la Revolución en 1959) han conseguido apagarlas.

La Habana vieja, laberinto de hermosas callejuelas, con muchos de sus edificios en estado ruinoso (aunque otros han sido restaurados), transmite una mezcla de alegría y de melancolía. Por momentos pensé que estaba en alguna ciudad portuguesa, como Lisboa u Oporto, que parecen irradiar nostalgia, una nostalgia bella. Pero en La Habana predomina la alegría, como no podía ser de otra manera en esas latitudes.

Luxemburgo, Ciudad Vieja

Pensaba que la capital del Gran Ducado sólo albergaría tiendas inasequibles, casas lujosas e instituciones europeas. Sin embargo, lo que me sorprendió de esta pequeña y hermosa ciudad no es ninguna muestra ostentosa de riqueza o poder, sino más bien la elegancia, la serenidad, la profunda armonía reinante en este antiguo asentamiento celta y posterior colonia romana que comenzó a despuntar con los francos.

La Plaza de Guillermo II, el Palacio Granducal y, sobre todo, la Rocher du Bock, que acogió el castillo del conde Sigfriedo, son algunos de los lugares más bellos de Luxemburgo. Como suele ocurrir, el desnivel le imprime un aire pintoresco, que los viaductos y pasarelas no hacen sino reforzar. Lo mejor es perderse por la Ciudad Vieja y apreciar el estilo típicamente centroeuropeo, mesurado y apacible.

Nueva Inglaterra en otoño

El otoño en Nueva Inglaterra es uno de los espectáculos más bellos que nos ofrece el mundo. Ya sea en Vermont o en Maine, en Massachusetts o en New Hampshire,

recorrer sus bosques en esta época del año dispondrá ante nuestros ojos un despliegue de colores y de tonalidades único. Las hojas de los árboles exhibirán una policromía profundamente inspiradora, gozosa y deslumbrante en realidad, que sólo puede producir sosiego en quien la contempla.

En Vermont es donde mejor he podido apreciar la exuberancia otoñal de esta zona de la Costa Este. Es la cuna de los Estados Unidos de América, pues en ella se instalaron los primeros colonos ingleses en el siglo XVII. Pero también quiero destacar la hermosura del paisaje de New Hampshire, en particular del área que rodea al Monte Monadnock, de fácil ascenso. En estos enclaves (primordialmente, en Concord MA, con su *Walden Pond*, inmortalizado por ese hombre excepcional que fue Henry David Thoreau) es fácil entender la esencia de la filosofía trascendentalista difundida por Ralph Waldo Emerson, quizás la primera filosofía autóctona de Nueva Inglaterra. Aunque siempre me ha parecido poco interesante y no especialmente sólida desde un punto de vista filosófico, la considero sugerente desde un ángulo estético, porque es fácil conmoverse ante ciertas evocaciones de una armonía primigenia entre la naturaleza y el hombre.

Nyhavn, Copenhague

Decir que Hans Christian Andersen vivió en varias de las casas que rodean el “nuevo puerto” de Copenhague, *Nyhavn*, quizás nos dé una idea de lo bien que este enclave recapitula la identidad de la capital danesa.

Las coloridas fachadas de los edificios, rojas, azules, amarillas, verdes..., como un arcoíris artificial abierto a las mejores evocaciones, el canal por el circulan serenamente numerosas embarcaciones repletas de turistas asombrados ante la belleza única del lugar, las hileras de bares y restaurantes (en uno de los cuales pude gozar de una cena irrepetible y degustar el famoso salmón ahumado), la templada luz del atardecer... ¿Qué más se puede desear?

Tengo entendido que la filosofía de vida propia de los daneses privilegia el disfrute de lo sencillo, en armonía con la sociedad y con la naturaleza. No es de extrañar que Dinamarca cuente con uno de los estados de bienestar más desarrollados del mundo, y que encabece sistemáticamente los *rankings* en los índices de calidad de vida. Como en otros países nórdicos, allí se respira bienestar, sofisticada simplicidad, sentido de igualdad y de comunión con el entorno. Pero ninguna de estas percepciones se percibe con tanta claridad como en Nyhavn, joya de Copenhague en la que seguro que Kierkegaard recibió inspiración para escribir algunos de sus ensayos más profundos.

Pabellón Dorado, Kinkaku-ji, Kioto

En las afueras de Kioto se yergue uno de los tesoros más deslumbrantes del país del sol naciente: Kinkaku-ji, el Templo del Pabellón de Oro.

En este espacio todo rebosa de armonía, perfección y delicadeza. El alma entera de Japón parece posar sus alas en este lugar plácido e inusualmente bello, rodeado por un bosque exuberante y de calma hipnótica. Finas láminas de oro puro recubren la fachada de una obra que sólo puede despertar asombro y veneración en quien la contempla, pues se halla exquisitamente fusionada con el entorno, con el lago de aguas sosegadas sobre las que se reflejan los árboles, las colinas y el pabellón. Una paz celestial, una melodía sólo comprensible desde el gozo del espíritu, baña y embarga con su fulgor este auténtico *locus amoenus* que nos proyecta a un universo saciado de equilibrio, cadencia y simetría.

No puedo dejar de mencionar otros enclaves japoneses que también me han fascinado a causa de su belleza, como Nara, con sus ciervos y su gran buda del templo de Todai-ji, o el impresionante castillo de Himeji, de resplandeciente blancura, o Nikko, sede de uno de los santuarios más espectaculares y profusamente decorados del shogunato Tokugawa.

Palacio da Pena, Sintra

Qué rondaría las cabezas de Fernando de Coburgo, rey consorte de Portugal y frustrado candidato a la corona española, y de sus arquitectos para concebir un monumento tan insondable, cuya belleza multicolor e insólita se halla entronizada en lo más alto de las colinas de Sintra. El espíritu del romanticismo portugués vivifica sus muros, sus torres, sus estancias. Es el castillo más hermoso y ecléctico de cuantos he visitado hasta ahora. Todo en él derrama misterio, magia y simbolismo, en una sorprendente alquimia arquitectónica que sin duda guarda estrecha relación con el interés del monarca por el ocultismo. Signifique lo que signifique esta pintoresca y subyugante mezcla de estilos, lo cierto es que el magnetismo del conjunto derrocha belleza e inspiración, justificación suprema de toda gran obra de arte.

Puente de Carlos, Praga

Nadie en este mundo puede cansarse de cruzar una y otra vez el puente de Carlos, vínculo solemne entre la Ciudad Vieja y la Ciudad Pequeña de Praga. Desde él, la vista es incomparablemente hermosa. Todo un despliegue de formas y colores, más exuberante aún que la policromía del otoño en Nueva Inglaterra. Una sensación de belleza profunda y serena posee al viajero, ante un paisaje bañado de elegancia, de historia, de ese refinamiento tallado lenta y laboriosamente por el dilatado curso de siglos e ideales que engrandece a nuestra Europa. ¡Oh, Praga!, encrucijada de culturas salpicada de altos y estilizados pináculos que acarician suavemente el cielo, síntesis embelesadora de Viena y Budapest, rosa clavada en el corazón del viejo continente, sueño inmortal de músicos y literatos, con sus cien torres, su mágica Calle de Oro y su reloj astronómico: tú me revelas la respuesta a la pregunta por la esencia de la belleza. Ahora sé que la belleza es la armonía de lo distinto.

Salamanca

Salamanca es mi ciudad favorita de España. Sé que la elección es complicada, entre otras razones porque he tenido la fortuna de visitar todas las provincias de mi país y de disfrutar de la belleza natural y de la pujanza histórica de tantas perlas estéticas diseminadas a lo largo y ancho de nuestra geografía. No puedo olvidar Córdoba, ni Sevilla, ni Toledo (“la Jerusalén de Occidente”, ciudad hechizante donde las haya), ni Cáceres, ni Santiago de Compostela, con su incomparable y colorido centro histórico, sólo a la altura de su majestuosa catedral. En cualquier caso, Salamanca evoca tantas cosas que admiro...

Como monumento individual, mi preferido es La Alhambra. Creo, de hecho, que la contemplación del atardecer granadino desde el Albaicín, con sus tonalidades cálidas y anaranjadas, premonitorias del misticismo más profundo, acrisola una de las bellezas más sublimes que cabe imaginar, y sin duda la más exquisita y desbordante de España. Sin embargo, como ciudad me quedo con Salamanca. En ella brilló mi país en el Siglo de Oro, y recorrer su casco histórico, viva plasmación de la gloria del Renacimiento, me inspira profundamente. Junto con Alcalá de Henares y El Escorial creo que conforma el *Triángulo Dorado de la Sabiduría Hispánica*. Si nos ceñimos a la esfera estrictamente académica y extendemos nuestra selección a toda la península ibérica, este triángulo lo compondrían Salamanca, Alcalá y Coimbra, por cuya universidad y por cuya Biblioteca Joanina siento especial devoción. La fachada del complutense colegio de San Ildefonso es la única rival digna de las ricas ornamentaciones del plateresco salmantino, y en cuanto a El Escorial, su biblioteca, decorada con los soberbios frescos de Pellegrino Tibaldi, alegoría del saber universal a través de sugerentes representaciones de las siete artes liberales, sobresale en el panteón de los grandes tesoros que esconde España.

Cómo no imaginar a Francisco de Vitoria, a Fray de Luis de León o a Unamuno ensimismados en sus cavilaciones jurídicas, poéticas y filosóficas mientras caminaban por Salamanca. El punto en el que confluyen la calle de la Compañía y la rúa antigua, flanqueadas por Casa de las Conchas y por la Clerecía, antiguo Real Colegio de los jesuitas, siempre me ha parecido uno de los rincones más hermosos de nuestra geografía, sobre todo de noche, cuando, iluminada, la piedra franca salmantina resplandece con una pureza suprema y deslumbradora.

La Catedral Nueva de Salamanca es una de las construcciones más imponentes de España. Tardó casi doscientos años en completarse, y en la obra participaron algunos de los mayores maestros de España, como Juan y Rodrigo Gil de Hontañón. Es grandiosa, sólo superada en tamaño por la de Sevilla. Cuenta con una solemne planta rectangular que preludia la infinitud de un paraíso puro de sabiduría y belleza. La plenitud del gótico aunada al esplendor sereno del Renacimiento y a la efervescencia indómita del barroco: una simbiosis de estilos en la que predomina claramente el gótico tardío, y admito que me fascina poderosamente el gótico. La magnificencia de sus naves, la suave e inspiradora luz que penetra con delicadeza a través de las vidrieras de Flandes que envuelven el edificio, para elevar el alma a un cielo de intuiciones líricas...

Cada vez que visito Salamanca regreso a Madrid pertrechado de nuevas ideas para libros o artículos. Salamanca es mi musa. Me perdería por cualquiera de los lugares que hay entre la Plaza Mayor y el huerto de Calixto y Melibea, subiría una y mil veces a la torrea de la Catedral Nueva, veneraría sin cesar la fachada de la Universidad y del

convento de San Esteban, joyas del plateresco, y no me cansaría de extasiarme ante la recapitulación de belleza y conocimiento que define esta maravilla única de nuestro patrimonio.

Salzburgo

Al pie de los Alpes, con sus cimas lechosas y resplandecientes, se alza una de las ciudades más elegantes de Europa: Salzburgo.

La "ciudad de la sal" brilla en sus magníficas iglesias, el verde de cuyas cúpulas y torres lo embellece todo de forma inefable, en la blancura de su imponente castillo, en su río, en sus palacios... Parece recapitular todo un universo de arte y de buen gusto. Si añadimos que en este entorno único vio la luz uno de los mayores músicos de los todos los tiempos, Wolfgang Amadeus Mozart, es fácil explicar el embrujo que esta urbe austriaca ejerce sobre el viajero. Es recomendable perderse por sus hermosas callejuelas, visitar la casa natal de Mozart y entrar en sus iglesias, a ser posible cuando suena la música de su hijo más universal.

Porque Salzburgo, cuna de uno de los grandes genios de la humanidad, no defrauda nunca. Encapsula el alma centroeuropea, y se mantiene como emblema de la excelencia artística.

Saqqara

Ni la Gran Pirámide de Giza, ni las colosales estatuas de Ramsés II en Abu Simbel, ni siquiera la majestuosa columnata del Templo de Karnak, han conseguido cautivarme tanto como Saqqara. Su grandeza no es tan impresionante como la de cualquiera de los monumentos que acabo de mencionar, pero en su pirámide escalonada apreció el alma viva de Egipto, el corazón de una cultura, la traza primigenia de su genio constructor y de su amor por la geometría, del despertar de la historia, del inicio de la arquitectura, de pioneros como Imhotep, el primero de los sabios conocidos de la humanidad. Envuelta en el silencio desolador del desierto occidental, circundada por dunas inagotables, bajo el azul límpido del cielo de Egipto, este signo diáfano de equilibrio y simetría nos une a la belleza perenne, al arte primordial, a la aurora de la civilización. Siempre me ha fascinado la forma piramidal, una constante en tantas culturas, un universal simbólico del género humano. Evoca la elevación de lo terreno a los dominios de lo celeste, el volumen que se desvanece progresivamente hasta fundirse con el reino de la simplicidad geométrica, del punto infinitésimo, del vértice puro que toca lo invisible.

Todo es profundamente hermoso en Saqqara. Aunque, ciertamente, basta con desplazarse sólo unos kilómetros hacia el norte para contemplar otra de las creaciones más enigmáticas y seductoras del antiguo Egipto: la Esfinge de Giza, al pie de la Gran Pirámide.

Torun, Polonia

La razón por la que he escogido esta hermosa ciudad polaca situada a orillas del Vístula, que en su día perteneció a la Orden de los Caballeros Teutónicos, es doble. Por una parte, me fascinó su casco histórico, repleto de joyas medievales y barrocas, como la Casa Consistorial, la Catedral y el Palacio Dambski. Pero lo que más admiré en esta urbe, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, es la casa natal de una de las mentes más brillantes de todos los tiempos: Nicolás Copérnico.

Aún evoco, de manera vívida e inspiradora, la visita a ese edificio de paredes rojizas y silueta típica de las ciudades de la Liga Hanseática. No puedo olvidar la indescriptible emoción que sentí al ver un ejemplar de su gran obra, *De revolutionibus orbium coelestium*, donde exponía las bases del modelo heliocéntrico, un osado cambio de marco de referencia que comportaba una nueva teoría sobre el universo, capaz de destronar el otrora invicto geocentrismo de Aristóteles y de Claudio Tolomeo. En ese lugar había venido al mundo un hombre destinado a cambiar el curso de los tiempos, a modificar radicalmente la imagen que teníamos del cosmos y de nosotros mismos. La historia no volvería a ser la misma desde entonces. Todo un horizonte de desarrollos científicos no hacía sino abrirse, una profunda transformación del espíritu humano de la que todavía hoy somos herederos, y que nos obligó a reflexionar desde nuevas coordenadas sobre nuestro papel en este universo vasto y desconcertante.

Además, tuve la oportunidad de dormir en el elegante *Palac Romantyczni*, a las afueras, donde Chopin dio un concierto.

Torun, con sus amplias y luminosas calles, cuyos tesoros artísticos nos imbuyen de una atmósfera singular, llena de historia, merece sin duda una visita.

Uxmal, México

De las incontables ciudades mayas descubiertas hasta ahora por los arqueólogos sólo he visitado seis. Sé que es una osadía escoger una, pero lo haré: Uxmal. Me ha impresionado más que Chichen Itzá o Calakmul. Situada en la parte noroccidental de las selvas yucatecas, no puedo olvidar el arcoíris que nimbaba la Pirámide del Brujo. El azul, el verde y el blanco reluciente de las piedras parecían confabulados para otorgarme la mayor de las bellezas, emergida súbitamente de las impenetrables profundidades de las junglas mexicanas. Qué civilización tan hechizante, tan incomprensible, tan remota y embriagadora. El genio constructor de los mayas yace oculto en el seno de espesuras inconmensurables y temibles. Sólo puedo soñar con la contemplación nocturna de las estrellas desde la cima de sus grandes pirámides, en medio de una soledad interrumpida por los aullidos intermitentes de las exóticas criaturas que habitan en esas frondosas e inacabables vastedades de Centroamérica.

Por supuesto, los mayas no son los únicos que han legado a la posteridad edificaciones monumentales y misteriosas en el Nuevo Mundo. A las afueras de Ciudad

de México se encuentra otra de las maravillas que más admiro: el conjunto integrado por la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna en Teotihuacán, un auténtico desafío hermenéutico para los estudiosos de las culturas mesoamericanas. Tamañas estructuras, masivas e imponentes, fueron levantadas en los primeros siglos de la era cristiana por una sociedad de la que se desconoce casi todo. ¿Cómo pudieron organizarse para culminar una obra tan titánica como la Pirámide del Sol? Queda tanto por comprender de ese universo recóndito, tantas incógnitas por despejar, tanto lenguaje indescifrado... Y, por supuesto, México, forjado a partir de la herencia precolombina y de la hispana, salpicado de ciudades tan pintorescas como Guanajuato, no deja de suscitar experiencias estéticas incomparables en quien lo visita.

Venecia

¡Venecia! No me hagas elegir entre la belleza de Roma, la de Florencia o la de la Costa Amalfitana y la tuya, porque tú posees un encanto único. Es la cuidada combinación de agua y piedra lo que te confiere un fervor estético inigualable.

Callejear por tu insondable laberinto, cuyos sinuosos capilares siempre desembocan en la amplitud del Gran Canal, y en cada uno de cuyos rincones nos espera un tesoro artístico incomparable, ver tus góndolas repletas de parejas de enamorados, evocar a Ticiano, a Vivaldi y a Albinoni, subir al *Campanile* para otear un horizonte inundado de belleza, o a la terraza del Guggenheim para obtener una perspectiva extraordinaria de la Basílica de Santa Maria della Salute...

Pero también escojo tus sinagogas, arrumbadas en el antiguo y ominoso gueto, humildes por fuera pero deslumbrantes por dentro, y, sin duda, rindo pleitesía a la Basílica de San Marcos, inmensa y sublime, con el ensueño de sus pináculos, plagados de detalles, y al Palacio Ducal, con sus desaforados frescos, y a las elegantes casas palaciegas que flanquean el Gran Canal, como la Ca d'Oro, con sus refinadas ventanas ojivales, propias de un gótico veneciano irresistiblemente inclinado hacia el estilo renacentista, y a la Plaza por antonomasia de la que fue la Serenísima República, y que es la plaza más pintoresca del mundo...

En tres ocasiones he estado en Venecia, una de ellas para asistir a una boda inolvidable en la *Isola di Torcello*, y otras tantas regresaría a esta arca recopiladora de belleza universal, pues es imposible no sentir la nostalgia de volver a contemplar una y otra vez semejante concentración de excelencia artística. Nadie puede cansarse ante tanta hermosura emanada de una sinergia de agua, tierra y cielo.

FERDOUSÍ EN GAZNI

Dramatis personae

Ferdousí, poeta de Tus

Mahmud, sultán de Gazni

Gran Visir de Gazni

General del sultán

Ministro del sultán

Consejero del sultán

Emisario del sultán

Secretario de Ferdousí

Otros cortesanos del sultán

ACTO I

ESCENA I

(En el salón del trono, el sultán Mahmud de Gazni, rodeado de sus cortesanos)

CORTESANOS: ¡Larga vida al sultán! ¡Larga vida a los señores de Gazni!

SULTÁN: Mis ancestros fueron esclavos. Traídos de las estepas, abandonaron la dura vida en el inhóspito norte para servir a los sultanes samánidas de Bujará y a los califas abasíes de Bagdad. Pero ahora sus descendientes somos más poderosos que cuantos nos precedieron. Primero convertidos en esclavos, sacados a la fuerza de nuestra tierra, hemos conquistado el Jorasán y nuestro nombre es temido en la vasta Persia. Herat y Nishapur proclaman mi gloria, y yo las embellezco con cúpulas cada vez más resplandecientes. Lejos quedan los tiempos en que las tribus de mis antepasados vagaban junto al gran mar de agua dulce. Yo, hijo de Sebuk, soy ahora sultán, el primero en llevar tan insigne título por la gracia del califa. Las tierras por las que se extiende mi dominio son inabarcables. Mis enemigos agonizan. No alcanzo a contar cuántos reyes y señores se postran ante mí. Ahora son ellos mis esclavos, y soy yo libre ante los ojos de Dios, que todo lo rige desde el cielo. Ahora se inclina el mundo ante mí. Ahora me temen y aman innumerables hombres y mujeres. ¡Ahora brilla Persia con la luz de los gaznávidas!

CORTESANOS: ¡Larga vida a la dinastía gaznávida! ¡Larga vida al sultán Mahmud!

SULTÁN: Mis ejércitos saquean la India sin piedad. Castigan a los paganos, a los idólatras, a los adoradores de frágiles estatuas y de extrañas deidades. Mis ejércitos engrandecen el nombre del único que es Grande, el nombre del único que es Santo, el nombre del único que es Misericordioso, para esplendor del islam, destino del universo.

CORTESANOS: ¡Larga vida al sultán Mahmud!

SULTÁN: ¿Qué nuevos tesoros habéis hallado en las misteriosas ciudades de la India?

GENERAL: No damos abasto, mi señor, para transportar hasta Gazni todo el oro que hemos robado en los templos de Somnath, que se elevaban majestuosos frente al inmenso mar Árábigo.

MINISTRO: El botín es mayor que el de todas las caravanas de Jotán; ni el emperador Song podría soñar con tanto oro y con tantos cautivos. En verdad es grande y fértil la tierra de los hindúes, codiciada por muchos y subyugada por pocos.

GRAN VISIR: Alteza, todo el valle del Ganges ha sido sometido a vuestra voluntad. No hay ciudad en el norte de la India que desafíe la autoridad del gran sultán gaznaví. Todas nos ofrecen sus fabulosos tesoros para calmar nuestra ira y comprar nuestra clemencia. La sagrada Benarés, en cuyas aguas bañan sus cuerpos esos paganos que desconocen la verdad, se ha rendido a vuestros ejércitos. No hay alma en las costas de Guyarat que ose

alzar la voz contra vuestros designios. Sus templos han sido profanados, y sus cofres vaciados. Sus *rajás* son ahora vasallos de los gaznávidas. La India entera retumba al son de vuestras huestes. También el Punjab ha sido arrasado por vuestras tropas. También la Transoxiana y Corasmia se arrodillan ante el sultán de Gazni, temerosas de su poder. Las orillas del Amu Daria son vuestras. El comercio florece allí donde gobierna mi sultán. ¿Quién puede eclipsar vuestro nombre?

SULTÁN: Pronto el sol del islam iluminará esas tierras enigmáticas, que a tantos maravillan. Pronto lo que Alejandro de Macedonia fue incapaz de conseguir resplandecerá como el fruto de nuestros esfuerzos por difundir la fe verdadera. Pronto mi nombre será temido a Oriente y Occidente. Pronto lo que los audaces conquistadores Omeyas jamás pudieron soñar brillará como triunfo de la fe islámica. Y pronto liberaré a los califas de Bagdad, auténticos herederos del Profeta, de la oprobiosa sombra de los buyíes. Así se impondrá la ortodoxia islámica sobre las falsedades de los chiitas, embaucadores que sólo obedecen a sus amos fatimíes de El Cairo, quienes se han proclamado califas en Túnez, Libia y Egipto. ¡Incluso han osado erigirse en custodios de los santos lugares de La Meca y Medina! ¿Qué, sino la divina providencia, condujo a mi pueblo por senderos tortuosos hasta encontrar la verdad y la dicha que ahora nos bendicen? ¿Qué fuerza humana podría interponerse entre los decretos de Dios y la determinación de mi espíritu? La sangre que hoy arde en mí antaño dio vida a un pueblo sojuzgado, hasta hacer hoy a un sultán dueño y señor de vastos reinos y de incalculables riquezas. ¿Quién dudará de que los designios inescrutables del Todopoderoso nos habían destinado a tan altas y nobles cimas? Parece tan evidente como que el alba sigue a la noche, o como que todo río desemboca tarde o temprano en el mar. Yo, hijo de esclavos, he llenado Gazni de belleza y esplendor. He atraído a los mayores sabios del islam. He suscitado la envidia de los Omeyas y de los Abasidas. Hasta en la lejana Xian hablan de mí con admiración y temor. En la India resonarán los ecos de mi fuerza durante siglos, y los reinos cristianos agradecerán a Dios que no haya nacido más cerca de sus fronteras, pues ahora yacerían arrasadas por mis tropas.

(Entra un emisario)

EMISARIO: Mi señor. Vos que habéis devuelto la grandeza perdida al islam, vos, rama bendita del tronco de los antiguos *mamluks* que vivían allende la Ruta de la Seda y que sufrían la esclavitud bajo sus amos persas y árabes, me habéis mandado llamar.

SULTÁN: Así es, fiel servidor. Quiero immortalizar mi nombre, pero no con más conquistas. Poco más puedo obtener en la tierra de los hindúes. Ya ha cruzado el ancho río. Poco más puedo avanzar en esas remotas regiones del Oriente, circundadas por gigantescas cordilleras cubiertas de nieve. Poco más puedo buscar allí donde nace el Sol, en esas fuentes recónditas que pocos conocen. Sólo seré grande si un gran poeta escribe bien sobre mí, y asocia mi nombre a la belleza más pura, a la belleza eterna, eco de la eternidad del Omnipotente. Las espadas que han dado gloria a un conquistador se funden fácilmente en el gran mar del olvido, y la sangre derramada no cesa de rebelarse contra sus opresores. No hay esclavo que no busque la libertad, y cuya alma no sueñe con castigar a su dueño por todas las afrentas que ha sufrido. La furia de los selyúcidas quizá despierte pronto, para devastar estas tierras y aniquilar mi dinastía. Ni siquiera las fastuosas mezquitas que he mandado erigir pueden preservar mi memoria más allá de toda

duda. ¿Qué son las cúpulas y los minaretes? ¿Qué son el lapislázuli, las esmeraldas y los zafiros? ¿Qué son los diamantes? ¿Qué es la perfección de los arcos? ¿Qué son las bellas figuras geométricas que las ornamentan, tímidos reflejos del orden sublime que Alá ha impuesto en su creación? Todo es materia, materia perecedera, materia que se transforma pero que nunca permanece. Muchas caerán, muchas dejarán de evocar mi nombre. El sultán se desvanecerá; sólo Dios y la poesía pueden acogerlo en su morada indestructible. Aprecio la belleza de un verso más que todo el oro y que todas las maravillas de Gazni. Un solo verso puede hacerme inmortal en la memoria de los hombres, mi hogar suspirado, dulce y extenso como la mente del Todopoderoso. Sólo el espíritu puede otorgarme el don de perdurar. Sólo la fuerza de la palabra, aliento eterno con el que Dios creó el mundo. Escribe bien sobre mí, bendíceme con la viveza de una gran imagen, y ascenderé a la posteridad, cielo y gloria del hombre, salvación del creyente.

EMISARIO: Alteza, ¿a quién queréis que traiga ante vuestra majestad?

SULTÁN: Al más grande de los poetas de Persia. Al que haga brillar mi nombre como el de ningún otro gobernante del mundo. Al que me enaltezca hasta tales cimas que nada se interponga entre el Todopoderoso y su siervo más fiel, cuyo corazón no deja de invocar al Compasivo.

MINISTRO: Mi señor, vuestra corte goza de la presencia del gran Abu Rayhan Al Biruni. Su sabiduría es legendaria. Todos admiran la versatilidad de su intelecto. Ninguna rama de la ciencia escapa a sus intereses.

SULTÁN: Dejad al gran Al Biruni que continúe inmerso en sus investigaciones. Que desvele nuevos secretos de la geometría. Que impulse el arte de los números a cúspides inusitadas. Que calcule mejor que los demás astrólogos las posiciones de los cuerpos celestes. Que dibuje los mapas más precisos de mi imperio. Que describa mejor que nadie las costumbres de los pueblos conquistados. Que recoja las tradiciones de los hindúes y de los antiguos persas. Que en todo muestre la superioridad del islam sobre los demás credos. No interrumpáis su trabajo, en el que tanta pasión y tanto celo despliega. Traed ante mí a alguien que no sepa sólo buscar la verdad, sino crearla. Dejad al gran maestro que escriba en árabe, y traed ante mí a alguien que sepa inmortalizar mis hazañas en la bella y noble lengua de Persia.

GRAN VISIR: Mi señor, haré llamar a Farrojí, rey de los poetas de Sistán, que ha servido en la corte de los emires safaríes. Sus creaciones son fecundas como la naturaleza, obra de las manos de Alá. Sus versos irradian delicadeza y dulzura. Están llenos de claridad y vida. Con sencillas palabras, cantan a la belleza. Nadie como él ha reflejado, en vívidas imágenes, la hermosura de las flores de Shiraz y la magnificencia de sus mezquitas. Nadie como él para inmortalizar en lengua persa las grandes hazañas de mi sultán.

SULTÁN: Traed al poeta de Sistán. Que sus labios persas canten mis logros gahnávidas. Que la pujanza de sus versos libre mi alma del olvido.

CONSEJERO: Mi señor. Sin menospreciar a un poeta ya célebre, tenido en tan alta estima por los emires de Sistán, me atrevo a sugerir otro nombre que resaltará aún más vuestra gloria.

GRAN VISIR: ¿Quién puede compararse a Farrojí? ¿Acaso alguien canta al mundo con mayor exuberancia y delicadeza?

CONSEJERO: Dicen que el gran poeta de Tus, Ferdousí, es el mejor cantor que hay en el Jorasán y en toda Persia, superior incluso al célebre Abu Mansur Daqiqi, que en su día concitó la admiración unánime de la corte samánida. La poesía de Farrojí es sensual, viva y cercana a la naturaleza, pero la de Ferdousí transmite un espíritu heroico. Es apta para la épica, mi señor. Es grave e inspiradora.

EMISARIO: Alteza, el consejero habla con buen juicio. En Mashhad escuché recitar algunos de sus versos, y mi alma sintió la plenitud. Una música inmortal bendijo todo mi ser. Nada puede compararse a los versos del jorasano, que, llenos de armonía y lirismo, trazan una ruta al cielo. Su obra sondea las profundidades del corazón humano con agudeza y hermosura. Algunos dicen que los ángeles en el paraíso declaman esos versos cuando tañen sus cítaras en honor de Alá. Su destreza con la palabra se conjuga con un hondo conocimiento de la vida. Su elocuencia no es vana. Sus versos son sublimes porque nacen del amor a la verdad

SULTÁN: Dichoso el poeta que sabe armonizar la forma y el fondo, la imagen y la verdad, porque nada llega tan hondo en el espíritu como la verdad.

CONSEJERO: Os aseguro que los versos de Ferdousí emanan claridad, una claridad divina, frente a quienes usan su habilidad con las palabras no para iluminar, sino para confundir a los hombres.

SULTÁN: Si tan excelso es su arte, le concederé un dinar de oro por cada verso que escriba. Si es capaz de engrandecer mi nombre aún más que el de los antiguos soberanos de Persia, bien valdrá gastar una fortuna digna de un sultán.

GRAN VISIR: Pero mi señor, ¿no se resentirá el tesoro? De acuerdo con vuestras órdenes, hemos emprendido numerosos proyectos, magníficas construcciones que absorberán las riquezas traídas de la India. Según tengo entendido, su gran épica sobre los reyes de Persia consta ya de miles de versos. Es colosal, como colosal sería su coste para la hacienda real.

SULTÁN: Ni todos los versos de Persia agotarían la hacienda del sultán. Compondé millones de versos y todavía podré premiar dignamente a los mejores poetas. Ni los califas de Damasco, conquistadores de África y Al Ándalus, aquéllos que empuñaron la espada del islam hasta arrebatarse a los cristianos muchos de sus territorios, acumularon tanta riqueza como yo, que he sometido la India a mi férula. Podría comprar los mayores palacios de Bagdad, El Cairo y Córdoba sin sentir merma alguna en mis ingresos. Me sobra oro, me faltan fines a los que dedicarlo.

GRAN VISIR: Mi señor, olvidáis que Ferdousí no profesa la verdadera fe, el auténtico sello de toda profecía. La pulcritud de sus versos es furtiva; oculta herejías sutiles, que extravían al hombre del camino recto. Ciego y sordo a la doctrina auténtica, no ha renunciado al chiismo. Un chií, por admirado que sea su arte, no puede cantar a un sultán, defensor de la pureza de la fe islámica.

SULTÁN: Callad, insensato. ¿No han dicho algunos: “que no quede cabeza sobre cuerpo, que la sangre y las lágrimas de esos infieles llenen sus ríos, que sus voces se apaguen para siempre”? Pero no les he hecho caso. He castigado, sí, a muchos infieles, sobre todo a sus líderes; he saqueado sus templos y he robado sus tesoros, mas también he sabido ser compasivo y misericordioso como nuestro Creador. ¿Quién osará dudar de mi celo por la fe verdadera? ¿Quién cuestionará mi devoción por la *sunna*? Ni el califa de Bagdad ama tanto la recta doctrina como yo. Pero ¿acaso vuestro sultán ha rechazado los servicios de

gentes del libro, incluso de paganos y de antiguos seguidores del *Avesta*, con tal de que contribuyan a la gloria de Gazni y de su imperio? ¿Dejará el sultán de recibir en su corte a hombres ilustres y virtuosos sólo porque ignoran la luz de la fe verdadera? ¿Renunciará el sultán a enseñarles la recta doctrina?

CONSEJERO: Vos, conquistador de mundos, sabéis también ser piadoso. Tal es la nobleza de vuestra alma.

GENERAL: Sin embargo, mi señor, me llegan noticias inquietantes. Al parecer, en algunos de sus versos canta las gestas de los samánidas, vuestros enemigos, felizmente derrocados por el poder de vuestra majestad. Tengo entendido que incluso exalta a los antiguos señores de Persia, a los paganos que adoraban al falso profeta Zoroastro antes de la conquista de los primeros califas, antes de que la fe verdadera amaneciese en el corazón de los hombres.

SULTÁN: No sois menos insensato que mis demás siervos si pensáis que renunciaré a valerme del talento de un gran poeta y de un gran conocedor de la historia de este imperio. Pues antes de la llegada del islam, antes de que despuntaran los rayos de la fe verdadera gracias a la predicación del Profeta y a las conquistas de los califas bien guiados, ¿no vivían todos los pueblos de la tierra en la edad de la ignorancia?

GENERAL: Mi señor, he podido escuchar algunos de los versos de su magna epopeya. En ellos deshonra a vuestros antepasados, a quienes considera bárbaros, incultos y de innoble estirpe, mientras ensalza a los grandes linajes de Persia. Devoto de Ciro, conquistador de Babilonia, y de Cosroes *Anushirvan*, quien firmó la paz con Justiniano y trajo prosperidad a tierras iraníes, considera las costumbres y tradiciones persas superiores a las de los demás pueblos, ya sean árabes o turkestanos.

CONSEJERO: Alteza, lo que ahora sólo es un conjunto de ruinas habla a través del alma de sus versos, cuya esencia es inmortal. La antigua gloria de Persia revive en el fervor de sus obras, como si el gran rey Darío volviera a ofrecer banquetes espléndidos en los palacios de Persépolis, y los embajadores de todas las naciones de su imperio acudiesen nuevamente a la capital para rendirle tributo. La Ctesifonte de los arsácidas parece resurgir de sus llamas, orgullosa de las humillaciones infligidas a los poderosos romanos. Toda Persia renace en su poesía. Dichoso el pueblo que cuenta con tan fiel cantor de sus hazañas.

GENERAL: Pero ¿toleraréis, mi señor, que la grandeza de vuestra sangre no sea cantada por quien en verdad admira a los antiguos *mamluks*, y no tiene reparos en enaltecer a quienes son ahora los más leales defensores del islam? Por soberbio que sea su arte, un poeta hostil a vuestro pueblo, alguien de alta cuna que desprecia a quienes antes eran humildes y ahora rebosan de poder, ¿es el más adecuado para manifestar vuestra gloria, destello de la luz de Alá?

SULTÁN: Dejad que cante a los emperadores sasánidas. Dejad que honre a los que antaño luchaban contra nosotros. Dejad que alabe a los grandes linajes de Persia. Si tan bien canta glorias ya desvanecidas, si su fama se ha extendido por todas las tierras del islam, si el mismísimo califa de Bagdad anhela contar con sus servicios, ¿cómo no cantará, con mayor excelencia y brillantez, el esplendor presente de mi dinastía? Pues ¿no he superado yo a los antiguos señores de Persia? ¿No he diseminado el aroma del islam por nuevas regiones? ¿No he combatido las falsas doctrinas, para que triunfe la fe?

GRAN VISIR: Insisto, mi señor. Según algunos rumores, Ferdousí ya ha concluido su gran epopeya. La ha titulado *Gran libro de los reyes*, y si bien es cierto que la lengua persa brilla en ella como en ninguna otra obra, no creo que el cantor de las glorias samánidas y de los antiguos señores zoroastrianos acepte ahora incluir a los miembros de la dinastía gaznávida. Alguien que desprecia vuestras tradiciones, alguien que desdeña a aquéllos cuyas raíces más profundas no se hundan en las tierras de Irán, que antaño fueron refugio de perversos magos y de falsos profetas, alguien que sólo exalta lo que procede de Persia y que ignora a quienes, pese a la humildad de sus orígenes, pese a venir de los confines del mundo, se han ganado con su sangre y su sudor el puesto que hoy ocupan, ¿cómo podrá cantar fielmente vuestra grandeza? ¿No es Rostam, protagonista de su gran creación, un noble de antigua estirpe persa? ¿No pertenece a la misma dinastía que condenó a Marco Licinio Craso al más cruel de los castigos imaginables, y que derrotó a los Césares de Roma cuando estaban en su cénit? ¿Qué lugar quedará en esa epopeya para nuestro pueblo turanio, nacido en las duras estepas, allí donde el frío del invierno hiela la sangre y donde el calor del estío abrasa los cuerpos?

SULTÁN: Si es cierto que esa obra ha sido concluida, si es cierto que nadie puede contar cuántos versos la integran, si es cierto que se trata de la mayor epopeya jamás concebida por un solo poeta, mi nombre ha de figurar en sus páginas, y mi luz ha de estar unida a su luz. No tendrá problema en añadir nuevos versos aquél cuya imaginación no conoce límites, aquél que parece inspirarse en las fuentes más profundas, aquél al que el mismísimo Dios parece revelar las palabras más hermosas. Que mi nombre corone su trabajo.

GRAN VISIR: Pero, mi señor, vos mismo lo habéis dicho: el propio califa le ha tentado. Quizá marche pronto a la corte de Bagdad.

SULTÁN: Las riquezas del califa palidecen ante lo que yo poseo. Su fortuna no es rival para el oro que llega de la India y que hoy desborda mi hacienda. No importa que gaste miles de dinares de oro si consigo que el venerado Ferdousí ensalce mi nombre con mayor belleza y luminosidad que el de los antiguos señores de Persia. Dejad que mi nombre culmine su *Shahnamé*, y que mi grandeza selle la totalidad de su obra.

GENERAL: ¿No es Ferdousí un anciano? ¿No está ya en el ocaso de la vida? Su fuerza y su ingenio habrán menguado. En estas circunstancias, difícilmente podrá expresar con justicia el alcance de vuestra grandeza.

SULTÁN: Mejor aún. La sabiduría florece en la madurez, pues en ella todo lo vivido se destila como el más dulce de los néctares.

MINISTRO: Pero Alteza, el alma del poeta es libre. No obedece a otro amo que a su voluntad y a su imaginación. Sólo sirve a la belleza. Ni todo vuestro oro podrá seducir a su espíritu, que vuela libre como las aves del cielo.

CONSEJERO: Mi señor, de nada vale convencer con oro si no podéis conquistar el alma del poeta. Si sólo escribe movido por vuestro oro, sus versos no serán puros, no serán auténticos. No brillarán con la luz de los grandes creadores persas. No inmortalizarán vuestro nombre.

SULTÁN: No seré yo, sino la belleza de Gazni la que atrape su espíritu. Un corazón sensible a la hermosura sabrá apreciar los tesoros de mi capital, poemas vivos, brotar incesante y placentero de paz y pureza. Enmudecerá ante todo lo que custodiamos, pues

parece imposible para el hombre plasmar un don tan sublime como el que hoy nos bendice. Aquí todo rebosa de luz. Aquí todo fluye con delicadeza por arroyos invisibles. Se apaga el ruido del mundo, que ahoga la voz del alma, y sólo reina la dulzura. Aquí el dolor y la sangre que todo lo corrompen parecen deshacerse por hechizo de un ángel o de un genio, y todo exhala permanencia, como si la eternidad del cielo hubiera posado sus alas en este lugar. La dureza de las estepas es algo remoto. Aunque soy un guerrero, un conquistador que no teme morir en la batalla, y aunque mi corazón no olvida de dónde viene, ahora conoce la belleza del gran mundo y las bondades de la civilización. Se ha acostumbrado a la elegancia y al refinamiento. El silencio de esas vastedades desoladas por las que mis ancestros erraron se funde ahora con el canto de los pájaros que pueblan mis jardines, caricias de lo eterno. Y aquí, en las comodidades de la corte y en la tranquilidad de mis estanques, hallará el poeta la inspiración que Dios reserva a sus elegidos. Dejad que sus ojos contemplen las aguas de mis lagos, dejad que su alma se imbuya del sosiego de mis jardines, dejad que admire la exquisitez de mis tesoros y la elegancia de nuestros ropajes, tejidos con los hilos más nobles de Persia. De gracia y vigor indelebles, sus colores resplandecen aún más rodeados de tanta hermosura. Dejad que las rosas de mi palacio embriaguen su corazón con sus divinas fragancias, pues su aroma embellece el espíritu, y abre todo nuestro ser a la inmensidad. Dejad que mis promesas de bienestar disipen sus dudas y alimenten su ensueño. No hay flor en Tus o en Isfahán que brille con tanto esplendor como en Gazni. Los minaretes de mi ciudad, ¿acaso han de envidiar a los de Samarcanda? ¿No son las cúpulas de mis mezquitas más hermosas y perfectas que las de Balj? ¿No refulgen estas piedras más que las de Damasco? ¿No he llenado mi corte de sabios y de poetas, tanto que incluso los califas abasidas recelan de mis logros? ¿Dónde brilla hoy el islam como en Gazni, y qué señor más poderoso protege la fe transmitida por el Profeta? Viajad a los santos lugares, subid a Jerusalén, contemplad las esbeltas murallas de Constantinopla..., pero también allí sentiréis nostalgia de Gazni, porque ni tan célebres espacios ensombrecen las maravillas de mi ciudad, decoro de la fe islámica, raíz nueva para una flor eterna.

CONSEJERO: Mi señor, vuestros labios pueden prometer bienestar a tan ilustre poeta, quien como todo creador necesita calma y sosiego para consagrarse en cuerpo y alma a su obra, pero ¿pueden prometerle libertad? La claridad y la belleza, ¿no emiten sus rayos cuando el alma se siente serena y libre, disipados sus temores? Aquél cuyo espíritu sólo busca complacer, y vive absorbido por el temor y el juicio ajeno, no puede engendrar algo grande.

SULTÁN: La mayor libertad del poeta vale poco si no sirve a un gran fin, a un fin noble, a un fin poderoso, meta que ilumine a las generaciones del mañana. Y rendir pleitesía a quienes, nacidos esclavos, dominan ahora reinos imponentes, ¿no es un fin digno de un gran poeta? Sus vacilaciones dejarán paso a un convencimiento firme, pues nada es tan sólido para el alma como el reconocimiento en forma de poder, riqueza y honor. Que sus versos devuelvan la vida a las flores marchitas de mi imperio, y llenen de luz las almas sumidas en la oscuridad. Que extasíen mis oídos con su vigor y su dulzura, cual miel para el corazón. Que canten la gloria del sultán y la grandeza de la dinastía gaznávida. Que enardezcan mi imperio con el fuego de la mejor poesía. Que canten al islam como sólo la voz de Dios sabría hacerlo. Mas decidme, ¿dónde vive ahora Ferdousí? ¿A qué lugar habré de enviar a mi mensajero? Mi generosidad apagará todos sus recelos.

CONSEJERO: Según un viajero, se encuentra ahora en Samarcanda. Ha vagado por las ciudades del Gran Jorasán, quizá para inspirarse en la belleza de esas tierras.

SULTÁN: Id a Samarcanda. Sed más veloz que las alfombras mágicas del Jorasán. Vos, que sois también uno de mis mejores jinetes, le enviaréis esta misiva.

(Mira al amanuense y le dicta):

"Yo, Mahmud, sultán de Gazni, conquistador de mundos, defensor de la fe islámica, siervo del verdadero califa, me dirijo al ilustre poeta Ferdousí, de alma noble y sabiduría profunda. Yo requiero su presencia en mi corte para cantar mi gloria con mayor belleza que la de los antiguos reyes. Yo le ofreceré cantidades inimaginables de oro, dignas de sus creaciones. Yo le acogeré en la capital de mi imperio como quien recibe a un embajador del Altísimo, pues sólo un alma en verdad divina puede componer los versos más hermosos del mundo".

ESCENA II

(En el jardín de la casa de Ferdousí, en Samarcanda)

FERDOUSÍ: Sólo para que mis ojos vean los crepúsculos de Samarcanda ha merecido la pena abandonar mi Tus, bajo cuyo cielo el Todopoderoso quiso que viniera al mundo. ¡Oh flor del Jorasán, oh efusión de colores que baña el horizonte de estas tierras cuando el día cede suavemente el testigo a la noche, que reclama, impaciente, su sagrado espacio! ¡Oh sol inmensamente bello, cuántas maravillas no habrás sondeado en tu incesante peregrinación por las esferas del cosmos! Las franjas azafranadas del ocaso todo lo llenan de viveza y misterio. Elevan el alma con el primor de sus evocaciones. Suspenden el flujo de la existencia con la contemplación de algo genuinamente hermoso, y el gozo de la vida adquiere un sentido nuevo. Tú, pulcra lejanía que me revelas el orden inmutable del universo; tú, prodigio de luminosidad que abres mi mente a mundos desconocidos: te observo, y todos mis pesares se desvanecen. Mis penas y temores no son nada ante las leyes cósmicas, que no dejan de regir el cielo y la tierra. Antes, la añoranza por la ciudad en que nací suscitaba en mí lágrimas incontenibles, y el velo de la nostalgia cubría mi rostro en cuanto recordaba su belleza. Hoy hallo una paz tan profunda que su brisa seca todo atisbo de melancolía. Dichoso este lugar, adonde acuden las incontables caravanas que surcan la Ruta de la Seda. Aquí todo inspira deleites celestiales. Aquí escucho la voz de Alá. Aquí despiertan esa fascinación y ese hechizo que duermen en lo insondable, para que nuestro ser se sumerja en el seno divino, aún más vasto que la infinita naturaleza. Aquí el mundo resplandece hermoso y sublime como en los primeros días, cuando Dios descansaba tras concluir su obra. Es un milagro que pueda aposentarse tanta belleza bajo el cielo. Dulce y singular es este paisaje, exquisitos y suntuosos son estos edificios. Esos minaretes acarician las alturas y parecen saludar al Misericordioso. Una misma belleza ilumina ambos reinos, ambos frutos de la voluntad de Dios. Ya no hay escisión entre la vida y el trabajo del hombre. Un idéntico y armonioso río los conduce hasta el gran océano, hasta el santuario de la verdad y de la perfección. Naturaleza y espíritu se dan la mano, como si un matrimonio indisoluble los uniera en santas nupcias. La hermosura que me acompaña abre el alma al paraíso, anhelosa de ascender al cielo junto al Profeta. El corazón se siente al fin consolado por el abrazo de un ángel, que enjuga el llanto y sana la tristeza. Yo, que he vagado por el mundo y por la mente en busca de la plenitud, no puedo esperar una felicidad mayor, ni un mayor reposo para el espíritu de un hombre. Todo lo que la vida puede ofrecer a un alma fatigada me ha sido dado ya. Componer poesía y contemplar belleza sacian mi corazón con infinito deleite, como sólo el Misericordioso y Compasivo sabría hacer. No hay mayor gozo para un mortal. En la inmensidad de sus mares desembocan todos los conocimientos que siempre he buscado, para comprender la perfección de la obra divina, y para comprender cuántos mundos viven en mí. Ahora entiendo el significado de la existencia, y ahora se disipan mis antiguas tribulaciones. Pues no puede haber pena allí donde el alma se encuentra en paz consigo misma.

SECRETARIO: Mi señor, un mensajero procedente de Gazni quiere hablar con vos. Viene de parte del mismísimo sultán Mahmud.

FERDOUSÍ: ¿De Gazni? ¿Qué hay de mí en Gazni para que el sultán envíe a uno de sus heraldos a estas lejanas tierras?

SECRETARIO: Al parecer, una mezcla de amor y odio. La mitad de la corte admira vuestros versos, la otra mitad los detesta. Pero el sultán, en quien recae la última decisión en todo, está ansioso por inmortalizar su nombre.

FERDOUSÍ: Ese bárbaro no merece mis servicios. Aunque construya grandes bibliotecas y altos minaretes en Gazni, seguirá siendo un bárbaro, indigno de ocupar el trono de Persia. Por vistosos que sean sus ropajes y finas sus telas, por mucho que pretenda rodearse de sabios y se esmere en emular a los mismísimos califas bagdadíes, el hijo del cocinero de los samánidas jamás comprenderá el alma y el destino de la poesía persa. La ambición política crea nuevos reyes, pero no espíritus delicados; produce corazones sedientos de poder, mas no almas elevadas.

SECRETARIO: Pero mi señor, no os precipitéis en vuestro juicio. Sólo el califa está por encima del sultán, y ni siquiera el califa cuenta con los ejércitos del poderoso sultán, que ha hecho de Gazni la ciudad más esplendorosa de Persia.

FERDOUSÍ: Ni por todos los dinares del sultán dejaría Samarcanda. Que me llamen los gobernadores de Bujará o de Balj, pues quizá en esas distinguidas urbes contemple amaneceres y ocasos tan bellos como los que ahora bendicen mis ojos. Pero nada de valor puedo hallar en Gazni, región seca e incivilizada que tanto contrasta con mi amado Jorasán. Ese desierto no puede inspirarme.

SECRETARIO: Como bien sabéis, el sultán Mahmud acaba de conquistar vastas extensiones de la India. Posee riquezas inconmensurables. Nadie resiste a su llamada.

FERDOUSÍ: Deberé entonces ser yo el primero que lo haga, pues ni admiro su generosidad ni temo su cólera. Nada asusta o detiene a un corazón que palpita entre la tierra y el cielo. En cualquier caso, haced pasar al mensajero del sultán. Quiero escuchar la misiva de sus propios labios.

(Entra el consejero del sultán)

CONSEJERO: Yo os saludo, insigne cantor de Persia, aquél que con sus hermosas y sonoras palabras recoge la grandeza milenaria de nuestro pueblo.

FERDOUSÍ: ¿También fluye la sangre de mi pueblo por vuestras venas?

CONSEJERO: Sí, mi señor. Soy persa. Nacido en Isfahán, sirvo al gran sultán Mahmud desde hace varios lustros. No soy el único. Los gaznávidas admiran nuestra cultura. Su Alteza ha mantenido a muchos de los consejeros que asesoraron a los antiguos soberanos samánidas. Confía en la sabiduría ancestral de nuestro pueblo y en nuestra destreza para administrar los asuntos de Estado, como en su día hicieron los conquistadores árabes en tiempos de los califas bien guiados, hábiles con la espada, inexpertos con el gobierno.

FERDOUSÍ: No sólo una gran distancia, sino un enorme abismo espiritual separa Isfahán de Gazni. ¿No sentís nostalgia por la belleza de la ciudad donde visteis la primera luz, por el rumor de sus aguas, por sus atardeceres de ensueño, por el lapislázuli de sus mezquitas y la elegancia de sus calles? ¿No es allí más hermosa la aurora, más puro el aire, más profundo el amor? ¿No son más luminosos los días y más inspiradoras las

noches? ¿Acaso podría alguien encontrar tanta hermosura y tanta historia en Gazni, en los confines del mundo, en una tierra yerma y salvaje? Recordad los versos del poeta:

*¿Has visto el resplandor
de las cúpulas de Isfahán?*

*En ellas reluce el lapislázuli;
sus destellos evocan
una claridad eterna.*

*Despiden chispas divinas
que conquistan el corazón.*

*¿Dónde posó sus alas
el jilguero santo?*

*Las rosas de Shiraz
son ahora como el cielo,
y en la paz de los estanques
reverbera una belleza pura.*

*El azul eleva el espíritu.
Su fuerza es suave,
serena el alma
y nos introduce en el misterio.*

*Reciban los templos invisibles
a sus iniciados,
a los amantes de la belleza
y el saber,
a los que buscan a Dios
en todo lo que existe.*

CONSEJERO: Os aseguro que la belleza de Gazni nada tiene que envidiar a la de Isfahán. Igual de radiante es su hermosura. Igual de dulce y poderosa es la voz de sus sabios.

FERDOUSÍ: No oséis hablar así. Por vuestro cuerpo corre sangre persa. ¿O acaso los bárbaros de las estepas que hoy se sientan en el trono de Gazni han embrujado vuestro corazón y os han hecho olvidar vuestros orígenes?

CONSEJERO: No, mi señor. El amor por Persia, flor del islam, también hoy me consume. Mi corazón aún arde cuando pienso en la tierra de mis antepasados. Una historia de grandeza nos antecede, y yo rindo tributo a nuestro insigne pasado, desde que los gloriosos sahs aqueménidas crearon un imperio sin rival entre Egipto y la India, de cuyo tronco surgirían los más valerosos defensores de la fe verdadera.

FERDOUSÍ: Yo exalto la noble historia de Persia, la tierra que me vio nacer y el desvelo de mis versos. No canto las glorias de un extranjero que hoy se sienta en el trono de mis antepasados. No es la luz, sino la oscuridad, lo que ahora reina en Persia.

CONSEJERO: Habéis de saber que Mahmud, leal servidor de Dios y del califa, sucesor del Profeta, ha convertido Gazni en una ciudad repleta de maravillas. Todos hablan de su grandeza y de su hermosura, pues todos quedan prendados de la belleza y de la luminosidad que allí prevalecen. El sultán ha llenado su capital de majestuosos monumentos, que brillan como diamantes en bruto. Ahí están sus ceremoniosas mezquitas, esbeltas como cedros del Líbano y coronadas por cúpulas de vivos colores. Sus formas geométricas dan gloria al Todopoderoso, que todo lo ha creado con orden y sabiduría.

FERDOUSÍ: Imagino que todo lo ha hecho con el botín obtenido más allá del Indo. Quizá se crea el heredero de Alejandro.

CONSEJERO: Con sus fabulosas riquezas, el sultán ha erigido hermosos palacios que compiten con los de Bagdad. Ha levantado un nuevo hogar para su pueblo en forma de un imperio temido y admirado al unísono. Las hierbas bajas de la estepa han sido olvidadas, el polvo de los caminos es ya historia; ahora la joya y la piedra preciosa sostienen su morada, tallada con belleza y encanto. Ha inundado Gazni de fuentes sonoras, que rezuman armonía. Sus amplios y húmedos jardines han suscitado el asombro de los poetas. Están ordenados primorosamente, con una simetría digna del Creador. Parecen entrelazados al paraíso. Son el instrumento de Alá para elevar la imaginación y sosegar el alma, pues reflejan la quietud del trono celeste. En ellos resuenan los ecos de una simplicidad santa, transparente como cristales divinos. Sus árboles brindan frescas sombras y agradables perfiles. Sus olorosas flores exhalan un aroma único, capaz de embriagar a todos los visitantes. La belleza más pura posa sus alas en los pétalos y en las corolas. Os aseguro que en medio de tanto silencio se escucha una voz profunda, eterna y clara como la voz de Dios. Copiosas bendiciones llueven en esa amenidad, mientras un coro de pájaros arrulla el alma con dulces y serenas melodías, reverberaciones de lo inefable. Todo fluye cadenciosamente por ese microcosmos. Allí, desde ese *minbar* único, los labios de Alá susurran directamente al corazón.

FERDOUSÍ: ¿Jardines? ¿Creéis poder atraparme con la ilusión de contemplar hermosos jardines? Mi alma deambula ya por el más bello de los jardines. La paz vive en mi espíritu. No necesito que el sultán me embauque con sus trucos de encantador de serpientes. Además, tanta inacción me aburriría. La fuente de mi inspiración es frágil. Necesita los estímulos adecuados o fácilmente se seca. Una mezcla de permanencia y cambio, de estabilidad y flujo, de sosiego y turbación es lo que enciende mi fuego, lo que me impulsa a crear, afirmando y negando al unísono, para así vagar libremente por lo visible y lo invisible.

CONSEJERO: Mi señor, el bullicio de sus populosos mercados y de sus plazas, repletas de vida, coexiste con una calma indecible. En Gazni abundan los espacios consagrados al puro goce del espíritu y a la contemplación de la belleza. El equilibrio reina entre ambas dimensiones de la vida, entre la actividad y el ocio, entre el ajetreo y la reflexión. No encontraréis obstáculos para escribir con serenidad vuestra obra y al mismo tiempo disfrutar de múltiples placeres sensibles.

FERDOUSÍ: El problema es de otro cariz. Es vano presentar más excusas. Mejores zocos y paisajes más bellos hay en Samarcanda. Placeres aún más voluptuosos ofrece el Jorasán.

Yo, que he buscado la belleza y el conocimiento desde la juventud, yo, que sólo he pretendido cultivar el intelecto con el nutriente más sagrado que existe, yo, que siempre he ambicionado elevarme sobre las pasiones terrenas y los gozos caducos, no respondo ante otro bien que el saber y la virtud. Y aquí, en la egregia Samarcanda, he hallado esa paz sabia y virtuosa a la que todo hombre aspira. ¿Puede el sultán ofrecerme algo mejor que Samarcanda? Aquí luce el sol como en el paraíso. Mi alma disfruta de una constante primavera bajo estos cielos. Desde este jardín diviso los templos más bellos del mundo.

CONSEJERO: El sol que brilla sobre Samarcanda fulge con mayor gloria en Gazni. Allí los crepúsculos son más sublimes, y las auroras presagian la fuerza y la novedad de la vida con un canto todavía más dulce y armonioso. Bajo el auspicio de sus rayos, vuestro arte ascenderá a esferas aún más altas.

FERDOUSÍ: Si deseáis convencerme de que abandone Samarcanda para servir al sultán deberéis ofrecerme algo mejor, algo más puro, más santo. Deberéis ofrecerme libertad.

CONSEJERO: Mi señor, el sultán me ha pedido que os entregue en mano su carta.

(Le hace entrega de la carta del sultán)

FERDOUSÍ: ¿Cree que el sultán que puede comprarme? ¿Cree que el oro robado en la India vale por mi libertad? ¿Cree que un siervo de Dios y de la belleza se dejaría encandilar por su oro? Yo sólo sirvo a Alá a través del arte, la única autoridad que merece mi dedicación.

CONSEJERO: Son muchos dinares, mi señor. Todos los poetas del mundo soñarían con ver reconocido su arte de esta manera. No menospreciéis la generosidad del sultán. También los poetas necesitan dinares.

FERDOUSÍ: Ni todos los dinares de Persia podrían llenar el cáliz de mis deseos. El sultán necesitará mejores armas para cautivar-me. No temo el filo de su espada. Su metal no puede herir lo intangible. Y cuanto más valeroso se siente mi corazón, mayor es el gozo que me envuelve. Lo que yo quiero excede todos los honores y todas las riquezas del mundo. ¿Qué son los bienes de la tierra ante las delicias del cielo? Busco un fin puro, un fin santo que no existe en este reino. Su luz no obedece a califas y a sultanes: sólo brota del alma, y sólo aspira a la libertad, para entregarla al cultivo de la belleza. El arte y la divinidad son los únicos señores de un poeta.

CONSEJERO: Mi señor, temed la ira del sultán, recelad de su riqueza, pero no frustréis su anhelo. No enfriéis sus ansias. La voluntad del sultán es ley allí donde gobierna. Es él quien decide sobre la vida y la muerte de sus súbditos. Pensad en vuestra familia. Velad no sólo por vos, sino por aquéllos a quienes amáis. Nadie conoce hasta dónde llega la cólera de un conquistador de mundos.

FERDOUSÍ: Los sables del sultán aún no rigen en Samarcanda. Su dominio no se cierra todavía sobre esta hermosa ciudad, diadema del Jorasán y orgullo de Persia.

CONSEJERO: Pronto lo harán. Sabéis que ningún emir del Jorasán sería tan insensato como para contravenir al gran Mahmud de Gazni. Él ha engrandecido el imperio de los creyentes. Bajo su luz nace una nueva Persia.

FERDOUSÍ: Aciago destino aguarda a Persia si es un extranjero el que ha de gobernarla y engrandecerla.

CONSEJERO: Es razonable obedecer cuando no hay más remedio. Si Su Alteza quiere vuestro servicio, tarde o temprano lo conseguirá. Mejor que os convenza con oro a que os obligue con la espada.

FERDOUSÍ: Nada hay que el sultán pueda ofrecerme y a lo que yo no pueda acceder por mí mismo. No busco su amparo ni su admiración. ¿Tan preocupado está el sultán por su destino? ¿Tal es la inquietud que oprime su corazón? ¿Tan sutil es el desasosiego que invade su alma? ¿No confía en el valor de su legado? Demasiada sangre ha sido vertida en su nombre. Muerte, destrucción, polvo y sufrimiento fluirán por la memoria humana cuando las generaciones venideras evoquen a Mahmud. Si el sultán quiere un buen recuerdo entre quienes caminarán sobre la faz de la tierra, que haga el bien y obre con justicia. El hombre sabio entiende que las palabras y los hechos definen cómo será nuestro recuerdo entre las generaciones venideras. Si el sultán hubiera obrado bien, si hubiera consagrado su alma a la virtud y a la sabiduría, si hubiera pronunciado palabras honestas y hubiera realizado acciones nobles, no debería temer por su sino. Dios, cuyo espíritu gobierna sobre el pasado y el futuro, no deja sin recompensa a quien ha buscado el bien en esta vida.

CONSEJERO: No carece de enemigos el sultán. Quien emprende grandes acciones atrae hacia sí grandes odios. Otros muchos que lo temen esperarán a su muerte para mancillar su memoria y difundir toda clase de calumnias. Pero si un poeta de inigualable talento canta su gloria con palabras inmortales, ¿quién podrá dañar su reputación? ¿Quién ensombrecerá su recuerdo?

FERDOUSÍ: Muchos encontrarían un placer indescriptible en turbar el corazón de un hombre tan poderoso. Bien sé que si el sultán me persigue es porque necesita mi servicio. Aunque cuenta con famosos poetas en su corte, que podrían cantar sus hazañas con versos bellos y luminosos, es evidente que hay algo en mi arte que seduce su alma. Pero insisto. ¿No es la libertad el tesoro máspreciado al que puede aspirar el hombre? ¿Envidia el sultán la riqueza de mi alma, infinita como el universo, pues es imagen del Todopoderoso, que ha entronizado al hombre y a su libertad en el sitio de las cosas creadas? Os digo que no temo al sultán. Mi nombre perdurará porque he compuesto algo bello, capaz de clavarse en la posteridad como una flecha en su diana. No importa que no haya conquistado países y que no haya sometido a innumerables hombres y mujeres, puestos como estrado de mis pies. Mi reino habita en el espíritu, en la patria de todas las almas sensibles y virtuosas. El lenguaje universal de la belleza es la única autoridad que respeto.

CONSEJERO: Si fuera el califa de Bagdad y no el sultán de Gazni, ¿dudaríais acaso a la hora de honrar su llamada?

FERDOUSÍ: Si el califa suní de Bagdad quisiera atraerme, no necesitaría oro. Si me convocasen los califas fatimíes de El Cairo, que como yo son chiitas, ni siquiera las promesas de contemplar sus mezquitas suntuosas y de ver con mis propios ojos las legendarias pirámides podrían convencerme. Invítadme a navegar por el Nilo y a venerar la gloria desvanecida de los faraones, y ni aun así me alejaré de mi Jorasán, *Kaaba* de

belleza en torno a la que no deja de girar mi alma. Tampoco los jardines de Córdoba y las tranquilas aguas del Guadalquivir bastarían. El sucesor de Abderramán no puede conmover mi corazón con su flauta, aunque esté tallada con las mejores maderas, aunque esté cubierta de fino oro, y aunque la fama de su mezquita resuene en todo el orbe islámico.

CONSEJERO: ¿Qué sería entonces necesario para persuadiros? ¿O es vuestro odio hacia los gaznávidas lo que os impide valorar su oferta con justicia?

FERDOUSÍ: No tengo tiempo para odiar. La poesía absorbe todos mis afanes.

CONSEJERO: ¿Ni el califa de Bagdad, con su reputada Casa de la Sabiduría, os haría cambiar de opinión? ¿No hay suficientes maravillas en el mundo para sobrecoger a un poeta enamorado del Jorasán? Parece que sólo el Todopoderoso podría ablandar un corazón tan obstinado, duro como el hierro.

FERDOUSÍ: El Todopoderoso adopta otros nombres. Los destellos de su gloria nos llegan también a través de la belleza. Pues el espacio de la belleza es ilimitado. Trasciende todas las fronteras. Ni siquiera un sultán puede ponerle término, porque sólo Alá conoce los confines de lo posible, y sólo su divino semblante otea la verdad pura. Ningún poder de este mundo puede saciar las aspiraciones más profundas del hombre; sólo Dios puede hacerlo. Sólo Él merece nuestra esperanza.

CONSEJERO: Y, como os he dicho, una belleza magnífica, una belleza digna de los mejores poetas del islam, os espera en Gazni. Una belleza fresca y vigorosa, una belleza en cuyo crisol se funden las grandes bellezas de Persia, Afganistán y la India.

FERDOUSÍ: Pero la belleza exterior abunda en otras partes del mundo. Lo que yo busco es la unión de la belleza exterior y de la belleza interior del alma. El sabio se refugia en el *mihrab* de su corazón. Es allí donde habita la divinidad, y es allí donde brota su luz eterna.

CONSEJERO: Luz, una luz desbordante, una luz que sana todo el dolor del alma, una luz que convierte cualquier atisbo de tristeza en anuncio de felicidad, es lo que sobra en la capital de los gaznávidas, bendecida con una claridad perpetua, que ni en la noche cesa de resplandecer.

FERDOUSÍ: Yo busco una luz más pura: la luz de la libertad. Hay más luz en un alma libre que en todas las estrellas.

CONSEJERO: El sultán os garantiza la libertad necesaria para que florezca vuestro arte, y así vuestras composiciones honren su memoria como es debido. Confíad en Su Alteza. Vuestra inquietud no es ajena a su corazón.

FERDOUSÍ: Me enorgullezco de confiar únicamente en Dios.

CONSEJERO: Dios habla a través del sultán.

FERDOUSÍ: Dios habla a través del corazón. Y algo profundo dentro de mí me dice que no debo renunciar a la libertad. Pues no hay deleite que se le parangone. Los placeres terrenales sirven de poco si no realzan la libertad. Sentirse libre es como bañar todo nuestro espíritu en una aurora perenne, de claridad inagotable. Sentirse libre es percibir la imagen de Dios en el hombre. La libertad es un bien tan escaso como la lluvia en estas tierras, y quien ama la libertad no puede temer sacrificar su vida por una riqueza tan

elevada. No creo que bajo el yugo de Mahmud pueda inhalar el perfume por el que suspiro. No creo que sirviéndole encuentre la libertad, el más bello y divino de los dones. Toda gran creación nace de la libertad, del vuelo libre y sin ataduras por la inmensidad de la imaginación, el mayor regalo que Alá ha concedido al hombre. Jamás vendería por oro mi libertad. Los dinares no pueden vencer a quien se sabe libre, y sólo en la libertad halla su destino. ¡Oh alegría suprema, perdurable como la dicha del justo! ¡Oh efluvio espiritual que se desliza por las honduras del alma! ¡Oh tesoro infinito de la libertad interior! ¿Cuántas almas caben en un espíritu libre? Si Alá nos ha hecho libres, somos imagen suya cuando ejercemos nuestra libertad. En mi libertad soy inexpugnable. Ni siquiera las huestes del sultán pueden derribar las puertas de mi alma. Sólo yo puedo abrirlas. Sus soldados propagan el caos y el terror en el Ganges y en Guyarat, pero no llegan a penetrar en un corazón libre. ¿Acaso podemos crear algo noble, grande y puro si vivimos aprisionados por el miedo? La energía del corazón y la elevación del alma, ¿no brotan de la confianza en uno mismo? ¿Puede el temor encender la llama sagrada de la creatividad? El miedo inhibe la sensibilidad, raíz de toda fuerza creadora en los dominios del arte. El sultán infunde miedo en sus enemigos, y con frecuencia traiciona a sus amigos. Los primeros viven esclavizados por el temor a su ira presente; los segundos a su cólera futura. Yo no quiero vivir con miedo. No quiero ser rehén del temor a un sultán, que fácilmente interiorizaré como temor a mí mismo y a lo que pueda hacer o decir. Sólo puede crear algo valioso quien no teme a los demás ni se teme a sí mismo. Quien vive atemorizado se limita a seguir reglas dictadas por otros. No brilla su talento, pues sus dones yacen sepultados en lo profundo, sin que puedan irradiar su luz. Rara vez se atreve a crear algo verdaderamente nuevo. No planta una semilla desconocida, que luego ha de florecer con fuerza y belleza. No añade nada a lo que ya existe. No explora nuevos reinos para el espíritu. No descubre el poder y la fecundidad que aletean en las profundidades de un corazón libre. Recoge lo que otros han sembrado, pero de la raíz de su alma no surge un nuevo fruto, digno de esta humanidad, digno de Dios, creador del universo.

CONSEJERO: Mi señor, no debéis temer al sultán, admirador de vuestro trabajo. El gran Mahmud sólo anhela que vuestros versos canten también su gloria junto a la de los antiguos soberanos de Persia. ¿Cómo no elogiar que un gran guerrero alabe el arte y la poesía? Sus antepasados eran rudos y audaces. Forjados en el frío de la estepa, ¿qué dirían hoy del refinamiento y de la exquisitez que presiden su corte? La belleza enternece el fiero corazón del sultán. Pocos gobernantes aman tanto la poesía y han congregado en su palacio a sabios ilustres y a talentosos arquitectos.

FERDOUSÍ: Recelo de quienes, antaño esclavos, son ahora señores. ¿Se habrá apagado del todo su sed de venganza contra sus antiguos amos persas?

CONSEJERO: Confíad en mi palabra. No sospechéis de su generosidad. El sultán no guarda rencor contra los persas. Es él quien ahora ejerce el dominio sobre toda Persia oriental; su alma turkestaniana se ha fundido cálidamente con el alma persa. El sultán ama su nueva tierra, donde su pueblo ha alcanzado la gloria.

FERDOUSÍ: Nada hay más santo y puro que la libertad, el ala del espíritu. Su claridad es eterna como la luz de Dios. Dudo que en la corte del sultán pueda elevarme a ese reino libre y creador en el que ansía flotar mi alma. No hay riqueza capaz de conquistar a un corazón libre. Sólo la belleza y la sabiduría, tesoros invisibles, esperanzas del espíritu, destino al que se orientan los corazones nobles, pueden atraer y retener a quien únicamente busca la virtud y la verdad. Permitid que recele de las intenciones de Mahmud. Quiere súbditos, no hombres libres. Su oro compra cuerpos, no almas, pero la

libertad del alma jamás se rinde ante la esclavitud del cuerpo. Sólo un hombre libre puede crear algo grande. Si es verdad que el sultán busca perpetuarse a través de la poesía, que conceda libertad a los creadores, que confíe en su talento y en su juicio para describir sus hazañas y honrar su nombre.

CONSEJERO: Mi señor, mi admirado poeta, he venido de muy lejos con la esperanza de persuadiros. Vos que sois siervo del arte y de nadie más, vos que glorificáis al Misericordioso y Compasivo con vuestras creaciones, vos que desdeñáis las contingencias del mundo humano y las flores efímeras de la riqueza y del poder, vos que encontráis la felicidad más profunda en vuestro trabajo y en vuestras amistades, vos que habéis descubierto la verdadera plenitud en la entrega incondicionada al arte, vos, en cuyos versos resplandecen mensajes eternos, vos que habéis enriquecido las mejores tradiciones de nuestra amada Persia con el brillo y la hondura de vuestras composiciones..., vos, súbdito de la palabra y buscador incansable de la belleza, vos que cultiváis el más hermoso de los jardines, que es el jardín de un alma sincerada consigo misma, no os dejéis llevar por la pasión. No despreciéis al sultán, que hoy os ofrece tanto, incluso todo, porque sabe que su aspiración más alta no puede tomarla por la fuerza o comprarla con el oro. Vos tenéis aquello que el sultán más estima. Es por vuestra riqueza por lo que se desvive mi sultán. Pues conocéis el camino a una belleza insondable, a una belleza clara y limpia como la luna en su apogeo, la misma luna que contemplaron los ojos del Profeta y que esparce sin cesar los rayos de su luz.

FERDOUSÍ: Ha de saber el sultán que sin libertad de alma toda creación languidece, y que jamás la esclavitud produjo lo excelso. Sólo en el suelo de la libertad florece la creación. Sólo en la libertad encuentra el arte su nutriente divino. Sólo en la libertad brilla el don supremo de Alá al hombre, dulce y radiante. Pues sólo cuando el alma se siente libre puede acercarse a la plenitud. El alma libre contempla el mundo sin miedo y mira cara a cara a la belleza, espejo sublime de Dios. Desprendida de pesadas cargas, vuela ingrávida por los cielos de una audacia creadora.

CONSEJERO: ¿Vendréis entonces a Gazni, donde vuestra alma volará libre por cielos tanto o más hermosos que los del Jorasán? ¿Pasearéis por los jardines de los palacios del sultán, los más bellos que hoy existen bajo el sol? ¿Conversaréis con sus visires, hombres sabios y prudentes, que conocen la situación de los demás reinos de la tierra? El sultán confía en mí para convenceros. Fui yo el que sugirió vuestro nombre, pese al recelo de no pocos cortesanos.

FERDOUSÍ: Iré, pero no por amor al sultán y a su oro, sino por ansia de experiencias nuevas. Esta vida es un enigma, y yo debo contribuir a él. Mi corazón sabe que una voluntad superior rige el destino de todas las cosas, y que es ella la que me ha traído a este lugar y la que ha decidido ahora llevarme a otro.

CONSEJERO: No importa el motivo. Venid a Gazni. En su remanso serviréis a la poesía como se merece. Allí escucharéis la voz de Dios, que quiere revelaros nuevas maneras de dar culto a la hermosura. El gran Mahmud os colmará de honores, riquezas y experiencias. El sultán es poderoso y sabio. Nada alegrará tanto su corazón como la presencia de tan noble poeta, capaz de proclamar profundas verdades con bellas palabras.

FERDOUSÍ: Señor del universo, Tú que todo lo guías, Tú que eres Todopoderoso, Tú que eres Compasivo, Tú que eres el pilar más robusto sobre el que puede sostenerse el alma humana: que tu infinita sabiduría me conduzca por el camino recto y disipe las sombras de mi espíritu. Pues ¿no lo escruta todo tu mirada? ¿No anega tu misericordia

las simas más profundas del corazón humano? ¿No perfora tu luz las intenciones ocultas de la mente? Dios mío, Tú sabes leer mi alma. Tú sabes que entrego mi libertad no al sultán de Gazni, sino al inexorable destino.

CONSEJERO: Sólo Alá conoce el destino.

FERDOUSÍ: Es el deseo de crear algo más grande que nosotros lo que nos hace humanos, corona de la creación divina; es nuestra libertad la que teje los secretos hilos del destino. Caminemos, pues, hacia el destino; busquemos nuestra libertad.

ESCENA III

(En la residencia de verano del Gran Visir, a las afueras de Gazni)

GRAN VISIR: ¡Qué rápido habéis acudido a mi llamada! Ni siquiera este calor estival os ha disuadido de visitarme.

GENERAL: He venido con la rapidez que la situación exige, mi señor. No hay calor que justifique una demora.

GRAN VISIR: Por favor, tomad asiento.

GENERAL: Este salón es amplio y elegante. Sólo el sultán puede soñar con uno mejor. Sois dueño de una casa incomparablemente hermosa. Siento que aquí mi cuerpo y mi alma se refrescan.

GRAN VISIR: Demasiado arduo es asistir al sultán en el gobierno de sus reinos. También el visir necesita alejarse del bullicio de la capital para sopesar los asuntos de Estado. El ruido ofusca la mente y dificulta el buen juicio. Y en este pequeño paraíso, en este retiro de paz y belleza, consigo concentrarme y ponderar sin perturbaciones las cuestiones más importantes. ¿Degustaréis este manjar, delicia de Kabul que ha encandilado al mismísimo califa?

(El visir ofrece una bandeja al general)

GENERAL: Sabroso y crujiente, como cabe esperar de tan insigne anfitrión.

GRAN VISIR: Espero que hayáis sido discreto. Hay espías en todas partes, prestos a informar al sultán. Aunque muchos me obedecen, algunos sirven a ministros que no son de mi confianza. Aprovecharán cualquier sombra de duda sobre mi fidelidad al soberano para volverlo en mi contra.

GENERAL: No os preocupéis. Ningún oído y ningún labio podrá dar cuenta de esta reunión.

GRAN VISIR: Lo cierto es que urgía discutir una solución al problema.

GENERAL: He servido fielmente al sultán en todas sus empresas militares. Sin mi destreza como general no habríamos invadido la India y no habríamos saqueado sus templos. Es mi estrategia la que ha cogido desprevenidos a los hindúes. Yo he propiciado el triunfo del sultán sobre esos ruines idólatras, que desconocen la revelación del Dios verdadero.

GRAN VISIR: Y como leal siervo del sultán coincidiréis conmigo en que un partidario de Ali no puede convertirse en el cantor oficial de la gloria de nuestro imperio.

GENERAL: Jamás pensé que el sultán perdería así la cabeza. Ese mendaz consejero, ese embaucador, ese espía comprado por los chiíes, le ha convencido sin mayores dificultades de que llame a Ferdousí para reflejar sus hazañas.

GRAN VISIR: Esa araña es capaz de tejer buenas redes.

GENERAL: ¿Tan débil es el alma de un conquistador? El que se ha mostrado impasible ante las súplicas de los sacerdotes hindúes, el que no ha vacilado ni un instante al ordenar destruir muchas de sus altas pagodas, ¿claudica como un corazón frágil ante las artes de ese hechicero?

GRAN VISIR: El anhelo de inmortalidad es más vigoroso que cualquier deseo de conquista. Y el sultán sabe que por muchas naciones que doblegue, por mucho que se extienda su férula a lo largo y ancho del mundo y por mucho que crezcan sus riquezas, sólo el juicio favorable de la historia puede brindarle lo que más quiere. Sólo un gran poeta, que escriba bellas y alentadoras palabras sobre el valor de su legado, puede garantizarle esa perpetuidad por la que suspira. Sólo una composición memorable puede perpetuar su recuerdo, a imagen y semejanza de Alá.

GENERAL: Todo esto es desazonador. Pues ¿no era suficiente el talento de Farrojí, el sabio de Sistán que sigue la recta doctrina? No hay príncipe en Persia que no aprecie sus panegíricos. ¿Qué necesidad había de convocar a un hereje, a alguien que cree en esas absurdas profecías sobre la llegada del *Mahdi* antes de los últimos tiempos?

GRAN VISIR: El que cree en ocultaciones no es digno de alabar al sultán de Gazni. Contradice las enseñanzas de la tradición auténtica. Quien deposita su fe en lo oculto está ciego ante la claridad del mensaje del Profeta y del sagrado Corán. Tanta tolerancia hacia los creyentes que se desvían de la verdad no puede traer nada bueno al reino. Representa un grave desafío para la estabilidad del país.

GENERAL: ¿No es cierto lo que un tendero me contó? Al parecer, uno de los criados que trabajan en casa de Ferdousí confesó su estupor ante unas palabras del poeta: *"Más allá de los credos, más allá de las naciones, más allá de los linajes, resplandece el alma universal, el alma de quien busca la virtud, la sabiduría y la belleza. Dios, que ha creado el mundo, habita por igual en el corazón de todos los que buscan la verdad"*.

GENERAL: Me inquieta aún más que un persa de noble cuna desprecie las tradiciones de nuestro pueblo, y considere a los turkestanos una raza degradada, un linaje indigno de gobernar Persia. Su *Shahnamé* exalta la heroicidad de todos esos reyes paganos, hijos de la edad de la ignorancia. No entiendo que un sultán se desviva por figurar junto a esos infieles. ¿Acaso se avergüenza de su sangre?

GRAN VISIR: La soberbia de Ferdousí no quedará impune. Los orgullosos persas remontan sus orígenes a los inicios del mundo. Creen estar más cerca de Dios y de la perfección que ningún otro pueblo. Por eso sufren más que nadie cuando contemplan con sus propios ojos cómo nosotros, antiguos *mamluks*, otrora esclavos de los señores samánidas, regimos ahora el destino de esta tierra.

GENERAL: Es el sultán el que consiente que los persas ocupen aún algunas de las más altas magistraturas del Estado. Decidme, ¿cuántos ministros persas hay? ¿Cuántos ostentan todavía una posición de privilegio entre nosotros? Es triste que un conquistador tan poderoso como nuestro sultán parezca renegar de sus orígenes.

GRAN VISIR: Se rodea de persas porque no confía en el talento de su pueblo. No renuncia a la falsa idea de que los persas, herederos de una cultura tan antigua, son más capaces que nosotros a la hora de gestionar los asuntos de Estado y las finanzas de la corte.

GENERAL: Ya los califas bien guiados sucumbieron a ese espejismo. En cualquier caso, decidme cómo pensáis atajar este asunto, que tanto nos apremia.

GRAN VISIR: He urdido un plan.

GENERAL: Os escucharé atentamente, y os secundaré sin fisuras siempre y cuando ayude a librarnos de ese hereje.

GRAN VISIR: ¿No le ha prometido el sultán un dinar de oro por cada uno de sus versos?

GENERAL: Vos lo escuchasteis de sus propios labios. Y la palabra del sultán es ley.

GRAN VISIR: Haremos que, en este caso, la palabra del sultán no sea ley.

GENERAL: ¿Cómo? ¿Quién osará desobedecer sus órdenes? ¿Quién se atreverá a incumplir la palabra del conquistador de mundos, cuyo corazón no tiembla al decretar los más cruentos castigos? ¿Cuántos enemigos no han tenido que arrodillarse ante él, y aun así sus cabezas han sido cortadas?

GRAN VISIR: Sembraremos la confusión. Alimentaremos la discordia. Nosotros no seremos los responsables. Lo atribuiremos todo a un terrible descuido.

GENERAL: Pero ¿qué pretendéis?

GRAN VISIR: Conspirar para que Ferdousí no reciba un dinar de oro por cada verso, sino un dirham de plata.

GENERAL: ¿Un dirham de plata?

GRAN VISIR: Así es.

GENERAL: Pero el tesorero real tiene acceso a la hacienda del sultán. Si el sultán ordena que se extraigan dinares de oro, ésa será la cantidad que reciba el poeta.

GRAN VISIR: Salvo que logremos confundir al sirviente encargado de llevar ese dinero. Uno de mis criados cambiará su bolsa por otra, repleta de dirhams de plata. El infeliz no se enterará de nada. Toda culpa recaerá sobre él.

GENERAL: ¿Y si vuestro criado nos traiciona, y revela la verdad? ¿Qué castigo inconcebible no nos infligirá el sultán? ¿No nos despeñará desde altas montañas? ¿No esparcirá los restos de nuestras cabezas por todo su imperio? ¿No nos crucificará en la gran plaza de Gazni, a ojos de la multitud, para que cunda el miedo a su ira? Y antes de matarnos, ¿no nos someterá a tormentos inenarrables?

GRAN VISIR: Mi criado no puede traicionarme. Tengo poder sobre su familia. Todos sus seres queridos morirían de inmediato si una sola palabra suya llegara a oídos del sultán.

GENERAL: Espero que no os equivoquéis.

GRAN VISIR: ¡Imaginad la reacción del altivo Ferdousí cuando abra la bolsa y vea no dinares de oro, sino vulgares dirhams de plata! Lo considerará una ofensa, un ultraje. Alguien de su categoría no perdonará al sultán. Verterá todo su veneno de víbora en sus poemas, pues su fuerza no reside en la espada, sino en la palabra. Y al hacerlo, desatará la cólera del sultán.

GENERAL: Mi señor, no es intención nuestra provocar a ese chíí para que escriba oscuras palabras sobre nuestro sultán, ponzoña en verso que nuble su lugar en la historia.

GRAN VISIR: No es nuestro problema. Algunos dicen que muchas de sus hermosas metáforas esconden un tono burlesco y un desprecio velado contra el sultán y la dinastía gznávida. No induciremos nada que Ferdousí no haya hecho ya. Su reacción será responsabilidad suya, no nuestra.

GENERAL: Sea entonces como decís. Lo dejo en vuestras manos. Que vuestra astucia triunfe, y que el Misericordioso nos ampare.

ACTO II

ESCENA I

(En una caravana, camino de Samarcanda)

FERDOUSÍ: ¡Cómo puede un sultán deshonorarse así ante Dios! ¡Cómo puede traicionar de manera tan flagrante sus promesas! Incumplir lo pactado es un agravio a Dios y a sus eternas leyes. ¡Desdichada la hora en que acepté acudir a su corte para sufrir tan vil engaño! ¿Pues no me aseguró el sultán que me pagaría un dinar de oro por cada uno de mis versos? ¡Un dirham de plata es lo que me ha entregado su sirviente! ¡Un mero e insignificante dirham, que no vale ni la décima parte de un dinar de oro! ¿Acaso valen tan poco mis versos? ¿No enaltecen la lengua persa y cantan como nadie antes la grandeza de nuestra historia? ¿He sacrificado mi libertad en un altar tan vano? Estaba en el baño cuando uno de los emisarios del sultán me trajo una bolsa repleta de monedas, pero no de oro, sino de simple y vulgar plata. Afortunado mi corazón, que nunca depositó todas sus esperanzas en el dinero, en la vacuidad del dinero, en la impureza del dinero. Pero cuán decepcionado me sentí al comprobar que mis sospechas eran certeras, y que no debí fiarme de un gahnávida. Ningún poeta de renombre habría comprometido su arte para halagar a un ser tan mezquino. Debería haber preferido la pobreza a esta farsa. ¡Cómo añoro los felices días en que vivía retirado de las cortes, de los palacios, de las capitales, y únicamente consagraba mi alma a la composición poética! Entonces era libre y rebosaba de dichas que no se agotan. Entonces florecía mi amor por el saber y por el arte, junto a cuyas llamas inextinguibles encontraba un calor divino. La belleza era mi única aspiración, y evitaba adular a los poderes de este mundo. Contemplaba el pasado con admiración suma, y en las doradas noches soñaba con escribir algo que hiciera justicia a las gestas de mi pueblo. Todo lo que creaba era sincero, era profundo, porque brotaba de una fuente auténtica, como el agua que mana, clara y límpida, de las montañas. Mi corazón se consume, preso de una nostalgia atroz, con sólo recordar esos tiempos memorables, ahora que navego en aguas turbulentas y no vislumbro un puerto firme al que arribar. Cierto es que descuidé la administración de mis riquezas, y que mi obsesión por alumbrar una belleza eterna, una belleza sublime, erosionó lentamente mi patrimonio. Cierto es que, obligado por la acuciante necesidad, vendí también mi servicio a acaudalados postores que financiaban mis gastos, para que sólo tuviera que pensar en la poesía, mi amor verdadero. Pero jamás imaginé que me entregaría a un señor tan innoble, que no merece llevar el título de sultán. Su cabeza no debería ceñirse corona alguna. Nunca debí prestar mi confianza a semejante hombre, de corazón lóbrego. Nunca debí vender mi alma a alguien tan infame. No hay nobleza en su espíritu, sólo ambición. Sus intenciones son impuras. Nada sacia su hambre de fama y poder. La sed de gloria es un manto oscuro, que oculta la bella luz del alma. Ella ha hipnotizado al sultán, para quien el arte sólo es un medio de satisfacer sus ansias desmedidas de inmortalidad. Pero temo su cólera. El que saqueó despiadadamente los templos de la India no titubeará al decretar un castigo terrible contra mí. Quizá hayan llegado a sus oídos algunas de mis palabras burlescas sobre la bajeza de su linaje. Regresaré a Samarcanda para recoger mis pertenencias, pero partiré lo antes posible hacia Mazandarán. Allí el sultán carece de poder. Dicen que un rey de sangre persa gobierna esos territorios. Él sabrá apreciar en su

justa medida el valor de mi arte. Cruzaré, así pues, las fronteras del imperio de los gaznávidas para recobrar la libertad que he perdido y a la que nunca debí renunciar. Que la proverbial belleza de la antigua Hircania restaure mi confianza en el hombre. Y en cuanto al pago del sultán, que la tierra se trague sus dirhams. No los quiero. Cualquier mendigo sabrá aprovecharlos mejor que yo.

(Lanza los dirhams al suelo; la caravana prosigue)

ESCENA II

(En el palacio del sultán Mahmud)

SULTÁN: ¿Es cierto lo que cuentan?

CONSEJERO: Lo es, mi señor. Ferdousí ha huido de la corte y marcha ahora hacia Samarcanda.

SULTÁN: Pero ¿cómo es posible? ¡Traed ante mí a ese sucio y despreciable cortesano! ¡Que sufra como nunca antes por haber desobedecido mis órdenes y haber mancillado mi honor! ¿Un dirham de plata por verso? ¿No le había prometido yo un dinar de oro? ¿Cómo ha podido incumplir mi palabra con tanta ligereza? ¿Cómo ha podido comprometer la nobleza de mi corte? Merece la muerte, pues ha desprestigiado a su sultán. Mandaré decapitarlo, y enviaré la cabeza de este desventurado a Ferdousí. Así sabrá que no ha sido Mahmud, el sultán de Gazni, aquél ante cuyos pies tantos se postran, aquél que es piadoso ante Dios, el que ha traicionado el acuerdo, sino la negligencia o la mala voluntad de un simple siervo. Pero sean cuales sean las razones, no merece vivir. Lo que ha hecho es imperdonable.

CONSEJERO: Mi señor, están buscando al cortesano. Vuestro gran visir ha decidido encargarse personalmente del asunto, para que no se vea mermada la justicia del sultán. Todo parece confirmar que las informaciones son veraces, y que en lugar de pagar al poeta en dinares de oro lo hizo en dirhams de plata. Vuestro tesorero real, quien siempre había confiado en este cortesano, cree que su odio a los chiíes puede explicar un comportamiento tan infame.

SULTÁN: Ahora entiendo la indignación del poeta de Tus. Pues ¿qué pensará un alma noble de alguien que no cumple lo pactado? ¿Puede valer la palabra de un sultán lo mismo que el humo? ¡Que el Todopoderoso me conceda resarcirme, y satisfacer la deuda que he contraído! ¡Que sus ojos contemplen mis lágrimas y sus oídos escuchen mi lamento, pues quiero honrar lo que prometí, quiero recuperar la confianza de quien ha inmortalizado a tantos reyes con la belleza de sus versos! Líbreme Alá de la deshonra. Que mi nombre no sea vilipendiado por quien posee el don de expresarse con hermosura y sutileza. Mandad a uno de mis emisarios a Samarcanda. Que monte el más veloz de nuestros corceles y entregue al poeta la suma inicialmente estipulada. No importa que sean miles de dinares. Mi oro disolverá su recelo, y quien ahora execra mi nombre comprenderá que todo ha sido un error, porque yo, el sultán, soy siempre fiel a mi palabra y temo a Dios.

ESCENA III

(En los aposentos del sultán; entra un consejero)

CONSEJERO: Mi señor, el emisario ha vuelto de Mazandarán

SULTÁN: ¿De Mazandarán? ¿Acaso no tenía que ir a Samarcanda?

CONSEJERO: Mi señor, al llegar a Samarcanda descubrió que Ferdousí había huido a Mazandarán.

SULTÁN: Seguramente para hallar refugio en la corte de esos reyezuelos persas que pronto se arrodillarán ante mí, como lo harán todas las tierras que rodean el gran mar de agua dulce. ¿Fue, pues, mi emisario a Mazandarán?

CONSEJERO: Sí, mi señor. Pero en cuanto se disponía a entrar en la ciudad, nuestro emisario vio desfilar un cortejo fúnebre. Portaba el cuerpo del poeta de Tus, Hakim Abol-Qasem Ferdousí, de ilustre memoria, aquél que ha cantado ante Dios las hazañas de los soberanos de Persia en su gran libro de los reyes.

SULTÁN: ¡Ha muerto! ¡Y lo ha hecho sin saber que yo no había traicionado su confianza, pues mi corazón es noble, es leal a sus promesas! El anciano no debió de soportar los rigores de tan largo viaje. Ahora siento una culpa inmensa, de la que sólo la misericordia del Creador puede redimirme. Que Alá acoja en su paraíso a un alma grande, cuya pasión dio gloria a la fe islámica y a cuantos invocan al Dios único. Que el espíritu de este artista inmortal, siervo del Compasivo y Misericordioso, habite por siempre en la memoria de su pueblo. Inescrutables son los designios de Alá, pero el Todopoderoso es Grande e Infinito. Su sabiduría no conoce orillas y no hay límite a su poder. Alabemos el destino que Él ha fijado, admiremos la obra que Él ha escrito en nuestros corazones, bendigamos esta tierra y este cielo, donde los hombres encuentran inspiración para crear belleza.

LAS PREGUNTAS BÁSICAS DE LA VIDA²⁵

²⁵ Concluí este libro el 9 de febrero de 2000, festividad de San Alejandro. Tenía entonces trece años. Pasado tanto tiempo, reitero que mis ideas han evolucionado drásticamente desde aquel entonces. Hoy me considero agnóstico (y en algunos aspectos cercano al ateísmo, o al menos al reduccionismo naturalista), y aunque me sigue interesando el estudio de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, soy plenamente consciente de los límites de todas ellas, en especial de las carencias filosóficas e históricas del cristianismo, el credo que he investigado de manera más sistemática. Pero al contemplar este texto, sólo puedo mirarme a mí mismo con condescendencia, con cierta empatía ante la ingenuidad metafísica que exhibí en estas páginas, pero también ante el anhelo de búsqueda, de profundidad, de belleza y de conocimiento que aletea tan claramente en ellas y que me impulsó a escribir estas obras tempranas. Como he dicho a propósito de otros escritos de mi adolescencia, he optado por preservarlos inalterados (aunque hoy reniegue de muchos aspectos estilísticos y de cuestiones sustanciales relativas al contenido), limitando las correcciones a errores ortográficos y sintácticos evidentes. Para entender el estilo arcaizante que predomina en varias secciones del libro hay que tener en cuenta que en esas fechas me había sumergido en la lectura íntegra de *El Quijote*, y que, preso del deseo de imitar ciertos aspectos de la prosa cervantina, adopté expresiones y construcciones sintácticas propias del castellano antiguo (que también respondían a una cierta voluntad de “ironizar”).

PRÓLOGO

El auténtico océano bibliográfico que existe sobre teología, filosofía y fenomenología de las religiones es ciertamente ingente. Sin embargo, los abundantes trabajos científicos consagrados a estas disciplinas a lo largo de la Historia, y que han permitido que los estudios sobre religiones y sobre la idea de Dios hayan progresado de forma sobresaliente para comprender mejor las demás creencias antes de emprender una crítica contra ellas, sólo pueden ser entendidos de manera completa y sistemática por aquellas personas dedicadas a estos campos del saber y que están familiarizadas con la terminología, que incluye un elevado número de vocablos técnicos, y con la metodología. El propósito de este libro no es el de innovar o realizar una extraordinaria investigación sobre metafísica e historia de las religiones, pues no aporta nada nuevo a la ciencia; su único fin es el de explicar con más amenidad, como ya se viene haciendo en otras muchas obras de estilo similar, temas aparentemente tan lejanos e irresolubles como la existencia de Dios o el problema del mal. Ese alejamiento entre investigación teórica y sociedad conlleva que en muchos casos se desconozcan o se crean sin respuesta cuestiones como las anteriormente mencionadas, por el simple hecho de que la falta de lectura de obras básicas como pueden ser la *Teología Fundamental* de Henri Fries, el *Tratado de Historia de las religiones* de Mircea Eliade o la *Metafísica* de Aristóteles en sus diversas traducciones y otras muchas más, así como la falta de formación (de la que son culpables tanto los sistemas educativos de la época en que el lector estudiaba y el propio lector, pues, debido a diversas razones y circunstancias laborales, familiares, etc., ha descuidado de manera alarmante el incremento de conocimientos y de cultura tanto práctica como no práctica, esta última de forma desinteresada, meramente por el placer que supone adquirirla). La incultura en temas religiosos es realmente preocupante, en cierto modo porque la instrucción en estas asignaturas se considera característico y exclusivo de personas tradicionales y conservadoras y si cabe relacionadas con el mundo clerical y la Iglesia, a la que injustamente se le han atribuido las causas de ese fenómeno de distanciamiento en cuestiones religiosas. Así pues, con esta publicación se intentará acercar mediante una estructura dialógica semejante a la empleada por Platón, tratando de reproducir las discusiones que su maestro Sócrates mantenía con distintos personajes, y otros filósofos, griegos principalmente, por considerarla más práctica y adecuada a las características pretendidas para esta obra. El diálogo ha sido limitado a dos figuras, aunque en las descripciones ambientales que ofrece el maestro D. Logos en primera persona se intercalen en ocasiones algunos personajes como la jardinera Layla o Teófilo de Sumas. La nomenclatura responde a razones tanto estilísticas como filosóficas. *Logos* significa en griego razón o pensamiento, la capacidad humana que nos aleja del determinismo natural y que nos diferencia de las demás criaturas, algo imposible sin el lenguaje; término frecuentemente utilizado por Aristóteles de Estagira. *Sofos*, a su vez, procede de la raíz *Sofía*, que en griego alude a la sabiduría, el conocimiento de la realidad por sus primeras causas; por lo que podría ser traducido por sabio. La elección de esta última palabra se ha debido en particular a la fascinación que el autor profesa por este vocablo. El resto de los nombres, como los ya citados Teófilo de Sumas y Layla, responden, en el primer caso, a la pura invención; y, en el segundo, a nombres propios ya existentes, en este caso en el mundo árabe.

A continuación, procederé a indicar y precisar los libros, artículos o tratados consultados para cada capítulo, y que constituyen su parte teórica y han proporcionado un sólido e imprescindible soporte científico a las afirmaciones que expresan los dos

personajes. Al no tratarse de un libro de carácter científico, se ha preferido eludir las notas a pie de página, que pueden interrumpir al lector no acostumbrado a su presencia. Por ello, no se ha mencionado la procedencia exacta de las citas incluidas en el cuerpo del texto, sólo el nombre de su autor. Por la diversidad de fuentes, se puede estar seguro de que aquello que se dice se basa y fundamenta en unos criterios y no responde a la inventiva del autor.

Como obras generales de consulta se han utilizado: *Documentos completos del Vaticano II*, edición de 1996; *Catecismo de la Iglesia Católica*, de la Asociación de Editores del Catecismo; *Diccionario de Citas*, compilación de Cesáreo Goicoechea, edición conmemorativa del año 2000; *Diccionario de Grandes Filósofos*, de José Ferrater Mora; *Diccionario de Filosofía*, del mismo autor; *Enciclopedia de las Religiones*, de César Vidal Manzanares; *Diccionario de las tres religiones monoteístas: Judaísmo, Cristianismo e Islam*, del mismo autor; *Teología Fundamental*, de César Izquierdo (ed.); *Teología Fundamental*, de Henri Fries; *Tratado de Historia de las religiones*, de Mircea Eliade; del mismo autor: *Lo sagrado y lo profano* y *Metodología de Historia de las religiones* (ed.); *Introducción a la Metafísica*, de Rafael Gómez Pérez; *Metafísica*, de Aristóteles, de la Colección Austral; *La ética a Nicómaco de Aristóteles*, de Vicente Hernández Pedrero; *Diálogos*, de Platón, Alianza Editorial; *Confesiones*, de San Agustín, Alianza Editorial; *Elementos de la Filosofía Cristiana*, de Étienne Gilson; *Sociedad y sensatez*, de F.J. Sheed; los volúmenes de la Historia Universal escrita por Will Durant, especialmente *The Age of Faith*; *Enciclopedia de ciencias filosóficas en compendio*, de Hegel; y del mismo autor *Lecciones de historia de la filosofía*; *El pensamiento antiguo*, de R. Mondolfo; *El cosmos, la Tierra y el hombre*, de Preston Cloud; *Historia de la filosofía*, de T. Urdanoz; *Historia de la filosofía moderna*, de R. Vernaux; *Marxismo y religión*, de G. Morra; *Historia de la filosofía occidental de Thales A Kant*, de Jean-François Revel; y del mismo autor *¿Por qué los filósofos?*; *El monje y el filósofo*, de Matthieu Ricard y Jean-François Revel; *Historia sencilla de la filosofía*, de Rafael Gamba; *Obras completas de Unamuno*, de la Fundación Castro Turner.

En el plano lingüístico se ha usado la *Gramática de la Lengua Española*, de Emilio Alarcos Llorach; *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española; y el *Diccionario de sinónimos y antónimos de la lengua española*, de Larousse. La versión bíblica empleada es la *Nueva Biblia de Jerusalén*, de Desclée De Brouwer; así como la *Biblia de referencia Thompson*, versión Reina-Valera de 1960. Para el Corán la traducción utilizada es la de Julio Cortés para la editorial Herder, *El Corán*.

Así pues, para cada capítulo se han consultado obras específicas:

Capítulo I: *Dios existe*, de José A. Sayés; *¿Existe Dios?*, de Hans Küng; *Discurso del método*, de Descartes, de Alianza Editorial; *Sobre la felicidad. Sobre la brevedad de la vida*, de Séneca, Biblioteca EDAF; *El origen de las especies*, de Charles Darwin, edición de 1988; *La esencia del Cristianismo*, de Feuerbach; *El Capital*, de Karl Marx; *Tótem y Tabú*, de Sigmund Freud, en *Obras completas*, 1968; *A Dios por la ciencia*, de J. Simón; *El Azar y la necesidad*, de J. Monod; *Ciencia moderna y filosofía*, de J. M. Riaza; *Naturaleza, historia, Dios*, de X. Zubiri; *Los problemas del Ateísmo*, de Cl. Tresmontant.

Capítulo II: *Dios existe*, de José A. Sayés; *El mal*, de Ch. Journet; *El pecado original*, de José A. Sayés; *Los orígenes. Del edén a Babel*, de Antonio Salas; *Encuentro*

con la Biblia, de A. Vidal; *El Desafío de los atlantes*, de Jean Deruelle; *La Atlántida*, de Carlos Barceló.

Capítulo III: *Dios existe*, de José A. Sayés; *St. Thomas ant the Problem of the Soul in the Thirteenth Century*, de A.C. Pegis.

Capítulo IV: *Introducción a la Fenomenología de la Religión*, de J. Martín Velasco; *Historia de las religiones. I: Las religiones del mundo antiguo*, de H.-Ch. Puech; *La Biblia Hoy*, de Antonio Salas; *Ahora entiendo la Biblia*, de G. Lohfink; *La inspiración y el canon de las escrituras*, de A. Paul; *Y la Biblia tenía razón*, de W. Keller; *Textos para la Historia del Pueblo Judío*, de César Vidal Manzanares; *Los manuscritos del Mar Muerto*, de Felipe Sen Montero; *Los esenios y los rollos del mar Muerto*, de César Vidal Manzanares; *El Cristianismo*, de Hans Küng; *Los Santos*, de José Luis González-Balado; *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, de Casiano Floristán; *El Islam*, de Montserrat Abumalham; *¿Qué es el Islam?*, de Chris Horrie y Peter Chippindale; *Mahoma, T. Andrae*; *El pensamiento árabe*, de M. Arkoun; *Historia del pensamiento del mundo islámico*, de M. Cruz Hernández; *Los fundamentos del Islam*, de Adel-Th. Koury; *El Islam*, de E. Santoni.

Capítulo V: *Utopía*, de Santo Tomás Moro; *La República o el Estado*, de Platón, Colección Austral.

Capítulo VI: *Mentiras históricas comúnmente creídas*, de José Luis Vila-San-Juan.

CAPÍTULO I: EN TORNO A LA EXISTENCIA: DIOS Y EL SER HUMANO

El sol brillaba fulgurante en el horizonte azul que cubría la ciudad. Acababa yo, comúnmente llamado y popularmente conocido como D. Logos, de volver de un largo pero fructífero retiro espiritual que consistió en marcharme a un recóndito lugar para meditar y leer decenas de libros. Desde pequeño había ansiado ser sabio, y devoraba incansablemente cuantas lecturas se me proponían. Regresé a la ciudad y me encontré con lo mismo de siempre. Tras saludar a mis familiares y allegados y ponerlos al corriente de mi regreso, me dirigí a la iglesia a rezar. La soledad me gustaba, intentaba siempre evadirme del trato personal y no compartir mis conocimientos. Escogí uno de los bancos del final, el más escondido, en el que pudiese concentrarme sin ser molestado por el resto de los feligreses que acudían al templo. Estaba absorto en mis pensamientos, y en mis oraciones se intercalaban inevitablemente teoremas matemáticos y proposiciones filosóficas que había aprendido y no quería olvidar, y que en ocasiones me distraían. Afortunadamente, la vivencia que desde muy temprana edad experimentaba en la iglesia me proporcionaba unos momentos irrepetibles y únicos, de culminación personal y de confortabilidad, comodidad y bienestar que en ningún otro lugar recibía en tan elevado grado. Siempre he confiado en la importancia de mi fe, y a pesar de las críticas que de otros intelectuales había recibido alegando que el fervor religioso es propio de individuos faltos de formación científica, seguía creyendo que lo único verdadero e inconsumible y el don más agraciado que se me podría haber otorgado era mi fe. Por mucho que razonase para intentar concebir axiomas lógicos e irrefutables que de una vez por todas defendiesen definitivamente la existencia de Dios, y por mucho que trataba de explicar a los más escépticos la sensación que produce la vivencia de la fe, desistí en ello, ya que me dije a mí mismo que lo realmente necesario y valioso era sólo individual y nadie más lo podría experimentar con el mismo ímpetu. Una vez hube abandonado el templo, me dirigí a mi otro refugio personal. Se encontraba éste a la orilla de un río cuyas aguas fluían con una intensidad armónica, y el sonido de su agua al descender creaba en mi mente hermosas sinfonías que me llevaban al mundo de la fantasía. Era una clara utopía, la que yo había creado valiéndome del entorno. Bajo un robusto roble había ordenado construir una especie de cenáculo semejante al que ha mucho tiempo atrás usaban los romanos cuando dominaban la región. Instalé una mesa y unos sillones, aunque no acostumbraba a recibir visitas, pues como ya he dicho, prefería la soledad y me disgustaba profundamente el que se me interrumpiese en mis meditaciones metafísicas. Allí escribía mis obras, que me habían dado cierta fama en el mundo académico de entonces, y cuando no hallaba inspiración alguna en el bosque, el río o el sol, no hacía sino mirar hacia el horizonte y hacia el alto campanario de la iglesia que siempre sobresalía, e instantáneamente a mi cabeza llegaban ideas. Un día, recién amanecido, me sorprendió la aparición de alguien que marcaría el resto de mi vida. Era él de mediana estatura, rizados cabellos y esbelto porte, mirada penetrante y directa, además intelectual, y advertía en él un ansia de conocimiento y de alcanzar la auténtica sabiduría sin precedentes. Traía un libro desgastado y aparentemente antiguo, muy grueso y con pequeñas ilustraciones intercaladas entre las páginas. Su título era evidente: la Biblia. Nunca había visto a un niño de tan corta edad leyendo un libro que requiere tanto análisis interpretativo y como consecuencia, de tanta preparación. Pero olvidando esos aspectos teóricos, advertí que entusiasmo no le faltaba. Se acercó lentamente hacia mí, y una vez hubo llegado al banco sobre el que me encontraba sentado, se acomodó con una admirable serenidad a mi lado. Intercambiamos agradables saludos, y procedí posteriormente a preguntarle cuál era el

motivo de tan inesperada visita. Respondíome que no había motivo alguno, únicamente quería ver qué era lo que hacía, pues era ya por entonces célebre por mi erudición, y si fuera posible, pedirme que hiciese de preceptor suyo y le enseñase cuanto supiese. A todo ello empecé por decirle, quizás excesivamente rotundo y como luego pensé con riesgos de asustar al singular infante, que si en su contestación hablaba de que carecía de motivo alguno que le hubiese impulsado a ir a verme, cuando después expuso que iba sólo para apreciar qué cosas hacía en mi tiempo libre, porque había cometido tan clara incongruencia. Cuál fue mi asombro cuando me replicó textualmente: -“La existencia de un objetivo claro y definido para mi visita ha sido impuesta por vos, ya que si hubiese permanecido sentado en el banco sin que me hubieseis saludado, allí habría continuado estando mirándoos y admirándoos, disfrutando de hacer tal cosa, pero al dirigirme vos cuestión semejante me obligasteis ineludiblemente a responderos, y como parece ser que no hay nada en esta vida que no tenga un fin, improcedente me pareció no dados a vos uno cualquiera”. Atónito estaba, ya que nunca un joven me había respondido de tal manera, y no creía que hubiese niños con tal grado de madurez. Acepté incondicionalmente ser su maestro, y ni aún hoy sé por qué, pues todos ya sabréis que no era especialmente sociable. Pero tomé mi decisión con mucho entusiasmo, y a la mañana siguiente cité al párvulo, de nombre D. Sofos, a mi refugio campestre, que acabé por llamar academia al modo de los antiguos griegos.

Al día siguiente y con una admirable puntualidad llegó D. Sofos a la academia y tomó asiento. A pesar de todo lo que yo conocía no sabía qué enseñarle, porque había tantas cosas y tanta materia para impartir, que estaba completamente desbordado. Y no estaba seguro si debía empezar por nociones de filosofía, literatura, geografía o historia. Pero la providencia de este joven de tan sorprendentes cualidades me ayudó y asistió en tal aprieto, que, aunque parezca vago, simple y trivial, contenía para mí complejidad. Alzó la mano para solicitarme el permiso para hablar, y yo accedí a su petición. Me dijo pues:

D. Sofos: —Maestro, sé que vos sois muy religioso. Os veo frecuentemente en la iglesia rezando y yendo con asiduidad a la Eucaristía de los domingos o incluso de media tarde cada día. También sé que conocéis ampliamente la Biblia, que por cierto estoy leyendo, y que creéis sólidamente en la existencia de un Dios o Ser Omnipotente. Pero también estaréis al corriente de que se escuchan entre ilustres matemáticos y hombres de ciencia, incluso literatos, pensadores y filósofos, ávidas e implacables críticas contra vos, diciendo que un intelectual, erudito o como se quiera llamar, si lo es realmente, nunca podría creer en tal cosa, pues va contra la ciencia y la razón. Alegan además que el fervor religioso que posee podría influir continuamente en vuestros pensamientos y privarles a éstos de la requerida objetividad.

D. Logos: —No hay un mejor tema sobre el que pudiésemos hablar, pues ya he notado que vuestra preparación y aptitudes para el aprendizaje son asombrosas, y estáis perfectamente dispuesto para comenzar una lección filosófica de este talante. Cada vez es más preocupante el auge del agnosticismo y en menor medida del ateísmo que en nuestros tiempos vivimos. Los jóvenes principalmente se muestran reacios a cualquier forma de fe y la combaten duramente. ¿Será que el progreso y los grandiosos avances que experimentamos hayan sido tan perjudiciales que nos han hecho perder lo más preciado que teníamos, la fe? Peor aún, también ha proliferado la particular actitud de aquél que respetuoso con la fe de los demás, pretende que de Dios no se sepa nada, es decir, los que

llamamos agnósticos. La teología es el esfuerzo del creyente por asimilar racionalmente su propia fe. Como proclama la encíclica *Fides et Ratio*, la relación entre la fe y la razón es de “*íntima compatibilidad entre la fe y su explicación por una razón capaz de dar su asentimiento en plena libertad; la fe muestra plenamente el camino a una razón que busca sinceramente la verdad; la fe: don de Dios, pero no puede prescindir de la razón; la razón: necesita fortalecerse a partir de la fe, para descubrir los horizontes a los que no podría llegar por sí misma*”. La Teología Fundamental es la disciplina encargada de dar razón de la fe, fundando y justificando la pretensión de verdad de la Revelación cristiana como propuesta sensata de credibilidad.

D. Sofos: —Perdonadme, maestro, que os interrumpa, pero el progreso mal interpretado como hacen esos individuos significa mirar en la menor medida posible hacia atrás e intentar borrar todo lo que ha pasado nos recuerde. Realmente, triste es esta actitud, pero confío en que llegará el momento en el que los hombres y las mujeres se conciencien de que esa postura sólo traerá perjuicios y males, seremos tan modernos que habremos olvidado todo lo que nos pasó, incluso lo de momentos antes, y nos encontraremos solos ante el mundo, ante lo que nosotros mismos hemos creado, asustados y sin saber qué hacer, y será entonces cuando volveremos a pedir a Dios ayuda.

D. Logos: —Jamás habría imaginado que pudieseis, mi apreciado alumno, discurrir tan magistralmente, y bien os debían escuchar muchos de esos personajes. Pero, en fin, si oídos sordos hacen a vuestras palabras, por lo menos intentaré que con esta lección estéis tranquilo vos mismo sabiendo que Dios existe y que siempre está con nosotros, y que además podáis seguir siendo hombre de ciencias, letras o filosofía, pero manteniendo segura esa convicción. Así pues, continuemos. Como decía, el auge del agnosticismo está motivado por el apogeo del escepticismo...

D. Sofos: —¡Qué ingenuos! El escepticismo es la incredulidad en la causa y el efecto.

D. Logos: —Hacia todo aquello que no se pueda probar mediante la ciencia experimental.

D. Sofos: —Pero maestro, hay tantas cosas que no se pueden probar mediante la ciencia experimental, como el origen del universo en el que vivimos, el perfecto orden de las cosas que constituyen la Naturaleza, nuestra propia existencia y muchos otros fenómenos que me parecería ridículo reducir esa cuestión a tal simpleza. La ciencia debe ser neutral en esta cuestión, porque además de los incontables principios de indeterminación que he enumerado antes, tiene que ser consciente de sus propios límites y afrontar el problema con la humildad que requiere. La experiencia religiosa es aún más humana y antigua que la ciencia, por lo que debe tomarse en mayor consideración. Cuando el ser humano avanzó tanto que sólo confió en la ciencia creyendo que podía prescindir de Dios, pues era ella la única que le haría progresar, no sé hacia qué, pero, en fin, que le daría más facilidades y bienestar, se perdió el temor de Dios, que, aunque pueda resultar antiguo y retrógrado, es de suma importancia. Cuando las personas vean que todo lo que conlleva la ciencia no es utópico e ideal, se dará cuenta de su error.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero hay personas que no opinan así, y su opinión es igualmente respetable. Por eso sigamos explicando. Había un tiempo, con los antiguos griegos, en que una rama de la filosofía llamada metafísica tenía mucha aceptación. Incluso uno de los más grandes pensadores de la Historia de la Humanidad, Aristóteles,

el Estagirita, escribió un libro consagrado a esa disciplina, el cual aquí os regalo para que lo leáis tranquilamente.

D. Sofos: —Gracias de veras, mi admirado maestro, os aseguro que lo leeré gustosamente. Pero ¿en qué consistía esa materia?

D. Logos: —Intentaba explicar el mundo físico, es decir, la Naturaleza, mediante causas y principios que se hallan más allá de todo cuanto alcanza la ciencia experimental. Metafísica significa, precisamente, “más allá de la física”. Las preguntas de esta disciplina giran en torno a las causas del ente, participio del verbo ser, en cuanto a ente, interrogándose sobre lo primero y fundamental, de ahí que Aristóteles la llamó “filosofía primera”. Por ello, en la actualidad muy pocos la siguen, ya que quiso huir del sistema de análisis universal que los individuos habían implantado, haciendo uso exclusivamente del orden natural que antes del otro, meramente cuantitativo, se nos presentaba. Porque no son pocos los que creen que más allá de la ciencia experimental no podemos tener certeza alguna de que lo que observamos o intentemos demostrar sea cierto.

D. Sofos: —Sin embargo, el problema de la existencia de Dios y de su relación con el ser humano es y seguirá siendo la pregunta fundamental que le surge, desde su nacimiento.

D. Logos: —No os falta verdad en vuestras observaciones, mi querido Sofos, pero a pesar de ello poca gente defiende su existencia racional. Es más, cuando a numerosos creyentes se les pregunta acerca de la existencia de su Dios, responden que desafortunadamente fe y razón son incompatibles. Pero es absurdo pensar que la razón, que fortalece nuestra religión, debilite nuestra devoción; porque el último paso de la razón es reconocer que existe una infinidad de cosas que le son inaccesibles. Esta clase de práctica religiosa, la fideísta, la cual dice que nos entreguemos a un Dios de cuya existencia nunca podremos saber, propicia en cierto modo, y en aquellas personas que no tengan una fe lo suficientemente sólida, la aparición del agnosticismo.

D. Sofos: —¿Y cuál es vuestra postura, maestro?

D. Logos: —No es posible la fe sin razón. Aunque la razón no sea causa de la fe, es indispensable y completamente necesaria para que la segunda se dé de forma coherente, seria y lógica, en ningún caso infantil; porque si así no fuera, lo único que haríamos es apoyar a los agnósticos, ya que les diríamos que no les podemos quitar certeza en sus convicciones pues ni nosotros mismos sabemos si Dios existe realmente. Y entonces nos preguntarían por qué, si no podemos tener constancia de la existencia de Aquello en lo que creemos, creemos.

D. Sofos: —¿Qué les responderíais entonces, maestro?

D. Logos: —Esa no es mi postura, pero si lo fuese les diría que mi fe está motivada por una vivencia espiritual indescriptible e inigualable, que trasciende de todo lo racional. Consciente soy de que la razón es el mayor de los dones de la Naturaleza, su fuerza nos eleva por encima de nuestras pasiones y flaquezas y nos hace que mandemos en nuestras mismas cualidades, facultades y virtudes. Pero la fe es algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esta vida, la fe en la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al por menor que pudiéramos llamar personal, la fe en el mañana, especie de aguijón que espolea los espíritus irresolutos, y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra.

D. Sofos: —Y ¿no es eso suficiente, pues el agnóstico no os podría alegar nada en vuestra contra?

D. Logos: —No, porque confío en que la convicción que desde joven hay en mí de que Dios existe tiene que ser real, y si es real es demostrable.

D. Sofos: —Pero entonces vuestra fe estaría motivada por algo racional y científico, y no espiritual, que es lo verdaderamente importante.

D. Logos: —Cierto es, pero creo que la fe debe ser el complemento de ambas posturas, la espiritual y vivencial con la racional.

D. Sofos: —Qué afortunado soy, pensando que voy a poder gozar del placer que supone desentrañar esos misterios de la filosofía que tantos personajes célebres han abordado con o sin éxito a lo largo de la Historia.

D. Logos: —Debo avisaros que no es mi intención daros la fe, pues ésta es un don de Dios y una virtud teologal innata. Suerte tenemos los que con ella contamos, pues fijaos en los que no la tienen, que están solos y tristes, desamparados sin poder refugiarse en algo semejante.

D. Sofos: —No os preocupéis en absoluto, que consciente soy de tal cosa.

D. Logos: —Como ya hemos repetido, el problema de la existencia de Dios ha sido la cuestión fundamental de los hombres y mujeres. Aparentemente carece de finalidad, porque, aunque supiésemos de su existencia o no existencia, íbamos a vivir igual.

D. Sofos: —Igual relativamente, pues no sería lo mismo tener la certeza de que existe a sentirse solo en un Universo tan inmenso sin un Dios.

D. Logos: —Evidentemente, pero para un científico o un hombre normal ese hecho no le es trascendental, pues no iba a modificar su vida.

D. Sofos: —Desde una óptica materialista, no espiritual.

D. Logos: —Pero somos conscientes de que, a diferencia de los animales, tenemos la posibilidad de preguntarnos a nosotros mismos. Un animal, encerrado en el mundo material que lo rodea, no puede trascender de él para dudar de su propia existencia, preguntarse por su origen o enfrentarse a la muerte. Aunque ellos también mueran, su muerte es meramente material, puesto que no pueden llegar a comprender lo que ella supone y siquiera plantearse si después de ella les espera algo. Es decir, carecen de identidad, lo cual para mí es terrible. Si lo que conocemos es ante todo las cosas finitas y éstas no poseen en sí mismas la causa o razón de su ser, es necesario que exista algo que no dependa de otro, que sea estrictamente necesaria y a partir de la cual se originen el resto de los seres. Si fuese incognoscible, es decir, a la que no se puede acceder por medio de la razón o los sentidos, para mí y para otros muchos filósofos la empresa humana de búsqueda de una causa última y la filosofía como asistente a los hombres en tal búsqueda habría fracasado.

D. Sofos: —Estoy completamente de acuerdo con vos, maestro. Sobre la primera frase querría hacer una puntualización. A otro le podría parecer ideal carecer de la posibilidad de preguntarnos por lo que nos rodea, porque así nunca sufriría por nada ni tendría que preocuparse de nada.

D. Logos: —Desde mi condición humana, de la que por mucho que lo intente no puedo escapar, el que ocurra eso es trágico, pues nuestra propia grandeza consiste en poder experimentar nuevas sensaciones, sean malas o buenas, que a su vez nos hagan disfrutar o sufrir y nos den una experiencia que no se puede conseguir de ninguna otra forma. Juzgo preciso realizar una aclaración terminológica esencial, porque el problema que atañe a la metafísica en cuestiones de lenguaje es el hecho de que muchos de sus términos coinciden con los del lenguaje coloquial, lo que en ocasiones lleva a confusiones. Y emulando a Santo Tomás: “*Parvus error in principio, magnus in fine*”; “Un pequeño error en un principio, se convierte en uno grande al final”.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Bien. Lo que quería deciros es que no es lo mismo *ser* que *existir*. No son en absoluto sinónimos. Existir indica en metafísica *el hecho de ser*. Existir es, pues, un hecho, un resultado; el resultado del acto de ser.

D. Sofos: —*actus essendi*, en latín.

D. Logos: —Exactamente. Sin embargo, “ser” es un principio metafísico fundamental. Existir, como la acción de una serie de causas, no debería ser aplicado en realidad a Dios, que no es causado, sino eterno, y que por lo tanto no *existe*, sino que *es*.

D. Sofos: —Seguramente lo que decís es correcto, pero sólo si quisiéramos empezar de cero sin saber que Dios es, aunque eso sea evidente; mas suponiendo que no lo sepamos, hemos de utilizar el término *existir* públicamente, porque en el lenguaje común todo el mundo podría entendernos, haciendo las aclaraciones pertinentes en el desarrollo del discurso.

D. Logos: —Tenéis toda la razón, y una brillantez de oración admirable. Así pues, continuando con el problema de la existencia de Dios, juzgo necesario que antes os demuestre que nosotros mismos existimos, para posteriormente proceder a demostrar la existencia de una Inteligencia creadora y ordenadora asequible a la razón, pero no evidente, porque si lo fuera, ¿qué mérito moral tendría la fe?

D. Sofos: —¿Demostrar mi propia existencia, maestro? Yo sé que existo, es obvio.

D. Logos: —¿Cómo lo sabéis?

D. Sofos: —Porque ando, corro, respiro, estoy ahora mismo aquí y soy tangible, vos me podéis tocar como yo puedo acariciar vuestras solemnes barbas.

D. Logos: —¿Y si padeciérais una alucinación, como las que a veces sufrís en sueños, creyéndos que estáis en un lugar diferente o que sois alguien diferente?

D. Sofos: —Me parece algo tan evidente que ni siquiera me he planteado el problema.

D. Logos: —Lo que ocurre es que en ocasiones no nos detenemos a meditar sobre la importancia de las cosas a primera vista más evidentes, lógicas y claras, como la posible demostrabilidad de nuestra propia existencia. Quiero empezar por hablaros de un hombre, uno que ha marcado la historia del pensamiento universal. Se llamaba René Descartes, e imagino advertiréis la admiración que por él profeso. Con él comenzaba la filosofía moderna, que desde el siglo XVII llevó nuevas directrices. A diferencia de sus coetáneos británicos, que impulsaron esta disciplina por el camino de la experiencia —el

empirismo—, Descartes lo lleva por el de la razón —racionalismo—. Él era el hombre de la razón, cuando observo sus retratos o leo sus escritos no hago sino imaginarme cómo era tan ilustre personaje, cómo actuaba y qué habría pensado de determinadas situaciones. Aunque sus investigaciones no se limitaron al ámbito de la filosofía, pues realizó notables avances en matemáticas y física, cierto es que fueron la lógica y la ontología las que le dieron celebridad mundial. En un pequeño y breve tratado, titulado *Discurso del Método*, el sabio describe los principios de su metodología, y, sobre todo, demostró la existencia de tres conceptos claves: él mismo, Dios y las cosas materiales.

D. Sofos: —Asombroso.

D. Logos: —Ciertamente. Comenzó por dudar de todas las cosas y considerar como falso incluso lo más elemental y aparentemente certero, como a vos os ocurrió cuando os pregunté acerca de qué prueba podrías darme para demostrar vuestra existencia. De este modo intentaba eliminar aquellas opiniones y creencias generalmente falsas influidas por una larga tradición y que dificultaban considerablemente el avance de la filosofía. Pongamos un ejemplo. Mirad este vaso y describírmelo.

D. Sofos: —Es de cristal, coloración clara, grande y alto pero muy estrecho.

D. Logos: —Perfecto, muchas gracias. Esos datos os los han proporcionado vuestros sentidos, ¿no es cierto?

D. Sofos: —Evidentemente, ¿qué si no?

D. Logos: —¿Por qué estáis tan seguro, si muchas veces os han engañado? Por ejemplo, mientras dormíais estoy seguro de que en alguna ocasión habréis tenido una pesadilla o un agradable sueño, en el que os imaginabais estar leyendo las mejores ediciones de los clásicos de la literatura universal en la biblioteca más elegante del mundo. Pero, horas después, os despertáis y os dais cuenta de que en realidad estáis sentado en vuestra cama y en vuestra casa. Y esa información la recibisteis de vuestros sentidos. Pues bien, como decía Descartes, no es prudente fiarse por completo de quienes nos han engañado una vez. En conclusión, no podemos fiarnos de nuestros sentidos totalmente. Pero, aunque las cosas que creemos ver no fuesen más que meras ilusiones...

D. Sofos: —Las ilusiones pueden ser muy poderosas.

D. Logos: —...debería haber, sin embargo, otras cosas más simples y universales, como él decía, que formen el resto de los conceptos y esencias que residen en nuestra mente. Entre ellas enumera Descartes la naturaleza corporal, la extensión o la magnitud.

D. Sofos: —Todos ellos aspectos muy matemáticos.

D. Logos: —Sí, porque él creía que la perfección de la matemática era inigualable, y que siguiendo sus reglas debería estar formado el mundo, porque tratan de cosas muy simples y generales que encierran algo indudable, porque esté donde esté o haga lo que haga, el cubo de nueve siempre será setecientos veintinueve.

D. Sofos: —Pero si Dios, suponiendo que exista, cosa que creo y que espero luego me expliquéis tal y como hemos acordado, es todo bondad y fuente suprema de verdad, ¿por qué a lo largo de la Historia muchos hombres se han engañado sobre diversas cuestiones, incluso matemáticas, admitiendo como evidentes principios que hemos descubierto son falsos?

D. Logos: —Descartes emplea para responder a esta cuestión el recurso del geniecillo o espíritu maligno, no menos astuto y burlador que, poderoso, que sería el causante de los engaños. Gracias a ello, el autor francés puede dudar de cualquier cosa, por obvia que resulte. Sumido en un mar de dudas, obsesionado por todo cuanto veía, sentía, oía, olía o tocaba, y habiendo desistido en su intento por encontrar algún principio que le asegurase que lo que sus sentidos le mostraban era cierto sin caer en contradicción, Descartes descubre su tesis más famosa: *Cogito, ergo sum*, “pienso, luego soy”. Si duda, quiere decir que piensa, y si piensa, existe como *res cogitans* o cosa pensante. Esta es la primera verdad indudable y base de toda su filosofía, y que nos ayudará mucho a la hora de demostrar racionalmente la existencia de Dios.

D. Sofos: —Pero...

D. Logos: —Simplemente por el hecho de dudar se está confirmando que se piensa, y si se piensa que se existe. Por mucho que el geniecillo maligno intentase engañarnos, no podría hacerlo, pues para engañarme tengo que existir. Como el propio Descartes decía, la duda puede alcanzar el contenido del pensamiento, pero no el pensamiento mismo. Aunque se dijese “camino, luego soy”, no podría estar seguro de tal cosa, porque ningún camino racional demostraría la existencia de la materia si antes no he podido demostrar mi propia existencia con un principio indudable.

D. Sofos: —Sin embargo, puedo estar seguro de que existo en cuanto a ser pensante, pero no biológico.

D. Logos: —Efectivamente, pero para demostrar la existencia del cuerpo hay que probar antes la existencia de Dios.

D. Sofos: —Quisiera plantear, maestro, una última objeción, sin intentar infravalorar a tan insigne personaje. Si bien recuerdo, ya San Agustín de Hipona dijo que si se engañaba existía.

D. Logos: —*Si enim fallor, sum*, exactamente. Estáis en lo cierto, e intuyo que lo que deseáis decirme es que esa base fundamental ya había sido descubierta alrededor de mil doscientos años antes.

D. Sofos: —Exacto.

D. Logos: —Pero, aunque los enunciados sean semejantes, el uso que de ella se hace y el modo de obtención son muy diferentes. Recordemos que Descartes realiza un preciso y riguroso procedimiento metodológico mediante el cual accede a esa verdad, mientras que los anteriores pensadores no siguieron un camino tan exacto. Toda la fórmula que os he descrito es la denominada “duda metódica”. En resumen, puedo estar seguro de que soy una cosa que piensa, un espíritu, un entendimiento o una razón.

D. Sofos: —¿Y qué es una cosa que piensa?

D. Logos: —Según Descartes, una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, imagina y siente. Seguros ya de que existimos, demostremos ahora la existencia de Dios. La pregunta por el sentido último de la vida aparece en la juventud, aunque a vos, mi querido Sofos, ha sido en la niñez. El hombre vive con proyección hacia el futuro, situándose en realidad por delante de sí mismo, impulsado por las labores o tareas que se propone ejecutar, aunque concluya un trabajo busca otro que realizar, pues hay una sed de infinito en su mente. Sin embargo, la muerte es una amargura que le tortura

durante toda su existencia terrenal. Desde los albores de la humanidad, la idea de la muerte y de la inmortalidad celestial ha obsesionado a las personas. No podemos escapar de nuestro propio miedo, aunque tengamos, la mayoría, la convicción de que la muerte es una mera abstracción que no existe, pues la vida continúa. El hombre siente miedo ante lo desconocido, que le genera inseguridad y temor a verse tan pequeño en un universo tan inmenso, a que se cuestione su supremacía. El hecho de que exista Dios es fundamental para el ser humano en todos los sentidos.

D. Sofos: —Si muriésemos y no hubiese nada más después, es decir, si Dios no existiese y no nos otorgase la eternidad, nuestra existencia carecería de sentido.

D. Logos: —Exacto. Algunas personas han visto al hombre como alguien que realiza inútilmente un esfuerzo enorme, como hacía Sísifo al pretender subir piedras a la cima de una montaña y comprobar que se volvían a desprender. El hombre sería, entonces, un ser para morir, cuyo único objetivo es alcanzar la mayor felicidad posible en vida teniendo en cuenta que esa felicidad siempre estará limitada por la seguridad de que la muerte nos eliminará por completo y no volveremos a gozar de esos momentos. La búsqueda de esa felicidad sin límites es uno de los mayores anhelos del hombre. Ese sentido de dependencia y duda incluso de uno mismo dio hace muchos miles de años origen a las religiones naturales. Como se puede notar fácilmente, la mayoría de las personas cree de algún modo u otro en la existencia de un ser superior, causa de su existencia. Aunque esto no constituya una prueba de su existencia, pues el consenso no influye, sí supone una importante parte del interrogante referente al porqué de nuestro interés por conocer si existe Dios. En efecto, no ha habido pueblo antiguo alguno que yo conozca que no haya creído en Dios.

D. Sofos: —Me vienen a la cabeza las acertadas palabras de Plutarco, quien decía que *“si viajas, podrá ser que encuentres ciudades sin murallas, sin leyes, sin casas, sin riqueza, sin moneda...; pero no encontrarás ninguna sin templo y sin dioses, sin oraciones ..., sin sacrificios para pedir gracias tengo por más fácil el fundar una ciudad sin tierra, que juntarse los hombres y perseverar unidos sin religión y sin Dios”*. En verdad, no merece ser tratado como hombre el que no tiene religión.

D. Logos: —Os felicito por tan prodigiosa memoria. En los pueblos primitivos la religión lo era todo, no había vida profana. En los últimos tiempos, especialmente en los siglos XVIII y XIX se ha incrementado el fenómeno del ateísmo, ya que en la Antigüedad sólo se dio en personajes aislados, como por ejemplo Epicuro o en menor medida Spinoza, que más que ateo, era panteísta.

D. Sofos: —Aquél que identifica a Dios con el conjunto del Universo y le niega un carácter personal y distinto del mundo.

D. Logos: —Exactamente. No estaría de más que ahora hiciésemos un repaso a la historia de la filosofía moderna y analizásemos el porqué de la creencia o no creencia en Dios de sus protagonistas.

D. Sofos: —Algo apasionante, os escucho.

D. Logos: —Si hay algo que ha originado gran parte del ateísmo actual es, sin duda, la ciencia moderna. La ciencia experimental, su base, no se desarrolla hasta el siglo XVII, con los grandes hombres de la física y la matemática: Copérnico, Galileo, Kepler, Newton... Todos ellos crearon la actual ciencia cuantitativa, que como principio busca el

cómo; la ciencia de las ecuaciones, el álgebra y las incógnitas tan aparentemente complicadas, pero que sólo nos muestran el funcionamiento de la naturaleza, de la que formamos parte, mas en un lenguaje más accesible a todos y universal: el lenguaje matemático, en el que estaba escrita la naturaleza para Galileo, y que por lo tanto hacía imprescindible su estudio. Las hipótesis de trabajo complementarían a las experiencias de la ciencia antigua. Cuando Newton descubrió las leyes de la gravitación universal se basó en hipótesis de trabajo. Sin embargo, estos primeros hombres de ciencia eran creyentes, y la mayoría veía en la ciencia la prueba fundamental de la existencia de Dios, gracias a la cual podrían penetrar en lo más íntimo de la Creación. Mas no tardó mucho en aparecer el denominado materialismo científico, que niega la posibilidad de la existencia de Dios. Los grandes hombres de la *Enciclopedia*, como Voltaire o d'Alembert, se inclinan por esta concepción del mundo, y en especial el pensador alemán Büchner. El influjo de la teoría de la evolución del británico Darwin, según la cual las especies evolucionan mediante variaciones individuales y la selección natural, fue decisivo en el auge del materialismo, a pesar de que éste y los demás autores que la definieron dejasen claro que la naturaleza es obra de Dios y la parte espiritual del hombre proviene de Dios. El gran Kant también influyó, aunque de forma indirecta, en el ateísmo moderno. Recordad que el pensamiento de Kant sobre el conocimiento dice que hay dos tipos de conocimientos: los conceptos abstractos que el sujeto conoce de antemano y que están fabricados sin que los haya captado por medios sensitivos, el conocimiento *a priori*, y los que nos llegan por medio de los sentidos y la experiencia, el conocimiento *a posteriori*. Según esto, no es posible el conocimiento de Dios o del alma, porque no tenemos sensación alguna, carecemos de conocimiento *a posteriori*.

D. Sofos: —Pero, el principio de causalidad...

D. Logos: —No sería válido en este caso, porque algo sólo puede ser causa de otro algo en fenómenos sensibles de este mundo, y como de Dios no tenemos experiencia sensible, no cabe por tanto un conocimiento racional de la existencia de Dios. Kant, en resumen, era agnóstico, pero en la vida real, no teórica, era creyente. Como él decía: “*Todas nuestras conclusiones que quieren llevarnos más allá del campo de una posible experiencia son engañosas y carentes de fundamento*”.

D. Sofos: —Pero vos me habéis dicho que había una posibilidad de demostrar la existencia de Dios mediante la razón, y Kant afirmó con argumentos lógicos y coherentes que ésta era imposible. ¿Cuál es, pues, esa ecuación, fórmula o como queráis llamarla, que encierra tal misterio?

D. Logos: —Ante todo, tened paciencia, pero debo advertiros que no existe tan fórmula, como si de un problema matemático se tratase. El debate sobre la existencia o no-existencia de Dios es algo mucho más profundo. Pero sigamos con esa breve historia de la filosofía que os venía haciendo. Como decía, Kant no era ateo, sino creyente. Según él, el acceso a Dios sólo lo encontramos por el camino de la moral. Si el hombre no fuese libre, esa moralidad no podría darse; tampoco si no fuese inmortal, ya que el ser humano no tiene tiempo suficiente en la tierra para practicar el bien. Dios debe existir, para que premie a los buenos y castigue a los malos, según Kant.

D. Sofos: —Curiosa explicación. ¿Qué me decís de Hegel?

D. Logos: —Para Hegel la filosofía era superior a la religión, ya que supera la distinción entre lo finito y lo infinito. Su visión es la de un Dios panteísta, que abarca y cubre todo y no es personal. Su esencia es la de la propia naturaleza, la del mismo hombre.

D. Sofos: —Discrepo completamente de la primera afirmación que hizo este hombre, por el que profesaba más admiración, pero al darme cuenta de que cometió tan craso error... La filosofía quiere hermohear la vida, y la religión la llena. Si la filosofía deriva de la propia religión, lo más no puede derivar de lo menos; luego la religión es *más*, es superior a la filosofía. Eso por una parte; por otra hemos de pensar que la gran cuestión de la filosofía es la religión, la existencia de Dios, mientras que en la religión la filosofía no ocupa ningún lugar, no es del todo necesaria. Entonces, siguiendo una lógica evidente, la religión es más que la filosofía.

D. Logos: —Admirable respuesta, que maduraréis con el paso del tiempo. Personalmente, estoy de acuerdo con vos, en que la religión es superior a la filosofía. Hegel partía de la idea de lo racional, pensando que todo lo racional era superior a lo espiritual. Pero olvidó que la esencia del hombre es ante todo espiritual, la racional la conllevó la espiritual, pues si no, no habrían existido supersticiones o mitos a lo largo de la Historia.

D. Sofos: —Estoy seguro de que habría considerado a los mitos como simples cuentos de hadas, sin caer en la importancia que tienen como único medio de expresión para el hombre de aquello que siente y no puede explicar, como una detallada descripción de la batalla de Lepanto.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero al margen de nuestras opiniones, intentaré ser lo más objetivo posible al explicar la siguiente etapa de la historia de la filosofía: el inicio del ateísmo.

D. Sofos: —Algo que dudo seriamente.

D. Logos: —Feuerbach comienza la crítica a la religión, cuyo origen está precisamente en Hegel, ya que, si piensa que la religión es un escalón inferior a la filosofía, se manifiesta claramente ateo. Para él todo debe partir del hombre como ser real y físico.

D. Sofos: —No entiendo cómo ese hombre podía partir de un principio que no podía demostrar, pues como me explicasteis cuando hablábamos de Descartes él sólo dedujo que existía como ser pensante, no lo podía asegurar como físico, aunque fuese evidente y él tuviese la certeza de que existía como físico. Con lo que, desde el principio, la filosofía de Feuerbach esconde graves imprecisiones.

D. Logos: —Para Feuerbach Dios es la proyección del pensamiento humano, de su esencia. El hombre es entonces el que crea a Dios y no al contrario, como cabría suponer. Lo que el hombre ansía, la felicidad sin límites, el amor, la sabiduría, etc., eso es Dios. Siguiendo este planteamiento, la religión es un empobrecimiento del hombre, ya que no puede valerse de sí mismo y requiere la existencia de un ser fantástico e imaginario. La religión es una construcción de nuestro deseo, una utopía. Es evidente que la situación de dependencia y deseo de felicidad motiva la aparición de las religiones, pero no se puede intentar probar la inexistencia de Dios partiendo de nuestra tendencia al infinito ni deduciendo que por el hecho de que todos esos sentimientos influyan considerablemente en nuestra fe, Dios no exista. Ahí es, por lo tanto, donde vacila el pensamiento de Feuerbach.

D. Sofos: —Pobres ateos, estoy seguro de que en el fondo de su corazón tenían la convicción de que Dios existe, pero para resultar revolucionarios, aunque también resentidos sociales, hicieron cuanto pudieron para defender lo indefendible.

D. Logos: —Serenaos, no hay que sacar conclusiones aceleradas. Ahora voy a hablaros de Marx. En un principio, el filósofo alemán emplea una crítica racionalista contra el estado confesional, es decir, aquél donde la propia nación se manifiesta seguidora de una religión concreta, en este caso el cristianismo. El despegue que por aquellos inicios del siglo XIX tuvo el liberalismo les motivó a calificar esa confesión de irracional y opresora de la libertad.

D. Sofos: —¡Ay de la libertad, qué ignorantes, pues no la comprendían! “*Dios ha querido que la libertad civil, la política, todo linaje de libertades nazcan como de su fuente, de la libertad moral, es decir, del dominio de la razón apoyada en Dios, sobre las pasiones que tienden a esclavizarla*”, como dijo Aparisi y Guijarro.

D. Logos: —En verdad, “*la libertad es la facultad de hacer lo que la ley permite*”, como proclama un adagio jurídico, no lo que uno quiera. Algunos contemporáneos de Marx hablaban incluso de separación de la Iglesia y el Estado, ya que si la Iglesia no se beneficiaba de los privilegios estatales desaparecería.

D. Sofos: —Qué absurdo.

D. Logos: —Conforme Marx avanza en edad y en madurez, abandona progresivamente esas convicciones y acepta con entusiasmo las ideas de Feuerbach que antes os he expuesto, según las cuales, recordad...

D. Sofos: —La religión es una proyección del espíritu humano.

D. Logos: —Exactamente. La última etapa del ateísmo de Marx gira en torno al materialismo histórico.

D. Sofos: —Es decir, el modo de producción económica determina los demás valores de la vida, entre ellos la religión.

D. Logos: —Admirable memoria. Para Marx la religión existe porque hay un modo de producción económica capitalista, aquél en el que predomina el capital como medio de creación de riqueza. Su famosa frase “*la religión es el opio del pueblo*” resume, según él, el modo capitalista por el cual una clase posee los medios de producción, las empresas, mientras que otra, la obrera, aporta su trabajo a cambio de un salario. Para él se producía entonces una explotación obrera y una gran desigualdad social, que hacía que esta clase se refugiase en la religión.

D. Sofos: —El problema de ese tipo de utopías es que desprecian el desarrollo de las cualidades humanas al intentar igualar a todas las personas, cuando todos sabemos que hay gente distinta en varios ámbitos.

D. Logos: —Ya tendremos tiempo para hablar de política. Al desaparecer la propiedad privada desaparecerá también la religión. Eso es lo sustancial del pensamiento marxista, del que han evolucionado las ideologías socialistas y comunistas. Por ello, Marx quería eliminar de cualquier manifestación de la religión.

D. Sofos: —Sin embargo, y perdonadme por las descalificaciones, pero no las puedo evitar, la crítica de Marx a la religión es simple, trivial y ridícula; a mi juicio

motivada por un profundo resentimiento social que no sé qué lo generó, pues ignoro su vida. En la prehistoria los hombres...

D. Logos: —Intentad decir las personas, pues luego siempre hay quien se enfada porque considera que decir “los hombres” incluyendo tanto a varones como a mujeres es una postura machista.

D. Sofos: —No respondo de esas críticas, que no las veo fundamentadas, porque en nuestra lengua hay muchos términos masculinos colectivos que engloban también a femeninos y femeninos que también engloban a masculinos y por los que nadie protesta, como son precisamente personas, pues su género es femenino y sin embargo designa a ambos sexos. El concepto filosófico de “hombre” es algo mucho más profundo que las mundanas y elementales discusiones sobre machismo y feminismo; es más, me parece una falta de ética usar una palabra de vital importancia para la filosofía con fines propagandísticos para uno u otro bando.

D. Logos: —Evidentemente estáis en lo cierto, sólo quería avisaros.

D. Sofos: —Como decía, en los tiempos primitivos los hombres estaban perfectamente identificados con la naturaleza, sin padecer ningún tipo de explotación económica, pero eran completamente religiosos. Además, del hecho de que deseemos a Dios —que por supuesto ocurre— no se deduce que Dios no exista. Para mí, la religión es factor de progreso y es lo único que perdura al margen de los acontecimientos políticos e históricos: es necesaria.

D. Logos: —Estoy totalmente de acuerdo, y no creo que en los países en los que se implanten los modelos socialistas que predicaba Marx desaparezca la religión.

D. Sofos: —La religión no puede ser explicada por factores económicos, sería reducirla demasiado a trivialidades humanas.

D. Logos: —Ha llegado el momento de hablar sobre uno de vuestros personajes favoritos según me contasteis una vez: Freud.

D. Sofos: —En efecto, esté o no de acuerdo con sus teorías, su persona merece la más alta admiración.

D. Logos: —Según Freud, en el hombre hay dos instintos: el de la muerte o autodestrucción y el sexual o libido. El primero sería negativo, mientras que el segundo, muy arraigado en el subconsciente, sería positivo. Freud dio una importancia hasta entonces no advertida al subconsciente. Distinguía tres niveles del psíquico humano: el ello, que contiene los impulsos y deseos sexuales; el yo, el yo consciente en contacto con el mundo exterior, y el super-yo, el yo influido por los principios éticos y morales que rigen la sociedad.

D. Sofos: —Freud también habló mucho del complejo de Edipo, creo recordar.

D. Logos: —En efecto, según el científico austríaco, el niño siente una atracción sexual innata por la madre. Celoso de su padre, intenta matarlo. Evidentemente, conforme avanza en edad e interviene la censura ese ideal desaparece. Usa como símil una antigua historia griega. El rey de Tebas, Layo, había tenido un hijo con la reina Yocasta. Advertido por los oráculos de que su hijo le mataría, ordena abandonarlo. Pero el siervo al que se le mandó la consumación de esa tarea se apiada del bebé y lo confía a un amigo

suyo de Corinto. Allí se le educa como un príncipe por los reyes de la *polis*. Sin embargo, otro oráculo predice que cometería incesto con su madre y asesinaría a su padre, por lo que se marcha para evitarlo. En el camino se encuentra con un caminante a quien mata, y que en realidad era su padre Layo. Llega a Tebas...

D. Sofos: —Y liberó a la ciudad de la terrible esfinge al solucionar el enigma que así decía: ¿cuál es el animal que por la mañana tiene cuatro patas, al mediodía dos y al atardecer tres? El hombre, porque de pequeño gatea con las cuatro extremidades, cuando es adulto camina con las dos piernas y de anciano se apoya en un bastón.

D. Logos: —Así es. Pues bien, al entrar en Tebas es proclamado rey y se enamora de la antigua soberana Yocasta, sin saber que era su madre. Edipo, al conocer la verdad, se arranca los ojos desesperadamente.

D. Sofos: —La historia se acopla asombrosamente a la teoría de Freud.

D. Logos: —Sí, por eso la escogió. Freud explica de la siguiente forma el origen de la religión: en un principio los primitivos vivían en tribus salvajes, comandados por un jefe que mantenía bajo su dominio a todas las mujeres y esclavizaba a los varones. Éstos se rebelaron y lo mataron, surgiendo una completa anarquía en la estructura tribal. De entre el caos y el desorden provocado surge un sentimiento de anhelo y culpabilidad, por lo que eligen un animal o tótem que representa al antiguo jefe (que era como un padre para ellos) y lo adoran como si de un Dios se tratase. Así se restablece el orden, al implantar unas normas de conducta regidas por el temor al ídolo. Esto fue, para Freud, el origen de la religión y la moral.

D. Sofos: —Curioso, sin duda, pero excesivamente reduccionista.

D. Logos: —Explicaos, por favor.

D. Sofos: —Me refiero a que Freud sólo entiende al hombre desde una óptica sexual. Está claro que el sexo también influye, pero no es el único elemento. Al parecer, él no aceptaba la trascendencia de lo espiritual. Es como si quisiese negar la importancia del sentimiento religioso en la psicología.

D. Logos: —Creo que ya ha sido suficiente por hoy, será mejor que volvamos a nuestras respectivas casas y mañana a primera hora reanudemos la clase.

D. Sofos: —Bien, aunque ya habíamos entrado demasiado en materia y ...

D. Logos: —No hay ningún problema, volveremos adonde nos quedamos y continuaremos demostrando racionalmente la existencia de Dios, pues ese es el propósito fundamental de esta primera lección.

D. Sofos: —Uno de los temas más importante para cualquier aspirante a sabio o como poco a filósofo.

D. Logos: —Algo que vos ya sois con merecimiento. Y antes de marcharme quiero daros un último consejo: Intentad saber más que vuestro maestro.

D. Sofos: —Aunque difícil lo veo, trataré de hacerlo.

En medio de una oscura noche maestro y alumno nos fuimos a nuestros hogares. D. Sofos vivía en una antigua casa de gran tamaño, acompañado por sus padres y un hermano bastante mayor que él. Raras veces tenía trato con alguno de los miembros de su familia, únicamente le gustaba estar en la soledad de su “reducto”, como llamaba a su dormitorio. Allí, entre montañas de libros que había adquirido ahorrando o gracias a los que las distintas personalidades que conocía le regalaban, y en pocas ocasiones comprados por sus padres, disfrutaba y se deleitaba con la lectura y el aprendizaje. Solía apuntar en los libros sus comentarios personales a célebres autores, especialmente cuando había encontrado un argumento coherente para rebatirlas. También escribía, magníficos volúmenes que editaban en una imprenta local de poca importancia, pero el éxito en la comarca era excelente. Recuerdo que la primera vez que leí una obra suya sin conocerle y sin saber que no era más que un niño de ocho años quedé tan admirado por la calidad del tema y el exquisito estilo literario empleado que intenté contactar con el autor sin conseguirlo. El libro era un análisis histórico del Antiguo Egipto, materia que a él le apasionaba. Más que una obra de talante científico se trataba de enfocar su milenaria historia desde un marco filosófico-sentimentalista. Incluía numerosas y variadas composiciones líricas que embellecían el escrito. Su segunda publicación se centraba en el ámbito de la filosofía, y en pocas páginas y con una brevedad notable realizaba un esbozo de su historia. Aunque de menor aceptación, también disfrutó de una gran fama.

Al día siguiente apareció D. Sofos con una ejemplar puntualidad, portando su cuaderno de pastas marrones para anotar todo lo que a él le resultaba interesante o que simplemente ignoraba. Le pregunté si había dormido bien, y me respondió que ni siquiera había podido descansar, ya que empleó toda la noche leyendo una fantástica obra de Julio Verne. No me atreví a decirle que era conveniente que descansase y no se pasara todo el día estudiando y aprendiendo, porque cuando yo era pequeño hacía lo mismo, quizás en mayores excesos.

D. Logos: —Como ayer decía, Freud era manifiestamente ateo. No sólo en lo teórico, ya que en ese plano se sigue basando en las explicaciones de Feuerbach, sino en lo práctico. Pero dejando aparte a Freud, me gustaría explicaros un descubrimiento científico clave en la reconciliación ciencia-fe. Heisenberg identificó en 1927 el llamado “principio de indeterminación”, según el cual medir simultáneamente la posición y la longitud de onda de un electrón es imposible sin caer en un margen de incertidumbre. Con ello, la ciencia entró en una nueva etapa, dándose cuenta de que numerosas barreras la limitan. Fue perdiendo sentido la frase de Carlyle: “*Con números se puede demostrar cualquier cosa*”, ya que los científicos se concienciaron de sus propios obstáculos. La ciencia es el empleo máximo de las cualidades puramente humanas, la religión abarca lo humano y lo no humano.

D. Sofos: —Fue un gran paso para la ciencia hacer desaparecer ese orgullo decimonónico que la caracterizó durante tanto tiempo y reconocer y delimitar hasta dónde puede llegar y a qué cuestiones no puede hacer frente. Sin duda, desde ese momento la ciencia ha avanzado más. ¿Qué me decís de la célebre teoría de la evolución?

D. Logos: —Inmediatamente después de publicarse el libro de Darwin describiendo esa teoría se empezó también a usar como argumento en contra de la existencia de Dios.

D. Sofos: —¿Qué alegaban, pues a mí más bien me parece que la teoría de la evolución no hace sino confirmar su existencia?

D. Logos: —La evolución explicaría el cómo y el porqué de ese orden cada vez más complejo y siempre en actitud de crecimiento, sin necesidad de recurrir a Dios. Además, alegaban que si Dios existiese y el ser humano fuese la culminación de su Creación no habría permitido que, con anterioridad a él, tal y como se descubrió por entonces, hubiesen aparecido infinidad de especies hacía muchos millones de años. Sin embargo, es precisamente de ese hecho del que se puede deducir la existencia de Dios como Inteligencia Ordenadora y Causa Primera, porque si se prescinde de Él esta teoría presentaría demasiados flecos y errores irresolutos y difícilmente explicables por medio de la ciencia.

D. Sofos: —El azar, evidentemente, no es la solución.

D. Logos: —Ya hablaremos más detenidamente sobre ese tema, pero os adelanto que efectivamente no lo es. Precisamente evolucionar significa ascender, cada vez de una forma más compleja y veloz. Pero esa ascensión tiene que ser dirigida por Alguien, máxime cuando en lugar de caos hay orden.

D. Sofos: —Pero ¿en qué consiste la selección natural tan frecuentemente aludida?

D. Logos: —Os remito a las palabras del propio Darwin: “*A aquel principio por el que toda variación, por ligera que sea, se perpetúa si es de algún provecho, lo designo con el nombre de Selección Natural*”.

D. Sofos: —Aunque lógico y elemental, sin duda innovador. Esta noche leí una pequeña reseña biográfica sobre un pensador llamado Wittgenstein, ¿qué opinaba al respecto del tema de Dios?

D. Logos: —Habéis sido asombrosamente oportuno, porque de él os quería hablar ahora. Wittgenstein y otros muchos filósofos de lengua alemana formaban el denominado *Círculo de Viena*. Estos pensadores afirmaban que sólo se pueden considerar dotadas de sentido, es decir, coherentes y congruentes, aquellas proposiciones o frases cuyo contenido es verificable empíricamente, por medios sensitivos. Por ejemplo, decir “cualquier montaña mide más de un centímetro”, porque si empezásemos a medir todas las montañas y elevaciones naturales del mundo que abarca esa denominación comprobaríamos que miden no sólo más de un centímetro, sino de varios metros. Pues bien, según esa estructura de la lógica la proposición “Dios existe” no tiene sentido, porque no se pueden comprobar empíricamente y tampoco es tautológica, ya que nadie ha visto a Dios ni el predicado “existe” es lo mismo que Dios.

D. Sofos: —Para San Anselmo de Canterbury y Descartes sí, pues según su argumento ontológico la existencia es una perfección de la que goza Dios, a pesar de que autores como Gassendi ya se lo criticasen a Descartes en su momento.

D. Logos: —El error de esa tesis es el de considerar la existencia como una perfección, pues si no fuese una perfección no se podría deducir que Dios la tuviese necesariamente. Pero la existencia no es en absoluto ninguna perfección de la esencia; como alegó Kant, es algo radicalmente distinto. Sin embargo, os resumiré el argumento ontológico del primer gran escolástico, San Anselmo de Canterbury, quien escribió varios tratados como *Cur Deus homo?*, *¿Por qué Dios se hizo hombre?*, los cuales en Teología aún se utilizan. Éste dice que si pensamos en el ser más grande y perfecto este ser no sería

tan perfecto como lo imaginamos si careciese de la existencia. Pero tampoco es la solución al problema ese reduccionismo, aún más rígido que el de Freud. En sus *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein reconsideró esta postura al hablar de los “juegos de lenguaje”, según los que cada palabra tiene un sentido distinto dependiendo de en qué ámbito la empleemos.

D. Sofos: —Obvio. No me impresionan ni Wittgenstein ni el Círculo vienés.

D. Logos: —No es ese mi objetivo, pues leyendo las obras de Wittgenstein se pueden apreciar importantes aportaciones a la filosofía moderna que deben ser tratadas con una gran profundidad.

D. Sofos: —Pero yo me pregunto: el principio de verificación empírica —sólo tiene sentido lo que puede experimentarse empíricamente, mediante la experiencia— es una paradoja, porque tampoco se puede afirmar o negar mediante la experiencia (empíricamente), pues no expresa un hecho accesible mediante esos medios sensitivos. En el fondo sería metafísico.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, Sofos, por eso tuvo tan poca aceptación, ya que, siguiéndolo, muchas teorías filosóficas no tendrían sentido, empezando por ella misma.

D. Sofos: —Poco me extraña que Wittgenstein, un hombre de tanta inteligencia, hubiese desestimado esas ideas.

D. Logos: —Por último, quedan algunos autores, como Nietzsche o Sartre, que niegan la existencia de Dios. El primero, porque si no prescindimos de Dios, si Dios no hubiese muerto como él decía, el ser humano no sería un creador independiente de todos los valores. Creía que la esperanza humana anhela la idea y la aspiración a superhombre. Por su parte, el francés Sartre basaba su ateísmo en la libertad que a él tanto le gustaba. Si Dios existiese el hombre no sería libre ni independiente, y la libertad humana no tiene referencias, es absoluta y carente de exigencias.

D. Sofos: —Perdonadme por los calificativos, pero esa libertad me parece absurda, infantil y propia de alguien resentido, loco, demagogo y populista, pero con una base filosófica menor aún que la mía. Esa libertad no tiene sentido alguno, porque es incapaz de crear valores universales e inmutables, de formar un orden y unas leyes que rijan el espíritu anárquico de muchos hombres, como él mismo. ¡Menos mal que nadie ha institucionalizado ese sistema, vaya mundo tendríamos! Lo que más recrimino a muchos pensadores, sobre todo actuales, que se creen modernos, progresistas y liberales —para lo cual por otra parte parece ser que deben prescindir de la Iglesia Católica, fuente de sabiduría, bondad y caridad durante siglos, la única que creó orfanatos, hospitales y misiones en las nuevas tierras descubiertas y la que verdaderamente conservó una ética a pesar de las locuras laicas, y por otra parte la única que reconoce sus errores, ciertamente muchos y en ocasiones graves, pero no menores que los que cometía la justicia de la época— es que tienen una concepción del mundo que ni ellos mismos podrían seguir. Es una forma hipócrita de innovar, porque en lugar de innovar retrasa, y si hubiésemos actuado según los planteamientos de Sartre más que personas habríamos parecido animales, porque si Dios no existe, al estar todo permitido, el hombre es solamente un mero animal.

D. Logos: —Me parecen bastante interesantes vuestros planteamientos. El deseo y el sentimiento de dependencia hace fundamental buscar una respuesta racional que la

ciencia no puede dar. El hombre quiere conocer a Dios, al Bien supremo, a la Perfección eterna e inmutable. La fe es, sin duda, esencial para tal conocimiento, pero debe acompañarse de la razón, pues sino Feuerbach y sus seguidores estarían en lo cierto. “*Por luz natural de la razón humana, Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por medio de las cosas creadas; porque, desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles se hacen visibles a la luz de la inteligencia humana de los hombres por medio de los seres que ha creado*”, se dice en el Concilio Ecuménico Vaticano II. La mejor prueba son las obras visibles de la Creación. Procedamos, pues, con la razón.

D. Sofos: —Y la iluminación, como a Santo Tomás de Aquino.

D. Logos: —De quien por cierto hablaremos. La certeza de la existencia de Dios sólo se puede alcanzar por un proceso racional de tipo filosófico, buscando la causa última de nuestro mundo, que responde a la pregunta de la razón. La razón asume un triple servicio en el sujeto creyente: demostrar lo que son los “*preambula fidei*”...

D. Sofos: —“Preámbulos de fe”, en latín.

D. Logos: —...; dar a conocer por mediación de comparaciones lo que pertenece a la fe; y oponerse a lo que se dice contra la fe, manifestando que es falso o que no es necesario. Podemos conocer a Dios por sus obras, pero no por la experiencia, porque no le podemos ver. Hay dos clases de pruebas principales que avalan su existencia racionalmente: la prueba del orden y la prueba de la contingencia. Empecemos por la primera.

D. Sofos: —Que si mal no recuerdo corresponde a la vía quinta de Santo Tomás.

D. Logos: —Exactamente. En su *Summa Theologiae* Santo Tomás describe las llamadas “cinco vías tomistas”. Era una persona muy piadosa, ya que solía pasar toda la noche rezando en la iglesia antes de emprender la redacción de sus obras.

D. Sofos: —¿Podrías hacer un pequeño esbozo biográfico de Santo Tomás?

D. Logos: —Lo haré encantado. Tomás procedía de una familia lombarda. Nació en el castillo de Roccasecca, en las cercanías de Aquino, al norte de Nápoles. Su padre era el Conde Landolfo de Aquino, perteneciente a la nobleza alemana. Su madre descendía de las princesas normandas de Sicilia. Aunque había nacido en Italia, tenía características norteñas, particularmente teutónicas, como por ejemplo cabeza grande, pelo rubio, gran altura. Con catorce años entró en la Universidad de Nápoles, junto a grandes traductores de latín y hebreo. En 1244 ingresó en la Orden de los Padres Dominicos, fundada por Santo Domingo de Guzmán. Un año más tarde se traslada a París para estudiar bajo el magisterio de Alberto Magno, para permanecer allí tres años, tras los cuales marchó a Colonia, en Alemania. Volvió a París para recibir el título de *magister theologiae*. En 1272, obedeciendo a la llamada de Carlos de Anjou, regresó a Nápoles para reorganizar la Universidad. Dos años después el papa Gregorio X le invitó a asistir al Concilio de Lyon, pero murió en el monasterio cisterciense de Fossanova en la Campaña, mientras se encontraba en ruta. Fue canonizado en 1323 y nombrado *doctor angelicus* y *doctor communis*, así como “Ángel de las Escuelas” y *Divus Thomas*. Sin duda, más que su inteligencia, asombrosa y fascinante, destacan en Santo Tomás su falta de divismo y su objetividad. En lugar de intentar innovar, concilió todas las posturas filosóficas que le habían precedido para formar la doctrina tomista.

D. Sofos: —Merece la pena conocer la vida de los grandes pensadores de la Historia.

D. Logos: —Volviendo al ámbito teológico, la prueba del orden es la más accesible al sentido común, y antes que Santo Tomás ya la conocían autores de la importancia de Sócrates o Séneca. Es muy sencillo. Basta con admirar lo que nos rodea. Mirad, por ejemplo, esa hermosa arboleda tan pintoresca de estos parajes, con bandadas de golondrinas y gorriones posándose sobre sus ramas, rebecos correteando por entre sus gruesos troncos marrones y un río de caudal medio fluyendo y dándole vida. En el fondo unas montañas nevadas que conforman una cordillera, repletas de pinos en las faldas y las laderas, con águilas y halcones volando y surcando los cielos. A la derecha podéis observar esa pequeña aldea, de unos cien habitantes, con casas de madera grandes y con tejados verdes y puertas anchas. Amplios ventanales nos permiten ver lo que sus inquilinos hacen. En el centro del pueblo una preciosa iglesia, que se alza solemne con su elevado campanario y destaca entre toda la comarca. No hay más que andar por nuestro entorno y conocer el mundo para darse cuenta de que en la naturaleza existe un orden especial, algo que no puede ser fruto del azar. Las estrellas, los planetas, los asteroides, las nebulosas, las galaxias, los sistemas, los satélites, la atmósfera..., la Tierra, nuestro planeta, que asombrosamente reúne las condiciones necesarias para que haya vida. Pensad que con dos grados más o dos grados menos, o si la cantidad de dióxido de carbono hubiese sido más elevada y la de oxígeno menor, si el nivel de los océanos se incrementase sólo unos metros, o si estuviésemos ligeramente más cerca o más lejos del Sol, no existiríamos. ¿No os sorprende ese orden, exacto, preciso e indudable prueba de que hay una Inteligencia Ordenadora que nos guarda? ¿El azar? Imposible.

D. Sofos: —Ciertamente ese orden no puede ser debido al azar. Las diversas manifestaciones de esa precisión matemática que nos permite calcular o saber, por ejemplo, aunque nunca con la completa seguridad, que el sol salga mañana por el Este y se ponga por el Oeste, son prueba de esa consideración. En las ciencias físicas y astronómicas estamos acostumbrados a medir y precisar los eclipses de luna y de sol, con segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años, situándolo geográficamente y determinando su prolongación temporal; todo ello responde a un orden asombroso sin el cual no existiría la ciencia, ya que sin una mínima posibilidad de exactitud ésta es inútil. Esa maravilla organizativa muestra a Dios, es visible desde una perspectiva que trasciende de lo sensitivo y lo supera en valor racional.

D. Logos: — *“Existe el orden, no cuando nadie puede actuar, sino cuando todos se ponen en movimiento dentro del círculo legal, sin estorbarse mutuamente; cuando todas las voluntades se ejercitan con armonía; cuando los intereses de todos se encuentran protegidos y se encauzan hacia su regular desarrollo”*, como escribió Grün.

D. Sofos: —Puestos a recitar frases de memorias, os recuerdo lo que dijo de Montaigne con respecto al orden: *“Virtud triste y sombría es el orden”*.

D. Logos: —Y bien desdichado y maligno es el caos, le contestaría yo. Bien, como os decía anteriormente, no hay más que usar la experiencia y el conocimiento sensitivo, bases de la razón como medio de la demostración de la existencia de Dios, para percatarse de la presencia de un orden fascinante y grandioso. A modo de ejemplo, pues sé que os gusta mucho que se os mencionen casos concretos, hablaré del reino animal, cómo se deduce por simple lógica racional que todo conspira a la formación de un fenómeno más complejo y perfecto. El célebre entomólogo ...

D. Sofos: —Zoólogo dedicado al estudio de los insectos.

D. Logos: —... Fabre cuenta que en una ocasión se propuso alguien conocer qué perfil de la tapadera de una celdilla de panal de abeja convendría más, hasta el punto de que las diversas experimentaciones que se efectuaron hicieron creer a los fabricantes que, con la tabla de los logaritmos como única certeza posible, las abejas se equivocaban.

D. Sofos: —Qué absurdo, ¿cómo van a errar las abejas si son ellas las que construyen los panales en los que habitan movidas por un instinto natural?

D. Logos: —Permítanme vuestras mercedes continuar, como diría Don Quijote a Sancho Panza. Cuál sería la sorpresa del que intentaba elaborar la mencionada tapadera cuando un día leyó en el periódico que un capitán de barco, intentando excusarse del naufragio del navío que dirigía, alegó como prueba de su inocencia un fallo matemático en la tabla de los logaritmos utilizada. Pues bien, ese registro era el mismo que él había empleado en la construcción de la tapadera de la celdilla del panal, y tras corregir unas cuantas incorrecciones de cálculo, se confirmó que las abejas tenían razón.

D. Sofos: —Era evidente.

D. Logos: —Como podéis comprobar, la naturaleza se rige por un orden magnífico que supera a todo lo que los hombres deseen imponer, porque ellos mismos forman parte de ese orden, y lo que produzcan también, ya que seguiría siendo dirigida por sus varemos sin posibilidad de escisión.

D. Sofos: —De no ser que esa escisión supusiera la destrucción de todo el sistema.

D. Logos: —Obviamente.

D. Sofos: —A propósito de ese orden en los diferentes elementos que configuran los reinos de la naturaleza, fijémonos en el ser humano y en el cerebro que lo determina...

D. Logos: —Ni siquiera la ciencia actual ha logrado obtener una explicación satisfactoria para el funcionamiento de ese órgano. Pensemos, acto para el cual requerimos de su actuación, que es el encargado de la memoria, el pensamiento, el lenguaje y las emociones; es el centro de control de nuestro cuerpo. Un cerebro humano contiene alrededor de cien mil millones de células.

D. Sofos: —Si la ciencia es una mera producción del cerebro, y como afirmaba Descartes, y lo más no puede proceder de lo menos, remota es la posibilidad de que la ciencia explique en qué consiste su creador.

D. Logos: —El mismo razonamiento podríamos aplicar a la cuestión de la existencia de Dios, y sin embargo el ser humano encuentra una explicación racional.

D. Sofos: —Sí, es cierto.

D. Logos: —El organismo humano es el mejor ejemplo de ese orden maravilloso del que os hablaba. Sus diversos sistemas, especialmente el nervioso y su cerebro, ya citado, son muestra de esa característica tan importante y trascendental. El ojo, exteriorización del sentido de la vista, posee tal perfección que supera con creces a cualquier aparato fotográfico diseñado por muy moderno que sea. Su capacidad de adaptabilidad y autorregulación a las intensidades de luz es incomparable. Simplemente, como prueba, basta con fijar un objetivo y realizar una fotografía en color e imprimirla

con los mejores medios técnicos. Posteriormente, al cotejar la fotografía con lo que nosotros vemos apreciaremos su valor.

D. Sofos: —Como he podido advertir, ese orden está dirigido hacia un fin, como el ojo a proyectar una imagen en nuestro cerebro.

D. Logos: —Exacto. Ese finalismo presente en la naturaleza es otra de las pruebas claves de la existencia de una Inteligencia Ordenadora, ya que si todos estos elementos están trabajando conjuntamente cuando no tendrían por qué hacerlo, cabe la necesidad de que alguien lo haya configurado, que sea su causa eficiente. Dios no actúa para conseguir ningún fin, porque no hay nada fuera de Él que tenga la razón de bien, pues Él es la Bondad por esencia. La actuación de Dios tiene como objeto comunicar su propia perfección, la cual es la plenitud de su Bondad.

D. Sofos: —Es decir, la causa eficiente es Dios. El ser humano es una inteligencia viva, eso está claro, que también se propone fines y es capaz de colmarlos. Pero hay cosas materiales no inteligentes que también poseen una función determinada, lo que sólo se puede explicar mediante la existencia de esa Inteligencia Ordenadora. Como decía Santo Tomás: *“Lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, a la manera como el arquero dirige la flecha. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios”*. Así se resume su quinta vía o “vía de la intencionalidad”, porque la razón de su argumento es el hecho de que, como se ha explicado, las cosas actúan proyectadas hacia un fin.

D. Sofos: —Una prueba incontestable, de razón abrumadora, pues, aunque se pueda objetar la perfección relativa de ese orden universal y maravilloso, la validez del punto de partida viene garantizada por los propios seres humanos que se sorprenden a sí mismos.

D. Logos: —Además, el actuar persiguiendo un fin es una de las formas del ser. El azar, excluido de todo argumento lógico, no es la explicación satisfactoria a la cuestión de porqué hay cosas, como hemos dicho, carentes de entendimiento, que culminen una finalidad. La causa de esta regularidad sólo puede estar presente en un ser dotado de entendimiento e inteligencia que dirige estos seres como el arquero la flecha.

D. Sofos: — *“Alguien por cuya providencia es el mundo gobernado”*, como decía Santo Tomás de Aquino.

D. Logos: —Brillante memoria, mi apreciado alumno; *“faro que nos guía por el humano mar embravecido desde la cuna hasta la tumba, cuyo verdadero arte no es otro que el arte de la atención”*, como escribió Núñez de Arce.

D. Sofos: —Ahora desearía pedirnos que me explicarais, por favor, por qué debe ser excluido el azar como explicación coherente al orden maravilloso que reina en nuestro mundo.

D. Logos: —Muy buena pregunta, puesto que no sólo bastan las proposiciones lógicas que lo hacen insatisfactorio, es necesaria una respuesta racional que lo afronte a fondo. El sentido común, que muchas veces tiene razón sin necesidad de menesterosas explicaciones filosóficas, imposibilita que diferentes naturalezas cuidadosamente estructuradas puedan perseguir un fin, por muy poco complejo que sea, sin el apoyo de una causa necesaria de la que ya se tratará. El azar se basa en las probabilidades, cuyo cálculo se efectúa mediante la matemática, que, aunque puede aportarnos una idea

aritmética que representa lo que más posiblemente pueda ocurrir, nunca podrá constar de la absoluta certeza.

D. Sofos: —Obviamente.

D. Logos: —Por ejemplo, supongamos que tengo dos ramas de un árbol recién podado, en las que se puede apreciar la punta final que actuaría como parte superior en caso de quererla situar verticalmente, y una especie de raíz troncal que lo haría como parte inferior. Pues bien, me desprendo de ellas a una altura determinada, pongamos el segundo piso de un caserón como los que allí, en frente, vemos. ¿Qué probabilidad habría de que ambas ramas permaneciesen verticalmente una vez en el suelo? Por muy remoto que parezca, dado el difícil equilibrio que debería soportar, sumado a las variables de condición del viento, la temperatura, la presión, etc., aspectos que también debería analizar, cabría al menos una probabilidad de que cayesen de tal forma.

D. Sofos: —Sin embargo, hay probabilidades que, aunque efectivas en la teoría, en la práctica son despreciables.

D. Logos: —Evidentemente, máxime si en lugar de dos ramas tengo cien mil millones. Sin embargo, en los seres vivos, como el ser humano, no se puede aplicar la misma operación de sumar posibles posiciones y dividir las aritméticamente, algo que sólo nos proporcionaría una aproximación. En el hombre...

D. Sofos: —Y la mujer...

D. Logos: —Creo que ya hemos tratado esa puntualización...; el finalismo de sus muchos órganos no es fruto de una mera suma. Cada uno aporta su propia esencia para cooperar en el alcance de un fin común de forma estable y consecuente siguiendo sus propias leyes.

D. Sofos: —Es decir, el ser vivo no puede considerarse como el resultado de una suma de elementos. Los cálculos no son válidos porque no hay esa suma, imprescindible para hallar el número de probabilidades.

D. Logos: —La adaptabilidad, reorganización y regeneración de los seres vivos no puede ser producto de la casualidad, no es válida ni en la lógica ni en la matemática, porque no hay factores que sumar. Las características de las cosas inanimadas no pueden pretenderse aplicar a las animadas; sería insensato. La materia y los elementos físicos que componen el ser vivo son una simple manifestación externa regida por una inteligencia insensible muy superior. Si el ser humano fuera, como ha pretendido el marxismo y pretenden las ideologías políticas que de él proceden, puro resultado de la evolución de la materia, sin dignidad espiritual ...

D. Sofos: —Y sin alma, entre otras cosas.

D. Logos: —... podría ser utilizado como instrumento de cualquier objetivo, desprovisto de su identidad no-física, es decir, espiritual. Por ese motivo un cristiano no debe ser marxista, porque cree en la existencia de un alma espiritual y trascendente, y no en la falta de concepto de persona, suma de los atributos de los que consta el individuo. Pero no es momento de hablar de términos políticos, retomemos la anterior conversación. Como se ha visto, todas las cosas están dirigidas hacia un fin, el cual no se puede concebir si no se conoce previamente. Este conocimiento sólo lo puede tener la inteligencia que lo crea, por lo que se deduce que Dios existe.

D. Sofos: —Mejor dicho, debe existir.

D. Logos: —Espero que haya quedado perfectamente claro por qué hemos de rechazar la casualidad y el azar; no sólo por el número de probabilidades, que en el caso de la formación de una célula viva quedan reducidas a infinitésimas partes de decenas de ceros. Ciertamente es que, el existir de al menos una probabilidad, por muy lejana que sea, implica la posibilidad de que dicho fenómeno se forme, pero, como hemos dicho, los seres vivos no son sumas de elementos, y por lo tanto no se pueden realizar esos cálculos. Los proyectos necesitan de alguien que los haya diseñado con anterioridad, es decir, requieren la existencia de Dios.

D. Sofos: —En resumen, el orden convencional sí puede ser fruto del azar, porque los hombres lo han establecido así, pero podría ser de otra manera. Sin embargo, en el orden objetivo no cabe ese cálculo de probabilidades, pues un proyecto precisa alguien o algo que lo haya pensado, por muy casual que sea. Y aunque el azar hubiese podido actuar, habría de hacerlo miles de millones de veces, pues la evolución de esos seres hacia formas cada vez más complejas y no al caos (porque hay más probabilidades de que todo concluya mal que bien) debe estar regida por una Inteligencia Ordenadora. La subsistencia de lo creado es la base racional de la afirmación de la existencia de Dios, ya que si dependieran del azar la probabilidad las llevaría al desorden y la destrucción.

D. Logos: —Magistral resumen, D. Sofos, y muy deductivo, ya que habéis incluido términos como *orden objetivo* u *orden convencional* que yo no os había explicado. Volviendo a la teleología o “doctrina de las causas finales”, objeto principal de la metafísica aristotélica, seguramente ya sabréis que el bien superior y último de la vida humana es el de alcanzar la felicidad; esa sería la causa de nuestra existencia, pues representa la propia libertad otorgada por Dios: vivimos para ser felices, no hay ningún objetivo más.

D. Sofos: —Pero entonces, es como si no sirviésemos para nada.

D. Logos: —Esa pregunta también se podría formular con respecto a la filosofía. ¿Para qué sirve la filosofía? Sencillamente, para nada, pero ahí radica su propia grandeza, en que es una ciencia *libre*, y recordemos que esa libertad es una de las propiedades de la inteligencia y uno de los mayores dones que Dios nos ha dado.

D. Sofos: —Así pues, la función de la ética será explicar al hombre cómo debe alcanzar ese gozo o esa felicidad.

D. Logos: —Exactamente, y en ella se nos habla de las virtudes o caminos que nos llevan hacia esa felicidad, que no siempre se alcanza. Pero como del mal y los vicios intentaremos conversar más tarde, mejor será que continuemos hablando del azar, el comentario que he hecho sobre la teleología se ha debido únicamente a mi firme suposición de que ignorabais en qué consistía.

D. Sofos: —Por favor, me gustaría que, ya que hemos empezado a hablar de las virtudes, me explicaseis en qué consisten según Aristóteles.

D. Logos: —Bien, trataré de no prolongarme demasiado. El célebre pensador de Estagira señalaba que la virtud es el justo medio entre dos extremos, uno por exceso y otro por defecto.

D. Sofos: —La precisión de lo que algo merece, *mesótes* en griego, el resultado de un juicio ponderado de un sujeto racional.

D. Logos: —Correcto. En las acciones que implican bondad o maldad absoluta es el justo medio para estar entre ambos extremos, lo cual no significa que entre escoger quemar cien casas o quemar una elija quemar cincuenta, pues como vos habéis dicho la virtud es la precisión de lo que algo merece, y si esas casas merecen ser quemadas, adelante, pero si no, la acción sería fruto de la maldad. Se distinguen dos clases de virtudes: las éticas, relativas a la voluntad y la acción, y las dianoéticas, relativas al conocimiento. Para Aristóteles el conocimiento era superior en dignidad a la acción, por lo que sostuvo que la felicidad máxima que el hombre puede aspirar a obtener se encuentra en la vida teórica o contemplativa. Investigamos, como el Estagirita ya aclaró, para ser buenos. Como él nos dice en su *Ética a Nicómaco*, siendo este último hijo suyo: *“La independencia –autarquía– de la que hemos hablado se encuentra muy particularmente en la vida contemplativa. Ciertamente el sabio, el justo, como todos los demás hombres, necesitan lo que es necesario para la vida. E incluso aunque estén provistos suficientemente de estos bienes, necesitan aún otra cosa: el justo necesita gentes en las que practicar su justicia; y lo mismo el valeroso, el moderado y todos los demás. Pero el sabio, incluso solo, puede entregarse a la contemplación, y tanto mejor cuanto más sabio es. Sin duda lo haría mejor aún si se asociase a otras personas. Pero es independiente en el más alto grado”*.

D. Sofos: —Idea con la que estoy completamente de acuerdo.

D. Logos: —Algo que yo ya imaginaba conociéndoos como os conozco. Debemos continuar. Recordad que estábamos discutiendo sobre la casualidad y los diferentes tipos de órdenes, y llegamos a la conclusión de que en los seres vivos no pueden ser producto del azar. Acordaos también de que no hace mucho tiempo mencionamos, aunque ligeramente, la teoría de la evolución de Darwin, diciendo que había sido usada como arma contra la existencia de Dios.

D. Sofos: —No obstante, también evoco las reflexiones que hicimos, concluyendo que la Teoría de la Evolución es justamente lo contrario: un apoyo a la existencia de una Inteligencia Ordenadora.

D. Logos: —Precisamente de eso quería hablaros, aunque siendo consciente de vuestros ingentes e innegables conocimientos sobre historia natural, preferiría que vos me explicaseis a mí la evolución de la vida en la Tierra desde la aparición de la vida.

D. Sofos: —Os lo agradezco, pues es uno de mis temas favoritos; me halagáis permitiéndome hacer tal cosa. Hace unos cuatro mil seiscientos millones de años la Tierra se formó y se fue enfriando gradualmente, pero la atmósfera carecía de oxígeno. Unos mil cien millones de años después aparece la primera bacteria unicelular, así como diversos organismos microscópicos y microcelulares, sin núcleo definitivo. Las algas verdeazuladas se desarrollan y producen una atmósfera rica en oxígeno, elemento imprescindible para la vida. Los protistas, organismos unicelulares, se expanden al mismo tiempo que nacen las plantas marinas sin flores. Los gusanos y medusas, primeros animales, se hacen muy abundantes.

D. Logos: —Si no me equivoco, la descripción que acabáis de dar corresponde al período Precámbrico, de mayor prolongación temporal que todos los demás juntos, ya

que abarca desde la génesis de la Tierra hace cuatro mil seiscientos millones de años hasta hace unos quinientos noventa millones de años.

D. Sofos: —Exacto. La Era Paleozoica, inmediatamente posterior, se inaugura con el período Cámbrico, caracterizado por la amplia extensión de los invertebrados por los océanos y el gran número de trilobites presentes en los océanos. Así pues, surgen los primeros moluscos y crustáceos, entrando ya en la siguiente etapa: el período Ordovícico, durante el cual también adquieren cierto protagonismo en los mares vertebrados similares a los peces, pero faltos de aletas y mandíbulas. En el Silúrico aparecerían los primeros peces con mandíbula y experimentarían un gran desarrollo los arrecifes de coral. En la superficie terrestre nacen las primeras plantas, mientras que en las aguas se encuentran temibles escorpiones depredadores. Al Devónico, que sigue al Silúrico, también se le denomina “era de los peces”, porque son estos animales vertebrados los que dominan la vida en los mares, al mismo tiempo que nacen los insectos. Los peces salen a la superficie y se convierten en anfibios. El Carbonífero o “era del carbón” está protagonizado por el ascenso de las temperaturas, y por el hecho de que los enormes bosques dejan restos que se transformarían en carbón. En su etapa superior aparecen los reptiles a partir de los anfibios. El siguiente y último período del Paleozoico, el Pérmico, experimenta un enfriamiento considerable, que provoca la disminución del número de anfibios, a la vez que se diversifican los reptiles, adaptados a ese cambio térmico. Sería hace doscientos cincuenta millones de años aproximadamente, en el Pérmico medio, cuando se produciría la mayor extinción de especies conocida en la historia. La siguiente es la Mesozoica, la más célebre y popular, ya que en ella aparecieron y se extinguieron los dinosaurios. Durante el primer período, el Triásico, el clima se vuelve más cálido y motiva la formación de nuevos bosques de coníferas y el nacimiento de los primeros dinosaurios o “lagartos terribles”, según la terminología del anatomista británico Richard Owen. En el Jurásico la temperatura era mucho más elevada que en la actualidad, y los dinosaurios dominaban indiscutiblemente la vida terrestre. Así pues, aparece la primera ave conocida: el *Archaeopteryx*, evolucionada a través de los reptiles. El Cretácico, el período más popularmente conocido de la era, se caracteriza por dos hechos principales: la extinción de los dinosaurios y otras muchas especies como los ammonites hace sesenta y cinco millones de años debido a la caída de un meteorito, hipótesis ésta la más aceptada, pues evidentemente se han formulado otras muchas; y en segundo lugar la aparición de las primeras plantas con flores. La era ulterior es la Cenozoica, integrada por dos períodos: el Terciario y el Cuaternario. El Terciario se subdivide a su vez, primero, en el Paleoceno, desde la extinción de los dinosaurios hasta hace unos cincuenta y cinco millones de años. Se mantiene un clima cálido y húmedo, y los insectos polinizadores se extienden por prácticamente toda la geografía. El Eoceno ocupa alrededor de diecisiete millones de años, y a partir de él los mamíferos, pequeños roedores principalmente y supervivientes de la gran extinción del Cretácico, adquieren el protagonismo en la fauna. Los primates, simios, lémures y monos aparecen entonces. Durante el Oligoceno, hace unos treinta y ocho millones de años, aparecen los primeros primates semejantes a los homínidos, aunque se extinguen muchas especies de mamíferos, prosperando grandes pájaros cazadores no voladores, parecidos a los ñandúes actuales. El Mioceno, que se prolonga desde veinticinco hasta cinco millones de años, experimenta un intenso enfriamiento climático, que provoca una disminución de los bosques por todo el mundo. A pesar de esta circunstancia, prosperan mamíferos ungulados como el ciervo, y en las etapas finales surgen los primeros homínidos. El Plioceno, que clausura la era Cenozoica, tiene un clima frío y seco, en el que se desarrolla una asombrosa diversidad de especies de mamíferos, y los peces óseos dominan el mar. El siguiente período, el Cuaternario, está dividido en el Pleistoceno y el Holoceno, el cual es sólo una partición de los últimos diez mil años

debido al espectacular progreso que los hombres experimentan durante esos milenios, pasando de la Prehistoria a la Historia. El Pleistoceno, desde hace dos millones de años, es la era de las glaciaciones, en la que se extinguen especies como el mamut o el tigre dientes de sable. Y, finalmente, como hemos dicho, el Holoceno.

D. Logos: —Memorable descripción, mi muy querido pupilo. Pues bien, ese es el hecho de la evolución de las especies que se fundamenta en la teoría de Darwin. A la filosofía le corresponde hallar una aclaración satisfactoria de la *explicación última*, que no se encuentra sino en la existencia de una Inteligencia Ordenadora a la que llamamos Dios.

D. Sofos: —Está perfectamente claro que el azar no es la explicación válida, pues, si no, junto a las estructuras complejas y progresivas que existen también habría una serie proporcionalmente superior de formas caóticas y monstruosas.

D. Logos: —Heidegger, el famoso existencialista de la Selva Negra, se pregunta por qué existe el ser más bien que la nada.

D. Sofos: —A lo que yo le respondería: porque Dios existe. Él mismo se da a sí mismo su propia fe racionalmente. Maravilloso; ojalá lo hiciesen así muchos otros filósofos.

D. Logos: —Lo que más me impacta de vos son vuestras magistrales reflexiones y deducciones, aparte, evidentemente, de vuestra prodigiosa inteligencia e innumerables conocimientos.

D. Sofos: —Permitidme que os interrumpa, pues no me gustan los halagos, pero estaba recordando ahora que algunos científicos aceptan el azar como teoría viable sin la necesidad de recurrir a una Inteligencia Ordenadora, mas incluyendo también la selección como vía coherente.

D. Logos: —¡Oh!; es cierto, no me acordé. La selección natural o la capacidad de transmitir los caracteres heredados que ayudan a un ser vivo a sobrevivir para que éste se pueda adaptar a los cambios en la naturaleza es la base de esta hipótesis. Simplemente, si gracias al azar un organismo consiguiese llegar a la existencia, la selección actuaría modificándolo y adaptándolo a las diversas inclemencias que puedan surgir. Pero a esta postura podríamos objetar lo mismo que a aquella que únicamente alude al azar, porque por mucha selección que se produjese, si todo es casual, no podría formarse un ser vivo y permanecer.

D. Sofos: —Sin embargo, la selección sí actúa en la evolución de las especies.

D. Logos: —Evidentemente. Lo que quiero decir es que no es la causa última del proceso evolutivo, pero sí interviene con una gran importancia. Por último, y esta vez no se me olvida, falta mencionar la teoría sintética.

D. Sofos: —¿Y en qué consiste dicha teoría?

D. Logos: —Muy sencillo: intenta explicar la causa última de la evolución por la síntesis de las mutaciones casuales y la selección.

D. Sofos: —¿Otra vez?

D. Logos: —Sí, otra vez. Pero antes de probar su inconsistencia, continuemos describiéndola. Las mutaciones son pequeñas modificaciones hereditarias debidas a una transformación genética, cuyo propósito es adaptar al sujeto a las nuevas condiciones que se le planteen, conservando las útiles y deshaciéndose de las inútiles. La acumulación de mutaciones útiles conllevaría la aparición de una nueva especie.

D. Sofos: —Cierto, pero imagino sabréis que esa es una postura actualmente poco aceptada, porque investigadores de la talla de Fischer prefieren limitarse a exponer que en la naturaleza sobreviven los individuos mejor dotados, sin afirmar que la suma de las mutaciones positivas desemboque en el nacimiento de una especie nueva.

D. Logos: —Exacto. Las mutaciones suelen afectar, por lo normal, a órganos concretos, adaptándolos a una mayor intensidad de la luminosidad, un aumento de la temperatura, etc. En el ser humano, por ejemplo, se sabe que el dedo pequeño de los pies acabará desapareciendo, pues se ha perdido su utilidad. Todos los cambios y mutaciones producidas en la naturaleza siguen leyes precisas, leyes que sólo pueden haber sido pensadas por una Inteligencia Ordenadora.

D. Sofos: —Es por lo que todos los científicos que crean o apoyen la teoría de la evolución o la selección natural deben creer, por lógica, en la existencia de un Dios, como única solución al interrogante que plantea la presencia de esas leyes que rigen la vida natural. Así pues, todos los creyentes deben admitir la teoría de la evolución, pues no hace sino confirmar la existencia de Aquello en lo que creen.

D. Logos: —Siempre y cuando dicha teoría no afecte al alma humana, que es una cuestión diferente que algún día trataremos, ya que no puede proceder de la evolución de la materia, pues no es materia.

D. Sofos: —Evidentemente, me refería únicamente al ámbito de lo material. Pero me aún tengo una pregunta: ¿la Inteligencia Ordenadora ha intervenido en la evolución continuamente o mediante la infusión de la materia inicial en la gran explosión?

D. Logos: —Es algo que no se puede saber. Lo importante es que, de una forma u otra, esa Inteligencia Ordenadora es la Causa Última del ser.

D. Sofos: —¿Y cuál sería la postura de la fe y la filosofía con respecto a que la ciencia logre sintetizar la vida?

D. Logos: —Desde el punto de vista de la fe y la filosofía no tiene por qué haber objeción alguna. Ahora voy a hablaros de otra prueba racional más que demuestra la existencia de Dios, que apoya nuestra *ratio fidei* o justificación de la fe junto con la razón como plenitud de la creencia.

D. Sofos: —*Intelligo ut credam*, “conozco para creer”, premisa de la filosofía tomista.

D. Logos: —Frente al *credo ut intelligam*, “creo para conocer” de la filosofía agustiniana iniciada por el histórico obispo de Hipona. Bien, como os decía, además de la prueba del orden, que nos muestra a Dios en su calidad de Inteligencia Ordenadora, ha de haber, y de hecho existe, otro indicio de Dios como Inteligencia Creadora. Es la denominada “prueba de la *contingencia*”, que abarcaría las vías primera y tercera de Santo Tomás. En ella se puede apreciar una profundidad metafísica mucho mayor que en la

anterior, que era sensiblemente demostrable, cuando ésta va más allá de lo experimentable, pero estando entre lo razonable.

D. Sofos: —Perdonadme por mi ignorancia, pero ¿qué es ser contingente?

D. Logos: —Tenéis razón, no había aclarado términos. Un ser contingente es aquél que no posee en sí mismo la razón de su existencia, es decir, que existe porque ha recibido de otro su existencia; con una esencia a la que no repugna el no existir, puesto que vemos cómo se producen y se corrompen, nacen y mueren. Contingente es lo que existe, pero podría no existir, porque existe de hecho, pero no por derecho.

D. Sofos: —A modo de resumen, ser contingente es haber sido creado por otro.

D. Logos: —O, dicho de otra forma, no tener en sí mismo la causa de su propia existencia. Sin embargo, ser necesario implica que se existe teniendo en sí mismo la causa de su existencia, sin haberla recibido de otro. Por lo tanto, el que es necesario debe ser eterno e inmutable, porque si no fuese así, tendría que haber adquirido su existencia gracias a otro ser, y ya no sería necesario.

D. Sofos: —Se creó solo.

D. Logos: —Habría que precisar. Como decía Descartes, si yo fuese la causa de mi propio ser no carecería de perfección alguna, pues me habría dado a mí mismo todas las perfecciones de que tengo idea, y me parecería a Dios. No obstante, todos los filósofos, por muy grandes que hayan sido, pueden ser superados e incluso corregidos, porque como decía el propio Santo Tomás: *“Mientras algo se mueve hacia la perfección, no está todavía en el último fin”*. Considerar a Dios como *causa sui*...

D. Sofos: —... causa de sí mismo, en latín.

D. Logos: —... no es del todo correcto. Si bien causa quiere decir algo anterior al efecto y distinto de él, nada puede ser causa de sí mismo, no sería lógico, sino contradictorio. Remitémonos a Spinoza: *“Por substancia entiendo aquello que es en sí y se entiende por sí; es decir, aquello cuyo concepto no necesita del concepto de otra cosa del que se tenga que formar”*. Es decir, Dios es en sí y se entiende por sí, no necesita ser su propia causa. Dios es Dios, el que es. Por ello, Dios, al ser necesario, ha de ser eterno y debe haber existido siempre. Sé que esta última afirmación resulta complicada de entender a la mente humana, porque el hecho de existir siempre sobrepasa nuestros cálculos y el alcance de nuestras reflexiones. Pero como respondía San Agustín cuando le preguntaban a ese respecto, el tiempo es un concepto que creó Dios, antes de existir el tiempo no existía nada semejante, sólo Dios. Comprendo que es difícil, casi imposible, de percibir, pues a mí también me ocurre. Pero habéis de saber que no todo es accesible a la razón, hay misterios del Universo que el ser humano nunca podrá explicar satisfactoriamente sin caer en contradicciones; ahí es cuando actúa la fe, en casos concretos como, por ejemplo, en el cristianismo, la Trinidad, la Resurrección, la Encarnación, etc.

D. Sofos: —Cierto, me resulta imposible apreciar vuestras últimas afirmaciones, por lo meta-metafísico que suponen, ya que van “más allá de lo que va más allá de la física”.

D. Logos: —Curiosa y original observación.

D. Sofos: —Luego si hay un ser eterno e inmutable, nada puede ejercer violencia sobre él o contra su naturaleza.

D. Logos: —Exacto. Os felicito porque la frase que habéis dicho procede de la *Metafísica* de Aristóteles, sólo que él habla de “seres” en plural. Está claro que no cabe suponer una serie infinita de seres contingentes, razón de ser los unos de los otros, pues tal serie resultaría tan contingente como un ser sólo, y tan necesitada de razón de ser y, por lo tanto, de un ser necesario. Por otra parte, esta prueba de la contingencia también abarca la prueba del movimiento o primer argumento tomista. En ella se nos habla de que todo movimiento es tránsito de potencia a acto, y nadie puede pasar de la potencia al acto sino porque ya hay otro que esté en el acto. Cuando me muevo estoy actualizando mi potencia. La potencia es la posibilidad de ser algo, mientras que el acto es el hecho mismo de serlo. Un grano de trigo puede convertirse en pan, pero es un grano de trigo. En consecuencia, todo lo que se mueve, es movido por otro, y así llegaríamos hasta un primer motor que sea la causa del movimiento de los demás motores.

D. Sofos: —Sin embargo, las teorías filosóficas más modernas prefieren decir que el movimiento se da en seres finitos movidos por seres finitos y Dios, creador de los entes finitos, sería la causa indirecta de su movimiento, pero sin aparecer como motor o empujador, sino como creador y artífice.

D. Logos: —Exacto. Todo ser que se mueve se mueve en busca de una perfección de la que carece, eso es evidente. El movimiento, al ser tránsito a una forma de ser que no se tenía, implica una limitación. Dios, al ser perfecto y carecer de limitaciones, no necesita moverse. El movimiento sólo es propio de los seres finitos e imperfectos; de los seres contingentes y dependientes.

D. Sofos: —Imagino que al hablar de movimiento en filosofía no nos referimos a movimiento local, es decir, el hecho de que yo me levante y me desplace hasta la orilla del riachuelo —cambio de lugar en el espacio—.

D. Logos: —Pertinente matización. Cuando se menciona la palabra “movimiento” en un contexto físico, se trata del cambio *cuantitativo*, aumento o disminución, no del cambio *cualitativo*, variación en los otros accidentes de un ser cuya sustancia permanece, o del cambio *sustancial*, en el que brota una nueva sustancia de una materia preexistente.

D. Sofos: —Persiste en mí una duda, quizás simple, pero ¿podrías decirme en dónde radican los signos de la contingencia?

D. Logos: —No huelga en absoluto decirlo, mi estimado alumno. La contingencia no tiene por qué estar necesariamente en el inicio de una actividad; debe estarlo en el inicio del ser, es decir, en la creación. Seguramente habéis formulado esa pregunta por el auge que han tenido en los últimos años teorías como el *Big Bang* o la “gran explosión”, acaecida hace unos quince mil millones de años al explotar un punto minúsculo en el que estaban concentradas toda la materia y toda la energía. Unos tres minutos después los núcleos atómicos comenzaron a formarse gracias a diversas partículas subatómicas. Trescientos mil años más tarde emergieron los primeros grumos de materia, y hace alrededor de catorce mil millones de años se desarrollaron las primeras galaxias. La luz de sus estrellas comienza el viaje a través del espacio. Finalmente, hace trece mil millones de años se formaron las estrellas de la Vía Láctea a partir de la fragmentación de una inmensa y descomunal nube de helio e hidrógeno, hasta que unos ocho mil cuatrocientos millones de años más tarde nació el Sistema Solar. Pues bien, la respuesta a esta teoría es

contundente: Dios habría actuado como Inteligencia Ordenadora en el inicio de la actividad, y como Creador en el acto de generar la materia inicial que produjo la explosión.

D. Sofos: —Pues la nada no puede explotar.

D. Logos: —Obviamente. Sin embargo, famosos científicos como el físico de Cambridge Hawking han venido a demostrar, mediante sofisticadas, complejas y complicadas ecuaciones matemáticas, que el espacio y el tiempo coinciden dentro de un espacio curvo, de modo que ya no se podría hablar de un momento inicial del tiempo que sirviera de enganche para el acto creador de Dios.

D. Sofos: —Estoy seguro de que para la ciencia es un gran descubrimiento, y Hawking un verdadero genio, pero intentar decir, si es que lo ha querido hacer, que es una prueba en contra de la existencia de Dios me parece una extrapolación metodológica de alto grado, pues Dios no es una magnitud empíricamente verificable; el tiempo es una mera creación suya del que los humanos no nos podemos desprender.

D. Logos: —Tengamos también en cuenta que esta teoría goza de una aceptación minoritaria, y como podrán apreciar mejor los científicos más doctos en la materia, presenta numerosas lagunas, como el problema de la reversibilidad, o, dicho de otra forma, la posibilidad de volver a un estado anteriormente alcanzado.

D. Sofos: —Aunque estuviese perfectamente formulada, no representaría ninguna prueba en contra de la existencia de Dios y de su intervención creadora, porque no creo que haya ecuación alguna que lo pueda confirmar o desmentir; la razón instantánea es a veces más útil y verídica que el lenguaje numérico que los científicos han establecido para explicar fenómenos naturales, y esa razón nos dice que tiene que existir un ser necesario, causa de la existencia de todos los demás finitos y contingentes. El hecho mismo de que yo exista, algo de lo que puedo estar seguro porque pienso, significa que tiene que existir algo necesario y eterno. Si el Dios en el que creemos, supongamos, nos hubiese creado, pero no hubiese existido siempre, debería haber sido creado por algún otro ser, y así sucesivamente llegaríamos hasta una Inteligencia Suprema y necesaria que sería el auténtico Dios. Todo lo que no tiene en sí la razón de su ser, la tiene en otro.

D. Logos: —La última frase que habéis dicho es el argumento del principio de causalidad. Es un principio tan evidente que es indemostrable, pero negarlo sería un absurdo, pues algo que no tiene la razón de su ser ni en sí mismo ni en otro ser, sería incausado, lo que equivaldría a decir que no es.

D. Sofos: —No entiendo por qué es indemostrable; sería lógico que si algo existe y es evidente tiene que ser accesible a la razón.

D. Logos: —Y de hecho lo es, pero a la razón práctica. Cuando digo “no es demostrable” me estoy refiriendo a que no se puede comprobar su autenticidad mediante la ciencia experimental, porque el propio acto de intentar probarlo sería irracional.

D. Sofos: —Tenéis razón.

D. Logos: —La nada no tiene razón de ser, el ser sí la tiene; eso es algo evidente también, porque si algo no es algo, es decir, es nada, es igual que decir que no es, y si algo no es, no existe. Es un caso semejante al del principio de no-contradicción, básico en la metafísica: “es imposible que esto sea y no sea a la vez, bajo el mismo aspecto y en

el mismo sujeto”. Es imposible que un hombre hable perfectamente francés y no sepa nada de francés, porque ser es algo radical, y no es posible que alguien haya nacido en China y a la vez en Australia; es sencillamente imposible. Por mucho que lo intentemos negar, ya que siempre hay individuos con espíritu de contradicción a quienes les gusta negar hasta lo inobjetable; por mucho que nos esforcemos en emplear al máximo nuestra inteligencia para invalidar este principio, que al igual que el de causalidad, son evidentes por sí mismos.

D. Sofos: —*per se notum*, en latín.

D. Logos: —Es un juicio que surge de forma natural en la inteligencia humana y que no necesita ser demostrado.

D. Sofos: —A pesar de vuestras afirmaciones, que considero correctas, mucha gente...

D. Logos: —Lo que quizás le ocurra a esa gente, pues no cabe otra posibilidad, es que simplemente no les gusta este principio; algo muy diferente a intentar negarlo. El principio de no-contradicción, como juicio evidente que se desprende de la propia noción de ente, no debe ser siquiera puesto en duda, porque ese acto sería absurdo.

D. Sofos: —Perdonadme, pero no puedo evitar expresaros esta duda, aunque penséis que estoy empeñado en transgredir todo lo prefijado, por muy evidente que sea.

D. Logos: —Decidme pues.

D. Sofos: —¿No podría quedar anulada la validez de este principio por el hecho de que podamos “pensar” justamente lo contradictorio?

D. Logos: —No, porque el principio de no-contradicción no es un axioma que se impone necesariamente, o un postulado que requiere la metafísica: como se ha dicho es un juicio evidente y por ello innegable, una certeza natural. Es un principio indemostrable que, como dicen los metafísicos, necesitamos para poder demostrar otras cosas. En conclusión, el principio de causalidad, al que en un principio nos referíamos, es evidente por sí mismo y no puede ser negado.

D. Sofos: —Pero eso equivale a decir que el azar no existe, porque si se afirma que una cosa o tiene en sí misma la razón de su ser o la tiene en otro, es igual que decir que la casualidad no puede existir.

D. Logos: —Una cosa es entender la casualidad como probabilidad, que ciertamente existe, y otra entenderla como ausencia de causa.

D. Sofos: —Pero ¿qué es la ausencia de causa?

D. Logos: —Sencillamente, que un algo no sea causa de nada, no haya sido creado por nada y sea incausado.

D. Sofos: —Evidentemente, pero ¿con respecto al azar?

D. Logos: —Significa que, por ejemplo, el que yo tenga sobre mis manos las veintiocho letras del alfabeto y al tirarlas al suelo salgan ordenadas, en esa determinada ocasión, es debido a diversos factores y variables, como el viento, cómo estuviesen ya colocadas en mi mano, la gravedad, etc., que serían causas. ¿Cierto?

D. Sofos: —Por el momento sí.

D. Logos: —Todo fenómeno producido tiene necesariamente una causa. La expresión ¡qué casualidad! es una simple entelequia, una abstracción, porque todo es provocado por algo. Hablar de azar es demostrar ignorancia en física, al desconocer los factores que intervienen en lo que ha ocurrido. Y estando claro que ni nosotros ni ningún otro ser vivo o inerte es causa de su propia existencia, ésta tiene que ser causa de otro alguien, a quien llamamos Dios.

D. Sofos: —Me queda un último comentario, por el momento. Supongo seréis consciente de que los filósofos pertenecientes a la escuela empirista, especialmente el escocés Hume, han puesto numerosas objeciones...

D. Logos: —¡Oh!, bien. Primero me gustaría recordados que el empirismo niega toda distinción entre el conocimiento sensible, adquirido mediante la experiencia, y el intelectual, no reconociendo a la mente humana la capacidad de suministrar a la conciencia realidades absolutas y leyes objetivas. Según ello, la experiencia humana sólo nos puede ofrecer objetos y cosas concretas, no pudiendo proporcionarnos un lazo necesario de casualidad. Sin embargo, a esta forma de pensar se le podría contestar de múltiples formas, comenzando por el hecho ya advertido de que negar el principio de causalidad es tan absurdo como decir que no nos hemos creado ni nosotros mismos ni otro ser. Con ello todo el orden social y moral se destruiría, al no haber relación causa-efecto.

D. Sofos: —¿Por qué?

D. Logos: —Porque si no hubiese esa relación causa-efecto no premiaríamos a los buenos y castigaríamos a los malos, aspecto fundamental en el que se basa nuestra sociedad. Si una persona ha obrado mal, es decir, la causa ha sido actuar malévolamente, el efecto es castigar a la causa para intentar corregirla. Por ejemplo, todos sabemos que el veneno puede matar a una persona, sin necesidad de experimentarlo, pues sería irracional. Pero si lo probásemos comprobaríamos que la causa provoca un efecto mortal. Espero que haya quedado claro que negar la existencia del principio de causalidad es ilógico. Y antes de que me lo preguntéis, adelantaré la respuesta. Seguramente habréis oído que algunos científicos, fundamentándose en el principio de indeterminación de Heisenberg ya aludido, según el cual es imposible medir a la vez la posición y la velocidad de un electrón, han negado la validez del principio de causalidad.

D. Sofos: —Demostrando también su ateísmo y su ignorancia, pues negar ese principio es negar que Dios exista, y también es demostrar una falta completa de raciocinio e inteligencia práctica, no importándome que sean genios en física, porque a mí me han demostrado que, por lo menos en lógica, no lo son.

D. Logos: —No os aventuréis con apresurados juicios. Ciertamente un científico tiene que limitarse a lo que le compete, la ciencia, no a entrar en las proposiciones filosóficas deducidas por el simple hecho de que en el mundo subatómico suceden fenómenos totalmente imprevisibles, debido a, según ellos, porque carecen de causa.

D. Sofos: —¡Lo que hay que oír! Porque una serie de científicos con menos raciocinio que un niño no puedan prever fenómenos en el mundo subatómico, deducen que carecen de causa. Qué desprestigio para la ciencia.

D. Logos: —Por favor, serenaos, D. Sofos. Es evidente que esos investigadores se equivocaron, pero no hay que criticarles tan excesivamente.

D. Sofos: —Disculpadme, pero a veces....

D. Logos: —Sin embargo, hemos olvidado mencionar un personaje muy apropiado para el tema que estamos tratando: Monod y su célebre obra *El azar y la necesidad*, que niega el principio de causalidad en defensa del azar. Monod distingue entre dos tipos de azares: el *operacional*, aquél que en realidad no existe, pues lo que ha ocurrido se debe a una conjunción de factores, es decir, de causas; y otro denominado *esencial*, imprevisible por completo. Estas definiciones se ilustran mejor con un ejemplo, que él mismo propone. Imaginemos que el señor López está trabajando en la reparación de un tejado, cuando pasa por la calle el señor Sánchez. El señor López suelta por inadvertencia el martillo, que cae sobre la cabeza del señor Sánchez, matándolo. Estaríamos, según Monod, ante un acontecimiento imprevisible en su totalidad. Pero el error de Monod radica en una confusión de conceptos: imprevisibilidad técnica con incausalidad. La caída del martillo es científicamente imprevisible, pero tiene causa: la ley de la gravedad, y el hecho de que caiga sobre el señor Sánchez también está causado: por la inadvertencia del señor López.

D. Sofos: —Estaríamos, por lo tanto, ante un ejemplo más de intromisión de individuos científicos en el campo de la filosofía y la metafísica, algo que sólo conlleva deducciones apresuradas e incorrectas. La ciencia, como ya se ha dicho, se pregunta por el cómo de un fenómeno, no por el por qué; por ello no se le puede exigir a la metafísica, como algunos han pretendido, dar respuestas totales al cómo de todas las cosas, estructura, comportamiento, acción, etc. Si la ciencia intentase preguntarse por el por qué, estaríamos ante una extrapolación de método. La metafísica nunca ha pretendido aportar respuestas de orden químico, antropológico, biológico...; sin embargo, proliferan los científicos que insinúan, por haber respondido satisfactoriamente al cómo, contestar al por qué de las cosas en cuanto a cosas, al ente en cuanto al ente. Y ¿qué disciplina tiene como objeto responder al porqué del ente en cuanto al ente, si no es la metafísica?

D. Logos: —Exacto. Esa invasión de campo es seriamente preocupante, porque hace disminuir el potencial de inteligencia. Intentar disfrazar una ciencia experimental de metafísica es si cabe más irracional que disfrazar la metafísica de ciencia experimental. Por otra parte, recordemos que Kant negaba que se pudiese acceder racionalmente a la existencia de Dios porque Dios está más allá de lo sensiblemente experimentable, y el principio de causalidad únicamente puede ser aplicado para el mundo de lo sensible. Pero Kant se olvida de que, en la medida en que conocemos que los entes de este mundo son una realidad y nos percatamos de que tal realidad no tiene en sí la explicación última de su ser, sí podemos estar seguros de que la Causa Última, al no estar presente en nosotros mismos, tiene que hallarse en otro algo eterno y superior: Dios.

D. Sofos: —Y como la captación de la realidad como tal es el origen de todo pensamiento, no hay por qué pararse a intentar demostrarla. Y el hecho de que esta realidad sea contingente es algo evidente que no podemos negar.

D. Logos: —Excelentes deducciones, D. Sofos. Pero, contestadme a esta pregunta: ¿creéis que entre la causa y el efecto debe haber un lazo mínimo de parentesco o semejanza?

D. Sofos: —A mi juicio sí; en la Biblia se dice “*a imagen y semejanza de Dios*”.

D. Logos: —Entonces acabáis de enunciar otro gran principio: el de analogía. La analogía ontológica es fundamental si queremos acceder a Dios mediante la razón. En realidad, sería el justo medio entre dos extremos: la univocidad o completa igualdad, y la equivocidad o total desigualdad.

D. Sofos: —Es decir, por el mismo hecho de haber sido creados por una causa, Dios, se ha de guardar alguna relación, por muy pequeña que sea, con él. Dios es el “*totalmente otro*”.

D. Logos: —Quizá sería simplificarlo demasiado, pero en rasgos generales así podríamos definir ese principio. Sin embargo, al pronunciar la última frase habéis cometido un grave error de orden teológico, cuando intentabais emular a Barth, teólogo protestante suizo. Pues bien, si se dice que Dios es el totalmente otro, se está afirmando que Dios es incognoscible para la razón, lo que equivale a negar ambos principios: el de causalidad y el de analogía.

D. Sofos: —Ciertamente, al intentar recitar una frase que yo suponía apropiada para el actual contexto de la conversación, he cometido un error muy grave.

D. Logos: —No debéis preocuparos, es normal; lo que a mí me interesa es que comprendáis por qué os habéis equivocado. Entre Dios y la humanidad, culminación de su Creación, hay ingentes semejanzas que sitúan a Dios en lo más alto del orden del ser y a los hombres en el segundo escalón. Por mucho que se intentara subir de escalón, como hicieron ya muchos a lo largo de la Historia, nunca alcanzaríamos el piso sobre el que reposa Dios, pues por la propia definición, Dios está eternamente por encima de todo cuanto ha creado, como el número +2 siempre será más que el +1.

D. Sofos: —Entonces, si entre los hombres y Dios hay semejanzas por el principio de analogía, los atributos y cualidades que otorguemos a Dios, que son todo lo bueno que se puede concebir, son perfectamente legítimos.

D. Logos: —En efecto. Si para conocer a Dios lo primero que conocemos son las criaturas, y desde ellas llegamos a Dios como causa, aplicándole todos los adjetivos buenos que podamos imaginar, este empleo es legítimamente humano, al basarse en el parentesco real que ha de existir entre el ser necesario y el ser contingente. La humildad debe primar siempre en el conocimiento de Dios, porque sólo ella nos ayudará a ser audaces en el intento. En la medida en que nuestros conceptos sobre el ser son analógicos, como hemos visto, podemos establecer propiedades que, al hallarse en los causados, también pueden hallarse en la causa. A través de tres métodos distintos nos elevamos hasta el conocimiento de los atributos de Dios: *la vía negativa*, por medio de la cual negamos a Dios todo lo que signifique la imperfección de los seres finitos, que implican un ser sucesivo; *la vía de atribución*, por la que aplicamos a Dios las perfecciones reales apreciables en la naturaleza; y, por último, el *método de sublimación o vía de eminencia*, que eleva a grado infinito las perfecciones que a Dios atribuimos. Fijaos, Sofos, que Dios es tan perfecto que en el fondo es simple, y no admite composición en su ser. Todas estas cualidades no sólo han de ser compatibles, como la misericordia y la justicia infinitas, que si nos guiáramos por la lógica advertiríamos que sería imposible que alguien fuese infinitamente justo si no reniega de la misericordia; sino que deben fundirse en una y sola realidad: Dios será, pues, la conjunción de todos los atributos elevados al grado de perfección. Dios es el que es por sí mismo y no por otro, el que posee aseidad. “*Yo soy el que soy*” dice Dios a Moisés en el libro del Éxodo. En Dios se dan dos clases de atributos: los entitativos y los operativos. Únicamente me detendré a explicados los primeros.

D. Sofos: —Los cuales, si mal no creo recordar, son la simplicidad, la infinitud, la unicidad, la inmutabilidad y la eternidad.

D. Logos: —Exactamente. La simplicidad es algo evidente: Dios es simple porque carece de composición. Por ejemplo, de potencia y acto, como los seres finitos, ya que Dios es acto puro, es el que es, no lo que se ansía ser; de dualidad de esencia y existencia, porque su ser o esencia es precisamente existir; de composición de sustancia y accidente, ya que él es la plenitud del ser. En cuanto a la infinitud, se ha dicho en numerosas ocasiones que Dios no puede tener límites: la limitación es propia de los seres por Él creados a partir de su esencia, y de las cosas materiales, encerradas en el campo de lo material. La unicidad es el más fácil de entender de todos estos atributos: Dios, por el hecho de ser simple, ha de ser uno. El gran defecto de las religiones politeístas estriba en que, si realmente hubiese muchos dioses, Dios tendría que distinguirse de algún modo, luego alguno de ellos debería tener algo de lo que carecería el otro, circunstancia incompatible con la infinitud divina. La inmutabilidad ya la hemos explicado anteriormente: Dios, por ser simple, ha de ser inmóvil, porque el movimiento supone imperfección y carencia. Él es acto puro. Por último, la eternidad es ineludible en Dios, puesto que si es necesario debe haber existido siempre y no tener ni principio ni fin. En la eternidad no existen momentos que se suceden y pasan, “*interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*”, tal y como dijo Boecio.

D. Sofos: — “*Total, simultánea y perfecta posesión de una vida interminable*”.

D. Logos: —Traducción bastante aproximada. ¿Habéis estudiado latín?

D. Sofos: —¡Por supuesto! Es mi lengua preferida, la más bella, precisa y acertada lengua jamás inventada por el hombre. Os aseguro que si yo fundara un estado impondría como lengua oficial el latín. ¡Cuánto admiro a aquellos escritores del Medioevo y del Renacimiento que empleaban el latín como lengua de la ciencia, en la que escribían sus tratados y obras!

D. Logos: —Espero que se cumplan vuestros deseos.

D. Sofos: —Está claro que podemos conocer racionalmente la existencia de Dios, pero ¿y su esencia?

D. Logos: —También, pero de forma imperfecta y analógica. Recordad que Dios es la plena coincidencia de todas las perfecciones en grado infinito. La esencia es, ante todo, lo que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable en ellas. Pues bien, en la medida en que conocemos que es un ser, conocemos también su modo de ser, su esencia, aunque, como hemos dicho, imperfectamente. Sabemos que Dios es una Inteligencia Ordenadora que ha creado el mundo libre y conscientemente, porque si hubiese sido influido por otros factores ya no sería necesario. Dios ha creado sólo para dar, no para recibir, mostrando su amor infinito. Entonces, si Dios es inteligente, libre, amoroso, consciente..., ¿no es persona? La idea de Dios personal debe imperar en el concepto que de su esencia guardamos. Su personalidad, aun siendo superior a la humana, posee numerosos vínculos de semejanza con la nuestra.

D. Sofos: —Es decir, la personalidad es un atributo divino.

D. Logos: —Otra cosa es la Trinidad, el hecho de que a Dios lo conformen tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la misma naturaleza; característica que conocemos a través de la Revelación narrada en los Evangelios. Una de las grandezas del

cristianismo es haber introducido la idea de persona, ausente por completo en la filosofía griega.

D. Sofos: —Antes de irme y concluir esta inolvidable lección, me gustaría formulaos una última pregunta: ¿Por qué Dios, siendo omnipotente, nos ha creado imperfectos?

D. Logos: —Habéis de reconocer que esa pregunta encierra una demagogia barata. En primer lugar, nosotros nos consideramos imperfectos porque hacemos el mal, clave de esa imperfección, y al cual dedicaremos posteriores lecciones, pero, sin embargo, fijaos, con respecto a los demás elementos de la Creación, en cuántos atributos más nos ha hecho Dios tener. Y, sobre todo, medita sobre un aspecto, que si mal no recuerdo vos ya dijisteis no ha mucho tiempo: cuánto nos quiere Dios que nos ha otorgado libertad para que incluso podamos rechazarle y no creer en Él. Y ahora os remito a San Juan: “*Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*”. La vida eterna, ¿no es una perfección? ¿No es eso muestra del mayor amor jamás imaginable? Medita. Si ansiaseis ser perfecto significaría que queréis alcanzar a Dios, y querer alcanzar a Dios es la mayor maldad que puede caer sobre nosotros, que tarde o temprano sería castigada, no por Dios, sino por nosotros mismos al darnos cuenta de tan gran error.

D. Sofos: —Gracias de veras, maestro, porque hoy me habéis concedido un regalo de un valor incalculable, el mayor de los dones que me podíais otorgar, pues hoy he descubierto que no me equivocaba, que mi fe era y es certera, que Dios existe y yo he sido creado por Él: que las maravillas de este mundo no son más que una pequeña muestra de las que hay más arriba, en un lugar en el que viviremos con Dios, quien en su infinito amor nos ha deparado acompañarle por los siglos de los siglos. Antes, a pesar de creer fervientemente en Dios, pensaba que el ateo tenía más bazas para apoyar su creencia que el creyente en Dios; ahora me he dado cuenta de la gracia que supone saber conjugar fe y razón.

D. Logos: —Confiad, Sofos, sólo en vos mismo y en vuestra fe, porque sólo ella os acompañará infinitamente y nunca se desprenderá de vos si confiáis en ella y en vos mismo. Creed, porque creyendo viviréis eternamente de vuestra propia creencia, porque al creer no hacéis sino dar muestra de vuestra humildad y de vuestra condición humana, abriéndoos camino a un mundo que supera todo lo imaginable, donde lo perfecto impera sobre lo imperfecto, donde Dios ha querido vivir por siempre con el hombre. Porque si no creyerais, la soberbia y la ostentación, el orgullo y la opulencia os cegarían de tal modo que no podríais ver la maravilla de la Creación y el amor que Dios nos ha dado. Creed pues, y proclamad lo que hoy habéis descubierto, porque si Dios ha querido que tengáis tanta inteligencia y tanta bondad, dándolo libremente, vos debéis corresponder de la mejor manera que podáis: anunciando lo que hoy habéis alcanzado a ver. Y sobre todo pensad que, como dijo el Pontífice en su encíclica *Fides et ratio*...

D. Sofos: —... Fe y razón.

D. Logos: —... “*la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad*”. Decía Santo Tomás, con magistrales palabras, en la introducción de su *Summa contra Gentiles* que el propósito que le llevó a escribir esa obra era el de reflexionar sobre “la verdad que la fe profesa y que la razón investiga”.

D. Sofos: — “*quam fides profitetur et ratio investigat*”.

Y así, siendo ya altas horas de la noche, los dos nos retiramos. Acompañé a D. Sofos hasta su casa, y yo me fui directamente a la mía para descansar, pues mañana nos esperaba otra lección y otro duro día de trabajo; trabajo éste gustoso de realizar y emprender, ya que no hay mayor dicha en este mundo además de la fe que poder compartir con otros nuestros conocimientos, máxime cuando estos sirven para reforzar una fe.

*Orden, contingencia y finalismo,
a las que sumo causalidad y analogía,
para poner sin duda en armonía,
la fe, la razón y a mí mismo.*

*Desde San Anselmo hasta Santo Tomás,
pasando por Descartes, Hegel y Kant,
menciono también a Feuerbach y Marx,
debo concluir que Dios existe y mucho más.*

*Debatieron incansablemente,
alumno y maestro,
los dos convencidos oradores,
hasta que finalmente,
se ayudaron el uno al otro
a expresar sus dudas mayores.*

CAPÍTULO II: EL PROBLEMA DEL MAL

A la mañana siguiente me desperté pronto, como de costumbre, para evitar prisas y marchas apresuradas de última hora. Con visible tranquilidad y apreciable desasosiego me dirigí hacia la residencia de mi insigne alumno para acompañarle hasta el lugar en el que había instalado mi academia. Una vez hubo D. Sofos abandonado su casa, tras desayunar exquisitos manjares que su encantadora madre preparaba para él, fuimos camino del bosque por la calle principal de nuestra localidad. Al ser día festivo, no había mucha gente por el lugar a tan tempranas horas, aunque ya estaban dispuestos los primeros tenderetes del mercadillo semanal de municipios circundantes de la comarca. Sin embargo, a lo lejos, al término de la avenida, se podía divisar una pequeña concentración frente al palacio arzobispal, residencia del coadjutor de la diócesis, el cual miraba asombrado desde su balcón. D. Sofos me exhortó a ir hacia aquel lugar para comprender lo que ocurría. Aprovechamos, mientras pasábamos frente al puesto de la prensa, para comprar el periódico y comentarlo posteriormente con mi alumno en la academia, como solíamos hacer antes de empezar las lecciones. Una vez llegamos a la bulliciosa reunión, a la cual evidentemente no nos sumamos, pregunté a uno de los viandantes si podía explicarme cuál era el motivo de la manifestación, máxime si se estaba efectuando ante el palacio episcopal. Respondióme el señor que se debía al reciente fallecimiento de diez misioneros dominicos enviados por nuestro arzobispo para emprender una labor evangelizadora en tierras africanas. El dolor de los familiares, varios centenares en total, y la manifiesta ira que demostraban tener contra la Iglesia, culpable según ellos de lo que había acontecido a sus difuntos hijos, fue suficiente para que se tuviese que avisar a las fuerzas del orden, pues no dejaban salir el coche del arzobispo que había de llevar al nuncio a una reunión. Acudí a calmar a las mujeres que encabezaban la concentración, pero fui rechazado e importunado. Puesto que era bastante conocido en la localidad como filósofo y fervoroso católico, también fui objeto de las imprecaciones que lanzaban las víctimas indirectas de tan desgraciado suceso. La madre del fallecido jefe de la comunidad misionera instalada en las remotas regiones del centro de África fijó su mirada en mí con gran ira, y no sabiendo yo por qué actuaba de tal forma, no hice sino dirigirme hacia ella e intentar hablar. Su argumento era el siguiente: yo, que en numerosas conferencias locales a las que ella había asistido había proclamado, como hice los días anteriores con mi alumno, que fe y razón son conciliables, y que Dios es infinita y bondad, ¿cómo explicaba que, existiendo una Inteligencia Ordenadora y Creadora, un Dios eterno e inmutable, se permitiesen tantos males como asolan el mundo, sobre todo cuando éstos recaen sobre aquéllos que iban a hacer el bien en una labor desinteresada y caritativa, humana y cristiana? Obviamente, no me detuve a dar una charla a todos los allí reunidos sobre el problema filosófico que representa el mal y la solución parcial que ofrece la razón, pues no eran los momentos adecuados para consumir tal tarea.

Así fue como, tras abandonar bajo gritos y burdos, incómodos e inapropiados abucheos aquel lugar, tomé la mano de D. Sofos y lo llevé rápidamente hasta la academia, con el peligro de ser incluso apedreados durante el trayecto existente. La sorpresa de D. Sofos no era menor, en su vida se vio en tal aprieto.

—Ya tenemos un tema para conversar, D. Logos —me dijo él.

Y, efectivamente, pensé dedicar toda la lección del día a explicar y plantear desde una óptica filosófica el problema del mal y sus consecuencias a lo largo de la Historia sobre la conciliación fe-razón y, más que sobre la afirmación de la existencia de Dios, algo ya demostrado y palpable, sobre las características que a Él atribuimos.

Por el camino, ya alejados del tumultuoso acto, D. Sofos me fue comentando las noticias del periódico conforme nos acercábamos a la academia. En las páginas interiores aparecía precisamente un artículo consagrado al desafortunado suceso de los misioneros de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. “Fallecidos diez misioneros dominicos en África al ser atacados por los rebeldes antigubernamentales mientras realizaban su labor religiosa en una comunidad cercana a la capital”, decía el titular. El firmante, en una muestra de una total falta de respeto a los lectores religiosos, además de a los propios misioneros muertos, vertía todo su veneno ya no contra la Iglesia, el Papa y todo lo que signifique catolicismo o fe cristiana, sino contra Dios. “¿Cómo creen ustedes que puede existir un Dios omnipotente y Todopoderoso que permita estos males? Si es Todopoderoso, ¿por qué lo consiente y no castiga a los que han obrado tan malignamente?” Mi indignación se acrecentaba a medida que leía el artículo, y opté por dejar de analizarlo, diciéndole a D. Sofos que nunca cayese en el error, símbolo de ignorancia e irrespetuosidad, de utilizar argumentos comúnmente aludidos y no por ello menos vagos, baratos, inconsecuentes, incoherentes, incongruentes y poco sólidos contra una realidad tan sumamente demostrada como es la existencia de Dios. Pero no sólo eso; le dije que, aunque la cuestionara o perdiese el Temor de Dios y dudase de Él, pues él mismo nos ha otorgado libertad para hacerlo, siempre se enfrentase al problema con humildad, conocimiento de causa y audacia, no como aquellos otros hacen, sumidos en un indeseable orgullo, ignorancia y molesta ingenuidad.

Y dicho esto, comencemos la lección:

D. Sofos: —Ciertamente, la experiencia ha sido desagradable. Debatimos, discutimos y tratamos de diversas cuestiones filosóficas, pero a la hora de aplicar la teoría para el pueblo llano, las dificultades se incrementan, motivadas quizá por el cada vez mayor alejamiento de los eruditos de la realidad del mundo.

D. Logos: —¿Queréis decir que los filósofos deben intentar solucionar problemas humanos tales como la muerte y el posterior dolor? Lo único que podemos hacer es plantearlos y buscar una explicación lógica y racional óptima que los aclare; intentar solventarlos sería entrar en otro terreno, extrapolar el método y lo que incumbe al propio ser humano. La muerte no existe, lo que por ella entendemos es sólo el paso del mundo terrenal al celestial, que supondrá la eternidad. Sé que me diréis que por muchas descripciones metafísicas y alejadas de la realidad que proponga no convencerán en absoluto a los que experimentan los problemas, ya que no los conoceré hasta que no me encuentre en su situación. Pero yo os respondo: la filosofía debe buscar el porqué, la ciencia el cómo y el hombre el cómo y el para qué cambiarlo.

D. Sofos: —Reconozco mi error infantil. Así pues, el problema del mal en el mundo es una buena cuestión para detenernos a analizar y dedicarle toda una lección.

D. Logos: —O más, si lo requiriese. La existencia del mal ha sido desde los comienzos de la filosofía como disciplina y más en concreto de la teología un obstáculo aparentemente insalvable para profesar una fe racional en Dios. El hecho de que

existiendo un Dios que es infinita bondad, plenitud sapiencial y providente haya mal representa una contrariedad muy importante para los pensadores y en general los creyentes. Para muchos, no para todos, ha supuesto un gran escándalo y un irresoluble dilema; un argumento incomparable a favor del ateísmo e incluso del fideísmo y la afirmación de que Dios es incognoscible, destruyendo todo intento de fe racional. Tampoco sería válido pensar que, si bien Dios existe, el hecho de que exista el mal y el sufrimiento simbolizan que Él no es todo bondad, porque los mismos atributos que Dios posee por el hecho mismo de ser Dios excluyen esa posibilidad. Esta pregunta, además de las clásicas de ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y adónde voy?, ¿qué hay después de esta vida?, ¿tiene sentido la vida?, ¿hacia dónde se dirige?, etc., son cuestiones que “*tienen un origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre*”, como se dice en nuestra ya familiar encíclica *Fides et Ratio*, caracterizada por las numerosas referencias que hace a las diversas culturas antiguas que comparten esas dudas innatas, como el confucianismo, el budismo o los Vedas hindúes. Aun sabiendo que por mucho que intentemos explicar qué es el mal, éste no se comprende en su totalidad hasta que se experimenta, y que si eso ocurre es muy difícil ser objetivo, también recordaremos lo que sobre él han dicho a lo largo de la Historia los filósofos más célebres.

D. Sofos: —Temo que al explicar el mal y deteneros bastante tiempo en repasar lo que han dicho con respecto a él los grandes pensadores estéis intentando desviaros para que no parezca que la filosofía carece de explicación racional de él, y que quizás si os detenéis en otras cuestiones logréis distraer mi atención, pero os aseguro que seré muy tajante.

D. Logos: —Parecéis desconfiar de mí y de la filosofía, siendo consciente de que en lecciones anteriores nos detuvimos también en estudiar lo que se ha dicho sobre la cuestión que nos ocupaba, para después proceder a proponer una explicación satisfactoria. Analicemos, pues, qué es el mal. Ya San Agustín en sus *Confesiones* se planteó el problema, y siglos más tarde Santo Tomás, concluyendo que éste no es una sustancia, pues si lo fuese, sería bueno; es, más bien, *la privación de un bien debido*. El mal es entonces la privación de un bien debido; la corrupción del bien. Dios no es la causa del mal, pues Dios es sólo causa de lo que es, no de lo que no es. Para conocer en profundidad el significado metafísico del término *privación* recurriremos a Aristóteles de Estagira, quien escribe: “*Se dice que hay privación, ya cuando un ser no tiene alguna cualidad que no debe encontrarse en él, y que por su naturaleza no debe tener; y en este sentido se dice que una planta está privada de ojos, ya cuando, debiendo naturalmente encontrarse esta cualidad en él, o en el género a que pertenece, sin embargo, no la posee. Así el hombre ciego está privado de vista, de distinta manera que lo está el topo; en el último caso la privación es un hecho general, en el otro un hecho individual [...]. La supresión violenta también se llama privación*”.

D. Sofos: —Así pues, y a modo de ejemplo, el que a un niño le sea mutilada la pierna en una acción bélica es un mal, porque le está privando del bien debido que representa el poderse desplazarse y andar libremente y sin necesidad de asistencia.

D. Logos: —Exactamente; veo que habéis entendido perfectamente en qué consiste el mal. El mal no subsiste por sí mismo, ya que como privación necesita convivir con algo bueno, pues si no ya no sería privación. Aunque yo padezca un mal como es la gripe, por lo demás puedo ser bueno; es más, he de ser bueno al menos en un mínimo porcentaje.

D. Sofos: —Sin embargo, el diablo es un ser que es mal en su totalidad.

D. Logos: —Os equivocáis. El diablo, como Inteligencia que es, es ontológicamente bueno, porque la Inteligencia no es ninguna privación. Y aquí me podrías decir que los animales no son inteligentes, pero recordad que el Estagirita hablaba de casos individuales, no de casos generales. Como decía Santo Tomás en su *Summa Theologiae*: “*No se da un mal absoluto, no puede existir un mal que sea el mal por esencia y causa de todo mal*”.

D. Sofos: —Creo recordar que algunos movimientos sectarios, principalmente medievales, como los cátaros o albigenses, influidos por el maniqueísmo o dualismo oriental, establecían dos principios absolutos: el bien, causa del mundo espiritual, y el mal, causa del material.

D. Logos: —Esa concepción que como muy bien decís procede del dualismo oriental es incompatible con la idea de Dios creador, que hizo a las criaturas a su imagen y semejanza, es decir, buenas. Esta posición atenta contra la omnipotencia divina, la infinitud y la unicidad ayer aludidas. El mal sería la privación que en ellas se produce.

D. Sofos: —Pero ¿quién ha creado el mal? Además, Leibniz, uno de los mayores pensadores de la filosofía moderna, dijo que el mal es la simple imperfección, y las criaturas son malas porque son finitas y por lo tanto imperfectas.

D. Logos: —Tened paciencia, pues ahora lo explicaremos. En primer lugar, Leibniz se desvió de la concepción clásica del mal, pero cayendo en un grave error metafísico. La Creación realizada por Dios recibió un ser bueno, pues ella no puede ser fuente de mal al proceder del mismo Dios. “*Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno*”, se nos dice en el Génesis. Lo finito, en cuanto a ser, es ontológicamente bueno, pero efectivamente imperfecto, y la imperfección no es la privación de un bien debido, porque a nosotros se nos hizo ya imperfectos. En segundo lugar, reflexionad sobre el tema y pensad que gran parte del mal que padecemos lo provocamos nosotros mismos: las guerras, muchas de las enfermedades, los robos, el asesinato, el hambre... Actualmente, con los recursos de los que se dispone se podría solucionar el hambre, y sin embargo no se hace. Mucha gente muere en accidentes de tráfico, producto de nuestro progreso y de nuestro avance técnico y científico. Y de la guerra, creo que nada hay que decir, pues el único responsable es el ser humano, que en muchos casos ha convertido la religión en excusa.

D. Sofos: —Es evidente que el hombre es responsable de muchos males, los que podríamos clasificar como explicables, pero no de todos.

D. Logos: —Por supuesto. Sólo pretendía decir que gran parte de los males de los que continuamente nos lamentamos son obra nuestra, como el tabaco, resultando injustificable y realmente *maligno* que acusemos al Creador de ellos. El precio de nuestra libertad es éste: si queremos ser libres, debemos solucionar nuestros problemas, pues si no, al intervenir Dios, no seríamos libres.

D. Sofos: —Un precio un poco elevado, creo yo.

D. Logos: —No. Simplemente el justo, pues la dicha de la libertad, siempre que esté bien empleada, es incommensurable.

D. Sofos: —Las catástrofes naturales, por ejemplo, no estarían provocadas por los humanos.

D. Logos: —También hay que matizar. El hecho de que el agua dulce y potable se agote progresivamente en determinadas regiones o que la hierba de un campo desaparezca sistemáticamente a causa de que los animales se nutren de ella es un mal que Dios permite, pero para bien de la naturaleza; no resulta escandaloso. Pero hay otra clase de mal completamente inexplicable, aquél que es injusto y afecta sin justificación alguna al hombre, en especial a los más desfavorecidos.

D. Sofos: —Aunque la última afirmación es muy relativa: el que un huracán mate a decenas de desvalidos en lugar de a decenas de acomodados tiene su explicación en el hecho de que los primeros, al contar con menos recursos, habitan en viviendas construidas con materiales de peor calidad. En ese caso, el hombre también sería el responsable, en cierto modo, de ese mal.

D. Logos: —Efectivamente. Sin embargo, existe un mal injusto y doloroso, inexplicable racionalmente, y digo mediante la razón, si creemos en la existencia de un Dios Omnipotente y Todopoderoso, como el hecho de que la peste, la minusvalía o cualquier otro mal se cebe sobre los niños y con éstos sufran sus padres, testigos directos de la desgracia. En este caso, cabrían dos posibilidades: o bien Dios puede solucionar el problema y no quiere, por lo que ya no sería bueno, o bien no puede solucionarlo, por lo que ya no sería omnipotente y perfecto, luego tampoco sería Dios. El mal no tiene causa *per se*, sino *per accidens*.

D. Sofos: —Difícil y arduo dilema.

D. Logos: —Cierto. Si recurrimos a la razón, encontraremos una explicación, aunque no del todo satisfactoria, antes de haber utilizado como aclaración válida la Revelación. La razón nos dice que la existencia del mal no elimina necesariamente la existencia de Dios, eso es algo lógico, pero desconoce cómo conjugar ambos factores sin caer en contradicción. Por mucho mal que se dé, por muy terribles e injustas que sean las desgracias acontecidas en el mundo, hemos de tener en cuenta que el bien nunca dejará de existir, aunque sea escaso, ya que sin el bien el mal no puede existir.

D. Sofos: —Y sin mal el bien no puede existir.

D. Logos: —No necesariamente. Aunque un niño tenga la peste no deja de tener sentimientos e incluso bondad, nobleza o caridad. A pesar de las guerras, los desastres, el hambre, la pobreza y la injusticia, la belleza de la naturaleza y el orden maravilloso que en el mundo reina son símbolos del bien que Dios dispensa sobre nosotros y que introdujo al principio de la Creación. El ser humano, como un elemento más de la Creación de Dios, al fin y al cabo, debe reconocer que está sometido a las leyes de la naturaleza, que obran según sus propios patrones, que en ocasiones le atacan directamente.

D. Sofos: —En conclusión: la razón nos dice que la existencia del mal no elimina la existencia de Dios, pero no sabe conjugar ambos conceptos.

D. Logos: —Perfecto resumen, propio de vos. Antes de continuar, me gustaría comentados una de las explicaciones más interesantes dadas al problema del mal, de mano del propio Leibniz: suponer que el mal existe sólo en la mínima proporción indispensable para que resalte la máxima cantidad de bien posible. Su autor la denominó “optimismo universal”, y sería comparable al fondo oscuro de un encerado escolar, cuyo color es de esa forma para permitir que se aprecie la tiza blanca. Sin embargo, esta hipótesis no es muy convincente, porque el verdadero bien, como perfección, no necesitaría ser resaltado;

algo distinto es que sea utilizado para obtener bienes superiores de él, cosa que no siempre es. Recordemos que ya le reprochaban a Leibniz otros filósofos, entre ellos Voltaire en su obra *Cándido*, argumentando que si ése era el motivo de la existencia del mal no se explicaba el terremoto de Lisboa de 1755, cuyas consecuencias fueron catastróficas para el país. El camino final que completará la respuesta de la razón y nos hablará de un Dios bueno, misericordioso y Omnipotente, que nos dice que el mal no tiene la última palabra, porque más allá de este mundo no tendrá cabida, es la Revelación. La Revelación cristiana, narrada en los Evangelios, nos da una respuesta verdaderamente convincente sobre el problema del mal, que podemos reducir a cinco principios: Dios no quiso el dolor; el hombre es causa del pecado y del dolor; el mal injusto no tiene la palabra definitiva; Dios tolera el mal para sacar bienes superiores de él; el verdadero mal es el pecado.

D. Sofos: —Personalmente, considero como afirmación más importante la última: el verdadero mal es el pecado.

D. Logos: —Aun así, imagino no tendréis inconveniente en que analicemos uno por uno los demás principios.

D. Sofos: —Por supuesto que no.

D. Logos: —Todo el que haya leído la Biblia, al menos las primeras páginas del libro del Génesis, sabe que Dios lo hizo todo bien y libró al hombre del dolor. Sin embargo, el ser humano, como materia sensible, además de espíritu, está expuesto a la tentación, al dolor y a la muerte, ya que estas circunstancias están presentes en las leyes de la naturaleza. Si pensamos que Dios, siendo bueno, permitió y permite el mal, entramos en un peligroso dilema que puede llevar directamente al ateísmo.

D. Sofos: —Doy gracias a Dios porque su providencia me ha librado de tan tormentosa afección.

D. Logos: —Yo también, sin duda alguna. De todas formas, aunque cayese en tal desgracia, si conservase un mínimo de raciocinio me daría cuenta de que Dios en un principio, según he aprendido de la Revelación, sólo quiso felicidad y dicha para los hombres, alejándolos del dolor. Pero la libertad que les concedió los llevó al pecado por su condición, y a considerar el trabajo como una fatiga, cuando en realidad el poder colaborar en la obra de la Creación es un auténtico don. El hombre es, por lo tanto, la causa del pecado y del dolor. Pero atención: el mal que sufre cada persona no está provocado como castigo divino por su pecado, como se creía en el Antiguo Testamento.

D. Sofos: —A excepción del libro de Job, que desmiente tal supuesto del tradicionalismo hebreo.

D. Logos: —Cierto. Veo que tenéis una sólida formación bíblica, indispensable para las cuestiones que nos competen. Bien, en el Nuevo Testamento vemos como el sufrimiento se originó por el pecado del primer hombre, Adán, que rechazó el amor infinito de Dios haciendo uso de su libertad; ya que él quería ser autosuficiente y superar a Dios. Ese pecado original sería el culpable de la miseria que aflige al hombre. La fe será, pues, principio y fin de toda justificación, ya que por la ley nadie será justificado; y la gracia y el perdón de Dios serán infinitos. La culminación del pecado es la muerte, porque como dice San Pablo en su “Carta a los Romanos”: “*El que está muerto, queda libre de pecado*”. El cristiano, una vez abandonado el instrumento del pecado, es decir, su cuerpo, se encuentra definitivamente liberado del pecado. Pero no por ello hemos de

maldecir el cuerpo, porque, como se nos dice en el Vaticano II: *“Está obligado —el hombre— a considerar su cuerpo como bueno y digno de honor, ya que ha sido creado por Dios y ha de resucitar en el último día. Sin embargo, por la herida producida por el pecado, experimenta la rebeldía de su propio cuerpo. Por consiguiente, la misma dignidad del hombre exige que dé gloria a Dios en su cuerpo”*.

D. Sofos: —Pero, yo, ¿por qué he de arrastrar la culpa del pecado que realizaron mis ancestros hace siglos y del que yo no me considero causante?

D. Logos: —Esa es una pregunta interesante, pero esconde un cierto egoísmo, indolencia y vanidad. Todos en nuestras vidas acusamos la ponzoña del pecado, por lo que éste debió adentrarse en el mundo ya desde sus orígenes. El desacato de los planes de Dios abrió las puertas del mundo a tan trágica realidad; el problema es convertir ese pecado en personal. Es evidente que el relato del Génesis es puramente mítico, pero precisamente lo que se ha de intentar, si se es inteligente, por supuesto, es tratar de que ese fondo mítico y que algunos podrían considerar “cuento de hadas” no ciegue la visión interpretalista. Con un símil se aprecia mejor lo que quiero decir: imaginad una hermosa casa en un campo rodeado de espigas y cardos, y vos deseáis acceder a ella. Quizás en un principio la presencia de tan desapetecibles plantas os haga desistir en vuestra empresa, pero si realmente tenéis ímpetu y deseo de realizarla os aseguro que pasaréis por los cardos y las ortigas gracias al simple hecho de pensar en lo que os espera si lográis llegar a la casa.

D. Sofos: —Si yo estuviese realmente interesado en llegar a la casa, no desistiría.

D. Logos: —Antes de continuar, os recitaré de memoria la doctrina sobre el pecado propuesta por el Concilio de Trento: *“Si alguno no confiesa que el primer hombre, Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y la justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira e indignación de Dios y, por tanto, en la muerte con la que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte, es decir, del diablo; y que toda la persona de Adán por aquella prevaricación fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma: sea anatema”*.

D. Sofos: —¡Qué memoria! Pero decidme, ¿no creéis excesivo que la Iglesia de entonces condenara como anatema el no seguir su doctrina sobre el pecado original?

D. Logos: —Por supuesto que no. Si una persona que se considera católica, budista, musulmana o de cualquier otra religión, no sigue sus dogmas fundamentales, en realidad no profesa tal religión; o lo tomas o lo dejas: o sigues practicando esa doctrina o la abandonas, lo que no se puede hacer es aceptar los dogmas que más nos interesen y rechazar los que no nos convienen. Si lo hiciéramos caeríamos en herejía; la doctrina católica no puede ser más expresiva. Posiblemente la forma del decreto nos resulte dictatorial e inquisitorial, pero si lo analizamos detenidamente, el fondo es perfectamente inteligible. Ciertamente también es que la época en la que se celebró el Concilio, a mediados del siglo XVI, la mentalidad era completamente diferente a la reinante en el momento de la convocación del Vaticano I, aspecto que hay que tener en cuenta.

D. Sofos: —Tenéis toda la razón.

D. Logos: —Por su parte, el vigésimo primer Concilio ecuménico, el Vaticano II, nos dice sobre el pecado: *“El hombre, constituido por Dios en un estado de justicia, abusó*

de su libertad desde el mismo comienzo de su historia, por persuasión del Maligno, alzándose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin fuera de Dios”.

D. Sofos: —Las diferencias entre un decreto y el otro son evidentes.

D. Logos: —Bien, ahora contestaré a vuestra anterior pregunta, bastante común entre la gente. Es evidente que nadie puede ser culpable de cuanto otros hicieran por él, porque Dios, siendo infinitamente justo, no lo podría permitir. En primer lugar, ¿quién es realmente Adán, el hombre que según la Biblia cometió ese pecado? En los orígenes, Dios otorgó a los hombres total libertad e inmortalidad. Pero éste, en vez de querer desempeñar su labor de humano, quiso ser un dios, igual que le ocurrió al héroe mítico babilónico Utnapishtim, quien, con la ayuda de Ea, descubrió el árbol de la vida y al comer sus frutos se convirtió en inmortal. Adán y su pareja comieron de los frutos del árbol de la vida, el cual se hallaba en el centro del paraíso. El hecho de que este árbol, portador de la inmortalidad, se encontrase en el centro del paraíso significa que los hombres no precisaban esforzarse para degustar sus frutos, porque Dios ya se los había concedido sin necesidad de tomarlos. En el centro del paraíso también estaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, pero la pareja no podía comer sus frutos. No se sabe exactamente que conocimiento poseía ese árbol.

D. Sofos: —Ambos comieron del fruto prohibido: la manzana.

D. Logos: —Os equivocáis. En el relato bíblico no se especifica qué fruto fue. Sin embargo, la tradición cristiana asoció el término *mallum*, denominación latina de la palabra “manzana”, porque según la doctrina al comer el fruto apareció el mal, en latín *malum*. La tradición popular creyó suficientes esas semejanzas para afirmar que la manzana era el fruto prohibido.

D. Sofos: —Interesante, sin duda.

D. Logos: —Espero que así sea; a mí también me lo pareció la primera vez que leí sobre ello. El mito continúa diciendo que una serpiente invitó a Eva a tomar el fruto prohibido. Esa serpiente es la representación simbólica de la tentación, que indujo a la pareja a rebelarse contra los planes divinos. Eva claudicó junto con su compañero Adán. En conclusión, el hombre, que en castellano se refiere tanto al varón como a la mujer, pecó en un principio.

D. Sofos: —Pero entonces, ¿qué fruta, simbólicamente, comió la pareja; cuál era el poder que obtenían comiendo de la fruta prohibida?

D. Logos: —Muy buena pregunta. Recordemos que había un árbol, el del conocimiento del bien y del mal; por lo tanto, sus frutos abrían las puertas al conocimiento de esos dos conceptos. Sin embargo, en la mentalidad semita, todo “conocimiento” suponía “dominio”. Siendo así, la prohibición de Dios debe relacionarse con un dominio capaz de decidir lo que está bien y lo que está mal. En la mentalidad hebrea esa prerrogativa era de Dios. El pecado humano estriba en que ellos querían convertirse en dioses al intentar decidir lo que está mal y lo que está bien, algo que sólo le incumbe a Dios. Pero no lo consiguieron, y en vez de Dios con mayúscula llegaron a ser “dios” con minúscula, que equivale a ser simplemente un “ídolo”. El hombre constantemente trata de ocupar el lugar de Dios, al creerse legítimo para decidir lo que está bien y lo que está mal. Ese pecado se repite frecuentemente, todos los días y a todas horas: ese pecado engloba y afecta a todos.

D. Sofos: —Es decir, Adán y Eva representan a la humanidad que desde sus orígenes hasta la actualidad cae en la tentación y en el pecado; un pecado colectivo del que todos somos responsables, pues negarlo sería pura hipocresía. Adán sigue haciéndose a través de cuantos individuos integran la humanidad

D. Logos: —Efectivamente. Lo sustancial que hay que entender del mito bíblico es que la primera pareja que supuestamente habitó en el mundo personifica desde un punto de vista científico a la humanidad, que debido a la tentación que brota de su interior, y haciendo uso de la libertad que Dios le concedió, se rebela contra Él para intentar igualarse. Las consecuencias del ejercicio de esa libertad son claras. El hecho de que Adán y Eva fuesen en verdad la primera pareja humana no es en absoluto relevante para la teología, por lo que no me detendré a discutirlo: esa es la labor de los antropólogos, quienes deben saber que la visión bíblica es monogenista, no poligenista; es decir, aquella concepción que supone que Dios infundió vida a una sola pareja a partir de la cual procede el resto de la humanidad. Todo ese esquema hemos de aplicarlo a lo que las ciencias biológicas nos dicen sobre el nacimiento del ser humano, desde el momento en el que se producen los destellos mínimos de inteligencia y racionalidad, habiendo evolucionado este tipo de homínido de los simios. La visión del pecado de origen que tenemos actualmente es una visión *a posteriori*, es decir, formulada mucho tiempo después del desarrollo del acontecimiento, y basado por ello, como se puede deducir, en suposiciones probables. La Biblia, no obstante, si creemos en la inspiración divina que la compuso, guardaría un fondo teológicamente apropiado. Hace alrededor de cinco millones de años, una especie derivada del tronco de los simios antropomórficos (gibones, orangutanes, gorilas, chimpancés), el homínido, tuvo un destello racional que le impulsó a enfrentarse a sus semejantes para obtener más comida, por ejemplo. Supongamos un grupo de ejemplares de esta especie alimentándose de un animal recién cazado, cuando de repente el cerebro de uno de los integrantes de la partida de caza *pensó* que cogiendo un hueso o una rama de árbol asustaría a los demás y les ahuyentaría, para ser el único beneficiario del festín. En realidad, eso sería un pecado, pero es evidente que el homínido primitivo no era consciente de lo que hacía, pues no lo sería hasta muchísimo más tarde. Los autores yahvista y sacerdotal que redactaron respectivamente el segundo y el primer capítulo del Génesis, y cuyos relatos se incluyeron en la redacción definitiva del Pentateuco tras volver del Destierro en Babilonia, creyeron de una manera muy tradicionalista que al principio todo era perfecto, la pareja gozaba de la perfección, la inmortalidad, un trabajo que no era duro, etc., e inmediatamente después de cometer una mala acción, perdieron todas esas dichas. Desde una perspectiva más moderna, entendemos que el hombre, al evolucionar, no obedece a un acto personal, sino a una conjunción de actitudes que se desarrollan lentamente y que desembocan en el afán, mucho más tardío que la época de los primeros homínidos, de igualarse a Dios. Pues ¿no resultaría absurdo que un primitivo hombre, casi mono, ansiase compararse con Dios, en quien probablemente aún no creía, cuando ni siquiera había descubierto el fuego o inventos tan rudimentarios y básicos como ése?

D. Sofos: —Ciertamente, no sería lógico suponerlo.

D. Logos: —Espero que vuestra pregunta haya quedado resuelta.

D. Sofos: —En efecto, me he percatado de que ese pecado todos lo llevamos dentro, estemos en la época en que estemos, y no podemos ignorarlo. Los anónimos que escribieron el Génesis atribuyeron el origen del pecado al ansia de igualarse a Dios, pero hoy comprendemos que la forma del relato bíblico resulta excesivamente reduccionista y

tradicional, no pudiéndose encuadrar en el marco de los conocimientos antropológicos y científicos que tenemos actualmente. Pero respondedme: ¿los niños nacen ya con el pecado?

D. Logos: —Sí. El dogma católico, el cual sigo, proclama que el pecado se adentra en todo ser humano desde que éste comienza a existir. Sencillamente, la actitud orgullosa y cercana al pecado todavía no se ha desarrollado. Podéis comprobar como el niño por naturaleza es egoísta y perezoso. Aparte de papá y mamá la primera palabra que aprende a decir es “mío”, y antes que “sí”, “no”. El bautismo sería como el injerto que se aplica a las naranjas amargas para hacerlas dulces. Evidentemente, nadie responsabiliza a los recién nacidos del pecado, pero tampoco nadie puede negar que como humanos comparten la actitud pecadora de los hombres.

D. Sofos: —El pecado sería, pues, el desequilibrio entre el pensar y el vivir; entre el deseo de paz y la constante aparición de guerras.

D. Logos: —¡Magnífico, lo habéis entendido a la perfección! Para afrontar ese pecado también Dios, en su infinito amor, nos ha enviado una solución: Cristo.

D. Sofos: — “*Dichoso seas Cristo porque por tu Cruz redimiste al mundo*”; ¡cuánto simbolismo encierra la cruz! ¡Quién se lo iba a decir a los romanos, que la utilizaban como medio de ejecución de los reos que no tenían la ciudadanía romana por lo ignominioso que es morir en ella!

D. Logos: —Exacto. Él es la muestra más factible de la atención que Dios Padre nos dispensa, al enviarnos a su Hijo para morir a causa de nuestro pecado. Todos nacemos con la semilla del pecado original u origen del pecado, como se quiera llamarlo; todos excepto la Santa Virgen María, cuya Inmaculada Concepción así lo explica. Este último dogma puede resultar infundamentado, pero si alguien se considera católico debe aceptarlo. La bula *Ineffabilis*, concedida por Pío IX, el papa que más años ha permanecido en el pontificado hasta el momento, en 1854...

D. Sofos: —treinta y dos en total.

D. Logos: —Exacto. El Concilio Vaticano II nos responde a esta clase de dudas de una forma magistral: “*La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original*”, aunque en este caso, está claro que la referencia más concreta sobre este aspecto se encuentra en la bula original de Pío IX, en donde se trata el porqué de la decisión adoptada por el Pontífice romano.

D. Sofos: —Recuerdo una frase que no sé en donde leí ni cómo aprendí sobre el papa: “*Romanus Pontifex potest ac debet cum progresso, cum liberalismo et cum recenti civilizacione sese reconciliare et comparare*”. “*La potestad del Romano Pontífice se debe reconciliar y cumplirse con progreso, con liberalismo y con la mentalidad de la civilización actual*”.

D. Logos: —Bien. Como dice San Pablo en su epístola a los Romanos: “*Así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos*”. Así pues, sigamos comentando los demás principios de la Revelación cristiana, que no tiene, como muchos consideran, menos mérito o menos veracidad que la razón. Nos detendremos ahora en uno de los más consoladores: el mal injusto no tiene la última palabra. El hecho más significativo lo encontramos en la venida de Cristo, ya aludida, que nos da esperanza porque el

sufrimiento se padece con Cristo y en Cristo. Una vez hayamos abandonado el cuerpo, instrumento del pecado, y ascendido al auténtico paraíso, el cual se localiza en los cielos, estaremos junto a Dios Padre y el pecado, verdadero mal, no tendrá cabida. La resurrección de Cristo es la victoria definitiva sobre el dolor y la muerte. La vida en esta tierra es sólo pasajera, ya que el finalismo cristiano nos habla de un gozo eterno en el cielo mucho más trascendente que vivir plácida y cómodamente en este mundo.

D. Sofos: —Por ello son absurdas las objeciones hechas contra el cristianismo a propósito de la existencia del mal. Serían válidas si ese mal fuese definitivo, pero la Revelación nos dice que no es eterno: únicamente aparece en la tierra, en el mundo, pero como nuestro destino no es instalarnos perfectamente en el mundo, sino ascender al cielo, la presencia del mal en la tierra no puede plantearse como prueba contra Dios.

D. Logos: —Fantástico. Veo que el escepticismo que mostrabais al comienzo de la lección ha ido desapareciendo paulatinamente. El siguiente principio revelado dice que Dios tolera el mal para sacar bienes superiores. Una vez que el mal apareció en el mundo, Dios prefirió, en lugar de hacerlo desaparecer, aprovecharlo para sacar bienes superiores de él. Por ejemplo, con respecto al mitificado terremoto de Lisboa de 1755 que se usó para refutar las teorías de Leibniz optimistas sobre el mal; reconocemos la catástrofe que supuso y el alto número de víctimas que produjo, pero observémoslo desde una óptica, al igual que la de Leibniz, optimista. Los desastres y los damnificados que creó sirvieron para que las casas se reconstruyeran utilizando métodos más modernos, la gente cooperase en reconstruir la ciudad y todos aprendiesen a convivir mejor en comunidad. Evidentemente, los males fueron quizás excesivos, pero los bienes superiores que se experimentaron también merecen la más alta consideración.

D. Sofos: —Recuerdo ahora las palabras de San Agustín que ayer por la noche leí en lugar de dormir: *“Dios ha juzgado que sacar el bien del mal es mejor que no permitir la existencia de algún mal”*.

D. Logos: —Fijaos, D. Sofos, en cuán grandes son la omnipotencia y la bondad de Dios que incluso del mal puede sacar bienes superiores. Lo que nos falta es perspectiva, poder entender que lo que Dios permite tiene una lógica que no podemos llegar a apreciar, por nuestra poca fe. ¿Véis, Sofos, como la fe también es muy necesaria?

D. Sofos: —Por supuesto, y más en estos casos.

D. Logos: —Finalmente, una afirmación que ya hemos podido advertir sobradamente en el desarrollo de esta lección: el verdadero mal es el pecado. El pecado es el precio de la libertad. Los riesgos que ha sufrido Dios son muestra del infinito amor que Él nos tiene, porque sólo de la libertad se desprende el auténtico amor: donde no hay libertad, no hay amor verdadero. Una persona que permitiese la esclavitud podría creerse ingenuamente que el trato cortés de sus esclavos fuese muestra del amor que por él profesaban, sin darse cuenta de que esa actuación sólo es un mero fingimiento provocado por la coacción y el miedo del esclavo a ser castigado. Sin embargo, si ese esclavo fuese un empleado que recibe remuneración por su trabajo y no es obligado a hacerlo, podría perfectamente suponerse que su amor fuese verdadero.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Ahora, para terminar esta lección, pues ya ha sido suficiente por hoy, voy a contados una historia. Esta historia se centra en un lugar, protagonista de fábulas y fantasías, misterio aún vivo que espero no se resuelva, objeto de....

D. Sofos: —¡La Atlántida!

D. Logos: —Sí, la Atlántida. El motivo por el que la he seleccionado como apropiada para el tema que nos concierne es el precio que tuvieron que pagar los habitantes de tan mítica ciudad por querer igualarse a Dios.

D. Sofos: —¡Fascinante! Desde que era muy pequeño he admirado el mito de la Atlántida, siendo partícipe del romanticismo que en torno a ella se crea.

D. Logos: —Bien, como sé que estáis muy interesado en conocer qué era la Atlántida y en que os aproxime a un ligero esbozo de su historia, empezaré por explicados el relato de Platón sobre ese paraíso ideal: la Atlántida. En los diálogos *Timeo* y *Critias* el célebre filósofo griego Platón nos cuenta un asombroso relato que, según él, le fue a su vez transmitido por un sacerdote egipcio al sabio Solón de Atenas hacia el año 560 a.C. Este sacerdote dijo a Solón que la Atlántida fue creada mil años antes que Egipto, al cual en esa época se le atribuía una edad de ocho mil años, por lo que Platón situó la Atlántida nueve mil quinientos sesenta años antes que él. En su narración, Platón nos dice que la Atlántida se localizaba más allá de los pilares de Hércules, cuyo nombre actual es el Estrecho de Gibraltar. Su tamaño era igual al de Libia, denominación que entonces se daba a todo el norte de África, y Asia Menor, la actual Turquía, juntas. Platón también nos dice que la Atlántida fue destruida por la ira de Zeus nueve mil años antes de que él naciese; en un solo día y una sola noche. Recientes pruebas arqueológicas relatan que hace aproximadamente once mil quinientos años hubo un fuerte cataclismo en el océano Atlántico. Las fechas son concluyentes: Platón vivió hace dos mil quinientos años, cifra que, sumada a los nueve mil años antes que según él existió la Atlántida, da un resultado de once mil quinientos años.

D. Sofos: —Asombroso. Una geóloga norteamericana afirmó que, debido a la desaparición y hundimiento de la Atlántida, unas corrientes cálidas acumuladas en el Golfo de México pudieron llegar hasta Europa y a Atlas y acabar así con las últimas glaciaciones, cuyas fechas de extinción coinciden con las de la Atlántida.

D. Logos: —En efecto, es una de las teorías más modernas y recientemente formuladas. Cuando el hombre aún iba vestido con pieles y no se guiaba por la racionalidad, los espíritus de la Atlántida se unieron para crear un reino en el que el saber, la ciencia, la cultura y la tecnología fueran su principio. Los atlantes llegaron a rozar de tal modo la perfección, que desearon ser dioses. Furiosos los dioses, destruyeron su ciudad y su imperio. El gran palacio de la capital atlante fue construido por orden de Atlas, el hijo de Poseidón. El mármol y los bloques de colores se extrajeron de las canteras del continente-isla. Los arquitectos que lo diseñaron se fijaron en el cielo y en la Naturaleza. Como cada uno de los reyes que subió al trono siempre quiso superar a sus antecesores, el palacio terminó por verse cubierto de láminas de oro, que lo hacían refulgir más que el propio sol. Con el fin de prevenir cualquier tentación, el palacio acabó siendo rodeado por tres grandes murallas: la primera de estaño, la segunda de latón y la tercera de cobre brillante. Platón resumió todo su esplendor con una frase: *“La riqueza que poseían los reyes de la Atlántida era tan inmensa que jamás se ha visto ni se verá nada igual en otra parte de la Tierra”*. El templo de Poseidón había sido edificado con un esplendor similar al del gran palacio. Cumplía todas las funciones más importantes: reunión del pueblo para celebrar cultos religiosos y punto de encuentro de grandes dirigentes para tomar decisiones e impartir justicia. El continente-isla era gobernado con gran sabiduría. Como se disponía de alimentos para todos, al mismo tiempo que se podía comerciar con los sobrantes, puede decirse que no era conocida la pobreza. De nuevo

Platón resume lo que en aquel paraíso ocurría con una frase: “*A lo largo de muchas generaciones los atlantes fueron gentes cordiales e inteligentes, cuya nobleza de corazón les permitió recibir algunos extranjeros, a los que trataron generosamente*”. No tenían motivos para creer que su suerte cambiaría, por lo que, empeñados en superarse, rozaron la perfección. ¿Es posible llegar más alto cuando se ha alcanzado la cima del mundo?

D. Sofos: —Para un hombre no, para un dios sí.

D. Logos: —La Atlántida gozó de siglos de esplendor y lujo, hasta que en su deseo permanente de superarse se convirtió en un continente de guerreros. Nunca lo había sido. Pero los atlantes aprendieron la peor lección de la civilización humana: la guerra. Contratando a mercenarios, dominaron a todos los países del Mediterráneo. Con la guerra llegó la ambición y se extendió la llama de la lujuria entre quienes antes fueron moderados. Los dioses llevaban años enviándoles diversos mensajes de advertencia, mediante oráculos, muertes de hijos recién nacidos, etc. Todo esto hizo que los atlantes se olvidaran de los templos. Y un amargo día, el propio Zeus, rey de todas las divinidades del Olimpo, se encargó de celebrar una reunión para decidir la suerte de la Atlántida. En un solo día y una sola noche desapareció. El hecho de que Platón dejase su relato sin concluir cuando hablaba de la destrucción final hizo creer que escribiría más adelante, sirviéndose del *Hermócrates*.

D. Sofos: —No podemos ignorar la relación existente entre el mito de la Atlántida y el antiguo Egipto.

D. Logos: —En efecto. Cuando Napoleón llegó a Egipto en su histórica expedición, se hizo acompañar por un equipo de ciento sesenta científicos y sabios que describieron y exploraron el país, llevándose a Francia cuanto encontraron interesante. Durante una campaña en los desiertos del sur, el General Desaix ordenó a su ejército que se detuviera para descansar. De repente, cuando los soldados dejaron su munición sobre la arena al descargarla, ésta se la tragó misteriosamente. Así se pudo identificar un pozo negro, al que se asomaron los sorprendidos soldados. Como la luz del sol les permitió descubrir los contornos de una estancia de piedra, dos de ellos se atrevieron a descender llevando unos fósforos. Al llegar, pudieron ver algo que llevaba oculto veinticinco o treinta siglos. Desaix descendió a la cámara y cuando vio todo avisó inmediatamente al emperador. El hallazgo era de importante valor arqueológico: una de las cámaras del fabuloso templo de Dendera. Semanas más tarde, el vizconde Denon se encargó de realizar una serie de dibujos del techo de la sala principal. El vizconde entregó los dibujos efectuados al Museo de El Cairo, y de allí fueron transportados hasta París. El techo de la gran cámara de Dendera pintado por el aristócrata Denon ofrecía un zodíaco de tres metros y sesenta centímetros de largo por dos metros y cuarenta centímetros de ancho, a la vez que tenía un grosor de noventa centímetros y un peso de sesenta toneladas. Ante la imposibilidad de trasladarlo en una sola pieza, se encargó a Lelorrain que lo cortase; tarea que llevó a cabo con gran habilidad, aunque borró algunos fragmentos de las inscripciones en caracteres jeroglíficos alusivos al gran cataclismo: cinco líneas quebradas representando que el agua había causado la tragedia mayor, ya que cuando aparecen tres líneas se evocaba la crecida del Nilo, mientras que con cinco se indica un diluvio. Este edificio religioso fue reconstruido, hasta seis veces, sobre los cimientos establecidos por los “hijos de Horus”, que han sido considerados como algunos de los supervivientes de la Atlántida, los cuales habrían llegado a Egipto muchos siglos atrás. Un papiro de la época del faraón Khufu, durante cuyo reinado se construyó la Gran Pirámide, prueba que

el templo de Dendera fue construido de nuevo siguiendo los planos dejados por los “hijos de Horus” en unas pieles de gacela que estaban en la cámara del monarca.

D. Sofos: —No hemos de olvidar que todo lo que estáis relatando no es más que una mera hipótesis, porque yo, profundo aficionado a la egiptología, lector incansable de textos redactados en caracteres jeroglíficos y gran estudioso de la historia y la cultura de tan brillante civilización, especialmente de la etapa predinástica, no he encontrado alusiones al mítico continente.

D. Logos: —Por supuesto, yo sólo me estoy limitando a narrar la historia. Soy consciente de vuestra erudición en egiptología, y de vuestro reconocimiento por los trabajos publicados al respecto. Sigamos. Hay un rasgo significativo que relaciona la Atlántida y Egipto: la figura de Osiris. Varios autores coinciden en afirmar que al ocurrir el gran cataclismo los sacerdotes atlantes, habiéndolo ya presentido, evacuaron a la población en barcas inmundibles.

D. Sofos: —¿Existen esas barcas?

D. Logos: —No lo sé, únicamente me estoy limitando a exponer los datos que he leído. Esas barcas eran llamadas “*mandjit*”. En un *mandjit* huyeron Osiris, Isis y Horus. Llegaron hasta la “Tierra del Poniente”, Magreb.

D. Sofos: —Marruecos en árabe, además del término que designa la cuarta oración del día.

D. Logos: —¿También sabéis árabe?

D. Sofos: —Por lo menos lo intento estudiar.

D. Logos: —Así pues, desde la costa marroquí anduvieron en un largo éxodo hasta el primer oasis fértil tras atravesar el inmenso Sahara: el Nilo.

D. Sofos: —Otras teorías, como las de Deruelle, nos plantean la posibilidad de que, sabiendo que el cataclismo ocurriría, los sabios y el rey de la Atlántida se reunieron para decidir a quién donar su sabiduría. Eligieron Egipto. Allí mandaron al más sabio atlante, Imhotep, literalmente, “el que vino en paz”, participio perfectivo activo...

D. Logos: —Éste, tras vivir en Egipto como uno más, midiendo la crecida del Nilo e inventando el calendario, consiguió hablar con el rey Zoser, que por entonces reinaba en el país del Nilo, contándole todo lo que su monarca había decidido. El soberano egipcio aceptó. Así, Egipto se convirtió en la gran civilización que aún hoy en día sigue siendo enigmática.

D. Sofos: —Meras suposiciones fantásticas y esotéricas. Opto por despreciarlas, carecen del más mínimo rigor científico.

D. Logos: —Por favor, no seáis tan implacable. Hemos hablado de Egipto, pero ¿y Creta y Tera? Supongamos que Platón se hubiese equivocado al decir que la Atlántida estaba a tres mil millas de Grecia en lugar de a trescientas. Si así fuese, la Atlántida se encontraría en el Egeo. En Tera, hacia el 1500 a.C., acaeció un impresionante cataclismo, del cual un sacerdote egipcio describió. Asimismo, en Creta existió una esplendorosa civilización con grandiosos palacios, cultura, tecnología y poder. Según Platón, la armada atlante sólo había sido vencida por la ateniense; lo mismo ocurrió a la flota cretense. La Atlántida dirigía un fructuoso comercio y tenía grandes bosques y campos verdes, al igual

que Creta y su cultura minoica. Más parecidos podríamos añadir, aunque también diferencias. La Atlántida era mucho más grande que Tera o Creta. Las fechas no coinciden, y tampoco hay paralelo en la Creta minoica de la muralla que según Platón rodeaba la ciudad.

D. Sofos: —Por último, os queda hablar sobre la relación entre América y la Atlántida.

D. Logos: —Algo que no he olvidado. Tras el gran cataclismo los atlantes emigraron llevando consigo su cultura, leyes y saber allí donde se establecían. Precisamente eso ocurrió en el continente americano. El misterioso puerto andino de Tiahuanaco se dice fue construido por gigantes portadores de asombrosos conocimientos. En esa época, el mar llegaba hasta Tiahuanaco, a una altura superior a la del lago Titicaca. Tras estos gigantes, un dios de color blanco ofreció a los salvajes de allí su sabiduría. Los nativos la rechazaron y fueron destruidos. Pero los atlantes llegaron hasta México, Guatemala y Perú; justamente donde nacieron las grandes culturas maya, mexica e inca. Los cálculos matemáticos y astronómicos de los primeros todavía hoy nos sorprenden.

D. Sofos: —Así como el parecido entre las pirámides egipcias y las mayas...; la gente que formula esas teorías vagas, imprecisas, fáciles y poco sólidas olvida que la antropología ha abandonado, en su mayor parte, las ideas difusionistas, y ahora se habla de “sustratismo” o “autoctonismo”, realidades virtuales que todos los hombres, estén donde estén, poseen y se asemejan.

D. Logos: —Cierto, pero permitidme continuar exponiendo el tema. Según se cree...

D. Sofos: —Mejor dicho, Según creen algunos.

D. Logos: —... Tiahuanaco desapareció hacia el año 4000 a.C. El arte era de una calidad inigualable y la gente sospechosamente culta. ¿Podría ser Tiahuanaco una colonia comercial atlante, como lo pudo ser Creta o Egipto?

D. Sofos: —A mi juicio no, pues ya conocéis mi postura.

D. Logos: —Podríamos citar numerosas curiosidades con respecto a la Atlántida, pero quizás sea un poco tarde para continuar.

D. Sofos: —Por mí no hay inconveniente alguno en seguir con la lección.

D. Logos: —Bien, si es así, prosigamos. ¿Sabéis quién fue Piri Reis?

D. Sofos: —No, disculpadme.

D. Logos: —En absoluto. Os lo explicaré: Piri Reis era un comandante turco que hacia 1523 elaboró unos mapas en los que situaba la Atlántida en la Antártida.

D. Sofos: —Se ha especulado con Escandinavia, Canarias, las Azores..., pero ¿en la Antártida?

D. Logos: —Resultará extraño, pero así es.

D. Sofos: —Más que extraño, extrañísimo.

D. Logos: —La precisión milimétrica de los mapas ha hecho creer que el marino otomano copió los mapas de antiguos sabios, cuya procedencia original se remontaría a la mismísima Atlántida. Por otra parte, en 1926 el conde Byron Kuha de Protok emprendió una serie de excavaciones en el Sahara, en la región montañosa de Hoggar, en el centro del desierto. Allí descubrió lo que se conocería como la tumba de la reina Tin Hinan, para los tuaregs la última soberana de la Atlántida. Quizás sea ese el motivo por el cual su tumba se encontró repleta de piedras preciosas, oro y joyas exquisitamente talladas y engarzadas, además de estatuillas que recordaban a las registradas en yacimientos prehistóricos y, sobre todo, al esqueleto de una mujer joven, casi una adolescente, tumbada sobre un costado.

D. Sofos: —Realmente asombroso.

D. Logos: —Cierto. Mi conclusión personal sobre la Atlántida espero sea clara: a pesar de que Platón afirmó reiteradamente que la Atlántida había existido con total certeza, pienso que Platón pretendía avisarnos, para lo que recurrió, además de a la narración del mito, a asegurar su autenticidad, para así resultar más sugestivo y crear más temor entre los hombres.

D. Sofos: —Pero ¿de qué quería avisarnos?

D. Logos: —Del pecado que cometemos al intentar ser tan perfectos como Dios, al tratar de ignorarlo. Evidentemente, Dios no nos castigaría, pero las consecuencias de caer en el pecado son las que hemos visto cuando hablábamos del pecado original: un alejamiento de Dios. En realidad, todos somos la Atlántida, todos ansiamos endiosarnos y poseer el conocimiento sobre el bien y el mal. El verdadero mal, como ya se ha dicho, es el pecado, y el hombre es la causa del pecado. Adán, que en realidad es el hombre como concepto colectivo, y su pareja Eva fueron tentados y comieron la fruta que abría las puertas al conocimiento del bien y del mal, algo prohibido por Dios, porque ese conocimiento supone un dominio, una autoridad que no le compete al hombre, pues ¿quién debe decidir lo que está bien y lo que está mal?

D. Sofos: —Sin duda alguna, Dios. El gran error del hombre fue intentar decidir lo que era malo y lo que era bueno, introduciéndose en tareas de incumbencia divina. Dios es el árbitro supremo de la moralidad, el veredicto corresponde a Dios. Lo único que consiguió ser el hombre es un “dios” con minúscula, un ídolo. Su pecado consistió en proyectar ocupar el lugar que Dios se ha reservado para sí mismo desde un principio.

D. Logos: —Cierto es que no os he aclarado quién introdujo la tentación primera que abrió las puertas del pecado a los hombres, pero hemos de suponer, ya que son aspectos que no se pueden explicar racionalmente...

D. Sofos: —Y la Revelación sólo nos dice que apareció desde el principio.

D. Logos: —Exactamente. Como decía, hemos de suponer que la propia presencia del cuerpo, materia pura, conlleva la aparición del pecado, como simple resultado de la imperfección humana y de la libertad por Dios otorgada.

D. Sofos: —No es excesivo el precio que hemos tenido que pagar por gozar de la libertad, pues, como ya dijisteis, el verdadero amor sólo nace de la libertad.

D. Logos: —Absolutamente cierto.

D. Sofos: —Habéis de perdonarme, pero me ha surgido una pregunta, espero sea la última.

D. Logos: —Decidme de qué se trata.

D. Sofos: —En la lección me habéis dejado totalmente claro que Dios no actúa mágicamente en la Tierra, los males que nos acontecen no son producto del castigo divino, como muchos adivinos, hechiceros y apocalípticos pretenden. Sin embargo, siento mágicamente la presencia de Dios, muestra de lo cual es la oración, mediante la cual cada noche pido a Dios por todo el mundo, como aconseja la Biblia, y que actúe en ciertas ocasiones. Soy consciente de que teológicamente no tiene cabida su actuación, a la que atribuimos nuestros éxitos y a veces nuestros deslices. Pero ¿a qué se debe?

D. Logos: —Os responderé con una frase presente en numerosas ediciones de liturgias, manuales de teología práctica o libros de historia eclesiástica: “*Porque nuestras alabanzas nada añaden a Tu Grandeza, pero Tú nos las inspiras para nuestro bien*”.

D. Sofos: —Sugestiva y apropiada respuesta.

D. Logos: —Estando ya conclusa la lección, podéis ir a vuestra casa.

D. Sofos: —Así lo haré, no sin antes mencionar un comentario que leí en un análisis literario de los muchos que se publican sobre una novela corta, la más característica y perfecta de la narrativa de su autor, Miguel de Unamuno, titulada *San Manuel Bueno, mártir*, mártir porque sufre la duda de todos, e identificado con Moisés, en la legendaria aldea de Valverde de Lucerna; el autor propone como fondo en torno al que gira toda la novela sus dos grandes obsesiones: la inmortalidad y la fe.

D. Logos: —Cierto.

D. Sofos: —Estas obsesiones se plantean desde el enfoque de la alternativa entre la verdad trágica de los existencialistas Sartre y Camus y la mentira consoladora o felicidad ilusoria por la que él parece decantarse. ¿Qué pensáis vos?

D. Logos: —Un rápido comentario para marcharnos ya: no hay mentira consoladora ni verdad trágica; hay verdad consoladora.

Y diciendo esto, los dos nos marchamos a nuestras casas. Medité luego, antes de acostarme, y me dije a mí mismo qué habría pensado un observador que nos hubiese visto debatir sobre temas tan metafísicos, pero al mismo tiempo tan necesarios. “Quizás imaginen que están solucionando los problemas del mundo y de los hombres”, como frecuentemente se comentaba en el vecindario cuando yo, repleto de libros bajo el brazo, me dirigía hacia la academia o a pronunciar alguna conferencia. Lo resume la frase de Bacon, quien también era filósofo: “Los filósofos establecen leyes y normas para utópicas comunidades humanas; sus razonamientos son como las estrellas, que dan muy poca luz, porque están muy altas”. La gente tiene una idea errónea de los filósofos: no pretendemos transformar nada, ni siquiera explicarlo, pues esa tarea compete a los científicos, sólo queremos buscar el porqué, aunque en el intento participe nuestro espíritu crítico.

*Si de un bien debido,
vos me priváis,
quizá también sepáis
que un mal ha ocurrido.*

*Recurro a la razón
para explicar tal concepto,
mas al no quedar contento,
busco en la Revelación.*

*Dios no quiso el dolor,
pues todo es bien lo que ha creado,
pero el hombre en tentación cayó.*

*Aunque todo pueda resultar terror,
Cristo nos enseñó que el mal no ha ganado
y el pecado nunca venció.*

CAPÍTULO III: SOBRE EL ALMA

Temprano decidí ir a buscar a D. Sofos, poco después de haber amanecido, pues en los días de verano conviene más dormir al mediodía y trabajar al alba que despertarse tarde aun estando en vacaciones, porque aquí el calor es agobiante. El frescor de la mañana y las gotas del rocío motivaban comenzar una nueva lección no muy extensa a primera hora. D. Sofos, ya despierto, ansiaba mi llegada, y advirtió mi presencia desde el balcón de su dormitorio. Según me contó mientras íbamos a la academia, había empleado toda la noche en revisar y ultimar su trabajo más reciente, *De Aegypti rebus*, redactado en latín, y en donde se da cuenta de los tres mil años de historia transcurridos desde el reinado del primer gobernante hasta la ocupación romana, con otras cosas dignas de ser contadas, como las bases teológicas de la religión egipcia, lecciones fundamentales de gramática de egipcio clásico en sistema jeroglífico y una descripción muy precisa de la geografía de aquel país. Algo más de trescientas páginas componían tan interesante obra, que al parecer llevaba escribiendo desde hacía cinco meses. Era un ligero esbozo de la cultura egipcia, y, aunque no innovadora en su género, incluía los descubrimientos y las teorías más recientemente formuladas. Su objetivo, tal y como él me decía, era convertir su trabajo en un manual para todos los estudiantes universitarios de egiptología, una de sus grandes pasiones. El soporte bibliográfico lo había obtenido de la magnífica colección del barón D. Teórico de Elfos, ilustre orientalista que residía en nuestra misma ciudad. Dicen las fuentes, siempre algo imprecisas y exageradas, que posee más de diez mil libros sobre egiptología, veinticinco mil sobre filosofía, teología y estudio de la Biblia, mil doscientos sobre lingüística, en especial sobre lenguas orientales, mil diccionarios y treinta y dos mil obras dedicadas a la ciencia, la matemática y la Historia. Sin embargo, mi siempre muy exacto D. Sofos, dice haber contado un total de cuarenta y cuatro mil doscientos veintidós títulos en el fichero. Pese a estas restricciones, el valor de su inmensa biblioteca no puede ser menospreciado. La investigación de D. Sofos ha sido supervisada por D. Arisplato de Filono, célebre arqueólogo. La alegría que mi estimado alumno permitía notar era comprensible, pues qué escritor no se siente cumplido cuando publica un volumen, sea el primero o el décimo; y más tratándose de un infante de ocho años. De poco servían mis bienintencionadas exhortaciones para que no dedicase todo el resto del estío a escribir una nueva obra, máxime siendo en latín y sobre Historia, en lugar de descansar antes de reincorporarse a su frenética actividad. Si mal no recuerdo, su título es *Gesta physicorum*, tal y como su nombre precisa, sucesos de la Física que marcaron el desarrollo de esta ciencia, mencionando los grandes y célebres descubrimientos, como los realizados por Copérnico, Galileo, Newton, Planck, Röntgen, Becquerel, Einstein... Sin duda alguna, de sumo interés, pero excesiva para su autor, a mi juicio.

Como acostumbraba, D. Sofos fue leyendo el periódico mientras andábamos hacia la academia. Cuando nos disponíamos a cruzar el río que separa la polución de la pequeña pero dinámica ciudad en la que ambos habitamos del remanso de paz y refugio de los filósofos, pensadores, intelectuales y contemplativos de la comarca, a través de un hermoso puente construido por los romanos siglos atrás, mi alumno me detuvo, cogiéndome del brazo. Al preguntarle cuál era el problema, me respondió que en la sección de ciencia y tecnología aparecía un hecho desconocido, cuando menos curioso: al medir la masa del cadáver de un fallecido minutos antes de morir e inmediatamente después de dejar su corazón de bombear sangre al resto del cuerpo, se pudo comprobar cómo ésta había disminuido ligeramente, escasos treinta gramos. Muchos coincidían en atribuirlo a la separación del alma del cuerpo; los más escépticos preferían suponer un

hecho casual. Lo único que hice fue musitar para mi embozo una pequeña risa, provocaba por tan elocuentes explicaciones. D. Sofos me miró sorprendido por cuántas ingenuidades se pueden publicar en los periódicos, aunque si lo miramos con optimismo, ya teníamos materia para la lección de hoy.

Una vez hubimos llegado a la academia, nos saludó un extraño personaje, llamado Teófilo de Sumas, hombre de tez pálida y aspecto nórdico, ataviado de forma bastante tradicional, así como con una chaqueta negra y una camisa oscura que llamaban la atención en un día tan caluroso. Decía ser adventista del Séptimo Día, secta de origen norteamericano fundada en el siglo XIX, y muy conocidos por sus fallidos pronósticos del Fin del Mundo. Negaban la inmortalidad del alma y el infierno, y descalificaban tanto a la Iglesia Católica como a las protestantes. Afirmaba haber leído todas las obras de D. Sofos y haber pronosticado y predicho que marcaría de una forma muy especial la Historia de nuestro continente. Pero sus disertaciones trascendían de ese ámbito, afirmando que su nacimiento estaba ya escrito en textos proféticos y sapienciales. Opté por pedirle que se marchara de aquel lugar, porque era bastante incómodo para los dos que se nos imprecaba de tal manera, sobre todo si se pronunciaban semejantes disparates. Me asustaba que mi alumno acabase profundamente agobiado por la aparición de individuos de ese talante, especialmente si le sugirió se apartase de la religiosidad católica, que desde su punto de vista representa todo lo antiguo, medieval y negativo de la sociedad. Gracias a Dios, D. Sofos posee la suficiente madurez como para decidir qué hacer, qué creer y con qué fe comulgar. Finalmente conseguimos de tan peculiar señor abandonase nuestra compañía, y así poder empezar la clase con la total normalidad:

D. Logos: —No creáis en adivinos, futurólogos y semejantes, porque ya nos dice Jeremías, *“No prestéis oído a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros encantadores, que os hablan diciendo: no serviréis al rey de Babilonia. Porque ellos os profetizan mentira, para haceros alejar de vuestra tierra, y para que yo os arroje y perezcáis”*.

D. Sofos: — *“La presunción de saber lo futuro es una especie de rebeldía contra Dios y una loca competencia con su eterna sabiduría, la cual permitió que la prudencia humana pudiera conjeturar, pero no adivinar, para tenerla más sujeta con la incertidumbre de los casos”*, como decía D. De Saavedra Fajardo muy acertadamente. Qué absurdo por mi parte sería creer a tales personajes que dicen vaticinar cosas que luego no ocurren, y que porque ocurran una sola vez creen tener poderes que ningún ser humano puede tener.

D. Logos: —Bien, continuemos. Como hemos podido leer en el periódico, algunos atribuyen la diferencia por defecto de masa corporal entre el momento anterior al fallecimiento y el inmediatamente posterior a la defunción a la separación del alma del cuerpo.

D. Sofos: —No entiendo cómo se pueden emitir tales disparates, pues si el alma pesase, ya no sería alma espiritual, sino materia. Y recordemos que el motivo de la oposición de la Iglesia Católica a la doctrina marxista se debe a que esta última reduce al hombre a la pura evolución de la materia, y carente de alma, personal e individual, podría ser utilizado para cualquier fin.

D. Logos: —Me alegra que propongáis argumentos tan convincentes, lógicos y filosóficos. Ciertamente, son espirituales las manifestaciones que tienen los atributos opuestos a la materia y trascienden de ella, como el alma humana. El alma, como debe deducirse, no proviene de la materia.

D. Sofos: —Antes de todo, me gustaría que aclaraseis qué diferencia hay entre alma y espíritu.

D. Logos: —Bien. La doctrina de la Iglesia Católica señala que espíritu significa que el hombre está ordenado desde su creación a su fin sobrenatural, y su alma es capaz de ser elevada gratuitamente a la comunión con Dios, sin introducir dualidad en el alma. El espíritu es aquello que existe en el hombre y que no es mensurable ni sensible. El ser humano posee una capacidad de conocer realidades no sensibles y abstractas. Como dice San Pablo en su primera epístola a los Corintios: *“Pues si hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida”*.

D. Sofos: —Es decir, que se abstraen de la materia, o lo que es lo mismo, que son espirituales.

D. Logos: —Exacto. El principio que sea capaz de formar tales conceptos debe ser intrínseco al hombre, y debe ser algo que trascienda del ámbito de la materia, del cuerpo.

D. Sofos: —Sin embargo, la imagen...

D. Logos: —Acertada observación. Es un caso diferente. La imagen, aun siendo un concepto y una realidad abstracta, al ser una representación sensible de las cosas materiales, ha de tener alguno de los atributos de la propia materia. El hecho de que pueda distinguir la imagen de una casa determinada con respecto de la de otra vivienda quiere decir que, si bien es capaz de proyectar los distintos colores, formas y tamaños, debe poseer atributos materiales.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Fijaos, Sofos, en por qué vuestra alma es en su totalidad individual y personal y no puede ser transmitida mediante la genética. Los diversos y variados conocimientos y experiencias que adquirís durante vuestra vida, ¿son acaso heredados por vuestros descendientes o, por el contrario, no van encerrados materialmente en los genes?

D. Sofos: —Es evidente que esos conocimientos no son heredados por mis hijos, como yo no he heredado los que mis padres adquirieron en su tiempo.

D. Logos: —Si esos conocimientos pudiesen ser transferidos, creedme, Sofos, que seríamos animales, porque los animales son los únicos que pueden comunicar a la siguiente generación todo lo que conocen por instinto. Lo que un perro pueda aprender por adiestramiento en casos concretos tampoco obedece a la posibilidad de que el animal pueda captar una realidad abstracta y espiritual, pues el conocimiento obtenido por él se debe únicamente a la asociación de imágenes y sensaciones y no al razonamiento y la inteligencia. El que un chimpancé, como se ha descubierto, pueda usar cañas o ramas para capturar hormigas o incluso pueda pronunciar algunas palabras aisladas no responde en absoluto a la presencia en él de racionalidad, sino a la memoria asociativa, pero siempre

restringida y estandarizada. Recordad que los animales se mueven por instinto, no por pensamiento y razón. Saben lo que deben hacer incluso antes de experimentarlo, como por ejemplo una cría de cocodrilo conoce que debe ir al medio acuático inmediatamente después de salir del cascarón. Todos los ejemplares de una misma especie nacen con los conocimientos intrínsecamente, sin haberlos obtenido por la experiencia. En el hombre el aprendizaje de esos conocimientos se basa en la experimentación.

D. Sofos: —Otra prueba más que demuestra la existencia del alma es el empleo por los hombres de un lenguaje simbólico.

D. Logos: —En efecto. El que el hombre use palabras como símbolos para designar objetos materiales o abstractos, como silla, ventana, alegría, elefante, etc., supone la existencia de un significado que es completamente espiritual: un animal nunca podría captar el significado de una palabra. Por otra parte, la libertad es algo espiritual en el hombre. La autodeterminación, la elección por uno mismo...

D. Sofos: —...tan querida por nuestra cultura, pero al mismo tiempo tan fatalmente usada y tan confundida...

D. Logos: —... quiere decir que no estoy determinado materialmente por los genes que mis padres me han legado. En que yo pueda decidir qué hacer o cómo actuar es la prueba más evidente de la existencia de algo irrepetible, personal y sólo mío, singular y particular, donde se encuentra mi individualidad, mi caracterización, mi personalidad: mi identidad. El alma espiritual es directamente creada por Dios y no “producida” por los padres.

D. Sofos: —Qué grande es el hombre, que habiendo miles de millones de humanos todos sean inéditos. Los animales son copias exactas de sus antecesores, todos son iguales. Sin embargo, en el hombre todos somos diferentes y la igualdad no existe.

D. Logos: —También hemos de tener en cuenta el progreso, porque los animales no han progresado, son idénticos a los especímenes de hace diez millones de años. Han evolucionado, ciertamente, pero esa evolución sólo responde a una adaptación natural a las condiciones ambientales del momento, nunca a un avance o progreso, puesto que los animales están limitados a unas actuaciones determinadas, de las que nunca pueden trascender.

D. Sofos: —Pero ¿por qué progresa el hombre?

D. Logos: —Sencillamente porque el hombre tiene la capacidad de conocer mediante la inducción los principios o leyes que rigen las cosas, y así poder modificarlos, transgredirlos, adaptarlos o usarlos según lo requiera. Además de la libertad y el progreso, hay otros muchos aspectos de la vida humana que evidencian la existencia de un ente espiritual trascendente, al cual denominamos alma. El arte es un fenómeno espiritual porque no podemos pintar, por ejemplo, un caballo, sin antes tener el concepto de caballo.

D. Sofos: —Recuerdo que no hace mucho tiempo me dijisteis que Aristóteles pensaba que la vida teórica o contemplativa era superior en dignidad al resto. Un animal siempre haría algo que le fuese útil; el hombre, por el contrario, tiene la capacidad innata de llegar a la contemplación, al disfrute y al deleite desinteresado.

D. Logos: —Espléndido, Sofos. En la ética se denota la existencia de la conciencia, que nos indica que debemos actuar de acuerdo con el bien moral. La captación

del bien en cuanto bien y el hecho de que la conciencia, como convencimiento de que hay que actuar conforme han ocurrido los hechos, es un instrumento de verdad, pues si mentimos sobre la realidad de un hecho, los remordimientos aturden nuestra conciencia, precisan de la existencia del alma espiritual.

D. Sofos: —La religión es un hecho radicalmente espiritual e innegable. Todo aquel que intente negar la existencia del alma entraría en confrontación directa con este fenómeno, que como es obvio sólo se da en las personas, no en los animales.

D. Logos: —La tendencia al infinito sólo puede surgir tras constatar la insatisfacción que nos producen las cosas de este mundo; los animales están plenamente satisfechos con sus necesidades materiales, hasta el punto de que se habla de saturación. La búsqueda de algo más es la característica más representativa de la vida humana. Todo ello es, lógicamente, un hecho espiritual incuestionable. Así pues, el conocimiento que de Dios podemos tener es puramente espiritual, porque al no ser Dios una magnitud empíricamente verificable, no puede ser tratado como materia.

D. Sofos: —Maestro, a mi juicio, lo verdaderamente espiritual en el hombre es la idea de la muerte, que se tiene sin haberla podido constatar por uno mismo. Un animal nunca podrá saber que va a morir.

D. Logos: —Estáis en lo cierto; cuando el hombre se da cuenta de que va a morir, la inseguridad que ello supone lo atormenta durante toda su vida, desde que tiene conciencia. La existencia en el hombre de un alma espiritual trascendente de lo material es necesaria y evidente, que no nos pueden haber legado nuestros padres, pues la generación es sólo posible en la materia. La muerte es la separación del alma y el cuerpo, templo del Espíritu Santo, como dice San Pablo a los Corintios. Si negásemos la existencia del alma, sólo cabrían dos posibilidades: o el hombre resucita inmediatamente después de morir, por el poder de Dios, o bien es recreado por Dios después de su fallecimiento.

D. Sofos: —O bien, si fuésemos ateos, afirmaríamos que el hombre es un ser para morir y después de la muerte la materia se desintegra y dejamos de existir definitivamente.

D. Logos: —Triste fin, sin duda, el que auguran los ateos. Como decía, en el segundo de los casos quedaría rota la continuidad del *subjectum* humano con su existencia terrena anterior; y la primera hipótesis implicaría un desprecio de la carne.

D. Sofos: —¿Docetismo?

D. Logos: —Efectivamente. Sería una forma de docetismo, es decir, de apariencia meramente visible; algo que contrariaría las afirmaciones y enseñanzas neotestamentarias.

D. Sofos: —Imagino, huelga decir, que si el alma no puede proceder de la generación o de la transmisión genética tiene que venir necesariamente de Dios, su única y posible causa.

D. Logos: —Acertada conclusión que no huelga en absoluto emitir. La inmortalidad es una propiedad esencial del alma humana, porque ésta, al no ser material, no puede morir, pues la muerte sólo afecta aquello que puede descomponerse o desintegrarse, como el cuerpo. El alma, al no tener partes, no puede ser pulverizada, y por ello es inmortal: tiene principio, pero carece de fin.

D. Sofos: —Si el alma existe, Dios existe, porque si Dios no existiese y por tanto el alma tampoco existiese, el hombre sería un mero animal más, carente de trascendencia y dignidad espiritual, cuyo origen último estaría en la materia pura.

D. Logos: — “*Si Dios no existe, todo está permitido*”, como decía Dostoyevski. Suprimiendo a Dios, se destruye el fundamento de la ética natural. Admito que haya ateos, pues conozco casos concretos, que creen en la condición espiritual del hombre, pero...

D. Sofos: —...caen en una contradicción; la cual no entiendo cómo no han podido advertir. No dudo de su comportamiento ético y perfectamente respetable, pero sí de su coherencia. Si no existe Dios, ¿dónde basamos la dignidad espiritual del hombre?

D. Logos: —El resultado del ateísmo es una sociedad triste, enferma, anciana y cansada, ajena a los tiempos modernos, que sólo evoluciona en el respeto a la libertad del prójimo; libertad muy mal entendida.

D. Sofos: —¿Qué decía Kant respecto al alma?

D. Logos: —Todos sabemos que en lo teórico Kant era agnóstico, y rechazaba toda posibilidad de conocer toda realidad suprasensible, como es el alma. Su filosofía negaba que la razón pura pudiese acceder a la esencia y existencia del alma, al no ser un fenómeno sensible. No obstante, admitió la existencia del alma como un postulado de la razón práctica.

D. Sofos: —Sin embargo, los argumentos de Kant pueden parecer muy coherentes filosóficamente hablando, pero la lógica nos lleva a creer en la existencia del alma como respuesta a nuestras acciones y proyecciones espirituales, completamente ajenas al mundo material.

D. Logos: —Otras teorías, como la del monismo antropológico, también han querido negar la existencia del alma, pues ésta, como elemento espiritual...

D. Sofos: —... individual e inmortal...

D. Logos: —... diferenciado, iría contra la unidad de la persona, suponiendo un dualismo que iría en contra del concepto de persona como ente individual. Sin embargo, esta teoría puede ser contestada fácilmente. En primer lugar, tal dualismo no existe: lo que se da es dualidad de elementos —alma y cuerpo, forma y materia respectivamente—, algo claramente distinto. El hombre es material y espiritual al mismo tiempo, ya que si sólo fuese material, como ya hemos dicho, es imposible explicar y admitir los actos espirituales que de él derivan; y si sólo fuese espiritual, no podríamos explicar los aspectos de animalidad material del hombre.

D. Sofos: —Esas dos causas intrínsecas que propone Aristóteles para el ser humano...

D. Logos: —La causa material es el cuerpo y la formal el alma.

D. Sofos: —... se podría decir que son aceptadas por los autores neotestamentarios y por la Revelación cristiana.

D. Logos: —Es por ese motivo por el que la Iglesia, especialmente cuando se reeditan las obras del filósofo de Estagira durante los siglos XII y XIII a partir de las traducciones árabes, aceptó oficialmente las teorías aristotélicas. A pesar de eso, en un

principio muchos opinaban que un filósofo pagano como Aristóteles era peligroso e intranquilizador, porque sostenía la eternidad del mundo en vez de su Creación y consecuente temporalidad; en lugar de la providencia divina, el ciego curso inevitable de la Historia; en lugar de la inmortalidad, la mortalidad del alma ligada al cuerpo; y otras muchas divergencias con el dogma revelado. Debido a estas diferencias el papa Urbano VI prohibió en 1263 traducir y estudiar sus escritos, aunque la Facultad de Letras de París había declarado ocho años antes la doctrina aristotélica como materia docente, y Alberto Magno, profesor de Santo Tomás, elaboró una enciclopedia del pensamiento aristotélico durante veinte años, mediante la compilación y análisis de los escritos árabes y judíos. Alberto Magno sostenía en filosofía natural Aristóteles era la máxima autoridad, mientras que en teología lo era San Agustín.

D. Sofos: —En astronomía, imagino que Claudio Tolomeo, y en medicina Galeno.

D. Logos: —Exactamente. A ese rechazo inicial a la obra del filósofo de Estagira se sumó el hecho de que sus escritos procediesen, como se ha mencionado, de traducciones árabes, con comentarios adjuntos, especialmente los del comentarista por antonomasia de Aristóteles, Averroes. Hay que recordar que en esa época el mundo islámico, en especial el de Al-Ándalus, en la Península Ibérica, gozaba de un mayor desarrollo en todos los campos que la Cristiandad.

D. Sofos: —Bien, ya aclarado ese aspecto, desearía me explicaseis lo que expresa la doctrina católica con respecto al destino del alma después de la muerte.

D. Logos: —El alma, tras la muerte, o va a gozar de la visión de Dios, si muere en la amistad de Dios, completamente purificada y queriendo estar al lado de Dios Padre Todopoderoso, o es sometida a la purificación en el Purgatorio, si el alma se halla en estado de gracia, pero imperfectamente purificada, aunque con la seguridad de una salvación. El cielo es el destino de los que son salvos, y el infierno el de aquellos cuyo suplicio definitivo será separarse eternamente de Dios. El Purgatorio es el lugar intermedio de castigo temporal en el que los difuntos expían sus pecados de los que no se hubieran arrepentido en la vida terrena, para poder disfrutar así de la presencia de Dios.

D. Sofos: —Está claro que el hombre es la unidad de alma y cuerpo, y que la muerte consiste en la separación de estos dos elementos.

D. Logos: —Exactamente. Para Platón, y en un principio para San Agustín, que se mostró seguidor de las teorías filosóficas del pensador ateniense, si el alma se define en ella misma, es sustancia espiritual. En un principio, el obispo de Hipona afirmó que el hombre era un alma que usaba un cuerpo, aunque posteriormente rectificó, aceptando las doctrinas aristotélicas. Éstas decían que el alma debe entenderse en relación del cuerpo como causa formal del hombre.

D. Sofos: —Los ángeles, ¿serían entonces sustancias espirituales?

D. Logos: —Santo Tomás habla de sustancias separadas, espíritus puros completamente libres de su cuerpo. Todas las sustancias, incluso las espirituales, como los ángeles, están compuestas de al menos dos elementos constitutivos, en relación de potencia y acto.

D. Sofos: —Pero, el alma, ¿por qué es una sustancia?

D. Logos: —Por el simple hecho de estar compuesta de su esencia, que es la de una forma espiritual, y de su acto de ser.

D. Sofos: —*Esse* en latín.

D. Logos: —Exactamente.

D. Sofos: —Pero, entonces, no hay diferencia alguna entre el alma humana y un ángel.

D. Logos: —En efecto; ambos seres carecen de diferencia esencial. Como dice Santo Tomás: “*Un ángel o un alma...*”

D. Sofos: —*Angelus vel anima*, en latín.

D. Logos: —...*puede afirmarse que es simple en su naturaleza porque, en ambos casos, la esencia no está compuesta de elementos distintos tales como materia y forma; no obstante, hay en ellos una composición de esencia y existencia actual*”.

D. Sofos: — “*sed tamen advenit ibi compositio horum duorum, scilicet, quidditatis et esse*”, “*sin embargo, poseen una composición metafísica de esencia y existencia*”.

D. Logos: —Os felicito nuevamente por vuestro magnífico y exquisito latín, sin duda admirable. La frase que acabáis de citar la mantuvo Santo Tomás hasta el final de su vida, por lo que recibió numerosas críticas. En la doctrina aristotélica no se habla de la noción de una sustancia espiritual compuesta de potencia y acto, o lo que es lo mismo, de esencia y existencia. El alma debe ser inmaterial, porque sólo algo inmaterial puede realizar operaciones inmateriales que llamamos conceptos, como las que hemos descrito anteriormente. Inteligibilidad, conocimiento e intelectualidad son inseparables de la inmaterialidad.

D. Sofos: —Por ello, el alma debe ser una realidad inmaterial y autosubsistente dotada de su propia esencia y existencia.

D. Logos: —Ciertamente. En el hombre, lo que constituye la totalidad de mi yo, como ya decía Descartes, es mi espíritu, y el alma es, ante todo, una realidad espiritual. Ser es, en el hombre, principalmente, el acto del alma intelectual. El alma es pura, no mezclada con la materia, incorruptible, semejante y próxima a Dios. Tiene una existencia por sí misma que no tienen las formas materiales.

D. Sofos: —*Habet esse per se quod non habent aliae formae corporales*, en latín. Sin duda, Santo Tomás respondió magistralmente a la complicada pregunta de si es el alma una sustancia intelectual o es la forma de un cuerpo.

D. Logos: —A lo que Santo Tomás contestó que el alma humana es la forma de un cuerpo porque es precisamente la clase de sustancia que es, espiritual e inmaterial.

D. Sofos: —La grandeza del alma radica, pues, en su inmaterialidad.

D. Logos: —Efectivamente. Esa inmaterialidad comprende la inmortalidad y la incorruptibilidad: el alma, al no ser producto de la evolución de la materia, no puede usarse como instrumento para cualquier fin. La sustancialidad del alma, según la doctrina tomista, es el fundamento mismo de la sustancialidad del hombre. El alma da su ser al

cuerpo a modo de causa formal, no eficiente. La causa eficiente del hombre es, como ya dijimos en la primera lección, Dios.

D. Sofos: —El alma humana es inmaterial e incorpórea, eso es evidente. Pero ¿podrías explicarme de nuevo la inmortalidad?

D. Logos: —Es una pregunta muy pertinente, porque la cuestión de la inmortalidad del alma humana ha planteado serios problemas filosóficos. Las sustancias intelectuales, como es el alma, son incorruptibles; el alma, así pues, es incorruptible, sin diferenciar entre sustancias intelectuales separadas, como los ángeles, o las no separadas. No hace mucho tiempo explicábamos que el alma, al no ser materia, no es divisible, no se extiende por el espacio. La materia puede descomponerse porque tiene partes. El cuerpo muere, pero no el alma, que como sustancia intelectual tiene existencia propia. Es un ser *habens esse*, que tiene existencia *primo et per se*, primeramente y por sí misma.

D. Sofos: —Queda claro que el alma, como sustancia intelectual inmaterial e indivisible, es incorruptible, y si es incorruptible, es inmortal. Sin embargo, si el alma, como habéis dicho basándoos en Santo Tomás, está compuesta de esencia y existencia, ya no sería simple y ya no habría razón alguna para afirmar que este compuesto no está expuesto a la desintegración.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero reflexionad: hablamos de dualidad, no de dualismo. El alma es un compuesto en tanto que es una sustancia, porque, si no tuviera su propia existencia, no sería un ser. Sin embargo, la esencia de esta sustancia es simple, ya que si es inmaterial y carece de partes no está sujeta a la desintegración. La dualidad esencia-existencia es conceptual, y habéis de tener en cuenta que esos dos conceptos no son materiales, sino inmatrimales y abstractos.

D. Sofos: —Está claro que el alma, como realidad inmaterial, debe ser inmortal porque es incorruptible.

D. Logos: —Juan Duns Escoto, gran teólogo franciscano, dejó entrever que la cuestión de la inmortalidad del alma no es demostrable y es sólo un interrogante abordable desde la fe. En realidad, Escoto, perteneciente a la Orden franciscana, tenía una gran rivalidad con Santo Tomás porque éste era dominico. El proverbial antagonismo entre ambas Órdenes también es factible en las diferentes corrientes que profesaban: los franciscanos eran agustinianos, mientras que los dominicos eran aristotélicos. Escoto creía que como cristianos, al creer en la vida futura, pensamos que habrá para nosotros una vida futura; por consiguiente, implícitamente creemos que el alma es inmortal, pero no podemos probarlo. La Revelación es claramente indemostrable por el simple hecho de ser una revelación.

D. Sofos: —Es decir: Escoto pensaba que había una gran probabilidad de que la inmortalidad del alma fuese verdadera, pero que carecemos de la certeza total. Sin embargo, es evidente que no se puede demostrar experimentalmente, pero tanto la razón como la Revelación apuntan a su existencia y a su inmortalidad, ya que si el alma existe por definición y por lo que habéis explicado debe ser inmortal.

D. Logos: —En efecto. Permitidme felicitaros de nuevo por vuestras espléndidas conclusiones y vuestros sintéticos resúmenes. El alma no puede ser producida por vía de generación porque, como ya se ha expuesto, ninguna criatura puede causar existencia actual, y menos espiritual, pues las criaturas son materia. Por ello, sólo puede haber sido

creada por Dios. Del mismo modo, sólo Dios puede destruirla, ya que sólo el que le dio su existencia puede quitársela. Otros célebres teólogos como Iben Rusch, o Averroes según la fonetización latina, dedujeron de las afirmaciones de Aristóteles...

D. Sofos: —Las cuales decían que el hombre hay operaciones cognoscitivas que sólo una sustancia espiritual puede realizar; una sustancia intelectual es una sustancia separada y, como tal, es naturalmente incorruptible; las formas naturales no son sustancias separadas y, por consiguiente, perecen cuando se desintegra el compuesto de materia y forma.

D. Logos: —Gracias por recitarlas, Sofos. Averroes dedujo de las afirmaciones de Aristóteles que las operaciones intelectuales observables en el hombre son causadas en él por una sustancia intelectual separada que está presente en él sólo por sus operaciones, pero nada más. Como sustancia intelectual, es incorruptible e inmortal, pero esa inmortalidad no supone nuestra personal inmortalidad. Tenemos un alma personal que es la causa formal de nuestro cuerpo, pero por esa misma razón parece junto con él.

D. Sofos: —Veamos si lo he entendido bien, porque creo que las explicaciones son un poco enrevesadas.

D. Logos: —Me he limitado a decir aproximadamente lo que aparece en los *Corpus philosophorum medii aevi corpus commentariorum averrois in aristotelem, Corpus filosófico de la Edad Media; corpus breve de Averroes en Aristóteles*.

D. Sofos: —No lo dudo, pero no por ello disminuye la dificultad del contenido. En resumen, lo que causa el conocimiento intelectual en nosotros es separado e inmortal, pero es separado e inmortal por la misma razón que no es la forma de nuestro cuerpo, que no es nuestra alma.

D. Logos: —Como veis, él niega que la sustancia que genera el conocimiento intelectual sea el alma. Santo Tomás resolvió el problema de forma magistral: considerando que el alma humana es una sustancia intelectual.

D. Sofos: —He sacado en conclusión de tan interesantísima lección que el alma humana es espiritual, inmortal e individual; causa formal del hombre y causa de los actos inmatrimales. Por su inmaterialidad es a su vez incorruptible e inmortal, porque sólo la materia, con magnitudes y extensiones, puede ser dividida, descompuesta y desintegrada.

D. Logos: -Habéis entendido lo sustancial de la lección a la perfección. Es el momento de que v—lváis a vuestra casa a descansar; actividad esta última necesaria para todas las personas.

D. Sofos: —Así lo haré.

Y de esta manera despedimos la lección, marchándonos cada uno a nuestras casas. Abandonamos la tranquila academia para internarnos en el bullicio que cada noche experimentaba nuestra pequeña ciudad, algo que tanto Sofos como yo intentábamos evitar, pues nos resultaba una vulgaridad. Vulgaridad, sí, y podrán pensar muchos que eso sólo era propio de mentes atrasadas, pero para nosotros era un aburrimiento, y teníamos la firme convicción de que perder el tiempo de esa forma era desprestigiar ese preciado tesoro. En lugar de emplear las noches estivales en acudir a las numerosas fiestas

que se organizaban, preferíamos terminar más tarde y comenzar antes. Fuimos hablando de la singular experiencia de esa mañana con el adventista del Séptimo Día, y le recordé que huyese siempre de aquellos individuos que pronostican el final del mundo. — Atended, Sofos —le dije—, que aquellos que vaticinan el fin del Mundo y proclaman la llegada del Anticristo no son en realidad creyentes sensatos, porque si lo fuera, se darían cuenta de que el fin del mundo llega cuando morimos, pero es el fin del mundo terrenal, para llegar al mundo celestial. Me respondió Sofos, con una excelente muestra de racionalidad, que la ciencia, que ha conseguido tras siglos de adelantos prever diversos fenómenos cósmicos, explica que nuestro planeta desaparecerá cuando el Sol, nuestra estrella, deje de fusionar hidrógeno con helio, y por tanto deje de producir calor. Para ello aún nos faltan unos cinco mil millones de años aproximadamente.

*Sobre el alma humana,
mucho podemos argüir.
empezando por decir
que es espiritual y arcana.*

*Individual e inmortal,
inmaterial e incorruptible,
sólo Dios la hizo posible,
y sólo Él la puede inmolar.*

*El alma es la causa formal,
y el cuerpo la material,
por lo que hemos de saber
que si se separasen ambas
sólo cabría una opción:
la muerte es la culpable.*

CAPÍTULO IV: EL HECHO RELIGIOSO

Como anunciaban en las noticias, hoy comenzaba para los musulmanes el mes del Ramadán. La comunidad islámica de la ciudad habría de guardar ayuno desde el alba hasta el crepúsculo, como dicta uno de los cinco preceptos que les impone su religión. A Sofos le apasionaba la fenomenología de la religión, y sobre todo la historia de las grandes religiones monoteístas. Me dirigí hacia su casa como de costumbre, sabiendo que él ya me estaría esperando. Al llegar, llamé al timbre y me recibió su madre, de una simpatía admirable. Me dijo que Sofos ya se había ido a la academia desde muy temprano, porque prefería evitar el agobiante calor que al mediodía se experimentaba. Así pues, al llegar a la academia, pude comprobar que en efecto Sofos estaba allí, conversando con una mujer que por su aspecto parecía musulmana. La tertulia se desarrollaba en torno al ayuno y las costumbres de los países árabes durante el mes del Ramadán. Como ya dije, a Sofos le encantaba esta clase de coloquios, sobre todo preguntar, más que escuchar. Me parecieron muy coherentes las palabras de la mujer, que estaba indignada ante la imagen que del mes del Ramadán se tenía en Occidente. Sólo los mayores de edad que no estén de viaje y gocen de buena salud pueden practicarlo. Para ella, ayunar no es sólo rechazar todo lo que entre por la boca, bebidas o alimentos, durante el día, para al anochecer desayunar bárbaramente, pues en ese caso, el ayuno sólo sería ficticio. Ayunar es no comer durante el día e ingerir alimentos con moderación durante la noche; ese es el auténtico ayuno serio, lo otro se convierte en una simple celebración mundana e irracional.

Una vez hubo despedido D. Sofos a tan piadosa mujer, me pidió disculpas por no haberle informado con anterioridad del cambio de la planificación del día acordada la jornada anterior, pero al ver el periódico y la noticia sobre el comienzo del Ramadán optó por ir a visitar a su amiga Layla, de origen libanés, que trabajaba como podadora en los jardines adyacentes a la academia, por lo que dejó el recado a su madre de que en el caso de que yo me dirigiese antes a su casa que a la academia me informase de su temprana marcha. Con Layla solía conversar en árabe para practicar una lengua que, según me confesó, le cautivaba. Al parecer, Sofos estaba empleando el verano en, además de asistir a mis lecciones por la mañana, estudiar lenguas, que si bien recuerdo eran inglés, francés, alemán, hebreo, latín, griego, ruso, copto y egipcio en sistema jeroglífico. Quería emular al belga Johan Vandewalle, que a los veintinueve años ya conocía treinta y un idiomas.

Me pidió permiso Sofos para dirigirse a su casa a coger su libro de notas y apuntes, que había olvidado al salir por la mañana. Me dispuse a acompañarle, y por el camino nos encontramos con un extraño suceso, de los tantos que se nos aparecían. Apareció por allí un joven muchacho, de apariencia soez, maleducado, rebelde y blasfemo, que estaba contestando al párroco de aquellos parajes. Interrumpimos por un momento nuestro diálogo para informarnos de lo que ocurría. Nos acercamos hasta tan zafio infante con no menos sorpresa, exclamando yo la rigidez de mis tiempos de colegial, y lamentándome a su vez de que el mayor grado de libertad otorgado ahora hubiese provocado estas actuaciones. Se oía clamar al mozo insultos y desobediencias que provocaron la indignación de todos los mayores presentes.

—Déjeme en paz, padre, que nada puede enseñarme. No quiero ir a la Eucaristía y ya está, porque además de aburrida no sirve para nada —decía tan ignorante niño.

—Compórtese como es debido, o si no pasaremos a palabras mayores, porque es inexplicable que ya no os confeséis y no creáis en Dios —replicó el capellán.

—Si queréis una respuesta, todo esto se ha debido a mi profundización en el estudio de las ciencias y la matemática, la historia y la filosofía, que no han hecho sino confirmarme que es ilógico que pueda existir algún dios—.

Se quedó atónito y aturdido el clérigo, que cabida no tenía para tal aprieto. Recurrió a nosotros, conocidos en la comarca por nuestras tertulias matutinas sobre metafísica y teología, para solicitarnos asistencia ante semejante apuro. Le contesté que no se preocupase por la opinión del muchacho, que ahora los tiempos se habían vuelto tan científicos y técnicos que todos se creían más inteligentes, cultos e instruidos que los de antaño, pero en realidad no se daban cuenta del grado de ignorancia que en sus cabezas pervivía. Miré a Sofos, quien también estaba asombrado por la actitud del muchacho. Afortunadamente, en nuestra primera lección ya habíamos expuesto los argumentos racionales que apoyaban la existencia de Dios; los cuales evidentemente no íbamos a plantear al maleducado personaje, porque ni siquiera nos escucharía.

Propuse a Sofos hablarle hoy sobre el hecho religioso y las grandes religiones monoteístas de nuestro mundo, sus semejanzas, historia, esencia, etc.

D. Logos: —La abstención voluntaria de tomar alimentos, el ayuno, no es único del islam. En el budismo todos los monjes deben ayunar desde el mediodía hasta la mañana del día siguiente. En el judaísmo se han establecido cinco ayunos, que recuerdan el asesinato del gobernador de Judá Godolías, el inicio del asedio de Jerusalén por Nabucodonosor, el de Ester, uno en memoria del asalto de las murallas de Jerusalén y un último que conmemora la destrucción del Templo en el año 70 por Tito, hijo del Emperador Vespasiano.

D. Sofos: —Según tengo entendido, también encontramos referencias del ayuno en el Nuevo Testamento.

D. Logos: —En efecto. Jesús ayunó antes de las tentaciones del Diablo, aunque su postura fue menos rígida, combatiendo en todo lo posible la hipocresía que mostraban los fariseos sobre el tema. La Iglesia primitiva practicó el ayuno, pero éste nunca estuvo relacionado con prácticas ascéticas, es decir, aquéllas que renuncian a los placeres mundanos para alcanzar la más alta espiritualidad. Bien, ya que hemos empezado hablando del ayuno, os propongo que dediquemos la lección del presente día al análisis y descripción de las principales religiones del mundo.

D. Sofos: —Me parece fantástico, un tema muy interesante.

D. Logos: —Comenzaremos por realizar un estudio del hecho religioso. Max Müller, iniciador de la ciencia moderna de las religiones, parte de una idea de la religión según la cual en el hombre existe un sentido de lo divino concebido en términos de infinito, derivado del contacto sensible con la realidad. Los dioses serían los atributos con los que se designan en un principio las realidades superiores. Si recordáis, en una ocasión dijimos que el hombre es un ser que tiende siempre a más y a la insatisfacción. Por su parte, el etnólogo Tylor propone una explicación diferente: la creencia en seres

espirituales. A esta teoría se la denomina “animismo”. El hombre llegó a esta creencia de la mano de una serie de fenómenos que le permiten constatar por sí mismo la presencia de un principio de acción diferente del cuerpo. La afirmación de la existencia del alma vendría implicada también por la existencia de estos fenómenos. Ésta a su vez le lleva a creer en la existencia de espíritus de los muertos, seres benéficos o peligrosos para su vida. Los fenómenos naturales serían explicados por la presencia de estos espíritus, a los que veneraron y adoraron por el temor que por ellos profesaban. Pronto aparecería el politeísmo, y como resultado de la jerarquización de las divinidades nacería el monoteísmo, formas más evolucionadas de religión.

D. Sofos: —Sin duda alguna, la creencia en un único Dios trascendente y personal es una escala superior de la religión, porque si existiesen muchos dioses, de algún modo debería haber un Dios con mayúscula que sería superior al resto y sería el auténtico “Dios”.

D. Logos: —Como ya dijimos en su momento, el monoteísmo es evolutivamente superior al politeísmo. Es por ello por lo que hemos creído oportuno dedicarnos en exclusiva al análisis de las tres religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islam. La teoría animista de Tylor gozó de gran aceptación, aunque en la actualidad ha sido superada con creces.

D. Sofos: —¿Qué me decís de Frazer?

D. Logos: —Frazer pensaba que la magia era el origen de la religión. Sus teorías las recogió en su obra principal: *La rama dorada*. Según él, la magia es una actitud emparentada con la ciencia y diametralmente opuesta a la religión. La magia es una “*pseudoconciencia fundada en la falsa utilización de los principios de semejanza y de contacto o contagio*”, como afirma en su ya citado libro. La humanidad habría pasado progresivamente por la magia, la religión y la ciencia. La magia es anterior a la religión porque constituye un hecho psicológico mucho más simple. Cuando los hombres se dan cuenta de que no pueden dominar las fuerzas superiores, abandonan la magia y recurren a la religión. Entre otras cosas, apoyó su teoría en el hecho de que los pueblos más rudos y primitivos, como determinadas tribus aborígenes australianas, no poseían religión, sino sólo ritos mágicos. Sin embargo, sus proposiciones fueron rápidamente criticadas. En primer lugar, no se puede demostrar que los aborígenes no tengan religión. Hoy en día el esquema es sustancialmente distinto: magia y religión coexistieron como dos reacciones psicológicas diferentes.

D. Sofos: —Algo que haría insostenible el esquema evolutivo de Frazer.

D. Logos: —Otro gran investigador de la fenomenología de la religión y de quien os querría hablar es Émile Durkheim y su interpretación sociológica de la religión. Para él hay que discernir las causas de las que dependen las formas más esenciales del pensamiento y de la práctica religiosa. Estaba convencido de que la religión sólo era una manifestación natural de la actividad humana. En su visión, lo sagrado se caracteriza por la superioridad sobre lo profano. Lo sagrado y lo profano constituirían, en realidad, dos mundos completamente diferentes. Lo sagrado es una modalidad que afecta a la relación, a un sujeto y su término, el ámbito en que ha de darse la relación con lo divino. Lo sagrado se manifiesta como una ruptura de la homogeneidad de la realidad y de la existencia y como la introducción de ambas en un orden de ser diferente. De ahí vendría el carácter de tabú de lo sagrado. Tabú, una palabra de origen polinesio que significa “lo prohibido” y que ha desempeñado un papel muy importante en el estudio del hecho religioso, se emplea

para designar lo expresamente nombrado, lo separado. El tabú existe cuando una cosa está llena de potencia y este hecho se puede constatar expresamente. La presencia en una realidad de una potencia y la actitud del hombre ante esa potencia es lo que abarca el término tabú; la “ambivalencia axiológica” de Mircea Eliade.

D. Sofos: —Que Freud usó en su libro *Tótem y tabú*.

D. Logos: —Exacto. Para Durkheim el totemismo es una religión elemental.

D. Sofos: —¿Se le puede considerar siquiera religión?

D. Logos: —Sí, porque está definido por toda una serie de tabúes y constituye una expresión de la vida colectiva, es decir, tiene un carácter sagrado y es un hecho social. El totemismo sería, entonces, la veneración de una potencia superior representada en el ídolo totémico, su símbolo. La fuente de la experiencia religiosa, su raíz, es ineludiblemente la sociedad.

D. Sofos: —“*La sociedad es el alma de la religión*”, como decía el propio Durkheim.

D. Logos: —Os felicito por vuestra memoria.

D. Sofos: —No obstante, querría exponer mi objeción a estas tesis. En primer lugar, al igual que dije en su momento con respecto a las teorías de Freud sobre el origen de la religión, las propuestas de Durkheim me parecen excesivamente reduccionistas a los componentes sociales. En segundo lugar, el fenómeno totémico, base de sus argumentaciones, no aparece en todas las culturas.

D. Logos: —Son precisamente estas críticas las que se expusieron desde la publicación de los trabajos de Durkheim. Ahora querría hablaros de Schmidt y del monoteísmo primitivo, la última teoría propuesta. Para el religioso austríaco, el hecho religioso es ante todo un hecho humano, no natural, como pensaban los anteriores estudiosos. Por lo tanto, si es un fenómeno humano, es histórico. Por ello, para tratar con la requerida profundidad el origen y la evolución de una religión es imprescindible insertarla en el contexto cultural y determinar con precisión la época en la que ha surgido. Su método histórico se basa en la comparación. Tras un minucioso análisis Schmidt llega a la conclusión de que existen fundamentalmente tres etapas en la evolución cultural de la humanidad.

D. Sofos: —Imagino que serán las etapas primitiva, histórica y moderna.

D. Logos: —Siento decir que sólo habéis acertado en la primera. En efecto, Schmidt distingue la etapa propiamente primitiva, en la que el hombre o recolecta frutos silvestres o se dedica a la caza, pero contentándose con lo que la naturaleza le ofrece; la etapa primaria, en la que inicia el arte de la agricultura como medio de producción alimenticia; y la etapa secundaria, en la que finalmente se mezclan culturas primarias entre sí generando un estadio más evolucionado que los anteriores. En su monumental obra *El origen de la idea de Dios...*

D. Sofos: —*Ursprung der Gottesidee*, en alemán.

D. Logos: —...el religioso católico acumula infinidad de datos sobre la existencia de la figura del ser supremo entre las poblaciones primitivas. Con tan vasto trabajo confirmó que en todos los círculos de cultura primitiva aparece la figura del ser

supremo. La interpretación que dio a esa coherente y demostrada hasta la saciedad conclusión fue la aplicación a esta figura de los rasgos del monoteísmo cristiano.

D. Sofos. —Así pues, él consideraba el monoteísmo como la forma primitiva de religión. Sin embargo, pensaba que ya había quedado claro que el monoteísmo es de un grado más elevado que el politeísmo...

D. Logos: —Cierto; pero Schmidt habla de la “evolución regresiva”. Sobre esta última afirmación y la objeción que vos habéis planteado se centraron casi unánimemente las críticas contra las teorías de Schmidt. La existencia de la figura del ser supremo no basta para calificar de monoteístas a las religiones en las que se ha descubierto. La religión es un hecho humano complejo, y en ningún momento ha existido, como se insinuaba en el siglo XIX, un estadio arreligioso, propio de las explicaciones marxistas del hecho religioso, que creían que el hombre, en sus etapas más antiguas, no conoció forma alguna de religión.

D. Sofos: —Pero ¿en qué se basaba Marx; tanto había estudiado e investigado sobre antropología y arqueología como para emitir afirmaciones de ese talante?

D. Logos: —Sencillamente, el pensador alemán se fundamentaba en dos razones ideológicas, más que fenomenológicas: en el hecho de que la existencia del hombre primitivo estuviese entonces dominada por el trabajo, por lo que no tenía tiempo para pensar en la contradicción entre sus exigencias y la realidad de su naturaleza; y, por otra parte, en que al no haber aparecido el trabajo “alienado”, es decir, el que unos pocos posean los medios de producción, la clase oprimida no se refugia aún en la religión. A estas razones, añadiría Marx las clásicas...

D. Sofos: —Vagas, fáciles, simples y usadas.

D. Logos: —...: la religión ha surgido por la ignorancia de las leyes de la naturaleza y la experiencia del dominio de unos hombres sobre otros.

D. Sofos: —¡Qué absurdo! La religión, como espero haya quedado claro a lo largo de estas lecciones y de tantos comentarios, no puede simplificarse tanto. Y si no, ¿por qué grandes hombres de ciencia, sin duda más inteligentes e importantes para la humanidad que Marx, creían en Dios? Además, en la actualidad hay un altísimo porcentaje de personas religiosas que no creo sean unas ignorantes...

D. Logos: —Sin duda tenéis razón. Así pues, con respecto a la afirmación marxista de un período arreligioso, en un principio ha sido de sobra refutada, y los que crean en ella no son ni serios ni sensatos. Como ya ha escrito algún investigador: “*La existencia de un primer período arreligioso de la humanidad no es confirmada por prueba alguna realmente científica*”. En cualquier caso, iniciemos ya el aludido recorrido por las tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islam, empezando por la más antigua hasta llegar a la más moderna.

D. Sofos: —Es decir, comenzaremos por analizar el judaísmo.

D. Logos: —En efecto. El judaísmo cree en un solo Dios, de cuyo poder creador vino el mundo en los primeros tiempos. Sus normas fundamentales son las recogidas por Moisés en el Monte Sinaí y el establecimiento de una Alianza de Dios con el Pueblo de Israel. Sería el éxodo el acto fundacional de Israel. El decálogo, los célebres Diez Mandamientos, deben ser resumidos básicamente en el primero: “*Vosotros sois mi pueblo*”

y yo soy vuestro Dios”. Yahvéh, cuya pronunciación no conocemos, ya que el texto original hebreo carecía de vocales...

D. Sofos: —Sólo escribieron entonces YHVH.

D. Logos: —Exacto. Cuando los masoretas añadieron hacia el siglo II a.C. la puntuación vocálica al texto exclusivamente consonántico, se encontraron con diversas dudas sobre como marcar ciertas palabras, como la anteriormente citada, lo que ha conllevado a varios errores de pronunciación como Jehová, completamente erróneo. La traducción más correcta es la de “yo estoy y estaré”. En la versión griega de la Septuaginta, como el nombre había dejado de pronunciarse, se sustituyó por *Kyrios*, Señor en griego; o *Adonai*, literalmente, Señores.

D. Sofos: —¿Por qué “Señores”, si la religión judía es estrictamente monoteísta?

D. Logos: —La interpretación de la apologética cristiana, es decir, de la ciencia que expone las verdades y fundamentos de la doctrina católica, indica que ese término alude a la pluralidad de personas en el seno de la divinidad, como defensa de la Trinidad. No sería, en cualquier caso, como algunos investigadores modernos han pretendido, muestra de henoteísmo.

D. Sofos: —¿Qué es el henoteísmo? Deduzco que si *henos* en griego significa “uno” y *theos* “dios”...

D. Logos: —El henoteísmo es en realidad un neologismo, es decir, un término moderno, inventado por el gran fenomenólogo de las religiones Max Müller, para designar a la forma de religión que, aun aceptando la existencia de varios dioses, adora a uno solamente. El ejemplo más ilustrativo es el Antiguo Egipto, a lo largo de cuya historia esta visión espiritual se habría producido numerosas veces. Sin embargo, querer aplicarlo a las primeras etapas de la religión de Israel es demasiado atrevido, porque no se ha podido demostrar satisfactoriamente. Sigamos, para lo que os expondré la síntesis de Maimónides, o Moisés Ben Maymun, judío del siglo XII residente en Córdoba...

D. Sofos: —La ciudad, a mi juicio, más esplendorosa y refinada del mundo por aquel entonces.

D. Logos: —Muy posiblemente vuestros argumentos sean ciertos. Bien; Maimónides resumió la religión judía en trece principios básicos: un Dios único; un Dios incorpóreo; un Dios primero y último; un Dios único al que deben ser dirigidas las oraciones; la veracidad de las palabras de los profetas...

D. Sofos: —Quienes anuncian, denuncian y pronuncian.

D. Logos: —...; la veracidad de la profecía de Moisés, que es el padre de todos los profetas anteriores y posteriores, entre ellos Jesús de Nazaret; identidad de la Torah, la Ley, actual con la entregada a Moisés; la inmutabilidad de la Torah; un Dios conecedor de todos los hechos humanos; un Dios que recompensa a los justos y castiga a los injustos; la venida de un Mesías, que para los judíos no sería Jesús de Nazaret; y, por último, la resurrección de los muertos.

D. Sofos: —Aunque el judaísmo no acepta la validez mesiánica de Jesús de Nazaret, creo haber leído que existe un movimiento judío que reconoce a Jesús como Mesías.

D. Logos: —Exactamente, pero es muy minoritario y es rechazado prácticamente en su totalidad por los demás judíos. Las fuentes esenciales del judaísmo son dos. La primera es la *Torah*, traducida comúnmente como “Ley”, pero que en realidad abarcaría los términos de “guía”, “instrucción”, “enseñanza”, etc. Aunque estrictamente se refiere al Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia...

D. Sofos: —Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

D. Logos: —...; también puede emplearse para designar todo el Antiguo Testamento, o, según una denominación más correcta, toda la Antigua Alianza.

D. Sofos: —¿Cuál es la segunda fuente?

D. Logos: —El Talmud, que literalmente significa “estudio”. Se podría definir como el conjunto oficial de tradición e interpretación judías, inspirado por Dios para la mayoría de los judíos ortodoxos. Lo forman la *Mishnah* o ley oral del siglo II d.C., y la *Guemaráh* o comentario a la *Mishnah*, recopilada unos doscientos años más tarde. La versión más importante es la babilonia.

D. Sofos: —Me gustaría que hablarais sobre la inspiración divina infundida a los desconocidos redactores de la Biblia.

D. Logos: —Me parece un tema de sumo interés, que estoy dispuesto a explicaros. Como bien sabréis, todas las religiones coinciden en considerar sus libros sagrados como un don de la divinidad. Sin embargo, las interpretaciones más modernas suponen que los textos sagrados no fueron dictados textualmente por la divinidad, pues eso fomenta un fanatismo, literalismo y fundamentalismo inconcebibles, injustificables y retrógrados.

D. Sofos: —Ése es el problema de muchas sectas y de ciertas comunidades religiosas; en lugar de analizar el texto con un espíritu crítico y teniendo siempre en cuenta la mentalidad de la época en que se redactó el documento, prefieren leer “p” con “a” como “pa” y “le” con “y” como “ley”, como si Dios lo hubiese pronunciado así directamente, sin cuestionar las bases argumentativas e interpretativas que les hacen caer en ese absurdo fanatismo que va contra la doctrina divina. Esa visión tan simplista ha sido, afortunadamente, abandonada desde la Edad Media.

D. Logos: —Casi todos los teólogos están en contra de la lectura literal de los textos sagrados, que no por ello son menospreciados; es más, son doblemente apreciados, porque esa visión más actual excluye los errores que hayan podido cometer las personas que los redactaron, realzando el valor de lo que se quiere explicar, cuyo significado se corresponde con lo que Dios inspiró. Captar lo que la Biblia y demás textos sagrados intentan transmitir es lo verdaderamente importante.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Dios nos habla a través de los escritos bíblicos. El problema reside en la interpretación de ese texto. En el libro de Josué especialmente, por los hechos históricos que narra...

D. Sofos: —La conquista de la Tierra Prometida por los israelitas provenientes de la esclavitud egipcia; y al estar ese territorio ocupado por los cananeos y filisteos, una cruenta guerra de ocupación muy exagerada.

D. Logos: —Exacto. Una frase dice: “*La ciudad será consagrada como anatema a Yahvéh con todo lo que haya en ella*”, es decir, los israelitas habían de exterminar la ciudad y todo cuanto hubiese en ella. ¿No os resulta contradictorio que Dios pudiese ordenar esa acción tan cruel e inhumana, y seguramente falsa históricamente?

D. Sofos: —Si no supiese nada de estudios bíblicos me parecería terrible, pero conociendo...

D. Logos: —Suponiendo que si no estuviésteis instruido en el estudio de la Biblia...

D. Sofos: —Ciertamente, me resultaría incomprensible.

D. Logos: —¿Qué hacer ante ese problema de duda que atañe a miles de creyentes?

D. Sofos: —En primer lugar, dejar claro que Dios es el autor de la Biblia.

D. Logos: —Quizás sea la solución más satisfactoria. La clave está en la *inspiración*.

D. Sofos: —Permitidme, antes de que continuéis, recitar de memoria un párrafo que hace ya tiempo aprendí a propósito de la inspiración.

D. Logos: —¿Es la célebre alusión de Marchadour?

D. Sofos: —Sí.

D. Logos: —Entonces, hacedla.

D. Sofos: —Si mal no creo recordar, dice así: “*La inspiración es ese viento que atraviesa de parte a parte el libro, que establece desde tiempos del éxodo un suspense que se resuelve en la cruz. Legítimamente el cristiano, a partir de ese desenlace del libro que es la persona de Jesús, puede releer toda la obra comenzando por el final. La verdad de las escrituras para el cristiano es Jesucristo, que se presentó a sí mismo como el camino, la verdad y la vida, y que viene a vivificar todos los textos del pasado*”.

D. Logos: —¡Increíble! ¿Cuánto tiempo tardasteis en aprenderlo?

D. Sofos: —Cuestión de unos quince minutos como máximo.

D. Logos: —Bien, sigamos. La expresión “Dios autor de la Biblia” no debe entenderse ingenuamente como que Dios dejó caer la Biblia desde el cielo para que la recogiera el Pueblo de Israel. Dios ha escrito la Biblia sirviéndose de los hombres, que, “*movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios*”, como proclama la segunda epístola de San Pedro. Al decir que los escritos están “inspirados” por Dios hay que matizar bastante con respecto al uso cotidiano y coloquial que se da a este término.

D. Sofos: —Sin embargo, imagino que la idea de esta palabra se acopla perfectamente a las características “inspiradoras” que los antiguos griegos atribuían a sus musas, sobre todo en poesía y literatura.

D. Logos: —También habría que puntualizar, porque nunca algo es completamente similar y se acopla a lo que queremos comparar, pero sí valdría como aproximación. Recordemos la frase de Horacio: “*No digas ni hagas nada si no te inspira Minerva*”.

D. Sofos: — *“Tu nihil invita dices faciesve Minerva”*, en latín.

D. Logos: —En efecto, la inspiración con la que se redactó la Biblia procedía de Dios, sin cuya fuente inspiradora no se podría haber redactado. Ya en el Vaticano II se dice que *“por ser inspiradas, son en verdad la Palabra de Dios; por consiguiente, el estudio del texto sagrado ha de ser como el alma de la Sagrada Teología”*.

D. Sofos: —Es evidente que en la época de la redacción definitiva de la Biblia no existían derechos de autor como en la actualidad, en parte porque los redactores son anónimos, ya que no dejaron constancia escrita de sus nombres.

D. Logos: —Exacto. Todos coincidimos, espero, en que no sería lógico otorgar los derechos de autor a Dios o a las musas, sino a quien en realidad lo escribió. Sobre este hecho no habría más que comentar.

D. Sofos: —Sin embargo, surge precisar en qué consiste esa inspiración.

D. Logos: —Tened paciencia y no os apresuréis, pues ahora os lo diré.

D. Sofos: —Aceptad mis disculpas.

D. Logos: —Por supuesto, sólo era un consejo. El mensaje bíblico, al estar redactado por humanos en una época determinada, en un lugar concreto y en un contexto cultural específico, obliga a interpretar los textos desde una hermenéutica apropiada, que tenga en cuenta las características antes enumeradas. La ingente cantidad de información de la que hoy en día disponen los teólogos ha propiciado la evolución de los estudios bíblicos con una rapidez inimaginable siglos atrás. La conjunción de diferentes disciplinas científicas así lo confirma.

D. Sofos: —Sobre todo, la arqueología y la lingüística.

D. Logos: —Todo ello confirma que las vivencias experimentadas por el pueblo fueron plasmadas por escrito siglos más tarde.

D. Sofos: —Queréis decir que el intervalo temporal entre la vivencia y la redacción de la Biblia comprende muchos años.

D. Logos: —Exacto. Las gentes de aquel entonces atribuían, como es de suponer, todo lo bueno que ocurría a Dios; mientras que lo malo era obra demoníaca. Esa asignación sigue unos criterios lógicos: como lo positivo es lo que enriquece la Historia y a la persona misma, todo ello era acción divina. Lo malo no podía ser obra de Dios, bondad infinita, sino de algún demonio.

D. Sofos: —¿Cuántos “tipos” de inspiración se han identificado?

D. Logos: —Una pregunta muy pertinente, mi apreciado alumno. Podemos distinguir tres clases diferentes de inspiración: la inspiración a vivir, la inspiración a hablar y la inspiración a escribir. Estos tres planos se habrían ido complementando hasta concluir en la redacción de la Biblia o de cualquier otro escrito sagrado. La primera consiste en el impulso que Dios no dejó de infundir en el pueblo para que viviese conforme con sus deseos y mandamientos. El ejemplo por antonomasia es Abraham, en un principio Abram, natural de Ur, en Sumeria, frente al Golfo Pérsico, “el padre de todos los creyentes”, tanto judíos, cristianos o musulmanes. Desde el capítulo doce del Génesis es aludido constantemente, llamado por Dios para ser padre de un gran pueblo.

D. Sofos: —Permitidme haceros una pregunta, posiblemente no muy bien intencionada, pero la duda siempre la he llevado.

D. Logos: —Decidme pues.

D. Sofos: —¿Por qué Dios eligió al Pueblo de Israel en concreto y no a otro?

D. Logos: —Hay varios puntos que os he de comentar. En primer lugar, porque alguno tenía que elegir. Yahvéh llamó a Abraham, en cuya vocación se prefigura la elección de Israel. Yahvéh hace de él un pueblo, Su pueblo, por una elección gratuita y un designio amoroso desinteresado y completamente voluntario, como todos los actos de Dios. La Alianza que realiza con este pueblo a pesar de sus numerosas infidelidades la ha dispuesto como un ejemplo universal para todos. Por otra parte, os podría decir que relatos similares los hay en otras culturas, pero podríais contestarme que Jesucristo nació, predicó, murió y resucitó en tierra judía. El Señor quiso santificar y salvar a los hombres de un pueblo que Él mismo constituyó: Israel. Pero todo esto lo realizó, como dice el Concilio...

D. Sofos: —...Vaticano II...

D. Logos: —..., *“como preparación y figura de la nueva alianza perfecta que había de establecer, en Cristo, y de la más plena Revelación que había de nacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne”*. El Nuevo Testamento confirma que esa Alianza no está restringida al Pueblo judío, sino que constituye un nuevo Pueblo de Dios universal, tanto para judíos como para gentiles, los no-judíos. Su Cabeza es Cristo, *“entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra salvación”*, como proclama San Pablo en su epístola a los romanos. ¿Ha quedado respondida vuestra pregunta?

D. Sofos: —Sí, y muy satisfactoriamente.

D. Logos: —Bien. La segunda inspiración se basa en la existencia históricamente documentada de infinitud de profetas, porque anunciaban, denunciaban y pronunciaban, y que no escribieron absolutamente nada de lo que, al menos, se tenga constancia.

D. Sofos: —Y si se tuviese constancia...

D. Logos: —No modificaría en ningún caso ese concepto de inspiración a hablar, porque en cualquier caso siempre habría habido algunos que nunca habrían escrito nada. El personaje que debemos mencionar como ejemplo para este caso es el profeta Elías...

D. Sofos: —Literalmente “Dios es Yahvéh”, es decir, “Dios es el que está y estará”

D. Logos: —... cuya predicación estuvo impulsada por Dios. Por último, la inspiración a escribir es la culminación y la resolución de las dos anteriores. Ciertos individuos, cuyos nombres ignoramos en la mayoría de los casos...

D. Sofos: —No en todos.

D. Logos: —..., recogiendo las vivencias y lo proclamado por personajes como Abraham o Elías habrían redactado una serie de libros. El ejemplo por excelencia es el de Isaías.

D. Sofos: —Sobre lo que decíais con respecto a la falta de datos que tenemos en torno a los redactores de la Biblia, la tradición nos ha legado los nombres de los autores de ciertos libros, como que Moisés escribió el Deuteronomio.

D. Logos: —Os equivocáis profundamente. Moisés no pudo escribir el Deuteronomio precisamente porque narra su propia muerte. ¿Cómo puede alguien narrar su propia muerte? Eso no entra en el marco de la inspiración. Es cierto que ya desde el principio de nuestra era se ha atribuido a Moisés la composición del Pentateuco; opinión que respaldaron los apóstoles. Los estudios bíblicos, principalmente los literarios, señalan que las numerosas diferencias de estilo, repeticiones y desorden de las narraciones imposibilitan que el Pentateuco pudiese haber sido escrito por un solo autor. Por otra parte, los paralelos y en ciertos casos “copias” exactas de los textos bíblicos con otras manifestaciones literarias del Oriente Medio de fechas mucho más antiguas refutan esa antigua convicción.

D. Sofos: —Tenéis razón; no llego a comprender cómo he podido caer en un error tan infantil.

D. Logos: —Quizá porque todavía sois un “infante”. Bromas aparte, continuemos con la explicación. Habrían existido primero dos obras narrativas claramente diferenciadas: la del autor yahvista, denominado así porque alude a Dios con el término *Yahveh*, y la del autor elohísta, que designa a Dios con el nombre común de *Elohim*. El primero pertenecería al siglo IX en Judá, mientras que el segundo habría escrito bastante después en Israel. Lo esencial del resumen de la historia de la humanidad que expone el autor yahvista podría haber sido redactado en época de Salomón, como prólogo a la historia de los antepasados del Pueblo de Israel. Su estilo es dinámico, pintoresco, vivo y figurado; contrario al estilo del autor elohísta, mucho más sobrio, exigente, lejano, monótono y moralista

D. Sofos: —Pero lo relevante es que ambos relatos coinciden sustancialmente en lo que se refiere al argumento y la historia.

D. Logos: —Exactamente, y me alegro de que lo advirtáis. Las etapas vivir/hablar/escribir son las fundamentales que tiene que haber recorrido todo texto sagrado, en un principio vivido, luego proclamado y finalmente escrito. La tradición oral jugó, así pues, un papel muy importante. El hombre bíblico, y en general todos los orientales, confían más en la memoria y la aprecian más que los occidentales, que llegamos a desconfiar de ella. Es por esto por lo que la tradición oral debe ser tratada con la correspondiente relevancia que posee y no ser menospreciada por nadie. Dios concibió la obra bíblica, pero los hombres la construyeron. Como el arquitecto que diseña una construcción, y los peones que ponen los bloques.

D. Sofos: —Dios, por lo tanto, no tuvo por qué haber escrito o dictado textualmente ninguna de los miles de letras que integran los setenta y tres libros del canon de la Biblia.

D. Logos: —Efectivamente. Así, con estas aclaraciones, muy necesarias, se puede entender el porqué de los numerosos errores presentes en la Biblia. El Pueblo Elegido, aunque elegido, era humano; y sus comportamientos, por ello, daban lugar a veces a malas acciones e incluso infidelidades a Dios. El Pueblo de Israel fue escogido por Dios como modelo para toda la humanidad, algo por lo que todos debemos sentirnos orgullosos. También debemos agradecer a Dios que designase para su redacción a hombres, como

tales imperfectos, pues si la Biblia fuese perfecta, ¿cómo podríamos captar su mensaje y seguirlo, si somos imperfectos? Al haber un precedente humano y ver que esos hombres elegidos por Dios también cometieron innumerables errores y faltas contra Dios, nos encontramos reflejados, hecho éste que nos ayuda profundamente a la hora de llevar una vivencia cristiana. Los obreros que erigen una construcción cometen errores a pesar de que el proyecto original del arquitecto sea prácticamente perfecto.

D. Sofos: —Los inspirados no son, como se creía otrora, intelectuales sentados en su mesa de trabajo y rodeados de libros influidos por la inspiración divina mientras redactaban el libro.

D. Logos: —Evidentemente. La memoria, me reitero, gozaba y goza entre los pueblos que habitaban y habitan en la “media luna bíblica”, que abarca desde la ciudad de Ur en Mesopotamia hasta Tebas en Egipto, de una gran consideración. Recordad que algunos jeques árabes pueden recitar de memoria su ascendencia internándose cientos de años en su historia. La exégesis y los exégetas ponen cada vez más énfasis en la tradición oral.

D. Sofos: —¿Cuándo se produjo la redacción definitiva de las escrituras?

D. Logos: —Los primeros balbuceos podrían remontarse al reinado de Salomón, y la redacción sistemática al siglo VIII a.C. La inspiración divina estuvo caracterizada en todo momento por el respeto a la libertad del escritor y la ausencia de coacción y opresión. La redacción definitiva podría haber sido realizada durante el destierro babilónico, a mediados del siglo VI a.C., y que mantuvo presas a la elite israelita y a la jerarquía sacerdotal durante casi cincuenta años.

D. Sofos: —El resto del pueblo no fue llevado al cautiverio en Babilonia.

D. Logos: —En absoluto, sólo los gobernantes y altos funcionarios. La recopilación de los escritos neotestamentarios se remonta, sin embargo, a finales del siglo II. La Revelación divina, proceso mediante el cual Dios se propone “revelarle”, valga la redundancia, ciertas verdades ocultas que le ayuden a conseguir la salvación, inspirada a los hombres, como hemos podido sacar en resolución de todo lo anteriormente explicado, pasa por distintas etapas. El primer período se denomina, como suelen hacer los libros de iniciación al estudio de la Biblia, “período de gestación”; sería la primera fase del complejo proceso evolutivo que experimentó la Revelación. Seguidamente tenemos el “período de infancia”. Si analizamos estas primeras etapas, vemos que en realidad parece que Dios está “jugando” con Abraham. Dios le promete muchas cosas, para avivar su ilusión, es decir, su fe, pero le da muy poco. Es como un “escondite”, al que Abraham juega como un niño a cambio de golosinas. Abraham tuvo que vivir la etapa inicial de la Revelación bíblica, no menos importante que las demás, sencillamente menos evolucionada. En el “período de madurez” Dios sella un pacto, una Alianza, solemne con el Pueblo de Israel. En el monte Sinaí Dios habla a Moisés y le impone un decálogo que su pueblo debe cumplir como parte del pacto. Esa ley a cambio de la ayuda divina, con la que marcharon a conquistar y ocupar, en un relato desmesuradamente exagerado, la Tierra Prometida de sus patriarcas. Los profetas suponen la parte fundamental de esta etapa de la Revelación.

D. Sofos: —Habría sido como una “dosis” nueva de Revelación.

D. Logos: —Alegóricamente así lo podríamos ver. Esa acción profética comprendió los siglos VIII, VII, VI, V y IV a.C. La madurez es apreciable en el pueblo, que la fue afianzando progresivamente en su colectividad. Jesús es el protagonista del “período de plenitud” de la Revelación divina. Como dice la Carta a los Hebreos: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo”*.

D. Sofos: —Texto fundamental, sin duda, en lo que se refiere a la Revelación.

D. Logos: —Jesús es la culminación del proyecto revelador de Dios, tal y como todos los teólogos coinciden. La Palabra tomó forma humana, Cristo, en su Santa Humanidad.

D. Sofos: —La Palabra hecha carne, algo que trasciende, impacta y supone más que si fuese sólo letra.

D. Logos: —Exacto. Es la plenitud, la forma más sorprendente de revelar verdades desconocidas y que nunca hubiéramos podido asir para que nos ayuden a alcanzar la salvación, la “plena” realización. El tiempo consigue la plenitud cuando llega Jesús, sólo entonces. El contenido de los miles de páginas que componen la Biblia podría ser resumido en una sola, pero Dios, como maestro pedagogo, consideró más apropiado para los hombres no inyectarles “de golpe” toda La Revelación” por la densidad del contenido, difícil de asimilar, sino poco a poco para que la pudiese “digerir”. ¿Entendéis?

D. Sofos: —Perfectamente. Si nos resulta complicado entenderla, aun así, ¡sería casi imposible entenderla de un solo “golpe”!

D. Logos: —Me alegra que lo comprendáis. La vivencia de esa Revelación ha de ser experimentada de acuerdo con la tradición.

D. Sofos: —La tradición, ¿por qué? ¿Hemos de ser conservadores forzosamente?

D. Logos: —Estáis confundiendo los términos. Tradición no implica conservadurismo, sino la larga cadena que desde Pentecostés han constituido los cristianos, y a la que debemos sumarnos como eslabón.

D. Sofos: —Y ¿Dios nos ha revelado ya todo?

D. Logos: —En efecto, nada nuevo nos puede desvelar. Ahora nos corresponde vivir de acuerdo con lo que proclama esa Revelación, de la misma forma que viene haciendo la tradición bimilenaria que arrastran los cristianos. La energía vital infundida por Jesús es inagotable.

D. Sofos: —Y esa Revelación, como se ha dicho, es válida para toda la humanidad.

D. Logos: —Por supuesto. La Biblia como “palabra escrita” sólo es válida, como es evidente, para cuantos la erigimos en norma de fe. Pero como oferta de vida se hace extensiva para toda la humanidad. La Biblia, y hay que decirlo, no es válida para ateos, incrédulos o escépticos. Se escribió para los que ya tenían la fe, obviamente.

D. Sofos: —¡Cuán absurdo es intentar convertir a ateos mediante el ofrecimiento de la lectura de la Biblia! ¡Peor aún! La Biblia esconde tras sus textos, aparentemente

liosos y antiguos, un mensaje de fuerza vital que sólo puede penetrar en quien está dispuesto a asirlo. Se puede dialogar, pero sin tener la esperanza de que se va a convertir a un ateo.

D. Logos: —El respeto es la clave de todo diálogo y entendimiento. Lo primero que tiene que hacer el creyente en estos casos es escuchar lo que el otro dice, para después proceder a tratar de explicarle y contestarle en lo posible esas dudas, pero sin imprecarse o interpelarle. Imponer es lo último que se ha de hacer, y ese ha sido el gran error que han arrastrado muchos de los ministros del Señor, teniendo en cuenta, además, sin que sirva de justificación, la mentalidad de la época, completamente diferente a la actual, sin la que no podemos entender nada.

D. Sofos: —El contexto histórico-cultural, algo tan reiterado y que en la mayoría de los casos se convierte en una abstracción e imprecisión teórica, es imprescindible.

D. Logos: —Volviendo al tema de la redacción de la Biblia, os preguntaré seguramente si lo que en ella está escrito tiene siempre razón.

D. Sofos: —La verdad es que no me lo he preguntado mucho, pero me viene a la cabeza el título de un libro que hojeé el pasado día en la biblioteca de historia, arqueología y ciencias bíblicas, *Y la Biblia tenía razón...*

D. Logos: —De Keller. Hace tiempo, cuando se publicó su primera edición, causó un gran impacto. Afirmaba que cuanto está escrito en la Biblia tenía un firme soporte histórico mediante las recientes excavaciones y prospecciones arqueológicas. Sin embargo, hemos de criticar a Keller por muchas cosas, entre ellas por el propio hecho de querer afirmar que todo lo que está escrito en la Biblia tiene razón, pues es completamente absurdo. Si nos mantenemos en esa postura literalista, nos quedarán demasiadas lagunas irresolutas. El que la forma no sea perfecta no desvirtúa en absoluto el fondo, que es lo importante.

D. Sofos: —Keller demostraría entonces una falta de base teológica. Quizás su intento fuese bienintencionado, pero de ahí a tratar de confirmar hechos que, por otra parte, carecen de la suficiente fundamentación científica...

D. Logos: —Como por ejemplo la ocupación de la Tierra Prometida. ¿Quién puede creer que los israelitas, cuando tocaron sus trompetas, hicieron que se derrumbaran los muros de la ciudad de Jericó?

D. Sofos: —La más antigua del mundo, por cierto.

D. Logos: —Las excavaciones han revelado los restos de las fortificaciones que rodeaban a esta urbe del 8000 a.C., pero no hay testimonios materiales y documentales suficientes como para afirmar que los israelitas destruyesen y conquistasen esta ciudad.

D. Sofos: —Muy posiblemente, la llegada de los israelitas a la Tierra Prometida estuviese en un principio exenta de violencia: serían emigraciones de grupos o comunidades relativamente reducidas que se asentaron progresivamente. Cuando el número hubo aumentado, los cananeos e indígenas que habitaban allí, ante el peligro que para ellos suponía el incremento de la población de origen hebreo, iniciaron un enfrentamiento bélico.

D. Logos: —Probablemente tengáis razón, pero a falta de pruebas suficientes sólo podemos considerar vuestra teoría...

D. Sofos: —...que por cierto no es mía...

D. Logos: —..., o de quien sea, como una mera hipótesis, pero bastante convincente. Pretender que la Biblia tenga una completa base histórica —pues algo de certeza histórica, especialmente en el Nuevo Testamento, tiene— contrasta con la exégesis y la propia investigación histórica, que no puede afirmar o desmentir totalmente lo narrado por el relato bíblico. Por el contrario, debemos remitirnos al análisis argumental y literario de la obra.

D. Sofos: —Por otra parte, ¿cómo se puede pretender que los redactores de la Biblia, que la escribieron mucho tiempo después de que ocurriera lo que estaban contando, pudiesen narrarlo rigurosamente? Aparte de que para ellos no era importante —a diferencia de para nosotros— reflejarlo de manera rigurosa y exacta; carecían de los más rudimentarios medios de investigación. Podían suponer, o creer, que Matusalén vivió novecientos veintiséis años, o que Jericó fue destruida por el sonido de unas trompetas. Pero de esa matización a querer afirmar, aun en la época actual, que lo que escribieron era cierto...

D. Logos: —Los distintos géneros literarios empleados para la redacción de la Biblia son una buena explicación. La exégesis es la disciplina que se dedica a estudiar el sentido real de cada texto bíblico e interpretarlo desde un marco teológico, y si es posible histórico, aunque se podría prescindir perfectamente de este último. La literatura moderna también contiene semejanzas con la Biblia. Las fábulas poseen una moraleja, que es lo auténticamente trascendental, y que hay que interpretarla. Pero esa moraleja está insertada en un relato fantástico que nunca creeríamos cierto. En la Biblia ocurre lo mismo. En una forma mítica y antigua, se encuentra un fondo que es lo que se ha de interpretar. En la mentalidad semita del primer milenio antes de Cristo...

D. Sofos: —... y de mucho después.

D. Logos: —... se valoraba e incluso entendía mejor un relato narrado con un estilo muy mítico que si hubiese hablado un historiador contando pormenorizadamente, exactamente, lo acaecido.

D. Sofos: —También hemos de pensar que las numerosas aportaciones e importaciones procedentes de otras culturas coetáneas y que se desarrollaban en torno a la misma área geográfica influyeron en esta concepción de la realidad, y en muchas ocasiones produjeron fuertes modificaciones.

D. Logos: —Cierto, sobre todo en el Antiguo Testamento, ya que se sitúa en una época de grandes migraciones, intercambios culturales, invasiones, caída de imperios, surgimiento de nuevos pueblos... El primer género literario que podemos hallar es el histórico, con la misma significación que hoy en día. Es decir, en este tipo de descripción el escritor intenta plasmar lo más aproximadamente posible lo ocurrido. La “epopeya” es uno de los más destacados, seguido del “*midrash*”...

D. Sofos: —... que significa “investigación”.

D. Logos: —..., inspirado en tradiciones antiquísimas y celeberrimas en su momento. También cabe citar la “novela”, en la que se cuenta una historia con una

moraleja o enseñanza final; la “etiología”, donde se intenta explicar la causa y el sentido de un fenómeno o un evento; y por último el denominado “anuncio”.

D. Sofos: —¿Anuncio?

D. Logos: —Sí, anuncio. Anuncio no en el sentido publicitario que tiene en la actualidad, sino aquél mediante el cual se ponen en boca de los ángeles asombrosas, interesantes e importantes revelaciones.

D. Sofos: —Os agradezco la aclaración, totalmente necesaria.

D. Logos: —¡Qué suerte poder enseñaros algo!

D. Sofos: —Sería un gran error pensar que lo sé todo porque sepa algo o sepa que no sé nada.

D. Logos: —Obviamente, pero siempre es gratificante para un profesor poder mostrar a un alumno aventajado y con una inteligencia superior ciertas cosas. Por otra parte, la célebre frase de Sócrates que acabáis de emular se ha vuelto un comodín muy práctico para aquellos que se autocalifican de filósofos y quieren darse falsos aires de intelectualidad. ¿No creéis?

D. Sofos: —Estoy completamente de acuerdo con vos.

D. Logos: —Así pues, el siguiente género literario es el profético, también muy numeroso. Éste a su vez se subdivide en “visionario”, que permite contemplar realidades de índole sobrenatural; “confesionario”, referido a las penurias y sufrimientos, ficticios o reales, de los enviados divinos; el “augurio astral”...

D. Sofos: —Que imagino intenta predecir el futuro inspirándose en la observación y análisis de los astros, práctica muy extendida en la Antigüedad.

D. Logos: —Exacto. Finalmente, tenemos el “apocalíptico”...

D. Sofos: —Transcripción de un término griego que significa “Revelación”.

D. Logos: —..., prolongación del género profético, cuyas visiones no tienen valor por sí mismas, sino por el simbolismo que encierran, como explican los exégetas. El canon del Nuevo Testamento sólo recoge un apocalipsis, cuya redacción la tradición atribuye al apóstol San Juan, puesto que su autor se llama a sí mismo Juan, desterrado a la isla de Patmos, en el Egeo, en el momento de su escritura. Partiendo de un suceso ocurrido en el pasado, se intenta descubrir y predecir lo que acontecerá en el futuro. El tercero y penúltimo género literario es el sapiencial, que nos insta a situarnos en el plano de la sabiduría para entablar un diálogo más directo y personal con la divinidad. El *Libro de la Sabiduría*...

D. Sofos: —... de Salomón...

D. Logos: —... es su mayor exponente. Por cierto, y corrigiendo vuestro comentario, no se sabe con seguridad si su autor es en realidad el rey Salomón, a pesar de que se dirige a sus pares de la realeza y habla como un rey. Entre los escritos de orden sapiencial se puede distinguir el “*masal*” o comparación, cuyo propósito es ilustrar una enseñanza moral haciendo uso de un símil tomado de la vida cotidiana; y la “diatriba” o réplica, donde se un maestro mantiene un supuesto e imaginario diálogo surgido a raíz de

una polémica. Por último, los escritos poéticos, bastante frecuentes y de un valor lírico espléndido, muy comunes en *El Cantar de los Cantares* o *los Salmos*.

D. SofOs: —Imagino que huelga suponer que quienes se han adentrado o se adentran en el estudio de la Biblia sólo pueden aspirar a conjeturar o presumir lo que probablemente quiera transmitirnos Dios.

D. Logos: —Sabido lo que ha ocurrido a algunas personas excesivamente ingenuas no huelga en absoluto esgrimir esa matización. A las certezas sólo se aferran los ignorantes; la reflexión bíblica no apuesta por ellas. Es más: no las necesita. Hemos de tener siempre presente, aunque pueda parecer reiterativo, que “*una frase bíblica sólo conserva su sentido dentro del relato donde aparece*”. Si extraemos una frase arbitrariamente de la Biblia y pretendemos analizarla prescindiendo del contexto lo único que obtendremos serán confusiones, errores y malentendidos.

D. Sofos: —El contexto es sin lugar a duda el entorno vital de la frase. Desvincularla de él sin caer en malas conclusiones es prácticamente imposible, a excepción de casos concretos.

D. Logos: —Me alegra que así lo entendáis. Ahora hablaremos de los mitos.

D. Sofos: —“Reflexión” en griego.

D. Logos: —En efecto. El mito es, pues, el intento de explicar un hecho o fenómeno mediante un lenguaje muy particular que no se corresponde necesariamente con el que cabría emplear para describir un acontecimiento determinado, por lo menos para la mentalidad actual. Los módulos lingüísticos que caracterizan a este tipo de relatos están integrados por palabras, formas y expresiones “humanas” e inteligibles. Si las verdades reveladas no se hubiesen vertido a los hombres de esta manera no habría sido posible comprender la Revelación, igual que para hacer entender a los niños en la escuela hay que adecuarse al lenguaje que ellos utilizan. Lo mismo hicieron los escritores de la Biblia. Por ello, la calificación que algunas personas dan a los mitos de “cuentos de hadas” no tiene ninguna validez lógica, sino un sentido peyorativo. Los mitos no deben ser eliminados, sino interpretados.

D. Sofos: —Que es mucho más difícil y requiere personas más preparadas y con más criterios y capacidad intelectual.

D. Logos: —Evidentemente. Tras cada mito se oculta un fondo que alberga una verdad teológica que Dios desea transmitir a los hombres. Su contenido se mantiene inalterable a lo largo de los siglos, por lo que urge ciertamente interpretarlos. A modo de ejemplo, en la Biblia se nos dice que Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. ¿Debe creerse tal afirmación? En absoluto, en ella se quiere resaltar que todo procede el poder creador de Dios.

D. Sofos: —Se podría decir que los mitos “invaden” todos los géneros literarios.

D. Logos: —Sí, porque la persona que lo escribió era incapaz de reflejar de otra forma las intervenciones divinas. Actualmente entre los beduinos o ciertos pueblos de Oriente se comprende mejor el relato de un suceso si se esboza con un lenguaje mítico que si se hace con un lenguaje técnico. El conocimiento se ha incrementado, afortunadamente y gracias a Dios, con respecto a hace tres mil o dos mil años.

D. Sofos: —Lo cual no quiere decir que los mitos sean la forma de expresarse de los pueblos y las culturas más retrasadas y menos desarrolladas.

D. Logos: —Por supuesto. Todavía en el Nuevo Testamento se conservan claros vestigios de este lenguaje. Cuando se dice que Jesús sube al cielo, se está señalando que Dios vuelve a quien le envió, Dios Padre, porque en la mentalidad hebrea y oriental Dios se encontraba en un “piso superior”, y el cielo, al estar “arriba”, se consideraba su hogar. Para nosotros es difícil captar estas significaciones, pero para la gente de la época era como escuchar hoy en día la narración de un soldado de la guerra en la que ha luchado, por poner un ejemplo. Cuando Jesús se encuentra en el huerto de Getsemaní...

D. Sofos: —... “prensa de aceites” en hebreo...

D. Logos: —... y dice “yo soy” está empleando el término “YHVH”, ¿se está llamando a sí mismo Dios! Si lo leemos en la Biblia, muy posiblemente, si no somos expertos exégetas o estudiosos del mundo judío, familiarizados con la mentalidad semita, nos resultará difícil de advertir; pero para las personas que lo oían en la lengua vernácula, ¡era algo sorprendente; se estaba llamando a sí mismo Dios! Por ello, lo que todos los creyentes deben hacer, sin importar su grado de formación, es confiar en su capacidad de aprendizaje y estudiar.

D. Sofos: —Estudiar, sobre todo; no podemos pretender que se nos dé todo hecho. Hoy en día, con los medios que hay, no hay justificación válida.

D. Logos: —Por otro lado, la vivencia de la fe no hace distinciones entre el nivel cultural. Un teólogo o un exégeta, por muy formado que esté, es posible que carezca de una fe “viva” o incluso de la fe.

D. Sofos: —Aunque lo último lo considero algo complicado.

D. Logos: —Pero no imposible. En un estudio serio debe primar la objetividad, no la subjetividad. Ciertamente es que en ocasiones es imposible descartarla o excluirla. La inquietud es más importante que la formación académica, porque sólo se puede llegar a la última si hemos llegado antes a la primera. Todo cristiano está capacitado para emprender una serie de estudios bíblicos, pero guiado por los criterios de teólogos. Estos criterios no se han inventado o se han establecido porque unos pocos así lo decidieran, sino que han seguido una larga trayectoria de evolución y desarrollo que cuenta con algo menos de dos mil años, y en la que han participado muchas personas que han aportado su visión, que otorga a los estudios bíblicos un dinamismo inalterable y perpetuo y permite que siempre se pueda avanzar y refutar, rectificar o corregir en lo necesario lo anteriormente creído. Para algunas personas esta disciplina quizá no merezca credibilidad alguna, porque la suponen “manipulada” por la Iglesia Católica. Pero si así piensan...

D. Sofos: —...sólo cabe rezar por ellos.

D. Logos: —Si sus mentes no están abiertas a ideas diferentes.

D. Sofos: —Como desgraciadamente ocurre en la mayoría de los casos.

D. Logos: —Las imprecisiones bíblicas, en resumen, no deben desconcertarnos o asombrarnos, si tenemos un mínimo grado de estudios teológicos. La Biblia no debe ser despreciada: está inspirada por Dios a los hombres, y esa inspiración ha pasado por

sucesivas etapas. Ha sido vivida, ha sido pronunciada y ha sido finalmente escrita. Fijaos, Sofos, en cuán grande es la Biblia.

D. Sofos: —La Biblia, como receptora escrita de las palabras puras de Dios, o de las verdades que Él ha querido transmitir a los hombres, tiene siempre razón; el problema radica en la forma, en que, al haber sido compuesta por humanos, como muestra del infinito amor de Dios, Quien así lo ha dispuesto para que lo comprendamos mejor, presenta errores o torpezas humanas.

D. Logos: —Magnífico resumen, Sofos.

D. Sofos: —Hablando de resúmenes, ¿podrías citarme y explicarme someramente los diez momentos claves de la Biblia? Lo considero importante, tras toda la lección que me habéis dado sobre el fondo tras la forma, y sobre la pedagogía divina en la forma de inserción de las verdades que Dios nos quiere revelar; aunque, como me habéis explicado, presentarlo todo en pocas líneas sea difícil de asimilar, creo que puedo arriesgarme.

D. Logos: —Así pues, con vuestros sabios razonamientos, empecemos. En el Antiguo Testamento, más correcto “Antigua Alianza”, la primera etapa clave es la Creación narrada en el capítulo I del libro del Génesis...

D. Sofos: —Que significa precisamente “creación” u “origen”.

D. Logos: —..., que nos quiere decir que todo procede del poder creador de Dios. En segundo lugar, tenemos la figura de Abraham, a quien en el Nuevo Testamento se le ve como “padre de todos los creyentes”, tanto judíos, cristianos o musulmanes. A partir del capítulo XII del Génesis es aludido constantemente. Seguidamente, en tercer lugar, está el Éxodo, que es el acto fundacional de Israel, mediante dos aspectos simbólicos: la Pascua y Moisés. Más importante que el conocido Decálogo es el primer mandamiento de Yahvéh: “*Vosotros sois mi pueblo y yo soy vuestro Dios*”. El éxodo como acto estaría descrito en el libro del Éxodo, de los Números, del Levítico y del Deuteronomio.

D. Sofos: —Prácticamente todo el Pentateuco.

D. Logos: —En efecto. Previamente estarían la esclavitud en Egipto y las plagas, que llevan al paso del Mar Rojo y a la llegada al Monte Sinaí. En cuarto lugar, cabe destacar la imagen del rey David, segundo monarca israelita después de Saúl, que es el único que muere siendo fiel.

D. Sofos: —A pesar de haber vivido la mayor parte de su vida infiel y descatando los mandamientos de la ley de Yahvéh, pues si mal no recuerdo envió al esposo de una mujer a quien él amaba a los puestos más avanzados y peligrosos de la frontera durante la guerra con los amonitas para librarse de él, hasta que finalmente murió en tan arriesgada misión.

D. Logos: —Ciertamente, pero yo he dicho que muere fiel, que en el simbolismo judío es mucho más importante que haber vivido fiel, pero haber fallecido infiel, como le ocurrió a Salomón. En quinto lugar, tenemos el destierro o exilio a Babilonia. Previamente hay un movimiento deuteronomista, cuyos protagonistas son Jeremías y Ezequiel. Tras el destierro, Israel se convierte y nunca más será infiel.

D. Sofos: —Lo que conlleva la aparición de los Macabeos contra el dominio helénico en la zona.

D. Logos: —Exactamente. Los Macabeos o asmoneos, algunos de cuyos miembros llegaron a ser reyes de Israel, dirigieron una sólida y fuerte resistencia contra el dominio griego resultante de la invasión de Alejandro Magno de Macedonia. La incapacidad de sus últimos miembros por mantenerse en el trono, sumada al poder romano que había conquistado todo Israel, propició el ascenso al trono de Herodes. Ya en el Nuevo Testamento o “Nueva Alianza” nos encontramos ante, en sexto lugar, la muerte y resurrección de Cristo el Redentor, clave de todo el Nuevo Testamento, descrita y narrada en los cuatro Evangelios y en las epístolas de las que tantas veces os he recitado frases. En séptimo lugar tenemos un elemento previo a esa Muerte y Resurrección: la predicación y obras de Jesús, sus palabras y actos o milagros, que principalmente podemos leer en el Evangelio de Lucas. En octavo lugar y con posterioridad a la Muerte y Resurrección de Jesús está la donación del Espíritu Santo a los creyentes, cuya consecuencia es la creación de la Iglesia, pues Él es su alma. Carecemos de fecha concreta, aunque Juan interpreta que Jesús entregó el Espíritu Santo al morir a su Iglesia.

D. Sofos: —¿En qué libros se puede leer sobre la donación del Espíritu Santo?

D. Logos: —Sobre todo en Hechos capítulo II, con la narración de Pentecostés. En realidad, es un teologúmeno, un hecho auténtico en el que nos basamos para explicar un aspecto teológico.

D. Sofos: —¿Y en noveno lugar?

D. Logos: —La conversión y obra de Pablo, con el paso simbólico de Saulo, perseguidor de cristianos, a Pablo, primer teólogo cristiano. Sus catorce cartas y epístolas son la base de la teología cristiana. De él se nos habla, aparte evidentemente de en sus cartas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Por último, en décimo lugar, como concreción y herencia de la obra de Cristo están los sacramentos. Los principales son cuatro: el Bautismo, mediante el cual somos sumergidos en agua como símbolo de consagración, instrumentalizado por Dios para la justificación. Es un sacramento capaz de quitar la mancha del pecado original. Los tres sacramentos restantes son: el perdón de los pecados, la Eucaristía, instituida durante la última Cena, y el Ministerio ordenado.

D. Sofos: —Ha sido un excelente resumen, y os aseguro que gracias a él he podido comprender la Biblia mejor que antes. En los últimos cincuenta años, como bien sabréis, se habla mucho de los denominados manuscritos de Qumrán o rollos del Mar Muerto, que están estrechamente relacionadas con el judaísmo y el cristianismo, sobre las que estábamos charlando ahora. ¿Podrías explicarme en qué consiste, cómo se descubrieron, qué dicen, qué importancia tiene para la exégesis, los estudios bíblicos y la arqueología?

D. Logos: —Por supuesto, y me satisface que preguntéis sobre ellos. Los rollos del Mar Muerto son una colección de manuscritos y fragmentos de manuscritos muy antiguos escritos en hebreo, arameo y griego; encontrados en varias cavernas de las montañas del desierto de Judea.

D. Sofos: —Según tengo entendido, pueden considerarse el descubrimiento más importante de nuestra época.

D. Logos: —Efectivamente. Más de la tercera parte de éstos son libros del Antiguo Testamento, y son por lo menos mil años más antiguos que los primeros manuscritos del

Antiguo Testamento hasta ahora descubiertos y de los que se tiene conocimiento. La bibliografía es ingente, pero aún quedan algunos manuscritos por traducir y analizar. Gracias a los institutos y departamentos especiales creados para investigar los manuscritos de Qumrán los estudios de qumranología, como se ha denominado a la nueva ciencia o disciplina a la que compete su determinación, han avanzado de forma considerable.

D. Sofos: —Se puede apreciar la importancia de estos manuscritos sólo en el hecho de que se haya creado una nueva disciplina, la qumranología, que se consagra exclusivamente a ellos. Una pregunta: ¿a qué llamáis considerable? ¿Por qué no usáis un término más preciso que esos comodines baratos, simples y vagos que usan las personas que hablan en discursos públicos, quienes al no saber qué decir recurren instantáneamente a ellos?

D. Logos: —Quizás porque yo sea una de esas personas, y mi expresión oral no es perfecta. ¡Ojalá tuviera insertados en mi cerebro todos los diccionarios de todas las reales academias de todas las lenguas del mundo para encontrar la palabra adecuada en el momento adecuado! Pero como eso sólo son anhelos y utopías soñadas, tendré que conformarme con cometer imprecisiones y utilizar comodines “científicos” o “biensonantes” en ciertas ocasiones. Disculpádmelo por ello.

D. Sofos: —Disculpado estáis, por descontado.

D. Logos: —El hallazgo de los rollos del Mar Muerto se produjo a finales de mayo de 1947. Mientras un joven pastor de la tribu de los Ta’amireh estaba apacentando su rebaño de cabras en la meseta que desciende hacia el Mar Muerto, echó de menos uno de sus animales, que al parecer se había extraviado. El terreno era y es completamente hostil a la urbanización humana, y éstos y otros grupos semi-nómadas son los únicos que recorren tan yermos parajes.

D. Sofos: —¿Cómo se llamaba el joven pastor?

D. Logos: -Creo recordar que Muhammad a-Dib. La cabra extraviada se había internado por las abruptas y recónditas cuevas y cavernas del desierto de Judea, que constituyen un acantilado que separa la meseta de la franja del Mar Muerto. El pastor se vio obligado a perseguirla por esos lugares, hasta que, cansado, se tumbó sobre unas rocas mirando al cielo, y lanzó una piedra al interior de las cavernas. El sonido le resultó extraño, porque en vez de producirse como cabría esperar al haber chocado la piedra con otras piedras, se escuchó algo semejante a unas vasijas de barro que se quebraban. Arrojó de nuevo otra piedra y el resultado fue idéntico. Sorprendido, contó lo que había sucedido a su amigo Ahmed Muhammad, quien lo tranquilizó y, sobre todo, le calmó en sus supersticiones. Al día siguiente los dos se dirigieron a la misma cueva, en la que penetraron tras grandes esfuerzos físicos. En el fondo de la caverna identificaron algunos jarrones de cerámica de unos setenta centímetros de altura de media y unos veinticinco de ancho.

D. Sofos: —¿Había vasijas cubiertas con una tapa?

D. Logos: —Sí. Hallaron ocho jarras intactas.

D. Sofos: —Imagino que su primera reacción fue la de abalanzarse hacia ellas creyendo que contenían fabulosas riquezas...

D. Logos: —En efecto; eso es precisamente lo que hicieron. Sin embargo, todas estaban vacías, a excepción de una. Pero el tesoro, que ellos evidentemente no consideraron importante, se componía de tres paquetes envueltos en telas. La tela envolvía pieles enrolladas, cubiertas de una substancia parecida a la brea y posiblemente extraída del Mar Muerto. Con la idea de haber descubierto “antikas”, sinónimo de dinero, se repartieron entre sí los rollos y fueron a Belén para localizar a un negociante de antigüedades y ofrecérselas por el módico precio de treinta libras esterlinas. El negociante se llamaba Jalil Iskander Shahin, o familiarmente Kando, quien les pagó mucho menos de lo previsto. Los arrinconó en la trastienda de su establecimiento, hasta que unos días después cogió uno y analizó su escritura. Al no entender nada de lo allí escrito, los llevó al convento de San Marcos de Jerusalén, centro religioso de la Iglesia Jacobita a la que él pertenecía. Advirtiendo el interés que por ellos mostraban en el monasterio y las oportunidades de beneficio y lucro que se le presentaban, de vuelta a Belén, junto con un amigo, se encaminó a la cueva tras haber hablado con los beduinos que los descubrieron. El botín fue magnífico: cuatro rollos y fragmentos de gran tamaño. Los monjes de San Marcos También se dispusieron a realizar algunas expediciones a las cuevas.

D. Sofos: —¿Se tomaron las medidas básicas de precaución al tratar con material arqueológico de semejante valor?

D. Logos: —Desgraciadamente, no. Para los pocos fragmentos que pudieron obtener, los destrozos fueron grandes. Kando dejó en manos del arzobispo sirio de San Marcos, Athanasios Yeshue Samuel, cuatro de los rollos. Pero el verdadero descubrimiento aún no había llegado. En noviembre del mismo año, el judío Sukenik, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, se trasladó al lugar en el que se habían depositado los manuscritos, haciendo frente a las alambradas que dividían la ciudad durante la ocupación británica. Tras ponerse en contacto con un anticuario de Belén, llevó los rollos a la capital para estudiarlos más detenidamente y con más soportes documentales. Días después los compraría para su universidad. Los rollos que habían quedado en poder del arzobispo sirio fueron fotografiados por el director del Instituto americano de Estudios Orientales, Trever. Uno de los manuscritos lo identificó con el libro de Isaías.

D. Sofos: —¡Asombroso!

D. Logos: —El arzobispo sirio se desplazó a Estados Unidos para intentar conseguir una gran suma de dinero por los manuscritos, visto ya el valor histórico, arqueológico y teológico que poseían. Tras editarse los textos que el religioso tenía, el gobierno jordano le consideró contrabandista y traidor.

D. Sofos: —Por curiosidad, ¿por cuánto dinero vendió los manuscritos?

D. Logos: —La operación de venta se formalizó en 1954, y el precio acordado fue de 250,000 dólares.

D. Sofos: —¡Doscientos cincuenta mil dólares! Una fortuna, y más en aquellos tiempos.

D. Logos: —Máxime teniendo en cuenta que el arzobispo los había comprado por tan sólo cien dólares. Lo importante era que el Estado de Israel los adquiriese, siendo así más accesibles a la investigación. Y tras esas trivialidades económicas que en ocasiones se ciernen sobre el mundo científico...

D. Sofos: —Trivialidades que no hay que minusvalorar, pues pensad que de no haber pagado el Estado de Israel la cantidad estipulada por Athanasios, probablemente un particular los habría adquirido y se habría visto dificultada la labor de los lingüistas y exégetas.

D. Logos: —Cierto. Un observador belga de las Naciones Unidas, el capitán Lippens, apeló al general Lash, jefe de la Legión Árabe de Jerusalén, para localizar la cueva. Éste respondió enviando un destacamento, que la halló tres días más tarde. En febrero de 1949, el Departamento de Antigüedades del Gobierno de Jordania, la Escuela Bíblica de Jerusalén y el Museo Arqueológico de Palestina iniciaron unas excavaciones que se prolongaron alrededor de un año.

D. Sofos: —Tengo diversas referencias que aluden a la utilización por Orígenes, en el siglo III, de manuscritos griegos encontrados en la región.

D. Logos: —En efecto. Los muchos hallazgos de Qumrán han permitido reconstruir la forma de vida de la comunidad semi-monástica que vivió desde cerca del año 110 a.C. hasta el año 68.

D. Sofos: —Los esenios.

D. Logos: —Así es. La secta estaba dirigida por un individuo al que los textos llaman “Maestro de Justicia”. La secta se podría haber creado por una disputa con las autoridades religiosas ortodoxas del Templo, en Jerusalén, como hemos dicho en el siglo II a.C; según nos cuentan historiadores como Flavio Josefo o Plinio el Viejo.

D. Sofos: — “*Se apartaron de las maldades e injusticias que aumentaban en las ciudades*”, como proclaman sus escritos.

D. Logos: —Los escritos también nos indican que se consideraban llamados “*para ir al desierto a preparar allí el camino del Señor, de acuerdo con lo que estaba escrito: preparad en el desierto los caminos del Señor, enderezad en el desierto una senda para nuestro Dios*”. La propiedad era comunitaria. Se han identificado los lugares de copia de manuscritos o fábrica de alfarería. La vida era austera y sencilla, como puede suponerse por las condiciones en las que se desarrollaba. A la salida del sol oraban todas las mañanas, trabajaban hasta la hora quinta, posteriormente se bañaban con agua fría, se vestían con vestiduras blancas y tomaban una comida en comunidad, precedida y seguida por acciones de gracia. Después se vestían con sus ropas de trabajo, y ejercían sus habilidades hasta la noche, en la que se hacía una cena análoga al almuerzo. Durante las horas nocturnas se dedicaban a la oración y al estudio de sus leyes.

D. Sofos: —¿Hubo algún momento de desocupación del terreno en el que vivía la comunidad?

D. Logos: —Sí. Como Flavio Josefo nos dice, un terremoto que ocurrió en torno al 31 antes de Cristo obligó a la comunidad a abandonar el lugar, hasta que unos treinta años después pudieron regresar. Se tuvieron que emprender numerosas tareas de reconstrucción. Habían renunciado a toda clase de vida sexual, al dinero, a la compañía, al sacrificio de animales, a hacer juramentos, a la posesión de esclavos, a realizar el servicio militar e incluso a la actividad comercial. El celibato era indispensable.

D. Sofos: —Aproximadamente, ¿cuántos eran?

D. Logos: —Según el judío Filón de Alejandría, el más importante representante de la filosofía judaico-alejandrina...

D. Sofos: —... que se basaba en interpretaciones alegóricas del Antiguo Testamento en vez de en las literales...

D. Logos: —... la cifra es de cuatro mil. Las penas que sus leyes aplicaban por infringir las normas del grupo eran realmente severas. La excomunión, que suponía en realidad morir de hambre, era la sanción que se empleaba para castigar a quienes desobedecían sus leyes. Creían en la consumación de los tiempos, en los que los “Hijos de la Luz”, que son los miembros de la secta, vencerían a “los Hijos de las Tinieblas”, que intentarán oprimir al pueblo de Dios en los últimos tiempos, instaurándose luego un sacerdocio restaurado.

D. Sofos: —Los esenios son ciertamente conocidos, porque el propio Voltaire afirmó que el cristianismo es producto del esenismo.

D. Logos: —En efecto. Durante el siglo XIX fue común esa idea entre ciertos intelectuales.

D. Sofos: —Pero ¿cuál es el valor de los manuscritos, además de proporcionarnos una información valiosa sobre la comunidad o escisión de la secta de los esenios que habitaba en Qumrán?

D. Logos: —Bien. Tenéis razón, no hemos concretado. El manuscrito de Isaías, descubierto por los jóvenes pastores beduinos en 1947, escrito en diecisiete hojas de pergamino, unidas mediante la costura de sus extremos, formando un rollo de 7'5 metros de largo y veintiséis centímetros de alto, el más grande y mejor conservado de los rollos, fue situado por el eminente especialista Albright en el siglo segundo a.C. Esto lo convierte en el manuscrito hebreo completo más antiguo que cualquier otro libro bíblico, y está prácticamente de acuerdo con los usados en la traducción de la versión Reina Valera. En resolución, como diría Cervantes, tal y como os dije al empezar a hablaros de los famosos manuscritos de Qumrán, los fragmentos y rollos encontrados son mil años más antiguos que los primeros manuscritos del Antiguo Testamento hasta ahora conocidos; según Albright, son del siglo II a.C.

D. Sofos: —Habiendo charlado ya sobradamente sobre el judaísmo y realizado diversas alusiones significativas al cristianismo, me gustaría que comenzaseis a esbozar un resumen general sobre esta última religión, prestando especial atención a las Iglesias, su papel, etc.

D. Logos: —Así haremos. Recordemos que el gran teólogo protestante Adolf von Harnack decía que quien conoce el cristianismo conoce todas las religiones.

D. Sofos: —Aunque también se dice que quien sólo conoce su religión no conoce ninguna.

D. Logos: —También es cierto. Pero el cristianismo goza de una singularidad y de una perfección teológica muy elevadas. Emito este criterio como teólogo y filósofo, no como cristiano, que vos ya sabéis lo soy, más en concreto católico.

D. Sofos: —La admiración hacia el cristianismo no conlleva la comunión con él o su profesión de fe.

D. Logos: —Evidentemente. El cristianismo es una religión universal que cree en la existencia de un Dios único en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Revelación que lo constituye se encuentra en la Biblia, en el Antiguo y Nuevo Testamento, siendo el segundo la continuación del primero. Pero, sin lugar a duda, su rasgo distintivo es la persona de Cristo, “el Ungido”, en griego, sinónimo del término hebreo “Mesías”, que además de ser una figura religiosa se identifica con el verdadero e histórico Jesús de Nazaret. En torno a Jesús el Mesías crucificado, la Palabra hecha carne, se centra todo.

D. Sofos: —Disculpad que os interrumpa, pero me vienen a la cabeza las palabras del sabio cordobés Ibn Hazm, quien critica la doctrina de la Trinidad, una de las bases fundamentales del Cristianismo, de la siguiente manera: *“Cabe preguntar a los cristianos que afirman que el Creador es tres cosas: Padre, Hijo y Espíritu Santo: [...] ¿en virtud de qué razón merece una de ellas ser llamada Padre y la segunda Hijo, si vosotros mismos decís que todas tres son una y la misma cosa, y que cada una de ellas es la otra, de modo que el Padre es el Hijo y el Hijo es el Padre? ¡Esto, en verdad, es la confusión personificada!”* Y, continúa Ibn Hazm: *“El Evangelio de los mismos cristianos refuta además esta doctrina suya, pues en él se atribuyen a Jesús las siguientes palabras: A partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo”*.

D. Logos: —Ibn Hazm comete un error debido a su total ignorancia en exégesis y conocimiento de la mentalidad hebrea. Ignora algo tan sencillo como el hecho de que la expresión “estar sentado a la derecha de...” significa tener el mismo poder y rango de la persona a cuya diestra te sitúas, en este caso del Padre. En vez de refutar, como pretendía, confirma la doctrina de la Trinidad. Como ya os he dicho, los judíos lo entendían, a nosotros nos cuesta más. La mentalidad hebrea es muy extrema: o blanco o negro, como se diría en el lenguaje coloquial. Hay infinitud de ejemplos, como lo que dice Juan: *“El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado”*. O aquellas otras sentencias que dejan entrever que si vuestra mano fuera causa de mala acción deberíais cortarla. Aunque escribían el Nuevo Testamento en griego, ellos pensaban en hebreo.

D. Sofos: —¡Hay tantas expresiones por aprender...!

D. Logos: —No os desilusionéis. Los estudiosos de la Biblia llevan siglos trabajando, ¡y vos queréis aprenderlo todo en tres horas que dura esta lección! La base de la teología cristiana se encuentra en las epístolas y cartas pastorales que San Pablo dirigió a distintas comunidades cristianas de Asia Oriental, así como a su amigo Timoteo. Pero la Revelación, el relato a partir del cual se ha formado todo, está recogido en los cuatro Evangelios. Jesús es el camino, la verdad y la vida.

D. Sofos: —Pan de vida, Luz del mundo, Puerta, Vid verdadera, Pastor verdadero que da la vida por sus ovejas.

D. Logos: —El camino de la verdad de la vida. Es el Hijo Unigénito de Dios, pues si no fuese único, no reconoceríamos la grandeza del amor de Dios, que *“tanto amó al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”*, frase que no me cansaré de repetir. Dios se hizo hombre y, en su santa humanidad, aceptó la condición humana con todas sus circunstancias. Los hombres se quejan por dónde están, por carecer de lo que ansían y en general por todo. Muchas veces quieren huir de la realidad. Cristo se limitó a obedecer y

a proclamar que nos convirtamos y que creamos en el Evangelio. La obediencia a Dios es la verdadera acción redentora; es la palabra clave de la humanidad de Cristo.

D. Sofos: —En el Credo, nuestra profesión de fe, se resume el resto de la teología cristiana. Respecto a lo de la obediencia, he de confesaros que no había advertido la importancia y la relevancia de este vocablo tan aparentemente tradicional o contrario a la “libertad”. Sí que recuerdo las palabras del profeta Samuel: “*Mejor es obedecer que sacrificar*”. Mejor que la revolución, la evolución.

D. Logos: —Lo que Dios nos quiere decir es que hemos de cumplir su voluntad, y Jesús es el mejor modelo. La obediencia de la que se nos habla en la Biblia no es la de cumplir una serie de normas: trasciende de las limitaciones jurídicas. Lo podríamos resumir de una forma muy conocida y citada: amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo sobre vos mismo. Las leyes no son absolutas o radicales, sino éticas: se basan en la más lógica actuación moral y ética que cabría esperar.

D. Sofos: —Cuando Jesús dice que si te golpean en la mejilla derecha has de poner la izquierda, ¿cómo debemos interpretarlo?

D. Logos: —Ese es otro ejemplo más del extremismo semita, del que no hay por qué escandalizarse. No hemos de confundir renuncia con debilidad. En ciertos versículos del Evangelio, como en el huerto de Getsemaní o cuando está en la cruz, Él, como humano, siente miedo. Sin embargo, en otros momentos, como en el de la transfiguración ante Moisés y Elías, se puede admirar su divinidad. Las tentaciones a las que está expuesto en el desierto son la mejor prueba de su humanidad y de la vivencia de la condición humana con todas sus circunstancias, incluso en las peores.

D. Sofos: —Jesús está sujeto a la condición humana. Como proclama la teología, Cristo es modelo en su humanidad, y fuente de la gracia.

D. Logos: —En efecto. El simbolismo de la cruz es claro: Cristo es el sacrificio perfecto, la ofrenda perfecta; no animales o incluso personas, como se ha hecho a lo largo de la Historia. La cruz y la Resurrección constituyen el centro de la fe cristiana, más allá del horror que supongan la sangre y la pasión de Jesús. Jesús resucitó, así lo atestigua el hecho de que Él hubiese pasado cuarenta horas en total en el sepulcro. Para los judíos el cuarenta es el número perfecto para consumir cualquier acción. Moisés está cuarenta años en Egipto, cuarenta en Madián y cuarenta en el desierto. Jesús, pues, murió y resucitó al tercer día. Para todo lo que os he explicado hay cinco lecturas fundamentales que se leen en Cuaresma. Os sugiero que las leáis. La primera es aquella en la que Jesús, empujado por el Espíritu Santo, se retira al desierto durante cuarenta días —recordad que es el número perfecto para los hebreos para consumir cualquier tarea—, y mientras estaba allí es tentado tres veces por Satanás. En la segunda lectura se confirma la profesión de fe de Pedro y se produce la transfiguración de Cristo, momento en el que se destaca su auténtica y plena divinidad ante Moisés, a quien Dios entregó sus leyes, y Elías, uno de los personajes más relevantes del Antiguo Testamento. La tercera lectura subraya la necesidad de un cambio en la forma de culto y de una ruptura con lo anterior: al llegar Jesús al Templo, ve comerciantes, cambistas y vendedores de animales usados como sacrificio; vuelca las mesas y les ordena que se marchen de la casa de Su Padre. En la cuarta, como la anterior del Evangelio de San Juan...

D. Sofos: —Las dos anteriores si mal no recuerdo son de Marcos.

D. Logos: —Efectivamente. La cuarta es uno de los pasajes más significativos de toda la Revelación. Lo decisivo es hacer la voluntad del Padre que está en el cielo, que nos ha puesto como ejemplo a su Hijo Jesús. El Hijo del hombre —Jesucristo— sube junto a Dios para recibir su investidura regia. Sube al cielo, al lugar que le corresponde como divinidad. Él tiene que ser elevado en la cruz. Por último, en la quinta lectura se proclama la santidad del nombre de Dios, es decir, su inmutabilidad, inmaterialidad..., ya que “santo” significa no-terreno. Jesucristo es, como ya he dicho, el sacrificio perfecto, cuya sangre “*purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo*”, como dice la Carta a los Hebreos. Jesús nos llama a seguirle, a ir detrás de Él, a guiarnos por sus opciones de vida.

D. Sofos: —Jesús es el Mesías, Señor, Hijo de Dios; sería la confesión fundamental cristiana: el cristocentrismo.

D. Logos: —Así es. Como decía San Pablo: “*Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, más para los llamados, lo mismo judíos que griegos, fuerza de Dios y sabiduría de Dios*”. Los gentiles...

D. Sofos: —... los no judíos...

D. Logos: —...no son los no judíos en ese sentido genérico...

D. Sofos: —Pero...

D. Logos: —..., sino más en concreto los griegos, debido a que el griego era la lengua más hablada en Asia Menor y en Judea.

D. Sofos: —Jesús habla mucho del “Reino de Dios”. ¿En qué consiste?

D. Logos: —¡Oh! Es una cuestión esencial que había olvidado tratar, máxime cuando es el centro y marco de la predicación de Jesús. Vuestra memoria fotográfica, instantánea y con la facultad de emitir destellos de excelencia en el momento más preciso me lo ha recordado. Antes de todo, os sugiero la lectura del Sermón de la Montaña con sus célebres bienaventuranzas. El Reino de Dios es el ámbito de su soberanía. Todos estamos invitados a entrar en él, es universal, y no es de este mundo: no sigue sus métodos. Se ha manifestado ya con la venida de Jesús y con sus milagros y expulsiones de diablos. A pesar de las dificultades que quiera provocar el demonio, tendrá un final glorioso con la “parusía” o segunda venida del Señor, desapareciendo el dominio del Diablo sobre este mundo. En la Iglesia se debe vivir la vida del Reino.

D. Sofos: —Pero el Reino no es la Iglesia, como afirmaba San Agustín.

D. Logos: —En absoluto. Aunque esa idea se ha popularizado bastante desde que en el siglo IV San Agustín la expresara, es totalmente incorrecta. La proclamación del Reino de Dios por parte de Jesús desencadenó a la postre la creación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios, continuadores de la obra del Señor Jesús. La donación del Espíritu, como dijimos, conllevó la creación de la Iglesia, comunidad de creyentes en Jesucristo, pues Él es su alma. La palabra Iglesia procede del griego “*ekklesía*”, que era la asamblea de ciudadanos atenienses en la que se instauró la democracia. Las lenguas latinas tradujeron *ekklesía* por *Ecclesia*; las lenguas anglosajonas, por el contrario, tradujeron la expresión del griego popular bizantino *oikía kyriaké*, “casa del señor”, por *Kirche* o *Church*, en alemán e inglés respectivamente.

D. Sofos: —Maestro, sin embargo, existe mucha polémica sobre la pregunta ¿fundó Jesús la Iglesia?

D. Logos: —Ciertamente. Los fundamentos de la Iglesia los puso Jesús, sobre todo en el mensaje del reino. Tras la controversia modernista se cuestionaron las antiguas tesis de que Jesús había fundado la Iglesia al decir a Pedro que sobre esta piedra edificaría su Iglesia. La Iglesia es el Pueblo de Dios de los últimos tiempos, reunido por el Mesías, constituido a partir de la muerte y resurrección de Jesús y confirmado por la ya aludida donación del Espíritu Santo. La Iglesia subyace en la predicación de Jesús. Aunque Jesús no *fundó* la Iglesia, tal y como entendemos el acto de fundar, sí puso sus fundamentos en la Pascua. El grupo de los doce discípulos recibe la misión de proclamar la Buena Noticia, el mensaje de esperanza del Reino, primero en Israel y después en todo el mundo, tras haber escuchado sus palabras y haber visto sus obras. A ese grupo de los doce se le denomina en el Nuevo Testamento “*ekklesía*”.

D. Sofos: —Los doce, que representan a las doce tribus de Israel.

D. Logos: —Sí, el Israel institucional. Con Pedro comienza la fe en la resurrección y, por consiguiente, la Iglesia.

D. Sofos: —Por lo tanto, los fundamentos de la Iglesia sí fueron puestos por Jesús.

D. Logos: —En efecto. Jesús quiere reunir el Pueblo ante la inmediata irrupción del Reino de Dios. En los dos primeros siglos de nuestra era surgen comunidades domésticas en Jerusalén, Antioquía de Siria, Éfeso, Corinto y Roma, así como en varios lugares de Macedonia, Galacia o Asia, la actual Turquía. En pocos años se multiplicaron rápidamente por toda Asia Menor y por el Mediterráneo Oriental. Las persecuciones, de Nerón a Diocleciano, pasando incluso por emperadores célebres debido a su sabiduría, como Marco Aurelio, provocaron numerosas dificultades hasta la llegada al trono del imperio de Constantino y el edicto de Milán del 313 y la “*pax constantiniana*”.

D. Sofos: —¿De qué se les acusaba?

D. Logos: —Entre otras cosas, de negarse a adorar al emperador como un Dios y de reuniones secretas y misteriosas, prácticas malignas, negarse a asistir a las matanzas públicas que se organizaban en los circos y por ello de ser malos ciudadanos, e incluso de ateísmo. Además, los filósofos e intelectuales criticaban la nueva religión.

D. Sofos: —Bien deberían haber empezado por criticar la absurdez de su propia religión, falta de ética y moral, en la que se arrojaban personas a un circo para que fieras salvajes desnutridas desde hacía semanas las devorasen.

D. Logos: —Sin embargo, en el siglo IV, como hemos dicho, la situación cambia radicalmente, y el cristianismo se encuentra extendido incluso por las provincias más alejadas: Britania e Hispania. En el siglo XI, en plena Edad Media, Gregorio VII lleva a cabo una profunda reforma eclesial a favor de la libertad de la Iglesia y su emancipación del laicado, exaltando la autoridad papal.

D. Sofos: —El papa es monarca absoluto de la Iglesia Universal.

D. Logos: — “*super omnes gentes et regna*”, sobre todas las personas y reinos. A finales del siglo XV el papado estaba muy deteriorado y los abusos eclesiásticos eran notorios. Los numerosos concilios convocados no consiguieron reformar la curia romana.

En este ambiente de inestabilidad se produjo la reforma de la Iglesia en el siglo XVI por el agustino alemán Martín Lutero. Frente a esta Reforma la Iglesia Católica emprendió una Contrarreforma, cuyo punto de partida fue el concilio de Trento, el más importante en la historia de la Iglesia hasta el Vaticano II. El decreto de la justificación, emitido el 13 de enero de 1547, fue decisivo, diciéndose que “*la fe es principio y fin de toda justificación*”, y no las obras materiales. Adolf von Harnack, de quien creo que ya os he hablado, afirmará siglos después que si ese decreto se hubiera publicado un año antes de la Reforma —en 1516— probablemente no se habría producido la Reforma protestante. Con la llegada de la Ilustración y del liberalismo, el cristianismo sufre una gran crisis por el nacimiento de los movimientos marxista y liberal, y su respuesta es la condena del mundo moderno.

D. Sofos: —Y la declaración de la infalibilidad pontificia en el Vaticano I, un concilio que fue un auténtico atraso en todo lo que se había conseguido hasta el momento.

D. Logos: —Ahora abordaremos superficialmente el tema de la infalibilidad, porque no es tan sencillo como parece; habría que matizar demasiado y abolir los tópicos. La Iglesia en vísperas del siglo XX se presentaba más “*como fruto de reacciones y de defensas que como el anuncio gozoso y liberador del misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo*”, como dijo Forte. Antes del Vaticano II, la Iglesia necesitaba un cambio profundo para adaptarse al mundo moderno y reconciliarse definitivamente con el progreso y, sobre todo, con las demás Iglesias y las otras religiones. Su gran error fue rechazar en bloque la modernidad, sin pararse a analizarla y a esgrimir los criterios buenos y positivos que plantease.

D. Sofos: —¿Qué era lo que queríais decirme sobre la infalibilidad pontificia?

D. Logos: —Simplemente quería aclarar conceptos, pero viendo la hora tan tardía que es, no me perdonarían vuestros padres que os retuviese aquí. Y como no quiero abusar de su generosidad y paciencia, juzgo conveniente irnos a nuestras casas y reanudar mañana la lección inconclusa allí donde la hemos dejado.

D. Sofos: —Si es así, mañana empezareis hablándome sobre la infalibilidad.

D. Logos: —No lo olvidaré.

Y de esta forma, nos fuimos, deseándonos las buenas noches y los dulces sueños. Al siguiente día, fui a buscar a D. Sofos, quien me esperaba impaciente en la puerta de su casa por el retraso de tres minutos que, aunque escaso para mí, era impermisible para su puntualidad y espíritu británicos. Sentados ya en la academia, y acomodados en las sillas, se inició, pues, la lección:

D. Logos: —Bien, sin permitirnos el mínimo resquicio, hablaremos en lo consecutivo sobre la infalibilidad y posteriormente sobre el islam. Espero que vuestros padres no os hayan llamado la atención por la inadmisibile hora a la que volvisteis ayer.

D. Sofos: —No os preocupéis, comprenden perfectamente lo importante que son para mí estas lecciones.

D. Logos: —Habéis tenido mucha suerte, no lo olvidéis. A todo el mundo no le otorgan sus padres tanta libertad como a vos. Bien. La Constitución Dogmática sobre la Iglesia promulgada en el concilio Vaticano I declaró verdad de fe revelada por Dios que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*...

D. Sofos: —...cuando cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y costumbres debe ser sostenida por la Iglesia universal...

D. Logos: —..., goza de aquella infalibilidad de la que el Redentor divino quiso que estuviera provista su Iglesia en la definición de la doctrina sobre la fe y sus costumbres; y por tanto las definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia.

D. Sofos: — “*Romani Pontificis definitiones ex esse, non autem ex consensu Ecclesiae irreformabiles esse*”, en latín.

D. Logos: —Cristo quiere que en las definiciones *ex cathedra* de los papas se actualice la infalibilidad de la Iglesia como tal. Ciertamente estas formulaciones no suscitaron mucho entusiasmo, más bien lo contrario. Por ello se exige una interpretación objetiva del sentido del texto conciliar; si no, vienen los malentendidos. La frase aislada lleva al error: hay que situarla en el contexto literario y en su trasfondo histórico. Infalible no es la persona del papa, sino que infalibles y sin error son *los actos de su magisterio* concretos. Se trata de una ayuda eventual y transitoria del Espíritu Santo. El papa no puede proclamar una doctrina nueva, sólo lo que la Iglesia ha recibido como verdad de fe. La perspectiva decisiva debe situarla desde la Iglesia en su conjunto. Sin embargo, el papa está subordinado a los obispos, porque no es el papa el que emite una definición...

D. Sofos: —..., sino el papa con el consentimiento de los obispos.

D. Logos: —Exactamente. Por ello, la infalibilidad no puede entenderse de forma aislada, con cuyo rechazo estuvo de acuerdo todo el Concilio.

D. Sofos: —Es decir, la frase de Hans Küng, que a pesar de haber escrito muchos y muy buenos libros en ocasiones se precipita en sus conclusiones, no sería correcta. El decir “*si el papa lo quiere, lo puede todo sin la Iglesia*” es un malentendido, no sé si intencionado.

D. Logos: —Quizá se deba al primer supuesto esbozado. Las frases de Küng se apoyan en la pervivencia de los maximalistas y papistas que, al no lograr sus propósitos en el Concilio, se sintieron defraudados y...

D. Sofos: —Quisieron remediarlo mediante la interpretación “a su antojo” de los textos y decretos conciliares.

D. Logos: —Efectivamente. La intención del Vaticano I, como han subrayado teólogos de la talla de Henri Fries, fue la de destacar la unión del papa y de la Iglesia. Tachadme de conservador si queréis, pero así fue, y prefiero la verdad a la manipulación histórica.

D. Sofos: —Conmigo no temáis esos juicios.

D. Logos: —La última frase de la definición dogmática del Vaticano I, “... *por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia*”, no puede significar que el papa en sus decisiones doctrinales quede privado del consentimiento de la Iglesia, sino que “*la proclamación de un dogma por el papa como pastor y maestro supremo de toda la Iglesia, cuando se realiza en las condiciones y supuestos ya indicados y precisados, ya no está sujeta posteriormente de una manera formal-jurídica al acto de consentimiento*”, como dice el propio Fries.

D. Sofos: —Sin embargo, se impone la pregunta de cómo se entiende ese dogma hoy.

D. Logos: —Por supuesto. La infalibilidad se atribuye a la Iglesia, pero determinada en extensión y alcance, y presente en el obispo de Roma y Romano Pontífice, como cabeza del colegio episcopal. En él reside el carisma de la infalibilidad de la Iglesia misma. El sujeto de la infalibilidad es el colegio de los obispos cuya cabeza es el papa, pues sin esa cabeza está incompleto. Hay dos formas de proceder: o el papa define solo o lo hace en unión con el concilio.

D. Sofos: —Evidentemente, el magisterio también se ha equivocado.

D. Logos: —Por supuesto. Los ejemplos no faltan: Urbano VIII con Galileo; la condena de León X a la frase de Lutero de que quemar a los herejes va contra la voluntad del Espíritu de Dios; el rechazo de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa; Gregorio XIII, cuando hizo acuñar una moneda en recuerdo de la matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé; la excomunión del papa Liberio a Atanasio; la actitud de Pablo IV con Isabel I de Inglaterra; la bendición de Sixto V a la Armada Invencible... El papa, está claro, no es infalible cuando la conciencia es la autoridad suprema.

D. Sofos: —La Iglesia, a pesar de todos los errores, permanece en la verdad.

D. Logos: —Verdad en la que no podría permanecer si no proporcionara principios infalibles y verdaderos. La Iglesia se sabe puesta bajo la autoridad de la Palabra de Dios y conoce la preeminencia de ésta. La Iglesia tiene que servir a esa Palabra, no querer disponer de ella.

D. Sofos: —Bien, considero que ya hemos hablado lo suficiente sobre el cristianismo, pues los temas por tratar son innumerables, por lo que será mejor que procedamos a continuación a hablar sobre el islam.

D. Logos: —Perfecto, si así lo deseáis. Aunque mucha gente ignora cosas fundamentales sobre su propia religión, confío en que vos no seáis el caso. El islam es una religión monoteísta y revelada, conocida a través de sus textos inspirados por el Profeta para ser transmitidas a los hombres. El islam otorga a la sociedad que lo profesa un rasgo distintivo y unas pautas determinadas para su vida cotidiana y el desarrollo de su modo de civilización; un código de valores para las personas. Estos rasgos conciernen a todas las acciones y actividades del hombre: vestirse, comer, las artes, la forma de construcción de casas y ciudades, los ornamentos, el comportamiento, la forma de hablar, etc. Todo ello confiere al islam el carácter de religión y una importancia decisiva en la aparición del mundo actual que no hemos de infravalorar. Igual que el hombre, y todo lo que concierne al hombre, no es ajeno a la Iglesia, el hombre, y todo lo que concierne al

hombre, no es ajeno al islam. Las normas religiosas son una forma de relación del hombre con Dios. Por eso transgredirlas desvía al hombre del recto camino.

D. Sofos: —Y apartarse del recto camino no es, como muchos han pensado, piensan y pensarán, desviarse de los caminos impuestos por las autoridades o por ciertas instituciones para su beneficio personal; es desviarse de la tradición, de la Revelación, de la lógica...

D. Logos: —De todo, Sofos. El islam, por la extensión geográfica que experimentó desde un principio, desde la Península Ibérica hasta la India e incluso Indonesia, ha hecho necesaria una adaptación plural y diversos cambios. Como ocurre en la mayoría de las religiones de Libro, la Revelación está recogida en textos, en este caso en dos: el Corán o Libro Sagrado y el Hadiz, donde se encuentran las narraciones y testimonios del Profeta. La imagen, aun progresiva, es única y sustancial.

D. Sofos: —¿Qué me decís, sin embargo, de los movimientos denominados fundamentalistas, integristas o islamistas?

D. Logos: —Casi todos esos fenómenos no son de carácter religioso, sino político. Se aferran a la religión porque es la única legalidad vigente.

D. Sofos: —Creo que sería conveniente que antes de continuar hablaseis sobre la persona del Profeta Muhammad.

D. Logos: —Más correcto que Mahoma, como la gente dice. Muhammad es, para el islam, el enviado de Dios. Nace hacia el 570 en La Meca, en el complejo panorama de la Arabia preislámica, conocido en la tradición musulmana como la *yahiliyya* o “época de la ignorancia”. Existían grupos de judíos bastante organizados, comunidades muy numerosas de cristianos de carácter marginal y herético que se habían refugiado en el desierto para escapar de la ortodoxia de las grandes corrientes que se desarrollaban en torno al Mediterráneo. Los árabes eran, en su mayoría, politeístas, aunque con unas concepciones muy poco evolucionadas y reducidas al ámbito ocasional de los sacrificios y de las ofrendas para paliar los enfados y enfurecimientos de sus deidades. Es famosa la indiferencia de los árabes preislámicos e incluso su irreverencia hacia sus dioses. Finalmente, había un último grupo de tendencia monoteísta que no profesaba ni el cristianismo ni el judaísmo: los *hanifes*. La sociedad era de tipo tribal y patriarcal, nómadas y en época de carencia sedentarias y en ciertos casos, como en el de los habitantes de la ciudad de La Meca, completamente sedentarizados. Tenían fama de belicosos y bravos. Así pues, a pesar de su grado de belicosidad, se establecían en lugares en los que no se podían blandir armas en determinados períodos; allí se organizaban mercados y reuniones de intercambio social y cultural.

D. Sofos: —La Meca era la ciudad más importante, la “capital” de un estado que en realidad no existía, la referencia de todos los que habitaban en la Península Arábiga.

D. Logos: —En efecto. En La Meca se levantaba un Santuario, el de la Ka’ba, en cuyo recinto se hallaba la Piedra Negra que según la tradición depositó allí Abraham junto con un grupo de ángeles. En este ambiente tan singular y complejo nació Muhammad.

D. Sofos: —Abu-l-Qasim Muhammad ibn Abd Allah ibn Abd al-Muttalib ibn Hasim, como él se llamaba.

D. Logos: —Muchas gracias por la puntualización, pues os confieso que no podría recordar ese nombre tan largo. Hijo póstumo, su madre falleció poco después de su nacimiento. Su tutela pasó, primero, a su abuelo, Abd al-Muttalib, y más tarde a su tío Abu Talib. Su clan, el de los Hasim, pertenecía a la gran tribu de los Qurays, que dominaba la Meca. Desde joven fue educado por una nodriza del desierto, ya que se consideraba positivo para los niños, porque aprendían el árabe de los beduinos, de una pureza célebre. Al parecer, viajó a Siria por motivos comerciales y conoció a monjes cristianos. A la edad de veinticinco años entró al servicio de una viuda adinerada que regentaba su propia red de caravanas. Su nombre era Jadiya, y se convertiría en su primera esposa.

D. Sofos: —A pesar de ser quince años mayor que él.

D. Logos: -A pesar de eso. Tuvo varios hijos. De entre sus hijas —pues los varones murieron al poco de nacer— la más conocida es Fátima, casada con un primo del Profeta, Ali. Dada su inclinación a la meditación y a la reflexión, Muhammad se habría preocupado por conocer las creencias de judíos y de cristianos. La primera revelación vino a Muhammad cuando contaba él unos cuarenta años. En ella se le apareció el ángel Gabriel y le anunció que habría de ser el mensajero de Dios. Desde entonces se inicia su andadura como “*rasul*” o enviado y “*nabi*” o profeta. Aunque en un principio mantuvo en secreto sus visiones, pronto se las comunicó a su esposa Jadiya y a su tío Abu Talib, así como a un reducido grupo de amigos de extrema cercanía y de total confianza. Todos le apoyaron para que transmitiese la revelación, lo que le estimuló a lanzarse a la predicación. La tribu de los Qurays, que gobernaban La Meca, recibió con recelo el mensaje, pues consideraban que atentaba contra su modo de vida. Muhammad optó, ante la presión que ejercían los miembros más poderosos e influyentes de la tribu, por marcharse junto con sus seguidores a Etiopía en el 615. Sin embargo, al aumentar la persecución el propio Muhammad se refugió en un oasis al norte de La Meca, en Yazrib, donde los oasis le dispensaron una magnífica bienvenida. A partir de ese momento, el pueblo se llamaría *Madinat al-Nabi*, “la ciudad del Profeta”, que hoy conocemos como Medina. Esta emigración o *hiyra*...

D. Sofos: —...hégira...

D. Logos: —... sucedió en el año 622 de la Era Cristiana, y en esta fecha se inicia la Era Musulmana. Muhammad centró su predicación en la unidad de la ‘*umma*’ o comunidad musulmana, compuesta por los *muhayirun* o musulmanes que emigraron con él y por los ‘*ansar*’, aquéllos que le acogieron en Medina, para afrontar los ataques de los quraysíes. Pero dada la incorporación de individuos de otras tribus y la consolidación numérica de los seguidores de Muhammad, él se plantea la posibilidad de atacar a los Qurays en La Meca. Gracias a un pacto que firmaría con ellos hacia el año 6 de la Hégira, Muhammad entró en La Meca y ésta se entregó a los musulmanes. Cuatro años después, en torno al 632 de nuestra era, Muhammad murió, lo que supuso un problema: determinar quién era la persona más adecuada para dirigir la comunidad de musulmanes. Desde el 632 al 661 se sucedieron los *Al-julafa’ arasidun* o Califas Ortodoxos, que accedieron a la jefatura de la ‘*umma*’ por elección. Fueron Abu Bakr, Umar, Uzman y Ali.

D. Sofos: —Aunque la elección de este último, al ser yerno del Profeta, fue bastante conflictiva, y propició la división del islam en dos tendencias que aún hoy persisten: los sunníes y chiíes, estos últimos partidarios de Ali y de que los musulmanes fueran regidos por sus descendientes. Todo ello desembocó en la victoria de la dinastía de los Omeyas, con sede en Damasco.

D. Logos: —Así es. Estos tiempos se consideran los períodos fundacionales del islam. El islam se extendió rápidamente por el norte de África tras arrebatarse Egipto a los bizantinos, e invadió la Península Ibérica tras vencer al rey visigodo Don Rodrigo en la batalla de Guadalete del 711. Fueron frenados momentáneamente en Poitiers por los francos en el 732, en la zona central de Francia, pero permanecieron sólidamente asentados en el sur de la Galia, Sicilia y el norte de la Península Ibérica. Por el lado oriental llegaron hasta la India, tras destruir el Imperio Sasánida. La devoción popular hacia la figura de Muhammad es inmensa, como por ejemplo ocurre con la celebración del *mawlid* o nacimiento del Profeta.

D. Sofos: —¿Podría explicarme uno por uno los pilares del Islam?

D. Logos: —Evidentemente. La ética musulmana distingue entre la relación del hombre con Dios, *'ibadat*, y las relaciones entre los hombres, *mu'amalat*. Al primer ámbito pertenecen los sobradamente conocidos cinco pilares del islam.

D. Sofos: —Profesión de fe o *sahada*, la oración o *salat*, la limosna o *zakat*, el ayuno o *sawm* y la peregrinación o *hayy*.

D. Logos: —Exacto. La profesión de fe es fundamental: No existe otro dios además de Dios y Muhammad es su enviado.

D. Sofos: —*La ilah illa Allah wa-Muhammad rasul Allah*, en árabe clásico.

D. Logos: —En el Corán se dice claramente: “*¡Creyentes! Creed en Dios, en Su Enviado, en la Escritura que ha revelado a Su Enviado y en la Escritura que había revelado antes. Quien no cree en Dios, en Sus ángeles, en Sus Escrituras, en Sus enviados y en el último Día, ese tal está profundamente extraviado*”.

D. Sofos: —Es decir, esta afirmación supone la total aceptación de la unicidad de Dios y de la veracidad y autenticidad de Muhammad como enviado de Dios para transmitir la revelación.

D. Logos: —En efecto. El islam es estrictamente monoteísta. Con Muhammad se cierra el período de la profecía; él es “el Sello de los Profetas”. Él culmina una serie de profetas desde Abraham que también incluye a Jesús de Nazaret. Por otra parte, la oración es algo fundamental e ineludible para todo creyente musulmán.

D. Sofos: —Algo obligado.

D. Logos: —Sí. Debe ir precedida de un ritual de purificación: lavatorio de manos, cara, boca y pies cinco veces al día.

D. Sofos: —Al amanecer, *alfayr*, al mediodía, *azohr*, por la tarde, *alhadr*, en la puesta del sol, *almagrib*, y por la noche, *alhissha'*.

D. Logos: —Espléndidos conocimientos de lengua árabe clásica. La oración no tiene por qué practicarse en una mezquita, sino en cualquier sitio en donde se encuentre el creyente, siendo completamente individual.

D. Sofos: —Sin embargo, la oración comunitaria de los viernes en las mezquitas posee un carácter especial...

D. Logos: —Otorgado por la tradición, pero se podría rezar en cualquier otro lugar. Esa oración del viernes puede ser dirigida por un *imam* y acompañada de un sermón o *jutba*, similar a nuestras homilías. Se llama a la oración desde los alminares o minaretes de la mezquita. Los almuédanos o muecines, escogidos por la hermosura y potencia de su voz, son los encargados de hacerlo. Según la tradición, el primer almuédano fue el converso negro Bilal, a quien Muhammad le pidió que convocara a la oración a los creyentes.

D. Sofos: —Aunque en las mezquitas de las ciudades más grandes y modernas la voz del almuédano ha sido sustituida por la de grabaciones desde potentes altavoces.

D. Logos: —Ese es el precio del progreso: la desaparición de ciertos elementos de la tradición. La mezquita, en árabe *masyid*, es el edificio en el que los fieles se reúnen para la oración y el lugar en el que los cadíes o jueces impartían sus sentencias y juicios. Antes de entrar a la mezquita propiamente dicha hay un patio con fuentes para que los fieles se laven y realicen las purificaciones estipuladas, para pasar después a la sala de oración, orientada hacia La Meca, ciudad santa del islam, mediante un muro denominado *qibla* en el que se abre un nicho denominado *mihrab*. El sermón o *jutba* anteriormente aludido suele ser pronunciado desde un púlpito o *minbar*.

D. Sofos: —Contiguos a las mezquitas normalmente están las *madrazas* o escuelas donde sabios e insignes maestros forman a los jóvenes aspirantes a expertos en teología y ciencias de la religión.

D. Logos: —Así es. Estos aspirantes residen, durante el período de formación, en régimen de comunidad; con sus celdas o habitaciones, el refectorio, la biblioteca y la sala de estudio, la sala propia de oración, etc. El arte y la ornamentación decorativa de las mezquitas, común a casi todos los países islámicos, las convierte en verdaderas joyas del arte universal que todos estamos obligados a apreciar, si es posible ver y admirar. En países como España, donde la presencia musulmana fue muy intensa durante casi ocho siglos, las manifestaciones artísticas dejadas por los árabes, como es el caso de la Alhambra de Granada o de la mezquita de Córdoba, merecen las más altas consideraciones por su belleza y su refinamiento, aún no superados. El gran amor y aprecio de las gentes árabes por el agua, muy escasa en sus lugares de origen, les motivó a crear, tal y como aún hoy es visible en los jardines del Generalife en la Alhambra de Granada, hermosos riachuelos y cursos de agua en el que el sonido de ésta no es atronador como en nuestras fuentes, sino suave, armonioso, dulce y exquisito, científico y matemático, aprovechando hasta la última gota del preciado líquido. La belleza efímera de las plantas, su silencio y su apacibilidad, su variedad y plenitud.

D. Sofos: —También hemos de aclarar que está prohibido representar a Dios, por su naturaleza totalmente distinta de cualquier ser creado, lo que ha obligado a los arquitectos musulmanes a limitarse a crear motivos florales, geométricos o caligráficos, pero de tal forma y con tal exquisitez que la otra prohibición se olvida rápidamente, pues generan admiración.

D. Logos: —Puesto que para los musulmanes Dios no se encarnó, es decir, no se hizo hombre, no puede ser representado gráficamente. La limosna, tercer pilar del islam, es también un deber obligatorio de todo buen musulmán y no un acto voluntario caritativo. Aparte de expiar las faltas cometidas, se ayuda a sostener la comunidad económicamente. Los textos denigran a los tacaños y alaban a los generosos.

D. Sofos: —Aunque lo mejor que puede hacer el generoso, más que dar limosna, que es pan para hoy y hambre para mañana, es buscar otros mecanismos de incrementación del capital de un país, como es la creación de empresas.

D. Logos: —Obviamente es así, pero no nos desviemos ahora a las ciencias económicas, pues estamos hablando sobre el islam. La entrega de la limosna se puede hacer de diversas formas, siendo más comunes en moneda o mediante la redistribución de algunos bienes obtenidos, llevándolos a los departamentos gubernamentales o ministerios encargados de su gestión. El ayuno desde el alba hasta el crepúsculo durante el mes del Ramadán se inicia con la popular luna nueva o media luna árabe.

D. Sofos: —*Hilal*.

D. Logos: —Así es. En las horas de luz no se puede ingerir ningún alimento ni beber ningún líquido, y hay que abstenerse del contacto sexual. El ayuno no es obligatorio para personas enfermas, ancianas, mujeres en período de gestación o menstruación y aquellos que se hallan de viaje.

D. Sofos: —¿Cuál es la finalidad del ayuno?

D. Logos: —La expiación de las culpas, aunque también se pretende dedicar tiempo a la meditación y reflexión. Hacia finales de mes se conmemora la “noche del poder”, *laylat al-qadar*, y el ayuno concluye con el *‘Id al-fitr*, “fiesta del fin del ayuno”, motivo de celebración familiar y de alegría. Por último, la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida es obligada, si se dispone de los medios necesarios, por supuesto. Se ha de visitar la *ka’ba* y se ha de realizar una procesión a las colinas de Safa y Marwa, donde según la tradición Agar, la esclava egipcia de Abraham y madre de Ismael, buscaba agua para dársela a su hijo en su viaje por el desierto. También se incluye la visita al valle de Arafat, en donde el Profeta pronunció su mensaje final. La indumentaria de los peregrinos es una vestidura blanca. El período de peregrinación se clausura con la *‘id al-adha*, “fiesta del sacrificio”, que conmemora el célebre sacrificio de Abraham. La carne sobrante durante esta fiesta se reparte entre los necesitados.

D. Sofos: —Además de los períodos que marca la tradición, imagino que también se pueden realizar viajes en distintas épocas del año, como actitud piadosa.

D. Logos: —Por supuesto. Los musulmanes también creen en la existencia de lo demoníaco y de los *yinn*, genios creados por Dios. Igualmente creen en el día del Juicio Final, y en la existencia de un Paraíso al que irán aquellos que hayan sido fieles al mensaje.

D. Sofos: —¿Creen también en el Infierno de la misma manera que se proclama en el cristianismo, es decir, en la situación, más que lugar, de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios?

D. Logos: —Sí, a él irán los malvados, según la religión islámica. El libro *La escala de Muhammad* dice: “*Has de saber, Muhammad, que debajo de esta tierra, donde se hallan los hombres, hay otra tierra toda ella de fuego, como también son de fuego los que allí moran; además, hay un mar de fuego, como lo son todos los peces que allí se encuentran. Junto a esta tierra hay otra igualmente de fuego, como son también de fuego el mar, sus moradores y los peces que allí se encuentran. Y así, hasta siete tierras, una junto a otra, y en cada una de ellas un mar de fuego; todas las tierras, todos los mares, así como todos los moradores y los peces que allí se encuentran, todos son de fuego;*

incluso las criaturas, de cualquier especie que sean, son todas ellas de fuego". Además de los cinco pilares, un buen musulmán debe cumplir la *shari'a* o Ley, un código moral que regula los castigos determinados para ciertos actos delictivos. También se encarga de regular los matrimonios, divorcios, herencias, comercio, apostasías... La Ley ha tenido que ser adecuada a las exigencias de los tiempos modernos, principalmente desde el siglo XVIII, tras el contacto con el mundo occidental.

D. Sofos: —Más bien enfrentamiento, división y confrontación desde el tiempo de las Cruzadas, culpables de la apertura de un vacío y de un abismo de diferencias entre el mundo cristiano y el musulmán difícilmente solventables. Cambiando de tema, ¿podríaís hablarme más en profundidad sobre el Corán?

D. Logos: —Bien. Según la tradición musulmana, Dios reveló a Muhammad el Libro Celestial por medio del ángel Gabriel. La revelación habría seguido las mismas etapas que ayer enumerábamos: inspiración a vivir, a hablar y a escribir. Esa inspiración fue desarrollada, como cabe suponer, no de forma instantánea, sino a lo largo del tiempo. El texto fue fijado en tiempos del Tercer Califa Ortodoxo, Uzman, y el alfabeto y la escritura, muy poco evolucionados, hubieron de experimentar un profundo proceso de perfeccionamiento. El Corán que ha llegado hasta nosotros está compuesto por ciento catorce capítulos, que reciben el nombre de *suras*, azoras en castellano, y subdivididos en aleyas o *'aya*. La primera azora se denomina *al-Fatiha*, "la que abre", que dice: "*¡En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso!. Alabado sea Dios, Señor del Universo, el Compasivo, el Misericordioso, Dueño del Día del Juicio. A Ti sólo servimos, a Ti sólo imploramos ayuda. Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados*".

D. Sofos: —¿Qué significa exactamente la palabra *Qur'an*?

D. Logos: —Ese término está emparentado con una palabra siríaca que significa "lectura cantada o recitación". Su lengua es el árabe, es por eso por lo que tuvo mayor aceptación entre la población árabe, pero también hubo judíos o cristianos que se convirtieron a la nueva religión. Todos los musulmanes, aunque el árabe no sea su lengua vernácula, tienen el deber de aprenderla para leer e incluso aprender de memoria el Corán. Los títulos de las azoras están estrechamente vinculados con el contenido, y la longitud y el número de versículos es muy variable.

D. Sofos: —Casi todas empiezan con la *basmala* o jaculatoria en la que se invoca a Dios como clemente y misericordioso. *B-ism-Allah, a-Rahman a-Rahim, "En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo"*.

D. Logos: —En efecto.

D. Sofos: —También pueden aparecer las tres letras misteriosas. ¿Tenéis alguna referencia sobre su significado o función?

D. Logos: —Sólo sé que su interpretación sigue siendo oscura aun entre los más prestigiosos arabistas, a pesar de que muchos han querido ver un valor numérico relativo al número de versículos de la azora.

D. Sofos: —Mientras que otros las han interpretado como las iniciales del nombre de quien transmitió oralmente ese texto antes de ser fijado por escrito.

D. Logos: —La controversia continúa. La segunda fuente sobre la que se asienta el islam es el *Hadiz* o recopilación de los hechos y dichos del Profeta. Aunque cada vez se alude menos a ellos para la resolución de conflictos, hubo un tiempo en el que los dilemas que surgían en la comunidad eran solucionados de acuerdo con lo que la tradición recogida en estos textos decía. Por último, me gustaría hablaros sobre afamadas costumbres musulmanas, como son la prescripción religiosa que prohíbe la ingesta del cerdo. Este tipo de prohibiciones se han de enmarcar en un ámbito sanitario: el islam prohíbe todo aquello que puede dañar la salud, como el tabaco o el alcohol.

D. Sofos: —Ciertamente esas aclaraciones son muy importantes, puesto que en el mundo occidental se tiene la imagen de la religión islámica como una religión de prohibiciones y tradiciones retrógradas y antiguas, aferrada en las costumbres y que marcha contra el mundo moderno; carente de libertades y de librepensamiento, bárbara e inculta. Sin embargo, en la época dorada de la civilización islámica, entre los siglos IX y X, el refinamiento de las cortes de Córdoba, El Cairo, Damasco o Bagdad asombraba a los emisarios y diplomáticos extranjeros. En un ambiente de tolerancia convivían las culturas judía, cristiana y musulmana. La ciencia, la matemática y la medicina tenían su centro neurálgico en las universidades árabes, y los avances en química y filosofía, como la recuperación de los textos de los antiguos griegos, fueron llevados a cabo por los musulmanes.

D. Logos: —Como último comentario, me gustaría tratar el hecho de que el islam no concede la calidad de santo a ningún ser humano.

D. Sofos: —¿Ni siquiera al Profeta?

D. Logos: —Ni siquiera al Profeta. Sin embargo, la devoción popular ha visto en la actitud de ciertos hombres y mujeres modelos de santidad y rectitud, por lo que ante sus tumbas y reliquias cofradías enteras peregrinan y se reúnen periódicamente con el objeto de prestarles devoción. Su importancia es más bien sociológica, al igual que ocurre con algunas peregrinaciones de la Cristiandad, como el Camino de Santiago, donde más que el valor histórico, documental y teológico que tenga la supuesta presencia de los restos del apóstol Santiago en Compostela, lo realmente trascendental es la devoción popular y el hecho de que miles de personas acudan allí tras un largo y fatigoso camino, dando muestra de su fe viva.

D. Sofos: —En el cristianismo santos son todos los que están en el cielo.

D. Logos: —Así es, en el sentido extenso pero real de la palabra. Todos los que han muerto en gracia de Dios pueden ser considerados santos. Aunque también son santos los vivos que están en gracia de Dios. En el Antiguo Testamento se considera santo todo aquello que es consagrado al Señor, como puede ser la tierra, el día del sábado, los sacrificios... Las alusiones de San Pablo a los santos de Roma, Éfeso, Filipos, Colosas... son muy numerosas.

D. Sofos: —¿Cuántos santos reconoce la Iglesia Católica, aproximadamente?

D. Logos: —En el libro *Bibliotheca Sanctorum*, una enorme enciclopedia de unos veinte volúmenes, se habla de un número aproximado de diez mil santos.

D. Sofos: —¡Diez mil!

D. Logos: —Incluso más.

D. Logos: —Bien. Habiendo ya hablado con la requerida profundidad sobre el islam, doy por concluida esta lección hasta mañana.

Y de esta forma, al atardecer nos fuimos a nuestras casas, algo cansados y agobiados por el calor. Los padres de Sofos le estaban esperando para cenar y anunciarle que un familiar suyo había venido a visitarles. Tras saludarles y darles cuenta de los progresos de su hijo, aunque no era necesario, pues ellos estaban seguros de que Sofos aprovechaba el tiempo todo lo posible, me fui a la biblioteca a consultar un libro de título desconocido, aunque de lenguaje muy sugestivo, y que me servía de guía para los temas de nuestras lecciones. Aunque no lo haya contado, cada tarde-noche, después de acompañar a D. Sofos a su casa, me dirigía a la biblioteca y permanecía allí escasos veinte minutos consultando este breve librito. Sólo sé que a un escritor se le ocurrió muchos siglos atrás narrar los apasionantes encuentros de dos sabios que discutían mañana y tarde sentados en un hermoso jardín. Se llamaban, creo recordar, Sócrates y Alkibiades, o Sócrates y Kritón. En fin, lo cierto es que uno de ellos, el mayor y más venerable por su edad, tenía por nombre Sócrates, y vestía una sencilla túnica blanca y larga que le llegaba hasta los pies, cubiertos por unas sandalias de mimbre. Su barba y su pelo eran de un blanco intenso, blanco como la leche, y de su boca salían los más inteligentes discursos que han podido brotar de boca humana.

*Ni la magia o el animismo,
la sociología, la evolución regresiva
o el totemismo activo,
son las causas de la religión.*

*Tampoco hubo hombre alguno,
que sin religión anduvo,
pues desde un principio creído hubo
en la existencia de Dios y en su acción.*

*El judaísmo, el islam y el cristianismo,
a las que añadir no puedo más,
aunque quién sabe si alguna otra más habrá,
profesan el monoteísmo.
y en el Corán uno, y en la Biblia los demás,
cada una encuentra su fundamento real.*

CAPÍTULO V: LAS UTOPIAS.

Me levanté pronto, como de costumbre, cuando aún no había amanecido. Numerosas responsabilidades laborales que no había consumado por encontrarme en período estrictamente vacacional me esperaban, pues en tan sólo una semana habría de reincorporarme a mi puesto como Catedrático emérito de Filosofía en la Universidad provincial. Aunque fuese emérito y jubilado, hasta que mi cuerpo tenga fuerzas y mi mente impulsos seguiré estando en mi puesto y cumpliendo con mi obligación voluntaria de enseñar a quienes desean aprender, y de aprender de quienes desean enseñar. Por ello, había aceptado la propuesta del rector de continuar con las clases como normalmente había hecho hasta cumplir la edad estipulada para el retiro. Al contrario de lo que la gente piensa, el trabajo de un profesor, más si es Catedrático en la Universidad, no se limita a impartir las clases pertinentes en las aulas y corregir los exámenes en un maravilloso despacho que tenemos a nuestra disposición: en la mayoría de los casos, los exámenes y tareas que hemos pedido realizar a los alumnos han de ser revisados en nuestras propias casas. Además, al dirigir una Cátedra, se recurre con frecuencia a nuestro asesoramiento para artículos, trabajos o libros a publicar e incluso se requiere la redacción por nuestra parte de monografías u obras científicas sobre la materia que nos concierne. Todo ello sumado a las usuales y sistemáticas reuniones de departamento, facultad, claustros, etc. que nos privan de nuestro preciado tiempo, pero que comprendemos son muy necesarias. En resolución: debido al temario para las próximas clases que dentro de dos semanas comenzarían me veía obligado a despertarme muy pronto y acostarme relativamente tarde para concluir diversas tareas y publicar finalmente mi libro: *Perspectiva actual de la Filosofía*. Si en algo admiraba a D. Sofos era en la capacidad de elaborar tesis, antítesis y síntesis, en su concentración y constancia en el trabajo que le permitía llevar el ritmo de publicaciones y de trabajo que llevaba. Muchos deberíamos aprender de él, sobre todo de su método de trabajo, eficiente y rápido.

Horas después me dirigí hacia casa de Sofos como de costumbre para acompañarle hasta la academia e iniciar como normalmente nuestra lección. Sofos me estaba esperando con un injustificado entusiasmo en la puerta de su confortable hogar, con su cuaderno y folios para anotar y el diccionario de filosofía y religión con el que siempre se hacía acompañar. Con la duda vigente sobre cuál podría ser el motivo por el cual Sofos estuviese tan alegre, contento y feliz esta mañana cuando normalmente solía estar triste y cansado, descontento e infeliz por la indiferencia de las autoridades educativas ante su caso, me dispuse a aligerar el paso para alcanzarle en la mayor brevedad posible.

Cuál no sería mi sorpresa cuando Sofos me explicó todo lo que había ocurrido desde la tarde anterior cuando llegó su casa hasta esta mañana, al parecer, bastante temprano. Un prestigioso colegio británico se había puesto en contacto para expresarle su deseo de becarlo y aceptarle en sus aulas vista su genialidad. Su felicidad era inigualable, él siempre lo había deseado y finalmente su deseo se había hecho realidad mediante tan generosa concesión. En poco tiempo accedería a la Universidad para cursar tantas carreras como quisiese y pudiese. Veía en él, aun así, un gesto de duda y desconocimiento, pero yo le alenté y le exhorté a que no rechazase en absoluto el ofrecimiento y le auguré un triunfo no muy cercano. Él triunfaría no sólo en el Reino Unido, sino en el mundo entero. Es más, ya había triunfado desde el momento en que se propuso escribir su primera obra, desde el momento en que se propuso leer y aprender más de lo que se le enseñaba en la escuela, desde el momento en el que se había preguntado por cuestiones de filosofía y religión, y, sobre todo, en el hecho de

haber conservado una vigorosa, inquebrantable y racional fe a pesar de su profundización en la ciencia. Él era un triunfador nato y lo seguiría siendo fuera donde fuese y estuviera donde estuviese.

Así pues, hoy sería nuestra última lección si todo salía según lo previsto, porque mañana mismo Sofos habría de marcharse a Inglaterra para incorporarse desde un principio al curso británico. Evidentemente, le prometí que le visitaría periódicamente y siempre que el tiempo y mis ocupaciones profesionales me lo permitiese; y él a su vez me aseguró que siempre que volviese iría a visitarme. Su melancolía y nostalgia era evidente, pero por otro lado su satisfacción por el reconocimiento dispensado ocultaba sobradamente los otros dos sentimientos. Me hablaba de nuestro primer encuentro, como deseando que volviéramos a él y tardase mucho en pasar. Esta semana había sido para él una de las mejores de su vida, y mañana empezaría otra etapa radicalmente distinta. Se dijo a sí mismo que cuando volviese a su casa materna, volvería habiendo triunfado. Ilusiones utópicas, al fin y al cabo, pero como él decía basándose en la sabiduría proverbial árabe, las ilusiones pueden ser muy poderosas.

Comience, pues, la lección.

D. Sofos: —Ante todo, puesto que esta es nuestra última lección juntos hasta que Dios y el destino deparen volvemos a juntar, no quiero convertirla en un receptáculo de melancolías y penas que sólo desalentarían mi marcha o provocarían una situación de nostalgia que puede desembocar en llanto y lágrimas; algo que en absoluto deseo. Por eso, iniciemos lo antes posible la lección para evitar ese estado, patético por un lado y sentimental por otro...

D. Logos: —¿Qué creéis peor: patético o sentimental?

D. Sofos: —Personalmente prefiero lo sentimental, pero hacedme el favor de considerar ya cerrado y concluso el tema.

D. Logos: —Con el fin de agradaros, así lo haré. En las lecciones pasadas hemos tratado temas esenciales o fundamentales para toda religión, y de los que participa muy activamente la metafísica y en general la filosofía. Hoy, por el carácter tan especial de la jornada, me gustaría tratar un tema que está estrechamente relacionado con la política, aunque espero y pretendo no hablar sobre política, sino sobre teología, filosofía y metafísica.

D. Sofos: —Aunque desgraciadamente, ciertos términos y conceptos han experimentado un rápido proceso de politización.

D. Logos: —En el lenguaje coloquial, pero para el lenguaje filosófico seguirá teniendo el mismo significado, abierto, evidentemente, a posibles cambios, modificaciones o adaptaciones. Bien, como he dicho, por lo singular del día, sin reincidir excesivamente en ese aspecto, me gustaría hablar hoy sobre la utopía.

D. Sofos: —¿La utopía? ¿Se puede impartir una lección exclusiva sobre la utopía? ¿Tanta materia hay?

D. Logos: —No es mi propósito ofreceros, como en días anteriores, una clase teórica.

D. Sofos: —Pues huelga decir que utopía en griego significa lugar que no existe o aquello que no está en ningún lugar.

D. Logos: —En efecto. Fue Santo Tomás Moro, el Lord canciller de Inglaterra y mártir cristiano, quien acuñó el término. Miembro del Parlamento y con intenciones de convertirse en profesor de religión, contrajo, sin embargo, matrimonio, y escribió en 1515 su obra *Utopía*, en la que describía una sociedad ideal de corte comunista, que le daría fama para la posteridad.

D. Sofos: —A pesar de ser incluida en el Índice de Libros Prohibidos...

D. Logos: —Aunque al llegar la Reforma a Inglaterra él permaneció en el lado católico, propugnando el castigo de los herejes y el culto a los santos. Por estar en contra de uno de los divorcios que más han marcado la historia, el del rey Enrique VIII y Catalina de Aragón, tía del Emperador Carlos V, fue encarcelado en la Torre de Londres y decapitado en 1535.

D. Sofos: —Enrique VIII, contra lo que cabría suponer, se opuso desde un principio a la Reforma e incluso escribió una defensa de los siete sacramentos en contra de las tesis de Lutero...

D. Logos: —lo que le valió el título de "defensor de la fe", concedido por el papa León X. Al querer disolver su matrimonio con Catalina de Aragón, alegando que Catalina había sido esposa de su hermano Arturo, se enfrentó a la negativa papal, en parte debida al deseo de no desagradar al Emperador y al hecho de que no existiese dispensa papal previa para el matrimonio con Catalina. Enrique VIII, ante tal situación, repudió la autoridad del papa y sometió su decisión a especialistas en teología y derecho canónico, pronunciándose los eruditos a favor del rey inglés en aquellos lugares que no estaban bajo el dominio del poderoso Emperador y rey de España Carlos V de Alemania. El arzobispo de Canterbury, uno de los clérigos más importantes de Inglaterra, declaró inválido el matrimonio con Catalina de Aragón, pero válido el de Enrique VIII con Ana Bolena. Pese a la situación cismática, el rey siguió manteniéndose fiel al catolicismo...

D. Sofos: —... aunque desamortizó los monasterios y transfirió sus posesiones a la Corona.

D. Logos: —Ciertamente, realizó acciones de ese talante, pero se mostró muy implacable con la Reforma, incluso persiguió a los protestantes ingleses. La Reforma inglesa sólo pudo ser iniciada tras su fallecimiento, y no durante su reinado como muchos han afirmado. En resolución, el diálogo lo habíamos empezado sobre Santo Tomás Moro, que está muy estrechamente vinculado con la persona de Enrique VIII de Inglaterra, porque fue él quien ideó la palabra Utopía en la obra que escribió bajo ese título. *Utopía* es, por tanto, toda sociedad humana que se supone ideal o máximamente deseable, pero que muchas veces se considera inalcanzable.

D. Sofos: —Algo modélico o perfecto.

D. Logos: —Así es; esas son sus otras dos posibles acepciones. Decidme ejemplos célebres de Utopías.

D. Sofos: —Bien. Podríamos mencionar la *República*, de Platón; *De optimo republicae statu... nova insula utopia*, de Santo Tomás Moro.,.

D. Logos: —que en el lenguaje coloquial se denomina *Utopía*, sencillamente...

D, Sofos: —... la *Ciudad del Sol*, de Campanella; la *Nueva Atlántida*, de Francis Bacon; el *Erewhom*, de Samuel Butler; *Viaje a Icaria*, de Étienne Cabet; *Noticias de ninguna parte* y *El paraíso terrestre*, de William Morris; y *Una Utopía moderna*, de Wells. Creo que no hay más, por lo menos que yo sepa.

D. Logos: —A todas ellas, por cuya magnífica recitación os felicito, habréis de añadir la vuestra propia. Porque habéis de saber que he leído los documentos inéditos que jamás habéis publicado y que vuestra madre me entregó muy generosamente cuando fui a preguntarle sobre la personalidad de su hijo...

D. Sofos: —Son simples "papeles" que, efectivamente, describen mi ideal utópico personal, que nunca me he atrevido a publicar porque hay cosas que no pueden ser contadas a los demás. ¡Imaginad, sería la mofa y burla de todo el mundo científico! Admiro a los hombres que os he citado anteriormente; ellos sí se atrevieron a publicar sus propias utopías.

D. Logos: —Una sociedad utópica, tal y como nos la presentan sus autores, suele tener un defecto común: no es susceptible de progreso o mejora, porque es supuestamente perfecta.

D. Sofos: —Sin embargo, pensad que la mayoría de los autores que plantean o escriben una utopía lo hacen como algo ideal, sin que las consideren realizables, como afán de mejora de la sociedad en la que viven. Tampoco es algo revolucionario, porque la revolución que propugnan a menudo va dirigida al establecimiento de una comunidad en la que la revolución no es posible.

D. Logos: —La utopía no es ninguna "ceguera" ante las realidades humanas, aunque sea cierto que olvida algunos aspectos de la realidad difíciles de encuadrar en el marco de ningún ideal.

D. Sofos: —"*Así pues, la utopía no es totalmente utópica*", como dice Ferrater Mora.

D. Logos: —Frase muy acertada, ciertamente.

D. Sofos: —El problema de las utopías modernas que nacieron a finales del siglo XVIII y durante casi todo el XIX es que no se basan en el desarrollo de las cualidades humanas, en la excelencia de la persona; e incluso cuando predicán el igualitarismo y el reparto de bienes, quienes tienen las riendas del poder ven rápidamente sus ideales tergiversados y les resulta difícil poner en práctica lo que promulgan,

D. Logos: —Entre otros muchos de orden filosófico, teórico, práctico, lógico, ético...; como también tendrán sus ventajas.

D. Sofos: —..., las cuales yo, personalmente, y quizá sea porque mi pensamiento o está cegado o no admite otros ideales, no alcanzo a comprender.

D. Logos: —... porque todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

D. Sofos: —Unas veces más inconvenientes que ventajas...

D. Logos: —O al contrario.

D. Sofos: —Lo cierto es que no todo es relativo.

D. Logos: —Aunque sí muchas cosas. En fin, proceded a explicarme vuestra utopía personal.

D. Sofos: —Si así lo deseáis... Bien, mi utopía es bastante tópica.

D. Logos: —Me alegra que lo reconozcáis, y no como dicen algunos: la mía no es como las demás porque...; o no tiene ... como en aquel...

D. Sofos: —Mi utopía se basa en la creación de un nuevo estado, un estado en el que la sabiduría, la excelencia, la tolerancia, la caridad, el desarrollo, la potenciación de los que más destacan, la fe, la cooperación, el respeto...

D. Logos: —En fin, en lo de siempre.

D. Sofos: —El estado sería una especie de imperio urbano, es decir, cuyo territorio está compuesto por las diversas ciudades que lo integra, intercomunicadas entre sí por un avanzado sistema de puertos, aeropuertos o transporte terrestre. La capital indiscutible sería Alejandría, centro del saber durante toda la Antigüedad, y que recuperada su esplendor perdido: reconstruiríamos la gran Biblioteca, en donde se albergarían decenas de millones de volúmenes; el faro sería rehabilitado, el palacio imperial, las avenidas, los jardines, las fuentes, los mercados, infinidad de museos, un magnífico puerto... Las demás ciudades serían, entre otras, Éfeso, Tarso, Atenas, Antioquía de Siria, Jerusalén, Cesarea de Filipos, Cartago, Madras, Hong Kong, Tombuctú...

D. Logos: —Veo que os habéis decantado por ciudades clásicas del Mediterráneo oriental y centros de la sabiduría y la ciencia durante varios siglos, así como por ciudades que jugaron y aún hoy juegan un importante papel histórico y económico, y espléndidamente situadas.

D. Sofos: —Así es. Mi estado ideal sería una especie de universidad-estado. Todos los habitantes estarían implicados indirectamente en la universidad y las instituciones académicas y de investigación que habría. Para pertenecer a mi estado, aunque pueda parecer discriminatorio, habría que tener como mínimo un doctorado y presentar algún proyecto de investigación de libro. Sería el estado de los genios: los hombres y mujeres más geniales, inteligentes, destacadas, sabias y también con grandes cualidades humanas.

D. Logos: —...amor, generosidad, caridad, esperanza, fe, compasión, espíritu de cooperación, humildad...

D. Sofos: —... vivirían en él y colaborarían en su progreso, como ocurre en cualquier país.

D. Logos: —¿Quién lo dirigiría; cómo lo llamaríais?

D. Sofos: —Su dirigente sería mi gobernante o rey-filósofo, como los de Platón. El cargo nunca se convertiría en hereditario: en un principio se elegiría al más brillante de todos los habitantes del imperio, y a él se le convertiría en gobernante o monarca absoluto e indiscutible del imperio, con poder para todo. Creo que sería un error privarle del poder, pues si es muy inteligente y posee mucha sabiduría, su gobierno sería perfecto y, aunque cometiese algunos errores inevitables, en su mayor parte estaría exento de errancia.

D. Logos: —Un ideal gnóstico que os permito por tratarse de la descripción de una utopía.

D. Sofos: —A su muerte se elegiría a otro que él ya podría haber designado pero cuya candidatura sería analizada por un comité integrado por los rectores más ilustres de las universidades del imperio. Las fuerzas del orden y la armada la compondrían personas con un elevado nivel intelectual y preparados para tal tarea, reclutados de entre los indígenas o de cualquier otra procedencia. Ellos se encargarían de proteger las fronteras de las ciudades adheridas al imperio y de mantener el orden y la seguridad en su interior. Así pues, habría una especie de guardia pretoriana, en la que estarían los mejores de la armada, destinada a proteger al emperador y los altos cargos y dignatarios.

D. Logos: —Fuerzas de seguridad.

D. Sofos: —Así es. La autoridad del emperador sería incuestionable, aunque la pena de muerte y la cadena perpetua habrían sido abolidas. El derecho fundamental se basaría en el derecho romano. No todos los ciudadanos serían iguales ante la ley: se ganarían sus derechos y sus deberes sistemáticamente. A más derechos más responsabilidades, es decir, más deberes. La clase que más derechos hubiese acumulado por sus logros en ciencia, filosofía, ingeniería o cualquier otra disciplina les introducirían directamente en una escala de dignatarios compuesta por rectores y decanos, intermediaría entre el resto de los habitantes y el emperador. El emperador tendría un palacio, reconstrucción de los antiguos que ya hubiese en la ciudad, denominado palacio imperial, en donde podría residir. Su residencia oficial se encontraría en Alejandría, pero estaría obligado a realizar visitas periódicas a las demás ciudades, para lo que haría uso de los mencionados palacios. Se apostaría por una política de investigación y desarrollo y creación de empresa y capital, la democracia sería excluida...

D. Logos: —Imagino que se habría encontrado un sistema mejor, pero en el mundo actual, siento decirlo, la democracia es el más perfecto y justo de los medios de elección y gobierno descubiertos.

D. Sofos: —Os repito que es una utopía; todo es fantástico e ilusorio según mis criterios. Efectivamente, se habría encontrado un sistema superior a la democracia. No sé cuál, pero superior. Así pues, se explotarían todos los recursos naturales disponibles, a la vez que se crearían reservas y parques protegidos para animales y plantas y se promovería la construcción de jardines y grandes avenidas arboladas en las ciudades, típicas a las del Berlín de mediados del siglo XIX, que darían a las ciudades un aspecto de clasicismo y elegancia incomparable. Los castigos por faltas serían leves, pero aquellos que atentasen directamente contra la seguridad e integridad del imperio podrían ser castigados incluso con el destierro a trabajos forzosos y para el bien público en las minas de oro, plata, platino o diamantes que se habrían adquirido en regiones tales como el Sinaí, Arabia o el Congo.

D. Logos: —¡Qué utópico!

D. Sofos: —El nombre del estado sería "Sofos", y el emperador tomaría automáticamente el apellido de "de Alejandría y Éfeso".

D. Logos: —El nombre, ¿es en honor a vos, porque vos seríais el primer emperador, o...?

D. Sofos: —Es en honor a la sabiduría, por cuya providencia sería regido el estado. Efectivamente, yo sería el primer emperador, pero si así lo decidiese la reunión de los más ilustres habitantes.

D. Logos: —Sofos de Alejandría y Éfeso; sería el apellido más ilustre del planeta.

D. Sofos: —Posiblemente, la economía abogaría indiscutiblemente por la creación de capital y de empresas privadas, y el nivel de crecimiento estaría marcado por el espacio físico: lo primero y principal son las universidades, centros docentes, museos, bibliotecas, etc. Si no quedase espacio para ellas, se restringiría del ámbito empresarial. Los impuestos se darían con arreglo a una especie de "dote" una vez se accede al estado, así como los que tributarían las empresas y el dinero obtenido de las explotaciones mineras y el comercio.

D. Logos: —Algo contradictorio, pero, en fin, vuestra utopía.

D. Sofos: —No habría religión oficial, pero el emperador, si fuese yo, sería católico y solicitaría al Vaticano la creación de una diócesis, si todavía no estaba creada, en cada ciudad, con un arzobispo y en el caso de Alejandría un Cardenal-Primado. Se construirían iglesias en los barrios y una catedral, como mínimo, por cada ciudad. Así pues, también se edificarían sinagogas, mezquitas y templos de otras religiones, en razón del número proporcional de practicantes que se hallasen en la ciudad. Lo fundamental sería la convivencia y el respeto mutuo. La organización interna comprendería un número de ministerios a determinar por el emperador, con reuniones semanales presididas por su Excelencia el Emperador, entre los que destacarían el de Justicia, del que dependerían los jueces y letrados; el de construcciones; el de orden interno y seguridad; el de diplomacia, que gestionaría todas las embajadas y consulados establecidos en las distintas naciones; el de asuntos sociales; el de Sanidad; el de Educación, dirigido por el rector de la universidad más importante del país —la de Alejandría— y el de Gestión Ambiental. El idioma oficial sería el latín, aunque para la redacción de documentos también se podría hacer uso del griego. Todos los ciudadanos tendrían el deber de conocerlo, hablarlo y escribirlo, para evitar las discriminaciones lingüísticas que actualmente se viven. En caso de que algún dirigente extranjero visitase alguna ciudad de *Sofos Kaiseralum Status*, su nombre completo...

D. Logos: —... que se os ha debido ocurrir ahora mismo...

D. Sofos: —... se le podría hablar en inglés, francés, alemán, italiano, castellano, árabe... o cualquier otra lengua. Los diplomáticos extranjeros destinados a Sofos...

D. Logos: —... *Kaiseralum Status*...

D. Sofos: —...tendrían la obligación de conocer a la perfección el latín.

D. Logos: —Pues si no...

D. Sofos: —Si no, sencillamente, se tramitaría la correspondiente petición al gobierno de su país de origen para que lo trasladara y lo cambiara por otro que si supiese latín. Se intentaría mantener un nivel regular de publicaciones, manteniéndonos a la cabeza del mundo en investigación y porcentaje de altas capacidades, creación e innovación, así como de Premios Nobeles.

D. Logos: —Ciertamente los ciudadanos habrían de tener un doctorado como mínimo y mostrar unas cualidades y aptitudes excelentes, pues para tener que aprender y usar el latín continuamente... Decidme, ¿cómo harías para obtener las ciudades?

D. Sofos: —La primera, si fuese posible, mediante compra o acuerdo con el país...

D. Logos: —Dudo que ningún país estuviese dispuesto a ceder parte de su integridad territorial. Y para comprarla, se requeriría de una inmensa fortuna...

D. Sofos: —Que se podría recaudar gracias a donativos particulares, publicación de libros, fortunas propias... No es lo más importante.

D. Logos: —A mi juicio sí.

D. Sofos: —Al mío no. Una vez se hubiese obtenido una sede inicial, ínsula, edificio, campo, pueblo, etc., preferiblemente Alejandría...

D. Logos: —¡Alejandría, ni más ni menos!

D. Sofos: —... para la obtención de las demás ciudades se emplearía el mismo método o, si hubiese una resistencia muy grande y la ciudad fuese estratégica y vital para nuestros intereses...

D. Logos: —... los cuales todavía no me han quedado muy claros, a decir verdad...

D. Sofos: —Se emplearía la fuerza, evitando en todo lo posible el derramamiento de sangre. Aunque, pensándolo mejor, puesto que el espíritu de *Sofos Kaiseralum Status* no es el de la violencia, la guerra y la ambición, si no se pudiese llegar a ningún acuerdo se desistiría. Pero ello no significaría la colaboración activa en el avance de la ciudad, como la donación de libros para sus universidades o la puesta a su disposición de nuestro personal docente y científico para conferencias, cursos, asistencia en prospecciones mineras o en obras de ingeniería, etc. Las viviendas serían absolutamente normales, y dependiendo del sueldo, bienes o negocios de cada ciudadano, éste viviría en diferentes casas. En ningún caso se trata de convertir Sofos en un estado comunista en el que nadie tiene bienes y todos viven en casas del mismo tamaño y valor, sino en un estado completamente capitalista cuyo eslogan podría ser: "la Sabiduría y la fe, bases del individuo" o algo parecido.

D. Logos: —Muy sugestivo, sin duda.

D. Sofos: —Habría compañías de construcción en cada ciudad, y también concesionarios de coches, y transporte público: autobuses, metropolitano...

D. Logos: —¿Cuáles serán los títulos del Emperador y sus competencias?

D. Sofos: —Excepto en materia religiosa, que le competirá al arzobispo o cardenal designado por Roma, el Emperador tendrá poder de decisión absoluto e indiscutible en todas las áreas sin necesidad de parlamento o senado, Su única privación es que no puede convertir en hereditario el cargo y tampoco modificar las leyes si no es mediante el consenso de los más sabios del imperio y de los rectores y catedráticos más prestigiosos. Sus títulos serán el de emperador absoluto de Sofos, gobernador de Alejandría y de cada una de las ciudades del imperio...

D. Logos: —¡Qué modestia!

D. Sofos: —..., filósofo magno...

D. Logos: —¡Filósofo Magno! Es uno de los títulos más elocuentes e ingenuos que jamás he oído.

D. Sofos: —Os repito, maestro, que se trata de una mera utopía, la cual, no habiendo más aspectos que tratar, doy por concluida y terminada.

D. Logos: —Vuestra propia utopía.

D. Sofos: —Por la cual estoy muy orgulloso.

D. Logos: —Bien, está claro que las utopías son, en su mayoría, impracticables, precisamente por el hecho de ser utopías.

D. Sofos: —*Who knows?*, como dirían los ingleses.

D. Logos: —Espero que no creáis que vuestra utopía se puede hacer realidad. ¡Es imposible!

D. Sofos: —Hoy por hoy pocas cosas son "imposibles". Decid mejor, "muy difíciles", "poco prácticas", "poco reales y convincentes"...

D. Logos: —Aunque siempre muy imaginativas. Siento decirlo, pero así es: doy por finalizada nuestra última lección, la cual, en realidad, ha sido impartida por vos y comentada por mí.

D. Sofos: —Recordaré y echaré de menos estas lecciones estivales, este atardecer con el sol en el horizonte sobre las montañas, con los antiguos caseríos en las faldas cubiertas por un tupido bosque y un intenso follaje. Pero sobre todo os recordaré a vos; no creo que en el lugar al que voy tenga maestros tan excelentes y discretos, que diría Cervantes, como vos.

D. Logos: —Los tendréis infinitamente mejores. Los sabios más grandes e ilustres de Inglaterra considerarán un honor daros clase, como lo ha sido para mí. Y ahora, habéis de marcharos, porque está anocheciendo y mañana os espera un duro día. Además, tenéis que despediros de los numerosos familiares que estarán acudiendo a vuestra casa.

D. Sofos: —Acompañadme, pues será la última vez y quiero rememorar esos incomparables momentos que he vivido. En esta noche, en la que los sueños reviven y las palabras declaman, permitidme agradeceros todo lo que por mí habéis hecho.

D. Logos: —Gracias a Dios, pues no había descubierto el valor de la enseñanza y el compartir mis conocimientos hasta que os conocí a vos. Todos deberíamos aprender de vos.

D. Sofos: —Todos deberíamos aprender de todos.

Y diciendo esto, ambos nos fuimos, ignorando si sería la última vez, a nuestras casas. Los padres de Sofos le estaban esperando impacientes, pues toda la familia había acudido a despedirse personalmente de él. Evidentemente, los preparativos que había de hacer eran muchos y yo preferí irme a mi casa para no molestar. Les agradecí a sus padres la libertad que me habían otorgado y lo mucho que estaban ayudando a su hijo: otros padres no lo habrían hecho. En resolución, así pues y finalmente, me marché solo hacia mi casa con el sol poniéndose y el panorama del atardecer. Adiós, Sofos, le dije.

*En la lección presente,
ambos sabios debatieron,
conversaron y discurrieron,*

sobre una utopía vigente.

*La suya propia, D. Sofos
expresó,*

*criticóle D. Logos con
precisión,*

*aunque la razón, en esta
ocasión,*

en ninguno de los dos residió,

porque son las utopías,

meras ideas e ilusiones,

que en ningún lugar están.

No han de ser cumplidas,

porque estas situaciones

sólo en la mente permanecerán.

CAPÍTULO VI: DE CÓMO EL ANTIGUO ALUMNO Y EL ANCIANO MAESTRO SE REENCUENTRAN Y ENTABLAN UNA INTERMINABLE CONVERSACIÓN

Dondequiera que sea, cuandoquiera que ocurra y comoquiera que acontezca, es labor mía narrar el siempre anhelado encuentro entre nuestros ya familiares alumno y maestro, que ahora han pasado a ser dos portadores de la más profunda sabiduría. Hombres eruditos y doctos que debatirían incansablemente sobre cuanto se les propusiese. Grandes dudas que le surgieran a el uno y fuesen planteadas por tan instruido personaje con la más aparente irrevocabilidad, hallarán en su contrincante incontestables argumentaciones de las cuales discrepará el que en un principio tuvo la interesante y no menos temeraria idea de proponer a su adversario intelectual un tema por tratar que no hará si no enzarzar la discusión. Lo que para uno resultase claro y exento de ambigüedades, cuyas convicciones sobre él no podrían ser cuestionadas ni por el más insigne de los sabios que hayan conocido los siglos pasados y verán los venideros, cuál sería su asombro que la momentánea alegría que experimentarían no sería sino pasajera, pues de su halagada intervención se procedería a otra de no menos consideración que daría paso a la consecuente réplica. Y así el fatigado lector comprobará cómo en la naturaleza nada es irrefutable, fijo o estable. Las leyes que las personas puedan haber creado siempre se enfrentarán con las variables que en el mundo priman, advirtiéndose de esta forma que las enrevesadas conclusiones a las que tan muchos hombres llegarán ningún fin tendrán y el debate será el cuento de nunca acabar. Pero piensen los lectores que el no terminar permite mantener una constante oportunidad para participar de las preguntas claves que nunca se responderán, y así colaboraremos en la más particular polémica que podamos imaginar. Y no consistirá ésta en discutir sobre todo lo que incentive nuestra duda metódica, particular, específica y personal; sino en pensar y razonar qué objetivo nos mueve a actuar y plantear nuestra existencia tal y como por tendencias que no sabría identificar propendemos a obrar. Hablen pues D. Logos y D. Sofos, maestro y alumno aventajado que ya ha superado a su preceptor, compañeros de un viaje que no necesita nimbo ni destino, únicamente atención y un poco de tino:

D. Logos: —Qué agradable velada nos espera. Tantos temas por delante que tratar sin que podamos ser interrumpidos. Aún recuerdo cuando charlábamos apaciblemente en la bella academia al aire libre que en el campo poseía, y vos no hacíais sino abordarme continuamente con preguntas que advertían vuestro grado de madurez. Habéis cambiado, ya sois un hombre, Inglaterra ha 'presentado para vos el triunfo y la gloria. No me equivocaba cuando en aquella última lección el día anterior a vuestra definitiva marcha os auguré un futuro brillante. Mis reflexiones y predicciones no eran las típicas que se dicen por obligación y que luego en la mayoría de los casos no se cumplen: os aseguro que mi mente y mi corazón me las dictaban al veros vigoroso y con toda una vida por delante. Estoy seguro de que vuestra sabiduría también habrá crecido, yo ya no podré enseñaros nada. Así pues, sólo con pensar que no tendré que dejar de hablar en horas y horas y que tendré a un contrincante del más alto nivel, antiguo alumno mío y al que espero haber enseñado lo mejor que haya podido, diciéndole siempre que intentase saber más que su maestro, mi deseo de debatir no hace sino crecer.

D. Sofos: —No evitarán vuestros halagos mi carácter implacable, aunque espero que haya conseguido en tanto tiempo tener más conocimientos que mi antiguo maestro. Hoy, como os prometí hace tantos años, nos hemos vuelto a ver en el mismo escenario que tanto marcó mi infancia: vuestra academia, lugar idílico y utópico creado por vos a imagen y semejanza de aquellas de los antiguos griegos, en un ambiente socrático y reflexivo, meditativo y sapiencial. Sí coincido con vuestra merced en la dicha que supone tener que buscar nuevos argumentos y razonamientos que convengan, aunque sea por poco tiempo, al contertulio de la coherencia de lo que digo y expreso.

D. Logos: —No os falta certeza en vuestras proposiciones, mi admirado contrincante, pero he de deciros con la más absoluta sinceridad que no estoy de acuerdo con vuestro ideal utópico de transgredir todo lo prefijado, como hacíais cuando estudiabais en mi academia, porque si algo caracteriza a vuestra merced es el espíritu rebelde e innovador que rige vuestra existencia. Y si todo el mundo se dedicase a desmoronar todo principio establecido en vaya época viviríamos.

D. Sofos: —Falta de originalidad advierto en vos, aunque también una arraigada tradición académica que le impide atentar contra sus bases, como frecuentemente os recordaba cuando me enseñabais.

D. Logos: —No me creáis un anciano retrógrado, porque estaríais equivocado. Yo sólo mantengo que es necesario seguir unas directrices exentas de error que nos permitan gozar de la alegría que supone haber hallado un algo irrefutable.

D. Sofos: —Y dónde, mi estimado profesor, se encuentran tales verdades si no es en lo empírico, porque además de la matemática, cuyos baremos numéricos se basan en la propia lógica natural expresada mediante códigos humanos, no recuerdo ninguna otra disciplina o hallazgo científico que guarde tan estrictas limitaciones.

D. Logos: —No hagáis por parecerme un completo ignorante, porque deberíais haber recordado que ya Descartes, aquél meditativo hombre que no quería levantarse hasta las once de la mañana, una hora imperdonable para cualquier persona de letras —siguiendo los hábitos de Leonardo—, sólo para poder cavilar y reflexionar, probó que todo puede ser negado excepto una verdad intuitiva y fundamental: el hecho de que yo, por ser una *res cogitans*, existo; algo que ni yo mismo podría cuestionar, pues soy consciente de que para pensar es preciso ser, y ésta certeza no responde a ninguna ecuación matemática. Recordad esa lección que cuando erais pequeño os impartí, ante la sorpresa que para vos suponía cuestionar vuestra propia existencia. Pequeño erais entonces, y un lenguaje más accesible empleé pues.

D. Sofos: —Tenéis toda la razón, y no penséis que por no haber mencionado a tan célebre pensador haya olvidado sus famosas conclusiones y sus importantes descubrimientos, pero son verdades tan evidentes que en mi proceder directo y contundente intento obviar. Pero antes de continuar con nuestro interesante dilema he de recriminaros vuestra actitud conservadora que forma prototipos y patrones que caracterizan a todo intelectual. ¿Acaso no puede ser estudiosa una persona que no madrugue y a la que aburran los museos, pero en cambio disfrute leyendo una obra de Cervantes o de Calderón?

D. Logos: —Francamente he de responderos que para mí no merece la consideración de hombre o mujer de letras aquél que gandulee y aborrezca los museos y exposiciones, pues la auténtica sabiduría, el grueso del conocimiento, no se halla

únicamente en los libros o en el deleite que éstos supongan, sino también en el espíritu de trabajo y organización, los cuales os aseguro no se consiguen levantándose a las once. Y con respecto a los museos, no sé a qué clase de erudito os referís si desprecia las exposiciones y los muestrarios de objetos y materiales de un tema o materia concreta, ya sea historia o biología, porque si en verdad fuese un auténtico ilustrado bien puedo asegurados que con alguna de las ramas expuestas en un museo concreto se sentiría identificado.

D. Sofos: —Un tanto ingenuo y conservador sois si en verdad guardáis esa imagen retrógrada y anticuada de intelectual. Si bien tenéis toda la razón en vuestra explicación un tanto magistral del valor de los museos como centros por excelencia de almacenamiento de los soportes materiales que fundamentan una ciencia o rama determinada, es mi deber recordados que antes de que los helenos creasen las primeras “casas de las musas” los eruditos habían de conformarse con admirar cuanto les rodease y de sus observaciones sistemáticas sacar sus propias conclusiones sin ninguna intención cuantitativa, además de leer y estudiar todos los manuscritos y escritos que ante ellos se presentasen.

D. Logos: —Si me consideráis tradicional no es para mí, en absoluto, algo peyorativo. Siempre mantendré que el verdadero progreso reside no solamente en nuevos hitos técnicos e innovaciones futuristas que lo único que hacen es ahorrarnos algo de tiempo y obsequiarnos con una mayor comodidad; aspectos que a la larga crean un ambiente de falta total de predisposición y trabajo y una dependencia casi exclusiva de tales inventos. E imagino que vos sabréis calcular la problemática que pasado un tiempo producen, ya que si en algún momento cualquiera de los mencionados artilugios dejase de funcionar nuestra existencia atravesaría graves inconsistencias. ¡Ay del progreso, si eso es lo que mi seso entiende por avance!

D. Sofos: —Se os ha olvidado mencionar en tan crítica intervención la falta de mejora sociológica e intelectual de la población que las personas que como vos piensan suelen citar. Pero antes de que os adelantéis a aclararme vuestra postura con respecto a este tema he de deciros a vos y a todos los que como vos razonan que si en verdad creen que sólo hemos avanzado en lo material y no en lo espiritual deberían comenzar por hablar con cualquier infante, joven o galante que por la escuela haya pasado, ya que no es necesario retroceder muchos siglos para advertir la grave carencia educativa que por aquellos entonces primaba, cuando ahora reina un ambiente de gusto por el aprendizaje y el cultivo personal, porque es en los efebos en donde se aprecia con más calidad la cada vez mayor preparación.

D. Logos: —Sin embargo, la era de los grandes filósofos y pensadores ha acabado. Ya no viven célebres sabios como antes que reflexionen y mediten sobre cuantas incógnitas rodean nuestra existencia, ¡el tiempo de los eruditos ha concluido, sin que haya señales de retorno a tan dichosas épocas!

D. Sofos: —No dramaticéis tanto la situación, pues si fuera cierto lo que decís no estaríamos ahora hablando sobre asuntos de índole filosófica, si como mentáis ya no hubiera estudiosos y eruditos.

D. Logos: —¡Pero ya no se experimentan “plinias”, lo cual una profunda nostalgia produce en mí!

D. Sofos: —De bien os agradecería si pudierais explicarme en qué consiste la bella palabra que habéis usado y que si bien recuerda el amplio léxico que de mi cabeza cuelga no figura en él y ni siquiera se espera.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, mi estimado D. Sofos, y he de felicitaros antes de todo por el buen funcionamiento de vuestras neuronas, ya que el procesamiento de la información que rápido os he dado ha sido instantáneo y veloz, lo que sólo puede advertir un perfecto dominio de nuestro apreciado idioma. Y bien, proceda yo a aclararos el significado de este vocablo, el más preciso, hermoso, cortés y agraciado que se haya podido imaginar, indicándoos antes de continuar que no han sido mis mercedes las que han inventado tan original palabra, sino la mente creadora, sabia, bondadosa y tierna de alguien; un aura de rebosante hermosura, señora de encanto, quien goza de la más amplia de las sabidurías, el más maravilloso ser que en vuestra vida conoceréis, cuyo nombre no diré porque difícilmente le podríais reconocer. Y es que tan dichosa dama concibió esta locución. ¿Cómo llamarías vos a ese momento de énfasis intelectual, indescriptible para la persona que lo experimenta, resultante de un gran descubrimiento, hallazgo o hito científico y sapiencial al que en tantas ocasiones alude la Historia?

D. Sofos: —En mi vida me he visto en tal aprieto, D. Logos, porque a pesar de mi intensa formación no recuerdo haber leído, aprendido u oído hablar de una denominación concreta para tan importante sensación; y si bien creo recordar, no está en ningún diccionario, y pensándolo detenidamente, no encuentro explicación satisfactoria que responda a mi duda acerca de por qué un instante de tal trascendencia personal y colectiva no ha sido incluido en alguno de los tantos léxicos que al parecer se caracterizan por su complejidad, enciclopedismo e integridad, en los que se muestran términos de, a mi juicio, menor relevancia que la susodicha plinia.

D. Logos: —Fue por las mismas lógicas y prácticas conclusiones por la que me decidí a hacer constante referencia a este vocablo, que sólo una persona de las características de quien os he descrito podría haber generado, por lo que os exhorto a que desde ahora y en adelante uséis lo más asiduamente posible esta palabra para que sea familiar entre los que nos rodean a pesar de no estar presente en ningún soporte físico, ya que estará en las mentes, gozará del cariño y será parte de las gentes que con nosotros conviven.

D. Sofos: —No dudéis en que lo haré, pues es para mí un honor, emplear una palabra nueva. Pensad en la alegría que supone saber que nuestra lengua está sujeta a cambios y adiciones, porque sólo de imaginar lo aburrido que sería el hablar un idioma estático, me dan ganas de no usarlo.

D. Logos: —Os lo agradezco de veras, mi estimado sabio, porque sois vos verdaderamente el hombre más sabio que en mi vida he conocido y que intuyo se me permitirá tratar.

D. Sofos: —Por favor, no entremos en discusiones, es evidente que mi sabiduría, que amplia y completa me permito creer que es, no puede compararse con la vuestra.

D. Logos: —Si realmente soy un sabio, creedme que vos lo sois más que yo, no sólo en el conocimiento teórico y memorístico, sino también en el práctico y vivencial.

| D. Sofos: —Nos veo como los Siete Sabios, porque nuestra discusión podrá ser interminable, hasta que uno de los dos digamos, en este caso será yo, que ninguno de

nosotros somos los más sabios, pues es Dios quien goza de tal halago. Infinita es su sabiduría e ilimitada su sensatez.

D. Logos: —Dos requisitos máximos que describen a un ser omnipotente, y si mal no recuerdo, fue mi admirado Solón de Atenas quien de ello se dio cuenta, ya que fue él quien finalmente envió el banquillo de oro ante el altar de Apolo Delfico, cuando los seis sabios restantes se lo fueron enviando del uno al otro sin aparente conclusión. Y si me permitís, pasaré a contar la leyenda: encontróse en la cálida mar de Grecia un banquillo del oro más valioso. Consultaron los más ancianos del lugar, al Oráculo de Delfos, sobre a quién le correspondía tal regalo. Respondióles el sacerdote de forma contundente que habían de entregarlo al más sabio de entre los helenos. Decidióse por unanimidad enviarlo al célebre Tales de Mileto, ilustre matemático y sabio político, quien salvó a la ciudad que le da nombre de caer ante el gran persa gracias a no confederarse con las demás polis pese a la solicitud de su amigo Cresos. He aquí un ejemplo de cómo al auténtico sabio no le ciegan los sentimientos, para él priman la seguridad y rigurosidad de su gestión.

D. Sofos: —Permitidme hacer luego un inciso sobre vuestra última frase.

D. Logos: —Así lo haré en cuanto concluya. Tales, al no considerarse el más sabio de los pensadores griegos, envió el tesoro a Bías de Priena, también llamado Biante, nombre que yo prefiero, sabiendo que el primero significa “violento”. Brillante consejero fue éste, que recordemos ayudó al monarca egipcio en un gran aprieto, ya que la ignorancia del rey le había hecho comprometerse ante el soberano de los etíopes a beberse el mar. Y díjole Biante que aceptara la apuesta, pero alegando al enemigo que sólo lo haría en el mar que está actualmente, no al que habrá después de que los ríos viertan más agua. De esta forma, únicamente cumpliría su apuesta cuando el soberano africano detuviese todos los ríos que al mar llegan.

D. Sofos: —¡Qué brillantez y sabiduría, aún ahora me sorprende, porque si me viese en tal aprieto, no habría sabido qué hacer; bien merecido tenía su apelativo!

D. Logos: —Ciertamente. Biante lo mandó a Pitaco, el de Mitilene, y de éste pasó a Cleóbulo de Lindos, hasta que finalmente en casa de Solón de Atenas apareció tal objeto, y la fortuna hizo que la inspiración rondase por su cabeza, y fuese a Dios a quien remitió tal presente.

D. Sofos: —Antes de continuar y de que mis en ocasiones limitados recursos memorísticos formulen a mi merced la pregunta que hace unos momentos he pensado, he de solicitaros la oportuna licencia para realizáros la, pues son dudas lo que la sentencia última que hicisteis ha sembrado en mí.

D. Logos: —Decídmelo, por favor, como en los tiempos en los que yo era vuestro maestro y continuamente me abordabais con las siempre magistrales y oportunas preguntas. Recuerdo cómo tras explicaros la interesante lección sobre la existencia de Dios luego recapacité, pues no pronunciaba ni cinco frases cuando vos ya habíais alzado la mano.

D. Sofos: —Felices aquellos tiempos de discípulo, pero no menos los actuales, pues de aprendiz he ascendido a profesor en ilustres instituciones, y ahora a consagrado escritor. Así pues, dijisteis vos a propósito de la persona de Tales de Mileto que al verdadero sabio no le ciegan sus sentimientos, primando únicamente la rigurosidad y realización de su tarea. He de deciros que discrepo profundamente de vos, porque el

erudito, sabio o cómo queramos llamarle, es también humano, y por mucho que quiera huir de esta circunstancia para lograr la mayor objetividad y exactitud empírica posible, nunca conseguirá esa imparcialidad, pues todo lo que le concierna o de él provenga, todo lo que con él tenga alguna relación, sea de cualquier clase, estará siempre influenciado por varios factores, no caiga yo en simplificaciones de principiante. Entre ellos he de destacar el factor profesional, faceta humana ésta en la que el individuo, según creo, vierte todas las características artificiales concebidas por él para obtener de algún modo u otro un elevado grado de perfección armónica y equilibrada, rechazando todo lo que suponga imprecisión e inmersión de la faceta sentimental del ser humano. La segunda que cabría destacar es, como he anticipado, la sentimental, coloquialmente llamada “humana”, la verdad es que no llego a adivinar el porqué, pues humanas son todas. Pero, en fin, como decía, la segunda sería la sentimental, aquélla marcada por caracteres de tipo natural. Sería, desde mi punto de vista, lo que realmente conectaría al individuo con la Naturaleza. Es aquí donde se mostrarían apariencias más desequilibradas, desiguales, desmedidas, carentes de cualquier sistema de medición o clasificación artificial. Por tanto, y si mis reflexiones no están mal planteadas, el término “artificial” no significaría todo lo hecho por mano o arte del hombre, sino una parte muy importante de las características y facetas que conforman la persona. Por ello, y para concluir con mi intervención, termino por decir que con respecto a la frase que pronunciasteis es inevitable y perfectamente asumible que incluso en los más grandes, célebres e ilustres pensadores se entrometan sus sentimientos e inclinaciones personales, pues, si no, personas desde luego no serían.

D. Logos: —No sé qué decir para calificar vuestra intervención. Perdonadme, pero ni yo mismo, vuestro antiguo maestro y el mejor conocedor de vuestras posibilidades intelectuales y dialécticas, hubiera imaginado que pudieseis pensar, razonar y crear tanto. He de reconocer la completa irracionalidad de esta frase, pues no tengo justificación alguna para ella por su rotundo y probado fracaso.

D. Sofos: —Perdonadme que os interrumpa de nuevo, pero me gustaría cambiar ligeramente el rumbo de nuestra conversación. Para consumir tal propósito se me ocurre una pregunta de sumo interés filosófico. Decidme: ¿qué frase pensáis es más acertada: “*vivimos para filosofar*” o “*filosofamos para vivir*”? La primera es de Aristóteles, la segunda del español Ortega y Gasset.

D. Logos: —El dilema filosófico es notable, pero no sé si me creeríais si os dijera que no estoy de acuerdo con ninguna de las dos, o por lo menos si las planteamos por separado. Intentaré no caer en indeterminaciones o frases que aparentemente resulten bonitas, metafísicas, racionales y armónicas, pero faltas de un contenido filosófico.

D. Sofos: —Algo bastante complicado en estos casos.

D. Logos: —Pero no inevitable. El hombre filosofa y vive porque es consciente de que ambas acciones se complementan con el objetivo de alcanzar la causa última, para intentar acercarse al verdadero conocimiento de sí mismo. Necesita filosofar para vivir, pues en cierto modo vive para filosofar. Pero su vida está orientada a obtener la felicidad.

D. Sofos: —Perdonadme, maestro, si os dijese que yo pienso que el hombre vive para creer en Dios y cree en Dios para vivir; el filosofar es conllevado por esa fe.

D. Logos: —Ante todo no merezco llamarme maestro vuestro ya, puesto que habéis logrado tal perfeccionamiento en vuestra madurez que mis reflexiones no alcanzan ni la introducción de las vuestras. Tenéis razón, Sofos, tenéis razón.

D. Sofos: —Una vez me disteis un consejo: que supiese más que mi propio maestro, y yo lo he intentado seguir. Pero, ante todo, vos siempre seréis mi maestro, protagonista de mi infancia.

D. Logos: —Os lo agradezco de veras. Me gustaría preguntaros cómo imagináis el siglo XXI tras la llegada del año 2000; como pensáis evolucionará el hombre y hasta qué recónditos lugares nos llevará la ciencia; si sobrevivirá la religión en una era en la que las personas cada vez se alejan más de Dios.

D. Sofos: —Me parece una interesantísima cuestión para tratar a lo largo de nuestra conversación, pero antes he de corregiros, si me lo permitís, en un error que habéis cometido.

D. Logos: —Adelante, rectificar es de sabios, como muchos dicen.

D. Sofos: —Habéis insinuado que el tan anhelado siglo XXI y III Milenio comenzó en la madrugada del 31 de diciembre de 1999; es decir, el año 2000 sería el primer año del siglo.

D. Logos: —¿Cuándo, si no?

D. Sofos: —Bien. La polémica generada por este hecho debe ser tratada desde un punto de vista matemático e histórico, porque además de factores numéricos actúan sucesos históricos. En primer lugar, he de advertiros que matemáticamente el comienzo del nuevo milenio es el 2001. Sin embargo, la metrología y los calendarios han experimentado muchas inexactitudes, anécdotas, desfases y errores de cálculo.

D. Logos: —Empezando por la vigencia de cuarenta calendarios en el mundo.

D. Sofos: —En efecto. El nuestro fue impuesto por el Pontífice Gregorio XIII. El primer calendario nació en Mesopotamia, y era de tipo lunisolar, con meses lunares, pero rigiéndose el año por el sol. En el Antiguo Egipto el calendario lunar era usado con fines religiosos, y al mismo tiempo había un calendario solar de trescientos sesenta y cinco días y tres estaciones.

D. Logos: —Las cuales, si mal no creo recordar, son Ajet, la inundación; Peret, la siembra; y Shemu, la recolección.

D. Sofos: —Exactamente. Otros calendarios importantes son el hebreo, que actualmente está allá por el año 5759, y el hindú, ahora en el año 1922. El musulmán es lunar, y para convertir la era gregoriana a la era musulmana os propongo una fórmula muy sencilla. Si lo que deseáis es convertir años cristianos en años musulmanes habéis de restarle al año en el que estemos seiscientos veintidós, fecha simbólica por ser el comienzo de la Hégira del Profeta Muhammad, y el resultado de esa operación dividirlo entre 0'97.

D. Logos: —Si lo que quiero hacer es lo contrario, imagino tendré que multiplicar 0'97 por el año musulmán y sumarle posteriormente seiscientos veintidós.

D. Sofos: —Evidentemente; sólo hay que efectuar la operación inversa. Sigamos. La fecha del nacimiento de Cristo no es en absoluto segura. Dionisio el Exiguo, un monje escita, afirmó en el año 532 que Cristo había nacido 753 años después de la fundación de Roma.

D. Logos: — “*ab urbe condita*”, en latín.

D. Sofos: —En efecto. Sin embargo, en el Evangelio de Mateo se nos dice que Cristo nació “*en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes*”. Pues bien, el rey Herodes de Judea falleció en el año 750 de la fundación de Roma, por lo que Cristo debió nacer como mínimo en el 749 de la fundación de Roma. Además, la célebre Estrella de Belén, identificada con el Cometa Halley, el cual aparece en el firmamento cada setenta y seis años, retrasaría la fecha del nacimiento al año doce antes de Cristo. El astrónomo alemán Johannes Kepler dijo, de forma más convincente, que la Estrella que sirvió de guía a los Magos de Oriente era la Triple Conjunción de Júpiter y Saturno sobre la Constelación de Piscis, que tuvo lugar hacia el siete antes de Cristo según el conocido científico. Todo ello nos hace pensar que Cristo fue dado a luz entre el siete y el cuatro antes de Cristo.

D. Logos: —Es decir, posiblemente ya hayamos entrado en el siglo XXI.

D. Sofos: —Aproximadamente en 1997; lo importante es que si seguimos los datos aportados por Dionisio el Exiguo ya llevamos algunos años en el nuevo milenio. Pero aun prescindiendo de ese error, el año 2000 no puede ser el comienzo del milenio, porque el valor numérico cero fue introducido por los árabes en el siglo VIII, quienes lo habían conocido, a su vez, gracias a los matemáticos hindúes que lo inventaron. Dionisio el Exiguo utilizó la numeración romana, que como todos sabemos carece del dígito cero. El año anterior al uno después de Cristo es el uno antes de Cristo, porque el cero no existía. Cuando compramos diez metros de tela, exigimos que se nos dé el décimo, no el noveno, por lo que el 2000, la décima década del siglo XX, es el siglo XX. El Tercer Milenio empieza, pues, a las cero horas, cero minutos, un segundo del 1 de enero del 2001.

D. Logos: —Vuestros argumentos...

D. Sofos: —En realidad no son míos únicamente, son los aceptados por la mayoría de los especialistas.

D. Logos: —... son tan convincentes que puedo estar seguro de que la pasada noche del 31 de diciembre de 1999 no inauguraba el nuevo siglo. ¿Podrías explicarme, antes de continuar, a qué se debe el miedo milenarista?

D. Sofos: —En la escatología cristiana, el concepto de Milenio es el de un período de mil años en el cual, según lo que se pronostica en el libro del Apocalipsis, el demonio será encadenado y la santidad prevalecerá en la Tierra. Esa interpretación procede de la lectura fundamentalista del Apocalipsis capítulo 20, que creo recordar dice textualmente: “*Vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó al gran Dragón, la serpiente antigua –que es el diablo y Satanás- y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan mil años. Después tiene que ser soltado por poco tiempo*”. Sectas como los Testigos de Jehová o los Adventistas del Séptimo Día vaticinan el fin del mundo en sus esfuerzos proselitistas. Orígenes ya combatió el milenarismo, aunque el movimiento reapareció entre los espirituales franciscanos, rama de la Orden de San Francisco de Asís que se sumía voluntariamente en la extrema pobreza, condenada por el papa Juan XXII.

D. Logos: —Tengo entendido que durante el paso del primer al segundo milenio hubo un pánico colectivo.

D. Sofos: —Ortega y Gasset, en su famosa tesis *Los terrores del año Mil*, desmiente el casi mítico pánico del año mil, haciendo diversas y muy concretas matizaciones. Evidentemente, algo hubo, pero en los documentos históricos conviene creerse sólo, como vos muy bien sabéis, la mitad de la mitad.

D. Logos: —Aun así, hay una cuarta parte de veracidad aproximadamente.

D. Sofos: —Sin embargo, considero el miedo y el pánico a las invasiones de los bárbaros que cubrieron la Europa de los siglos III y IV como mayor y si cabe más justificado.

D. Logos: —Aunque tiempo habrá de refutar tan peregrina suposición.

D. Sofos: —No es peregrina, simplemente rápida.

D. Logos: —Mi alusión se centra en el hecho de que no podemos saber el miedo que se cebó sobre la población en épocas tan lejanas, a pesar de los documentos históricos. Por escrito es muy difícil, por no decir imposible, reflejar tan meticulosa y rigurosamente un acontecimiento.

D. Sofos: —Una vez me dijisteis que casi nada había imposible. El contexto histórico también debe ser valorado. La época comprendida entre los siglos VIII y X está marcada por un elevado grado de inseguridad y desolación, desamparo y sentimiento de retroceso desde la caída del esplendoroso Imperio Romano y la entrada de Europa Occidental en los años oscuros de la Edad Media. A diferencia de las regiones islámicas y bizantinas, Europa Occidental permaneció en gran parte aislada cultural y técnicamente. En ese período, el progreso aparecía en el sur en lugar de en el norte. Hasta después del año mil no se produce un verdadero cambio con la denominada “primera revolución industrial”, cuando se inventan nuevos instrumentos y utensilios, tales como los estribos o los timones para las naves. El hierro era casi desconocido, a favor de la madera. Todo ello sumado a la regresión demográfica, que dificultó seriamente el desarrollo. Si me preguntáis sobre cómo creo que será el siglo XXI, que en breve iniciaremos, os diría que lo imagino como hoy, pero con la mente puesta en mañana. El siglo XXI, el futuro, no es más que una proyección que si cabe nunca llegará, porque siempre estaremos pensando en el siglo XXI del mañana sin advertir en qué consiste el siglo XXI de hoy. Se trata, pues, de una realidad atemporal y perpetuamente prolongable.

D. Logos: —Es decir, vuestras mercedes piensan o pretenden pensar que no llegaremos nunca al siglo XXI o a cualquier otro siglo, porque estaremos pensando en el siglo XXI del mañana sin reparar en el de hoy, planeando cambios e imaginando adelantos que sin advertirlo ya nos han llegado.

D. Sofos: —Así es.

D. Logos: —Pues he de deciros, mi admirado y siempre querido alumno, que estoy completamente de acuerdo con vos, porque estamos pensando en el siglo XXI y no nos percatamos de los avances que se han producido en todos los sentidos desde hace dos años hasta hoy, estando aún, aunque ya por poco tiempo, en el siglo XX, nuestro anhelado siglo XX. Por ejemplo, hablamos de cambio climático y de los problemas que traerá en un futuro no muy lejano y no nos damos cuenta de que esos problemas han llegado ya y son perfectamente identificables.

D. Sofos: —Os felicito por vuestra impecable interpretación.

D. Logos: —En resolución, apartándonos ya del plano científico y cultural, que siempre podemos tratar, considero que este momento, por ser difícil de repetir por las innumerables ocupaciones que un hombre de vuestra importancia ha adquirido, deberíamos dedicarlo a que me explicarais las funciones que desempeñáis en la prestigiosa Universidad de Oxford.

D. Sofos: —Exactamente mi cometido consiste en dirigir la Universidad.

D. Logos: —¡Sois rector!

D. Sofos: —En efecto. Además de ello ocupo la Cátedra de Filosofía y dirijo la Sociedad Real de Londres. Así pues, colaboro en una editorial muy célebre en el Reino Unido en la que publico mis obras. Cada tres meses edito en el “Oxford University Press” un ensayo o tratado científico sobre diferentes disciplinas, especialmente sobre egiptología, matemáticas, biología, teología, historia y literatura. También trabajo en un periódico diario como crítico de opinión, desempeño un importante cargo como profesor de lenguas castellana, árabe, rusa, latina, griega, egipcia, aramea, copta, etiópica, sánscrita y siríaca en la misma Universidad que dirijo. He organizado numerosas expediciones arqueológicas a África, América y Asia, y colaboro muy activamente en la Asociación de Arqueología y Exploración del Reino Unido que yo mismo he fundado.

D. Logos: —Además de impartir casi mensualmente conferencias y participación en los medios de comunicación en ciudades como París, Nueva York, Berlín, Viena, Praga o Tokio.

D. Sofos: —Así es.

D. Logos: —Y de ser, según fuentes que han llegado hasta el modesto despacho que aún sigo ocupando como emérito en la Universidad local como Catedrático de Filosofía, el candidato más probable para el Premio Nobel de Física del próximo año.

D. Sofos: —Son supuestos, no quiero sembrar esperanza en donde posiblemente no haya nada que esperar.

D. Logos: —¡Siempre tan modesto, Sofos!

Y de esta forma, ambos nos fuimos. Sofos se hospedó en casa de sus ya ancianos padres, para partir mañana de nuevo hacia Londres y reincorporarse a su frenética pero apasionante actividad. Un día le dije que triunfaría y me equivoqué: no ha triunfado, la gloria ha llegado a él por la providencia de Dios, que siempre le alentó en su trabajo y le hizo conservar su fe. Adiós, Sofos, le dije, y me fui a mi casa, con un bello panorama estival en el que el sol se ponía en el horizonte sobre las montañas. Montañas y tupidos bosques, con una academia a la que no había vuelto desde el último día en que me despedí de Sofos. Le hablé, o mejor dicho hablé, sobre las utopías. Mi utopía era y es él, y veo que, en contra de lo que yo mismo habría imaginado, se ha hecho realidad.

*No terminaron los dos sabios,
esta magistral conversación,
sabiéndolo ya por intuición,
pues no permite cambios.*

*Sin esperar nada en claro,
algo hemos aprendido,
porque nadie habrá leído
sobre un intelectual avaro.*

*Todos compartieron su gran erudición,
ya sea por preguntas o con respuestas
que de ellos conocimiento brotó.*

*Y hasta aquí pensaba llevaros,
advertido habrán que más no sé qué contar,
por lo que paso a con nostalgia despediros.*

PRESENTE Y MISTERIO²⁶

²⁶ Libro escrito en el verano de 2003.

CAPÍTULO I: PASIÓN POR LA HISTORIA

Corrían tiempos difíciles, y muchos preveían un cambio de edad. Alexander Drusborck era consciente de que convivían en su espíritu dos sentimientos contrapuestos: uno de debida fascinación por esa transitoriedad, por esa alternancia a una nueva era, a una nueva visión del mundo, a un nuevo tiempo en que los hombres hallarían nuevas sendas para cultivar su insondable genio, y a la vez residía en él un profundo desasosiego, un rechazo por todo lo presente, por todo cuanto le rodeaba, pues a muchos les parecía que la maldad del hombre lograba triunfar sobre su bondad.

Alexander leía, devorada todos los libros de historia que tenía a su disposición. Ya desde su más tierna infancia había consagrado su tiempo libre (y aquel no tan libre) a deleitarse con las historias de la historia, con las vidas y leyendas de los héroes, con las batallas de los grandes generales, de un Alejandro, de un César, del Gran Capitán, de un Don Juan de Austria, de un Napoleón. Leía con admiración los relatos de la conquista de los nuevos mundos, las expediciones de Colón, las aventuras de Cortés y Pizarro, los viajes del capitán Cook, el descubrimiento de las fuentes del Nilo... Subyugado por el deseo de lo remoto, y por la romántica noción de los mundos lejanos, Alexander Drusborck había leído a los más importantes historiadores de su tiempo. Conocía de forma notable la *History of the Decay and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, así como la *Römische Geschichte* de Mommsen. Su firme voluntad de aprender el máximo número de hechos y de interpretaciones históricas estaba guiada por el convencimiento de que lograría al fin dilucidar las leyes del progreso y de la decadencia de las civilizaciones. Alexander no sólo se interesaba por el simple hecho histórico, sino que eran colmo de su devoción intelectual las distintas teorías concebidas para dar significado a estos hechos. Leía a San Beda el Venerable, a ese místico espíritu de los albores de la nación inglesa, casi legendario monje que comenzara a sistematizar la ciencia histórica y, en especial, la historia eclesiástica. Había leído sobre Ibn Jaldún y sus biografías de eruditos y santos, que veían en el curso histórico la inefable huella de la Providencia del Ser Supremo. Admiraba a los grandes historiadores de China, y siempre había ansiado una unión, un diálogo al menos más fluido, que le permitiese descubrir las maravillas de las culturas orientales, identificar las vías que la racionalidad humana había tomado en Oriente y en Occidente, como prolegómeno para una integración futura. “La cultura china es eminentemente humanista” —solía decir Alexander.

Y, en efecto, había leído los tratados moralistas de los grandes eruditos confucianos, que ayudaban al hombre sumergido en la mentalidad china a alcanzar la perfección. Él, que en los últimos años había perdido toda vinculación con el sentimiento religioso, toda creencia en un Ser Supremo que rigiese providencialmente la historia, a causa de las continuas victorias del mal y de la injusticia sobre la historia, leía sin embargo a sabios de las distintas Iglesias. Como buen amante de las literaturas latina y francesa había leído a San Agustín y a Bossuet. ¡Cómo le habían impresionado ya en su infancia las páginas de *La Ciudad de Dios* y de las *Confesiones*...! Y él, aunque profesaba ahora el agnosticismo, el dominio de la duda, la cercanía de la nada, continuaba leyendo al sabio de Hipona, encontrando siempre sentencias que, aun en su agnosticismo, le exhortaban a continuar apreciando el mundo, el hombre y la historia. ¡Cómo le habían fascinado esas dos ciudades! ¡No se había desprendido en muchas ocasiones de esa creencia en dos ciudades calificándola de primitiva y mítica, incompatible con la interpretación secular

de la historia, si bien nunca había podido abandonarla por completo? ¿Qué le fascinaba, qué genial y portentoso destello agustiniano subyugaba su espíritu y su capacidad de comprensión?

Él, fiel a las consignas de la Ilustración, profundo admirador de los magnos espíritus de las Luces, de aquellas linternas o incluso faros que habían proyectado la luz del saber y la luz de la conciencia, la luz de la libertad y la luz de la independencia sobre el curso de la historia, estaba obligado a rechazar por concepto toda interpretación teológica de la historia. “¡No!” —decía—, “no es Dios, sino el hombre quien brillantemente rige el curso de la historia! ¡Es su interminable fuerza, su inasible espíritu, su incontenible deseo de comprender y de actuar!”

Había leído también al ilustre Scaliger, comparado por muchos con Aristóteles en erudición, que tan insustituibles aportaciones realizara a la historia eclesiástica y en especial a la reconstrucción de las obras de Eusebio de Cesarea. Conocedor del persa y del arameo, de las lenguas de Oriente y de Occidente, y afamado entre los sabios de su tiempo... Estaba también familiarizado con los escritos del polímata Caramuel, y había leído con aprecio las obras de los grandes sabios jesuitas, de Suárez, Fonseca y Kircher. ¡Y cómo olvidar a Mabillon, al insigne benedictino que quiso llevar a su monasterio a la más destacada elite de los historiadores hijos de San Benito, hijos del nursiano padre de Europa?

Reconocía Alexander Drusborck la perenne e imborrable huella de la creación cristiana en el ser de Europa, una huella que descubría por doquier, especialmente cuando viajaba a ciudades como Oxford, Salamanca, Coimbra, Bolonia o Lovaina. ¿No habían sido las medievales órdenes monásticas, esos ignotos y lejanos espíritus dotados de la asombrosa e inextinguible llama del ansia de conocimiento, las que les habían dado fuerzas para perseverar en esa ingente tarea de transcribir las obras de los próceres del mundo antiguo? ¿No admiraba él la ciudad de Toledo, la ciudad del Greco, en cuya Escuela se reunieran los más eminentes filólogos y eruditos judíos, musulmanes y cristianos, para realizar una de las más nobles contribuciones a la historia intelectual del hombre, para donar un generoso legado a la posteridad que no sólo glorificaría por siempre al rey que lo promovió, al eterno aspirante al trono imperial de Alemania, sino que convertiría esta urbe y esta cultura en modelo añorado de una convivencia que tantos siglos tardaría en recuperarse? Y él, aun agnóstico, había leído a Chateaubriand... ¡Perniciosa influencia, decían muchos, era el apego a lo cristiano en virtud de su belleza! ¡No! ¡El cristianismo es dogmático, el cristianismo ha de ser vivido, el cristianismo no ha de ser sólo sentido! Pero a Alexander Drusborck, que ya había perdido su fe cristiana, no era la enseñanza de la Revelación lo que le importaba, sino las consecuencias que esa Revelación, que ese acontecimiento fundamental en la historia, había tenido para el arte y para la ciencia. Aprendió así a contemplar en todas las iglesias de Europa, en todos los monumentos edificados para mayor gloria de un Dios que para él era una fuerza desconocida, esa presencia insondable de lo bello, ese fulgor poético que inundaba todas las estancias, esa vivencia apasionada de la historia que destacaba en cada capilla, en cada crucero, en cada baptisterio, en cada cúpula. Era en *La Génie du Christianisme* donde había encontrado los más sublimes pensamientos, unos pensamientos de eternidad, un modo de ver en cada creación del cristianismo, en cada manifestación de su genio único, una belleza incomparable, una belleza que se sumergía en el lento pero inquebrantable proceder de la historia, una belleza que reflejaba la belleza del Universo, de un universo que nos era desconocido, de un universo que muchas veces carecía de belleza, pero de un

universo habitado por el hombre, habitado por esa potencia infinita de pensamiento y de deseo...

Había leído también al inescrutable Giambattista Vico. Había estudiado detenidamente su *Scienza Nuova*, que miraba la historia desde la original perspectiva de lo imaginativo. Sólo quien había realizado algo podía conocerlo; sólo el hombre, artífice del devenir histórico, podía conocer, podía regir la misma historia. Alexander leía a Pufendorf y a Leibniz, orgullosos primos del alma germánica, y era buen conocedor de los escritos del magno Grocio, de aquel heredero de la noble tradición de Francisco de Vitoria y de Suárez, de aquel teórico del derecho de las naciones. ¡Y Muratori! Muratori, inconfundible siempre en su biblioteca veneciana, amigo de Leibniz y de los sabios de su tiempo, que había honrado a su tierra con sus investigaciones sobre tiempos ya pretéritos. Pero él, que buscaba por encima de todo la honestidad intelectual, había leído también a quienes desestimaban la ciencia histórica, a Bacon y a Descartes. Pensaba que la concepción demasiado matematicista del mundo que había propiciado el método cartesiano había velado a este noble espíritu, impidiéndole ver en el devenir histórico una posibilidad de examinar la interacción entre la idea y el actuar, la riqueza de los progresivos cambios de paradigma y perspectiva. Y él, aunque ya lejano en el tiempo del Siglo de las Luces, no podía desprenderse de esa visión optimista de la historia que por doquier hallaba progreso y avance, de esas ideas que rigieron la labor de Gibbon, Smith o Turgot, y que habían establecido con solidez el profundo convencimiento de que el hombre progresaba, de que mejorar era el horizonte auténtico de un hombre que ya había superado a los antiguos, por muy geniales que hubieran sido. ¡Voltaire...! Él era uno de los hombres que con más ahínco admiraba Alexander; ese nuevo faro alejandrino que en sí había personificado toda la amplitud de la Ilustración, estudiando cada sociedad particular como coherente unidad de desarrollo, cada humana acción, cada gran espíritu de los tiempos pasados... ¿No era sencillamente grandiosa su biografía de Carlos XII de Suecia? ¿No había preludiado él la exaltación de lo nacional y de lo individual que se viviría en el Romanticismo?

Alexander había leído a los grandes autores románticos, como Byron, Goethe, Schiller o Víctor Hugo, a esas fuerzas que parecían venidas del Olimpo o de las cumbres de la vieja Atenas para conmover los cimientos de su mundo. Había contemplado sus cuadros, los de Goya, Friedrich o Turner, y nunca cesaba en el infinito deleite que le producían las composiciones de Beethoven, Liszt o Rossini. En Herder y su visión romántica de la historia encontraba no sólo investigaciones valiosas, sino un noble y sincero deseo de ver en un devenir que muchas veces parecía caótico una creación bella y propia del genio humano. Y Hegel, ese misterio sobrehumano, no dejaba de fascinarle. ¡Historia que continuamente progresa hacia su auto-trascendencia! ¡Superación de toda inherente dicotomía, de toda inherente dialéctica, mediante la síntesis suprema del espíritu absoluto! Marx no dejaba de conmocionarle con su doctrina de la revolución, de la intervención radical del hombre en la historia, para cambiar el mundo y no simplemente teorizar sobre él.

Nunca había sido ajeno a Alexander el deseo de teorizar sobre la historia. Conocer la cosa y su hermenéutica, *verstehen und reden*... Admitía, si bien con matices, la opinión de Humboldt de que el historiador descubre ideas detrás de los hechos. ¡Dichosa la suerte del historiador; dichosa la labor de contemplar, en la concreción y singularidad del hecho, en su nunca aprehensible objetividad, ideas universales, huellas humanas que nos remiten al reino del espíritu! ¡Substrato ideal y noosférico! ¡Lo santo, lo sacro...! No era sólo el mal y la voluntad de poder, que conducían al hombre al superhombre, a la victoria sobre

el bien y el alma que proclamara Nietzsche, los factores determinantes de la historia. ¡Perduraba, triunfaba, dominaba el bien! Pero Alexander no conseguía ver en su tiempo la tan ansiada primacía del bien, y el sentimiento de desesperación y de frustración comenzaba a invadirle: ¿cómo pensar, cómo hacer poesía, como crear entre tanta desolación, entre tanto caos, entre tanta injusticia que afecta incluso a los indefensos niños?

Gentiles y arcanas subyugaciones acaparaban su espíritu. ¡Cómo admiraba Alexander a Goethe y a aquellos hombres que habían vivido e influido en dos siglos, que habían sido partícipes de dos visiones, de dos concepciones distintas del mundo, del hombre y de la historia! En el crisol de dos centurias, en el crisol del creativo genio humano, el séquito de estrellas, las dulces y claras reverberaciones del genio de estos hombres, se habían alzado sobre el destino para imprimir una huella perenne en la conciencia histórica. Ansiaba Alexander vivir situaciones parejas, vivir tiempos que le permitiesen asistir al siempre enigmático acontecimiento de presenciar el discreto pero universal cambio que se da al transitar la Humanidad a una nueva concepción de sí misma.

La historia prosigue, ignorando si avanza o retrocede: *O rinnovarsi o perire*, pues ante todo es imperativo recorrer el inescrutable sendero del devenir en el tiempo, al igual que para las almas ávidas de novedad hace siglos era necesario levar anclas y lanzarse a la aventura de la mar: *Navigare é necessario...*

El enigma, el misterio, la fascinación y la fantasía... ¿Cómo desentrañar las oscuras reglas de la historia que, como el búho de Minerva, emprenden su vuelo al anochecer? Sólo en la soledad de su nocturno retiro, cuando Alexander se sumergía en el ingrátido océano de su espíritu para devorar ansiosamente una ingente cantidad de libros; sólo entonces, acompañando al búho de las nocturnas musas, encontraba Alexander el verdadero momento de inspiración, el momento en que su talento y su afán parecían proyectarse indefinidamente. ¡Superlativo arrobamiento de los sabios al contemplar el devenir del hombre en el tiempo y en el espacio!

Y en un libro cuyo título ignoraba leyó:

“Cuenta la leyenda que en el albor de los tiempos sólo existía caos. La fuerza divina logró vencer a la fuerza maligna e impuso un fabuloso orden en la Naturaleza. Este orden evolucionó de modo convergente hacia una ignota finalidad, y cerca ya de la culminación de todo tiempo emergió el hombre. El hombre vivió, murió y ante todo actuó. Creó, concibió, destruyó... y ante todo contempló el devenir y el hacerse del Universo ante sí. Y se sucedían las etapas de lo que vino a llamarse historia, estando el hombre siempre insatisfecho consigo: ¿Cuándo alcanzaré la auténtica plenitud en el tiempo? ¿Cuándo superaré la fatalidad de este momento presente? ¿Lograré vencer los duros amagos de lo natural por postrar mi voluntad y resignarme a vivir en el presente? Pero esto es sólo una leyenda...”

CAPÍTULO II: LA FAMILIA DRUSBORCK

Alexander Drusborck procedía de una familia de antiguo linaje inglés, oriunda del condado de Yorkshire, asentada a principios del siglo XIX en París por motivos de trabajo. Los Drusborck siempre se habían dedicado al comercio internacional, y era en ello donde ponían todo su empeño. El abuelo de Alexander, John Drusborck, había residido mucho tiempo en Portugal, en Oporto y en Coimbra, donde había emprendido un negocio vinícola que no había alcanzado el éxito pretendido. Lo cierto es que el abuelo enseñó a sus hijos y nietos varias lenguas, entre ellas el portugués, el español y el italiano, y un aprecio por todas las culturas y por todos los países que los había animado constantemente a viajar y a conocer los más diversos parajes de estas tierras. Había residido también en Jerez de la Frontera, al sur de España, antes de volver definitivamente a París.

El padre de Alexander, Gregor Drusborck, era bastante retraído, y rehuía de los actos sociales que tanto amaba su esposa Leonora Drusborck. Prefería permanecer aislado en la soledad que le proporcionaba su inmensa biblioteca personal, que era para él un auténtico remanso de paz. Su hijo Alexander había heredado de su padre la pasión por la lectura y por el conocimiento, y de su abuelo el gusto por los viajes y por descubrir cosas nuevas. Leonora Drusborck era de origen italiano, algo que se advertía no sólo en sus rasgos fisonómicos, sino también en su talante, siempre jovial y alegre. Había inculcado en sus hijos (nueve en total) una inusitada afición por la Música, que no era muy típica en la familia Drusborck. Su compositor favorito era Verdi, y no desperdiciaba ninguna ocasión para acudir a la ópera a deleitarse con sus grandes obras.

Alexander era el menor de los nueve hermanos. Tenía ya veinticuatro años, aunque combinara los destellos más nítidos de la madurez con una expresión facial que más bien le situaba en la temprana adolescencia. Poseía un semblante siempre risueño y nada esquivo. Tenía siete hermanos y una única hermana, Marta, con quien solía compartir sus más íntimos pensamientos. Marta había sido como una madre para él, entre otras cosas porque se llevaban nueve años entre ambos, y porque la madre, Leonora Drusborck, estaba siempre demasiado ocupada en las tareas domésticas y en dar fiel cumplimiento a sus nobles aficiones. Los demás hermanos, todo sea dicho, desempeñaban un papel muy insignificante en la vida de Alexander. Todos trabajaban, bien en los negocios familiares, bien en negocios ajenos, y sólo se dejaban ver por casa en los almuerzos dominicales o en las ocasiones más señaladas. La mayoría había formado ya una feliz familia, y gozaban de gran independencia. Sólo su hermano James Drusborck mantenía una notoria cercanía con Alexander. Se veían todos los días, y era saludable costumbre suya la de pasear cotidianamente por las afueras de París. Iban a lagos y a jardines, y de vez en cuando, al tiempo que contemplaban las ubérrimas flores que ornaban los caminos, se sentaban a comentar las noticias que leían en los periódicos. Si bien Alexander no tenía con su hermano la confianza que guardaba con su hermana Marta, y se limitaba a hablar de temas triviales o sin importancia real para su agitado intelecto, lo cierto es que disfrutaba enormemente con la tranquilidad y la paz interior que su hermano aparentaba conferirle. Puede considerarse una característica algo extraña de los hombres brillantes, pero muchos de los grandes espíritus que han iluminado lo eterno y lo cotidiano han gustado de rodearse de gente mucho menos capaz que ellos en el terreno intelectual, seguramente como oportunidad de evadirse de un mundo que, aunque les colmaba de alegrías, también

les llenaba de temor y de respeto, de un miedo ante la inmensidad de lo que ignoraban y ante los odios y conflictos que tenían lugar entre los eruditos. Quizá sea por ello por lo que Alexander, que había estudiado Filosofía en la Sorbona, se mantenía alejado de todos los círculos académicos, y raramente acudía a los actos a los que le invitaban en la Sociedad Lingüística o en la Academia de la Historia. Aprender, leer y estudiar, y sobre todo sumergirse en profundas meditaciones y en el análisis de los grandes autores a altas horas de la noche, era lo que realmente satisfacía las ansias y aspiraciones de Alexander. Había renunciado ya a todo ascenso académico, a toda cátedra, frustrado por las injusticias que había visto, y por entonces sólo le alegraba reflexionar por sí mismo sobre los grandes problemas que se cernían sobre el mundo.

¡Cuánto disfrutaba Alexander por las noches! Él, en lugar de acostarse, se sentaba junto a su mesa y se disponía a dejar una huella perdurable a través de obras de pensamiento y de ciencia, tomando continuas e interminables notas que no hacían sino reflejar la infinitud de ideas y de teorías que espontáneamente surgían en el inescrutable escenario de su mente. Leía, y trataba siempre de vencer al que consideraba su peor y más odiado enemigo: el sueño, el cansancio. Y es así que, durante años, aun cuando había tenido que compaginar sus aficiones (que para él constituían el principal motor de su existencia, más que todo triunfo o toda gloria académica) con la exigencia de los estudios filosóficos en la prestigiosa sede parisiense, no había renunciado a leer la más noble de las literaturas y lo más genuino del pensamiento de los grandes maestros. Escribía ensayos, artículos e incluso libros, que por miedo a la reacción de sus maestros y mentores no se atrevía a publicar. Amaba la prudencia, y prefería permanecer en silencio, en el más complaciente de los silencios, con tal que la polémica y la discusión fuesen ajenas a él. Así, había tenido que soportar opiniones para él inaceptables en temas filosóficos, teológicos e históricos, y lo había hecho sumisamente, para no hacer peligrar su situación y no dar disgustos a sus padres. Era él, su propio mundo, su infinito horizonte, su más elevada proyección. Estaban él y su ansia de saber, solos y por siempre unidos, en una senda aún desconocida, porque, como dijera el poeta Machado:

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar*

Seguro estaba Alexander de que no tenía que ambicionar nada, de que todo le vendría y sería dado, como si de la más absoluta confianza en la divina providencia y en el poder de la gracia se tratase. ¿Había algo que le hiciese más feliz que leer a solas los libros más insignes de la historia, y discutir imaginariamente con los grandes espíritus de la Humanidad, y pasear por las calles de París y por sus alrededores, observando a la gente y tratando de penetrar en esa frontera todavía por abrir que es el misterio de la personalidad y del pensar propio? No, sin duda no. Nada le hacía más feliz que esa soledad, que ese cumplimiento de la exhortación de Santa Teresa, que tanto apreciaba Leibniz, a comportarse en relación con lo divino como si en el mundo no existiese nada más que uno mismo y Dios. Y Alexander, aunque en muchos aspectos había ya perdido la fe religiosa, algo que tanto conmocionara a su confidente y hermana Marta y que era por todos (también por su hermano James) percibido en sus actitudes y comentarios, no renunciaba a leer a los maestros de la Mística y de la espiritualidad. Se sentía seguro con Santa Teresa, y prefería leerla en su idioma original, aun consciente de las dificultades que esto comportaba. Descubría en ella la más alta personificación de la santidad, la

humanización de lo sacro, el ansia de lo divino en sus cotas más altas, y se sorprendía siempre al meditar sobre el concepto de “transverberación”.

“Poseída —decía él— por el amor infinito e interminable a Cristo. Poseída por el más alto de los ideales, el amor, la caridad... Poseída por la gracia, poseída por la fe. ¡Santa Teresa, alma amiga, alma maternal! ¿No amabas tú tanto a un Dios que a algunos os concede gracias tan inefables y sublimes, y os hace partícipes de su propia vida, invitándoos al más grandioso de los banquetes, y haciéndoos vivir, aun en la Tierra, en el auténtico y excelso reino donde el espíritu sólo se sacia con la contemplación de lo divino, mientras que a otros, como a este pobre y vagabundo espíritu que permanece errante por caminos de desdicha y desdén que depara la vida, les ha privado de su confianza y de su capacidad de asentir con firmeza y con el más grande de los gozos de la realidad de lo divino?”

Marta recordaba muy bien lo que había supuesto para Alexander la pérdida de su fe cristiana. Había atravesado etapas de ira y de odio, volviendo repentinamente a la mayor de las ternuras, al llanto por las injusticias de este mundo cada vez que presenciaba alguna maldad sobre los hombres y sobre toda criatura. Y Marta lo había sufrido también, en silencio, acompañándole en su arduo camino de sufrimiento. Era ella quien le había aconsejado que leyese a Santa Teresa de Jesús, que aprendiese a descubrir las luces de lo divino en los versos de San Juan de la Cruz, que supiese que la noche oscura que atravesaba su alma era transitoria y acabaría algún día, y que su inextinguible llama de amor viva, cual cristalina realidad, invadiría todo su ser y le llevaría al fin a la fe y a la santidad. Marta se asemejaba a Santa Mónica, y en sus oraciones reflejaba la misma angustia que esta santa madre por su hijo perdido. Marta no era la madre de Alexander, pero habían adquirido tanta confianza mutua que Alexander prefería compartir sus penas con Marta. Su madre Leonora también sabía del sufrimiento de Alexander, pero nunca había querido intervenir directamente. Sus diálogos se limitaban a cosas más bien triviales. Confiaba ella que la gracia divina volviese a derramar su incomparable don sobre Alexander.

Marta sufría, pero lo hacía en silencio. Ella se encontraba minusvalorada, despreciada en su familia, para quien no era más que una buena y servidora hija, sin ningún talento especial. El único que la comprendía era Alexander, quien la estimaba sobre todos sus hermanos, y la defendía públicamente en cualquier discusión. Él, que contaba con el don de la palabra, y que podía camuflar lo falso como verdadero en virtud de una poderosa labia, defendía en todo a su hermana. Sus hermanos, con la excepción de James, le temían, y nunca se atrevían a discutir abiertamente con él. Este talento suyo le había granjeado envidias no sólo en el seno de su hogar, sino en todas las instancias académicas. Los primeros meses en la universidad, haciendo gala de su juvenil valentía, había expresado su desavenencia con las opiniones y enseñanzas de los maestros en las propias aulas. Con brillantes vocablos y una nutrida erudición, había llegado a desprestigiar a alguno de sus profesores, mostrando que no había leído tal o cual libro, que ignoraba la opinión de un cierto autor de otro país, o que parecía olvidar que había que tener en cuenta ciertas cosas. Algunos profesores y eminentes catedráticos lo tomaban con la alegría natural que un maestro puede sentir ante la brillantez de su alumno, máxime cuando sabían que Alexander no emitía sus críticas para lucirse y refulgir por encima de la media, sino por convicción.

Alexander no solía conversar con su padre sobre sus comunes aficiones a la historia y a la Filosofía. Ni siquiera le había mostrado los manuscritos de sus obras más

apreciadas. Aunque creía que su padre poseía innegables conocimientos históricos, no le valoraba especialmente, y lo atribuía más a la postura del diletante que leía de todo sin pensar por su cuenta. Valoraba en sumo grado la honestidad intelectual y la creatividad. Odiaba toda clase de enciclopedia o suma del saber, agotadora y cansina, y seguía a rajatabla la sentencia de Gracián: *bonum, si breve, bis bonum*, que aplicaba a sus propios escritos, por lo general de inusitada brevedad y de loable densidad intelectual. Admiraba mucho a Descartes, a Leibniz y a todos los filósofos racionalistas, que en sus discursos y escritos habían condensado una asombrosa cantidad de sustancia filosófica en el más reducido de los espacios. Desdeñaba por completo todos aquellos libros o tesis doctorales que versaban sobre tal o cual pensador, o sobre tal o cual concepto en tal o cual pensador. A su juicio, lo que había que hacer no era sólo disertar sobre pensamientos pretéritos, sino innovar, crear, que todo hombre sintiese en su propio espíritu el ansia noble e inasible por lo nuevo y por conferir ser a nuevas realidades que se originan en la infinitud de su mente. Le fascinaba la capacidad humana de crear, el rol del hombre como *un petit dieu*, que decía Leibniz, esa originalidad, esa inventiva, que se repartía por igual en las tierras de Oriente y de Occidente, y que había bañado a ambos mundos con sus cristalinas aguas sapienciales. ¡Cuán fascinado estaba Alexander por los cauces que la racionalidad había seguido en los pueblos de Oriente y de Occidente! Entre sus nobles pero siempre utópicos ideales figuraba la integración de Oriente y de Occidente, la asimilación de los patrones propios y de las concepciones de cada uno sobre el Universo y sobre el hombre, y no podía desprenderse de esa obsesión por conocer todas las culturas, todas las literaturas como manifestaciones de la idiosincrasia de un pueblo, todas las filosofías y todas las visiones del Cosmos.

El arte era fuente suma de inspiración y de fascinación para Alexander. Lo apreciaba en todas sus formas, especialmente en la Arquitectura y en la Pintura. Había aprendido a reconocer el carácter de los pueblos a través de sus obras más geniales. Contemplaba así la diferencia entre el espíritu europeo, que tanto valoraba la forma, lo externo y ornamental, y la sobriedad islámica, que suponía un contraste tan efusivo con las maravillas que ocultaban sus edificios. Se podía observar esto en la Catedral de *Santa María del Fiore* de Florencia, en cuyos muros y en cuya cúpula refulgía el esplendor de la sublime mente de Brunelleschi y de tantos grandes de Italia, a diferencia de la discreta *Alhambra*, el palacio de los tesoros y de los sueños, con sus bellos patios porticados de fina labra, con su Sala de los Reyes y con los hermosísimos jardines del Generalife. Alexander, que había visto muchas imágenes de la *Alhambra* y que había leído los cuentos de Irving, conocía en su lengua original aquella frase de Icaza:

*Dale limosna, mujer;
porque no hay en la vida nada,
como la pena de ser ciego en Granada*

Alexander se sentía ciego en el mundo, ciego ante el tonel inmenso de glorias y de magnificencias que albergaba, ante la enormidad del conocimiento que contenía y la infinitud de pensamientos a que exhortaba. Se sentía ciego porque no podía abarcarlo todo, porque se veía abrumado ante tanta belleza, ante la pulcritud de una naturaleza que siempre le sorprendía con la perenne novedad de lo creativo. Similar fuerza ejercían sobre él algunos cuadros. Solía exclamar: “¡misticismo del Greco y de Zurbarán, cantores de la epopeya más íntima del alma hispana!”

Afirmaba que *El Entierro del señor de Orgaz*, del Greco, era sencillamente divino, y que transmitía tanto fervor y tanta ansia de lo excelso, que bien orgullosa podía estar Toledo de haber cobijado entre sus sempiternas calles a un pincel tan singular. Solía decir que pocos dudarían de que el Greco pintaba sus cuadros en la antesala de los Cielos.

Por las noches, cuando Alexander se encontraba triste tras leer a místicos y entusiastas y comprobar lo alejado que estaba ya de aquellas opiniones, se dirigía a la biblioteca de su padre y se sentaba a contemplar el grandioso caudal de obras leídas y por leer. Cuando, como Goethe en su lecho de muerte, pedía a lo alto más y más luz, en sus momentos de angustia y desesperación, acudía Alexander a esa biblioteca magnífica que, desde pequeño, había mirado siempre con fascinación y temor. Por el contrario, cuando se veía desbordado por el entusiasmo, cuando las ideas fluían por sí solas por su mente y cuando todos los proyectos que concebía parecían poder tornarse reales algún día, Alexander se apresuraba a coger la pluma que su abuelo John Drusborck le había regalado al cumplir los doce años, para depositar todos éstos sus deseos en la perdurable cripta del escrito. La pluma, elegante y fina, había sido adquirida en algún lugar de Europa que nadie recordaba ya. Lo cierto es que portaba un halo de misterio que Alexander gustaba de preservar, recreándose en las fantasías infantiles sobre su improbable origen. De pequeño se divertía especulando sobre si algún mercader venido del Lejano Oriente podría haber dado esta pluma a su abuelo, o si algún historiador investigando en los palacios de la Vieja Europa podría haberla encontrado. ¡Quizá hubiera pertenecido a un Schiller o a un Byron, y estuviese él siendo testigo y heredero de todo el poder de estas glorias del arte!

La biblioteca y la pluma eran los dos polos de la vida de Alexander, los contrastes extremos, la tesis y la antítesis de un progreso dialéctico que por el momento rehuía toda síntesis, toda unificación. Por un lado, la añoranza, la nostalgia, la desesperación ante lo que el porvenir pudiera traer y una melancolía impercedera por las glorias pasadas. *On the other hand*, como gustan de decir los ingleses, la innovación, el amor a lo nuevo, el entusiasmo por un futuro en manos de Alexander. Creía Alexander que personificaba la contradicción inherente a la naturaleza humana, a una naturaleza incognoscible, que a pesar de todos los siglos de debate y discusión nadie había conseguido determinar, y que le había hecho optar por un respetuoso credo agnóstico que, sin embargo, preservaba la independencia y el carácter único y propio de Alexander Drusborck.

En sus paseos con su hermano James no dejaba nunca Alexander de mirar con detenimiento a la gente. Caminando por las calles de París era incapaz de permanecer impasible ante el horror de la pobreza y del sufrimiento, y no podía reconciliarse nunca consigo mismo, con él, estudiante en la Sorbona, que procedía de una acomodada familia y que había disfrutado de todas las maravillas de la civilización moderna. Viendo a los mendigos en las puertas de las iglesias y apostados en las calles más céntricas, durmiendo en las más miserables condiciones, reflexionaba sobre qué es lo humano, sobre cómo seres dotados de pensamiento y de capacidad creativa, seres capaces de elevarse a las sublimes dimensiones de lo artístico, seres que podrían devenir genios comparables a Goethe o a Beethoven, estaban condenados a padecer semejantes vejaciones. Él, que buscaba el avance del conocimiento y la progresiva intelectualización del hombre, el perfeccionamiento de los sistemas educativos y la culturización de todo individuo, no podía comprender cómo las reconocibles maravillas y los indudables éxitos de la civilización moderna aún sumían a muchos en la desesperación y en el dominio de todo lo que contradecía las aspiraciones naturales del hombre.

Era el amor a lo nuevo, a las entonces ingénitas realidades, lo que movía los afanes de Alexander. Regía su alma la más noble de las medidas, pero en los momentos de inefable éxtasis, cuando su alegría, su gozo y su fuerza eran perceptibles por doquier, se hacía adalid de la libertad más radical, de la ausencia de todo límite más allá de la inherente frontera del ansia humana, inabarcable e insaciable. ¡Todo era sugestivo para Alexander! De toda realidad, por minúscula que pudiese parecer, extraía Alexander nuevas ideas, encontraba inspiración para meditar sobre las primeras y últimas cuestiones de la vida.

Así, y como si de un nuevo Don Quijote se tratara, Alexander empezó a refugiarse cada vez más en sus libros y en sus estudios, rememorando las glorias de imperios pasados y de civilizaciones pretéritas, aislándose del mundo y de su familia, convencido de que cualquier tiempo pasado había excedido en brillantez a los malos tiempos que ahora regían el destino de los hombres. No atisbaba ya solución futura alguna, sino que había decaído en el más absoluto pesimismo, sin esperanza alguna de que en el mañana se vislumbrase el añorado término de las tragedias de este siglo. Comienzo, mas no conclusión: las tragedias no hacían sino nacer, surgir, generarse de la ingrátida masa de la desdicha humana, y su triunfo no hacía sino aumentar. En las comidas, Alexander evadía ya la conversación y la tertulia, y se limitaba a escuchar las anécdotas que algunos de sus hermanos contaban sobre sus trabajos y labores, historias que él desestimaba o incluso despreciaba, preocupado únicamente por cuestiones de mayor trascendencia, por cuestiones que atañían a la esencia misma del conocer y del ansia humana por saber y que enardecían la llama, el fuego de sus deseos sapienciales, con inusitada fuerza. Había perdido su pluma en un mueble de su habitación. Ya no quería escribir, plasmar con entusiasmo sus proyectos e ideas, sino que se refugiaba en los escritores y en sus narraciones de la altura y de la nobleza en los tiempos pasados, que tanto les fascinaban. De poder ser, se trasladaría simultáneamente a todos los tiempos más insignes de la historia, y conocería a los más grandes sabios, a aquellos con quienes solía conversar a solas durante la atenta lectura de sus libros.

Su hermana Marta había apreciado este cambio de actitud, esta creciente depresión en Alexander, y, al igual que trató de ayudarlo, aunque en vano, cuando perdió definitivamente su fe cristiana, no se resignaba a dejarle engullirse por el temor y por la angustia, y a encerrarse voluntariamente y con su consentimiento más íntimo en las mazmorras de la desdicha. Quería transmitirle un entusiasmo del que ella misma carecía, porque su situación no dejaba de empeorar. Era el inmenso amor a su hermano, a su ser más querido, lo que le movía a descubrir, aun en los pesares, motivos insondables de alegría, a tener siempre una sonrisa y un ademán de gozo en su tierna faz para su hermano. Eran amagos, ciertamente, veleidades cual retoños de otras eras lo que ella podía ofrecer a su hermano, compartiendo en muchos casos un mismo y desesperado estado personal; pero no desistía en su empeño de hacer que el talento extraordinario de su hermano fluyese libremente, e iluminase al mundo con nuevas luces, como un faro universal, como si de San Agustín o de San Ignacio se tratara. Deseaba que floreciese el genio, que la alegría y anegase un espíritu que, por estar sumido en una ignota oscuridad, al final pediría a lo alto luz y más luz, dominio de lo claro, dulzura en su pensar y gozo en su ser y en su devenir.

CAPÍTULO III: VUELTA

Había amanecido y Alexander no se había acostado aún. Consciente de que ya era inútil irse a la cama para tener que levantarse al poco, prefirió continuar con la lectura que tenía entre manos. El libro relataba las glorias de Alejandría bajo los Lágidas: cómo los soberanos de origen macedonio habían hecho de esta urbe la más grande de la tierra, con una biblioteca ya legendaria que causaba la admiración de cuantos oían pronunciar su nombre. Leía y le sorprendía, se maravillaba, se regocijaba recreándose en Alejandría y su biblioteca, en las obras ya perdidas de Aristóteles que allí se preservaban, en los sabios como Eratóstenes que frecuentaban sus salas y que conocían allí a la flor y nata de la intelectualidad de aquellos tiempos. ¡Qué tiempos, qué tiempos inexistentes e imposibles hoy en día...!

Fascinado por las maravillas de Alejandría, y deseoso de aprender todo cuanto pudiera sobre la historia y la vida de una ciudad que había simbolizado la exaltación máxima de los ideales humanos de sabiduría y brillantez, que refulgía como el más noble platino en las páginas que contienen el devenir del ser humano en el espacio y en el tiempo, Alexander se dirigió a la biblioteca de su padre. Sigiloso, evitando hacer cualquier ruido que pudiera despertar a los demás, llegó a una de las estanterías, de la que tomó una *Histoire de l'Égypte ancienne* y una *Vie et Ouvre de la grande cité d'Alexandrie*, donde el auténtico protagonista no era persona alguna, sino la misma ciudad de Alejandría, en cuyo ambiente y en cuyos escenarios de ensueño, que, como diría Cervantes, “enhechizan la voluntad de volver a ella”, habían dado luz los más grandes genios a algunas de las ideas y teorías que con mayor decoro han honrado la inteligencia humana. Sumergido en la minuciosa lectura de estos libros, embebido, Alexander aprendía, memorizaba cada detalle, cada fecha, cada dato, cada nombre que transitaba por sus páginas. Era ya difícil distinguir en la mente de Alexander si él era alejandrino en el siglo III antes de Jesucristo o si permanecía aún en su tiempo de desdichas y desencuentros.

Marta no había podido dormir. Las preocupaciones la privaban de su derecho al plácido descanso, y atormentada por todo tipo de dudas y de sospechas, no conseguía conciliar el sueño. Conociéndose bien a sí misma, sabía que por mucho que lo intentase nunca lograría dormirse, y que lo mejor que podía hacer era levantarse ya. Pero ¿qué hacer a estas horas, cuando ni siquiera la luz del sol había comenzado a reinar en el nuevo día, que todavía obedecía a la oscuridad? Sin embargo, optó por levantarse, y se dirigió a la biblioteca como lugar natural de todos aquellos a quienes vence el insomnio, mas no pueden desprenderse de la sensación de sopor. Le sorprendió la tenue luz que salía de la biblioteca, y al entrar le sorprendió aún más encontrar a su hermano, profundamente dormido, como extasiado, rodeado de libros.

—Despierta, Alexander, despierta —dijo ella, susurrando suavemente a su oído.

Alexander despertó súbitamente, y no podía comprender qué hacía allí su hermana y menos aún qué hacía él en la biblioteca en lugar de estar acostado en su habitación. Recobrando el estado de conciencia, recordó que se había dirigido allí para buscar libros sobre Alejandría y los soberanos ptolomeos, aunque, inexplicablemente, los libros que ahora tenía junto a él no versaban sobre estas nobles materias, sino sobre la civilización china. ¿Cómo explicar que, habiéndose propuesto leer libros distintos sobre Alejandría y

la historia del Egipto antiguo, hubiese llegado misteriosamente a una cultura lejana y remota? ¿Qué extrañas causas le habían deparado tal acontecer? Enseguida advirtió que habían sido sus deseos de comprobar en detalle todos los datos y todos los nombres de los libros sobre Alejandría que estaba leyendo lo que le había llevado a obras tan dispares. Como suele suceder a muchos eruditos, amantes del saber y de las letras, que empiezan por un libro de una cierta materia y, siguiendo ese fascinante proceso en cadena que absorbe, atrapa y cautiva los intereses más profundos de nuestra mente, situándola en un estado de perenne excitación y de inabarcable voluntad de saberlo todo y de no ser ajeno a conocimiento alguno, así Alexander había caído en la constante tentación que siempre acecha a todo espíritu universal: la de consultar más y más libros, la de encerrarse en el fascinante cosmos del perpetuo aprendizaje para dejarse llevar, para esclavizarse voluntariamente con las cadenas de la dispersión.

Alexander no temía la dispersión, sino la locura que esto le podría acarrear. ¿Podría acaso alguien comprender los sentimientos que le invadían cuando leía algo, alguna entrada en una enciclopedia o algún libro sobre cualquier materia que pudiese ser de interés para él y, comprobando que había una infinidad de cosas que ignoraba, se obligaba a sí mismo a consultar todas las entradas referentes a esos temas, las cuales a su vez volvían a remitirle a nuevas entradas, operación que parecía condenada a la inasibilidad de lo infinito y carente de término, y que no hacía sino causarle un gravoso mareo? Muchos envidiarían a Alexander por sus versátiles intereses, pero sólo quienes hubieran experimentado sensaciones análogas podrían darse cuenta de que es difícil valorar si es un don o una desdicha a la que sólo algunos están condenados. Alexander se sorprendía ante la aparente despreocupación de muchos por el saber y por el conocimiento. No podía entender cómo tanta gente dormía plácida y calmadamente ignorando tantas cosas. ¡Él, que nunca osaba acostarse sin haber resuelto todas las dudas y haber consultado todos los datos que en ese momento demandaban su atención!

Marta, angustiada, preguntó a Alexander qué le había pasado, y qué lejanos pensamientos habían surcado su mente para que se hubiese cansado tanto (tal y como se desprendía de su rostro).

—No lo recuerdo exactamente, Marta, pero sí puedo decirte con seguridad que tuve un sueño, un sueño fascinante e inolvidable, que me proyectó a horizontes que yo siempre había querido visitar. Siempre había pensado que los sueños pueden ser muy poderosos, lo suficientemente poderosos como para privarnos de la conciencia y hacernos creer que son reales. Es el poder de lo irreal, de lo irreal pero bello, que hechiza nuestro juicio y nos traslada a la dimensión de lo imaginario, donde todos nuestros deseos parecen cobrar realidad —explicaba Alexander. Ya lo decía Machado:

*Entre el vivir y el soñar,
hay una tercera cosa.
Adivínala*

—Pero ¿qué viste en el sueño? ¿Qué fue lo que te hizo perder la vista de tus amados libros y te sumió en un profundo sueño, tú que puedes vencer al sueño y a la fatiga? —inquirió Marta.

—No me siento capaz de relatarlo todo, Marta, pero sí te puedo revelar el sueño que tuve a grandes rasgos. Mientras leía los libros de historia de Alejandría, me interesé tanto por la materia que casi pretendí identificarme con la vida de los personajes que habían hecho célebre a esta ciudad. Quería saberlo todo, profundizar al máximo para descubrir cómo había podido alcanzar grandeza tan notoria en los tiempos antiguos. E, inevitablemente, me veía obligado...

—Por propia e incorregible voluntad, supongo...

—Bien dices, por propia e incorregible voluntad, para saciar las ansias de un espíritu que no se conforma con poco, sino que aspira a hacer suyo el saber, a ser poseído, transverberado como Santa Teresa, por el eterno deseo de saber. En cualquier caso, me veía obligado a consultar más y más libros que se remitían sucesivamente los unos a los otros. El cansancio fue venciendo poco a poco, y lo que en un principio era un simple desliz tornó arrobamiento en mi caso, sumiéndome en el más inescrutable de los sueños.

—¡Inescrutable, dices! ¿Cómo podré yo interpretarlo, si ni siquiera tú puedes?

—Lo ignoro, pero disfrutarás escuchándolo.

—Todo lo que me cuentes me satisfará, hermano mío. Nunca me ha alegrado algo tanto como la dicha de escuchar tus palabras y discursos, el poder de tu genio, tu capacidad de embellecer los más agrios sucesos, la potencia insoslayable de tu intelecto, que tantas y tan originales vías nos abre constantemente a quienes compartimos la existencia contigo.

—Exageras, hermana mía, exageras. Posees tú mayores dones que yo, pues no es tan bienaventurado quien habla como quien escucha y se deleita escuchando, haciendo suyo en su intimidad y en su sencillez lo que otros dicen. Has escuchado mis penas durante años, y siempre te lo agradeceré.

—Agradecimiento mutuo, sin duda, pues el escuchar es en el fondo hablar. ¿No habla acaso quien escucha, no habla con el clamor de su silencio, con el clamor de la atención?

—¡Ciertamente, hermana! Decían los antiguos egipcios *nfr sdm n rmt*, “bueno es escuchar para los hombres”, en su proverbial sabiduría, y bien decían sin duda, porque al escuchar se habla, se transmite la serenidad de quien se preocupa por los demás y de quien está dispuesto a compartir lo bueno y lo malo. Mi sueño no ha sido malo, Marta, aunque me haya sumido en la decepción y en la frustración. Como te decía, de consultar tantos libros acabé demasiado cansado, y mis fuerzas flaqueaban sin poder yo evitarlo. Me senté en el sillón y me quedé dormido. Recuerdo que aparecí de repente en una especie de plaza, bulliciosa donde las hubiera, repleta de gente, gente de todas las etnias y razas, donde el sol brillaba con todo su esplendor. Al mirar al horizonte y ver un gigantesco faro y un inmenso mar frente a mí, advertí inmediatamente que en mi sueño había llegado a Alejandría. ¡Era Alejandría, Marta, Alejandría en su más natural refulgir! ¡Imagina mi entusiasmo, la noble emoción que apresó mi espíritu en ese momento!

—Lo imagino, sin duda, la culminación de un ansia.

—No podía ser otro lugar. Por las calles se hablaba el copto, el egipcio, el griego... ¡Divinos acentos! ¡Jamás había imaginado, al estudiar estas fascinantes lenguas, que se pronunciaran de esa forma! ¡Si los estudiosos y académicos supieran...! En un principio quedé desconcertado. Nadie me miraba, y me di cuenta de que mi vestimenta se adecuaba perfectamente a la de la mayoría de las gentes. El calor era sofocante, pero el placer de

estar en la plaza central, en el mercado más importante de Alejandría en la época de su mayor esplendor, me permitía soportar todo extremo. Anduve errante por la plaza, observando atentamente a la gente, y me acerqué a un gigantesco edificio que no podía ser otro que la Gran Biblioteca. ¡La Gran Biblioteca, Marta! ¡Trata de imaginar la felicidad que tuve en ese momento, cuando al fin contemplé el que había sido el centro del saber más célebre de la Antigüedad, la expresión misma de las ansias naturales de conocimiento del hombre sobre las que hablaba Aristóteles, la personificación de los ideales más elevados de una cultura, base de nuestra civilización occidental! Tal era mi emoción, que me detuve varios minutos a admirar la magnificente fachada. Subí los escalones sin perder de vista la fachada, y conforme avanzaba su inmensidad parecía desprenderse sobre mí. Clamaba a lo alto, clamaba a lo excelso, y por un momento parecía que había recuperado la fe en una inteligencia suprema y rectora del Universo, tras ver con mis propios ojos la belleza y la grandeza con toda su fuerza, en su más intensa manifestación.

—Y dime, ¿entraste en la Gran Biblioteca y reconociste a alguno de los próceres del mundo antiguo?

—Penetré en todas las salas, rebosantes de manuscritos en sus estantes y repletas también de sabios estudiándolos detenidamente en las mesas centrales. Me sentía como un peregrino que, lleno de júbilo espiritual, hubiese por fin alcanzado su meta. Todos llevaban sus pulcras y blancas túnicas, y no sin razón habría dicho que todos parecían ser Aristóteles o Arquímedes. ¿Cómo distinguir a alguien entre tanto esplendor, entre tanta eclosión de refinamiento y de sabiduría? No podía identificar a nadie, porque, como te digo, para mí cualquiera de los eruditos que se esforzaba por leer en lenguas tan diversas como el sánscrito o el caldeo una miríada de manuscritos y de pergaminos podría haber sido Pitágoras de Samos o el mismísimo Tales de Mileto, aunque, como bien sabes, perteneciesen a otras épocas. ¡Para mí todo era igual, todo tiempo pretérito se condensaba en el esplendor del presente, en la cima de la civilización! Por otra parte, no me atrevía a dirigirme a nadie, porque mi respeto y mi veneración por esos sabios eran tales, que no me consideraba digno de hablar con ellos. ¡Yo, que difícilmente hablaba el griego, compartiendo mis pensamientos con un Eratóstenes o, quién sabe, con un Filón! Me limité a recorrer todas las estancias, de ciclópeo tamaño, y a admirar algunos de los manuscritos expuestos para uso general, y escritos en demótico, en copto, en griego o en egipcio antiguo. ¡Quien lo hubiera soñado; quién les hubiera dicho a Champollion, a de Sacy o a Kircher que eso era real, infinitamente real en mi mente, y que estaba presente la historia en su mismidad, la historia en su desarrollo, en su camino, en su avanzar, en la sede más excelsa que jamás tuviera la sabiduría en todo el mundo! No quería abandonarla, no quería dejarla, pero me sentía también cautivado por lo que pudiera encontrarme a la salida, en las demás calles de Alejandría.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—¿Hacer? Hacer nada, Marta; sólo me dejé llevar, me dejé llevar por la fascinación continua hacia cuanto me encontraba en mi caminar. Muchos me miraban, al advertir que mi altura era muy superior a la suya, pero por lo general pude desplazarme sin incidentes. Había salido de la Gran Biblioteca con gran pesar, y con gran pesar volví a fijar mi mirada en su fachada, en una fachada que parecía caer sobre mí, ceñir su fuerza a mi debilidad, aplastarme entre sus monumentales paredes, que albergaban también los secretos sapienciales de Oriente y de Occidente. Pero, armado de valor, proseguí en un camino que ignoraba a dónde habría de llevarme. Me dirigí a la orilla del mar, al puerto, no muy

lejos del gigantesco faro. Comprendí entonces por qué los historiadores lo habían considerado siempre una de las siete maravillas del mundo antiguo, junto con las pirámides, el coloso de Rodas, el Mausoleo de Halicarnaso, la estatua de Zeus Olímpico, el templo de Artemisa y los jardines colgantes de Babilonia. ¡El Faro de Alejandría, el faro construido por el hombre para dominar el mar! ¡El faro inmortal, que sin embargo habría de sucumbir a la fuerza que viene de la propia Tierra, a los más horrendos terremotos! Contemplando la belleza del Mediterráneo a esa hora del día, contemplando cómo el Faro se erguía omnipotente, postergando todas las demás construcciones ante su esplendor, estaba extasiado, Marta, extasiado. Era incapaz de proferir palabra alguna, porque me parecía que había alcanzado el culmen, lo máximo que podía esperar y desear. ¡Cómo reverberaba la clara luz del sol de estío en aquel mediodía de ensueño! ¡Todas mis ilusiones hechas realidad, Marta, por un momento infinito e infinitésimo, incontrolable, imposible de ser aprehendido por todo intelecto en un tiempo finito y dimensionado! ¡Era una retama de oro, un sempiterno fluir de los rayos de lo alto que iluminaban y hacían refulgir este gigantesco y fino estradivario del que sólo procedían las melodías más puras que el hombre puede imaginar! ¡Momento eternamente fugitivo! ¿Hay algo que dure menos que la más sublime de las dichas? Prendido por tanta belleza, no hacía sino suspirar ardientemente en mis tibios susurros junto a las olas del mar Mediterráneo, junto a esas olas que hoy en día guardan fascinantes tesoros sumergidos, memorias de glorias pasadas y hoy perdidas.

—¿Por qué suspirabas, Alexander?

—Suspiraba... Clamaba por conocer lo pasado y lo futuro, el misterio del presente, la sutil fugacidad del momento... El futuro viene siempre, cual aurora, cual ave que regresa en primavera, cual corcel de los más elevados pensamientos que arriban al espíritu, y deja escapar a un presente que no logramos capturar. ¿Estamos condenados a sufrir la constante burla del presente, que creamos pero que se nos escapa? Me planteaba estas cuestiones, Marta, mientras meditaba a la orilla del Mediterráneo en Alejandría, mirando fijamente al Faro y al mar. Pero rehusando sumirme en estériles reflexiones que a nada llevarían, decidí andar por la ciudad y visitar los lugares que pareciesen más pintorescos.

—Hiciste bien, pienso, porque tengo la sensación de que a los filósofos os gusta pensar siempre sobre lo mismo, aun cuando tenéis la oportunidad de vivir distintas cosas.

—Visité los barrios más céntricos de Alejandría, y disfruté saboreando las especias y manjares que se ofrecían en los mercados, con una variopinta diversidad de mezclas y recetas. Viendo a un chiquillo que, tras haber sustraído sutilmente unas frutas de uno de los puestos, se perdía por una callejuela saliente de la plaza, pensé que sería interesante conocer también la realidad de los arrabales de la gran ciudad de Alejandría. Creía que sería positivo para darme una perspectiva más general y realista de una ciudad que, en virtud de la admiración que por ella sentía, parecía ocultarme muchas cosas, muchas escenas cotidianas, que muy probablemente no seguían mi místico e idealista patrón en torno a tan insigne urbe.

—¿Qué ocurrió entonces? ¿Fue satisfacción o decepción lo que conseguiste tras esta aventura?

—No fue ni satisfacción ni gozo, Marta, lo que sentí, sino un profundo respeto por la historia y por todas sus edades. Llegué a uno de los arrabales más pobres de Alejandría, donde la gente vestía harapos y telas roídas que en nada se asemejaban al refinado lino

egipcio del que tanto había oído hablar. En nada se asemejaba, créelo, a la Alejandría que acababa de conocer. No eran erguidos y provecos sabios quienes transitaban por esas calles, sino gentes que nada podían esperar de la vida. Niños hambrientos pidiendo limosna a transeúntes igualmente pobres; madres que difícilmente tenían fuerzas para llevar a sus hijos recién nacidos; maridos que se afanaban por cargar enormes sacos y pesados jarrones con agua para dar de comer y de beber a sus hijos; niños pequeños llorando ante la falta de alimento... ¿Dónde Alejandría? ¿Dónde el halo de lo divino? ¿Es ésta la Antigüedad que tanto me fascinó y que tan firmemente admiré? ¿No era acaso mi tiempo igual o incluso menos horrendo que aquél? Mis preguntas no obtuvieron respuesta, y yo no podía sino llorar, unirme a los llantos funambulescos de los niños de esas calles alejandrinas, preso de impotencia. Habría deseado ayudarles a todos a la vez, tomar en mis brazos a esos niños pequeños y famélicos y haberles dado de comer y de beber; haber consolado a los mendigos, haber ayudado a los hombres a cargar con sus sacos de comida y con sus jarrones de agua...; pero no hice nada, Marta. Permanecí contemplando tan grotesco espectáculo. Fue entonces cuando alguien me despertó, y abrió la puerta para que saliese de ese amargo escenario.

—¡Desesperación y sufrimiento aun en el esplendor del mundo antiguo!

—Tienes razón, Marta: no han sido la pena, la injusticia y la maldad ajenas a la Antigüedad, incluso a la mitificada e idealizada Antigüedad. ¡Pero no puedo creer que haya sido una constante! ¡No puedo resignarme a pensar que hayamos de convivir, indefectible y fatalmente, con el mal, con la anulación de lo más excelso del genio humano, con el continuo ataque a los más altos ideales que han alumbrado este peregrinaje humano por el mundo con destino a un santuario todavía ignoto! ¡Alguna vez, en algún glorioso tiempo, estas lúgubres, estas lúbricas realidades han tenido que ausentarse del gran teatro humano!

—Bien sabes que no, Alexander. ¿Por qué no prefieres abandonar esa ingenua creencia y convencerte de una vez de que, en todas las épocas, en todas las edades, la inexplicable y ciertamente inescrutable oscuridad del mal, de la injusticia, ha estado presente, y que no debes ansiar las glorias del pasado, ni las glorias del futuro que aún no existe y que somos nosotros quienes construimos, sino las glorias del presente, las glorias del hacer, del ser tú el protagonista?

—¡Hablas como una filósofa, Marta! ¿Qué sabes tú de la historia? ¿Qué sabes tú del pasado? ¿Qué sabes tú del esplendor de la Roma imperial bajo Trajano, de Bizancio con Justiniano, del siglo XIII y del brillo inigualable de los escolásticos, de Samarcanda con Tamerlán, de la España del Siglo de Oro, de la Francia de Luis XIV, de la Inglaterra de Victoria...? ¿Qué sabes tú de todas esas épocas, cuando yo, tras haber leído infinidad de libros al respecto, he llegado a convencerme de que, en algún momento, en algún glorioso momento de alguna gloriosa civilización en la cima de su poder, pudo lograrse esa especie de perfección, esa optimización del presente, esa innegable superioridad sobre los fatídicos años que vivimos?

Marta se fue, bastante triste, asustada por el tono con que su hermano se había dirigido a ella. No podía comprender que incluso su más querido hermano también la despreciase, y la tratase como ignorante y lega. Volvió a su habitación, se sentó en la silla de su escritorio sin poder contener las lágrimas, aquellas cristalinas lágrimas que de sus azulados ojos se desprendían, empujadas por el sentimiento de tristeza. Pensaba, meditaba, si alguna vez había hecho algo bien, si alguna vez había conseguido hacer a

alguien verdaderamente feliz. La agonía de la duda le asaltaba. Todos los consuelos que daba a sus allegados fracasaban de modo estrepitoso. ¿No debía acaso dejar de preocuparse por los demás y volcarse hacia ella misma, a saciar sus penas, a resolver sus asuntos? ¿Cómo es que una señorita de treinta y tres años no había encontrado aún marido y estaba como enclaustrada en el hogar familiar? Todo se le mostraba oscuro, lúgubre, opaco. Alguien llamó sigilosamente a la puerta. Marta no se sentía con fuerzas de invitarle, pero antes de que hubiese dicho algo su hermano Alexander entró en la habitación. Visiblemente arrepentido por su actitud y por el trato que había dispensado a su hermana, se acercó a la silla y, arropándola entre sus brazos, le dijo:

—Sabrás perdonarme, Marta; sabrás perdonarme por mi soberbia. Tú has sido mi más sincera amiga. No tendré jamás palabras para agradecerte todo cuanto has hecho por mí. Bien sabes que mis éxitos son éxitos tuyos, y que cuanto consiga en esta vida habrá sido logro tuyo.

—Perdóname tú también, Alexander, por mi ignorancia y por mi incapacidad de entender con la plenitud merecida todo cuanto me cuentas, todo cuanto experimentas, piensas y concibes.

—No hay nada que perdonar, Marta. Tú has iluminado mis reflexiones con luces insustituibles que difícilmente puedo valorar en su amplitud. Tú me has hecho ver la inefabilidad de lo presente, un perdurable desafío, aunque todavía no haya perdido la esperanza de indagar en la historia para descubrir aquellos momentos en que el esplendor del genio humano brilló con tanto fulgor que hizo imperceptibles la injusticia y el mal. ¡No puedo perder este optimismo, este inusitado optimismo que a mí viene, Marta!

Mientras pronunciaba estas palabras, Marta le mostró la belleza del amanecer, de cómo el sol surgía de las tinieblas delante de su ventana, cual nuevo Ra que emerge de los reinos subterráneos y vence siempre a la temible serpiente de lo desconocido.

—¿Lo ves? ¿Viste algo más bello en Alejandría?

—Puedo decir que nada hay más bello que el sol y la Naturaleza, comunes a Alejandría y a todos los tiempos del mundo. Allí también amanece; en todas las épocas ha amanecido para luego caer el sol en el ocaso. Es el misterio del tiempo, del origen del Universo, de la Creación, de si realmente ha habido inteligencia ordenadora alguna que lo hubiese dispuesto todo con “orden, peso y medida”, como proclama el *Libro de la Sabiduría*, encarnación máxima de la filosofía griega en las Sagradas Escrituras.

—Dime, entonces, por qué no crees en Dios cuando contemplas con tus propios ojos este maravilloso espectáculo de la belleza y del orden en el Cosmos, que ni tus mayores fantasías podrían haber concebido nunca.

—Tienes razón, Marta, pero hay algo en mí que me impide creer en Dios. Hay orden en el Cosmos, no lo niego, pero el caos y el desorden dominan los corazones humanos, la historia, el tiempo...

—¡Mas mira al sol, Alexander, que ahora está justo delante de ti y que puedes coger con tus propias manos! Un sol que en realidad es inmenso e inabarcable se presenta ahora ante ti como un nimio objeto que puedes dominar. ¿No es fascinante contemplar el triunfo del hombre, su supremacía en el Universo?

—Es maravilloso, Marta, si no fuese porque ese triunfo conlleva el mal y la injusticia, conlleva también el triunfo de las miserias humanas; si no fuese porque incluso en ese orden percibo oscuros atisbos de caos, percibo una poderosa nulidad que se avecina sobre el mundo, que lo absorbe y esclaviza; si no fuese por esos sentimientos, creería en Dios y me maravillaría ante el esplendor de su Creación. Pero no puedo, Marta. No puedo porque hay mal en el mundo, porque la nada parece a veces absorberme y dominarme, porque no encuentro sentido a este mundo, al sufrimiento que es como un yugo amargo que se cierne sobre todo hombre. No encuentro sentido al mundo, Marta, y lo único que veo es un destino y un comienzo repletos de nihilidad: veo cómo brilla y refulge mi ignorancia, cómo brilla y refulge mi desconocimiento. Sólo hay eso, Marta: sinsentido, nihilidad, ignorancia que poco a poco saciamos pero que nunca desbancamos por completo.

—¿Por qué entonces te empeñas en buscar momentos de gloria y de esplendor, si estás tan convencido de que nunca los ha habido? ¿Es acaso esperanza, Alexander, esperanza que es consecuencia de la nobleza de la fe, y que llevará, como dijera San Agustín, al amor?

—Ignoro si es esperanza, Marta, pero es al menos deseo de esperanza, deseo firme de cambiar el mundo y de encontrar una plenitud que no hallo en estos tiempos, donde rige la nada, la falta de sentido, el absurdo, la injusticia, la perdición del hombre. Busco en lo antiguo para descubrir algún destello de esa ansiada perfección. Buscaría en las civilizaciones míticas, Marta, en la Atlántida y en otras culturas legendarias. Buscaría en las épocas más fascinantes de la historia...

—Pero ¿no son todas igualmente fascinantes, Alexander? ¿No hay en todas ellas momentos de esplendor y de decadencia? ¿No hay en todas maravillas y desdichas?

—Lo ignoro, Marta. Ignoro si el equilibrio entre el mal y el bien se ha impuesto así en la historia. Quiero plenitud, Marta, quiero completitud, quiero saciar mis ansias, quiero encontrar algo que siempre busco aun ignorando su precisa naturaleza. Quiero...

—Quieres a Dios, Alexander, aunque no lo sepas.

Alexander reflexionaba mirando al horizonte. Ya era de día y más le convenía desayunar y prepararse para ir a consultar libros y otros materiales bibliográficos en las bibliotecas parisienses que le pudieran servir para su inminente estudio sobre “La influencia del pensamiento filosófico en el cauce de la historia”. Sería sólo un ensayo introductorio, una especie de prolegómeno a un libro futuro que habría de dejar un sello perenne. Ésa era al menos la esperanza de Alexander Drusborck, de aquél que se había desplazado del ámbito académico para preservar su independencia, para pensar en soledad y consagrar su tiempo a las tareas que más le satisfacían.

CAPÍTULO IV: CAMINO DEL PASADO

Su hermano James se ofreció a acompañarle en su paseo matutino hasta las bibliotecas del centro de París. Comentaron las noticias del día, los asuntos más interesantes de la política del momento. A James le parecía que la mejor opción para regir un Estado en democracia era un partido neutral, ajeno a las ideologías, que sólo se esforzase por traer bienestar y comodidad a los ciudadanos. Alexander, por el contrario, pensaba que era conveniente que hubiese ideologías, pensamientos, ideas aun opuestas, porque sólo así se construiría, se avanzaría, se darían saltos no cuantitativos sino cualitativos en el progreso de una nación. Aunque no se mostraba partidario de ninguna de las ideologías vigentes y aún no había propuesto ninguna alternativa seria, Alexander tenía la esperanza de que algún día se encontrase el sistema más perfecto de los posibles para regir los destinos de la comunidad política; sistema que, a su juicio, no distaba mucho del que propusiera hacía tantos siglos Platón.

James le escuchaba, sin ganas de rebatir sus argumentos, y se limitaba a disfrutar del paseo sin caer en la excitación y en el entusiasmo que siempre invadían a Alexander y que le hacían acalorarse en todas las discusiones. Llegaron a una de las bibliotecas previstas, y James se despidió de su hermano. Alexander se sentó junto a una de las mesas de la biblioteca. No podía olvidarse de aquel sueño suyo en la Gran Biblioteca de Alejandría. Pensaba que, al fin y al cabo, no había sido tan irreal, porque él lo había vivido como si de un suceso real se tratase. ¿No se desvanece lo vivido en el recuerdo de lo pasado? ¿No se desvanecía también su sueño como un recuerdo más? Lo que había sido realmente vivido ya no era real, sino ideal, mero recuerdo en la mente de quienes aún desean recordar el pasado. Los sueños también permanecían en el recuerdo como vivas imágenes del deseo y del anhelo. Sin perder más tiempo (algo que horrorizaba a Alexander, aunque no siempre pudiese vencer esta tentación: le complacía recrearse en sus sueños e imaginaciones y, con frecuencia, mientras leía o consultaba libros de grandes autores se recreaba conversando con ellos y compartiendo sus más altos honores), desplegó su arsenal de papeles y de documentos sobre la mesa y, sin dudar, sacó su pluma, la pluma obsequio de su abuelo, que él tanto admiraba.

Alexander estaba plétórico y rebosante del más noble de los entusiasmos. Llenó decenas de folios en unas horas con citas, datos, reflexiones y esquemas para su ensayo. Pero mientras emprendía este magno proyecto no podía dejar de pensar sobre la historia, sobre los orígenes del hombre y los orígenes de la conciencia histórica. ¡Cómo le habría gustado presenciar el momento, quizá nunca conocido, en que el hombre adquirió el raciocinio!

Al salir de la biblioteca, Alexander fue sorprendido por un vagabundo que le pedía algo de comer. Conmovido, y al no llevar nada en el bolsillo, le dijo:

—No tengo nada que sacie tu hambre ahora. Pero tengo una cosa que quizá la sacie en un futuro. Toma.

El mendigo, extrañado por lo que Alexander le estaba entregando, le preguntó:

—Señor. Yo soy inculto e ignoro muchas cosas. ¿No haríais vos mejor en quedaros con este manuscrito?

—No. No haría yo mejor. Yo ya no sé lo que busco, mientras que tú si lo sabes. Llévalo a un editor, y seguramente obtendrás algún resultado.

Alexander le había dado el manuscrito, ya acabado, de una obra suya, *Del arte como exaltación de toda filosofía*; libro en el que había puesto muchas esperanzas de triunfo. De hecho, ya había planificado cómo distribuiría los ingresos de la edición, cómo podría así viajar a países lejanos, a Egipto, Irán y China, y residir allí durante meses para convivir con esas culturas y hacer suyo lo que antes le era ajeno. Pero Alexander lo había decidido: rehusaba publicar ese libro, pues le producía más satisfacción dárselo a un vagabundo. Muchos lo atribuirían a la súbita locura que se apoderó de Alexander Drusborck, a la irresponsabilidad o a la más incomprensible de las necedades, pero lo cierto es que Alexander se fue, contento y risueño, y que mientras caminaba cogió su pluma y escribió en su pequeño diario de notas:

*Antes de penetrar en las puertas del Olimpo,
antes de vivir la inefable luz del hoy presente,
ansío descubrir la llama sempiterna del pasado
que culmina en la Jerusalén celeste.*

Alexander paseaba, paseaba mirando a todas partes y a ninguna, y llegó a un jardín solitario, donde nadie podía molestarle. Se sentó en uno de los bancos, y la fatiga le hizo olvidarse de que ya era hora de comer. Pero no sentía hambre alguna, tan sólo espera, tan sólo ansia, tan sólo misterio y fascinación por cosas que desconocía. Sentado en aquel banco contemplaba el azulado cielo de París y las tupidas flores que adornaban el parque. La fragancia del inminente sopor endulzó sus sentidos, y poco a poco Alexander fue quedándose dormido en la soledad de aquel jardín. Con los ojos cerrados, era tiempo para soñar...

Brillaba el sol en la ciudad de Atenas, y parecía que las musas se posaban a esa hora sobre la Acrópolis. Las blancas casas y a lo lejos los olivos ofrecían una imagen singular de esta urbe única, de esta capital de lo humano. Caminando por las calles y plazas atenienses, Alexander percibía un halo insólito, una llama que no parecía extinguirse, la resplandeciente viveza de una realidad que vagaba intangiblemente por esos parajes, como un viento sutil, y que para Alexander simbolizaba la unión del arte con la historia. Contemplaba las gentes que por allí pasaban, a los niños con sus madres y a los hombres que iban conversando en animadas tertulias en dialecto ático, escena que no debía distar mucho de la idílica Academia de Platón o del Liceo de los peripatéticos. Se acordó de aquel famoso cuadro de Rafael, *La Escuela de Atenas*, donde una de las esencias del Renacimiento y perenne orgullo de Urbino y de Italia entera había plasmado la diversidad de Atenas, en la que convivían la humildad de los sabios y las fatuas vanidades de los legos. Aparecía Diógenes el cínico, personaje muy admirado por Alexander, quien había declinado la invitación a la coronación de Alejandro Magno. ¿Había existido hombre alguno más valiente que Diógenes, quien despidió al mismísimo Alejandro, uno de los nombres inscritos con letras doradas en el libro de la historia, pidiéndole que se apartara, porque le privaba de su más preciado tesoro, la luz? Era un precursor del Goethe yacente que por luz clamaba, un espíritu independiente que fascinaría a los hombres venideros con su libertad y su capacidad de rehuir de todo honor y de toda gloria, cerrándose en su propio mundo, en su propia creación. Alexander se veía reflejado en Diógenes: dos

espíritus solitarios que vagaban por un mundo que no les comprendía y que ellos tampoco llegaban a comprender. Y en su ya casi legendaria respuesta a Alejandro, Diógenes nos enseñaba que todos los hombres estamos sujetos a un mismo y desconocido destino, y que todos los hombres ignoran y buscan las mismas realidades. En ese mismo cuadro rafaelino se exhibe toda la pluralidad de Grecia: dominándolo se yerguen Platón y Aristóteles, el primero señalando a lo alto, al mundo de las ideas, y el Estagirita señalando hacia abajo, a lo concreto y práctico, a lo natural y humano. Epicuro, Euclides, Ptolomeo, Pitágoras, Alejandro, Sócrates...: ¡divina pluralidad griega; pluralidad de la que ahora era partícipe Alexander! Como dijera Goethe:

*Rafael siempre logró hacer aquello
a lo que otros aspiraban*

En las esquinas Apolo, dios del sol, simbolizando la armonía, la sobriedad y el poder de la razón (la sublimidad de un ideal griego que contrastaba con el mundo dionisiaco que nos descubriera Nietzsche), y Atenea, la deidad de la sabiduría, del conocimiento y del arte.

Veía también Alexander hombres solitarios y hombres apostados en las esquinas que se asemejaban a la célebre escultura de Rodin, donde el poder del pensamiento y la fuerza de la inteligencia lograban vencer todo obstáculo. Sol reverberante que se imponía sobre el firmamento, y la realidad de la Grecia clásica al fin se mostraba al intrépido espíritu de Alexander Drusborck. ¡Era Atenas! ¡Era como si sus lechuzas hubiesen apresado a Alexander, liberándolo de la cárcel que suponía para él el siglo en que vivía! Su gozo no podía ser mayor. De repente y por el siempre misterioso actuar del tiempo, Alexander se encontraba en la patria de los sabios, en la patria de Sófocles, Platón, Eurípides y Tucídides; en la ciudad que Pericles había llevado a las más altas cotas de esplendor y de refinamiento. La Acrópolis le fascinaba. Penetró por la monumental entrada de los Propileos, admirando antes la exquisitez del templo levantado en honor de la victoriosa Atenea, así como la espléndida Pinacoteca. Los Propileos eran como la puerta a los dominios del Olimpo, pues justo al franquearlos se erigía la estatua en bronce de Atenea Promakos. ¡Una obra del genial Fidias, de aquel espíritu universal y de legendaria fama que había exaltado a sus cotas más sublimes la creatividad innata de los antiguos griegos! Alexander admiraba a Fidias tanto como a Miguel Ángel, y en Arquitectura se sentía sobrecogido por la magnificencia de Antemio de Trales y de su eterna obra de Santa Sofía en Bizancio. Se dirigió después al Calkoteki, para contemplar de frente, cara a cara, como hombre que se bate con su propia creación, el perdurable Partenón, el gran templo que albergaba la estatua de Atenea construido por Ictino, Calícrates y Carpión, y adornado por el genio de Fidias. No se atrevió a entrar. Prefirió, en lugar de ello, visitar el teatro de Dionisos en la base de la Acrópolis. ¡Cuántos grandes autores dramáticos, estandartes del genio griego, del genio que dio origen al noble género teatral que ha perdurado a través de los siglos y al que algunos de los más brillantes intelectos literarios han dedicado su esfuerzo y su talento, no habían allí visto representadas sus obras!

Alexander se sentó en las gradas del teatro de Dionisos. Estaba vacío, pero los más mínimos suspiros se hacían eco a lo largo y ancho de un edificio tan fascinante, tan hermoso. A Alexander le maravillaba pensar cómo los griegos habían logrado una

perfección semejante en la acústica del teatro. Pero más aún le maravillaba meditar sobre cómo los griegos habían sido capaces de llevar al espíritu humano por la insondable senda del conocimiento y del arte. Los griegos, que habían superado el mito dignificándolo con las bellas historias de los dioses y de los héroes; que habían hecho progresar las ciencias y las matemáticas alcanzando límites sólo superados milenios más tarde, y que hicieron entrar al hombre en la trans-historia, en la conciencia de su propia historicidad y de su propia llamada a lo absoluto; que habían coronado el genio creativo humano con las composiciones de Homero, Sófocles, Eurípides, Esquilo o Platón... Los griegos, sublimación de lo humano, prototipos de las más loables ansias humanas de perfección de plenitud, habían unido, habían integrado, en la armonía a que la invitan los memorables paisajes de la Ática, el arte y la historia, el arte y el deseo, el arte y la vida. ¡Y Atenas rebosaba de arte! Sólo bastaba con contemplar las maravillas de la Acrópolis y la formidable técnica de los teatros. ¡Fabulosas Cariátides, misteriosos adalides de la fusión del hombre y de las musas!

Los griegos, el hombre, la conciencia del tiempo y de la historia... En ese fluir de lo temporal, en ese devenir del Universo, habían percibido los griegos que la perfección radicaba en el orden, en la armónica integración de lo finito y de lo infinito. ¡La esfera, la esfera griega, la esfera humana! La esfera, símbolo de la perfección, símbolo de completitud y de absolutidad, contenía su propio mundo infinito en la finitud de su existir. Es así que el hombre, microcosmos en el interior de un inasible macrocosmos, desplegaba la infinitud de su poder creativo en la finitud de su devenir material. ¡Y los griegos, espíritus en la finitud, habían traído al mundo, a la historia, la conciencia de la infinita capacidad humana, del genio inefable de los hombres!

Alexander estaba extasiado, asombrado ante lo que presenciaba, ante el escenario en que se encontraba: Grecia en todo su esplendor, Grecia en la cima de su poder y de su fuerza creativa, la Grecia que habría de engendrar a la cultura occidental y que legaría a la historia valores y obras de carácter perenne. Miraba al sol, miraba a lo alto, y se preguntaba si algún griego podría jamás creer que siglos más tarde, milenios, la Humanidad sería capaz de llegar a los astros, a aquello que los antiguos habían mirado con gran veneración, como enigmas vivos, personificaciones de los dioses que adoraban. Mas ¿de qué había servido? ¿Había el hombre superado a los griegos? ¿No nos acuciaban las mismas dudas, las mismas angustias, las mismas cuestiones que en esos gloriosos tiempos habían estimulado brillantemente un genio creador sin igual, que dio origen a obras perdurables, a teorías, filosofías y doctrinas que aún en el tiempo de Alexander habrían de configurar la cultura humana? Alexander se acordó de su hermana Marta. ¿No habría respondido ella que Cristo era la Luz, la Luz que había redimido el mundo y que los griegos no habían llegado a conocer? Pero él había perdido la fe en Cristo, la fe en el mundo, la fe en el hombre, y ya sólo creía en el pasado, en las glorias pretéritas y en la memoria de los hitos de la Humanidad. Se recluía en el apacible refugio de la historia, y había abandonado toda esperanza en el futuro. Pero ¿y el presente? Alexander no quería preocuparse por el presente. Sólo le interesaba el pasado. Su presente eran las glorias de Grecia, las glorias del género humano, que en su tiempo parecían haberse desvanecido como si se tratara del más agrio de los ocasos.

Así, mientras se sentaba en el teatro de Dionisos, percibía Alexander la fuerza de la historia. ¿No era la historia como las obras de Sófocles o de Esquilo, una representación continua en un escenario, el mundo, por personajes que ignoraban su auténtico papel? Alexander no creía que hubiera autor alguno, inteligencia alguna que, como Sófocles o Esquilo, hubiese escrito los roles que los hombres debían desempeñar en el inmenso teatro

de la historia. Veía también elementos cómicos en lo transitorio, que le acercaban más a Plauto que a la profundidad filosófica de Sófocles. Le venía a la mente la pieza maestra de Calderón, *La vida es sueño*, que penetraba en el misterio del existir del mundo, en el misterioso papel de los hombres en un escenario y en un contexto que desconocen. Y admiraba a Antígona, a la fuerza humana que se rebela, que acaba venciendo por el poder de su determinación, para preservar los valores perennes de lo humano. Antígona, el apego al ideal y a la ley divina, la poesía encarnada, que se rebela contra Creonte y su razón de Estado. El hombre puede rebelarse contra el presente, puede huir de la fatalidad. Pero ¿no había escrito también Sófocles sobre la fatalidad y la imposibilidad de escapar de un destino ignoto e incomprensible como el que había definido la vida de Edipo? ¿No estaba el hombre sumido en una encrucijada entre el pasado y el futuro, entre lo fijo y lo indeterminado, entre sí mismo y la historia, o eran falsas dicotomías, falsos conflictos dialécticos, porque siempre triunfaba la síntesis que se da en la decisión el libre arbitrio humano, en el poder del pensamiento, en el hombre como sujeto de sus determinaciones?

No quiso Alexander prolongar sus soliloquios, sus íntimas reflexiones en el idílico escenario del teatro de Dionisos. Deseoso de conocer la ciudad a fondo, regido por el mismo ímpetu que en sueños pasados le había llevado a descubrir el ser mismo de la ilustre urbe alejandrina, Alexander anduvo por los campos circundantes. A veces tenía la sensación de que se debatía entre dos mundos: el mundo real, el presente imperceptible que se traduce en un pasado cada vez más trágico y en un futuro incierto, y el mundo de los sueños, donde el pasado otorga certeza, seguridad, anhelo y esperanza, opuestas a los temores que un futuro ya convertido en pasado había de traer. Un hombre, dos vidas; un hombre, dos tiempos distintos. ¿Dónde el equilibrio entre el pasado admirado y el futuro rechazado? ¿Dónde ese presente, ese presente que es eternidad, en el que Alexander pudiese encontrar finalmente la culminación de sus afanes? ¿No había dicho San Agustín que el hoy divino es su eternidad? Porque el presente, en cuanto instante inabarcable e infinitésimo, se asemeja mucho a la eternidad.

Al tiempo que se explayaba consigo mismo contándose estos pensamientos, al tiempo que el yo ideal de Alexander dialogaba con el yo real que hasta ahora había rechazado, unos hombres le sorprendieron. De estatura baja y con una indumentaria que en nada se parecía a las túnicas de quienes paseaban por los Propileos y por las estancias de la Acrópolis, le increparon con un griego tan cerrado y difícil de entender, que Alexander no pudo responderles. Sin darse él cuenta, uno de los hombres le cogió por la espalda y le ató fuertemente, impidiendo sus movimientos. Alexander trató de resistir, de hacerles frente, pero todo fue inútil. Nada podía él, aun superándoles en estatura y en porte, contra cinco hombres. Alexander, en un griego muy académico, pedía explicaciones, pero nadie se las daba. Le miraban con sospecha y recelo, y de ser por ellos le habrían matado ya con su intempestiva mirada. Fue conducido a través de unos campos áridos, donde poca o ninguna vegetación crecía, y agobiado por el calor inenarrable que invadía esos parajes pidió agua, empleando ese bello vocablo de origen sánscrito que hoy da nombre al primero de los elementos. Pero nadie le respondió. Le trataban como a un esclavo, como un ser carente de derechos y de valor humano. Alexander los miraba; miraba atentamente sus rostros y semblantes, que sólo mostraban desesperación, intranquilidad, desasosiego. No se correspondían con el gozo que, a juicio de Alexander, todo hombre griego debía tener por el hecho de pertenecer a tan magna civilización.

Después de horas caminando llegaron a una villa, donde les esperaba un hombre vestido con elegantes ropajes. Los cinco hombres dejaron a Alexander, atado, a solas con él. Éste comenzó a preguntarle, y Alexander, que no lograba entenderle por lo rápido que

hablaba, y que se sentía fatigado por expresarse en la lengua de Esquilo, desistió ya en sus vanos intentos. El hombre, visiblemente enfadado, se marchó de súbito con agria faz. Aparecieron de inmediato los cinco hombres que lo habían apresado. Castigado por un crimen que ignoraba, y testigo de la terrible injusticia que estaba viviendo, Alexander miraba a lo alto. Fue conducido a la ciudad, a Atenas, a un lugar en el que se había congregado una inmensa multitud. El gentío se agolpaba, y continuaban llegando riadas de personas desde todos los puntos de la urbe. Alexander fue presentado a un hombre que, a su juicio, debía de ser un oficial. Le preguntó cosas, que Alexander no pudo entender. El oficial selló un documento y Alexander fue trasladado a una dependencia con más hombres. Ahora lo comprendía todo: había sido secuestrado por traficantes de esclavos, había sido ofrecido a un señor que, a falta de poder comunicarse con él, lo había rechazado, y había sido llevado ante un oficial de Atenas para que lo condenase. La condena era a muerte. No era el único: hombres de todas las procedencias esperaban allí su destino. Sus miradas mostraban decepción por un lado y satisfacción por otro, pues habiendo sido esclavos, no eran ya capaces de distinguir qué era mejor, si una vida regida por la injusticia o una muerte cuya fuerza rectora desconocían. Alexander clamaba en su lengua: “¿Cúyo el destino, la vida y la muerte?” Uno de los hombres fue llevado frente al público y obligado a ingerir un veneno. Pero el hombre, de recio porte y de figura serena, empezó a hablar. Hablaba con un acento tan puro y perfecto, que Alexander tuvo pocos problemas para entenderle. De sus labios brotaban palabras sabias, palabras de verdad y de bondad. Un hombre que se rebelaba contra la injusticia que ahora le condenaba a morir. ¡Era Sócrates! Alexander no podía creerlo, no podía salir de su ensimismamiento. El padre de Occidente, el padre de la Moral, el espíritu que habría de regir el devenir del pensar y del actuar humano por siglos y cuya huella sería tesoro perenne en la Filosofía y en la historia intelectual humana, aquel sencillo hijo de cantero que ante todo había valorado la sinceridad, el amor, la caridad y la honestidad, y que había derrotado a los sofistas y dialécticos que pretendían engañar a las gentes corrientes con la sutileza de razonamientos falsos, era ahora condenado a morir ingiriendo un veneno.

Alexander no necesitaba escuchar el discurso de Sócrates. Él, como buen clasicista, lo había estudiado reiteradamente tal y como nos lo legó Platón. Pero Alexander advirtió que no coincidía en todo con lo que su insigne discípulo había registrado, pues había omitido detalles importantes. Quizá lo imaginó, delirante entre aquella angustia y aquel pesar, pero le pareció que Sócrates se dirigía a él antes de morir, dándose la vuelta, y que le miraba atentamente, diciéndole: “Busca tu presente”. ¡Sí! ¿Qué, sino encontrar su verdadero presente, su verdadera acción, su verdadera fuerza de cambiar el mundo y la historia, podían permitirle conocerse a sí mismo? ¿No estaba él ahora presenciando una escena que habría de determinar el curso de la historia, que la cambiaría para siempre y que influiría en los hombres de las generaciones venideras y nos dejaría un profundo entendimiento de la justicia y de la acción humana? Era, pues, conocerse a sí mismo lo que necesitaba.

CAPÍTULO V: EL MISTERIO DEL PRESENTE

Despertó Alexander del sueño que le había llevado a su idolatrado pasado. Salía de las brumas celestiales del recuerdo, y había perdido toda noción del tiempo. ¿Seguiría soñando, deleitándose en la irrealidad de los sueños? ¿Qué haría ahora, cuando en su más profunda conciencia había vivido el gozo y la desdicha de lo antiguo?

Caminando topó con una iglesia, en cuyas sacras bóvedas resonaba la *Missa pro defunctis* de Cristóbal de Morales. Se sintió sobrecogido, seducido por la belleza de esta música del XVI donde el calor del más elevado misticismo se unía en perpetua armonía con el fervor, con la pasión, con el éxtasis religioso. Advertía Alexander cómo su mente padecía ahora la atadura de su palpitante corazón, de un corazón que buscaba pero que no encontraba, y que en las silenciosas melodías de aquel músico parecía hallar una puerta a un nuevo horizonte. Meditaba Alexander sobre la relación entre la Música y la Religión, que no responden sino al mismo deseo de alcanzar la dimensión de lo sublime.

Hambriento, Alexander volvió a las calles céntricas de París para buscar algún restaurante o café donde almorzar a solas, como le gustaba, conversando consigo mismo. Volvió después a su casa, donde encontró a su padre profundamente concentrado en la biblioteca familiar. Le saludó:

—Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, hijo. ¿Has tenido un buen día?

—Podría decirse que he tenido un buen día, si considerásemos que en un buen día han de convivir el día y la noche, lo real y lo soñado.

—Veo que tu faceta literaria y expresiva sigue acompañándote con sus peculiares atuendos.

—Quizá, si bien ignoro si es el arte lo que verdaderamente podrá satisfacer mis deseos.

Se dirigió a su habitación. Siempre he pensado que Alexander, en todos sus movimientos, respondía a un esquema deliberado. Pero, en este caso, y en lo que siguió a su súbito abandono de la casa, sólo puedo remitirme a fuentes de dudoso origen. No soy el único al que ha ocurrido algo similar. Ya hace décadas don Miguel de Unamuno describía en su novela *Niebla* cómo literalmente uno de sus personajes, Augusto Pérez, se le había sublevado en medio de la redacción, al pedirle vivir con un clamor inusitado y conmovedor. Por lo que tengo entendido, Alexander se topó con su querida hermana Marta, con quien conversó sobre su último sueño. Su hermana, cada vez más inquieta por su salud, le manifestó su preocupación por que estuviese cayendo enfermo, loco, ido del mundo, y que en lugar de escoger la escondida senda de los sabios de que hablara Fray Luis de León, hubiera elegido la socorrida senda de la locura sobre la que tantos otros autores disertaron:

—Me preocupas, Alexander, me preocupas. ¿No será que ves visiones, sueños debidos a una incipiente locura que te domina, provocada por tu ansia imposible de saberlo todo y de leerlo todo? ¿No te arrebató ya la locura? —preguntaba Marta con voz temblorosa, un poco asustada por la reacción de su hermano.

—No puedo descartar que tengas razón, Marta. Sin embargo, siento ahora la plenitud de una fuerza que me inspira a crear, a escribir, a inventar, a concebir, a cambiar el mundo. Ver el pasado, vivirlo en el más real de los sueños, me ha permitido comprobar que la grandeza del pasado radica en haber configurado el presente y en estar así afectado por la sombra de un futuro que, como decía Goethe, se proyecta también al pasado; de una sombra que se remonta al origen de todo tiempo y que nos devuelve al misterio primigenio del inicio de todo cuanto es, también de las ideas.

—Pero... ¿dónde está el límite, Alexander? ¿Dónde está el límite de tu creatividad? ¿Puede acaso el hombre pretender conocer lo que le precede y lo que le sucede, lo que le ha determinado y lo que habrá de determinarlo, cuando ni siquiera conoce a ciencia cierta lo que ahora le determina?

—Es el misterio del presente, Marta, que ahora alcanzo a admirar, aunque sea incapaz de entenderlo. Solía refugiarme en las glorias pasadas, en el esplendor de civilizaciones pretéritas donde pensaba que los males y las lacras que hoy nos traen tanta oscuridad habían estado ausentes, y donde pretendía hallar un refugio perenne que me alejase del horror del presente y del miedo a lo futuro. Pero ahora he descubierto que la grandeza del hombre, de la historia y del tiempo no reside ni en el pasado ni en un futuro lleno de expectativas, sino en nuestra capacidad de cambiar la historia, de ser nosotros sujetos de su intrínseco dinamismo, de hacer el mundo en el presente y de crear, de dar ser a nuevas realidades que puedan iluminar a la Humanidad en su camino a la sede de un absoluto que hoy por hoy desconozco.

—Ese absoluto es Dios, Alexander, Dios que se ha revelado en Cristo. ¿Por qué no lo ves? ¿No quieres acaso verlo, cuando se te presenta con tanta claridad, cuando ha sido quien te ha llevado a tiempos pretéritos para que te convencieses de que el presente es el auténtico misterio de la vida, y así deseases, con inaudita vehemencia, ayudar a los demás hombres en su peregrinaje histórico?

—Siento algo, Marta, pero no puedo describirlo. Lo siento, siento lo divino, siento la presencia inenarrable de lo absoluto en la historia, en el pasado, en el futuro y sobre todo en el presente. Pero hay algo que me impide profesar una fe firme y total en lo que tú llamas Cristo. Reconozco que la realidad, el Universo, el hombre, me sobrepasan y no puedo comprenderlo en su plenitud, y que quizá la respuesta resida en Dios y en Cristo. Pero no puedo afirmarlo, me veo incapaz de que mi sentimiento y mi inteligencia se hagan partícipes de ello. Aprecio, sin embargo, a todos aquellos que, creyendo en Cristo, han traído tanta bondad y tanta caridad a este mundo. Son almas que han sido colmadas por la gracia de lo divino, Marta, como San Francisco Javier, Santa Teresa o San Francisco de Sales. Ellos, siguiendo la dorada estela de Cristo, han cambiado la faz de la Tierra y de los pueblos, y en sus rostros, en sus acciones, en su infatigable espíritu se ha podido contemplar, estoy seguro, el esplendor de lo divino. Pero hay algo que me impide creer, y no sé de qué se trata, Marta. Algún día lo descubriré, no lo niego, pero hoy no lo he descubierto todavía. Pienso que el halo del absoluto que todos los hombres ansiamos puede a veces resplandecer en hombres y en mujeres extraordinarios. Tengo que dejarte, Marta.

—¿Adónde irás?

—¿Ves esto?

—Sí. Es la pluma que te regaló nuestro abuelo.

—En efecto: es la pluma del abuelo John Drusborck. Con esta pluma quiero escribir mi historia, la historia de mis sueños, de mis deseos, de mis ansias y de mis emociones.

—¿Una novela?

—Sí, una novela. Estará protagonizada por un personaje llamado Thomas Greverdeen, y relatará en esencia mi vida. Pondré en ella toda mi fuerza expresiva y plasmaré el afán humano por conocer el presente.

—Palabras de ánimo serían poco, Alexander. Has escrito ya muchas cosas y poco puedo yo ayudarte o aconsejarte. Sólo te digo que debes escribirla de corazón, sin dejarte guiar por la fantasía o por la belleza de las palabras, para que en todo pongas tu ser, tu pasión, tu fe, tu esperanza, tu amor...

Alguien me dijo que Alexander había salido visiblemente entusiasmado de su casa tras conversar con su hermana, y que se había dirigido a las calles céntricas de París para pasear y, seguramente, encontrar inspiración para su libro. En cualquier caso, y al ser todas estas observaciones meras hipótesis que no he tenido ocasión de contrastar, me dispuse a viajar yo mismo a París desde mi ciudad natal para conocer personalmente a Alexander Drusborck y conversar con tan ilustre personaje. Así que tomé el primer tren a la capital francesa. En el camino fui leyendo obras diversas (es un trayecto largo y aburrido, por lo general, con la excepción de algunos hermosísimos paisajes con que el viajero se topa cada cierto tiempo), novelas más bien, que recogiesen lo más genuino de Francia. Al llegar a París, me trasladé a un céntrico hotel muy cercano al Louvre, cuyas nuevas salas visité sin demora. Desconocía la dirección de Alexander Drusborck o cualquier otro lugar donde pudiera localizarle, por lo que de algún modo fui a la deriva, como los barcos en busca de tierras aún no descubiertas que tienen que arriesgarse si realmente desean encontrar algo.

Parecía un auténtico vagabundo: iba de calle en calle sin saber adónde. Un poco cansado, todo hay que decirlo, por recorrer tantos museos y calles, me dirigí a un parque solitario con muchos bancos libres. Deseaba sentarme, por encima de todo, pero me sorprendió un hombre escribiendo en unas cuartillas con una pluma que debía de ser sumamente antigua y valiosa. No es que yo sea muy entendido en plumas, pero ésa en concreto me sorprendió notablemente. Así que me dispuse a preguntar a su propietario dónde la había adquirido:

—¡La pluma! Me la dio mi abuelo. Al parecer, algún vendedor se la había regalado en Portugal o en España, donde vivió algún tiempo.

—¿España decís?

—Sí.

—Yo vengo de España, concretamente de Madrid.

—¡Interesante! No parecéis español. Habría dicho que sois inglés, alemán o algo parecido.

—Mucha gente opina lo mismo. Lo cierto es que soy español por nacionalidad y universal por vocación. Considero que la plena identidad de todo hombre se da en su universalidad, en su tolerancia, en su diálogo.

—No he estado nunca en Madrid, pero he leído mucho sobre esta gran ciudad, en especial sobre sus más ilustres escritores, como Lope de Vega o Calderón.

—Al parecer, conocéis bastante bien la literatura española.

—Mi hermana es una apasionada de Santa Teresa.

—¡Santa Teresa! ¡Sempiterna Ávila...! Maravilla a todo viajero que recorre esas tierras el pensar que, de esos secos y agrestes campos, de ese clima adusto, pudiera surgir una mujer tan santa y brillante. Sólo de esa atmósfera de fervor y de pasión pudo brotar la semilla perdurable de la más alta mística.

—Sí, sorprende. Lo sacro, lo santo, son de por sí objetos de la más elevada contemplación, incluso por parte de quienes, como yo, no profesamos credo alguno.

—Entiendo. Veo que estáis escribiendo algo. No sé si es demasiado impertinente preguntaros sobre qué versa vuestro futuro libro.

—No sé si lo acabaré publicando. Ya sabéis que la burocracia, los trámites, las esperas y todas estas cosas suelen complicarse mucho. En esta novela quiero retratar la vida de Thomas Greverdeen.

—Que, supongo, es un espejo de vuestra propia vida.

—De alguna manera sí, y de otra no. Soy yo mismo, sí, quien escribe, y en mis experiencias y sueños me baso. Pero lo cierto es que conforme avanzo en la redacción, van surgiendo cosas nuevas y el personaje adquiere una personalidad propia, una independencia, que no siempre logro dominar. No me conozco lo suficientemente bien como para retratarme a mí mismo. Sería demasiado atrevido.

—Pero sí os habéis valido de vuestra propia experiencia para narrar una historia que, indudablemente, será de interés.

—Dais por supuesto que mi vida ha sido, es o será interesante. A mí me parece demasiado. Mi vida, al fin y al cabo, es como la de cualquier hombre soñador.

—Yo soy un hombre soñador, y seguro que mi vida no se asemeja a la vuestra.

—Evidentemente toda vida preserva su unicidad, su carácter exclusivo, propio y eterno.

—¡Eterno! Adjetivo divinal...

—Sí, eterno. Cada vez me convenzo más de que el presente es eterno, un misterio eterno que difícilmente llegaremos a controlar.

—Permitidme que os diga que mi pensamiento se acerca mucho al vuestro. En un reciente escrito mío, *Ensayo sobre el tiempo*, analizo estas preguntas.

—El tiempo...

—Un tiempo que ahora nos trae problemas, problemas y más problemas. Es como si el mal, la más oscura y tenebrosa ala del espíritu humano, hubiese tomado vuelo hacia un destino desconocido.

—Sentís lo mismo que yo. Precisamente en mi libro me hago eco de esas angustias, que a mí también me invadieron.

—¿Fue algo grave lo que os ocurrió?

—No. Simplemente deseos, afanes y expectativas incumplidas. Sueños también.

—¿Sueños?

—Sí. Soñé que viajaba a la ciudad de Alejandría en su época de mayor esplendor. Allí visitaba la Gran Biblioteca, contemplaba el Faro, veía a los sabios, a los matemáticos y a los filósofos examinando los antiquísimos pergaminos allí albergados. Pero también presencié el horror de la pobreza y de la injusticia, el sufrimiento de los niños, y me convencí de que ni siquiera Alejandría en toda su gloria había alcanzado la ansiada plenitud.

—¿Qué sentimiento arrebató vuestro espíritu cuando penetrasteis en la Gran Biblioteca? Yo siempre he deseado trasladarme allí, aun en sueños, pero nunca lo he logrado.

—Estaba leyendo tantos libros sobre Alejandría y el reino de los Lágidas, que quería conocerlo todo, cada detalle, y al final hasta en mis sueños se me apareció. ¿Qué sentí? Sentí absolutidad, sentí plenitud, sentí gloria, maravilla, excelsitud, magnificencia, belleza, humanidad deificada... Una felicidad inmensa. Era como si mi mente estuviese procesando al unísono los nombres de todos los sabios de la Antigüedad que por ella habían pasado o cuyos escritos estaban allí guardados. Y miraba a lo alto...

—¿A lo divino?

—Por un momento me pareció que Dios estaba allí, y que al fin podía creer. Pero, como os digo, cuando presencié el horror del mal y de la injusticia también en Alejandría, mis sueños se desvanecieron, y volví a sumirme en la crudeza de la realidad.

—Habéis hablado de “sueños”, en plural. ¿Acaso hubo algún otro?

—Sí, al menos otro, que yo recuerde. En esa ocasión fui a Atenas, a la ciudad de Pericles. Penetré en la Acrópolis por los majestuosos Propileos, medité, reflexioné y pensé sobre la historia, el hombre y el mundo en el teatro de Dionisos. Pero mientras caminaba por los campos circundantes, fui capturado por unos comerciantes de esclavos. Me llevaron a un señor que al parecer me desestimó como esclavo, y fui trasladado a un lugar de ejecuciones públicas. ¿Sabéis a quién vi?

—No es difícil imaginarlo. Una ejecución pública... ¿Se trata acaso de uno de los padres de Occidente, del maestro de Platón?

—¡Así es! Era esplendoroso. Un hombre que rebosaba de sabiduría, que en sus palabras transmitía serenidad, confianza y orgullo. Yo lo vi con mis propios ojos. Y al final, antes de morir ingiriendo ese aciago veneno, me miró fijamente y me dijo: “Busca tu presente”.

—¿Eso afirmáis que dijo?

—Sí. Lo afirmo como si lo hubiese vivido en la realidad.

—Es extraño, y quizá incomprensible, pero lo que vos me contáis ahora sobre vuestros propios sueños, sobre vuestra vida, sobre vuestros propios pensamientos y esperanzas, recuerdo haberlo soñado no hace mucho...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanco, C. *Las fronteras del pensamiento*, Dykinson, Madrid 2022.
- Blanco, C. *El sentido de la libertad. Cómo construir una autonomía responsable*, Taugenit, Madrid 2021.
- Blanco, C. “Artificial intelligence”, *Cadmus* 4/4, junio de 2021.
- Blanco, C. *La infinitud de la belleza* (ISBN 978-84-18168-31-4, Sapere Aude, Oviedo 2020).
- Blanco, C. *El nacimiento de la civilización egipcia* (ISBN 978-84-1228-662-5, Dauro, Granada 2020).
- Blanco, C. *Logos y Sofos, diálogo sobre la ciencia y el arte* (ISBN 978-84-1818-376-8, Dauro, Granada 2020).
- Blanco, C. *Conciencia y mismidad* (segunda edición, revisada y ampliada, Dykinson, Madrid 2020).
-
- Blanco, C. *The integration of knowledge* (ISBN 978-1-4331-6719-5, Peter Lang, Berna 2020).
-
- Blanco, C. “Una llamada a la solidaridad”, *Telos*, abril de 2020.
-
- Blanco, C. “Cerebro y mística”, *Ideas y valores* 172 (2020), 21-32.
-
- Blanco, C. *Dios, ciencia y filosofía. De lo racional a lo divino* (ISBN 978-84-17954-56-7, Almuzara, Córdoba 2019).
-
- Blanco-Pérez, C. “The multiple meanings of <<cerebral complexity>>”, *Pensamiento. Revista de investigación filosófica*, vol. 75 (2019), n. 283, 107-117.
-
- Blanco Pérez, C. “Pensamiento, creatividad y máquinas”, *en prensa* (en *Inteligencia artificial y antropología filosófica*, número monográfico de *Naturaleza y libertad. Revista de estudios interdisciplinarios*, Málaga 2019, 67-86).
-
- Blanco-Pérez, C. “Henri Bergson: a solution to the mind-body problem?”, *Miscelánea Comillas* 76/149 (2018), 309-320.

- Blanco-Pérez, C. "An alphabet of scientific categories", *Metafísica y persona*, vol. 11/21 (2019), 51-77.
- Blanco-Pérez, C. "On the principles of a social theory", *Cadmus* vol. 3/5 (2018), 75-80.
- Blanco-Pérez, C. "The logic of creativity", *The Heythrop Journal* 59/5 (2018), 1-19.
- Blanco, C. "El valor de la filosofía", *La Tercera*, diario *Abc*, 29 de septiembre de 2018.
- Blanco-Pérez, C. "Competition, cooperation, and the mechanisms of mental activity", *Frontiers in Psychology* 9 (2018): 1352.
- Blanco, C. "Mi experiencia en el sistema educativo español", en REDINE (Ed.), *Innovative strategies for Higher Education in Spain*. (pp. 1-7). Eindhoven, NL: Adaya Press.
- Blanco Pérez, C. "Logic and the laws of thermodynamics", *Thémata* 57 (2018), 35-48.
- Blanco, C. "De la molécula al pensamiento", capítulo de las actas del congreso internacional sobre consciencia e interioridad, VII Congreso de Psicología, Antropología e Interioridad, CITES, Ávila, 2018.
- Blanco Pérez, C. "La integración del saber ante el especialismo", capítulo del libro Caamaño, J.M. (ed.), *La tecnocracia* (editado por Sal Terrae, 2018).
- Blanco, C. *Ensayos filosóficos y artísticos*, Dykinson, Madrid 2018.
- Blanco, C. *La integración del conocimiento*, Evohé, Madrid 2018.
- Blanco Pérez, CA. "Determinismo y omnisciencia", *Miscelánea Comillas* 75 (2017)/146, 197-207.
- Blanco, C. "The role of presuppositions in the social sciences", *Cadmus*, vol. 2/3 (2017), 85-95.
- Blanco, C. "Philosophy, neuroscience, and the gift of creativity", *Argumenta Philosophica. Revista de la Encyclopaedia Herder* 3/2017, 95-108.

- Blanco Pérez, C. “Argumentos en contra de la desigualdad”, *Razón y fe* 1420 (2017), 143-157.
- Blanco, C. Reseña de M. Murray – M. Rea, *Introducción a la filosofía de la religión*, en *Razón y Fe*, 2017.
- Blanco, C. *Canto a lo desconocido*, Ars Poetica, Madrid 2017.
- Blanco, C. *Atlas histórico del antiguo Egipto*, Síntesis, Madrid 2017.
- Blanco, C. *Libro de las recreaciones*, Dauro, Granada 2017.
- Blanco, C. Reseña de R. Rappaport, *Ritual y religión en la formación de la humanidad*, en *Razón y Fe*, 2016, t. 274, 371-373.
- Blanco-Pérez, C. “Vacuum quanta and the nature of gravity”, *Canadian Journal of Physics* 2016, 94(12), 1265-1274.
- Blanco, C. “¿Es compatible el concepto de libertad personal con la investigación neurocientífica?” (con J.P. Roldán), en C.E. Vanney – J.F. Franck (eds.), *¿Determinismo o indeterminismo? Grandes preguntas de las ciencias a la filosofía*, Ediciones Logos, Buenos Aires 2016, 369-378.
- Blanco, C. “The integration of knowledge”, *Cadmus* 2/6(2016), part 2.
- Blanco, C. “Tres grandes bases teóricas para la unificación del saber”, *Tendencias21*, enero de 2016.
- Blanco, C. *Más allá de la cultura y de la religión*, Dykinson, Madrid 2016.
- Blanco, C. *Athanasius*, DidacBook, Úbeda 2016.
- Blanco-Pérez, C. “Expanding universe with a variable cosmological term”, con A. Fernández-Guerrero, *Zeitschrift für Naturforschung A*, ISSN (Online) 1865-7109, ISSN (Print) 0932-0784, DOI: [10.1515/zna-2015-0314](https://doi.org/10.1515/zna-2015-0314), September 2015.
- Blanco, C. “Albert Einstein, lo sagrado y lo misterioso”, *Miscelánea Comillas* 73/142 (2015), 215-224.
- Blanco, C. “La libertad humana en el marco de la neurociencia, una cuestión abierta”, *Tendencias 21*, 20 de enero de 2015.
- Blanco, C. “Approaches based on complexity are inadequate to solve the mind-body problem”, *Thémata* 51 (2015), 403-409.
- Blanco, C. *La Belleza del Conocimiento*, Siddharth Mehta, Madrid 2015.
- Blanco Pérez, C. *Grandes Problemas Filosóficos*, Síntesis, Madrid 2015.

- Blanco, C. *Leonardo da Vinci o la Tragedia de la Perfección*, De Buena Tinta, Madrid 2015.
- Blanco, C. “Ciencia, filosofía, teología... ¿sabiduría?”, en J. Girau (ed.), *Jornada de Filosofía 2012. La Sabiduría*, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2014, 33-61.
- Blanco, CA. “Cajal and Pavlov: a comparison between two central neuroscientific schools of the 20th century”, *Frontiers in Neuroanatomy* 8/122 (2014).
- Blanco, CA. “The principal sources of William James’ idea of habit”, *Frontiers in Human Neuroscience* 8/274 (2014).
- Blanco, C. “Truth in an evolutionary perspective”, *Scientia et Fides* 2/1 (2014), 203-219.
- Blanco, C. “Sir Charles Sherrington y la naturaleza de lo mental”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* 19/2 (2014), 207-227.
- Blanco, C. *Lógica, Ciencia y Creatividad*, Dykinson, Madrid 2014.
- Blanco, C. *Historia de la Neurociencia: El Conocimiento del Cerebro y de la Mente desde una Perspectiva Interdisciplinar*, Biblioteca Nueva, Madrid 2014.
- Blanco, C. – Muñiz, M. “¿A quién le pertenece el siglo XXI”, *Foreign Policy. Spanish edition*, 18 de septiembre de 2013.
- Blanco, C. “El estatuto epistemológico de la filosofía, la historia y la teología en Wolfhart Pannenberg”, *Diálogo Filosófico* 87 (2013), 469-491.
- Blanco Pérez, C. “Resurrección, apocalíptica, historia: emergencia y desarrollo de la idea de resurrección en el judaísmo del II Templo”, *Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia* LX/3 (2013), 188-275.
- Blanco, C. “Vida, interioridad y lucha: para una definición de la vida en diálogo con Helmut Plessner y Hans Jonas”, *Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía* 151 (2013), 129-141.
- Blanco, C. *El Pensamiento de la Apocalíptica Judía*, Trotta, Madrid 2013.
- Blanco, C. *Conciencia y Mismidad*, Librería Editorial Dykinson, Madrid 2013.
- Blanco, C. “God, the future, and the ‘fundamentum’ of history in Wolfhart Pannenberg”, *The Heythrop Journal* 54/2 (2012), 301-311.
- Blanco, C. “The rose and its reason”, *Apeira* 1 (2012), 83-87.

- Blanco, C. *Philosophy and Salvation*, Wipf and Stock Publishers, 2012.
- Blanco, C. “El tránsito de la filosofía a la teología en la reflexión sobre la historia en Wolfhart Pannenberg”, *Pensamiento* 254 (2011), 869-885.
- Blanco, C. “La escatología apocalíptica y sus posibles influjos exógenos”, *Cristianesimo nella Storia* 32/2 (2011), 501-525.
- Blanco, C. “Hacia una definición hegeliana del arte,” *Thémata* 44 (2011), 126-146.
- Blanco, C. *Filosofía, Teología y el Sentido de la Historia. Reflexiones a la Luz del Pensamiento de Wolfhart Pannenberg*, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2011.
- Blanco, C. *Why Resurrection? An Introduction to the Belief in the Afterlife in Judaism and Christianity*, Pickwick Publications, Portland OR, 2011.
- Blanco, C. “Hipótesis principales sobre el origen de la idea de resurrección de los muertos en el judaísmo”, *Estudios Bíblicos* 68/4 (2010), 429-472.
- Blanco, C. *Leibniz*, Lóguez Ediciones, Salamanca 2010.
- Blanco, C. Prólogo al Cuaderno de Notas de Jean-François Champollion, BiblioGemma, Barcelona 2009.
- Blanco, C. *Potencia tu Mente*, LibrosLibres, Madrid 2009.
- Blanco, C. *Toda la Cultura en 1001 Preguntas*, Espasa, Madrid 2009.
- Blanco, C. *Copérnico*, Lóguez Ediciones, Salamanca 2008.
- Blanco, C. *Mentes Maravillosas que Cambiaron la Humanidad*, LibrosLibres, Madrid 2007.
- Blanco, C. “Las altas capacidades y la sociedad del conocimiento”, diario Abc, Madrid, España, 17 de abril de 2007.
- Blanco, C. “El concepto de Creación en la teología menfita”, *Estudios Bíblicos* vol. 64 (2006), 3-18.
- Blanco, C. “Leibniz y la teoría de la relación”, *Thémata* 34(2005), 249-258.
- Blanco, C. “La doble aproximación egipcia al tiempo y la dialéctica circularidad-linealidad”, *Amigos de la Egiptología*, 2004.

- Blanco, C. “El Éxodo: aspectos literarios, arqueológicos y teológicos”, *Estudios Bíblicos* vol. 62/3 (2004), 249-279.
- Blanco, C. “Estudio comparativo entre el desciframiento de las escrituras jeroglíficas egipcia y maya”, *Amigos de la Egiptología*, 2005: (<http://www.egiptologia.com/escritura/21-articulos/325-estudio-comparativo-entre-el-desciframiento-de-las-escrituras-jeroglificas-egipcia-y-maya.html?showall=1>)
- Blanco, C. “Introducción analítica a las pinturas rupestres saharianas y su influencia en la plástica artística-ideológica egipcia”, *Revista de la Fundación Arqueológica Clos*, 2001.
- Blanco, C. “La conquista de Jerusalén por Sheshonq I”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología* (BAEDE), 2000.
- Blanco, C. *El Nacimiento de la Civilización Egipcia*, subido a Internet, www.egiptologia.com, (<http://www.egiptologia.com/historia/337-el-nacimiento-de-la-civilizacion-egipcia.html>); escrito en 1999, publicado en 2005), incluido en *Escritos de egiptología*.
- Blanco, C. “Disco de Phaistos: Investigaciones para una traducción bajo un punto de vista gramático e histórico”, Registro de la propiedad intelectual 80.716, de 1998.